Cd. 522
Top. 201.551

SUR

REVISTA SEMESTRAL

Antología de Cuentos

330 - 331

ENERO-DICIEMBRE 1972
BUENOS AIRES

Correo Argentino
Suc. 20 (B)
TARIFA REDUCIDA
CONCESION 3291

SUR

FUNDADA EN 1931

Y DIRIGIDA POR

VICTORIA OCAMPO

Redacción y Administración

VIAMONTE 494, 8º piso
Tel.: 32-5148
BUENOS AIRES

Jefe de Redacción
ENRIQUE PEZZONI

COMITE DE COLABORACION

MILDRED ADAMS
ADOLFO BIOY CASARES
ALBERTO LUIS BIXIO
JORGE LUIS BORGES
ROGER CAILLOIS
ALBERTO GIRRI
EDUARDO GONZALEZ LANUZA
RAIMUNDO LIDA
EDUARDO MALLEA
FRYDA SCHULTZ DE MANTOVANI
SILVINA OCAMPO
ERNESTO SABATO
MARIA ROSA OLIVER
ENRIQUE PEZZONI

CONDICIONES DE VENTA Y SUSCRIPCION

Número semestral ..... $ 18.—

SUSCRIPCION ANUAL

Argentina y países limítrofes:
Anual ..... $ 30.—
Número simple: $ 18.—

Otros países:
Anual ..... 12.— dólares
Número simple: U$S. 6.— ..

S1CJ.15.1.2 41
H0008118
BIBLIOTECA NACIONAL
FECHA 7 OCT 1998
COLECC Nº 522
Top. 201.551
BIBLIOTECA NACIONAL
COMPRA
Proveedor ALBERTO
Precio $2000
Fecha 7 OCT 1998



LOS BARCOS DE LA Mitsui O.S.K. Lines ACERCAN LATINOAMERICA CON JAPON

Los de la MITSUI sabemos tratar a la carga... y a la gente. Sin embargo, no es un mérito nuestro. Es el mérito de siglos y siglos de una tradición de cortesia y habilidad en el manejo de las cosas. La carga más delicada, la más pesada, la más frágil. El viajero más exigente, el más curioso, el más fino. Todos saben que su linea es

Mitsui O.S.K. Lines

UNICA LINEA CON SERVICIOS DE CARGA Y PASAJEROS PARA CENTROAMERICA, CALIFORNIA, HONOLULU Y JAPON

AGENTE GENERAL EN LA ARGENTINA
EMPRESA LINEAS MARITIMAS ARGENTINAS
CORRIENTES 389 - BUENOS AIRES
FLETES IMPORTACION: 32-6684 • FLETES EXPORTACION: 31-5816

NOVEDADES

NOVELISTAS DE NUESTRA EPOCA
Jorge Amado: TIENDA DE LOS MILAGROS
Miguel Angel Asturias: VIERNES DE DOLORES
Raymond Queneau: EL PROBLEMA
Antonio Olinto: LA CASA DEL AGUA
Jorge Icaza: ATRAPADOS

POETAS DE AYER Y DE HOY
Pablo Neruda: GEOGRAFIA INFRUCTUOSA
Emilio Sosa López: MASCARAS
Marilina Rébora: LIBRO DE ESTAMPAS

BIBLIOTECA CLASICA Y CONTEMPORANEA
Claudio Sánchez-Albornoz: DE MI ANECDOTARIO POLITICO
Gabriel Celaya: POESIA URGENTE
Jean-Paul Sartre: EL MURO
Jean-Paul Sartre: LAS PALABRAS

HUMORISMO
Silvio Baldessari: SINBLABLA

BIBLIOTECA DE ESTUDIOS LITERARIOS
Clara Silva: PASION Y GLORIA DE DELMIRA AGUSTINI
LOS FUNDAMENTOS DE LA CULTURA
Crane Brinton: HISTORIA DE LA MORAL OCCIDENTAL

LAS LITERATURAS DEL MUNDO
Raffaele Cantarella: LA LITERATURA GRIEGA DE LA EPOCA HELENISTICA E IMPERIAL
Riccardo Picchio: LA LITERATURA RUSA ANTIGUA

EDITORIAL LOSADA S. A.

ALSINA 1131 **BUENOS AIRES**
MONTEVIDEO **SANTIAGO DE CHILE** **LIMA** **BOGOTA**

Sagazola sa

70 AÑOS MARCANDO CUEROS CON EL SELLO DE LA MEJOR CALIDAD!

Avda. del Libertador 7112 - Avda. de Mayo 1373 - Guido 1686

NOVEDADES

MANUEL MUJICA LAINEZ
CECIL
216 págs. $ 15.—

SEVERO SARDUY
COBRA
272 págs. Col. El Espejo $ 20.—

PEDRO F. MIRET
ESTA NOCHE VIENEN ROJOS Y AZULES
208 págs. Col. El Espejo $ 18.—

MARIA ELENA WALSH
CUENTOPOS DE GULUBU
88 págs. con ilustr. $ 30.—

RAY BRADBURY
FANTASMAS DE LO NUEVO
312 págs. Ediciones Minotauro $ 15.—

ROGER CAILLOIS Y LA CRUZ DEL SUR EN LA ACADEMIA FRANCESA
98 págs. Editorial Sur $ 15.—

HENRI MICHAUX
CONOCIMIENTO POR LOS ABISMOS
196 págs. Editorial Sur $ 18.—

ARTHUR JANOV
EL GRITO PRIMARIO
380 págs. Col. Perspectivas $ 30.—

EDITORIAL SUDAMERICANA
Humberto 1º 545 - Buenos Aires

EDITORIAL SUR

NOVEDADES

ANDRE MALRAUX
LA HOGUERA DE ENCINAS (2ª ed.)

GRAHAM GREENE
UNA ESPECIE DE VIDA

HENRI MICHAUX
CONOCIMIENTO POR LOS ABISMOS

MITSCHERLICH
LA ENFERMEDAD COMO CONFLICTO
(Col. Estudios Alemanes)

VARIOS
CAILLOIS Y LA CRUZ DEL SUR

REIMPRESIONES

GRAHAM GREENE
VIAJES CON MI TIA (4ª edición)

GRAHAM GREENE
EL FIN DE LA AVENTURA (7ª ed.)

ANDRE MALRAUX
ANTIMEMORIAS (9ª edición)

H. MARCUSE
CULTURA Y SOCIEDAD (3ª edición)

KARL JASPERS
LOS GRANDES FILOSOFOS - I y II
(2ª edición)

ERNESTO SABATO
ITINERARIO (3ª edición)

J. OSBORNE
RECORDANDO CON IRA (3ª ed.)

Distribuye
EDITORIAL SUDAMERICANA
Humberto 1º 545 - Buenos Aires



es servicio

EDITORIAL COLUMBA

PRESENTA

COLECCION BIRREME

Nuevas traducciones de obras clásicas griegas y latinas, con introducción y notas a cargo de prestigiosos especialistas.

1. **"Medea" de EURIPIDES,** por la Dra. Celina Grifero
2. **"El soldado fanfarrón" de PLAUTO,** por el Prof. José A. N. Rasquín.
3. **"Las nubes" de ARISTOFANES,** por la Prof. Dora Scaramella

PRECIO DEL EJEMPLAR: $ 9,50

ADQUIERALOS EN LAS BUENAS LIBRERIAS Y EN

EDITORIAL COLUMBA

EDITORIAL COLUMBA
Dpto. de ventas:
Virrey Cevallos 1364
T.E.: 26-1339.
Buenos Aires

Los libros que SUR comenta en su Sección Bibliográfica los encontrará usted en

ATLANTIDA

una librería distinta

Siempre con las últimas novedades.

FLORIDA 643

T. E. 31-4284

Buenos Aires

DUCILO

INDUSTRIA PARA INDUSTRIAS

LA TORRE

REVISTA GENERAL DE LA UNIVERSIDAD
DE PUERTO RICO

EDITORIAL UNIVERSITARIA

UNIVERSIDAD DE PUERTO RICO

Apartado Postal X - Tel. 765-1924

San Juan, Puerto Rico 00931

PUBLICACIONES "RICORDI"

ARETZ: EL FOLKLORE MUSICAL ARGENTINO
BAS: TRATADO DE LAS FORMAS MUSICALES
CASELLA-MORTARI: LA TECNICA DE LA ORQUESTA CONTEMPORANEA
CATTOI: APUNTES DE ACUSTICA Y ESCALAS
CORTOT: CURSO DE INTERPRETACION
CHAZARRETA A. A.: EL ETERNO JUGLAR (Andrés A. Chazarreta su vida y su obra)
DE RUBERTIS V.: PEQUEÑO DICCIONARIO MUSICAL
FOLDES: CLAVES DEL TECLADO
HINDEMITH: ADIESTRAMIENTO ELEMENTAL PARA MUSICOS
LASALA: LA EDUCACION MUSICAL DEL OIDO
ORTIZ ODERIGO N.: DICCIONARIO DEL JAZZ
ORTIZ ODERIGO N.: HISTORIA DEL JAZZ
ORTIZ ODERIGON.: PERFILES DEL JAZZ

RICORDI

FLORIDA 677 - T.E. 392-4366
SARMIENTO 1771 - T.E. 40-8877
CANGALLO 1560 - T.E. 40-9841
BUENOS AIRES

DIOGENES

Revista trimestral - Publicada bajo los auspicios del CONSEJO INTERNACIONAL DE FILOSOFIA Y CIENCIAS HUMANAS y con el concurso de la UNESCO

Distribuidor exclusivo:

EDITORIAL SUDAMERICANA

HUMBERTO Iº 545 **BUENOS AIRES**

Premio del Centenario 1967
del Observatorio de Neuchatel

alta
frecuencia.

El cronómetro GP Alta Frecuencia
más preciso del mundo

Automático, con maquinaria
Gyromatic 39 rubies,
36.000 alternancias, calendario.
Todo acero u oro 18 Q.
con garantía de precisión.



GIRARD-PERREGAUX

Jerarquía en relojes desde 1791

LIBRERIA

"EL ATENEO"

EDITORIAL

LA LIBRERIA MAS SURTIDA DE AMERICA

FLORIDA 340 JUNIN 819



Historia de los argentinos

Carlos A. Floria - César A. García Belsunce

Dicen los autores: "Esta obra no es una historia *ideológica*; no nos sentimos comprometidos con las escuelas históricas llamadas liberal o revisionista. Tampoco participamos de una suerte de *teoría conspiracional*, según la cual lo que pasa en la sociedad, sobre todo lo que disgusta que suceda o haya sucedido, es el resultado de un plan deliberado de algunos hombres o grupos que, además, lo habrían llevado a cabo con extraño éxito. Más bien tratamos de aprehender el pasado de los argentinos, o parte de él, como una experiencia pluralista y solidaria de la que se pueden extraer ciertas constantes."

TOMO I – Desde la conquista hispánica hasta el fracaso de la revolución unitaria de 1828 ..... **55,20 $**

TOMO II – Se inicia con la época de Rosas y llega hasta la caída de Perón en 1955 ..... **55,20 $**

Editorial
KAPELUSZ
Buenos Aires

A propósito del Nº 329 de SUR —primera Antología de Ensayos—, dijo "La Nación":

"La naturaleza particular del ensayo, que es todo matiz y representa, quizás, el plano de intersección de varios géneros, aparece clara en esta **Primera antología de ensayos** que publicó la revista SUR y que ahora se reúnen en un número especial. Diversidad de enfoques, temas, técnicas, surgen de este repertorio de casi cuatro decenios y, simultáneamente, el perfil que en cada cual toma el ensayo como expresión genérica. Desde la dura y alerta voz inicial de Drieu La Rochelle hasta la enérgica y bien planteada exposición de Sábato, las voces van surgiendo con implacable rigor, con agudeza o con gracia, según el registro personal / . . . / Otros tonos espeja también el volumen: el ensayo de ajuste magistral, en su orden, sus intersticios de ironía, su empuje expresivo, de González Lanuza sobre Balzac; la clase de Borges que entrevera punciones y tajos en la ardua cuestión de lo tradicional y lo popular; la neta estampa porteña de Cortázar / . . . / Testimonio de la amplitud de un género, de su responsable ejercicio en instancias y medios diversos, su mérito también se desplaza a la calificada publicación que los hospeda."

SUR / 329 / julio-diciembre 1971

Entre otros, ensayos de **Ernest Ansermet, Waldo Frank, Graham Greene, Walter Gropius, Pedro Henríquez Ureña, Eduardo Mallea, Ezequiel Martínez Estrada, Victoria Ocampo, Octavio Paz, Juan Carlos Paz, Alfonso Reyes, Francisco Romero, Igor Strawinsky, Francisco Ayala, Roger Caillois, Thomas Mann, Paul Valéry, N. Berdiaeff, Albert Camus.**

En todas las librerías y en Revista SUR, Viamonte 494, 8º piso, Buenos Aires



1892 1972

CASA PARDO

DEFENSA 1170 BUENOS AIRES ARGENTINA

80 AÑOS AL SERVICIO DE LA CULTURA ARGENTINA

Libros argentinos a todo el mundo

Solicite nuestros catálogos

Especialidad en la búsqueda de libros raros y agotados

SUR

NÚMERO 330-33- ENERO - DICIEMBRE DE 1972

SUR, Nº 96, septiembre de 1942

EN EL MUELLE

El hombre del chaleco azul no respondió. Estaba mudo, con el enorme chaleco azul cayendo sobre los pantalones de brin pardo, más pardo todavía por la suciedad.

Afuera, la noche era lírica. La poesía de la noche llegaba hasta el mostrador grasiento por un trozo de luz de luna que caía sobre las piedras de la calle, las estrellas que asomaban por las puertas abiertas, el lejano sonido de una guitarra que alguien tocaba, al mismo tiempo que una voz de mujer, una tibia voz lúgubre, cantaba cierta canción sobre amores perdidos en su distante mocedad. Quizá más que el claro de luna y que las estrellas, que el perfume pecaminoso de los jazmines en el palacete próximo, quizá más que todo eso, la tibia voz de la mujer que cantaba en la noche perturbó los corazones cansados de los hombres que bebían, sentados en cajones o recostados en el mostrador.

El del gran anillo falso repitió la pregunta, ya que el hombre del chaleco azul no respondía:

—Y usted, so babosa, ¿nunca tuvo una mujer?

Pero fue el rubio quien habló:

—¡Bah, una mujer...! Docenas de mujeres en todos los puertos. La mujer es bicho que nunca falta al marinero. Yo, por mi parte, las tuve a docenas...

Hizo un gesto con las manos, abriendo y cerrando los dedos. La prostituta escupió por entre los dientes cariados y miró con interés al rubio marinero:

—Corazón de marinero es como las olas del mar que van y vienen. Bien que conocía a José de Santa. Un día se fue callado en un navío que no era el de él...

—Y además —continuó el marinero— un hombre de mar no puede anclar en carne de mujer ninguna. Un día se va, la dársena queda vacía, viene otro y atraca. Mujer, mi bien, es bicho más traicionero que un temporal de viento.

Ahora un trozo de luz de luna forcejeaba para entrar por la puerta, iluminando el suelo de tablas gruesas. El del gran anillo falso le tocó el chaleco con el facón de cortar carne seca:

—Habla, babosa. ¿No es cierto que es exactamente una babosa? ¿Ustedes han visto alguien tan parecido a una babosa? ¿Tú ya has tenido mujer?

La prostituta rió a carcajadas, pasó el brazo por el pescuezo del marinero rubio y entonces rieron juntos. El del chaleco azul bebió el resto del aguardiente que había en el vaso, se limpió la boca con la manga del saco y continuó:

—...ustedes no saben dónde fue; fue muy lejos de aquí, en otro puerto, en otra tierra mucho mayor. Fue en un café. Me acuerdo el nombre: "Nuevo Mundo".

El del anillo pidió más aguardiente, dando un puñetazo en la mesa.

—Yo conocía a la amiga de ella; estaban las dos y también un muchacho; yo tomaba un trago con un compañero y se conversaba de las ruindades de la vida. Dicen que no hay amor a primera vista pero es mentira.

La prostituta apoyó la cabeza y apretó un poco más el brazo fuerte del marinero rubio. La voz de la mujer que cantaba llenó de súbito la sucia escena del bar.

"Se fue para nunca más volver..."

Se quedaron oyendo. El del anillo sorbía el aguardiente en pequeños tragos como si fuese un licor exquisito, mientras esperaba, ansioso el rostro, que el hombre del chaleco azul continuase.

—¿Qué importa? —dijo éste y se limpió la boca con la manga del saco.

—La luna está grande y bonita. Hace mucho tiempo que no la veo así —susurró la prostituta, pegándose más al rubio.

—¡Cuenta! ¡Cuenta lo demás! —pidió el del gran anillo falso.

—Así fue. Como ya he dicho, estaba con un amigo echando un trago. Y él se estaba quejando de la vida: la mujer de él con achaques, el dinero escaso... Estaba triste; yo también me estaba poniendo triste. Entonces entró ella. Venía con otra, ¿ya lo dije?

—Lo dijo, sí —aclaró el marinero rubio, que comenzaba a interesarse por la historia.

Hasta el español, dueño del negocio, se recostó en el mostrador para oír. La voz de la mujer que cantaba venía en sordina del fondo misterioso de la noche.

El del chaleco azul dio las gracias con un gesto al marinero rubio y continuó:

—Así fue. Venía con otra y un tipo. A la otra yo la conocía, me encontraba con ella desde otros tiempos. Pero, oigan, casi ni vi a la conocida, sólo la veía a ella.

—¿Era morena? —preguntó el del anillo falso, que tenía debilidad por las morenas.

—¿Morena? No. No era morena ni rubia tampoco, pero, es gracioso, parecía una extranjera, gente de otra tierra.

—Sé cómo es... —dijo el rubio, que era un marinero de un barco de carga que estaba varado en alta mar.

El del chaleco azul le dio las gracias con otro gesto. La prostituta murmuró muy arrimada al marinero:

—Tú lo sabes todo... —sonrió—. Mira cómo está la luna... Grande, grande y tan amarilla...

—Es como dice este mozo... —dijo el del chaleco azul señalando al marinero con el labio—. Parecía viajera de un barco venido de lejos. No sé cómo llegué cerca. Parece que fue el amigo que estaba conmigo que se acercó para hablar con la otra. Entonces la otra nos presentó; nos quedamos conversando... qué fue lo que se habló, juro que no lo sé... Sólo la veía a ella y ella no hablaba, sino que reía; unos dientes blancos, blancos que ni arena de la playa... Mi amigo hablaba, contaba sus tristezas. La otra también hablaba, pienso que lo consolaba, pero en verdad no lo sé. Ella y el tipo estaban callados, pero ella reía —sonrió recordándolo y sonriendo habló—, y fumaba de prisa. Los ojos de ella... —se detuvo recordando—. No sé cómo eran los ojos de ella... —sacudía las manos—. Pero parecía el hada de una historia que el negro Asterio contaba a bordo del navío sueco, aquel que se fue a pique en la boca del Coqueiros...

El del anillo pasó el pie por el rayo de luna, escupió y preguntó:

—¿Y el borracho que estaba con ella era dueño de esa embarcación tan marinera?

—Bueno, tenía aire de que no. Más parecía amigo... Lo único que sé es que ella reía, reía, los dientes blancos, el rostro blanco, los ojos...

Ahora metía los dedos por los bolsillos del chaleco azul, torpe de manos, hasta que resolvió vaciar el vaso de aguardiente.

—¿Y después? —quiso saber el del anillo.

—Pagaron. Se marcharon los tres. También me fui... volví al café muchas veces. Una vez la vi de nuevo. Venía de lejos, tengo la seguridad. De muy lejos, no era de esa tierra...

—¡Tan bonita la luna...! —dijo la ramera con los ojos tristes.

Quería decir otra cosa pero no encontró las palabras.

—De lejos ¿quién sabe si del fondo del mar? Sólo sé que vino y se fué. Sólo eso sé. Ella no reparó en mí, pero hasta hoy me acuerdo de la manera de reír, de los dientes, de la manera de fumar de prisa. Y el vestido —casi gritó de alegría al recordar el nuevo detalle— el vestido de mangas abiertas...

Apuró el vaso, estiró los labios, ya no estaba alegre. La voz de la mujer que cantaba en la noche lírica se iba apagando poco a poco:

"Se fue para nunca más volver...".

—¿Y después? —preguntó nuevamente el del anillo falso.

El del chaleco azul no contestó y la prostituta no sabía si él estaba mirando la luna o alguna cosa que ella no veía, allá, más allá de la luna y de las estrellas, más allá del cielo, más allá de la tranquila noche. Tampoco nunca supo por qué sintió aquellas ganas de llorar. Y antes de que viniesen las lágrimas salió con el marinero rubio a la fiesta del plenilunio.

El español se recostó en el mostrador para oír las aventuras del hombre del anillo falso, pero el del chaleco azul estaba ahora de nuevo, indiferente, mirando la luna amarilla en el cielo. El del anillo interrumpió la historia de una mujerzuela, que contaba con grandes gestos, y volviéndose hacia el español, señaló al del chaleco azul:

—¿No parece exactamente una babosa?

JORGE AMADO

SUR, Nº 273, noviembre-diciembre de 1961

BAILE DE MÁSCARAS

—Mira, Pascualín, hijo mío, encanto; escúchame: ya vas siendo grande, y es hora de que empieces a salir del cascarón. Todos me lo repiten, que debo de darte alas. Me lo dicen para fastidiarme, ya lo sé; pero de cualquier manera no deja de ser cierto, y yo lo veo sin que nadie me lo tenga que decir. "Señora, ese niño ya está muy crecido, y usted no se decide a destetarlo". ¡Qué chiste! ¡Se creerán que tiene gracia! Ni tan crecido. Claro, como te ven gordito y hermoso, no se dan cuenta de que, en el fondo, sigues siendo una criatura todavía. Envidia, y ganas de fastidiar, lo sé demasiado bien; pero, de todos modos, bueno será que aprendas a moverte por el mundo; yo voy ya para vieja, y un día u otro... ¿Tú qué dices, nene?

—Mami, yo no digo nada.

—Ven, ven por acá, mira qué sorpresa te tengo; mira qué disfraz tan lindo te he preparado. De pierrot. Va a ser tu primer baile de máscaras, y tienes que ir muy bien vestido. ¿Ves tú? De seda. Precioso, ¿no? Es precioso. Para que la gente se vuelva a mirarte, y tu pobre madre oiga los comentarios... Todavía no te lo pongas. Primero, a comer. Bebe ahora tu vaso de leche, y mastica bien la carnecita, ¿oyes? Las vitaminas, por Dios, que no se olviden con la prisa. Luego, luego, nos vamos para el baile. Aquí tengo las entradas.

—¿Cómo no habías de protestar tú? Tú, siempre protestando: Y la culpa es mía; la culpa, me la tengo yo, que nunca termino de aprender contigo. Contigo, la única forma, es decir a todo amén. Se te había metido en la cabeza que tenía que ser el Casanova; lo que no sea el Casanova, para ti no vale nada. Y yo te garantizo... Tengo la seguridad de que el Casanova ha de estar irrespirable en un día como hoy. Por querer hacer mejor las cosas, uno, con buenísima voluntad...

—Pero, querido, si ya lo sé; si yo no te echo la culpa de nada; si yo no digo nada. Tu creías que el Casanova iba a estar irrespirable, okay; y me traes aquí, a Eldorado, que está irrespirabilísimo. Eso es todo; yo no me quejo.

—Pues imagínate, si esto está como está, cómo estará el Casanova.

—No veo por qué. Además, ¿no te he dicho ya que okay?

—En un baile de máscara tiene que haber gente, me parece a mí. Si no hay gente, ¿qué baile de máscaras es ése, entonces?

—Okay, te repito.

—No, pero si no es cuestión de decirme okay. Hemos venido a divertirnos, ¿no es eso? ¡Creo yo! Y no es poco lo que piden por la entrada, para que, encima, andes con la jeta caída. ¡Okay, okay!

—¡Por fin! ¡Ay, Señor, gracias a Dios que te encuentro, vida mía! Hasta con ganas de llorar estaba ya; no podía encontrarte. Tanto buscar, y no podía dar contigo. Claro, en este barullo... ¿Dónde te habías metido? ¿O es que a lo mejor llegas ahora mismo? Capaz serías. Tú llegas ahora, no me digas que no. ¿Por qué te has retrasado tanto?

—Pues, ¿y aquel pierrot gordote, siempre con la vieja a sus talones? Parece un flan.

—Fíjate, fíjate aquella mascarita, qué ingeniosa; aquélla, allí; la que parece que anda hacia atrás. ¿No la ves? Parecería que caminara de espaldas; da la impresión. Pero no es que camine de espaldas, fíjate bien; es que se ha disfrazado así: la careta, en el occipucio, y por delante de las narices, una melena larga, que apenas si la dejará ver. Qué interesante, ¿no? Y lo mismo la ropa: se ha vestido lo de atrás por delante, y lo del pecho a la espalda. ¡Vaya broma! Cuando no le ves los pies es igual que si anduviera para atrás. Mira, mira: ahora se pone a bailar con el soldado romano de las piernas peludas. Un poco indecente resulta la cosa, pero divertida. Sugestivo, ¿no?; pero en el fondo, ¿qué? Después de todo, nada.

—¡Qué suerte, qué felicidad, bien mío, haber podido escapamos los dos solitos, con estos disfraces tan iguales! Mi pierrot y tu pierrot. ¿Cuántos pierrots habrá aquí? Infinitos. Una pareja más de pierrots, eso es lo que somos nosotros. ¿Quién va a reparar? Y ahora, aquí, en este rincón, solos, solitos, solititos en medio de tanto sinvergüenza y tanto loco. ¿Te das cuenta? Tenemos tres horas completas para no pensar en nada, más que en esta felicidad de estar juntos, sin que nadie nos moleste, durante tres horas.

—Sí, encanto mío, aquí solitos tú y yo. Durante tres horas completas. Hasta me parece imposible; es un sueño. Dame, dame la mano, acércate bien, no te separes, no me hables, no me toques tampoco. No, ahora no; abrázame nada más. ¿Qué nos importa quién pase por delante de nosotros, quién mire o vuelva la cara? Nadie

puede conocernos. Estamos solos en el mundo, ¿verdad, tesoro mío? Podrían pararse ahí enfrente tu mujer y tus hijos, mi padre, mi madre, y toda mi gente: ¿qué importaría? Nadie iba a adivinar que estas dos mascaritas, estos pierrots tan cariñosos, éramos nosotros. ¡Cómo te quiero!... Pero no me toques ahora; no puedo, tú sabes; luego, un poco más tarde.

—Adiós, odalisco.

—Aquí, uno se cae, y ya no hay quien lo levante del suelo. Dicen: "Está borracho", y pasan de largo. "Un borracho", y lo dejan a uno tirado debajo de la mesa. Pero, ¿qué más me da a mí eso? Ni eso, ni nada. Y me río del mundo, sus pompas y vanidades. Todo me trae sin cuidado. Si el piso es de madera, también mi espalda y mis piernas, y mi cabeza, son de madera. De madera es la pata de la mesa, tan barnizada, reluciente, abajo fina, más arriba, contorneada, en lo alto cuadradita bajo el pliegue del mantel; y a su lado, de madera parecen esas dos piernas de mujer, extendidas, cansadas, saliendo de unos muslos que asoman por debajo de la falda. ¿De mujer, o de vieja? De una vieja asquerosa; de una viejona, seguramente. Los pies se le han escapado de los zapatos y de vez en cuando estiran los dedos, empinándose hacia arriba, dentro de la puntera de la media, como la colita de un animal torpe. Más allá, otros pies, muchos pares de pies, pasan persiguiéndose al compás de la música; pies de mujer y pies de hombre; pero éstos aquí, éstos que mueven de vez en cuando los dedos a la altura de mi cabeza, cansados ya, pertenecen sin duda a una vieja que —apostaría yo— no se ha quitado el antifaz. Se sacó los zapatos, pero el antifaz lo tendrá bien encajado, para que no se vea que es una vieja repulsiva, la dueña de esta mano que, ahora, llena de sortijas, peruda, con manchitas color de hoja seca, pero eso sí, muy cargada de anillos, ha descendido y rasca perezosamente el muslo izquierdo, dejando en el pellejo unas señales amarillas, como si me rascara a mí la cabeza: mientras que yo, pobre de mí, ya que nadie acude a levantarme del suelo, me duermo, me duermo, me duermo, me duermo.

—"Ahora van a ver todos esos quién soy yo", dije entonces. Se pensarían ellos que yo no soy hombre para eso, y para mucho más.

—¿Por qué me has traído aquí? No debíamos haber venido aquí. Me gusta, sí; pero tengo miedo. Temo que algo va a pasarnos. Tú...Cada vez que pienso que podrías desaparecer, de pronto, en

medio de toda esa multitud... ¿Para qué has tenido tanto empeño en traerme? ¿Y en hacerme beber tanto? Si sabes que me hace daño, si te lo tengo dicho y redicho, que yo en seguida me mareo, me descompongo, me siento mal, y ya no soy más yo...

—Bueno, ahorita nos vamos. Anda, vámonos. Te llevo para otra parte.

—Muy tonto es lo que es este niño.

—Como comprenderás, ya no podía más. Hace calor y más calor: hace un calor insufrible. Y ¿de qué valía que me quedara allí, velando junto al cadáver, cuando no hay quien aguante ya los olores? Ya sé que tendrá que arrepentirme toda mi vida; pero, hija mía, tú eres mi amiga; tú tienes que comprenderme y compadecerme. Y si no, que te zurzan.

—Ustedes, muchachos, no saben nada de nada; ¿qué van a saber? Están criados como señoritas, en el mayor regalo, y no pueden figurarse siquiera lo que es la vida de un viejo lobo de mar. Digan, jovencitos, ¿por qué no me piden que les cuente los peligros, las tempestades, las batallas? Sólo les interesa oír la historia de mi noche de bodas, que la he contado ya no sé cuántas veces. Se regodean con eso.

—Si no tiene nada de particular, idiotas. La contaré, pero no tiene nada de particular. Fue una boda excelente. La cosa había empezado como de costumbre: "¿Tú me quieres?". "No digo que no". "Bueno, pues entonces vamos a casarnos". La ceremonia estuvo muy bien. Fueron padrinos el capitán y su señora. Hubo banquete, en un café que tiene salón-comedor independiente, cerca del puerto. Comimos de todo, con abundantísimo vino, y licores de postre. Y cuando el capitán dijo que, lamentándolo mucho, tenía que ausentarse, yo levanté la reunión. "Andando", le ordené a mi esposa, y nos fuimos para casa entre las cariñosas ovaciones de los convidados.

—¿Y luego?

—Llegamos, y ya pueden suponer. La casa estaba sola, claro está. "¿Qué hacemos?", le dije a ella. Y ella me contesta: "Pues lo que tú quieras". Yo propuse echar una partidita de cartas.

—¿Una partidita de cartas?

—Una partidita de cartas.

—¿Los dos solos?

—Los dos solos. En la casa no había nadie. Conque nos pusimos a jugar, y jugamos un buen rato.

—Y así fue cómo se pasaron ustedes la noche de bodas.

—No, tonto; porque a poco empecé a calentarme ya, y me levanté de pronto para tirarle el zarpazo; pero ella que me vio las intenciones se alzó también de su silla y empezó a huirme alrededor de la mesa. ¡Qué miedo que tenía! Decía que yo abandonaba el juego porque había visto que ella iba ganando. Corría y saltaba; yo no podía pillarla. Se escapaba, riendo, alrededor de la mesa, y yo no conseguía echarle el guante.

—Pero al final pudo agarrarla.

—¡Qué revolcón le di, muchachos! "Deja, no seas bestia, espera, que me vas a romper el vestido", me decía. "¿El vestido? Sí, sí. Aguarda y verás".

—Pero, Pascualín, criaturita, ¿qué haces aquí tú, hijo de mi corazón, escuchando disparates?

—Déjelo, señora; no se preocupe. Ya es un hombrecito.

—Y usted un grosero. Vamos, vámonos de aquí, angelito mío.

—¿Y adónde quieres que nos vayamos, mami?

—A donde no oigas esas cosas, nene.

—Pero es que...

—Te lo tengo muy dicho. Debes tener cuidado de con quién te juntas. Tu pobre madre siempre se ha desvivido por procurarte buenas compañías, y tú... Baila, nene; saca a bailar a alguna mascarita decente; baila un poco, que el ejercicio te hará bajar de peso, para que no te llamen todos gordinflón, los muy envidiosos. ¿Ves aquella niñita vestida de pastorcilla? Pues con ella podrías bailar. Anda, anímate. ¿No quieres que me acerque yo a pedirle que baile contigo?

—Pero si sabes que no me gusta bailar, mami, y ni siquiera sé.

—Pues hay que aprender, hijo.

—¿Crees que no me he dado cuenta, pendón? Eso demuestra lo que tú eres: un verdadero pendón, una porquería humana, una basura, lo más arrastrado que pueda haber en el mundo. Me he dado muy bien cuenta, pedazo de carroña. Con una mano toqueteándome a mí por dentro de la ropa, y por la otra, con mucho disimulo, haciéndole la cochinada a aquella especie de estantigua, ¿Quién era?, que si llego a echarle la garfada... Pero, no; buena prisa se dio a escurrirse como una anguila, a escabullirse como una lagartija, apenas se percató de que yo no me estaba chupando el dedo. No sé ni cómo no te mato, basura humana, mierda. ¡Qué asco! Déjame que escupa, que vomite; ¡qué asco! Con una mano a mí, mientras tanto, con la otra...

—A los menores de edad no se les expenden bebidas alcohólicas, por más que se presenten disfrazados de pierrot. Está prohibido, ¿sabes, mocoso? Y si vuelves a sacarme la lengua, te...

—Pero, señor, si lo que yo le he pedido es un heladito de fresa. Usted no me insulte.

—¿Qué tipo, ese sargento, no? ¡Qué bárbaro! ¡Ay! ¿te imaginas un hombrón así?

—No me digas, chico. ¡Mujer suertuda, la esposa!

—¿En qué terminó lo del sargento, muchachos?

—Tu mamita querida no te dejó escuchar lo mejor del cuento.

—De mi madre no consiento yo que nadie hable mal; no lo consiento, y basta.

—Pero, pedazo de pierrot, ¿quién...? Mira, anda, vete con tu mamita, y no me hagas desbarrar. Caramba, muy tonto es lo que es este niño.

—Estaba empeñado el muy burro en darme por donde no es, pero yo, claro está, no me dejé, qué se ha creído. No me dejé, qué va. Que se lo haga a su santa madre, si gusta.

—No te enfades; tú en seguida te enojas. Pero la verdad es que aquí la atmósfera está demasiado cargada. Nada sería el humo del tabaco, las ventosidades, sino que a eso se une el olor de tantísima vomitera, De modo, querido, que si no lo tomas a mal...

—Okay.

—¡Qué belleza, Dios mío; qué fascinación! Todo lo que siempre arrebató mi fantasía de niña; todos mis juguetes: piratas fieros, arlequines, marineritos, un gallo, mosqueteros, damiselas, arlequines, pierrots, gatitos y gatazos, aquel fraile tan cómico, apaches, apachas. Y ahora esta odalisca, esta encantadora odalisca, que de improviso se ha lanzado a ofrecernos la danza de los velos. ¿No es maravilloso? Viéndola evolucionar con tanta gracia, saltar y contraerse como una llama viva entre las brumas de sus tules celestes, dorados, rosa, bajo esta luz suave como rayo de luna, ay, a nadie me atrevería a confesárselo; pero yo, que todavía no he besado labios ningunos, daría un mundo por besar ahora mismo los de esa odalisca adorable.

—Señora, señora, que a su niño lo están violando en la cabina del teléfono. Acuda pronto, señora; acuda en seguida. Eso es un escándalo. Van a reventar la cabina.

FRANCISCO AYALA

SUR, Nº 225, noviembre-diciembre de 1953

LA VERDAD SOBRE EL PAVOROSO CASO DEL "MARY BONFIELD"

I

Discutíamos entre amigos sobre quién había oído contar la patraña más grande, y para ganar el concurso soltábamos mentiras extraordinarias, inventando que las habíamos oído inventar. Alguien del grupo, hombre muy discreto hasta entonces, sonreía evasivamente, con amable indulgencia. ¿De modo que a él nunca le habían ocurrido cosas extraordinarias?

—Me han ocurrido —respondió.

—Cuéntenos la más sorprendente —dijimos.

—La elección no es fácil; por lo demás, creo que sucedió en el Océano Pacífico. Como saben ustedes, he navegado.

Lo dijo con esa seguridad que confunde la duda o por lo menos la objeción.

—Largas navegaciones las mías —agregó, convencido.

II

Teníamos bonanza, en una zona famosa por su calma, bastante lejos de cualquier ruta ordinaria. ¡Y qué calor! La brea de los calafateos chorreaba y el mar parecía podrido. El agua dulce ya estaba racionada, cuando avistamos otro velero al que fuimos acercándonos poco a poco. Inmóvil, no maniobraba —más aún, no tenía velas— y parecía desierto. Pero aquí y allá, de los cordajes, colgaban ropas desgarradas y raídas, como puestas a secar. Recordé, estremecido, los cuerpos de los ahorcados. ¿Era una nave abandonada? ¿Estaban muertos sus tripulantes? Tras nuestro llamado, yo y cuantos tenían un catalejo o buena vista vimos aparecer a un ser humano sobre la toldilla, tan extenuado que nos inspiró terror, piedad, repulsión. Tenía una larga barba de hilachas y se lo hubiera dicho

abrumado por la esclavitud de una horrible amenaza. Por un megáfono habló con voz ronca y sofocada. No les digo únicamente lo que nos contó, sino también lo que después adivinamos y comprendimos.

El "Mary Bonfield" marchaba hacia Europa con una carga de carne seca y de carne envasada (era en tiempos de la guerra europea, cuando todos los países reclamaban aquellos productos). Una fiebre amarilla que estalló de manera fulminante mató en tres días a dos tercios de la tripulación. El viejo velero, equipado a la ligera —pues entonces era muy costoso el flete de un navío— estaba lleno de ratas, pero lo que se dice plagado: prolíficas ratas engordadas con la carne seca, robustas como pocas. A causa de la fiebre, que aterraba y mataba a la desdichada tripulación, aquella turba de horribles alimañas se habían adueñado del navío y había roído todos los cordajes, de modo que cuando lo avistamos el "Mary Bonfield" marchaba a la deriva desde hacía ocho meses. Pero eso no es nada. Decididos los sobrevivientes a espantarlas, las alimañas habían urdido a una táctica astuta. Se escondían y no bien alguno de esos desdichados convalecientes alargaba la mano para comer o beber, o cerraba los ojos para dormir, intrépidas, ordenadas, divididas en escuadras y batallones, se arrojaban sobre él. Tenían capitanes y obedecían como jefe supremo a un viejo ratón, especie de rey que las gobernaba con autoridad absoluta. Los pocos hombres que no habían muerto de hambre o de sed, espantados por el horror del asco, se habían refugiado en los mástiles y las jarcias, atándose para poder dormir: eran los harapos que habíamos visto. A bordo gobernaban las ratas, que perdonaron sólo a tres: al que nos hablaba y a otros dos, porque esos tres hombres, concluida la carne seca, les abrían las latas de carne envasada. Habían hecho acto de sumisión: es el término exacto. Eran esclavos, reducidos a la más horrible y humillante esclavitud que pueda concebirse. Y quien no lo haya visto no puede imaginar el rostro de aquel marinero: el rostro de un siervo, de alguien que obedecía, temía, respetaba y veneraba a sus amos. Había aprendido a entenderlos y a hacerse entender. ¡Y se les parecía, se les parecía! La mirada y la actitud despavorida, vil y al mismo tiempo feroz de la rata caída en la trampa eran los atributos de ese hombre. Cuando nuestro capitán le dijo que dispondría lo necesario para liberarlo le suplicó que no lo hiciera, porque antes lo destrozarían las ratas. Le gritamos que se arrojara al agua. Respondió que las terribles alimañas utilizaban como rehén a sus dos camaradas y que, para no tener ya nada que aprender del hombre, conocían el arte de torturar. Había perdido el coraje de liberarse

y desear la liberación. Esclavo de alma, como el siervo que tiembla y teme por sus propios pensamientos bajo la mirada del amo, este hombre estaba sometido como las bestias domadas bajo el ascendiente del domador. Y cuando pidió que le tendiéramos un cable y que remolcáramos al "Mary Bonfield", comprendí que obedecía a un pensamiento, a un designio, a una imposición trasmitida por las infernales alimañas. Querían invadir nuestro navío. En efecto, quien conozca los puertos sabrá que las amarras o los cables que se tienden entre navío y navío les sirven para trasladarse y para embarcar o desembarcar.

Se lo dije al capitán. Me respondió que todo eso no eran más que alucinaciones del pobre loco y dio órdenes para armar el bote. De pronto advertimos que las ratas de nuestra bodega habían subido al puente y corrían como endemoniadas, increíblemente temerarias y desdeñosas: como sintiéndose ya dueñas. La tripulación tomó las escobas y pronto acabó con las ratas, pero los marineros del bote se proveyeron de fusiles de caza cargados con perdigones y también de escobas. Mientras tanto el loco (¿cómo llamarlo?) suplicaba que no lo hicieran, que las ratas del "Mary Bonfield" estaban furiosas.

—¿Y ustedes? —preguntamos nosotros, que habíamos escuchado no sin cierta repugnancia—. ¿Qué hicieron después?

—Hundimos el "Mary Bonfield" para que no fuera un peligro para la navegación. Pero no llegamos a tiempo para impedir que las ratas se vengaran de sus esclavos.

Su gravedad nos hizo reír con algún despecho.

—¡Si cuentas mentiras de este calibre, desafío a cualquiera a que te cuente otra a ti! —dijo alguien.

Pero no lo tomó a mal. Nos preguntó si ignorábamos el ingenio, la disciplina, la astucia, la estrategia de las ratas, que serían los dueños de la tierra de no mediar sus epidemias y su ferocidad misma.

Le aconsejamos que vendiera su relato al jefe de publicidad de alguna firma productora de veneno para ratas: nos miró con ese aire superior característico del verdadero embustero.

III

Pasó algún tiempo, hasta que una noche volvió a reunirse el grupo, sin que nadie tuviera la intención de seguir con las mentiras. Pero de pronto aquel amigo nuestro, que llamaremos el de las ratas, dijo *ex abrupto*:

—No les he contado la verdad, o por lo menos toda la verdad sobre el pavoroso caso del "Mary Bonfield".

IV

Al oír las palabras del hombre de las ratas nuestro grupo de ociosos se echó a reír. Después, fingiendo no acordarnos, preguntamos cuál era ese pavoroso caso.

—Era un navío, ¿verdad? —agregó uno.

—Cuando lo encontramos en el Pacífico, durante la bonanza, el "Mary Bonfield" bogaba a la deriva con tres hombres a bordo y con una carga de carne seca y de carne envasada. Reparen especialmente en el detalle de la carne envasada, porque lo merece. Después que la fiebre española acabó casi con la tripulación del desgraciado velero, las ratas se encargaron del resto, robando el alimento de la boca a los desdichados convalecientes. Adueñadas del navío perdonaron a los tres mencionados sobrevivientes porque, terminada la carne seca, les servían para abrir las latas. Dije que subimos a bordo del navío y que después lo hundimos sin poder sustraer a los tres hombres, los tres esclavos, de la venganza de la inmunda turba. No agregué más y no dije la verdad porque me parecía demasiado horrible y me espantó. La diré ahora.

Apenas habíamos echado el bote al mar, cuando un grito que brotó bajo el puente, de las vísceras del velero, nos advirtió hasta qué punto era cierto lo que decía el hombre representante de las ratas dominadoras. Vuelvo a sentir la angustia sin nombre de su voz; nos gritaba que no nos acercáramos, pues estaban furiosas y ya no podríamos llegar a tiempo: se preparaban a torturarlos. Al recordar esta voz, todavía me corre hielo por la espalda: nos rechazaba, nos insultaba, nos maldecía; él y sus compañeros preferían servir a las ratas.

Pero en un último grito de su humanidad, el marinero nos dijo su nombre y su patria, y el nombre y la patria de sus dos compañeros: Ampelio Parodi, Orlo Bird, inglés, y Anders Oesterling, escandinavo. Después gritó por el megáfono:

—Quien no haya navegado en el "Mary Bonfield" no sabe qué es el miedo.

Un soplo apenas sensible reanimaba nuestras velas y nos apartaba lentamente del "Mary Bonfield" y del esqueleto de su arboladura despojada. Estábamos sotovento, y el que ha navegado por los mares del mundo sabe —porque lo ha husmeado en las costas, en

los puertos, en las naves encontradas— que las diferentes razas tienen un olor propio que impregna navíos, aldeas y ciudades. Aquel soplo que pasaba sobre el "Mary Bonfield" se impregnaba de olor a rata. Era un soplo levísimo y el olor parecía estancado sobre el mar, corrompiendo el aire, sin que pudiéramos librarnos de él.

Si alguien hubiera dudado todavía quién dominaba en el "Mary Bonfield" y lo hubiese atribuido todo al delirio de los tres sobrevivientes enloquecidos, no tenía más que husmear el aire.

El terror de la atroz venganza de las ratas, la servil abyección de los tres esclavos sólo les hacían desear que la nave humana se apartara de la nave de las ratas. Pero cuando el viento empezó a alejarla y el mar se ensanchó entre un velero y otro, el pensamiento de la voz humana, que no volverían a oír, y de los víveres y el agua dulce, a punto de extinguirse, insinuó la desesperación en sus ánimos. La astucia, unida al hambre, y un cruel instinto de mando que guía a las ratas en sus guerras y conquistas de albañales, había podido disciplinarlas en el "Mary Bonfield" bajo la autoridad real de un anciano. Cualquier ama de casa conoce las astucias de las ratas para procurarse alimento; pero ahorrarlo, hacer provisión y, en este caso, racionarlo, no era cosa de ratas. Las ratas podían comprender a lo sumo que la mano del hombre les servía para abrir las latas de carne, pero no que la carne habría de acabarse. A cada instante había un grupo de ratas exigiendo la comida que las engordaba y las hacía prósperas, fétidas, alegres. Los tres esclavos se alternaban en ese trabajo incesante; por poco que tardaran, las narices husmeaban y resoplaban, los ojillos malvados destellaban de ira. Rechinando los terribles dientes, chillando de furia, se arrojaban contra los siervos, regocijándose con rabiosa alegría ante el terror que los hacía empalidecer.

Digamos que también había algunos gatos a bordo. Vivían escondiéndose, hasta que las ratas atrapaban uno; o los acechaban, o iban a buscarlos a sus escondrijos. La fiesta se desarrollaba sobre el puente. El gato acosado, viendo imposible toda huida, fingía tenderse al sol y entregarse a su perezosa y socarrona indolencia; acaso simulaba dormir, pero temblaba y no conseguía cerrar los ojos. Lo desafiaban, lo azuzaban pasándole ante el hocico y entre las uñas y hasta mordiéndolo. Alguna le clavaba los dientes en la cola y las orejas. El gato corría locamente, maullando de desesperación, con las ratas asidas a su cuerpo. Después cambiaba el juego. Fingían distraerse y no reparar en él y los papeles se invertían a tal punto que era el gato ensangrentado quien se hacía el muerto bajo la mirada irónica de las ratas. Después, muy lentamente, cauto y tem-

bloroso, el gato se deslizaba hacia su escondrijo: lo dejaban alejarse, lo dejaban ilusionarse, para volver a atraparlo y al fin herirlo, haciéndole sentir la muerte y la angustia del terror con toda lentitud.

Los tres hombres, o más bien los tres seres inhumanos del "Mary Bonfield", habían abandonado el habla y se habían deshabituado a la voz de sus semejantes, al principio por vergüenza, después por inerte abyección. Volver a oírla, cuando Ampelio Parodi parlamentaba con nosotros, reanimó quizá la vergüenza e hizo brotar un destello de razón en sus mentes, mientras bogaban solos en el Pacífico desmesurado y bochornoso. La razón les recordó los víveres y el agua potable en vías de agotarse por obra de sus voraces tiranos, y se convirtió en desesperación. La desesperación y la razón engendraron odio. Entonces los dominó un pensamiento: acosar a las ratas, saciarse matándolas, vengarse antes de morir de hambre y de sed.

A bordo del "Mary Bonfield" eran los gatos y los hombres quienes debían moverse encogidos, deslizándose temblorosos a lo largo de las paredes. El medio de la cubierta, de las cabinas, del alcázar y de cualquier pasaje estaba ocupado por los altivos amos, que en grupos o a solas paseaban imperiosamente sus hocicos vengativos, sus panzas repletas, sus tristes colas escamosas: y no admitían obstáculos a su paso.

Esa soberbia suministró frecuentes ocasiones a la venganza. Anders Oesterling, que era flaco, seco, alto, de brazos muy largos y fuertes, las atrapaba cuando metían el hocico y el cuerpo en las latas para hartarse de carne: con un puño aplastaba el recipiente y la bestia. Orlo Bird, pequeño y ágil como quien está habituado desde niño sobre las arboladuras a la maniobra de las velas, las acechaba en los pasajes angostos, las tomaba por la cola y las despedazaba rápidamente. Echaban las carroñas a la sentina, al agua fétida y oscura, que ya nadie bombeaba y que también prometía acabar pronto con la ignominia del "Mary Bonfield", estancada y podrida. La idea de encerrar, hacer padecer hambre a un gato y devolverle los instintos felinos haciéndole oler ratas recién muertas fue del marinero Ampelio Parodi, que después soltó el gato enfurecido de hambre y sangre contra las ratas. De cuantas pudo atrapar hizo ejemplo a dentelladas y arañazos; acabó destrozado, pero después de larga lucha y sobre un montón de muertas.

Otra circunstancia favoreció a los tres marineros: las ratas estaban en celo y eso las distraía, las dispersaba por el velero, las convertía en presa más fácil, mientras su naturaleza, que suele unir en ellas la lujuria a la ferocidad, las instaba a la lucha, a destrozarse por las

hembras en celo. Resonaban en el velero gritos de luchas y agonías, de modo que los hombres no necesitaban de tanta cautela para matarlas sin hacerse oír.

Cada golpe afortunado suscitaba en los tres una risa muda que era ya su única comunicación, olvidados de la voz y el habla humanas, y de su desesperación misma. ¿Los vieron reír las ratas? ¿Sospecharon, los espiaron?

Orlo Bird había atrapado a una y como de costumbre estaba aplastándola sobre las tablas. Aún la tenía muerta, por la cola, cuando la bodega se llenó de golpe.

Después del ensayo de tortura infligido a Bird y a Oesterling, ninguno de los tres había vuelto a ver al viejo ratón jefe de la tribu, que moraba en la despensa, donde sus súbditos le llevaban en procesión comida y hembras. En esa circunstancia, su presencia en la bodega bastaba para significar a Orlo y a Anders algo más horrible que nunca: la clase de muerte ya insinuada otra vez. Orlo Bird temblaba y reía, sin atreverse a arrojar el cuerpo del reo, que colgaba por la cola de su mano. Centenares de ojos fosforescentes de ira traspasaban la penumbra de la bodega, millares de dientes rechinaban: parecían carniceros torturadores que se complacieran en hacer sentir a las víctimas el ruido de sus cuchillas. El olor de la raza, que la lujuria y la rabia hacían más denso y agudo, era tormentoso y cortaba el aliento. El compacto cerco iba estrechándose con lentitud estudiosa, bajo las órdenes del viejo ratón, para cubrirlos y después destrozarlos minuciosamente, como los verdugos chinos que se jactaban de saber infligir diez mil heridas a un cuerpo vivo.

De pronto el marinero Bird tendió su rata a Anders:

—Para ti: tómala.

Fue un gesto afable; el tono de la voz era persuasivo, desenvuelto, quizá evasivo, extraordinariamente cortés y natural. La tarda comprensión de Oesterling le hizo responder estupefacto:

—¿Para qué me la das?

—Te la regalo.

Era cosa de ver la amenidad, la sonrisa sagaz, atractiva, apremiante, de aquella agonía de espanto. Era la perfidia de algunos locos insidiosos. Anders balbuceaba:

—¿A mí? ¡Qué clase de regalo!... ¿Y por qué a mí?

—Gloria al bravo cazador.

Anders comprendió por fin la insidia; palideció súbitamente, sonrió con estúpida satisfacción, y dijo:

—Has sido tú.

—¡Tú, has sido tú! —gritó el otro.

El hombre traicionaba al hombre. Y los demás lo habían comprendido y esperaban. En efecto, el instinto de la rata percibe singularmente, más que ninguna otra inmundicia engendrada por la naturaleza, el miedo y la ferocidad; por eso es muy hábil para reconocer la ferocidad del miedo. Sentadas, permanecían atentas, sin interrumpir la música de los dientes, excitadas más por la curiosidad que por la rabia. Los dos infelices, el uno sonriente, afable, el otro torvo y amenazador, seguros de ser comprendidos por las ratas, se acusaban, se denunciaban, imploraban la impunidad como premio de la delación. El hombre, en suma, renegaba de sí mismo.

Bird persistía serenamente en su intento; con el tono con que se persuade a un niño a aceptar un castigo, o con el de un confesor que se dirige a un penitente, decía:

—Es inútil, Anders: esta travesura tienes que pagarla. Te castigarán por el bien de tu alma...

—Ya vas a ver —dijo Oesterling abriendo la huesosa tenaza de sus manos y jurando ferozmente—, ya vas a ver cómo te destrozo y las contento.

—Claro que estarán contentas —dijo Orlo tomando su cuchillo de marinero—. Voy a agujerearte, viejo pirata de los fiords.

Anders echó mano de una barra de hierro macizo.

—Vamos a ver quién agujerea y quién destroza, asqueroso usurero de la isla.

Al aumentar el odio aparecían —cosa extrañísima— las viejas rivalidades marineras y comerciales entre ingleses y escandinavos. Bird continuaba.

—Lo siento, pero hay que contentarlas, tú lo has dicho. Es lo justo.

—Lo he dicho y lo hago —respondió el otro con una amarga carcajada.

Por cada hendidura, desde cada objeto, sobre cada bulto de la bodega se aferraban, se apiñaban, se asomaban los amos, anhelantes como un público antiguo ante el espectáculo de los gladiadores. Colmo de la abyección: objeto de la riña, premio del fratricidio era la gracia de la vida al vencedor, era —da vergüenza decirlo— el perdón al asesino. Permanecían frente a frente, estudiándose, todo vigor el uno, todo esbeltez el otro; giraban lentamente en el espacio libre, espiando los movimientos, aguardando el instante. Dando un salto, Anders alargó un golpe de revés a las costillas de Bird, que no se demoró en encogerse. El golpe dado en el vacío y el peso de la barra hicieron girar sobre sí mismo al escandinavo, a quien Bird

asestó una puñalada de abajo arriba, que lo alcanzó sólo en la piel sobre una costilla. Bird saltó atrás y Anders le arrojó la barra, que lo golpeó de refilón en la cabeza (dándole de lleno se la habría deshecho). Las ratas husmeaban con hocicos temblorosos el olor a sangre. Bird estaba a punto de arrojarse sobre su adversario inerme, pero Anders empezó a tirarle cuanto caía bajo sus manos entre los variadísimos objetos que colmaban la bodega. Para no ser alcanzadas, las ratas se habían ocultado, pero ambos sentían sobre sí los millares de ojos malditos que los perseguirían noche y día.

Eran noches serenas y de luna llena, pero de haber sido oscuras, y aunque la lucha siguiera hasta la noche, marineros que llevaban años sobre el "Mary Bonfield" conocían la nave palmo a palmo, de modo que podían moverse seguros y rápidos sobre y bajo cubierta, en la más negra tiniebla, pues una de las glotonerías más rápidamente consumadas por las ratas había sido el aceite de las linternas. Triste cosa: la práctica del propio navío, tan útil o, más aún, necesaria, tan "marina", que hace que el buen marinero forme un solo cuerpo con su nave; la práctica que hubiese debido recordar a los rivales los buenos tiempos, los honrados tiempos del "Mary Bonfield" (buen velero, buen equipaje, buen capitán, buena y fiel tripulación), en ese mísero exterminio sólo servía para negar pausa y aliento y piedad, aun de noche, a la caza desnaturalizada y salvaje de los dos contrincantes. También las ratas saben moverse en la oscuridad como en la luz, y acaso mejor; tal semejanza los asimilaba y esclavizaba aún más a la inmunda turba.

Con muchos saltos y esguinces de su ágil cuerpo, el inglés había conseguido evitar la enloquecida artillería del escandinavo. Mientras tanto, el tercer compañero, Ampelio, ignorante de los destrozos, las caídas y el alboroto de la bodega, había permanecido apoyado sobre la rueda del timón, observando la aguja de la brújula en su habitáculo. Solía pasar allí horas enteras, abstraído, casi sonámbulo, frente al timón abandonado y la aguja inútilmente viva, como si tales órganos y nobles instrumentos del navío y la náutica tuvieran la fascinación de un recuerdo borroso, pero todavía apremiante.

Derribada la escalerilla, Orlo Bird, dando un salto agilísimo se había asido por los bordes de la escotilla para encaramarse al puente. Al mismo tiempo la bodega eructó la turba de ratas, que irrumpiendo en la cubiera la hacía en partes moviente y velluda, tan apiñadas corrían. Al ver aparecer a Bird, Ampelio preguntó con desgano:

—¿Qué ha ocurrido? ¿Por qué tanto alboroto?

—Yo o él —respondió Bird.

—Él o yo —contestó Oesterling, surgiendo lentamente de la escotilla.

—¡Oh, virgen santa! —exclamó Ampelio Parodi—. Por el amor de Dios! *¡Libera nos, Domine!*

Tales invocaciones aumentaron el horror inhumano del sacrílego "Mary Bonfield". El viejo rey de la horda se había sentado sobre la primera verga de mesana, llamada en la marinería verga seca, para observar y dirigir la cosa nefanda. Orlo Bird había corrido a atrincherarse en el castillo de proa, detrás de una fila de barriles de agua dulce: la única que subsistía a bordo. Anders había recordado que en la cabina del capitán había algunos fusiles y mientras tuvo pólvora y perdigones disparó sobre la barricada de Orlo Bird. Mientras duró el insensato tiroteo, las ratas se escondieron; en cuando cesó, reaparecieron. Ante el viejo rey sentado sobre la verga seca, el agua chorreaba de los barriles agujereados, semejante a la vida que huye con la sangre de una herida. Pero los obsesos no repararon en ello. Agotadas las municiones, Anders resolvió acabar la historia a culatazos o con un cuchillazo a Bird. Pero tampoco esta riña resultó mortal para nadie, de modo que Bird acabó desarmado y, como su adversario, herido en varias partes del cuerpo y chorreando sangre.

Sin tiempo de tomar aliento, Anders, que se había apoderado del cuchillo, lo seguía; corrieron varias veces de un extremo al otro del navío, a saltos, derribando obstáculos, como en una pesadilla en que las ratas llevaban lo horrible a la perfección corriendo tras sus huellas y deteniéndose a lamer golosamente la sangre.

Exhausto por el calor estancado sobre la bonanza del océano, el sol amortiguado se ponía entre púrpura y oro y destellos verdes, crueles y vívidos, cuando Bird se aferró a las jarcias del árbol maestro para refugiarse en lo alto. El ocaso había sido repentino, como son los ocasos en el trópico, pero la súbita noche había dado fuerza a la luna, ya alta, que cubriendo con la onda de su luz muerta el mar y el navío inmóvil destacó el aspecto esquelético de los mástiles y el aparejo desnudo e inerme. Anders también se había encaramado. Bajo esa luz, Bird se deslizaba, se aferraba, saltaba y, confirmando su nombre, volaba casi de un mástil a otro, de una verga a otra, cada vez más alto. Anders, el cuchillo entre los dientes, lo seguía penosamente.

En la popa, también enloquecido, Ampelio Parodi ordenaba a grandes voces una imaginaria maniobra velera, quizás a los espectros de los compañeros que se le aparecían sobre la nave de los muertos.

—¡Los hombres arriba! Alerta para virar a popa. ¡Ajustar el can-

grejo! ¡Sacar trinquete! ¡Cambia las escotas, los foques! ¡Estribor! ¡Timón sopravento ¡Estribor al costado!

Esta última orden lo volvía en sí, timonel espectral que hacía girar locamente la rueda a fuerza de brazos. En lo hondo, en el ciego mar nocturno, giraba el inútil timón.

—¡Timón al medio!

Como obedeciendo al mando de la maniobra terminada, Anders y Bird se dejaban deslizar hacia abajo. El cuchillo de Anders, en un golpe que debía clavarlo en Orlo, se había partido contra el mástil. Pero las ratas querían que el juego continuara arriba y como los vieron bajar se amontonaron amenazadoras al pie de los mástiles. Bird gritó entonces a Oesterling:

—Sí, como aquéllos —respondió Anders.

Señalaba los cadáveres esqueléticos de los compañeros, que refugiados en los palos para huir del asco de sus perseguidores se habían atado y habían muerto: parecían esperarlos.

—Tienes razón —dijo Bird después de volver los ojos hacia donde Anders señalaba—. No hay otra paz para nosotros.

De pronto el "Mary Bonfield" empezó a arder.

Ampelio había recordado algunas latas de nafta amontonadas bajo la popa y había decidido poner fin a la ignominia. Si fue locura, fue más cuerda que la razón en aquella circunstancia. Después de abrir un par de latas, arroió estopa encendida sobre la nafta derramada. El navío muerto estaba seco y más dispuesto a arder que una piña resinosa. El fuego rugía, los maderámenes crepitaban. La popa se envolvió en humo y fuego.

El fuego justiciero y purificador volvía a los hombres en sí, expulsando del puente la horda inmunda de ratas, convertidas de nuevo en alimañas por el terror.

Era como el fin de un sueño nefando. Los tres marineros se habían reunido, retrocediendo hacia la proa a medida que avanzaban las llamas veloces.

—Perdóname, Bird.

—Perdóname tú, Anders.

Si hubieran tenido un bote, habrían podido cambiar su muerte por otra menos terrible, pero más cruel. Pero el bote se había perdido. Y Ampelio decía, señalando el fuego:

—Mejor esto que ser esclavos de ratas.

A modo de respuesta, Bird empezó a cantar ese himno de su religión que empieza "Más cerca de Ti, Señor mío". Anders cantaba

con él y Ampelio le rezaba a la virgen María de rodillas, cuando las demás latas de nafta estallaron, destrozando y hundiendo al "Mary Bonfield".

V

—Después de todo —dijo uno de los oyentes—, murieron como cristianos.

Por un instante permanecieron todos absortos, en silencio, como trasoñados. Después hubo una rebelión:

—¿Por quién nos tomas? ¡No creemos una palabra de esa historia asquerosa!

—Entonces, ¿por qué enfadarse?

Con esas palabras nos dejó el hombre de las ratas. Esa noche quizá soñara alguno que navegaba en el "Mary Bonfield".

(Traducción de Enrique Pezzoni) RICARDO BACCHELLI

SUR, Nº 229, julio-agosto de 1954

HOMENAJE A FRANCISCO ALMEYRA

Thaes afereode, thisses swa maeg.
DEOR.

Una muchacha alada, con una estatuita de la Victoria en la mano, o con un ramillete de flores, o con una flor de loto, o con una granada entreabierta y casi madura; un ancla, el arco iris, el color verde, son antiguas alegorías de la esperanza; pero a mí me parece que nada la representa mejor que un joven poeta. No pienso en Chatterton, que resplandece y cae como un ángel quemado; ni en Novalis, ni en Keats, ni en Shelley, ni en Espronceda, destinos en los que siempre palpitará la juventud, la muerte y la poesía; pienso en todos los jóvenes, gloriosamente oscuros, que trémulos y reverentes componen versos; como la esperanza, ellos no requieren para el fervor la confirmación del resultado y, también como la esperanza, muchas veces no cumplen lo que prometen.

Entre los jóvenes poetas argentinos de la primera mitad del siglo anterior, encuentro que Francisco Almeyra encarna mejor que nadie ese patético símbolo. Dejaré a los historiadores de la literatura la piadosa tarea de comentar sus poemas, sus fragmentarias traducciones de Virgilio y su tragedia de intención clásica; me limitaré a recordar lo que podría designarse como el período climatérico de su vida. Este relato comienza, pues, en la ciudad de Montevideo, en una mañana de primavera de 1839.

Pero antes de iniciarlo habrá que referir algunas circunstancias biográficas. A los hechos de sus mayores debió Almeyra la peligrosa distinción de ser públicamente señalado como unitario; a los hechos de sus mayores o a las persecuciones que éstos padecieron: de modo que emigró por razón de familia, más que por actuación propia. Su fuga a la otra banda (el tradicional cruce del río, ese momento romántico de la carrera de honores de los porteños) ocurrió en 1834. En Montevideo lo recibieron unas tías suyas, de la rama oriental de los Almeyra, que está emparentada con los Rasedo. Vivían las señoras en una casa de la calle de San Miguel (hoy Piedras), que tal vez exista aún: baja, de tres patios; el último famoso por los

rosales blancos que el poeta expoliaba para su ofrendas de las tardes a la menor de las señoritas Medina, la Lelia de las *Odas*. La llegada del joven sobrino había conmovido a esa casa de mujeres. Desaparecieron las fundas, que se demoraban de verano a verano, y en la sala, rodeando el lujo de damascos amarillos, de nuevo resplandeció oscuramente la caoba de los muebles importados de Hamburgo. De secretos yacimientos casi olvidados, afloraron bandejas de plata, porcelanas francesas, manteles con puntilla y viejos licores: tesoros acumulados a lo largo de los años por una antigua familia que, si bien no era rica, siempre había vivido con frugal desahogo. Diríase que hubo más flores en los floreros y que las señoritas parecieron menos pálidas, casi jóvenes. La vida alcanzó a los fondos de la casa y la cocina prodigó manjares con intenciones de celebrar algún "precioso verso dedicado al 25 de Mayo, que apareció en el Álbum del Nacional", de sorprenderlo (con un arroz con leche "preparado por mis propias manos", según proclamaría una de las señoritas), o, meramente, de alimentarlo y de mimarlo.

Cuando él dijo que buscaría trabajo para pagar su parte de los gastos de la casa, las señoritas fingieron que hablaba en broma; era evidente que jamás le admitirían retribución alguna; pero Almeyra probó que hablaba en serio: encontró trabajo, poco trabajo y poco sueldo: el primero, como convenía a un hombre dado al ocio, a la versificación y a la tertulia de amigos; el segundo, suficiente para no tener que recibir dinero de sus protectoras y poder obsequiarlas, de vez en cuando, con algún regalo. Llevaba, pues, los libros a los señores Casamayou, unos franceses de Navarrenx, establecidos con negocio de ferretería en la calle de Santiago, a corta distancia de las orillas del Plata. Todas las semanas, el joven poeta pasaba por la ferretería, recogía los comprobantes de las ventas y de los gastos y en su casa llevaba la contabilidad con un retardo que raramente excedía los dos meses.

Almeyra era delgado, de estructura delicada y de estatura mediana; tenía cabellos castaños, muy finos; la frente despejada, los ojos oscuros, la nariz recta y una boca en que ambiguamente se discernía dureza o resolución. Las amplias y elegantes solapas de la levita ocultaban alguna estrechez de hombros. En cuanto a sus manos, una señora, en cierto famoso *Epistolario* publicado en estos últimos años, las recordaba como "el hermoso y apropiado símbolo de su depurada sensibilidad, de su noble inteligencia y de su generoso corazón".

Aquella mañana una de las morenitas le dejó sobre la cama la bandeja del desayuno y abrió los postigos, para que el día entrara en

el cuarto. Almeyra miró los majestuosos libros *Diario* y *Mayor*, vaciló brevemente y, como era habitual, los postergó; tomó de la mesa de luz unas desordenadas cuartillas y dos ejemplares de la *Eneida*: uno, con el original latino y otro, de encuadernación más fatigada, con la nueva versión francesa de Hyacinthe Gaston. Buscó en ambos volúmenes ciertos versos del libro segundo y, mientras mateaba, tradujo:

Entonces vi las caras pavorosas
De los contrarios dioses...

Se preguntó si cuando publicara la traducción de la *Eneida* —la había emprendido para continuar, con intrepidez y con veneración, la tarea iniciada por el llorado Juan Cruz Varela, para empuñar la antorcha donde su amigo y su maestro la había dejado— estaría satisfecho de la labor y podría desear que lo juzgaran por ella. Reflexionó: De todos modos, a los escritores nos juzgan anacrónicamente. Él siempre quedaría como el autor del *Yugurta*. ¿Cuándo lo había compuesto? ¿Cuándo lo había concebido? Hacía tanto tiempo, que ya era otro. Él creía en su vocación de poeta por lo que iba a escribir, no por lo que llevaba escrito. La única obra es la futura, pensó; todo lo demás son equivocaciones de las que nos enmendaremos.

Volvió su atención a los versos que estaba traduciendo. El epíteto *contrarios* le agradaba; hubiera querido aplicar la palabra *magna*, del original, a las caras; daban miedo esas enormes caras; las imaginaba de bronce o, mejor aún, de yeso; pero *magna* debía aplicarse a los dioses y, por otra parte, al conjuro de esas enormes caras inevitablemente los lectores hubieran recordado a una hermosa amiga de todos ellos. Sacrificando *contrarios,* continuó:

Entonces vi las caras pavorosas
De los mayores dioses enemigos,
Entonces vi entre llamas ominosas
Hundirse a toda Ilión. Fuimos testigos
De la muerte de Troya. Como un roble...

Si tenía suerte, por fin rescataría una mañana para las musas. Si tenía mucha suerte, y la voluntad no desfallecía, traduciría veinte versos y luego pensaría en su tragedia. Todas las mañanas ocurría lo mismo: diríase que despertaba para la creación poética, pero muy pronto las circunstancias cotidianas consumían el alado impulso. Resueltamente se levantó de la cama, procedió a enérgicas ablucio-

nes y, aprovechando lo que quedaba del agua que le llevaron para el mate, empezó a afeitarse.

Tras un portazo, con un relumbrón azul de la capa de paño bearnés, y bermejo de la barba ancha y redonda, irrumpió en el cuarto Joaquín Videla, cuya amistad con Almeyra se había iniciado en las aulas del colegio de San Carlos y se había afirmado en las ansiedades de la emigración. La gente decía que Videla parecía inglés. No el espigado inglés que primero imaginamos; otro, no menos típico: bajo, robusto, enérgico, un caballero rural, nutrido de carne, o acaso un marino, como sugería el óvalo espeso de la barba. Almeyra, que propendía a creer que todas las virtudes procedían de la lectura y de la ejercitación del intelecto, se maravillaba a veces de que su amigo, ante los acontecimientos políticos, reaccionara siempre acertadamente; se maravillaba de encontrar siempre en la buena causa a una persona para quien los libros eran apenas reales: un incómodo recuerdo de colegio o el lánguido entretenimiento de un raro día de enfermedad. En cuanto a la amistad que los unía, ninguno de los dos, a pesar de ser tan distintos, la cuestionaba: era una criatura espontánea y natural, que pedía muy poco para vivir.

Videla anunció:

—Traigo una gran novedad.

—¿Una gran novedad? —interrogó Almeyra.

—Una gran novedad —repitió Videla—. La revolución del Sur ha estallado.

—Todos los días ha estallado —comentó melancólicamente Almeyra—. Todos los días hay una gran novedad.

—Tú siempre miras las cosas por el prisma de tu descreimiento —protestó el amigo—. La novedad de hoy es verdadera.

Almeyra afirmó:

—Todos los días es verdadera, pero nunca pasa nada. El país entero lleva luto por doña Encarnación y Rosas está más fuerte que nunca.

—Ahora está pasando algo. Ese joven Bello vino de Buenos Aires. Godoy, en persona, lo vio en la botica de Cantilo.

Almeyra pensó que él no creía en la novedad que su amigo le comunicaba. ¿Por qué no creía? Por prudencia, por pusilanimidad tal vez, por temor de recaer en ese juego de ilusionarse y desilusionarse que era la angustiosa ocupación en que todos ellos vivían; y por fatalismo, o por superstición, y también por imaginar que mañana sería igual que ayer: suposición que la experiencia de toda la historia refutaba.

Videla dio pormenores:

—Granada se plegó por fin al movimiento y sin ser sentido avanza con los indios desde Tapalqué.

Ahora, por cortesía, para no parecer obstinado, Almeyra simulaba creer. ¿Costaba mucho pasar de la simulación al sentimiento? Almeyra comprendió que ya estaba interesado en las noticias: eran como un fuego en que se templaba el alma. Costaba menos creer que resistirse. Pensó que cada conversación era un mundo aparte, con sus leyes propias: en este caso la ley era creer que el Sur se había levantado contra el tirano. Mientras la conversación durara, él creería en el derrumbre de Rosas, condescendería a vagos planes para esa vislumbrada aurora de la libertad en Buenos Aires y aun imaginaría circunstancias de su propio regreso. Cuando Videla hubiera partido, recuperaría la razonable incredulidad.

—¿Qué me dices —preguntó con cierto calor— si la semana que viene tú y yo andamos bala y bala con los rosines?

Poco tiempo después Videla se fue. Mirando las domésticas paredes de su cuarto, con el cuadro anónimo del coposo árbol a cuya sombra descansaba, echada, una vaca de color café con leche, el estante de los libros, la cama de bronce, el desvencijado sillón, Almeyra se preguntó si él estaría a punto de cruzar el río y de guerrear a cielo abierto por los campos del Sur.

Trató de continuar con la *Eneida,* pero muy pronto advirtió cuánto se había apartado de las tareas literarias en esa media hora. La luz de afuera, que trajo su amigo con las noticias de la revolución, le había empañado el ánimo. Almeyra dejó las cuartillas y salió a caminar.

Durante el almuerzo oyó a sus tías comentar apasionadamente los últimos acontecimiento políticos y militares: fuera de las tertulias literarias, no se hablaba de otra cosa en aquella época infausta y, por fortuna para mí y para ti, querido lector, pretérita. Cuando servía el caldo, la tía Esmeralda anunció que los anarquistas habían atacado en el Cerrito: al promediar el charque, ese ataque había sido rechazado y todas discutían la modalidad del general Rivera, reputada imprudente por la tía Áurea, de aproximarse con una breve escolta y fiado en la rapidez incomparable de su caballo, hasta los vivacs de las tropas entrerrianas; hacia la carbonada había triunfado la revolución en Corrientes: después del arrope, una invasión de farrapos en territorio oriental era de temer y, sobre el dulce de boniato, Almeyra melancólicamente reflexionó que la falta de cualquier mención de un levantamiento en Buenos Aires no configuraba un signo de buen augurio. Si algo sucedía en la otra banda, Montevideo no tardaba en saberlo. Todo se sabía demasiado. Por ejemplo,

alguien sostuvo (lo que sin duda es falso) que el descubrimiento de la conspiración del joven Maza ocurrió mucho antes en las sobremesas de Montevideo que en su real escenario. Almeyra luchó contra la tentación de referir las noticias de Videla. Una abundante experiencia supersticiosa lo persuadía de que referirlas traería mala suerte. La tentación venció. Almeyra dio las noticias y en el acto agregó que las creía apócrifas.

Un poco más tarde el poeta se dirigía por la calle de Santiago, hacia la ferretería de Casamayou. Al pasar por el consulado francés recordó el brumoso día de julio en que vio partir al general Lavalle, con la divisa azul y blanca en el sombrero y el lema, bordado en oro, *Libertad o muerte*. Almeyra recordaba al general en el escalón de esa puerta, como en el estrado de la gloria, y el eco de una dicha espléndida y de una indignación y de una esperanza y de una congoja se alternaba en su ánimo. Qué nítidamente cierto parecía el triunfo que ahora se desangraba en las distancias del Entre Ríos. Lo declara la oda cuarta:

el ínclito laurel se deshojó en victorias.

En cuanto a la indignación, era contra un médico de la Comisión Argentina que lo había rechazado como inepto para el servicio de la guerra. En vano explicó Almeyra que ese catarro pasaría con el invierno. El hombre lo creyó tísico y Almeyra quedó excluido de la legión.

Según era habitual, en la ferretería lo recibió don Pedro. Los Casamayou de la famosa firma eran dos: don Pablo, el mayor, que aparentaba ser mucho mayor que su hermano, pero que le llevaba solamente un año, y don Pedro. Físicamente los hermanos eran parecidos y distintos. Es probable que si hubieran quedado mascarillas de ambos señores, serían casi idénticas; pero aquí termina la similitud. Don Pablo era pálido; don Pedro, rojo; la piel de don Pablo era cerosa; la de don Pedro era seca y reticular, como atravesada por un delta complejísimo de pequeñas venas; don Pablo parecía demacrado y cadavérico; don Pedro, era emprendedor, afable, fácil y enérgico; don Pablo, según las pocas personas que lo trataron con familiaridad, no era tonto sino, simplemente, raro. Don Pedro bebía mucho; don Pablo no había bebido en toda su vida una copa de vino, pero el azar lo eligió, entre ellos dos, para que fuera el hijo de alcoholista. Don Pablo murió soltero, don Pedro se casó con una jovencita tucumana, hermosa, de ojos grandes y muy ovalados, de brazos mórbidos, ligeramente obesa, que vivía en los fondos del caserón, ataviada con lujo y comiendo golosinas. Del matrimonio na-

ció un hijo, don Pluvio, que murió en Francia, en un hospicio, a los catorce años.

A una sola visita atendía la señora: a nuestro joven poeta. Nunca dejó de agasajarlo con mates, que ella misma llevaba al escritorio, en una bandejita de plata; se ruborizaba toda para interrogarlo sobre la salud y la familia y recaía, inmediatamente, en su habitual silencio. Esa tarde, en el diminuto y revuelto escritorio, mientras la señora le cebaba mates con azúcar quemada y cáscaras de naranja, Almeyra escuchaba los planes de reforma que puntualizaba don Pedro.

—Estas paredes vuelan —afirmaba el patrón, indicando, con ademanes circulares, los tabiques de madera blanqueada, del escritorio—. El gran resorte para el trabajo es la amplitud.

Almeyra lo escuchaba con distracción apenas velada. Por cierto que su trabajo en la ferretería le interesaba poco. Sin embargo, la reflexión de que no asistiría acaso al cumplimiento de esos planes (del todo indiferentes para él), de que esa costumbre de pasar una vez por semana por la ferretería de Casamayou acaso debería interrumpirse para siempre, como, por lo demás, toda su vida en Montevideo, un poco provisoria, un poco irresponsable y (contemplada desde el recuerdo) sin duda muy dulce, lo angustió con anticipada nostalgia. Tal vez con mayor nostalgia (consideró escandalizado) que la interrupción de aquella otra costumbre, también dulce, de tocar el piano y de platicar, por las tardes, con la más joven de las señoritas de Medina. "Pero no debo abrigar ilusiones", pensó. "Las noticias de la rebelión son falsas. Yo no dejaré esta vida. Yo no iré a la guerra en Buenos Aires."

De la ferretería volvió a su casa. En lugar de asentar las boletas en los libros, como se lo había propuesto, y evitar así la acumulación de trabajo, arrojó sobre un sillón el rollo de papeles y se fue en seguida a la redacción de *El Nacional*, a comentar las noticias.

Cuando llegó, los amigos hablaban de Voltaire, de Diderot, de Destutt de Tracy, los tres faros que iluminarían para siempre el pensamiento liberal, según la fórmula afortunada y profética de ese agauchado señor Coria. Muy pronto Almeyra se encontró hablando de su tragedia tebana (con un joven oriental, cuyo nombre desconocía) y luego intervino en la perpetuamente renovada polémica de clásicos y románticos. Alguien, tal vez Rivas (no estoy seguro, no quiero calumniarlo), inculpó a los partidarios de los clásicos de abrazar tradiciones y temas extranjeros. Almeyra pensó que ese énfasis de encono puesto en la palabra "extranjeros" traslucía una de las pasiones que siempre flamean del lado de los déspotas.

¿Por qué nadie lo advertía? En literatura todos patrocinamos ideas que en política engendran horrores; aquéllas, justamente, que se llaman ideas poéticas.

Conversando con Almeyra, el joven oriental refirió que había leído en un libro de historia, de más de trescientas páginas, que París había sido arrasado por incendios, en diversas oportunidades. El oriental observó:

—Una situación conmovedora para contar sería la de un parisino que muriera allá por los añares del 54, después del incendio de la era cristiana, llorando la destrucción definitiva de su ciudad.

Almeyra tuvo la impresión de que le sugerían que trasladara a París la tragedia tebana. Se molestó apenas lo necesario para escuchar confusamente lo que le decían. La discusión volvió a los clásicos y a los románticos y luego encaró los problemas del drama histórico.

—Cuando aparece mezclado entre personajes oscuros alguno conocido —Almeyra explicó a Florencio Varela— el espectador o lector se pregunta si lo que dice en el drama lo dijo en la vida y cómo lo averiguó el autor.

Varela casi no lo escuchaba, porque trataba de seguir un diálogo entre Mitre y un señor con los bigotes de Vercingétorix o de algún jefe galo no menos valeroso.

—Encuentro que aceptar la cooperación de los franceses —argumentaba el señor, que era un conocido unitario de la primera emigración— es todo un arriesgado yerro.

Almeyra sintió, según la expresión vulgar, que la sangre le hervía en las venas. ¡Con cuántos amigos, a veces de los más queridos y de los más admirados, había debatido acaloradamente este asunto de la ayuda francesa! Para él no había más cuestión que voltear a Rosas. (Sean indulgentes mis lectores; recuerden que Almeyra murió en plena juventud.)

Un coronel, cuya valiente espada resplandece a lo largo de más de cuarenta años de la historia de nuestras dos repúblicas del Plata, y a quien no he de nombrar, porque aún hoy sus opiniones podrían comprometerlo, habló con un tono reposado, que atrajo la atención de todos.

—Empiezo por reconocer que abundan las razones políticas y morales —dijo como sopesando los términos, con su voz de bajo— para condenar esa ayuda.

Aquí la atónita exasperación de nuestro poeta, que siempre había admirado al coronel, estalló en la susurrada pregunta:

—¿Tienen lepra los franceses?

Tan apagada fue la voz que pronunció estas palabras, que nadie las oyó. Almeyra tuvo la vaga y extraña impresión de ya haber vivido la escena. Ahora la recordaba con claridad. Había ocurrido en el colegio, más de una vez, cuando él, entre audaz y atemorizado, se había permitido alguna irreverente acotación a lo que decía el profesor. Turbado por esa puerilidad flagrante, perdió parte de los argumentos del coronel. Éste, por no sé qué evolución retórica, había llegado a la siguiente conclusión:

—Ante los males que día a día el tirano y sus seides infligen a los argentinos (inmensa hecatombe de dolor que siempre crece) no es humano rechazar el apoyo de una nación extranjera, a la que todo el país opondrá su pecho, caso de que pretendiera avasallar nuestra libertad.

Un arrebato patriótico, un ímpetu de ir a pelear ahí mismo al tirano, dominó a Almeyra.

Alguién comentó:

—Piensen lo que es el fondo de la vida: las enfermedades, la muerte. Y todavía que haya un señor, cualesquiera que sean sus designios, que nos depare cárceles, miseria, dolores y la Refalosa.

—Me pregunto si nosotros —dijo Almeyra— o si algunos de nosotros por lo menos, no estamos más interesados en Voltaire, en Diderot, en Dustutt de Tracy, que en derrocar a Rosas. Si no estamos más interesados en la filosofía y en la literatura de Francia que en la política argentina. —Después de un silencio, grandilocuentemente agregó—: Sin embargo, todos los días hay un degollado.

—Nosotros luchamos para salvar la civilización —le replicó ese coronel que había peleado en tantas batallas—. Rosas, en pleno siglo XIX, es un paso atrás, un accidente. Entregarse del todo a la obsesión de combatirlo es contribuir a su pasajero triunfo; mantener íntegro el interés en lo bello, en lo armónico, en lo razonable, es contribuir a derrocarlo. Usted hace muy bien, mi amigo, en pensar en Diderot y en todas esas lumbreras. El sentido de la civilización consiste primordialmente en garantirnos plena libertad para la vida y aún para los entretenimientos más triviales: a mí para chinear los domingos; a otros para pensar en lumbreras.

La autoridad y la fogosa oratoria del coronel acallaron a Almeyra, no a su conciencia. Nuestro joven poeta se preguntó cuál era su contribución a la derrota de Rosas. Recapacitando enumeró: "Escribir un rato por la mañana, sin violentar mi indolencia; conversar con los amigos del *Nacional*, complaciéndome en oír mi propia voz y en repetir argumentos que ya conozco; platicar tonterías, al fin de la tarde, con la niña Medina, reconociendo que progreso firme-

mente, ya que ella hoy no se apresuró a retirar su mano cuando se la tomé entre las mías. ¿Éste es el resultado de la civilización, el precioso fruto de tantos siglos de historia, que debemos preservar el embate de los vándalos?"

La conversación continuó con discusiones sobre libros, que inflamaban el alma, porque la de todos ellos estaba exenta de intereses personales, y con discusiones políticas, que también inflamaban el alma, porque los unían en una misma y noble tristeza y en una esperanza común de bien para la patria.

De pronto hubo un estrépito en el patio, se abrió de par en par la puerta y entraron precipitadamente el doctor Julián Santana y ese joven Bello. Se produjo en el salón un silencio de expectativa, como si todos adivinaran la índole trascendental de la comunicación que iban a oír y lo solemne del momento que vivían. Vestido de negro, muy delgado, muy alto, muy pálido, Santana se adelantó unos pasos y levantando las manos exclamó:

—Los libres se rebelaron. En Dolores han pisoteado la efigie del monstruo.

Los gritos de júbilo atronaron la sala. Santana continuó:

—Aprovechando el viento favorable, dentro de una hora sale para las costas del Salado la chalupa *Flora*. Que me sigan los que deseen reunirse al ejército de Castelli y de Crámer.

En el numeroso grupo que lo siguió estaba Almeyra. Éste no se acordó de sus tías, ni de la niña que lo esperaba esa tarde; en cambio, con ansiosa preocupación, pensó en uno o dos compromisos, del todo insignificantes, que dejaría sin cumplir. Dando vivas a la patria y cantando llegaron al puerto. Durante los minutos que debieron esperar para embarcarse, Almeyra tuvo la impresión de que todo era irreal, de que estaba soñando.

Luego, desde la borda de la chalupa *Flora*, miró por última vez a Montevideo. Con el corazón oprimido de nostalgia y de gratitud pensó en las señoras que lo asilaron y en la *Eneida* incompleta y en la tragedia de Tebas y en la niña con quien gravemente jugaban a los novios y en los amigos y en la tierra que dejaba, tan hospitalaria y tan libre. Alguien le interrumpió este íntimo adiós a la querida República Oriental, diciendo:

—Era absurdo que esa monstruosa tiranía de Rosas durara tanto. Piense que estamos casi en el 40.

II

Durante el viaje no ocurrieron incidentes notables. En una carta dirigida al coronel Sosa, el señor I. E. Richards, cargador de la *Flora*,

afirma que "el ánimo de los voluntarios es muy alto y para contrarrestar el tedio inherente a la navegación, pescan".

Para desembarcar eligieron un punto situado entre las bocas de los ríos Samborombón y Salado. Cuando fondearon despuntaba el día. Un destacamento que bajó en un bote no descubrió en el alto fachinal de la costa fuerza alguna, ni amiga ni contraria. A eso de las siete de la mañana, el primer grupo de voluntarios desembarcó. Entre ellos iba Almeyra.

Éste pensó que si hubiera llegado a la región del Pergamino, donde estaba la Verde, la antigua estancia de su familia, él hubiera reconocido cada lugar; hubiera identificado, según el caso, la esquina de Constancio, la tapera del zapatero, la estancia de Montoya, los cuatro álamos (que de lejos parecían dos) de Zudeida... En cambio, en estos parajes donde nunca había estado (y, precisamente, por no poder identificar ninguna circunstancia topográfica), reconocía la patria. La oía gritar, salvaje, con los pájaros que sobrevolaban la laguna y la veía extenderse, infinita, en la trémula inmensidad del pajonal. Una manada de yeguas, de largas crines, de largas colas, con las orejas levantadas, en un remolino de curiosidad se aproximó a ellos. De pronto, una se volvió, todas se volvieron, y tímidas y alegres y pletóricas, pateando, relinchando, se volcaron en la distancia. En ese instante, o acaso unos instantes después, cuando un casal de chajases, anunciando la novedad, como los de Ascasubi, echaron a volar y de atrás del fachinal de junquillos una abigarrada multitud de gauchos a caballo cargó contra el puñado de voluntarios, Almeyra sintió algo que podría expresarse aproximadamente así: ahora que estaba en la patria era invencible. Levantó el fusil y volteó a su primer hombre.

Pero la superioridad numérica de los atacantes era excesiva. Abrumados por las lanzas y las tacuaras, los voluntarios se rindieron. Solamente dos continuaron la pelea: Almeyra y un joven abogado, el doctor Cruz. Almeyra dejó el fusil y con el sable en la mano se entreveró con los enemigos: los tuvo a raya y, a los que pretendieron atropellarlo, con la destreza que le daba el coraje los hirió. Cruz mató a otros dos. Al fin los gauchos los enlazaron y los desarmaron; pero no me parece que se hayan desempeñado mal Cruz y Almeyra, teniendo en cuenta el medio culto en que vivieron hasta el momento de esa fulminante confrontación con la guerra y con la barbarie.

Mientras el jefe, un tal Pancho el Ñato, resolvía lo que iba a hacer con los prisioneros, la tropa se entretenía en degollarlos. Quizá en un intento de refirmar su autoridad, Pancho el Ñato gritó señalando a Cruz y a Almeyra:

—A éstos no me los toquen.

El gauchaje protestó contrariado.

—Les tenemos más ganas que a naide —argumentó alguno.

Otros, con sonrisa humilde y con voz de súplica, mostrando el cuchillo pedían esos pescuezos.

Sincera o sarcásticamente, explicó el Ñato:

—A estos dos salvajes quiero premiarles el valor. Los mandaré a la Guardia del Monte, de regalo para mi compadre González, su Majestad Caranchísima.

Maniatados los montaron a los dos en un caballo y los arriaron hasta una estancia de las inmediaciones.

Los que habían quedado a bordo de la chalupa, nada pudieron hacer por sus compañeros.

Esa misma tarde, sujetados con lazos y echados en el piso de una carreta, Cruz y Almeyra fueron remitidos a la Guardia del Monte. En el largo camino casi murieron de sed. Un domingo al atardecer llegaron.

Los encerraron en el cuartel, a cada uno en un calabozo, Almeyra estaba tan cansado que tuvo la fortuna de dormir toda la noche. A la mañana siguiente lo llevaron a un vasto salón, poco menos que desmantelado, donde conversaban dos hombres; el más joven era una suerte de estanciero culto, levemente amanerado en sus modales, de cabellos rubios y barba con reflejos rojizos, de más de treinta y menos de cuarenta años de edad, vestido con un ponchito de vicuña, saco, pantalón blanco, botas granaderas, pañuelo punzó al pescuezo, blusa negra; el otro debía ser comandante de milicias; era un hombre tosco, de cuarenta y tantos años, de cabeza alta y angosta, de cara rasurada, de ojos vivos, de nariz recta, de boquita sonreidora, de brazos cortos y gruesos, de vientre protuberante; llevaba pañuelo al cuello, chaquetilla militar, sable, chiripá rojo. El que parecía estanciero estaba recostado sobre la mesa que hacía las veces de escritorio (y sobre la que había un rebenque); el comandante estaba precariamente sentado en la punta de la única silla del cuarto (el más importante de los dos era, sin duda, el estanciero). De una de las paredes colgaba el retrato de Juan Manuel de Rosas; de otra, interrumpiendo una mancha de humedad, el de doña Encarnación (con crespón negro).

A Almeyra lo hicieron sentar en un largo banco. Junto a él, un soldado montaba guardia.

El individuo que suponemos estanciero peroraba con cierta complacencia, como si estuviera seguro de que el otro se reconocía inferior y lo admiraba.

—Es una pena que González no esté aquí, pero sobre el parti-

cular de estos facinerosos —declaraba con voz modulada y suave, indicando vagamente a Almeyra— yo me hago cargo, si usted prefiere. No piense más: deje a estos caballeros por mi cuenta. Conozco demasiado a la sabandija unitaria: antiguas amistades, lazos de familia, etcétera ¿qué mejor ocasión para demostrar que he roto para siempre con ello?

—Yo siempre digo —aseguró el comandante— que el unitario es un bicho egotista, que no colabora con el gobierno. Pero, créame, don Villarino, el pueblo está desengañado y no quiere ni que los menten.

—¿Cómo no va a estar, si ya va para largo que no levantan cabeza? El pueblo no los perdona. Para convencerlo reniegan de su partido; gritan que no son unitarios, que son federales, si usted se descuida, que son partidarios del ilustre Restaurador; dígame francamente ¿qué se puede esperar de estos Judas?

—Absolutamente nada, señor.

—Bien dicho; nada.

Almeyra se preguntó para qué lo habrían llevado ahí. "Estarán esperando a alguien", pensó.

—Los sabios y doctores de ese grupo que maquina en Montevideo —continuó Villarino con desprecio— le juro que son unos teóricos y unos ilusos de marca mayor, que pretenden gobernar a los criollos con el librito que los filósofos franceses les escribieron para Francia. Dígame un poco mi amigo ¿qué tiene que ver la Francia con este país?

—Hágase cargo, señor.

—Me hago cargo. Son unos teóricos imposibles, que están vendidos al inmundo oro francés. Es gente egotista, interesada en sumo grado. En una palabra, traidores a la patria. Son unos cobardes que no merecen llamarse hombres. No hacen frente: se van al extranjero, a trabajar para el descrédito de su propio país.

Almeyra tuvo la intención de protestar, pero estaba tan cansado que se dijo ¿para qué? Procurando alejarse dentro de sí mismo, cerró los ojos. Le pareció recordar que alguna vez alguien observó que las conversaciones son mundos cerrados, con sus leyes propias. En este caso la ley era creer infame a la gente que se reunía en *El Nacional* y perfecto el gobierno de Rosas.

El comandante decía:

—El pueblo sabe que son cobardes. No los quiere.

—El pueblo comprende la situación mejor que esos doctores —afirmó el otro—. Comprende que Rosas representa genuinamente a esta tierra de Dios. Vea, sin ir más lejos, el caso de los peones de esa

estancia de que hablábamos hoy. Ahí los patrones, que es gente antigua, los criaron como de la familia. Misia Merceditas les enseñó el rudimento y ellos se criaron como hermanos de los muchachos. ¡Las veces que los vi en dulce montón loqueando con la volanta! Bueno, sin vacilar la otra noche se apersonaron a la comandancia de la Magdalena y dijeron que los patrones andaban en tratos con los conspiradores. La policía se contrajo a su obligación y antes de la madrugada era de ver cómo trabajaban los piquetes de fusilamiento. No quedó nadie de la familia, ni siquiera la misia Merceditas, que murió perdonando a sus delatores; pero yo le pregunto a la señora de qué le valió ese gesto. La peonada, créame, es gente humilde y ha comprendido con toda razón que estaba en juego el porvenir de la patria.

—Habrá Rosas para siempre —sentenció el otro—. El pueblo lo quiere. No porque unos escritores franceses piensen lo que se les dé la gana...

En ese momento un cabo y dos soldados irrumpieron en el cuarto; se detuvieron frente al escritorio, burdamente perplejos, como si el coraje que los impulsó a entrar empezara a faltarles.

—Me han interrumpido. No sé lo que iba a decir —protestó Villarino; después de una pausa interrogó—: ¿Qué hay? ¿Por qué no me traen al otro salvaje?

El cabo contestó:

—Se ha escapado, señor.

(Efectivamente, el otro salvaje, el doctor Cruz, logró escapar. Algún tiempo después reapareció en Montevideo y luego en Maldonado, donde llevó una vida oscura y estudiosa. En el 52 volvió a su patria, con el Ejército Grande de Urquiza, y peleando a las órdenes del general Lamadrid murió en la batalla de Caseros. Mitre y Sarmiento lamentaron alguna vez que el doctor Cruz no viviera para colaborar en la obra luminosa de la organización nacional.)

Villarino palideció visiblemente. Encarándose con Almeyra gritó:

—Y usted ¿por qué no se escapa? Sépalo: no hay escapatoria para nadie. Tenemos Rosas para siempre. Rosas para siempre.

Extendió una mano hacia la mesa, para tomar el rebenque, pero uno de los soldados preguntó con una sonrisa púdica:

—¿Me permite, patroncito?

Rápidamente el soldado sujetó del pelo a Almeyra y con un trazo limpio y seguro lo degolló.

Pardo y Buenos Aires, 1952.

ADOLFO BIOY CASARES

SUR, Nº 145, noviembre de 1946

EL MUERTO

Que un hombre del suburbio de Buenos Aires, que un triste compadrito sin más virtud que la infatuación del coraje, se interne en los desiertos ecuestres de la frontera del Brasil y llegue a capitán de contrabandistas, parece de antemano imposible. A quienes lo entienden así, quiero contarles el destino de Benjamín Otálora, de quien acaso no perdura un recuerdo en el barrio de Balvanera y que murió en su ley, de un balazo, en los confines de Río Grande do Sul. Ignoro los detalles de su aventura; cuando me sean revelados, he de rectificar y ampliar estas páginas. Por ahora, este resumen puede ser útil.

Benjamín Otálora cuenta, hacia 1891, diecinueve años. Es un mocetón de frente mezquina, de sinceros ojos claros, de reciedumbre vasca; una puñalada feliz le ha revelado que es un hombre valiente; no lo inquieta la muerte de su contrario, tampoco la inmediata necesidad de huir de la República. El caudillo de la parroquia le da una carta para un tal Azevedo Bandeira, del Uruguay. Otálora se embarca, la travesía es tormentosa y crujiente; al otro día, vaga por las calles de Montevideo, con inconfesada y tal vez ignorada tristeza. No da con Azevedo Bandeira; hacia la medianoche, en un almacén del Paso del Molino, asiste a un altercado entre unos troperos. Un cuchillo relumbra; Otálora no sabe de qué lado está la razón, pero lo atrae el puro sabor del peligro, como a otros la baraja o la música. Para, en el entrevero, una puñalada baja que un peón le tira a un hombre de galera oscura y de poncho. Éste, después, resulta ser Azevedo Bandeira. (Otálora, al saberlo, rompe la carta, porque prefiere debérselo todo a sí mismo.) Azevedo Bandeira da, aunque fornido, la injustificable impresión de ser contrahecho; en su rostro, siempre demasiado cercano, están el judío, el negro y el indio; en su empaque, el mono y el tigre; la cicatriz que le atraviesa la cara es un adorno más, como el negro bigote cerdoso.

Proyección o error del alcohol, el altercado cesa con la misma rapidez con que se produjo. Otálora bebe con los troperos y luego los acompaña a una farra y luego a un caserón en la Ciudad Vieja, ya con el sol bien alto. En el último patio, que es de tierra, los hombres tienden su recado para dormir. Oscuramente, Otálora compara esa

noche con la anterior; ahora ya pisa tierra firme, entre amigos. Lo inquieta algún remordimiento, eso sí, de no extrañar a Buenos Aires. Duerme hasta la oración, cuando lo despierta el paisano que agredió, borracho, a Bandeira. (Otálora recuerda que ese hombre ha compartido con los otros la noche de tumulto y de júbilo y que Bandeira lo sentó a su derecha y lo obligó a seguir bebiendo.) El hombre le dice que el patrón lo manda buscar. En una suerte de escritorio que da al zaguán (Otálora nunca ha visto un zaguán con puertas laterales) está esperándolo Azevedo Bandeira, con una clara y desdeñosa mujer de pelo colorado. Bandeira lo pondera, le ofrece una copa de caña, le repite que le está pareciendo un hombre animoso, le propone ir al Norte con los demás a traer una tropa. Otálora acepta; hacia la madrugada están en camino, rumbo a Tacuarembó.

Empieza entonces para Otálora una vida distinta, una vida de vastos amaneceres y de jornadas que tienen el olor del caballo. Esa vida es nueva para él, y a veces atroz, pero ya está en su sangre, porque lo mismo que los hombres de otras naciones veneran y presienten el mar, así nosotros (también el hombre que entreteje estos símbolos) ansiamos la llanura inagotable que resuena bajo los cascos. Otálora se ha criado en los barrios del carrero y del cuarteador; antes de un año se hace gaucho. Aprende a jinetear, a entropillar la hacienda, a carnear, a manejar el lazo que sujeta y las boleadoras que tumban, a resistir el sueño, las tormentas, las heladas y el sol, a arrear con el silbido y el grito. Sólo una vez, durante ese tiempo de aprendizaje, ve a Azevedo Bandeira, pero lo tiene muy presente, porque ser *hombre de Bandeira* es ser considerado y temido y porque, ante cualquier hombrada, los gauchos dicen que Bandeira lo hace mejor. Alguien opina que Bandeira nació del otro lado del Cuareim, en Rio Grande do Sul; eso, que debería rebajarlo, oscuramente lo enriquece de selvas populosas, de ciénagas, de inextricables y casi infinitas distancias. Gradualmente, Otálora entiende que los negocios de Bandeira son múltiples y que el principal es el contrabando. Ser tropero es ser un sirviente; Otálora se propone ascender a contrabandista. Dos de los compañeros, una noche, cruzarán la frontera para volver con unas partidas de caña; Otálora provoca a uno de ellos, lo hiere y toma su lugar. Lo mueve la ambición y también una oscura fidelidad. *Que el hombre* (piensa) *acabe por entender que yo valgo más que todos sus orientales juntos.*

Otro año pasa antes que Otálora regrese a Montevideo. Recorren las orillas, la ciudad (que a Otálora le parece muy grande); llegan a casa del patrón; los hombres tienden los recados en el último patio. Pasan los días y Otálora no ha visto a Bandeira. Dicen, con temor,

que está enfermo; un moreno suele subir a su dormitorio con la caldera y con el mate. Una tarde, le encomiendan a Otálora esa tarea. Éste se siente vagamente humillado, pero satisfecho también.

El dormitorio es desmantelado y oscuro. Hay un balcón que mira al poniente, hay una larga mesa con un resplandeciente desorden de taleros, de arreadores, de cintos, de armas de fuego y de armas blancas, hay un remoto espejo que tiene la luna empañada. Bandeira yace boca arriba; sueña y se queja; una vehemencia de sol último lo define. El vasto lecho blanco parece disminuirlo y oscurecerlo; Otálora nota las canas, la fatiga, la flojedad, las grietas de los años. Lo subleva que los esté mandando ese viejo. Piensa que un golpe bastaría para dar cuenta de él. En eso, ve en el espejo que alguien ha entrado. Es la mujer de pelo rojo; está a medio vestir y descalza y lo observa con fría curiosidad. Bandeira se incorpora; mientras habla de cosas de la campaña y despacha mate tras mate, sus dedos juegan con las trenzas de la mujer. Al fin, le da licencia a Otálora para irse.

Días después, les llega la orden de ir al Norte. Arriban a una estancia perdida, que está como en cualquier lugar de la interminable llanura. Ni árboles ni un arroyo la alegran, el primer sol y el último la golpean. Hay corrales de piedra para la hacienda, que es guampuda y menesterosa. *El Suspiro* se llama ese pobre establecimiento.

Otálora oye en rueda de peones que Bandeira no tardará en llegar de Montevideo. Pregunta por qué; alguien aclara que hay un forastero agauchao que está queriendo mandar demasiado. Otálora comprende que es una broma, pero le halaga que esa broma ya sea posible. Averigua, después, que Bandeira se ha enemistado con uno de los jefes políticos y que éste le ha retirado su apoyo. Le gusta esa noticia.

Llegan cajones de armas largas; llega una jarra y una palangana de plata para el aposento de la mujer; llegan cortinas de intrincado damasco; llega de las cuchillas, una mañana, un jinete sombrío, de barba cerrada y de poncho. Se llama Ulpiano Suárez y es el *cabanga* o guardaespaldas de Azevedo Bandeira. Habla muy poco y de una manera abrasilerada. Otálora no sabe si atribuir su reserva a hostilidad, a desdén o a mera barbarie. Sabe, eso sí, que para el plan que está maquinando tiene que ganar su amistad.

Entra después en el destino de Benjamín Otálora un colorado cabos negros que trae del sur Azevedo Bandeira y que luce apero chapeado y carona con bordes de piel de tigre. Ese caballo liberal es un símbolo de la autoridad del patrón y por eso lo codicia el muchacho, que llega también a desear, con deseo rencoroso, a la mujer de pelo resplandeciente. La mujer, el apero y el colorado son atributos o adjetivos de un hombre que él aspira a destruir.

Aquí la historia se complica y se ahonda. Azevedo Bandeira es diestro en el arte de la intimidación progresiva, en la satánica maniobra de humillar al interlocutor gradualmente, combinando veras y burlas; Otálora resuelve aplicar ese método ambiguo a la dura tarea que se propone. Resuelve suplantar, lentamente, a Azevedo Bandeira. Logra, en jornadas de peligro común, la amistad de Suárez. Le confía su plan; Suárez le promete su ayuda. Muchas cosas van aconteciendo después, de las que sé unas pocas. Otálora no obedece a Bandeira; da en olvidar, en corregir, en invertir sus órdenes. El universo parece conspirar con él y apresura los hechos. Un mediodía, ocurre en campos de Tacuarembó un tiroteo con gente ríograndense; Otálora usurpa el lugar de Bandeira y manda a los orientales. Le atraviesa el hombro una bala, pero esa tarde Otálora regresa al *Suspiro* en el colorado del jefe y esa tarde unas gotas de su sangre manchan la piel de tigre y esa noche duerme con la mujer de pelo reluciente. Otras versiones cambian el orden de estos hechos y niegan que hayan ocurrido en un solo día.

Bandeira, sin embargo, siempre es nominalmente el jefe. Da órdenes que no se ejecutan; Benjamín Otálora no lo toca, por una mezcla de rutina y de lástima.

La última escena de la historia corresponde a la agitación de la última noche de 1894. Esa noche, dos hombres del *Suspiro* comen carne recién matada y beben un alcohol pendenciero; alguien infinitamente rasguea una trabajosa milonga. En la cabecera de la mesa, Otálora, borracho, erige exultación sobre exultación, júbilo sobre júbilo; esa torre de vértigos es un símbolo de su irresistible destino. Bandeira, taciturno entre los que gritan, deja que fluya clamorosa la noche. Cuando las doce campanadas resuenan, se levanta como quien recuerda una obligación. Se levanta y golpea con suavidad a la puerta de la mujer. Ésta le abre en seguida, como si esperara el llamado. Sale a medio vestir y descalza. Con una voz que se afemina y se arrastra, el jefe le ordena:

—Ya que vos y el porteño se quieren tanto, ahora mismo le vas a dar un beso a vista de todos.

Agrega una circunstancia brutal. La mujer quiere resistir, pero dos hombres la han tomado del brazo y la echan sobre Otálora. Arrasada en lágrimas, le besa la cara y el pecho. Ulpiano Suárez ha empuñado el revólver. Otálora comprende, antes de morir, que desde el principio lo han traicionado, que ha sido condenado a muerte, que le han permitido el amor, el mando y el triunfo, porque ya lo daban por muerto, porque para Bandeira ya estaba muerto.

Suárez, casi con desdén, hace fuego.

JORGE LUIS BORGES

SUR, Nº 245, marzo-abril de 1957

LA MUJER ADÚLTERA

En el interior del ómnibus, cuyos vidrios habían levantado nuevamente, una flaca mosca daba vueltas desde hacía un momento. Insólita, iba y venía sin ruido, con un vuelo extenuado. Janine la perdió de vista, después la vió aterrizar en la mano inmóvil de su marido. Hacía frío. La mosca se estremecía a cada ráfaga del viento arenoso que chirriaba contra las ventanillas. En la escasa luz de la mañana invernal, con gran estrépito de hierros, el vehículo cabeceaba, se balanceaba, avanzaba dificultosamente. Janine contempló a su marido, observó los mechones grises plantados muy abajo en una frente estrecha, la nariz ancha, la boca irregular; Marcel tenía el aspecto de un fauno mohino. A cada bache de la carretera, Janine lo sentía venírsele encima. Después, Marcel dejaba recaer su pesado torso sobre sus piernas abiertas, con la mirada fija, de nuevo inerte, ausente. Sólo sus gruesas manos imberbes, vueltas aún más cortas por la tricota gris que le sobresalía de las mangas de la camisa y le cubría las muñecas, daban una impresión de actividad. Apretaban con tanta fuerza una valijita de tela, colocada entre las rodillas, que no parecían sentir el vacilante vuelo de la mosca.

De pronto, escucharon distintamente el aullido del viento, y la niebla mineral, que rodeaba al ómnibus, se hizo todavía más espesa. Puñados de arena, como arrojada por manos invisibles, se abatían sobre los vidrios. La mosca movió un ala friolenta, flexionó las patas, se fue. El ómnibus anduvo más despacio, estuvo a punto de pararse. Después, ya calmado el viento, la niebla un poco aclarada, aumentó de velocidad. Agujeros de luz se abrían en el paisaje ahogado de polvo. Dos o tres palmeras enjutas y blanqueadas, como recortadas en metal, surgieron tras los vidrios y desaparecieron de inmediato.

—¡Qué país! —dijo Marcel.

El ómnibus estaba lleno de árabes que simulaban dormir, hundidos en sus albornoces. Algunos habían colocado los pies sobre la banqueta y el traqueteo los hacía oscilar más que a los otros. Su silencio, su impasibilidad, acabaron por molestar a Janine. Le parecía viajar desde varios días antes con esa muda escolta. El coche, sin embargo,

había partido al alba de la estación del ferrocarril y, al cabo de dos horas, en la fría mañana, avanzaba por una meseta pedregosa, desolada, que a la salida, al menos, extendía sus rectas líneas hasta horizontes rojizos. Pero el viento, al levantarse, tragó poco a poco la inmensa llanura. A partir de ese momento, nada vieron ya los pasajeros: uno tras otro fueron callando y navegaron sin decir palabra en una especie de noche insomne, enjugándose a veces los labios y los ojos irritados por la arena que se infiltraba en el coche.

"¡Janine!" El llamado de su marido la sobresaltó. Pensó una vez más hasta qué punto ese diminutivo, aplicado a una mujer alta y robusta como ella, era ridículo. Marcel quería saber dónde estaba la valija con las muestras. Ella exploró con el pie el espacio vacío debajo de la banqueta y encontró un objeto; decidió que era la valija. No podía agacharse, en efecto, sin quedar un poco sofocada. En el colegio, sin embargo, era la primera en gimnasia; no jadeaba nunca. ¿Tanto tiempo había pasado desde entonces? Veinticinco años. Veinticinco años no eran nada: le parecía que fue ayer cuando vacilaba entre la vida libre y el matrimonio, que fue ayer cuando pensaba con angustia en el día en que, acaso, envejecería sola. No estaba sola, y el estudiante de abogacía que no quería abandonarla nunca estaba ahora a su lado. Había acabado por aceptarlo, aunque fuese un poco más bajo que ella y aunque no le gustaran mucho su risa ávida y breve, ni sus ojos negros demasiado salientes. Pero le gustaba su espíritu animoso, que compartía con los franceses del país; le gustaba también su aire derrotado, cuando los acontecimientos o los hombres frustraban su esperanza; le gustaba, sobre todo, que la quisieran, y él la había cubierto de asiduidades. Al hacerle sentir tan a menudo que ella existía para él, la hacía existir de verdad. No, no estaba sola...

El ómnibus, con grandes toques de bocina, se abría paso a través de obstáculos invisibles. Los pasajeros, sin embargo, continuaban inmóviles. Janine sintió de pronto que la observaban y se volvió hacia la banqueta que prolongaba la suya, del otro lado del pasillo. No era un árabe. Le sorprendió no haber reparado en él cuando salieron. Llevaba el uniforme de las Unidades Francesas del Sahara y un kepis de drill sobre su rostro curtido de chacal, largo y puntiagudo. Fijaba en ella la mirada de sus ojos claros, con una especie de fastidio, detenidamente. Ruborizándose, Janine se volvió de nuevo hacia su marido, que miraba siempre de frente, en la niebla y el viento. Se arrebujó en su abrigo. Pero continuaba viendo al soldado francés, alto, y delgado, tan delgado, dentro de su ajustada chaqueta, que parecía construido con una materia seca y friable, una mezcla de arena y de

hueso. En ese instante vio las manos flacas y el rostro tostado de los árabes que estaban delante y que parecían cómodamente sentados, a pesar de sus amplias vestiduras, en las banquetas donde ella y Marcel apenas cabían. Ajustó sobre sus piernas los pliegues del abrigo. Sin embargo, no era tan gruesa, más bien alta y llena, carnal, y todavía deseable —lo sentía en las miradas de los hombres— con su rostro un poco infantil, sus ojos frescos y claros, contrastando con ese cuerpo fuerte que podía —no lo ignoraba tampoco— ser tibio y mullido.

No, nada sucedía como lo creyó. Cuando Marcel quiso llevarla en su jira, ella había protestado. Él pensaba desde hacía mucho tiempo en ese viaje, después de la guerra, exactamente, cuando los negocios volvieron a la normalidad. Antes de la guerra, el pequeño comercio de géneros heredado de sus padres, y que abrió por cuenta propia al renunciar a sus estudios de abogacía, les permitía vivir más o menos bien. En la costa, los años juveniles pueden ser felices. Pero a él no le gustaba demasiado el esfuerzo físico y muy pronto dejó de llevarla a las playas. Los domingos, solamente, el pequeño automóvil abandonaba la ciudad. Durante el resto de la semana, Marcel prefería no salir de su tienda de géneros multicolores, estarse a la sombra de los soportales de ese barrio semi-indígena, semi-europeo. Vivían en tres cuartos, arriba de la tienda, adornados con muebles de serie y colgaduras árabes. No tuvieron hijos. Transcurrieron los años tras las persianas cerradas, en esa penumbra que mantenían cuidadosamente. El verano, las playas, los paseos, el cielo mismo estaban lejos. A Marcel sólo parecían interesarle sus negocios. Creyó descubrir que el dinero era la verdadera pasión de su marido, y no la compartía, sin saber demasiado por qué. Después de todo, aprovechaba del dinero. Marcel no era avaro; antes bien, generoso, sobre todo con ella. "Si me sucede algo —decía— quedarás resguardada." Y debemos, en efecto, resguardarnos de la necesidad. Pero de lo demás, de todo aquello que no sea la necesidad más simple, ¿dónde resguardarse? Y era esto lo que muy de tarde en tarde sentía confusamente. Entre tanto, ayudaba a Marcel a llevar sus libros y a veces lo reemplazaba en la tienda. Pero lo más duro de soportar era el verano, cuando el calor mataba hasta la dulce sensación del hastío.

De pronto, en pleno verano, justamente, la guerra, Marcel movilizado, después licenciado, la escasez de telas, los negocios detenidos, las calles desiertas y calurosas. En adelante, si algo sucedía, no quedaría resguardada de la necesidad. Por eso, desde que las telas volvieron al mercado, Marcel proyectó recorrer los pueblos de las Altas Mesetas del sur para prescindir de intermediarios y vender directa-

mente a los comerciantes árabes. Había querido llevarla. Ella sabía que las comunicaciones eran difíciles, que se sofocaba. Hubiera preferido esperarlo. Pero él era obstinado, y ella había aceptado porque hubiese necesitado demasiada energía para negarse. Ahora estaban de viaje y, en verdad, nada se parecía a lo que había imaginado. Había temido el calor, los enjambres de moscas, los hoteles mugrientos, llenos de olores anisados. No había pensado en el frío, en el viento cortante, en esas mesetas casi polares, obstruidas por morenas. También había soñado con palmeras y arena suave. Ahora veía que el desierto no era eso; era solamente piedra, piedra por todas partes, tanto en el cielo, donde reinaba aún la polvareda de piedra, rechinante y fría, como en el suelo, donde sólo crecían gramíneas secas entre las piedras.

El vehículo se detuvo bruscamente. El chofer dijo sin volverse algunas palabras en esa lengua que Janine había escuchado toda su vida sin comprender jamás. "¿Qué pasa?", preguntó Marcel. El chofer, ahora en francés, dijo que la arena había debido de tapar el carburador, y Marcel lanzó una maldición contra la comarca. El chofer echó a reír, mostrando todos los dientes, y aseguró que no era nada, que iba a destapar el carburador y que en seguida continuarían andando. Abrió la puerta del ómnibus. El viento frío se precipitó en el interior horadándoles la cara con mil granos de arena. Los árabes, silenciosos, hundieron la nariz en sus albornoces y se replegaron sobre sí mismos. "Cierra la puerta", aulló Marcel. El chofer, riendo, se acercó a la puerta, sacó, sin prisa, algunas herramientas del cajón de abajo; después, minúsculo en la niebla, desapareció de nuevo sin cerrar la puerta. Marcel suspiró: "Puedes estar segura de que no ha visto un motor en su vida." "Ten paciencia", dijo Janine. De pronto, se sobresaltó. En el terraplén, junto al vehículo, habían surgido formas arrebujadas, inmóviles. Bajo el capuchón del albornoz, y tras una muralla de velos, sólo mostraban los ojos. Mudas, venidas de quién sabe dónde, miraban a los viajeros. "Pastores", dijo Marcel.

El silencio era absoluto en el interior del coche. Los pasajeros, con la cabeza gacha, parecían escuchar la voz del viento dejado en libertad sobre esas mesetas interminables. Janine quedó bruscamente sorprendida por la ausencia casi total de equipajes. En la estación, el chofer había izado hasta el techo del ómnibus el baúl de Marcel y algunos bultos. En el interior, dentro de las redes que corrían por encima de las ventanillas, sólo se veían bastones nudosos y cestos chatos. Al parecer, toda esa gente del sur viajaba con las manos vacías. Pero el chofer ya estaba de vuelta, siempre animoso. Sólo reían sus ojos por encima de los velos con que, también él, se había cubierto

la cara. Anunció que proseguían el viaje. Cerró la portezuela, calló el viento y pudo escucharse mejor la lluvia de arena contra los vidrios. Tosió el motor, expiró después. Solicitado con insistencia por el arranque, empezó por fin a funcionar, mientras el chofer lo hacía lanzar aullidos a golpes de acelerador. Con un gran hipo, el ómnibus partió de nuevo. De la masa harapienta de los pastores, siempre inmóviles, se alzó una mano; luego se desvaneció en la niebla. Los dejaron atrás. Casi en seguida, el vehículo comenzó a saltar sobre el camino, cada vez en peor estado. Los árabes, sacudidos, oscilaban incesantemente. A Janine, no obstante, el sueño comenzaba a rendirla cuando surgió frente a ella una cajita amarilla llena de pastillas aromáticas. El soldado chacal le sonreía. Vaciló, se sirvió, le dio las gracias. El chacal se guardó la caja en el bolsillo y tragó de golpe su sonrisa. Ahora fijaba los ojos en el camino. Janine se volvió hacia Marcel y no vio más que su nuca sólida: miraba a través de los vidrios la niebla más densa que subía de los terraplenes friables.

Hacía horas que andaban, y el cansancio había apagado toda vida en el coche, cuando resonaron algunos gritos desde afuera. Niños de albornoz, girando sobre sí como trompos, saltando, batiendo palmas, corrían en torno al ómnibus. Ahora, éste avanzaba por una larga calle flanqueada por casas bajas. Entraban en el oasis. El viento soplaba siempre, pero los muros detenían las partículas de arena que no oscurecían ya la luz. El cielo, sin embargo, continuaba encapotado. En medio de los gritos, con gran estruendo de frenos, el ómnibus se detuvo ante los soportales de piedra arcillosa de un hotel con las vidrieras sucias. Janine bajó; en la calle, sintió que vacilaba. Por encima de las casas veía un minarete amarillo y grácil. A su izquierda, empezaban a recortarse las primeras palmeras del oasis. Hubiese querido ir hasta ellas, pero, aunque fuera cerca de mediodía, el frío era intenso; el viento la hizo estremecer. Se volvió hacia Marcel, y vio primero al soldado que iba a su encuentro. Esperó su sonrisa o su saludo. Él pasó de largo sin mirarla y desapareció. Marcel se ocupaba en que bajaran el baúl con los géneros, un baúl negro, izado en el techo del ómnibus. No sería fácil. No había más persona que el chofer para ocuparse de los equipajes, y se estaba allí, sobre el techo, ante el círculo de albornoces congregados en torno del ómnibus. Janine, rodeada de caras que parecían talladas en hueso y en cuero, taladrada por gritos guturales, sintió de pronto su fatiga. "Subo", le dijo a su marido, que interpelaba con violencia al chofer.

Entró en el hotel. El patrón, un francés delgado y taciturno, se acercó a ella y la condujo al primer piso, y después, por la galería que dominaba la calle, hasta un cuarto donde sólo había una cama

de hierro, una silla pintada con ripolín blanco, una percha muy ancha sin cortinas y, detrás de un biombo de juncos, un tocador cuyo lavabo estaba cubierto por un fino polvo de arena. Cuando el patrón hubo cerrado la puerta, Janine sintió el frío que venía de las paredes desnudas y encaladas. No sabía dónde dejar su bolso, no sabía qué hacerse ella misma. Tenía que acostarse o seguir de pie, y en ambos casos dar diente con diente. Permaneció de pie, con el bolso en la mano, clavando los ojos en una especie de tronera abierta sobre el cielo, cerca del techo. Esperaba, no sabía qué. Únicamente sentía su soledad, y el frío que la penetraba, y un peso más fuerte del lado del corazón. Soñaba, en verdad, casi sorda a los ruidos que subían de la calle trayendo los gritos de Marcel, más consciente, en cambio, a ese rumor de río que llegaba de la tronera y que el viento hacía nacer en las palmeras que, de pronto, le parecieron muy cercanas. Después el viento pareció redoblar, el suave ruido del agua se convirtió en un silbido de olas. Imaginaba, detrás de las paredes, un mar de palmeras rectas y flexibles encrespándose en la tempestad. Nada se parecía a lo que había previsto, pero esas olas invisibles refrescaban sus ojos fatigados. Continuaba de pie, pesadamente, un poco encorvada, con los brazos caídos, mientras el frío subía a lo largo de sus piernas macizas. Soñaba con las palmeras rectas y flexibles, y con la muchacha que había sido.

Después de lavarse, bajaron al comedor. En las paredes desnudas habían pintado camellos y palmeras, sumergidos en una mermelada rosa y violeta. Tras los soportales, las ventanas dejaban entrar una luz parsimoniosa. Marcel le hacía preguntas al patrón sobre los comerciantes. Les sirvió la comida un viejo árabe que llevaba una condecoración militar en la chaqueta. Marcel estaba preocupado y desmigajaba el pan. No la dejaba beber agua a su mujer. "No está hervida. Toma vino." A ella no le gustaba el vino, la ponía pesada. En el menú había cerdo. "No comen cerdo, el Corán se los prohíbe. Pero el Corán no sabía que el cerdo bien cocido no causa enfermedades. Nosotros, a lo menos, entendemos de comida. ¿En qué piensas?" Janine no pensaba en nada, o tal vez en esa victoria de los cocineros sobre los profetas. Pero tenían que andar de prisa. Partirían de nuevo al día siguiente, siempre hacia el sur: esa tarde debían ver a todos los comerciantes de importancia. Marcel apremió al viejo árabe para que les sirviera el café. El viejo, sin sonreír, asintió con la cabeza y salió a paso tardo. "Lentamente por la mañana, no demasiado rápido por la tarde", dijo Marcel, riendo. Llegó el café. Apenas

tuvieron tiempo de tomarlo de un trago y salieron a la calle polvorienta y fría. Marcel llamó a un muchacho árabe para que lo ayudara a llevar el baúl y, por principio, discutió el precio. Basaba su opinión, que dio a Janine una vez más, en el oscuro principio de que pedían siempre el doble para que les concedieran la cuarta parte. Janine, incómoda, seguía a los dos hombres. Bajo su grueso tapado, se había puesto un vestido de lana, y hubiese querido ocupar menos espacio. El cerdo, aunque muy cocido, y el poco vino que bebió, le pesaban.

Bordearon un jardincito municipal, con árboles polvorientos. Cruzaban árabes que los dejaban pasar, llevándose hacia adelante los pliegues de sus albornoces, y parecían no verlos. Janine advertía en ellos un aire digno, aun en los que andaban harapientos, que no tenían los árabes de la ciudad. Y, mientras tanto, seguía en pos del baúl que le abría camino entre la muchedumbre. Pasaron por la puerta de una muralla de tierra ocre, llegaron a una placita llena de los mismos árboles minerales y bordeados al fondo, en casi toda su anchura, por soportales y tiendas. Al pasar por una construcción en forma de obús, de paredes encaladas y azules, se detuvieron. Un cuarto único, un mostrador de madera brillante; detrás del mostrador, un viejo árabe de bigotes blancos, en trance de servir té, alzando y bajando la tetera encima de tres vasitos multicolores. Antes de que pudieran distinguir otra cosa en la penumbra de la tienda, el olor fresco del té de menta acogió a Marcel y a Janine en el umbral. Apenas franqueada la entrada, y sus molestas guirnaldas de teteras de estaño, tazas y bandejas, mezcladas con molinetes de tarjetas postales, Marcel se encontró junto al mostrador. Janine permaneció en la entrada, apartándose un poco para no interceptar la luz. En ese instante advirtió detrás del viejo tendero a dos árabes que la miraban sonriendo, sentados en la penumbra sobre las hinchadas bolsas que ocupaban todo el fondo de la tienda. De las paredes colgaban alfombras rojas y negras, pañuelos bordados; el piso estaba lleno de bolsas y de cajones pequeños con granos aromáticos. Sobre el mostrador, en torno a una balanza cuyos platillos de cobre refulgían y de un viejo metro con los signos borrados, se alineaban paquetes de azúcar; uno de ellos, libre ya de sus pañales de grueso papel azul, había sido cercenado en la cúspide. Cuando el viejo posó la tetera sobre el mostrador y dijo buenas tardes, detrás del perfume del té surgió el olor a lana y a especias que flotaba en el cuarto.

Marcel hablaba precipitadamente, con esa voz baja que adoptaba para tratar asuntos de negocios. Después abría el baúl, mostraba los géneros y los pañuelos, hacía a un lado la balanza y el metro para

desplegar su mercadería ante el viejo tendero. Se excitaba, alzaba la voz, reía desordenadamente, parecía una mujer que quiere gustar y no está segura de sí misma. Ahora, con las manos abiertas, mimaba la compra y la venta. El viejo meneó la cabeza, pasó la bandeja con el té a los dos árabes que estaban detrás y sólo dijo algunas palabras que desalentaron a Marcel. Tomó éste de nuevo sus géneros, los apiló en el baúl, después se enjugó en la frente un sudor problemático. Llamó al muchacho árabe y salieron de nuevo a caminar bajo los soportales. En la próxima tienda, aunque el tendero simulara al principio el mismo aire olímpico, tuvieron más suerte. "Se creen Dios —dijo Marcel—, pero también necesitan vender. La vida es dura para todos."

Janine lo seguía sin hablar. El viento había cesado. El cielo se aclaraba. Una luz fría, brillante, descendía de los pozos azules cavados en el espesor de las nubes. Ahora habían abandonado la plaza. Andaban por callejuelas, bordeando muros de tierra de los cuales colgaban las rosas podridas de diciembre o, de cuando en cuando, una granada seca y apestada. En ese barrio flotaba un perfume a tierra y a café, la humareda de un fuego de cortezas, olor a piedra, a carnero. Las tiendas, cavadas en los muros, estaban muy lejos unas de otras. Janine sentía que le pesaban las piernas. Pero su marido iba serenándose poco a poco, empezaba a vender, se volvía conciliador, llamaba "pequeña" a Janine. El viaje no sería inútil. "Desde luego —decía Janine distraídamente—. Más vale entenderse directamente con ellos."

Volvieron al centro por otra calle. La tarde estaba muy avanzada; el cielo, casi despejado. Se detuvieron en la plaza. Marcel se frotaba las manos, contemplaba con expresión tierna el baúl, delante de ellos. "Mira", dijo Janine. Desde el otro extremo de la plaza se acercaba un árabe alto, flaco, vigoroso, cubierto con un albornoz azul cerúleo, calzado con flexibles botas amarillas, con las manos enguantadas. Tenía un rostro aguileño y bronceado. Sólo la *chéchia* roja que llevaba en forma de turbante permitía diferenciarlo de esos oficiales de Relaciones Indígenas que Janine pudo admirar en ocasiones. Avanzaba regularmente hacia ellos, quitándose un guante con lentitud, como si mirara más allá del grupo. "Aquí viene uno que se cree general", dijo Marcel alzándose de hombros. Sí, todos tenían el mismo aire orgulloso, pero éste, en verdad, exageraba. A pesar de que los rodeaba el espacio vacío de la plaza, avanzaba en línea recta hacia ellos, sin verla, sin verlos. La distancia que los separaba disminuía rápidamente, ya lo tenían encima, cuando Marcel tomó el baúl

por la manija y lo echó hacia atrás. El otro siguió de largo, como si nada hubiera advertido, y se dirigió al mismo paso en dirección a la muralla. Janine miró a su marido, que tenía su expresión frustrada. "Ahora creen que todo les está permitido", dijo Marcel. Janine no contestó. Detestaba la estúpida arrogancia de ese árabe y se sentía de pronto desgraciada. Quería irse. Pensaba en su pequeño departamento. La idea de volver al hotel, a ese cuarto helado, la desalentaba. Recordó de pronto que el patrón le había aconsejado subir a la terraza del fuerte, desde donde se veía el desierto. Se lo dijo a Marcel; podían dejar el baúl en el hotel. Pero Marcel estaba fatigado, quería dormir un poco antes de comer. "Te lo ruego", dijo Janine. Él la miró, súbitamente atento. "Por supuesto, querida."

Ella lo esperaba en la calle, frente al hotel. La multitud vestida de blanco era cada vez más numerosa. No se veía una sola mujer, y Janine tuvo la impresión de que nunca había visto más hombres. Sin embargo, ningún hombre la miraba. Algunos, sin parecer mirarla, volvían hacia ella esa cara flaca y curtida que, a sus ojos, los hacía a todos iguales, la cara del soldado francés en el ómnibus, la del árabe de los guantes, una cara, a la vez, solapada y altiva. Volvían el rostro hacia la extranjera, no la veían; después, ligeros y silenciosos, pasaban junto a ella, cuyos tobillos se hinchaban. Y aumentaba el malestar de Janine, su necesidad de partir. "¿Por qué habré venido?" Pero Marcel bajaba ya del hotel.

Eran las cinco de la tarde cuando treparon por la escalera del fuerte. El viento había cesado por completo. El cielo, ahora despejado, era color azul pervinca. El frío, muy seco, le picoteaba las mejillas. En medio de la escalera, un viejo árabe, echado contra el muro, les preguntó si deseaban que los guiase, pero habló sin moverse, como si supiera de antemano que rechazarían su ofrecimiento. La escalera era larga, empinada, a pesar de varios descansos de tierra apisonada. A medida que subían, se ampliaba el espacio, y ascendían en medio de una luz crecientemente vasta, fría, seca, en la que cada ruido del oasis les llegaba con nítida pureza. El aire iluminado parecía vibrar en torno de ellos, con una vibración cada vez más prolongada a medida que subían, como si a su paso hicieran nacer en el cristal de la luz una onda sonora que fuera ampliándose incesantemente. Y cuando llegaron a la terraza, y perdieron sus miradas en el horizonte inmenso, más allá del palmeral, le pareció a Janine que el cielo entero resonaba con una nota estrepitosa y breve cuyos ecos llenaron poco a poco el espacio que la cubría y que después callaron de súbito para dejarla en silencio ante la extensión ilimitada.

Del este al oeste, en efecto, su mirada se desplazaba con lentitud, sin encontrar un sólo obstáculo, a lo largo de una curva perfecta. Abajo, se encabalgaban las terrazas azules y blancas de la ciudad árabe, ensangrentada por las sombrías manchas rojas de los pimientos puestos a secar al sol. No se veía a nadie, pero de los patios interiores subían, con el humo oloroso del café tostado, voces risueñas o pisoteos incomprensibles. Un poco más lejos, el palmeral, dividido en cuadrados desiguales por paredes de arcilla, zumbaba en su cúspide bajo la acción de un viento que no sentían ya en la terraza. Más lejos aún, y hasta el horizonte, empezaba, ocre y gris, el reino de las piedras, vacío de toda vida. Sólo a poca distancia del oasis, cerca del Oued que bordeaba el palmeral, al occidente, se distinguían algunas tiendas negras. Cercándolas, una tropilla de dromedarios inmóviles, minúsculos en la distancia, formaban sobre el suelo gris los signos sombríos de una extraña escritura cuyo sentido había que descifrar. Encima del desierto, el silencio era vasto como el espacio.

Janine, apoyada con todo el cuerpo en el parapeto, quedó sin voz, incapaz de arrancarse del vacío que se abría delante de ella. A su lado, Marcel se agitaba. Hacía frío, era necesario bajar. ¿Qué había que ver allí? Pero ella no podía despegar su mirada del horizonte. A lo lejos, todavía más al sur, en ese sitio en que la tierra y el cielo se reunían en una línea pura, le parecía de pronto que la esperaba algo que ella había ignorado hasta ese día y que sin embargo no había dejado un solo minuto de faltarle. En la tarde creciente, la luz se apagaba con suavidad; de cristalina, se volvía líquida. A la vez, en el corazón de una mujer que el mero azar había conducido allí, se aflojaba lentamente un nudo que habían apretado los años, la costumbre y el hastío. Miraba el campamento de nómades. Ni siquiera había visto a los hombres que vivían allí. Nada se movía entre las negras tiendas y, sin embargo, no podía pensar sino en esos hombres cuya existencia apenas conoció hasta ese día. Sin casas, apartados del resto de la sociedad, eran un puñado errante sobre el vasto territorio que Janine descubría con la mirada y que no era, a su vez, sino una parte irrisoria de un espacio todavía más grande cuya fuga vertiginosa sólo se detenía a millares de kilómetros al sur, allí donde el primer río fecunda por fin la selva. Desde siempre, sobre la tierra seca, raída hasta los huesos de esa comarca desmesurada, algunos hombres caminaban sin tregua, hombres que no poseían nada pero que no servían a nadie, señores miserables y libres de un extraño reino. Janine ignoraba por qué esta idea la colmaba de una tristeza tan dulce y tan vasta que le cerraba los ojos. Sólo sabía que ese reino

le había sido prometido desde siempre y que nunca, sin embargo, ese reino sería el suyo, nunca ya, sino, acaso, en el instante fugitivo en que abrió de nuevo los ojos al cielo súbitamente inmóvil, a esas olas de luz quieta, mientras callaban bruscamente las voces que subían de la ciudad árabe. Le pareció entonces que el curso del mundo acababa de pararse y que nadie, desde ese instante, envejecería ni moriría. Por doquiera, en lo sucesivo, la vida suspendida, salvo en su corazón donde alguien, en ese preciso instante, lloraba de pena y deslumbramiento.

Pero la luz se puso en movimiento, el sol nítido y sin calor declinó hacia el oeste que se tostó un poco, mientras una ola gris se formaba en el este, pronta a reventar lentamente sobre la inmensa extensión. Aulló un primer perro, y su grito lejano subió por el aire más frío aún. Janine sintió que daba diente con diente. "Nos vamos a helar —dijo Marcel—. Eres tonta. Volvamos." Torpemente, la tomó de la mano. Ella, dócil ahora, se alejó del parapeto y lo siguió. El viejo árabe de la escalera, inmóvil, los miraba bajar a la ciudad. Ella caminaba sin ver a nadie, encorvada por una inmensa y brusca fatiga, arrastrando su cuerpo cuyo peso le parecía ahora insoportable. Su exaltación había desaparecido. Sentíase demasiado grande, demasiado basta, demasiado blanca para ese mundo donde acababa de entrar. Un niño, una niña, el hombre seco, el chacal furtivo eran las únicas criaturas que podían caminar silenciosamente por ese mundo. ¿Qué haría ella, en adelante, sino arrastrarse por la tierra hasta el sueño, hasta la muerte?

Se arrastró, en efecto, hasta el restaurante, junto a un marido súbitamente taciturno, o que hablaba de su fatiga, mientras ella luchaba débilmente contra un resfrío. Tenía fiebre. Continuó arrastrándose hasta su cama, donde Marcel fue a reunirse con ella y apagó en seguida la luz. El cuarto estaba helado. Janine sentía que la conquistaba el frío, que le aumentaba la fiebre. Respiraba mal. Oía latir la sangre en sus venas, pero no entraba en calor. Una especie de miedo iba creciendo en ella. Al volverse, la vieja cama de hierro crujió bajo su peso. No, no quería enfermarse. Su marido dormía ya, también ella debía dormir. Era necesario. Los ruidos sofocados de la ciudad le llegaban por la tronera. Los viejos fonógrafos de los cafés moros exhalaban melodías gangosas que reconocía vagamente y que subían hasta ella, traídas por un rumor de lenta muchedumbre. Era necesario dormir. Pero contaba tiendas negras, detrás de sus párpados pacían camellos inmóviles, soledades inmensas giraban a su alrededor. "Sí, ¿por qué habré venido?" Se durmió haciéndose la pregunta.

Despertó poco después. En torno a ella el silencio era absoluto.

Pero, en los límites de la ciudad, perros enronquecidos aullaban en la noche muda. Se revolvió en la cama, sintió en su hombro el hombro duro de Marcel y de pronto, semidormida, se acurrucó contra su pecho. A la deriva en el sueño, sin poder hundirse en él, se aferraba a ese hombro con avidez inconsciente como a su puerto más seguro. Hablaba, pero de su boca no salía ningún sonido. Hablaba, pero apenas si ella misma se oía. Sólo sentía el calor de Marcel. Desde hacía veinte años, todas las noches, así, en su calor, siempre los dos, aun enfermos, aun de viaje, como ahora. Por lo demás, ¿qué habría hecho ella sola en la casa? ¡Sin un hijo!... ¿No era eso, acaso, lo que le faltaba? No lo sabía. Seguía a Marcel, eso era todo, contenta de sentir que alguien tenía necesidad de ella. Él no le daba más alegría que la de saberse necesaria. No la amaba, sin duda. El amor, aún rencoroso, no tiene ese rostro malhumorado. Pero ¿qué rostro tiene? Se amaban por la noche, sin verse, a tientas. ¿Es que hay otro amor que no sea el de las tinieblas, un amor que grite en pleno día? No lo sabía, pero sabía que Marcel tenía necesidad de ella, y que ella necesitaba de esa necesidad, que de esa necesidad vivía día y noche, de noche, sobre todo, cada noche, cuando él no quería quedarse solo, ni envejecer, ni morir, con esa su expresión obstinada que ella reconocía a veces en las caras de otros hombres, la única expresión que tienen en común esos locos que se disfrazan con una expresión razonable pero que son presa del delirio que los lanza desesperadamente hacia un cuerpo de mujer para ocultar sin deseo alguno, en ese cuerpo, lo que la soledad y la noche les muestran de aterrador.

Marcel se agitó un poco, apartándose de ella. No, no la amaba. Tenía miedo de lo que no fuera ella, sencillamente, y ella y él, desde hacía mucho, hubieran debido separarse y dormir solos hasta el fin. Pero ¿quién puede dormir siempre solo? Algunos hombres, separados de los demás por la vocación o la desgracia, y que se acuestan todas las noches en el mismo lecho que la muerte. Pero Marcel no lo podría nunca, él sobre todo, niño débil e indefenso, asustado siempre por el dolor, Marcel, su niño, precisamente, que necesitaba de ella y que le hizo oír, en ese mismo instante, una especie de gemido. Ella se estrechó un poco más contra él, le puso la mano sobre el pecho. Y, desde el fondo de sí misma, lo llamó con el sobrenombre amoroso que le daba en otra época y que ahora, muy de tiempo en tiempo, empleaban entre ellos sin pensar ya en lo que decían.

Lo llamó con toda el alma. Ella también, después de todo, necesitaba de él, de su fuerza, de sus pequeñas manías, ella también tenía miedo de morir. "Si venciera este miedo, sería feliz..." En seguida la invadió una angustia sin nombre. Se apartó de Marcel. No, no

vencía nada, no era feliz, iba a morir, en verdad, sin que la libertaran. Le dolía el corazón, la sofocaba un peso inmenso que venía arrastrando —súbitamente lo descubría— desde hacía veinte años y bajo el cual se debatía ahora con todas sus fuerzas. Quería que la libertaran, aunque Marcel, aunque todos los demás no se libertaran nunca. Despierta ya, se incorporó en la cama y aguzó el oído para escuchar un llamado que le parecía muy próximo. Pero de los extremos de la noche sólo le llegaron las voces extenuadas e infatigables de los perros del oasis. Oía soplar un débil viento cuyas aguas ligeras corrían por el palmeral. Venía del sur, allí donde el desierto y la noche se mezclaban ahora bajo el cielo de nuevo fijo, allí donde se detenía la vida, donde nadie envejecía ni moría. Después se consumieron las aguas del viento y no tuvo ni siquiera la certeza de haber oído algo, sea lo que fuere, con excepción de un llamado mudo que ella, a voluntad, podía reprimir o percibir, pero cuyo sentido no conocería nunca sino respondía a él inmediatamente. Inmediatamente. ¡Sí, de eso, al menos, estaba segura!

Se levantó con suavidad y permaneció inmóvil, cerca de la cama, atenta a la respiración de su marido. Marcel dormía. Un segundo después echaba de menos el calor de la cama, el frío se apoderaba de ella. Se vistió lentamente, buscando sus ropas a tientas a la débil luz que, por las persianas del frente, llegaba de los faroles de la calle. Con los zapatos en la mano, avanzó hasta la puerta. Todavía esperó un momento en la oscuridad, después entreabrió suavemente la puerta. Rechinó la falleba. De nuevo se inmovilizó. El corazón le daba fuertes golpes en el pecho. Aguzó el oído y, tranquilizada por el silencio, siguió moviendo la mano. La rotación de la falleba le pareció interminable. Por fin abrió la puerta, se deslizó fuera y volvió a cerrarla con las mismas precauciones. Después, con la mejilla apoyada en la madera, esperó. Al cabo de un instante, sintió la lejana respiración de Marcel. Entonces se volvió, recibió en la cara el aire helado de la noche y corrió por la galería. La puerta del hotel estaba cerrada. Mientras hacía funcionar el cerrojo, el sereno, medio dormido, apareció en lo alto de la escalera y le habló en árabe. "Vuelvo en seguida", dijo Janine, y se precipitó en la noche.

Guirnaldas de estrellas descendían del cielo negro por encima de las palmeras y las casas.. Corrió por la corta avenida, ahora desierta, que conducía al fuerte. El frío, que no necesitaba ya luchar con el sol, había invadido la noche, el aire helado le quemaba los pulmones. Pero ella, ciega, corría en la oscuridad. Sin embargo, en lo alto de la avenida, aparecieron luces y bajaron zigzagueantes hasta ella. Se

detuvo, percibió un ruido de élitros y, detrás de las luces que aumentaban, vio por fin enormes albornoces bajo los cuales centelleaban frágiles ruedas de bicicletas. Los albornoces la rozaron y en la oscuridad surgieron tres luces rojas que desaparecieron en seguida. Continuó su carrera hasta el fuerte. En medio de la escalera, la quemadura del aire en sus pulmones fue tan cortante que quiso detenerse. Un último ímpetu la echó, a pesar de sí, hasta la terraza, contra el parapeto que ahora le oprimía el vientre. Jadeaba, y todo se confundía ante sus ojos. La carrera no la había hecho entrar en calor y temblaba aún. Todo su cuerpo temblaba. Pero muy pronto el aire frío, que tragaba en sus jadeos, se deslizó regularmente en ella, un tímido calor empezó a nacer en medio de sus estremecimientos. Sus ojos se abrieron por fin a los espacios de la noche.

Ningún soplo, ningún ruido, salvo, a veces, el crepitar sofocado de las piedras que el aire frío convertía en arena, turbaban la soledad y el silencio que la rodeaba. Pero al cabo de un instante le pareció que una especie de pesada rotación arrastraba al cielo por encima de ella. En la espesura de la noche seca y fría, millares de estrellas se formaban sin tregua y, no bien se apartaban, sus hielos centelleantes empezaba a deslizarse hacia el horizonte, insensiblemente. Janine no podía arrancarse de la contemplación de esas luces a la deriva. Giraba con ellas y el mismo encaminamiento inmóvil la reunía poco a poco con su ser más profundo, allí donde ahora se combatían el frío y el deseo. Ante ella, las estrellas caían una a una, luego se apagaban entre las piedras del desierto y, cada vez, Janine se abría un poco más a la noche. Respiraba, olvidaba el frío, el peso de los seres, la vida demente o regular, la larga angustia de vivir y de morir. Después de tantos años en que, huyendo del miedo, había corrido como loca, sin objeto, se detenía por fin. A la vez, le parecía reencontrar sus raíces, la savia subía de nuevo por su cuerpo que no temblaba ya. Apretándose con todo su vientre contra el parapeto, tendida hacia el cielo en movimiento, esperaba tan sólo que su corazón, aún trastornado, se apaciguara a su vez y que el silencio se hiciera en ella. Las últimas estrellas de las constelaciones dejaron caer sus racimos un poco más abajo sobre el horizonte del desierto, y se inmovilizaron. Entonces, con dulzura insoportable, el agua de la noche comenzó a llenar a Janine, sumergió el frío, subió poco a poco del fondo oscuro de su ser y desbordó en olas ininterrumpidas hasta su boca llena de gemidos. Un instante después, el cielo entero se extendía sobre ella, tirada de espaldas sobre la tierra fría.

Volvió al hotel, entró en el cuarto, tomando las mismas precauciones. Marcel no se había despertado. Pero gruñó cuando ella se

acostó a su lado y, segundos después, se incorporó bruscamente. Habló, y ella no comprendió lo que decía. Él se levantó y encendió la luz, que la abofeteó en la cara. Balanceándose, él caminó hasta el lavabo, llenó un vaso de agua y lo bebió a grandes sorbos. De pronto, cuando iba a deslizarse bajo las sábanas, apoyó una rodilla sobre la cama, la miró sin comprender. Ella lloraba, lloraba, sin poder retener sus lágrimas. "No es nada, querido —decía—, no es nada."

(Traducción de José Bianco) ALBERT CAMUS

FUERON TESTIGOS

Había ya pasado un cierto tiempo después del mediodía, en realidad un tiempo enteramente incierto, más difícil de precisar que el que tarda una manzana en bajar de la rama a la tierra, pues en éste eran impalpables bloquecillos de piedra los que estaban bajando lentamente y asentándose en la calle.

Las máquinas que trabajaban en la demolición de una casa acababan de pararse. Los hombres habían caído rápidamente en el descanso, así como los cierres metálicos de almacenes y depósitos, y sólo habían quedado en el aire, fluctuantes y reacias a sedimentarse, las partículas de diferentes géneros y estructuras que componen el polvo. Entre éstas, de opaca y material pesantez, el incógnito tráfico de los olores: aceites, frutas mustias, cueros.

No había un alma viva en toda la calle. Sólo, a veces, dejaba asomar en el quicio de una puerta la mitad de su figura un joven sirio que vendía botones y cintas, ocupando media entrada de una casa con sus mercancías. La otra mitad del portal era oscura, la otra mitad del muchacho quedaba en la sombra. La que se asomaba al quicio de la puerta, afrontaba el tiempo sin oasis del mediodía.

A lo lejos, en la calle apareció un hombre. Venía por la acera de enfrente a la puerta del sirio. No había nada de notable ni en su aspecto ni en sus ademanes: era, simplemente, un hombre que venía por la acera de enfrente. Sin embargo, al ir aproximándose, su modo de andar fue dejando de ser natural, fue acortando gradualmente el paso o, más bien, su paso fue haciéndose lento, cada vez más lento a medida que avanzaba, y al mismo tiempo fue inclinándose y tendiendo a caer hacia adelante como una vela reblandecida. Al fin, dos casas antes de llegar enfrente cayó.

El muchacho no reaccionó en el primer momento. Esperó a ver si se levantaba. Pero viendo que no, fue a auxiliarle. Cruzó la calle, y a menos de un metro de distancia alargó la mano con intención de levantarle y tirar de él por debajo del brazo. No llegó a tocarle. Detuvo la mano a un palmo de él, quedó un instante paralizado de terror, y al fin echó a correr hasta el almacén que estaba entreabier-

to. Algunos obreros comían en una mesa del despacho de vinos y no quisieron hacerle caso. Le decían: "¿Quién es el que está borracho, él o tú?" Pero el sirio insistía, hasta que uno de ellos miró por la ventana y vio el bulto del hombre caído en el suelo. Entonces fueron detrás del muchacho. Suponían que era un accidentado. Cuando estaban cerca, el sirio les retuvo diciéndoles: "¡Fíjense bien en lo que le pasa!"

El hombre no estaba enteramente inerte, no parecía tampoco que hiciera por levantarse, pero se removía, agitado por una especie de lucha, en la que se veía bien claro que no podía ganar. Porque al empezarse a ver bien claro lo que estaba pasándole, por esto mismo empezaba a ser totalmente incomprensible, humanamente inadmisible.

El terror había paralizado a los cuatro hombres, hasta que uno de ellos logró soltarse de la repugnante fascinación, rompiendo la cadena que inmovilizaba sus nervios y que estaba tramada por sus nervios mismos, contraídos, rígidos. Con movimientos convulsos como los de un cable que ha llegado a saltar por excesiva tensión, el obrero que se había destacado del grupo dirigió sus pasos otra vez hasta el almacén y, una vez allí, hasta el teléfono. Le preguntaron qué pasaba, y respondió, pero su voz no era inteligible. Abrió la guía telefónica. Sus manos hacían temblar las hojas, impidiéndole ver los números. Alguien, una mujer, vino en su ayuda y adivinó, sin comprender sus palabras, lo que quería. Pasó atolondradamente las hojas, no encontró nada. Gritó para que viniese el almacenero a ayudarla y, entre los dos, arrebatando el teléfono de las manos del que estaba aferrado a él, pidieron la información de la central. Pero ninguno pudo retener en la memoria el número de la Asistencia Pública que la central había dado. Así, tuvieron que volver a llamar. Al fin, lograron la comunicación y pidieron una ambulancia, dando torpemente las señas del lugar donde se encontraban.

Entonces, todos los que estaban en el almacén fueron a comprobar aquello que se obstinaban en no entender. Fueron todos, y el hombre que había ido al teléfono volvió con ellos. Fueron el almacenero y los mozos, otros obreros con dos mujeres que al principio no habían atendido, y la que había acudido al teléfono que era la que trabajaba en la cocina. Rodearon al hombre caído que ya no era un hombre caído: ya no era un hombre.

Aquel removerse que en un principio pudo parecer la lucha contra algún mal espasmódico que le sacudía, no se había aplacado enteramente, pero se había ido convirtiendo en un temblor semejante al que agita a una masa espesa cuando comienza la ebullición. Pues

el hombre, en suma, ya no era más que esto: una masa sin contornos. Se había ido sumiendo en sí mismo, se había ido ablandando, de modo que los dedos de sus manos ya no eran independientes entre sí, sino que la mano era una masa de color más claro que se fundía con la masa de color oscuro que era todo el cuerpo, envuelto en el traje, pues traje y calzado sufrían idéntica transformación que el hombre mismo. Todo ello se unía e iba afectando un carácter de material homogéneo, iba pasando del estado sólido, de un ser vivo que aún alienta, a una viscosidad que retemblaba y delataba algún vapor encerrado en ella pugnando por escapar en una burbuja, como un suspiro lento, y poco a poco empezaba a tomar la turbia trasparencia de un ágata, tendiendo a volverse líquido, como las gotas de cera que se mantienen redondas porque el aire las comprime alrededor y les crea una película capaz de contener largo rato su masa sin dejarla extender.

Ya no conservaba relieve alguno que correspondiese a la forma que había tenido. Aquella forma quedaba aún acusada sólo por unas especies de vetas que tardaban en borrarse del conjunto total, y naturalmente, este conjunto, al abandonar la solidez, se iba aplanando contra las losas, cubriendo un espacio cada vez más grande, hasta que, al fin, su falta de densidad fue haciéndole irregular el contorno, que acabó por romperse en aquellos puntos en que el nivel del suelo descendía, y se escurrió por entre las losas de la acera, buscando la cuneta. En aquel momento pareció que volvía a cobrar vida, esa vida con que los líquidos corren apresurados a ganar las partes más bajas, obedeciendo a una ley que el ojo humano no registra, y por eso parecen llenos de una sabiduría o de una voluntad que los conduce. Pero antes de llegar a la boca de la alcantarilla, se le vio detenerse y empezar a empaparse en la tierra. Parecía, primero, filtrarse por las junturas de las losas, y después, la misma porción que quedaba sobre las planchas de granito empezó a reducirse como sumiéndose por los poros de la piedra. Su ligereza llegó a ser entonces como la de esos líquidos muy volátiles cuya mancha, si se vierten en el suelo, empieza a mermar rápidamente por los bordes y desaparece sin dejar huella.

Antes de que hubiese llegado a desaparecer, se oyó la campanilla de la Ambulancia y el coche, doblando la esquina, vino a pararse junto al grupo de gente.

Los dos camilleros saltaron al suelo y empezaron a abrirse paso. Ya en el primer contacto con aquellas gentes que habían presenciado el prodigio hubo una ruda extrañeza por parte de unos y otros. Los que llegaban, empleaban el lenguaje usual. Preguntaban dónde es-

taba el hombre enfermo, si estaba aún vivo, quién se lo había llevado. Los que formaban el corro, no contestaban nada. Llevaban largo rato sin que entre sus labios, separados por el terror, pasase una sola palabra, y lo único que hicieron fue apartarse un poco para que llegasen y viesen. Pero los enfermeros exigían explicaciones. Miraban aquella mancha que se consumía por sí misma y no la reconocían como mancha de sangre. Estaban acostumbrados a encontrar en el sitio donde un hombre había caído la mancha que se vierte de las venas rotas, y aquella materia que estaban considerando no tenía el irrevocable carmesí que grita la piedad como razón última. Tenía un sombrío matiz, complejo como la angustia o el poder sin límites, y las preguntas de aquellos hombres, que no lograban entrar en la comprensión total del hecho, se perdían sin respuesta como meros ademanes de una realidad ineficiente.

Entre los que habían asistido desde el principio, el silencio era una guardia sobre las armas que no podía deponerlas antes de la total consumación. Sólo el hombre que había logrado romper la cárcel de aquel pasmo y había establecido el contacto con los de fuera, había quedado sin poder volver a entrar en él y sin poder volver tampoco a ser libre. La voz de aquel hombre sonaba entre las preguntas, no porque las contestase, sino porque no podía callar. Su sonido no era articulado. Era como una campana que moviese el viento, era, como ya quedó dicho, una vibración convulsa, semejante a la de un alambre que salta por excesiva tensión.

Sin querer ceder a la estupefacción, aquellos hombres curtidos en el servicio de socorro temían el engaño, querían asegurarse de que no habían sufrido una burla, amenazando con investigaciones judiciales. Nadie les escuchaba. Los que tenían los ojos fijos en la pálida sombra que apenas se distinguía ya en las losas, lo más que hicieron fue alzarlos alguna vez hasta sus rostros, esperando verles ceder en su desconfianza. Pero los hombres se resistían, hablaban de una mentira acordada entre aquel grupo de gentes para encubrir el delito de alguno de ellos, y al fin, viendo que de un momento a otro desaparecería el último resto material del fenómeno, que no tenían valor para juzgar ni para negar, hablaron de llevar algo de aquello para analizarlo, e intentaron acercarse para tomar un poco, sin saber cómo. Entonces, una de las mujeres se interpuso y gritó o, más bien, exhaló, pues su voz era como un soplo lejanísimo: "¡No lo toquen!"

Los hombres del socorro retrocedieron. Los del grupo dejaron escapar un rumor, una especie de rugido rechazando amenazadoramente aquella intrusión que turbaba los últimos momentos en que el

prodigio iba a desaparecer sin dejar rastro. No querían perder aquel instante en que el último matiz se borraría, en que el último punto en que el grano de la piedra fuese aún afectado por un tinte extraño, recobraría su color. Querían palpar con la mirada el suelo después que no hubiese en él ni un solo testimonio de la existencia que había embebido. Y al fin llegó a no haberlo. Entonces comprendieron que tenían que dispersarse, y al final, el definitivo y total término del hecho empezó a conformarse a las distintas almas como a recipientes de formas diversas.

Efectos ilógicos, al parecer, imprevisibles desde cualquier punto de vista exterior, porque sólo obedecían a reacciones químicas, a fermentos, a resistencias o repulsiones. Así, los hombres últimamente llegados, que habían asistido apenas al desarrollo del fenómeno y que por tanto carecían de datos para dar fe de él, empezaron a anhelar aquella fe, y con lo poco que habían visto empezaron a gritar su convencimiento. Otros, en cambio, habían agotado sus fuerzas soportando el proceso desde el principio al fin y, al comprobarlo totalmente extinguido, se sentían liberados de su inhumana opresión, y perezosamente querían no creer que habían visto. Otros, trataban de armonizar lo que sabían cierto e increíble con las leyes de la razón ordinaria y decían que en el porvenir se progresaría lo suficiente como para encontrarle una explicación, o bien que había que aceptar las cosas vedadas al entendimiento que caían del cielo o de donde fuese.

El hombre de la voz que no podía reposar seguía delirando los gritos de su mudez, y de su garganta parecía a veces partir el mortuorio lamento de la hiena, a veces la azarosa armonía de las arpas colgadas al viento, a veces el acento de los profetas.

Todos se dispersaron por la ciudad y todos, menos éste, volvieron a sus vidas y faenas habituales, combatiendo unos el recuerdo hasta lograr lavarse de él, conservándole otros con gratitud y temor.

Sólo éste, el hombre que creyendo nada más ver quiso gritar para despertarse, rompió su orden cotidiano, enajenó su vida al injertarla en la rama de aquella creencia en cuyo sentido, hostil a la mente, exento de toda ejemplaridad, se nutría una savia de locura.

No quedó sobre las losas ni un aura que advirtiese a los pasajeros dónde ponían la planta. Desde su puerta, el joven sirio vigilaba el lugar sin perder la certeza de los palmos de tierra donde todo había acontecido y, aunque nunca llegó a dudar, en algunos momentos su certeza era más firme, porque la corroboraban ciertos hechos que, repetidamente observados, constituían una respuesta muda, más que

muda: vaga o ambigua. Esa respuesta que se tiene al interpelar a aquello que depasa las medidas humanas.

El muchacho veía a diario pasar sobre aquellas losas a los transeúntes ocupados en sus quehaceres y no esperaba de ellos ninguna señal. Pero cuando veía venir un perro, aguardaba ansiosamente. Sabía que la pureza irracional tenía que ser sensible al magnetismo que se desprendiese de aquel trozo de suelo. Y aunque nunca obtuvo una confirmación contundente, nunca tampoco fue claramente defraudado en su suposición. No llegó nunca a sorprender en el animal un movimiento de retroceso o titubeo que le hiciera decir claramente: al llegar aquí no pasa. Y sin embargo era el caso que no pasaba. Siempre, como unos metros antes, se desviaba sin mirar, o bien, al llegar ya al límite justo, parecía atraído de pronto por cualquier desperdicio que iba a revolver y olfatear frívolamente. Nunca, ninguno llegó a pararse en seco, a mirar derecho como el hombre necesita mirar para ver. Sólo logró sorprender en algunos una ligera crispación de la oreja o bien ese curvamiento rápido del lomo con el cual parece que hacen escurrir el miedo hasta la cola.

Nunca logró observar más. Pero esto siguió observándolo indefinidamente sin que sus ojos errasen en una pulgada. El lugar donde el prodigio se había logrado estaba tan bien delimitado en su memoria como la planta de un templo cuyos cimientos no pudieran ser gastados por los siglos. Y siguió atendiendo a sus mercancías sin que nadie notase el misterio que acechaba, porque todos creían que lo que brillaba en su mirada oriental era esa oscura lámpara de fe que arde en los ojos negros que bebieron la luz en sus fuentes.

ROSA CHACEL

SUR, Nº 269, mayo-abril de 1961

LAS ABEJAS DE BRONCE

Desde el principio del tiempo el Zorro vivió de la venta de la miel. Era, aparte de una tradición de familia, una vocación hereditaria. Nadie tenía la habilidad del Zorro para tratar a las Abejas (cuando las Abejas eran unos animalitos muy irritables) y hacerlas rendir al máximo. Esto por un lado.

Por otro lado el Zorro sabía entenderse con el Oso, gran consumidor de miel y, por lo mismo, su mejor cliente. No resultaba fácil llevarse bien con el Oso, un sujeto un poco brutal, un poco salvaje, cuya rudeza de maneras no todo el mundo estaba dispuesto a tolerarle.

Incluso el Zorro, a pesar de su larga práctica, tuvo que sufrir alguna desgraciada experiencia en ese sentido. Una vez, por ejemplo, a causa de no sé qué cuestión trivial, el Oso destruyó de un zarpazo la balanza para pesar la miel. El Zorro no se inmutó ni perdió su sonrisa (*Lo enterrarán con la sonrisa puesta,* decía de él su tío político, el Tigre). Pero le hizo notar al Oso que, conforme a la ley, estaba obligado a indemnizar aquel perjuicio.

—Naturalmente —se rió el Oso—. Te indemnizaré. Espera que corro a indemnizarte. No me alcanzan las piernas para traerte la indemnización.

Y se reía como lo que era, como una bestia.

—Sí —dijo el Zorro con su voz tranquila—, sí, le aconsejo que se dé prisa, porque las Abejas se impacientan. Fíjese, señor.

Haciendo un ademán teatral, un ademán estudiado, señaló las colmenas. El Oso se fijó e instantáneamente dejó de reír. Porque vio que millares de Abejas habían abandonado sus panales y con el rostro rojo de cólera, el ceño fruncido y la boca crispada, lo miraban de hito en hito y parecían dispuestas a atacarlo.

—No aguardan sino mi señal —agregó el Zorro, dulcemente—. Usted sabe, detestan las groserías.

El Oso, que a pesar de su fuerza era un cobarde fanfarrón, palideció de miedo.

—Está bien, Zorro —balbuceaba—. Repondré la balanza. Pero por favor, que ésas se vuelvan a sus colmenas.

—¿Oyen, queriditas? —dijo el Zorro melífluamente—. El señor Oso promete traernos otra balanza.

Las Abejas zumbaron a coro. El Zorro las escuchó con una expresión respetuosa. Cada tanto asentía con la cabeza y murmuraba:

—De acuerdo. Ah, se comprende. ¿Quién lo duda? Se lo transmitiré.

El Oso no cabía en su vasto pellejo.

—Qué es lo que están hablando, Zorro. Me tienes sobre ascuas.

El Zorro lo miró fijo.

—Dicen que la balanza deberá ser flamante.

—Claro está, flamante. No iba a ser de segunda mano.

—Niquelada.

—Niquelada.

—Fabricación extranjera.

—¿También eso?

—Preferentemente suiza. No fallan.

—Ah, no, es demasiado. Me extorsionan.

—Repítalo, señor Oso. Más alto. No lo han oído.

El Oso rezongó:

—Está bien, está bien Trataré de complacerlas. Pero ordénales que de una buena vez se vuelvan a sus casas. Me ponen nervioso tantas Abejas juntas, mirándome.

El Zorro repitió su ademán de ilusionista y las Abejas, después de dedicarle al Oso una última ojeada amenazadora, desaparecieron dentro de las colmenas. El Oso se alejó, un tanto mohíno y con la sospecha de que era víctima de una estafa. Pero al día siguiente trajo una balanza flamante, niquelada, con una chapita de bronce donde se leía: *Made in Switzerland.*

Lo dicho: el Zorro sabía manejar a las Abejas y sabía manejar al Oso. Pero ¿a quién no sabía manejar ese zorro del Zorro?

Hasta que un día se inventaron las abejas artificiales.

Sí. Insectos de bronce, dirigidos electrónicamente, a control remoto (como decía usando un galicismo el prospecto ilustrado), podían hacer el mismo trabajo que las Abejas vivas. Pero con enormes ventajas. No se fatigaban, no se extraviaban, no quedaban atrapadas en las redes de las Arañas, no eran devoradas por los Pájaros, no se alimentaban a su vez de miel (pura pérdida para el Zorro), entre ellas no había reinas ni zánganos sino que todas iguales, todas obreras, dóciles, fuertes, activas, obedientes, de vida ilimitada, resultaban, en cualquier sentido que se considerase la cuestión, infinitamente superiores a las Abejas vivas.

El Zorro en seguida vio el negocio y se decidió. Mató todos sus

enjambres (porque el prospecto ilustrado lo decía claramente: la proximidad de las abejas artificiales impulsa a las Abejas naturales al crimen), demolió las colmenas de cera, con sus ahorros compró cien abejas de bronce y su correspondiente colmenar también de bronce, mandó instalar el tablero de control, aprendió a manejarlo, y una mañana los animales presenciaron, atónitos, cómo las abejas de bronce atravesaban por primera vez el espacio aéreo.

Sin levantarse siquiera de su asiento, el Zorro movía una palanquita y una nube de abejas salía rugiendo hacia el norte, movía otra palanquita y otro grupo de abejas disparaba hacia el sur, un nuevo movimiento de palanca y un tercer enjambre se lanzaba en dirección al este, *et sic de ceteris*. Los insectos de bronce volaban a velocidades nunca vistas, con una especie de zumbido amortiguado que era como el eco de otro zumbido, se precipitaban como una flecha sobre los cálices de las flores, sorbían rápidamente el néctar, volvían a levantar vuelo, regresaban a la colmena, se inscrustaban cada una en su alvéolo (estaban numerados), hacían unas extrañas contorsiones, unos ruiditos secos, cric, crac, cruc, y a los pocos instantes destilaban la miel, una miel pura, limpia, dorada incontaminada, aséptica, y ya estaban en condiciones de recomenzar. Ninguna distracción, ninguna fatiga, ningún capricho, ninguna cólera. Y así las veinticuatro horas del día. El Zorro, en los momentos de descanso, se frotaba las manos, un poco para desentumercérselas (las tenía agarrotadas de tanto mover la palanquita) y otro poco para desahogar su satisfacción.

La primera vez que el Oso probó la nueva miel puso los ojos en blanco, hizo chasquear la lengua y, no atreviéndose a opinar, le preguntó a su mujer:

—Carolina, ¿qué te parece?

—No sé —dijo ella—. Le siento gusto a metal.

—Sí, yo también.

Pero sus hijos protestaron a coro:

—Papá, mamá, qué disparate. Si se ve a la legua que esta miel es muy superior. ¿Cómo pueden preferir aquella otra, elaborada por unos bichos tan ignorantes y con una técnica primitiva? En cambio ésta es más limpia, más moderna, más fina.

El Oso y *madame* Oso no encontraron razones con que rebatir a sus hijos y permanecieron callados. Pero cuando estuvieron a solas insistieron:

—Qué quieres, Ramón. Sigo prefiriendo la de antes. Tenía un sabor...

—Sí, yo también. Hay que convenir, eso sí, en que la de ahora viene pasterizada. Pero aquel sabor...

Tampoco se atrevieron a confiar a nadie sus reservas, porque en el fondo se sentían orgullosos de servirse en un establecimiento donde trabajaba esa octava maravilla de las abejas de bronce.

—Cuando pienso que, bien mirada la cosa, las abejas de bronce fueron inventadas exclusivamente para nosotros... —decía *madame* Carolina.

El Oso no añadía palabra y aparentaba indiferencia, pero por dentro estaba tan ufano como su consorte.

De modo que por nada del mundo hubieran dejado de comprar y comer la miel destilada por las abejas artificiales. Y menos todavía cuando comprobaron que los demás animales también acudían a la tienda del Zorro a adquirir miel, no porque les gustase, sino a causa de las abejas de bronce y para alardear de actualizados.

Con todo esto, el negocio del Zorro iba viento en popa. Tuvo que tomar a su servicio a un ayudante y eligió al Cuervo porque le aseguró que aborrecía la miel. Las cien abejas pronto fueron mil; las mil, cinco mil; las cinco mil, diez mil. Zorro y Cuervo cumplían jornadas agotadoras junto al tablero de control. Se comenzó a hablar de las ganancias del Zorro como de una fortuna fabulosa. El Zorro se sonreía y se frotaba las manos (y los brazos acalambrados).

Y entretanto los enjambres iban, venían, salían, entraban. Los animales apenas podían seguir con la vista aquellas ráfagas de puntos dorados que cruzaban sobre sus cabezas. Las únicas que, en lugar de admirarse, pusieron el grito en el cielo fueron las Arañas, esas analfabetas, cuándo no. Sucedía que las abejas de bronce atravesaban las telarañas y las hacían pedazos.

—¿Qué es esto? ¿La guerra? —chillaron las damnificadas la primera vez.

Pero como alguien les explicó de qué se trataba (fue una Mosca, a la que obligaron a hablar mediante torturas), amenazaron al Zorro con iniciarle pleito por daños y perjuicios. ¡Qué coraje! Como decía *madame* Carolina:

—Es la eterna lucha entre la luz y las tinieblas, entre el bien y el mal, entre la civilización y la barbarie.

También los Pájaros se llevaron una sorpresa. Uno de ellos, en la primera oportunidad en que vio una abeja de bronce, abrió el pico y la tragó. ¡Desdichado! La abeja metálica le desgarró las cuerdas vocales, se le embutió en el buche y allí le formó un tumor, de resultas del cual falleció al poco tiempo, en medio de atroces dolo-

res y sin el consuelo del canto porque había quedado mudo. Los demás Pájaros escarmentaron.

Después ocurrió el episodio de las peonías de la Gansa. Una tarde, al vaciar una colmena, el Zorro descubrió entre la miel rubia unos goterones grises, opacos. Los probó con la punta del dedo y los halló amargos y de un olor nauseabundo. Tuvo que tirar toda la miel restante, que había quedado contaminada. Y estaba en eso cuando entró la Gansa como un huracán.

—Zorro —silabeó—, ¿te acuerdas de aquellas peonías artificiales con que adornaba el *porch* de mi casa y que eran un recuerdo de mi finado marido? Pues bien: mira lo que tus abejas han hecho de mis peonías.

Alzó una mano. El Zorro miró, vio una masa informe, comprendió en seguida y, como buen comerciante, no anduvo con rodeos.

—¿Cuánto? —preguntó.

—Veinte pesos —respondió la Gansa.

—Quince.

—Veinticuatro.

—Dieciséis.

—Veintiocho.

—¿Estás mal de la cabeza? Esto no es un remate.

—Hago correr los intereses.

—Basta. Toma tus veinte pesos.

—Treinta y dos.

—Está bien, no sigas. Me rindo.

Cuando la Gansa, recontando el dinero, se hubo alejado, el Zorro se abandonó a todos los excesos del furor. Se paseaba por la tienda, daba patadas en el suelo, golpeaba con el puño las paredes, gritaba (pero en voz baja):

—¡La primera vez! ¡La primera vez que alguien me saca dinero! Y miren quién, esa imbécil de la Gansa. Pero desde que los Gansos graznaron en el Capitolio, han adquirido tanto prestigio que no me conviene tenerlos de enemigos. ¡Treinta y dos pesos! ¡Treinta y dos pesos por unas peonías de celuloide que no valían más de cuarenta! Y todo por culpa de las abejas. La falta de instinto les hace cometer equivocaciones. Han confundido flores artificiales con flores naturales. Las otras jamás habrían caído en semejante error. Pero quién piensa en las otras. En fin, no hay nada perfecto en esta vida.

Otro día una abeja, al introducirse como un rayo en una azucena, degolló a un Picaflor que se encontraba allí alimentándose. La sangre del pájaro tiñó de rojo la azucena. Pero la abeja, sensible sólo a sus impulsos electrónicos, libó néctar y sangre, todo junto. Y

la miel apareció después con un tono rosa que alarmó al Zorro. Felizmente su empleado le quitó la preocupación de encima.

—Si yo fuese usted, patrón —le dijo con su vocecita ronca y su aire de solterona—, la vendería como miel especial para niños.

—¿Y si resulta venenosa?

—En tan infeliz hipótesis yo estaría muerto, patrón.

—Ah, de modo que la probó. Mis propios subalternos me roban miel. ¿Y no me había jurado que la aborrecía?

—Uno se sacrifica, y vean cómo se lo retribuyen —murmuró el Cuervo poniendo cara de dignidad ultrajada—. La aborrezco y además me provoca ardor de estómago. Pero quise probarla para ver si era nociva. Corrí el riesgo por usted. Ahora, si cree que he procedido mal, despídame, patrón.

¿Qué querían que hiciese el Zorro, sino seguir los consejos del Cuervo? Tuvo un gran éxito con la miel rosa especial para niños. La vendió íntegramente. Y nadie se quejó. En fin, algunos padres se quejaron porque a sus hijos les había dado por hacer versos, pero nadie relacionó esa manía con la miel rosa.

De todos modos el Zorro ya no salía a la calle: los Pájaros se la habían jurado. Lo supo por el Cuervo.

—Esos anarquistas han decidido, en asamblea general, declararlo persona indeseable, patrón. Cuídese.

—¿Y usted? ¿Usted no se pliega?

—¿Yo? Yo sigo siéndole leal, patrón.

—Pero usted es un pájaro.

—Desde cierto punto de vista. Cuando *míster* Poe nos incluyó en un poema, resolvimos hacer rancho aparte.

—¿Y no teme las represalias?

—No me haga reir. ¡Con el miedo que nos tienen a causa de nuestra lengua!

Al pasar el tiempo, el Zorro empezó a notar que sus insectos tardaban cada vez más en volver de sus viajes. Una noche, encerrados él y el Cuervo en la tienda, consideraron aquel enigma.

—¿Por qué tardan tanto? —gemía el Zorro—. ¿A dónde van? Ayer un enjambre demoró cinco horas en regresar. Así la producción diaria disminuye y los gastos de electricidad aumentan. Además, esa miel rosa la tengo todavía atravesada en la garganta. A cada momento me pregunto: ¿qué aparecerá hoy? ¿Miel verde? ¿Miel negra? ¿Miel azul? ¿Miel salada?

—Accidentes como el de las peonías no se han repetido, patrón. Y en cuanto a la miel rosa, no creo que haya de qué quejarse.

—Lo admito. Pero ¿y este misterio de las demoras? ¿Qué explicación le encuentra?

—Ninguna. Salvo...

—¿Salvo qué?

El Cuervo cruzó gravemente las piernas, entrelazó las manos y miró el cielo raso.

—Patrón —dijo, después de reflexionar unos instantes—. Salir y vigilar a las abejas no es fácil. Vuelan demasiado rápido. Nadie, o casi nadie, puede seguirlas. Pero yo conozco a una persona que, si se le unta la mano, se ocuparía del asunto. Y le doy mi palabra que no volvería sin haber averiguado la verdad.

—¿Y quién es esa persona?

—Un servidor.

El Zorro iba a cubrir de insultos al Cuervo, pero lo pensó mejor y optó por aceptar. Cualquier recurso era preferible antes que quedarse de brazos cruzados, contemplando la progresiva e implacable disminución de las ganancias.

El Cuervo regresó tardísimo, jadeando como si hubiese vuelto de la China. (El Zorro de pronto malició que todo era una farsa y que quizá su empleado conocía la verdad desde el primer día, una verdad que él, en cambio, encerrado en la tienda, ignoraba.) Su rostro no hacía presagiar nada bueno.

—Patrón —balbuceó—, no sé cómo decírselo. Pero las abejas tardan, y tardarán cada vez más, porque ya no hay flores en la comarca y deben ir a libarlas en el extranjero.

—Cómo que no hay flores en la comarca. ¿Qué tontería es ésa?

—Lo que oye, patrón. Parece ser que las flores, después que las abejas les han sorbido el néctar, se doblan, se debilitan y se mueren.

—¡Se mueren! ¿Y por qué se mueren?

—No resisten la trompa de metal.

—¡Canastos!

—Y no termina ahí las cosas. Las plantas, una vez que las abejas les asesinaron las flores...

—¡Asesinaron! Le prohíbo que use esa palabra.

—Digamos... una vez que las flores pasaron a mejor vida, las plantas se niegan a florecer nuevamente. ¿Qué me dice, patrón?

El Zorro no decía nada. Estaba aterrado.

Y lo peor es que el tiempo le dio la razón al Cuervo. Los clientes ya comentaban el tema en la tienda del Zorro:

—¿Qué es lo que está pasando? Mi jardín no da flores.

—El mío tampoco.

Y miraban al Zorro de soslayo. El Zorro, para disimular, decía:

—Es una epidemia provocada por los Pájaros.

Pero sus palabras rebotaban en silencios y muecas hostiles.

Pronto el problema se agravó. Porque las abejas artificiales también devastaron las flores de los países vecinos. Entonces pasaron a los países remotos. Y así, de país en país, dieron la vuelta al mundo y en todas partes ocurrió lo mismo: las plantas se negaron a florecer nuevamente. Hasta que las abejas volvieron al punto de partida y ese día ya no hubo más flores en el mundo entero.

El Zorro, tercamente, seguía enviando enjambres hacia los cuatro puntos del horizonte. Las abejas volvían, anidaban en sus alvéolos, se contorsionaban, hacían cric crac cruc, pero no destilaban una miserable gota de miel. El Zorro se desesperó. Sus negocios se desmoronaron. Aguantó un tiempo gracias al dinero que había ahorrado. Pero incluso este dinero se evaporó. Tuvo que cerrar la tienda y despedir al Cuervo (quien difundió entre los animales la verdad de lo sucedido, y los animales quisieron linchar al Zorro).

El único que no se resignaba era el Oso.

—¡Zorro! —vociferaba—. ¡O me consigues miel o te levanto la tapa de los sesos!

—Espere —le respondía el Zorro, atrancado dentro de la tienda—. Mañana recibiré una partida de los Estados Unidos.

Finalmente, una noche el Zorro desconectó todos los cables, destruyó el tablero de control, enterró en un pozo las abejas de bronce, y al favor de las sombras huyó con rumbo desconocido.

Cuando iba a cruzar la frontera escuchó a sus espaldas unas risitas y unas vocecitas de vieja que lo llamaban:

—¡Zorro! ¡Zorro!

Eran las Arañas, que a la luz de la luna tejían sus telas prehistóricas.

El Zorro les hizo un ademán obsceno y se alejó a grandes pasos.

MARCO DENEVI

SUR, Nº 261, noviembre-diciembre de 1959

PASEO

I

Esto sucedió cuando yo era muy chico, cuando tía Matilde y tío Gustavo y tío Armando, hermanos solteros de mi padre, y él mismo, vivían aún. Ahora están todos muertos. Es decir, prefiero suponer que están todos muertos porque resulta más fácil, y ya es demasiado tarde para atormentarse con preguntas que seguramente no se hicieron en el momento oportuno. No se hicieron porque los acontecimientos dieron la impresión de paralizar a los hermanos, dejándolos como ateridos de horror. Luego comenzaron a construir un muro de olvido o indiferencia que lo cubriera todo para poder enmudecer sin necesidad de martirizarse haciendo conjeturas impotentes. Bien puede no haber sido así —puede que mi imaginación y mi recuerdo me traicionen—; después de todo yo no era más que un niño entonces, al que no tenían por qué participar las angustias de las pesquisas, si las hubo, ni el resultado de sus conversaciones.

¿Qué pensar? A veces oía a los hermanos hablar quedamente, lentamente como era su costumbre, encerrados en la biblioteca, pero la maciza puerta tamizaba el significado de las palabras permitiéndome escuchar sólo el contrapunto grave y pausado de sus voces. ¿Qué decían? Yo deseaba que allí dentro estuviera hablando de lo que era importante de verdad, que abandonando el respetuoso frío con que se trataban abrieran sus angustias y sus dudas haciéndolas sangrar. Pero tenía tan poca fe en que así fuera, que mientras rondaba junto a los altos muros del vestíbulo, cerca de la puerta de la biblioteca, se grabó en mi mente la certeza de que habían elegido olvidar, reuniéndose sólo para discutir, como siempre, los pleitos del estudio jurídico que les pertenecía, especializado en derecho marítimo. Ahora pienso que quizá tuvieran razón en desear borrarlo todo, pues ¿qué se saca con vivir bajo el terror inútil de verse obligado a aceptar que las calles de una ciudad puedan tragarse a un ser humano, anularlo, dejándolo sin vida y sin muerte, suspendido en una dimensión más inciertamente peligrosa que cualquier dimensión con nombre?

Y, sin embargo...

Un día, meses después de los acontecimientos, sorprendí a mi padre mirando la calle desde el balcón de la sala del segundo piso. El cielo era estrecho, denso, y el aire húmedo agobiaba las grandes hojas lacias de los ailanthus. Me acerqué a mi padre, ávido de una respuesta que contuviera una mínima aclaración:

—¿Qué hace aquí, papá? —susurré.

Al responder, algo se cerró súbitamente sobre la desesperación de su rostro, como el golpe de un postigo que se cierra sobre una escena vergonzosa:

—¿No ves? Estoy fumando... —replicó.

Y encendió un cigarrillo.

No era verdad. Yo sabía por qué acechaba calle arriba y calle abajo con sus ojos ensombrecidos, llevándose de vez en cuando la mano a su suave patilla castaña: era con la esperanza de ver que reaparecía, que regresaba como si tal cosa bajo los árboles de la acera con la perra blanca trotando a sus talones. ¿Habría esperado así, me lo pregunto, si de cualquier otro modo pudiese llegar a una certeza?

Poco a poco me fui dando cuenta de que no sólo mi padre, sino todos los hermanos, como escondiéndose unos de los otros y sin confesarse ni a sí mismos lo que hacían, rondaban las ventanas de la casa, y si alguien llegaba a mirar desde la acera de enfrente quizá divisara la sombra de cualquiera de ellos apostada junto a una cortina o rostros envejecidos por el sufrimiento atisbando detrás de los cristales.

II

Ayer pasé frente a la casa donde entonces vivíamos. Hacía años que no andaba por allí. En aquel tiempo lejano la calle era adoquinada con quebracho y bajo los ailanthus copudos transitaba de vez en cuando un tranvía estrepitoso de fierros sueltos. Ahora ya no existen ni adoquines de madera, ni tranvías, ni árboles en las aceras. Pero nuestra casa está en pie aún, angosta y vertical como un librito apretado entre los gruesos volúmenes de los edificios nuevos, con tiendas en la planta baja y un burdo cartel recomendando camisetas de punto que cubre los dos balcones del segundo piso.

Cuando vivíamos allí casi todas las casas eran altas y delgadas como la nuestra, y la cuadra estaba siempre alegre con los juegos de los niños en los manchones de sol de la acera, y con los chismes de las sirvientas de hogares prósperos al regresar de sus compras. Pero nuestra casa no era alegre. Lo digo así, "no era alegre" en vez de

"era triste", porque es exactamente lo que quiero decir. La palabra "triste" no sería justa, tiene connotaciones demasiado definidas, peso y dimensiones propias. Y lo que sucedía en nuestra casa era justamente lo contrario: una ausencia, una falta que por ser desconocida era irremediable, algo que si pesaba, pesaba por no existir.

Cuando murió mi madre, antes de que yo cumpliera cuatro años, se estimó necesaria la presencia de una mujer junto a mí para que me protegiera con sus cuidados. Como tía Matilde era la única mujer de la familia y vivía con mis tíos Gustavo y Armando, los tres solterones vinieron a vivir a nuestra casa, que era amplia y vacía.

Tía Matilde desempeñó sus funciones junto a mí con ese esmero característico de cuanto ella hacía. Yo no dudaba que me quisiera, pero jamás logré sentir ese cariño como una experiencia palpable que nos unía. Había algo rígido en sus afectos, igual que en los hombres de la familia, y el amor existía confinado dentro de cada individualidad sin saltar límites para expresarse y unir. Para ellos expresar sus afectos era desempeñar perfectamente sus funciones unos respecto a los otros, y sobre todo no incomodar, jamás incomodar. Tal vez expresar cariño de otra manera les fuera innecesario ya puesto que tenían tanta historia juntos, tanto pasado en común dentro del cual quizá fuera expresado hasta el hartazgo, y todo ese posible pasado de ternura se hallaba ahora estilizado bajo la forma de acciones certeras, símbolos útiles que no requerían mayor elucidación. Quedaba sólo el respeto como contacto entre esos cuatro hermanos silenciosos y aislados que recorrían los pasillos de aquella honda casa que, a semejanza de un libro, sólo mostraba la angosta franja de su lomo a la calle.

Yo, naturalmente, no tenía historia en común con tía Matilde. ¿Cómo podía tenerla si no era más que un niño que comprendía sólo a medias los adustos motivos de los mayores? Deseaba ardientemente que ese cariño confinado se rebalsara, expresándose de otro modo, con un arrebato, por ejemplo, o con una tontería. Pero ella no podía adivinar este deseo mío porque su atención no estaba enfocada sobre mí, yo era una persona periférica a su vida, tangente a lo sumo, nunca central. Y no era central porque su centro entero estaba colmado por mi padre y por mis tíos Gustavo y Armando. Tía Matilde nació única mujer —mujer fea además— en una familia de varones apuestos, y al darse cuenta de que su matrimonio era poco probable se consagró a velar por la comodidad de esos hombres, a llevarles la casa, a cuidarles la ropa, a encargar para ellos sus platos favoritos. Desempeñaba estas funciones sin el menor servilismo, orgullosa de su papel porque no dudaba de la excelencia y dignidad de sus hermanos. Ade-

más, como todas las mujeres, poseía en grado sumo esa fe tan oscura en que el bienestar físico, si no lo principal, ciertamente lo primero, y que no tener hambre ni frío ni incomodidad es la base para cualquier bien de otro orden. No es que sufriera con las fallas en este sentido sino que más bien la impacientaban, y al ver miseria o debilidad en torno de sí tomaba medidas inmediatas para remediar lo que sin duda eran errores en un mundo que debía, que tenía que ser perfecto. En otro plano era intolerancia por camisas que no estuvieran planchadas estupendamente, por carne que no fuera de primerísima calidad, por la humedad que debido a un descuido se introducía en la caja de habanos. Aquí residía el vigor indiscutido de tía Matilde, alimentando por medio de él las raíces de la grandeza de sus hermanos, y aceptando que ellos la protegieran, porque eran hombres, más sabios y más fuertes que ella.

Después de comida, siguiendo lo que sin duda era una liturgia antiquísima en la familia, tía Matilde subía al piso de los dormitorios y en el cuarto de cada uno de sus hermanos alistaba las camas, apartando los cobertores con sus manos huesudas. Ponía un chal a los pies de la cama de tal, que era friolento, colocaba un almohadón de plumas a la cabecera de cual, que leía antes de dormirse. Luego, dejando los veladores encendidos junto a los vastos lechos bajaba a la sala de billar a reunirse con los hombres, para tomar café y jugar unas cuantas carambolas antes que, como conjurados por ella, se retiraran a llenar las efigies vacías de los pijamas dispuestos sobre las blancas sábanas entreabiertas.

Pero tía Matilde jamás abría mi cama. Al subir a mi cuarto yo llevaba el corazón detenido con la esperanza de encontrar mi cama abierta con la reconocible pericia de sus manos, pero siempre tuve que conformarme con el estilo tanto menos puro de la sirvienta encargada de hacerlo. Nunca me concedió esa marca de importancia porque yo no era su hermano. Y no ser "uno de mis hermanos" le parecía una desdicha de la que eran víctimas muchas personas, casi todas en realidad, incluso yo que al fin y al cabo no era más que un hijo de uno de ellos.

A veces tía Matilde me mandaba llamar a su cuarto, y cosiendo junto a la alta ventana se dirigía a mí sin jamás preguntarme nada, dando por hecho que todos mis sentimientos, gustos y reflexiones eran producto de lo que ella decía, segura de que nada podía entorpecerme para recibir íntegras sus palabras. Yo la escuchaba atento. Me ponderaba el privilegio que era haber nacido de uno de sus hermanos, pudiendo así vivir en contacto con todos ellos. Me hablaba de la probidad absoluta de sus sagaces actuaciones como abogados en los

más intrincados pleitos marítimos, comunicándome su entusiasmo por su prosperidad y distinción, que sin duda yo prolongaría. Me explicaba el embargo de un cargamento de bronce, cierta avería en el casco por colisión con un insignificante remolcador, los efectos desastrosos de la sobreestadía de un barco de bandera exótica. Esto, para ella, era la vida, esto y los problemas de la casa. Pero al hablarme de los barcos sus palabras no enunciaban la magia de esos roncos pitazos navegantes que yo solía oír a lo lejos en las noches de verano, cuando desvelado por el calor subía hasta el desván, y asomándome por una lucarna contemplaba las lejanas luces que flotaban, y esos buques de tinieblas de la ciudad yacente a la que carecía de acceso porque mi vida era, y siempre iba a ser, perfectamente ordenada. Tía Matilde no me insinuaba esa magia porque la desconocía, no tenía lugar en su vida como no podía tener lugar en la vida de gente que, como ella y sus hermanos, estaban destinados a morir dignamente para después instalarse con toda comodidad en el cielo, un cielo idéntico a nuestra casa. Mudo, yo la escuchaba hablar, con la vista prendida a la hebra de hilo claro que al ser alzada contra su blusa negra parecía captar toda la luz de la ventana. Yo poseía una melancólica sensación de imposibilidad frente a esos pitazos navegantes en la noche, y a esa ciudad oscura y estrellada tan semejante al cielo al que ella no concedía misterio alguno, pero me regocijaba ante el mundo de seguridad que sus palabras trazaban para mí, ese magnífico camino recto que desembocaba en una muerte no temida, igual a esta vida, sin nada fortuito ni inesperado. Porque la muerte no era terrible. Era el corte final, limpio y definitivo, nada más. El infierno existía, claro, pero no para nosotros sino para castigar a los demás habitantes de la ciudad, o a los anónimos marineros que ocasionaban las averías que, al terminar los pleitos, llenaban las arcas familiares.

Tía Matilde era tan ajena a la idea de amenaza de lo inesperado, a toda idea de temor, que, porque creo que el temor y el amor van tan unidos, me acomete la tentación de pensar que en aquella época no quería a nadie. Pero tal vez me equivoque. A su manera, aislada y rígida, es posible que a sus hermanos la ligara una suerte de amor. En la noche, después de la cena, se reunían en la sala de billar para tomar café y jugar unos partidos. Yo los acompañaba. Allí, frente a ese círculo de amores confinados que no me incluía en su ruedo, sufría percibiendo que los hilos de sus afectos ya ni siquiera intentaban atarse. Es curioso que mi imaginación, al recordar la casa, no me permita más que grises, sombras, matices, pero evocando esa hora, sobre el verde estridente del tapete, el rojo y blanco de las bochas y el cubito de tiza azul vuelven a inflamarse en mi memoria, ilumi-

nados por la araña baja cuya pantalla desterraba todo el resto de la habitación a la penumbra. Siguiendo una de las tantas formas rituales de la familia, la voz lisa de tía Matilde iba rescatando por turnos a cada uno de ellos en la oscuridad, para que hicieran sus jugadas: "Ahora tú, Gustavo..."

Y al inclinarse sobre el verde de la mesa, taco en mano, se iluminaba el rostro de tío Gustavo, frágil como un papel, cuya nobleza era extrañamente contradicha por sus ojos demasiado pequeños y juntos. Terminando la jugada regresaba a la sombra, donde aspiraba un habano cuyo humo se desprendía como un espectro hasta disolverse en la oscuridad del techo. Su hermana decía entonces: "Bueno, Armando..."

Y el rostro fofo y tímido de tío Armando, con sus grandes ojos celestes opacados por las gafas de marco de oro, bajaba a la luz. Su jugada era generalmente mala, porque era "el niño", como a veces lo llamaba tía Matilde. Después de los comentarios sucitados por su juego se parapetaba detrás del diario y tía Matilde decía: "Pedro, tu turno..."

Yo retenía la respiración al verlo inclinarse para jugar, la retenía viéndolo sucumbir ante el mandato de su hermana, y con el corazón hecho un nudo rogaba que se rebelara contra los órdenes preestablecidos. Naturalmente, yo no podía darme cuenta de que ese orden rígido era en sí una forma de rebelión inventada por ellos contra lo caótico, para que no los tocara la mano terrible de lo que no se puede explicar ni solucionar. Mi padre, entonces, se inclinaba sobre el paño verde, midiendo con sus ojos suaves las distancias y posiciones de las bochas, hacía su jugada y al hacerla resoplaba, de manera que sus bigotes y su patilla se agitaban un poco alrededor de la boca entreabierta. Luego me entregaba su taco para que lo tizara con el cubo de tiza azul. Así, con este mínimo papel que me asignaba me hacía tocar, por lo menos en la periferia, el círculo que lo unía a sus hermanos, sin hacerme participar más que tangencialmente en él.

Después jugaba tía Matilde. Era la mejor jugadora. Al ver que su rostro tosco, construido como con los defectos de los rostros de sus hermanos, descendía desde la sombra, yo sabía que iba a ganar, que tenía que ganar. Y sin embargo... ¿no he visto un destello de alegría en sus ojos diminutos en medio de ese rostro irregular como un puño brutalmente apretado, cuando por casualidad alguno de ellos lograba vencerla? Esa gota de alegría era porque, aunque lo deseara, nunca se hubiera permitido dejarlos ganar. Eso sería introducir el misterioso elemento del amor en un juego que no debía incluirlo, porque el

cariño debe permanecer en su sitio, sin rebalsarse para deformar la realidad exacta de una carambola.

III

Jamás me gustaron los perros. Tal vez alguno me haya asustado siendo yo muy niño, no lo recuerdo, pero siempre me han desagradado. En todo caso por aquella época mi desagrado por esos animales era inútil, ya que en casa no había perros, y como yo salía poco, se presentaban escasas ocasiones para que me incomodaran. Para mis tíos y mi padre, los perros, como todo el reino animal, no existían. Las vacas, claro, suministraban la crema que enriquecía el postre dominguero servido sobre una bandeja de plata; eran los pájaros los que al crepúsculo piaban agradablemente en la copa del olmo, único habitante del pequeño jardín al que la casa daba la espalda. Pero el reino animal existía sólo en la medida en que contribuyera al regalo de sus personas. Para qué decir, entonces, que los perros, haraganes como son los perros de la ciudad, ni siquiera les rozaban la imaginación con una posibilidad de existencia.

Es cierto que a veces, regresando de misa los domingos, algún perro solía cruzarse en nuestro camino, pero era fácil no concederle existencia. Tía Matilde, que siempre iba adelante conmigo, sencillamente no elegía verlo, y unos pasos más atrás, mi padre y mis tíos iban preocupados con problemas demasiado importantes para fijarse en algo tan banal como un perro callejero.

A veces tía Matilde y yo íbamos a misa temprano para comulgar. Rara vez lograba concentrarme al recibir el sacramento, porque la idea de que ella me vigilaba sin mirar, siempre ocupaba el primer plano de mi conciencia. Aunque sus ojos estuvieran dirigidos al altar o su frente humillada ante el Santísimo, cualquier movimiento mío llamaba su atención, tanto que, al salir de la iglesia, me decía con disimulado reproche que sin duda fue una pulga atrapada en los bancos lo que impidió concentrarme en meditar que la muerte es el buen fin previsto, y en rogar que no fuera dolorosa, que para eso servían las misas, rezos y comuniones.

Fue una de esas mañanas.

Una llovizna minuciosa amenazaba trasformarse en temporal, y los adoquines de quebracho extendían sus nítidos abanicos brillosos de acera a acera, tarjados por los rieles del tranvía. Como tenía frío y deseaba estar pronto de vuelta en casa, apresuré el paso bajo el hongo enlutado del paraguas sostenido por tía Matilde. Pasaban pocas per-

sonas porque era temprano. Un señor muy moreno nos saludó sin levantar el sombrero, a causa de la lluvia. Mi tía, entonces, acaparó mi atención reiterándome su desprecio por la gente de raza mixta, pero de pronto, cerca de donde caminábamos, un tranvía que no oí venir frenó brutalmente haciéndola suspender su monólogo.

El conductor se asomó por la ventanilla:

—¡Perro imbécil! —vociferó.

Nos detuvimos para mirar.

Una pequeña perra blanca escapó casi de entre las ruedas del tranvía, y renqueando penosamente, con la cola entre las piernas, fue a refugiarse en el umbral de una puerta. El tranvía volvió a partir.

—Estos perros, es el colmo que los dejen andar así... —protestó tía Matilde.

Al seguir nuestro camino pasamos junto a la perra acurrucada en el rincón de un umbral. Era pequeña y blanca, con las patas demasiado cortas para su porte y un feo hocico puntiagudo que pregonaba toda una genealogía de *mésalliances* callejeras, resumen de razas impares que durante generaciones habían recorrido la ciudad buscando alimento en los tachos de basura y entre los desperdicios del puerto. Estaba empapada, débil, tiritando de frío o de fiebre. Al pasar frente a ella percibí una cosa extraña: mi tía miró a la perra y los ojos de la perra se cruzaron con su mirada. No vi la expresión de los ojos de mi tía. Sólo vi que la perra la miró, haciendo suya esa mirada contuviera lo que contuviese.

Seguimos hacia casa. Unos pasos más allá, cuando yo estaba a punto de olvidar a la perra, mi tía me sorprendió a volverse bruscamente y exclamar: "¡Psssst! ¡Vete!"

Se había vuelto con una certeza tan absoluta de encontrarla siguiéndonos, que vibré con la pregunta muda que surgió de mi sorpresa: ¿Cómo lo supo? No podía haberla oído puesto que la distancia a que nos seguía era apreciable. Pero no lo dudó. ¿Tal vez esa mirada que se cruzó entre ellas, de la que yo sólo pude ver lo mecánico —la cabeza de la perra alzada apenas hacia tía Matilde, la cabeza de tía Matilde entornada apenas hacia ella—, contuvo algún compromiso mecánico, alguna promesa de lealtad que yo no percibí? No lo sé. En todo caso, al volverse para echar a la perra, su "pssst" corto y definitivo era la voz de algo como un deseo impotente de alejar un destino que ya se ha tenido que aceptar. Es probable que diga todo esto a la luz de hechos posteriores, que mi imaginación adorne de significado lo que no fue más que trivial. Sin embargo puedo asegurar que en ese momento sentí extrañeza, temor casi, ante la repentina pérdida de dignidad de mi tía al condescender a volverse, otorgándole

rango a una perra enferma y sucia que nos seguía por razones que no podían tener importancia.

Llegamos a casa. Subimos las gradas y el animal se quedó abajo, mirándonos desde la lluvia torrencial recién desencadenada. Entramos, y el delectable proceso del desayuno posterior a la comunión logró borrar de mi mente a la perra blanca. Jamás sentí tan protectora nuestra casa como aquella mañana, nunca fue tan grande mi regocijo por la seguridad con que esas viejas paredes deslindaban mi mundo.

¿Qué hice el resto de esa mañana? No lo recuerdo, pero supongo que haría lo de siempre: leer revistas, hacer deberes, vagar por la escalera, bajar hasta la cocina para preguntar qué había de almuerzo ese domingo.

En uno de mis vagabundeos por las estancias vacías —mis tíos se levantaban tarde los domingos de lluvia, excusándose de ir a la iglesia— alcé la cortina de una ventana para ver si la lluvia prometía amainar. El temporal seguía. Y parada al pie de las gradas, tiritando aún y escudriñando la casa, volví a ver a la perra blanca. Dejé caer la cortina para no verla allí, empapada y como presa de una fascinación. De pronto, detrás de mí, del ámbito oscuro de la sala surgió la voz queda de tía Matilde, que inclinada para atracar un fósforo a la leña ya dispuesta en la chimenea, me preguntaba:

—¿Está ahí todavía?

—¿Quién?

Yo sabía quién, aunque no me gustara saberlo.

—La perra blanca...

Respondí que allí estaba. Pero mi voz fue insegura al formar las sílabas, como si de alguna manera la pregunta de mi tía derribara los muros que nos cobijaban, permitiendo que la lluvia y el viento inclemente se instalaran dentro de nuestra casa.

IV

Debe haber sido el último temporal de ese invierno, porque recuerdo claramente que los días siguientes se abrieron y que las noches comenzaron a entibiarse.

La perra blanca continuó apostada en nuestra puerta, siempre temerosa, escudriñando las ventanas como si buscara a alguien. En la mañana, al partir al colegio, yo trataba de espantarla para que se fuera, pero no bien me trepaba al autobús la veía reaparecer tímidamente por la esquina o desde atrás de un farol. Las sirvientes

también trataron de alejarla pero sus tentativas fueron tan infructuosas como las mías porque la perra nunca dejaba de regresar, como si permanecer cerca de nuestra casa fuera una tentación que, aunque peligrosa, tenía que obedecer.

Una noche estábamos todos despidiéndonos al pie de la escalera antes de irnos a dormir. Tío Gustavo, que siempre se encargaba de hacerlo, ya había apagado todas las luces menos la de la escalera, dejando el gran espacio del vestíbulo poblado por las densidades de los muebles. Tía Matilde, que recomendaba a tío Armando que abriera la ventana de su cuarto para que entrara un poco de aire, de pronto enmudeció, dejando sus despedidas inconclusas y los movimientos de todos nosotros, que comenzábamos a subir, detenidos.

—¿Qué pasa? —preguntó mi padre bajando un escalón.

—Suban —murmuró tía Matilde, volviéndose para mirar la penumbra del vestíbulo.

Pero no subimos.

El silencio de la sala, generalmente tan espacioso, se colmó con la voz secreta de cada objeto —un grano de tierra escurriéndose entre el viejo papel y el muro, maderas crujientes, el trepidar de algún cristal suelto—, y esos escasos segundos se inundaron de resonancias. Alguien, además de nosotros, estaba donde estábamos nosotros. Una pequeña forma blanca venció la penumbra junto a la puerta de servicio. Era la perra, que atravesó el vestíbulo renqueando lentamente en dirección a tía Matilde, y sin mirarla siquiera se echó a sus pies.

Fue como si al inmovilizarse la perra hubiera vuelto a hacer posible el movimiento de los que contemplábamos la escena. Mi padre bajó dos escalones, tío Gustavo encendió la araña, tío Armando subió pausadamente y se encerró en su dormitorio.

—¿Qué es esto? —preguntó mi padre.

Tía Matilde permanecía inmóvil.

—¿Cómo entraría? —se preguntó de pronto.

Sus palabras parecían apreciar la proeza que significaba haber saltado tapias en ese estado lamentable, o haberse introducido en el sótano por un vidrio roto, o haber burlado la vigilancia de los sirvientes para deslizarse por una puerta casualmente abierta.

—Matilde, llama para que se la lleven —dijo mi padre, y subió seguido por tío Gustavo.

Quedamos ella y yo mirando la perra.

—Está inmunda —dijo en voz baja—. Y tiene fiebre. Mira, está herida...

Llamó a una sirviente para que se la llevara, ordenándole que le diera de comer y que al otro día llamara a un veterinario.

—¿Se va a quedar en la casa? —pregunté.

—¿Cómo va a andar así por la calle? —murmuró tía Matilde—. Tiene que sanar para que podamos echarla. Y tiene que sanar pronto, porque no quiero tener animales en la casa.

Luego agregó:

—Sube a acostarte.

Ella siguió a la sirvienta que se llevaba a la perra.

Reconocí esa antigua urgencia de tía Matilde porque todo anduviera bien en torno de sí, ese vigor y pericia que la hacían reina indudable de las cosas inmediatas, encontrándose tan segura dentro de sus limitaciones que para ella lo único necesario era solucionar desperfectos, errores no de intención o motivo sino de estado. La perra blanca, por lo tanto, iba a sanar. Ella misma, porque el animal había entrado en el radio de su poder, se encargaría de ello. El veterinario le vendaría la pierna herida bajo su propia vigilancia, y protegida por guantes de goma y por un baño, ella misma se encargaría de lavarle las abundantes pústulas con desinfectantes que la harían gemir. Pero tía Matilde permanecería sorda a esos gemidos, segura, tremendamente segura de que cuanto hacía era para bien.

Así fue.

La perra se quedó en la casa. No es que yo la viera, pero conocía el equilibrio de personas que la habitaban, de manera que la presencia de cualquier extraño, aunque permaneciera en los confines del sótano, podía establecer un desnivel en lo acostumbrado. Algo, algo me delataba su existencia bajo el mismo techo que yo. Quizás ese algo no fuera tan imponderable. A veces veía a tía Matilde con los guantes de goma en la mano, llevando un frasco lleno de líquido rojo. Encontré un plato con piltrafas en un pasillo del sótano, donde fui a contemplar la bicicleta que acababan de regalarme. Débilmente, amortiguado por pisos y muros, a veces llegaba hasta mis oídos la sospecha de un ladrido.

Una tarde bajé a la cocina, y la perra blanca entró, manchada como un payaso con el desinfectante rojo. Los sirvientes la echaron sin miramientos. Pero vi que no renqueaba ya, que su cola, antes lacia, se enroscaba como una pluma dejando a la vista su trasero desvergonzado.

Esta tarde le pregunté a tía Matilde:

—¿Cuándo la va a echar?

—¿A quién? —preguntó ella.

Lo sabía perfectamente.

—A la perra blanca.

—Todavía no está bien —respondió.

Más tarde pensé insistir, diciéndole que aunque la perra no estuviera sana del todo, seguramente ya nada le impediría encaramarse en los tachos para husmear la basura en busca de comida. No lo hice porque creo que fue esa misma noche cuando tía Matilde, después de perder la primera partida de billar decidió que no tenía ganas de jugar otra. Sus hermanos siguieron jugando, y ella, sumida en el enorme sofá de cuero, les iba indicando sus turnos. De pronto se equivocó en el orden de los nombres. Hubo un momento de desconcierto, pero el hilo del orden fue retomado prontamente por esos hombres que rechazaban la casualidad si no les era favorable. Pero yo ya había visto.

Era como si tía Matilde no estuviera allí. Respiraba a mi lado como siempre. La honda alfombra silenciadora cedía como de costumbre bajo sus pies. Sus manos cruzadas tranquilamente —tal vez aun más tranquilamente que otras noches— pesaban sobre su falda. ¿Cómo es posible que se sienta con tanta certeza la ausencia de un ser cuando su corazón está en otra parte? Sólo su corazón estaba ausente, porque la voz con que iba llamando a sus hermanos era su voz habitual, y arrastraba esas significaciones desusadas porque nacía en otro lugar.

Las noches siguientes fueron iguales, enturbiadas por ese borrón casi invisible de su ausencia. Dejó por completo de tomar parte en el juego y de llamarles por sus nombres. Ellos parecían no notarlo. Pero tal vez lo notaron, porque los partidos se hicieron más cortos, y percibí que la deferencia con que la trataban aumentó infinitesimalmente.

Una noche, cuando salíamos del comedor, la perra hizo su aparición en el vestíbulo y se unió al grupo familiar. Ellos, como de costumbre, aguardaron en la puerta de la biblioteca para que su hermana los precediera hasta la sala de billar, esta vez seguida airosmente por la perra blanca. No hicieron comentario alguno, como si no la hubieran visto, iniciando su partido como todas las noches.

La perra se sentó a los pies de tía Matilde, muy quieta, sus ojos vivísimos recorrieron la sala y siguiendo las maniobras de los jugadores como si todo aquello la entretuviera muchísimo. Ahora estaba gorda y tenía la pelambre brillosa; todo su cuerpo, desde el palpitante hociquillo hasta la cola lista para agitarse, repleto de una vital capacidad de diversión. ¿Cuánto tiempo había permanecido en casa? ¿Un mes? Tal vez más. Pero en ese mes tía Matilde la había obligado a sanar, cuidándola sin despliegues de ternura, pero con la gran sabiduría de sus manos huesudas empeñada en componer lo descompuesto. Le había curado las llagas, implacable ante su dolor y sus gemidos.

Su pierna estaba sana. La había desinfectado, alimentado, bañado, y ahora la perra blanca era un ser entero.

Todo esto, sin embargo, no parecía unirla a la perra. Quizá la aceptara como esa noche mis tíos también aceptaron su presencia: rechazarla hubiera sido darle una importancia que para ellos no podía tener. Yo veía a tía Matilde tranquila, recogida, colmada de un elemento nuevo que no llegaba a desbordarse para tocar su objeto, y ahora éramos seis los seres separados por algo más vasto que trechos de alfombra y de aire.

En una de sus jugadas, tío Armando, que era torpe, tiró al suelo el cubito de tiza azul. Inmediatamente, obedeciendo a un resorte que la unía a su picaresco pasado callejero, la perra corrió hasta la tiza y, arrebatándosela a tío Armando que se había inclinado para recogerla, la tomó en el hocico. Entonces sucedió algo sorprendente. Tía Matilde, como si de pronto se deshiciera, estalló en una carcajada incontenible que la agitó entera durante unos segundos. Quedamos helados. Al oírla, la perra abandonó la tiza, corrió hacia ella con la cola agitada en alto, y saltó sobre su falda. La risa de tía Matilde se aplacó, pero tío Armando, vejado, abandonó la sala para no presenciar ese desmoronamiento del orden por la intrusión de lo absurdo. Tío Gustavo y mi padre prosiguieron el juego —ahora era más importante que nunca no ver, no ver nada, no comentar, no darse por aludido de los acontecimientos, y así quizá detener algo que avanzaba.

Yo no encontré divertida la carcajada de tía Matilde. Era demasiado evidente que algo oscuro la había suscitado. La perra se aquietó sobre su falda. Los chasquidos de las bochas al golpearse, precisos y espaciados, parecieron conducir la mano de tía Matilde primero desde su lugar en el sofá hasta su falda y luego hasta el lomo de la perra adormecida. Al ver esa mano tranquila reposando allí, observé también que la tensión que jamás antes había percibido como tal en las facciones de mi tía —nunca sospeché que pudiera ser otra cosa que dignidad— se había disuelto, y que una gran paz suavizaba su rostro. No pude resistirlo. Obedeciendo a algo más poderoso que mi voluntad me acerqué a ella sobre el sofá. Esperé que me llamara con una mirada o que me incluyera en una sonrisa, pero no lo hizo porque la nueva relación entablada era demasiado exclusiva, y en ella no había lugar para mí. Eran sólo dos los seres unidos. Aunque no lo deseaba, yo quedaba afuera. Y los demás, los hermanos, permanecían aislados porque desoyeron la peligrosa invitación que tía Matilde se atrevió a escuchar.

V

Cuando yo llegaba del colegio por la tarde, iba directamente a la planta baja, y montando mi bicicleta nueva daba vuelta tras vuelta por el estrecho jardín del fondo de la casa, centrado en torno al olmo y al par de escaños de hierro. Detrás de la tapia, los nogales de la otra casa comenzaban a mostrar un leve bozo primaveral, pero yo no hacía caso de las estaciones y sus dádivas porque tenían cosas demasiado graves en que pensar. Y como sabía que nadie bajaba al jardín hasta que el ahogo de pleno verano lo hiciera perentorio, era el mejor sitio para meditar sobre lo que en la casa sucedía.

Superficialmente, se hubiera dicho que nada sucedía. ¿Pero cómo permanecer tranquilo frente a la curiosa relación anudada entre mi tía y la perra blanca? Era como si tía Matilde, después de servir con todo esmero y conformarse con su vida impar, por fin hubiera descubierto a su igual, a alguien que hablaba su lenguaje más inconfesado, y como entre damas, llevaba una vida íntima plena de amabilidades y refinamientos gratos. Comían bombones que venían en cajas atadas con frívolos cintajos. Mi tía disponía naranjas, piñas, uvas en las empinadas fruteras de cristal, y la perra la observaba como si criticara su buen gusto o fuera a darle su opinión. Era como si hubiera descubierto una región más benigna de la vida en este competir de agrados, tanto que ahora todo había perdido importancia para ella frente a este nuevo mundo afectuoso.

Era frecuente que pasando junto a la puerta de su habitación yo escuchara una carcajada similar a la que había echado por tierra el viejo orden de su vida aquella primera noche, o que la oyera dialogar —no monologaba como conmigo— con una interlocutora cuya voz yo no oía. Era la vida nueva. La perra, la culpable, dormía en una cesta en su cuarto, una cesta primorosa, femenina, absurda a mi parecer, y la seguía a todas partes menos al comedor. La entrada allí le estaba vedada, pero esperando la salida de su amiga, la seguía hasta la biblioteca o el billar, según dónde nos instaláramos, y se sentaba a su lado o en su falda, cruzando de cuando en cuando cómplices miradas de entendimiento. Yo sentía que la perra era la más fuerte de las dos, la que mostraba y enseñaba cosas desconocidas a tía Matilde, que se había entregado por completo a su experiencia.

¿Cómo era posible, me preguntaba yo? ¿Por qué tuvo que esperar hasta ahora para lograr rebalsarse por fin y entablar un diálogo por primera vez en su vida? A veces la veía insegura respecto a la perra, como temerosa de que así como un buen día llegó también partiera,

dejándola sola, con todo este nuevo caudal pesándole en las manos. ¿O temía aún por su salud? Era demasiado extraño. Estas ideas flotaban como borrones suspendidos en mi imaginación, mientras oía crujir la gravilla del sendero bajo las ruedas de mi bicicleta. Lo que no era borroso, en cambio, era mi vehemente deseo de enfermar de gravedad, para ver si así lograba yo también cosechar una relación parecida. Porque la enfermedad de la perra había sido la causa de todo, sin eso mi tía jamás se hubiera ligado con ella. Pero yo tenía una salud de hierro, y además era claro que el corazón de tía Matilde no daba cabida más que para un solo amor a la vez, sobre todo si era tan inmenso.

Mi padre y mis tíos no parecieron notar cambio alguno. La perra era silenciosa, y abandonando sus modales de callejera parecía haber adquirido las maneras un tanto dignas de tía Matilde, conservando, sin embargo, todo su empaque de hembra a la cual las durezas de la vida no han podido ensombrecer ni su buen humor ni su inclinación por la aventura. Para ellos resultaba más fácil aceptarla que rechazarla, ya que lo último hubiera comprometido por lo menos sus comentarios, y tal vez una revisión incómoda de sus cánones de seguridad.

Una noche, cuando el jarro de limonada ya había hecho su aparición sobre la consola de la biblioteca refrescando ese rincón de la penumbra, y las ventanas quedaban abiertas al aire, mi padre se detuvo bruscamente al entrar en la sala de billar.

—¿Qué es esto? —exclamó mirando el suelo.

Consternados, los tres hombres se pararon a mirar un pequeño charco redondo en el piso encerado.

—¡Matilde! —llamó tío Gustavo.

Ella se acercó a mirar y enrojeció de vergüenza. La perra se había refugiado bajo la mesa del billar en la habitación contigua. Al dirigirse a la mesa mi padre la vio allí, y cambiando bruscamente de rumbo salió de la sala seguido por sus hermanos, dirigiéndose a los dormitorios donde cada uno se encerró mudo y solo.

Tía Matilde no dijo nada. Subió a su cuarto seguida de la perra. Yo permanecí en la biblioteca con un vaso de limonada en la mano, mirando el cielo del verano y escuchando, escuchando ansiosamente algún pitazo lejano de un barco, y el rumor de la ciudad desconocida, terrible y también deseada, que se extendía bajo las estrellas.

Pronto oí bajar a tía Matilde, que apareció con el sombrero puesto y con las llaves tintineando en la mano.

—Anda a acostarte —dijo—. Voy a llevarla a pasear a la calle para que haga sus necesidades.

Luego agregó algo que me hizo temblar:
—Está tan linda la noche...
Y salió.

De esa noche en adelante, en vez de subir después de la comida para abrir las camas de sus hermanos, iba a su pieza, se encasquetaba el sombrero y volvía a bajar, haciendo tintinear las llaves. Salía con la perra, sin decirle nada a nadie. Y mis tíos y mi padre y yo nos quedábamos en el billar —y más avanzada la estación sentados en los escaños del jardín, con todo el rumor del olmo y la claridad del cielo pesando sobre nosotros. Jamás se habló de estos paseos nocturnos de tía Matilde, jamás mostraron de manera alguna que se daban cuenta de que algo importante había cambiado en la casa al introducirse allí un elemento que contradecía todo orden.

Al principio tía Matilde permanecía fuera a lo sumo veinte minutos o media hora, regresando pronto para tomar cualquier cosa con nosotros y cambiar algunos comentarios triviales. Pero más tarde sus salidas se fueron prolongando inexplicablemente. Ya no era una dama que sacaba a pasear a su perra por razones de higiene —afuera, en las calles, en la ciudad, había algo poderoso que la arrastraba—. Esperándola, mi padre miraba furtivo su reloj de bolsillo, y si el atraso era muy grande tío Gustavo subía a la sala del segundo piso, como si hubiera olvidado algo allí, para mirar por el balcón. Pero permanecían desesperadamente mudos. Una vez que el paseo de tía Matilde se prolongó demasiado, mi padre caminó una y otra vez por el sendero que serpenteaba entre los macizos de hortensias, abiertas como ojos azules vigilando la noche. Tío Gustavo tiró un habano que no logró encender a su gusto, y luego otro, aplastándolo con el taco de su zapato. Tío Armando volcó una taza de café.

Yo los miraba esperando que por fin estallaran, que dijeran algo, que llenaran con angustia expresada esos minutos que se prolongaban y se prolongaban unos detrás de otros sin la presencia de tía Matilde. Eran las doce y media cuando llegó.

—¿Para qué me esperaron en pie? —preguntó sonriente.

Traía el sombrero en la mano, y su cabello, de ordinario tan cuidado, estaba revuelto. Observé que un ribete de barro manchaba sus zapatos perfectos.

—¿Qué te pasó? —preguntó tío Armando.

—Nada —fue su respuesta, y con ella clausuró para siempre todo posible derecho de sus hermanos para inmiscuirse en esas horas desconocidas, alegres o trágicas o anodinas, que ahora eran su vida.

Digo que eran su vida porque, durante esos instantes que permaneció con nosotros antes de subir a su cuarto, con la perra también

algo embarrada junto a ella, percibí una animación en sus ojos, una alegre inquietud parecida a la de los ojos del animal, como recién bañados en escenas nunca antes vistas, a las que nosotros no teníamos acceso. Esas dos eran compañeras. La noche las protegía. Pertenecían a los rumores, a los pitazos de los barcos que atravesando muelles, calles oscuras o iluminadas, casas, fábricas y parques, llegaban a mis oídos.

Sus paseos con la perra continuaron durante algún tiempo. Ahora nos despedíamos inmediatamente después de la comida, y cada uno se iba a encerrar en su cuarto, mi padre, tío Gustavo, tío Armando y yo. Pero ninguno se dormía hasta oírla llegar, tarde, a veces terriblemente tarde, cuando la luz del alba ya clareaba la copa de nuestro olmo. Sólo después de oírla cerrar la puerta de su dormitorio cesaban los pasos con que mi padre medía su habitación, o se cerraba por fin la ventana del cuarto de uno de sus hermanos para excluir ese fragmento de noche que ya no era peligrosa.

Una vez la oí subir muy tarde, y como me pareció oírla cantar una melodía suavemente y con gran dulzura, entreabrí mi puerta y me asomé. Al verla pasar frente a mi cuarto, con la perra blanca envuelta en sus brazos, su rostro me pareció sorprendentemente joven y perfecto, aunque estuviera algo sucio, y vi que había un jirón en su falda. Esa mujer era capaz de todo —tenía la vida entera por delante—. Me acosté aterrorizado pensando en que era el fin.

Y no me equivoqué. Porque una noche, muy poco tiempo después, tía Matilde salió a pasear con la perra después de comida, y no volvió más.

Esperamos en pie toda la noche, cada uno en su cuarto, y no regresó. Al día siguiente nadie dijo nada. Pero continuaron las esperas mudas, y todos rondábamos en silencio, sin parecer hacerlo, las ventanas de la casa, aguardándola. Desde ese primer día el temor hizo derrumbarse la dignidad armoniosa de los rostros de los tres hermanos, y envejecieron mucho en poco tiempo.

—Su tía se fue de viaje —me respondió la cocinera cuando por fin me atreví a preguntarle.

Pero yo sabía que no era verdad.

La vida en la casa continuó tal como si tía Matilde viviera aún con nosotros. Es cierto que ellos solían reunirse en la biblioteca, y quizás encerrados allí hablaran, logrando sobrepasar el muro de temor que los aislaba, dando rienda suelta a sus temores y a sus dudas. Pero no estoy seguro. Varias veces vino un visitante que claramente

no era de nuestro mundo, y se encerraron con él. Pero no creo que les haya traído noticias de las posibles pesquisas; quizá no fuera más que el jefe de un sindicato de estibadores que venía a reclamar indemnización por algún accidente o una avería. La puerta de la biblioteca era demasiado maciza, demasiado pesada, y jamás supe si tía Matilde, arrastrada por la perra blanca, se perdió en la ciudad, o en la muerte, o en una región más misteriosa que ambas y que cualquier región imaginada por los cálculos de los hombres.

JOSÉ DONOSO

SUR, Nº 192-194, octubre-diciembre de 1950

RELATO SECRETO[1]

"Aquel que diga: insensato, a su hermano, será sometido a la gehena del fuego."

MATEO, V, 22.

"La fuerza del discurso de Platón sobre la inmortalidad del alma, impulsó a algunos de sus discípulos a la muerte, para gozar con mayor prontitud de las esperanzas que les daba."

MONTAIGNE, *Apoligie de Raymond Sebond.*

"...esta muerte material, temporal, normal y no irregular, por así decirlo esencial y no accidental, regular y no anormal, fisiológica y no mecánica, esta muerte usual del ser, esta muerte habitual, se la alcanza cuando el ser material está colmado de su costumbre, colmado de su memoria, colmado del endurecimiento de su costumbre y de su memoria, cuando todo el ser material está ocupado por la costumbre, la memoria, el endurecimiento, cuando toda la materia del ser está ocupada en la costumbre, en la memoria, en el endurecimiento, cuando no queda ni un átomo de materia para lo nuevo, que es la vida."

PÉGUY, *Note sur M. Descartes.*

Durante la adolescencia, me prometí guardar fidelidad a la juventud; un día traté de cumplir mi palabra.

Odiaba y temía la vejez; de mis primeros años me había quedado este sentimiento. Los niños conocen a los viejos mejor que los adolescentes y los adultos. Son los que viven más próximos a ellos en la promiscuidad familiar; observan, sienten los efectos más enojosos de la edad. Cuanto mayor cariño tienen a sus abuelos, más sufren de verlos poco a poco disminuidos y minados. Yo quise al abuelo y a la abuela con quienes vivía, mucho más que a mi padre y a mi madre, y asistir al avance de su decrepitud fue una de mis primeras calamidades. Mi resolución se fundó en eso.

[1] Estas páginas inéditas nos fueron entregadas por Jean Paulhan, en París, en el otoño de 1946. *(N. de la R.)*

Más tarde, cuando fui capaz de aproximar unas a otras mis observaciones y prolongarlas en dilatadas inducciones, concebí que el hombre deseoso de escapar de los inconvenientes de la edad debía decidirse lo bastante pronto para no dejarse atrapar por las primeras insinuaciones de aquélla, que son imperceptibles. Tal es el rasgo terrible del envejecimiento: pronto nos da la alegría de corazón que permite aceptar, como cosa natural, las mermas de los sentidos y del corazón que anteriormente considerábamos monstruosos deterioros. Y cuando este estado espiritual se declara, el desgaste del ser es ya tal que no habría tiempo ni sustancia para interrumpir esta derrota, si sintiera el deseo de hacerlo. Concluía yo entonces que era necesario morir lo bastante pronto para no entrar del todo en la condición de fatiga en que la indulgencia y el abandono pueden germinar temprano; me había puesto en la cabeza que no había de morir después de los cincuenta años.

La fijación de esta época se determinó por un pretexto bastante fortuito. No soy muy supersticioso; sin embargo, lo soy un tanto; pensemos lo que pensemos, todos tenemos una cierta dosis de cálculo místico para desleír en nuestras conjeturas. Es un elemento de la economía íntima, que en nadie falta enteramente; siempre, bajo otros nombres, vuelve a encontrarse este sistema de especulación. Cuando llegué a los dieciocho años, cierta persona, tan ignorante en quiromancia como podía serlo yo, pretendía haber leído en mi mano que me casaría dos veces, no tendría hijos, y moriría a los cincuenta años, rico, teniéndolo todo para ser feliz, pero arrebatado por una espantosa enfermedad. Esta persona era un americano, mucho mayor que yo, quien se había interesado por mi juventud colmándome de beneficios. Por lo que pudiera ser, no olvidé aquella profecía.

Cuando me puse a reflexionar sobre el mejor tiempo para morir, la recordé otra vez, y en ella encontró mi razonamiento un punto de apoyo imaginativo. Máxime cuando uno de los artículos de la predicción se realizó: me casé dos veces. De ahí que me decidiera a complacerme en la credulidad, concediendo valor a una frase lanzada al aire. Me convenía que esa frase cayera parada sobre sus cuatro patas.

Las circunstancias de mi vida parecieron, por otra parte, prestarse cada vez más a mi deseo. Pasados los cuarenta años, germinaban en mí dos o tres graves enfermedades entre las cuales cabría al hado elegir prontamente; cada una de ellas podía fácilmente adquirir el carácter *espantoso* indicado por la profecía. Junto con eso, y a pesar de no haberme preocupado jamás por el dinero en la forma activa en que lo hacen otros, terminé por tenerlo a pesar mío; aunque fuera

poco, llegaba hasta el límite de mis gustos bastante modestos, de modo que podía llamarme rico aun a riesgo de hacer sonreír a tanta gente. En fin, desde hacía mucho me había embarcado en una acción o una especulación política que amenazaba arrastrarme, al menor giro de los acontecimientos, a todos los extremos.

Esta última conyuntura me pareció plenamente probatoria y capaz de eliminar mi última duda, en caso de haberla sentido: evidentemente estaba destinado a morir en la época fatídica, sea de una espantosa enfermedad, sea de una muerte violenta que equivaldría a aquélla. Con el lenguaje de un tiempo pacífico, mi amigo americano no había señalado otra forma para mi muerte.

La aceptación, con todo, no me pareció suficiente, y la espera resultaba incierta. Otras diversas consideraciones se abrieron camino en mí, impulsándome a tomar la delantera y recurrir al suicidio.

Para llegar a la comprensión de una cosa semejante, preciso es seguir otro camino que el que acabo de haceros recorrer.

Vuelvo una vez más a la infancia, no por el hecho de que allí se encuentran todas las causas, sino porque el ser está entero en su germen, y porque en todas las edades de la vida se encuentran correspondencias. Nací melancólico, salvaje. Aun antes de ser golpeado y herido por los hombres, o de alimentar el remordimiento de haberlos herido, me ocultaba ya de ellos. Me cerraba sobre mí mismo en los rincones de la casa o del jardín, para gustar allí de algo furtivo y secreto. Adivinaba ya, o sabía, mucho mejor que después, cuando lo mundano me sometió y arrastró, que en mí habitaba algo que no era yo y que era mucho más precioso que yo. Presentía también que aquello podía saborearse más exquisitamente en la muerte que en la vida, y me sucedía jugar, no sólo a "estar perdido", huido por siempre de los míos, sino también a "estar muerto". Triste y deliciosa embriaguez de tenderse debajo de una cama, en una silenciosa habitación de la casa, a la hora en que no estaban mis padres y yo podía imaginarme en una tumba. A pesar de mi educación religiosa, y de todo lo que se me repetía sobre el cielo y el infierno, estar muerto no era estar aquí o allá —lugares habitados donde lo veían a uno— sino estar en un sitio tan oscuro, tan desconocido que no era ninguna parte, y donde se podía escuchar la caída, gota a gota, de algo indecible que no era mío ni de otro, sino algo desgajado de todo lo que vivía y que uno veía, y también de todo lo que uno no veía pero que también estaba vivo, viviendo de otra manera infinitamente deseable.

Un día supe de un movimiento que a veces tenía lugar entre los

hombres y que se llamaba suicidio. Recuerdo muy bien que, después de escuchar una conversación, comprendí que un hombre puede "darse la muerte". No sé, no creo haber establecido una relación precisa entre el juego que he citado, y que me era tan familiar, y la revelación de este acto. El hecho es que su posibilidad inmediata y su extremada facilidad —yo imaginaba el prodigioso resultado, la potencia de irrevocabilidad de ese gesto—, me fascinaron. Tal fascinación me traía la misma calidad de emoción dulce y fina, un poco lancinante y maravillosamente rara que muchas veces había experimentado debajo de la cama. Lo que en ese gesto me placía más allá de todo placer, era que también él fuese solitario, robado a todas las miradas, perpetrado en la sombra y el silencio, y que me dejara perdido fuera de mí mismo para siempre y al infinito, adorablemente entregado a esa potencia que, gota a gota, había oído caer en mí.

Recuerdo el lugar y la hora. Era una mañana de invierno, veo todavía el cielo gris; hacía frío en el comedor. Miraba por la ventana el gris y desconchado muro del fondo de la casa situada al otro lado del pasaje que llevaba a la *cité* Malesherbes. Abrí suavemente un cajón del aparador; sin hacer ruido, lentamente, tomé un cuchillo. Miraba el cuchillo. Todavía no había mirado nunca un cuchillo. Repentinamente me daba cuenta de todo lo que había en ese acero. Esto era lo que yo utilizaba diariamente, sin saber: esto era lo que mis manos habían empuñado. El soñoliento misterio de los objetos circundantes se revelaba suavemente. La hoja relucía sobre el fondo de fieltro rojo que forraba el cajón. Y no era solamente una, había veinte, treinta, grandes y pequeñas. Alcé un enorme cuchillo de trinchar, pero volví a dejarlo sin que me atrajera. Prefería algo más fino, sutil, delicado. Ese cuchillito de postre tan agudo, que tan prontamente entraba en la carne de una pera o un durazno. Con el dedo probé la punta; la probé y la sentí. Apreté suavemente, apreté más fuerte. Aquello empezaba a doler, y me detenía. Insistí, con un nuevo impulso de curiosidad, de deseo, apreté más fuerte. El dolor cambió súbitamente de carácter, se hizo más concentrado y agudo; brotó una gota de sangre. Boquiabierto, yo miraba: entonces, era posible. Por primera vez miraba mi sangre sin llorar, sin retroceder. No sin miedo, pero aceptaba mi miedo, me adaptaba a él, quería aprisionarlo, identificarlo en mí con otra cosa.

Jugué un momento con mi sangre, haciéndola brotar gota a gota. Entonces se ovó un ruido en el corredor; devolví rápidamente el cuchillo a su alvéolo rojo, el cuchillo que había seguido siendo el mismo, indiferente, enigmático, inefable, y huí a mi habitación. Huir, cómo me gustaba huir. Era como un animalito de los bosques, pulcro

y ágil, obstinado, lleno de reserva, ardilla o comadreja, que desaparecía al menor ruido, y que jamás hombre o mujer alguno apresaría.

Debía tener seis o siete años, porque a esta edad dejamos el departamento donde claramente veo que esto sucedía. Por la ventana veo el muro de al lado, con grandes grietas.

Volví a hacerlo. Pero entre tanto me parece que lo había olvidado todo, y que mis sensaciones y reflexiones de aquella mañana se habían perdido instantáneamente en otras sensaciones. Si volví al cajón forrado de fieltro rojo, lo hice por un comienzo de costumbre, porque en el hombre el hábito nace instantáneo igual que en el animal. Esta vez fui más lejos; después de sacar el cuchillito y examinarlo a mi antojo, probando filo y punta, me abrí la chaqueta y la camisa, y apoyé la punta del lado del corazón. No tuve una emoción más punzante el día en que desabotoné mis pantalones para considerar una parte mía como mi sexo. Apreté un poco, no mucho. Apreté, menos que sobre mi dedo, porque me daba cuenta de que aquello era más serio. Tuve, en efecto, un súbito miedo. Miraba con terror el cuchillo que permanecía sujeto por la ropa, y cuya punta sentía. Mi voluntad, posible, se transmitía a él y en él se me escapaba. Se tornaba probable; la fatalidad empezaba a acumularse en ese mango, en esa madera, en ese hierro. Lo retiré, lo traje ante mis ojos mirándolo con una mirada enteramente nueva, con esa mezcla de terror y veneración que el hombre pone en los objetos consagrados por su experiencia, por su fatalidad, objetos misteriosos y familiares, *numina*. Ídolos, ideas. Volví a apoyar contra mí el objeto, ese objeto que decididamente tenía una forma particular, singular, perversa. Esta vez apreté hasta que me hizo daño, como en el dedo. Pero mi pecho no era mi dedo; se trataba de algo enteramente distinto, y era necesario que fuese en un todo la misma cosa. Me dice daño, mucho más daño: me hacía daño. *Él* me hacía daño. Ya no fue miedo; me invadió una reacción de descontento, de cólera. El cuchillo y yo éramos dos. Era el cuchillo que me hacía daño, que quería hacerme daño; en él una voluntad, escapada de la mía, se oponía a la mía. El cuchillo era malo, peligroso, aborrecible. Lo tiré violentamente a su cajón, sin ubicarlo en su sitio, y cerré el aparador. Poco rato después ya no pensaba en él. La costumbre se desvaneció. Sin eso, ¿quién sabe?

Aquélla había sido la idea del suicidio gratuito, en sí. Desde entonces la idea reapareció frecuentemente, pero sólo para prestarse a las circunstancias. Yo me había embarcado más hondo en la vida; surgían las dificultades, las penas, los vejámenes. Pensé entonces en

el suicidio. Pero ya no era en absoluto la misma cosa, ya no eran la fuerza, la exuberancia, la curiosidad las que me excitaban, sino la debilidad y la fatiga.

Y la idea de lo que encontraría más allá del suicidio no era tampoco la misma. La primera vez, el más allá era lo ignoto, tenía algo de perfectamente indeterminado, innominado, indecible. Ahora era la nada. En ésta como en muchas otras cosas, el adolescente y el adulto habían retrocedido con relación al niño. Porque la nada... Iba a decir: la "nada" es una noción "absurda". Pero ¿pueden chocarse dos palabras misteriosas? ¿Y qué es lo que yo llamaba la nada? ¿No era un lugar muy dulce, es decir todavía la vida, una vida dulce, retardada, algo así como el nacimiento del sueño, algo así como los grises Campos Elíseos de que habla Virgilio?

Me pregunto no obstante si mi idea del suicidio, cuando reaparecía aún en la peor circunstancia de tormento y de opresión, era verdaderamente impura. Y no digo esto por mí en particular. Casi siempre, quizá siempre, hay en el suicida un elemento de pureza. Aun en aquel para quien el suicidio es un acto puramente social, un gesto en un todo encadenado a sus gestos precedentes que pertenecían a la vida y se dirigían hacia la vida, ¿no es necesario que exista una abertura hacia el más allá, por estrecha que sea, para que pueda perpetrar su acto? Es necesario que haya tenido una familiaridad cualquiera, por inconsciente que haya sido —y siendo inconsciente, ha podido ser profunda y constante— con un universo pleno de subyacencias y de secretos y de sorpresa. Ese hombre piensa que cree en la nada, piensa darse a la nada, pero bajo esa palabra negativa, bajo esa palabra aproximativa, bajo esa palabra-límite, algo se le oculta.

Por lo que a mí se refiere, de todos modos, es muy posible que jamás me haya desligado completamente de aquel fantaseo nostálgico, y que tan sólo esperara pretextos para volver a él. Pretextos que podían ser considerables, pero que con todo eran pretextos. ¿No guardaba siempre despiertos el gusto y la necesidad de la soledad? En mi vida no ha habido un solo día —por pleno y feliz que fuera con la presencia de los seres, o de un ser, y con mi rica y exuberante adhesión al mundo inmediato— en que no haya pensado en la soledad, que no me haya arreglado para regalarle algunos minutos —aunque eso sucediera en los excusados, en una cabina telefónica, un baño, un corredor donde me detenía un instante, más de lo que conviene al animal social. Y bien, la soledad es el camino del suicidio; por lo menos es el camino de la muerte. Es verdad que en la soledad se goza más del mundo y de la vida que de toda otra manera; ¿cómo

gustar mejor de una flor, un árbol, una nube, los animales, hasta los hombres que pasan a lo lejos, y las mujeres? Pero ya es asimismo la pendiente por la cual uno se pierde del mundo.

En todo momento, además, estaba mi curiosidad. No hablo sólo de la curiosidad del conocimiento; me refiero a una curiosidad audaz, imprudente, que se quiere activa, experimental. Es una curiosidad maga, mágica, que sueña con empresas e infracciones. El suicidio es uno de los medios prohibidos; no es el único, es el último, pero quizá no sea el supremo de entre los medios inventados y ensayados por el hombre para horadar en vida, y de otro modo que con las ideas, de otro modo que con la imaginación, el muro de su cárcel. Por eso Baudelaire, el meditativo, ha incluido en las *Letanías a Satán* el suicidio en la lista de las audacias más o menos criminales —según la mirada social— que se ofrecen al hombre para moverse, agitarse, protestar y esquivar, junto con las drogas, la lujuria, el alcohol, el robo y el asesinato, la alquimia, el lucro, la ciencia, la rebelión.

Esta curiosidad ha sido magníficamente representada por Dostoievsky en el personaje de Krilov aunque dentro del estrecho ángulo del dilema: cristiano o suicida, creyente o anti-teo (mejor que ateo). Prisionero del horizonte cristiano, Dostoievsky no podía imaginar, fuera del cristiano, más que a un hombre que lo sigue siendo cuando odia paradójicamente al dios que cree no existente, cuando lo provoca, cuando lo persigue hasta su guarida: la muerte.

Contaré brevemente las circunstancias principales en que pensé seriamente en suicidarme, antes de llegar al hecho.

No recuerdo haber tenido deseo alguno de suicidio entre los siete y veinte años. Probablemente no se había presentado ninguna ocasión lo bastante seria; la vida ya me había sorprendido, decepcionado, atormentado, pero sin alcanzar a herirme profundamente. Y sin embargo la vida de familia sólo me ofreció experiencias repugnantes. Viví entre un padre y una madre a quienes el adulterio, los celos y los ajetreos de dinero desgarraban. Fuera de ellos tenía camaradas, ante quienes el contragolpe de todos esos pesares me volvía tímido y desconfiado. A los veinte años, después de fracasar en un examen, pensé durante algunos días en desaparecer. ¿No lo había hecho ya anteriormente, cuando contraje una enfermedad venérea menor? Nada que lo ponga a uno más melancólico; pero no me acuerdo con suficiente claridad. Mi fracaso tenía una significación tan grave como la que yo le daba. Había aprobado anteriormente muchos exámenes pero con un buen éxito decreciente. Ahora, este fracaso quería decir que acababa de entrar en una crisis grave. A medida que mi espíritu

se desarrollaba, iba tomando el giro de una fantasía más y más apartada, más y más desviada de los usos, el giro de una pereza soñadora, inestable, cambiando con frecuencia de pretexto, el giro de una curiosidad devorante y devorada. Había entrado en un mundo de presentimientos, de tendencias que se destruían como consecuencia de bruscos sobresaltos, de altibajos de la gracia. De ello extraía el angustiado sentimiento de ser presa de una fatalidad oscura. De golpe me di cuenta de las dificultades que mi carácter me creaba para siempre con la sociedad; mi antigua soledad, por lo regular dulce y melancólica, se había vuelto originalidad involuntaria y hasta agresiva, excentricidad que buscaba restringir pero que chocaba. Los hombres empezaban a mirarme mal.

Preciso es decir que en este examen fui aplazado por razones deliberadas de las autoridades, y no a causa de mi insuficiencia. Era a la salida de la Escuela de Ciencias Políticas, y se quiso castigar lo que parecía el desorden peligroso de mi espíritu, cerrándome así la carrera diplomática, lo que en realidad era sensato, pues mi familia estaba arruinada y mi timidez no podría permitirme por mucho tiempo el menor dominio sobre mi sentimiento de inferioridad social. Este fracaso venía además a complicar un drama sentimental, que había pesado asimismo sobre mi estado de ánimo durante los días de examen y que, al privarme de buena parte de mi lucidez, me libró a mis jueces en plena confesión de mi íntima, todavía semi-inconsciente rebelión contra sus rutinas de pensamiento.

En suma, pensé con bastante seriedad en tirarme al Sena. En todo caso, viví largamente un estado espiritual desesperado donde empezaba a experimentar, a gustar esta embriaguez de alejamiento que precede y facilita el suicidio.

Tras eso, tuve idea de plantarlo todo al comienzo de la guerra de 1914, es decir al año siguiente. En esa ocasión reparé en un presentimiento cuya penetración provoca hoy mi sorpresa.

Al partir a la guerra era presa de sentimientos confusos y alternados. Sucesivamente me abandonaba por completo al entusiasmo que se había apoderado de la multitud y quizá hasta del ejército, y volvía a vislumbrar resplandores de escepticismo y desconfianza: me costaba creer que una guerra universal pudiera funcionar, dudaba de las virtudes de mis jefes, de mis camaradas, de mí mismo. Al cabo de algunos días de marchas y contramarchas, bajo la lluvia o el sol canicular, en las cercanías de la Ardenas, entreví claramente una noche que la guerra no era lo que podía creer un estudiante ingenuo y repleto de ficciones literarias; era muy fastidiosa, no pasaba nada o, cuando por encima de mí se componía alguna cosa, todo era como

si no pasara nada en ninguna parte; los camaradas y los jefes resultaban sórdidos y opacos como en la paz. Aquella noche, en ese villorrio de las Ardenas, tuve el sentido preciso de cuatro monótonos años de fajinas, velas, enfermedades, heridas, cortados por brevísimos instantes de gran terror y de gran orgullo.

Por otra parte, en el curso de las interminables colas que por millones hacíamos a lo largo de las rutas que llevaban a los campos de batalla demasiado vastos, había recibido por primera vez en mi vida la impresión aplastante, definitiva, de que un hombre está ahogado en la humanidad. Se disipaban todas las apariencias de personalidad, originalidad, reserva, excepción, que pueden multiplicarse en el mundo ilusorio de la paz —que podían multiplicarse en aquellos tiempos tranquilos y serenos anteriores a 1914—, y yo era finalmente una hormiga enteramente sumida en el hormiguero. Carente de miradas que me distinguieran, me volví indistinto para mí mismo. Esto me trajo de un solo golpe a una mística de la soledad, y de la pérdida para mí mismo del solitario en su soledad, y de la extravasación al interior del yo de algo que no es el yo. Ya que estaba perdido, ¿por qué no perderme más? Sólo había un medio de curarme de la pérdida que yo hacía de mí mismo en todo, y de mí y de todo en la nada: era el de perderme absolutamente. La embriaguez subía, y con ella el deseo de beber más, ese deseo que en un momento dado muerde al borracho de alcanzar en el fondo del vaso la gota verdaderamente destructora. Todo se alejaba de mí, cada vez más rápidamente, los que estaban lejos y los que estaban cerca, los intereses de mi vida y los de esas entidades —Francia, Alemania, etc.—. La enorme y obscena presencia de este ejército del que no era sino una parcela más y más inconsciente y abandonada, me volvía ciego a todo: la tierra, el cielo, los árboles. La naturaleza desaparecía ante esta gigantesca intrusión que colmaba el entero campo visual como un monstruo creciendo en una pesadilla. La desaparición de la naturaleza, en la cual tan deliciosamente me había apoyado antaño —antaño— para delicia de mi soledad ornada y provisoria, fue lo que se llevó todo.

Estaba en una granja; no era ya de noche sino la mañana siguiente, y me había quedado solo; los camaradas andaban afuera, ocupados en el jardín. Sabía cómo se mata uno con un fusil; hay que quitarse el zapato y la media; con el caño en la boca, se aprieta el gatillo con el dedo del pie. Había escrito una breve carta a mi padre, locamente tierna; incluso fue en esa ocasión que descubrí que quería a mi padre, tanto más joven que yo, tan gentil, tan indefenso. Después miré el agujerito negro, anillado de acero.

Y tuve miedo. Cómo tuve miedo, no lo sé. El hecho es que al otro día, en el primer combate, no tuve miedo alguno. Sin duda no estaba maduro para la soledad, yo que sin embargo la había practicado tanto. Esta suprema soledad del suicida era todavía demasiado para mí; prefería morir con todo el mundo, abismarme en la muerte con una entera carretada de compañeros, a quienes tanto había desdeñado, despreciado, un momento antes.

Conservo consideración por el personaje que fui en ese momento. Amo a ese tonto delicado que prefiere su charquito personal al gran engolfamiento colectivo, y que entre los cien millones de balas que en adelante silbarán y maullarán en torno suyo, pretende elegir una como una alhaja en su estuche. Así era como agonizaba el individualismo tres años antes de la revolución de octubre.

Muchas otras veces, desde entonces, he sentido el deseo del suicidio. No puedo recordarlas todas. Pero sólo en estos últimos años llegó a convertirse en una manía, un reclamo con cualquier pretexto. Este reclamo llegó a ser tan frecuente que poco a poco se fue transformando en un refrán que canturreaba entre dientes, con el que acunaba a mi alma cada vez más fatigada, más gastada —cada vez más viva en su carozo, pero tan abrumada por las repeticiones de lo cotidiano.

Mi deseo más violento surgió en el curso de una historia de amor. La he contado en una de mis novelas, y no siento gran deseo de volver sobre ella. Máxime cuando las historias de amor no interesan ya para nada, tanto las mías como las de los demás. Héla aquí en dos palabras: una mujer me había abandonado. Era la primera vez que me pasaba. En lo hondo de mi corazón, empero, había algo que no estaba bastante atado a ella; justamente ese algo que en mí no era yo, que roía mi yo.

El solo detalle que recuerdo de esta aventura banal, pero que cumplió un papel capital en mi destino, es la exquisita presciencia que me pareció entonces tener de la nada. Ocurría en Lyon, la más inhospitalaria ciudad de Francia, en un cuarto de hotel. De acuerdo con el bien conocido método humano, me curaba de la tierra fabricándome un cielo: lo llamaba la nada. A partir del momento en que me creí seguro de mi resolución, el sufrimiento empezó a disminuir minuto a minuto. Había entrado la idea del suicidio, yo la había introducido para cuidarme, para curarme de aquello mismo que la engendraba. Entonces, cuando el sufrimiento hubo cedido, la idea del suicidio se vino abajo. Ahí tenéis: no fue más difícil que eso.

Tal cosa no me impidió recomenzar a sufrir un poco más adelante,

y por la misma mujer. Pero no era ya la primera sorpresa: ahora entraba ahí la resignación.

He dicho cómo esta idea de la nada me parece engañosa. En todo caso lo era para mí. Me acuerdo perfectamente que, en Lyon, la nada con que acariciaba mi dolor era algo concreto, sabroso —era dulzura, delicia. Era el sí en el yo.

He querido también interrupirme dos o tres veces a causa de humillaciones harto infantiles. Al repetirse, la idea del suicidio se había poco a poco embotado, y llegó a ser algo banal. No es bueno que nuestros sentimientos se familiaricen, porque se mezclan con lo nuestro más corriente, que es sórdido; llegan a ser de una total trivialidad.

Cuando, después de eso, llegué a conocer mi pasión más violenta, nuevamente volví a pensar en la muerte. No me habían abandonado, salvo que me abandonaban todas las noches. Esas mínimas ausencias de la mujer adúltera que vuelve junto a su marido, me exasperaban, me consumían. Y luego, en el fondo, siempre esa necesidad de huir, de huir de aquello que más se desea, de quedarse solo. Cuando fui abandonado enhorabuena por la primera mujer, en medio de mi insoportable dolor había sentido una punzada de alegría: estaba liberado, estaba libre. En medio de mi segunda gran pasión, aspiraba todavía más a la liberación: tenía cuarenta y cinco años, y no ya veinticinco. Y me había adentrado en ella contra mi voluntad; aunque después pudiera entregarme a ella de todo corazón.

(Traducción de Julio Cortázar) PIERRE DRIEU LA ROCHELLE

SUR, Nº 308-10, septiembre de 1967 - febrero de 1968

EL EJEMPLO

En el campo Zilch vio a un patrón arrear de su casa hacia las praderas a un rebaño de hombres y mujeres que reptaban. El señor llevaba un látigo en la mano y lo descargaba sobre aquellos que se aferraban a los portones o se apretaban contra los muros del parque. No gritaban cuando los azotaba y debía de golpearlos con fuerza, porque el silbido del látigo en el aire entre el brazo levantado del señor y sus espaldas podía oírse desde lejos. Aullaban y gruñían. En lugar de ropa llevaban pieles y plumas. Las partes en que la piel quedaba al descubierto mostraban huellas de dentelladas.

Cuando los hubo alejado un buen trecho de las puertas de su parque y estaban en pleno campo, el señor se volvió presuroso, golpeó a los que pretendían gatear tras él y emprendió el regreso a la casa. Entonces se incorporó uno del rebaño, evidentemente el vocero, y graznó: ¡Casa señor, casa señor, buen señor! Mantenía los brazos apartados del cuerpo, los codos un poco flexionados, y los subía y bajaba como si estuviera por levantar vuelo.

Una mujer comenzó a abrir un hoyo en la tierra con los dedos. Luego se acurrucó sobre el hoyo y puso huevos. Pero un hombre la apartó gruñendo; rompió los huevos y se los comió, con la cabeza hundida en el hoyo.

Cuando se sintió satisfecho y la mujer volvió a posarse sobre el nido con el rostro vuelto hacia el cielo, el hombre avanzó a gatas hacia donde se encontraba Zilch. Zilch retrocedió. Pero el hombre lo siguió, gateando con la habilidad de un niño que aún no ha aprendido a andar. Mantenía el rostro bajo y sólo lo levantó para husmear los pantalones de Zilch hasta la rodilla. Luego se inclinó y comenzó a lamerle los zapatos. Sin saber qué hacer, Zilch se quitó el sombrero y saludó al hombre que tenía a los pies, porque a pesar de sus pieles, su postura y su actitud, aún le veía algo de humano. Intentó alejarse. Hasta arrojó una moneda al hombre. Pero él no la recogió y lo siguió paso a paso, apoyando las manos a la misma altura de los pies de Zilch.

¡De esa manera jamás se librará de él!, gritó el señor desde el portón de la granja. ¡Tiene que darle un puntapié! Zilch se volvió y vio que el señor se acercaba con su látigo. Vio también que el rebaño se arrastraba desde el campo hacia él. Entonces pisó una mano del hombre; pero, como pese a la mano pisada no dejó de gatear junto a él, le dio un puntapié en la espalda que lo obligó a apartarse gimiendo.

El señor había alcanzado a Zilch y lo arrastró de un brazo en dirección al portón de la granja. Una y otra vez descargó su látigo sobre el hombre que los seguía —aunque sólo podía sostenerse con esfuerzo sobre las manos y los pies— y que al llegar a las puertas de la granja introdujo la mano sana entre las dos hojas. Pero el señor cerró el portón antes de que el hombre tuviera tiempo de retirarla.

Condujo a Zilch a través del parque. Las sillas y mesas de jardín estaban caídas; los arbustos y los canteros, pisoteados; la corteza de los árboles, roída. Jirones de ropa, desperdicios y montones de estiércol cubrían el césped.

Cierre los ojos, dijo el señor, o por lo menos procure no mirar. El rebaño había llegado ya a las puertas del parque. Los cuerpos se estrellaban contra el portón. Tras los muros, cuya altura era superior a la de un hombre, aparecían manos.

¡Casa señor, casa señor, buen señor!, graznaba el vocero.

Ya vuelven, dijo el señor. Nunca me libraré de ellos. Quieren que los azote. Y si les corto las manos seguirán agitando los muñones.

Condujo a Zilch a la casa, que sólo se diferenciaba de un establo por los restos del antiguo mobiaje. De las paredes pendían aún algunas fotografías que mostraban al patrón a caballo, al patrón que sonreía tiernamente a un corderito que sostenía en brazos, al patrón apoyando la mano entre los cuernos de un buey. Las alfombras estaban cubiertas de heno, ramas y tierra. Los ratones de campo se paseaban por el recinto.

He conseguido salvar esta habitación, explicó el señor mientras bajaba a un polvoriento depósito. Pase. Es mejor que echemos cerrojo. Quién sabe cuánto resistirán los portones a su embestida.

Ofreció una silla a Zilch y se sentó él también. El látigo descansaba sobre las rodillas. Desde el portón del parque llegaban sonidos ininteligibles que emitía el vocero.

Es verdad, dijo el patrón, yo los trataba mal. Peor que al ganado, que carece de inteligencia. Muchos huyeron sin esperar la paga. Algunos fueron a servir a otras granjas. Algunos trabajaron en la fábrica de las ciudades. Algunos se mezclaron con delincuentes. Algunos se arrojaron al río desde un puente. Algunos me acusaron ante la

justicia. Pero cuando el juez exigía testigos, nunca encontraban a uno de los suyos dispuesto a declarar contra mí. Y el juez los echaba o los encerraba por delitos que en su apatía ni siquiera habían imaginado. Porque cuando el juez buscaba testigos, yo encontraba muchos entre ellos dispuestos a declarar unos contra otros. Sólo se ponían de acuerdo cuando se trataba de delatar ante mí a uno de los suyos. Porque más que mi fuerza, ellos odiaban su propia debilidad; y por eso se odiaban unos a otros más que a mí. Se delataban continuamente; quizá para destacarse, aunque sólo fuera por un instante, de los demás. Y yo castigaba siempre al delatado, nunca al delator. Cuando habían escogido a alguno como víctima trabajaban con más ahínco. El elegido debía purgar todo lo que ocurría entre el señor y sus siervos. Y a veces debía castigar con más severidad de lo que deseaba. Tenía que azotarlos hasta hacerles brotar sangre; los uncía al yugo. Y ellos se divertían cuando yo encadenaba a uno de los suyos y le hacía comer los restos de la escudilla del perro, cuando le echaba al perro encima, cuando lo obligaba a lamer al perro, cuando a la pregunta: ¿cómo te llamas? lo obligaba a responder: perro. Ellos eran los que seguían cuando yo quería dejar. Eran ellos los que gritaban: ¡Un perro no puede nombrarse! Y le pegaban y le exigían que contestara con aullidos a la pregunta ¿cómo te llamas? y lo golpeaban hasta que dominaba tan a la perfección el aullido, que los perros de las granjas vecinas le respondían.

¡Es como un perro!, gritaban.

Pero yo me presentaba ante ellos llevando a mi perro por el collar y les decía: ¡Osaís comparar a uno de los vuestros y por lo tanto a compararos vosotros mismos, con este perro! Mirad a este desventurado sobre la tierra, que ha procurado ser un perro, miráos los unos a los otros y mirad luego a este perro. Vosotros sólo servís para colocar el forraje ante y él es quien defiende mis posesiones de vuestra codicia. ¡Adorad a este perro!

Se arrojaban de hinojos, pero cuando veían que aun así superaban la estatura del perro, se arrojaban de bruces. Pedían perdón al perro. Yo los contemplaba oculto tras una cortina. Y como nadie les ordenaba incorporarse, pasaban la noche tendidos. Por la mañana los ahuyentaba para que volvieran al trabajo. Y cuando los azotaba con la mano derecha, me ocupaba de que mi mano izquierda acariciara a un animal. Y sus ojos nunca se fijaban en mi derecha, contemplaban la mano que acariciaba la piel. Y cuando se delataban, ya no se delataban por el nombre de pila. Como si lo más importante no fueran ellos sino el papel que alguna vez se les había adjudicado, se referían a los demás como "el que fue perro" o "el que fue buey".

¡Él no fue buey, gritaba yo entonces, porque nunca llegará a eso! El que pretendió ser buey, murmuraban ellos, pero en vano.

Mientras me sirvieron emplearon su tiempo libre y sus noches en hablar sobre mí, sobre mis órdenes, mis castigos, mis costumbres. Más que de sus amoríos, de sus nacimientos, de sus muertes, hablaban de mis botas. Y ya no sé cuándo cesó aquella charla de todas las noches en sus cuartos. Y ya no sé cuándo comenzaron a faltar a la misa de los domingos para permanecer acurrucados en los establos, contemplando el ganado. Y tampoco advertí nada cuando en presencia del párroco, que se quejaba de esas ausencias, cayeron de rodillas y apoyaron las manos en el suelo. Desde siempre habían confundido al sacerdote con Dios, se habían lavado las manos en el agua bendita y cuando les faltaba un leño para el fuego no vacilaban en quemar el crucifijo. El párroco, que había perdido años tratando de hacerles entender la diferencia entre Dios y él, terminó por dejarlos en su error. Entre consternado y halagado al verlos postrados ante él —porque fuera de la iglesia y sin las vestiduras de la misa lo consideraban, habitualmente, como un hombre cualquiera— los bendijo brevemente y abandonó la granja. Y yo no advertí nada cuando no se levantaron tras la bendición. Desde siempre los había visto en otra postura que no fuera aquélla, cuando sembraban, escardaban o cosechaban, de rodillas sobre la tierra, cuando pedían clemencia, cuando imploraban un favor. Pocas veces los vi de pie y jamás erguidos. En los ratos de descanso preferían tenderse en los surcos. De regreso a la casa caminaban, sin duda, un trecho; pero con la espalda encorvada y el rostro hacia el suelo. Si alguna vez llegaban a erguirse, no tardaban en doblarse bajo el peso de la cosecha que llevaban. Nunca los vi limpios, salvo los domingos, porque no entraban en contacto con otra cosa que no fuera tierra y estiércol. A veces comían directamente de la escudilla, porque sus manos habrían ensuciado la comida. Además, cuando no había un arbusto en todo el contorno se veían obligados a hacer sus necesidades a la vista de todos. Si yo hubiera prestado más atención cuando por las noches comenzaron a deslizarse a los establos con sus bolsas de dormir al hombro; cuando los mugidos comenzaron a aumentar día a día como si hubiera rebaños en las proximidades; cuando comenzaron a andar a gatas, no sólo durante el trabajo —porque eso era lo natural— sino de un lugar de trabajo a otro, como si no valiera la pena incorporarse; cuando arrojaron la carga que hasta entonces habían traído noche a noche y la dejaron tirada en el camino; cuando dejaron de lavarse las manos y comenzaron a enterrar los rostros en las escudillas; cuando dejaron de responder a mis preguntas y delegaron todo en un vocero,

cuya voz se asemejaba cada día más a un graznido y se iba haciendo más y más ininteligible, salvo en las tres palabras que pronunciaba con mayor frecuencia: casa, señor y buen señor.

Quizá yo no haya advertido nada porque los cambios fueron paulatinos. Sólo cuando me comieron la cosecha y me pisotearon los sembrados, cuando se cubrieron con pieles y plumas y se apeñuscaron gruñendo y aullando y graznando y haciendo sus necesidades sin el menor pudor; sólo entonces comprendí todo lo que habían aprendido de los animales. Debí haberlos matado para que el castigo estuviera de acuerdo con la culpa; porque ya los había castigado con bastante rudeza por delitos menores. Pero como no tenía fuerza para castigarlos a todos, la mitad de ellos se salvó de la pena.

Les hablé, los amenacé. Premié a algunos por su comportamiento relativamente humano. Todo fue inútil. Y cuando los arrojaba de mi casa, los lugareños se quejaban del espectáculo que ofrecía esa horda instalada frente al portón, restregándose unos contra otros, lamiéndose y mordiéndose. Esperaban ante la puerta hasta que yo me veía obligado a salir. Entonces se colaban. Y si yo no salía vencían el portón. Ocupé a otros hombres y mujeres, pero todos huían al primer día. No nos molesta que los animales nos olfateen o nos laman, decían, eso es natural. Pero nos horroriza cuando ésos lo hacen.

Hasta el ganado comenzó a intranquilizarse cuando ellos gateaban hasta los corrales. Les prohibí que se acercaran a los animales. Fue inútil. Me vi obligado a vender mi ganado a fin de que ya no tuvieran ese ejemplo para imitar. Fue inútil. Invité a gente de la ciudad para que vieran cómo se comporta un ser humano. Fue inútil. Desde entonces vivo en esta habitación, porque mi casa se ha trasformado en un establo. Y yo no me atrevo a andar entre los hombres ni entre ellos. ¿Oye cómo mugen? ¿Oye cómo se estrellan contra el portón? Lo vencerán, se meterán, se apostarán ante esta puerta. Sólo para tener un rato de paz los echo de tanto en tanto.

¿Están realmente tan degradados? Hasta ahora no sé si es que se han dejado ir poco a poco o si se están burlando de mí. Los vigilo constantemente. Ni siquiera me tomo tiempo para ordenar esto. Hasta me he descuidado con mi propia persona para que nada se me escape. Ya ni sé cuándo me cambié por última vez la camisa, cuándo me lavé por última vez la cara. A veces creo oírlos cuchichear. Otras veces, cuando me vuelvo de repente, creo sorprender algún guiño entre ellos. Además su mirada ya no es sumisa como cuando me servían. Tengo la impresión de que me observan con una alegría apenas disimulada ante mi desdicha. Y cuando estoy recostado en mi habitación, con el oído alerta, creo escuchar risitas reprimidas.

Hago lo que puedo. Soborno a su vocero. Le ofrezco bocados especiales. Lo llevo aparte y trato de interrogarlo en voz baja. Pero él se limita a repetir a los demás con su graznido una a una las palabras de la pregunta que yo formulo en secreto. Es como si captara el sonido, pero no el significado de las palabras. Y mientras me delata empeñosamente ante mis propios ojos y oídos aletea feliz como si me estuviera prestando un servicio. Los otros, en cambio, bajan la cara. Se cubren la cabeza con los brazos como para defenderse de los gritos del vocero o para ocultar de mí sus risas.

Vaya yo a donde vaya, ellos me siguen pegados a mis talones. Ya no sé decir si me siguen o si me persiguen, si los estoy conduciendo o si les huyo. ¡Por lo menos tendría que saber si es que estoy huyendo de ellos! A veces deseo que alguno se atreva por fin a levantar la mano contra mí. A ese estado me han llevado. ¿Qué esperan? Creía que sólo esperaban que les volviera la espalda, que me agachara. Y me han llevado a un estado tal que les he vuelto la espalda, que me he agachado. Sin embargo, ninguno levantó la mano. Me fingí enfermo, me fingí agonizante. Para los buitres habría bastado. Pero ellos quieren más. No tiene que ser algo casual. Quieren que yo siga andando. No les basta con tener mi persona. Quieren mi aquiescencia.

El señor se puso de pie. Se acercó a la puerta y escuchó. Ahora sólo se oía el crujido de las tablas del corredor y el débil jadeo de la tropa que se aproximaba a gatas. El señor se desvistió rápidamente, descorrió el cerrojo, abrió la puerta y apoyó el látigo contra el marco. Luego se puso de rodillas, se apoyó sobre las manos y permaneció en esa posición, sonriendo un poco avergonzado.

Zilch abandonó la habitación. Se apretó contra la pared cuando la tropa pasó junto a él sin mirarlo, en dirección al látigo. Vio cómo el primero del rebaño se incorporaba. Vio la cabeza y las manos del señor que asomaban sobre el umbral de la puerta, como si su intención fuera la de gatear al encuentro.

Vio una mano que aferraba el látigo. Pero el rebaño y el señor estaban tan próximos que Zilch no supo a ciencia cierta si era la mano del primero del rebaño o la mano del señor.

(Traducción de Nélida Mendilaharzu de Machain) GISELA ELSNER

SUR, Nº 59, agosto de 1939

SEPTIEMBRE ARDIDO

En aquel sangriento crepúsculo de septiembre, en aquella siega de sesenta y dos días sin lluvia, había corrido como llamarada sobre los campos resecos —el rumor, el cuento, lo que fuese. Se trataba de miss Minnie Cooper y un negro. Estupro, vejamen, sobresalto: ninguno de los hombres que llenaban la barbería en el atardecer del sábado —mientras el ventilador del techo agitaba sin refrescar el aire viciado, arrojando sobre ellos oleadas de pomada rancia y de lociones o de sus alientos y olores igualmente rancios— sabía con exactitud lo que había ocurrido.

—Pero con seguridad no fue Will Mayes —decía el peluquero. Era un hombre de edad madura, delgado, con piel color arena y rostro apacible: afeitaba a un cliente—. Conozco bien a Will Mayes. Ese negro es buena persona. Conozco también a miss Minnie Cooper.

—¿Qué sabe usted de ella? —interrogó otro barbero.

—¿Quién es? —preguntó un cliente—. ¿Alguna muchacha?

—No —repuso el barbero—. Debe andar por los cuarenta y es soltera. Es por eso que no creo...

—¡Al diablo lo que usted crea! —exclamó un joven robusto que llevaba una camisa de seda manchada de sudor—. ¿No tiene para usted más valor la palabra de una mujer blanca que la de un negro?

—No creo que Will Mayes haya hecho eso —contestó el barbero—. Conozco a Will Mayes.

—Entonces tal vez sepa usted quién lo ha hecho. ¡Tal vez ya usted le ha permitido escapar del pueblo, maldito ayuda-negros!

—No creo que nadie haya hecho nada. No creo que haya pasado nada. Ustedes saben que las mujeres que empiezan a volverse solteronas no admiten que un hombre pueda...

—Usted es indigno de ser blanco —afirmó el cliente del barbero moviéndose bajo la toalla.

El joven se puso de pie de un salto.

—¿Así que no lo cree usted? —interpeló—. ¿Acusa usted de mentira a una blanca?

El barbero sostuvo la navaja sobre el cliente casi levantado. No miró a su alrededor.

—Es este tiempo atroz —dijo otro—. Es capaz de forzar a un hombre a hacer cualquier cosa. Hasta con esa mujer.

Nadie rió. El barbero repitió en su tono suave y obstinado:

—No acuso a nadie de nada. Pero sé, y ustedes también saben, que una mujer que nunca...

—¡Maldito ayuda-negros! —gritó el joven.

—¡Cállate, Butch! —dijo otro—. Conoceremos los hechos a tiempo suficiente para actuar.

—¿Quién? ¿Quién conocerá los hechos? —vociferó el joven—. ¡Al infierno con los hechos! Yo...

—Usted es un verdadero blanco —dijo el cliente. Con su espumosa barba parecía un pordiosero de cinematógrafo—. Dígales usted que si no hay hombres en este pueblo pueden contar conmigo, aunque sólo sea un viajante y esté aquí de paso.

—Tiene razón, muchachos —dijo el barbero—. Primero hay que averiguar la verdad. Yo conozco a Will Mayes.

—¡Por el demonio! —chilló el joven—. Pensar que un hombre blanco de este pueblo...

—Cállate, Butch —dijo el otro—. Hay tiempo...

El cliente calló y miró a quien hablaba.

—¿Sostiene usted que algo justifica a un negro para atacar a una mujer blanca? ¿Cómo puede usted, siendo blanco, soportarlo. Haría usted mejor en volver al norte, de donde ha salido. En el sur no queremes gente de su calaña.

—¿De qué norte habla? —preguntó el otro—. Soy nacido y educado en este pueblo.

—¡Por Dios! —exclamó el joven. Miró alrededor con una mirada violenta y frustrada, como tratando de recordar lo que quería decir o hacer, y secó con la manga su cara sudorosa:

—¡Condenación si he de permitir que una mujer blanca!...

—Ya verán, Jack —dijo el viajante—. ¡Por Dios que si ellos!...

La puerta se abrió con furia. Un hombre se detuvo en el umbral: las piernas abiertas y el cuerpo fácil. Su camisa blanca estaba abierta sobre la garganta y llevaba un sombrero de fieltro. Su mirada, rabiosa y audaz, envolvió el grupo. Se llamaba McLendon. Durante la guerra había acaudillado tropas en Francia, siendo condecorado por su valor.

—Muy bien —dijo—. ¿Van ustedes a quedarse aquí sentados y permitir que un negro viole una mujer blanca en las calles de Jefferson?

Butch se levantó nuevamente. La seda de la camisa se adhería

a sus gordos hombros. En cada axila ostentaba una media luna oscura.

—¡Eso mismo les decía! Eso es lo que yo...

—¿Ha sucedido realmente? —preguntó un tercero—. No es el primer hombre que la asusta, según dice Hawkshaw. ¿No se habló, hace cerca de un año, de un hombre que la espiaba desnudarse desde el techo de la cocina?

—¿Cómo? —preguntó el cliente—. ¿Cómo es eso?—. El peluquero lo forzó a sentarse lentamente. Se serenaba al reclinarse, pero aún mantenía la cabeza en alto, mientras el peluquero lo presionaba para tenerlo quieto en el sillón.

McLendon se volvió hacia el tercer cliente:

—¿Que si sucedió? ¿Qué diablos importa que haya sucedido o no? ¿O es que vamos a permitir que los negros se envalentonen hasta que alguno lo haga realmente?

—¡Eso es lo que digo! —gritó Buch. Pronunció un juramento largo, violento, obtuso.

—¡Vamos! —dijo un cuarto—. No tanta charla. No griten tanto.

—Claro —dijo McLendon—. ¿Para qué hablar? Ya he dicho lo que tenía que decir. ¿Quién está conmigo? —Se apoyó sobre los talones, haciendo vagar su mirada.

El peluquero echó atrás la cara del viajante y levantó la navaja:

—Primero averigüen lo que ha pasado muchachos. Conozco a Will Mayes: él no fue. Llamemos al comisario y hagamos las cosas bien.

McLendon volvió hacia él su cara rígida, furiosa. El peluquero no bajó la vista. Parecían hombres de diferentes razas. Los otros peluqueros interrumpieron también el trabajo sobre los clientes reclinados.

—¿Quiere decir, pues —dijo McLendon— que vale más para usted la palabra de un negro que la de una mujer blanca? ¡Usted es un inmundo ayuda-negros!...

El tercer cliente se levantó y detuvo el brazo de McLendon: había sido también soldado.

—Calma, calma. Esto hay que meditarlo. ¿Quién puede saber lo que ha sucedido en realidad?

—¡Que meditar ni qué diablos! —McLendon se soltó el brazo—. Todos los que estén conmigo que se levanten. Y los que no estén...

Miró otra vez vagamente, pasando la manga por su rostro.

Tres hombres se levantaron: el viajante entre ellos.

—Sáqueme este trapo —dijo tironeando de la toalla alrededor de su cuello—. Estoy con él. No soy del pueblo, pero, Dios mediante, no he de permitir que nuestras madres y esposas y hermanas...

Refregó la toalla contra su cara y la arrojó al suelo.

McLendon, de pie, insultó a los demás. Otro hombre se levantó. El único que quedaba se revolvió molesto en el sillón, sin mirar a nadie; los otros, uno a uno, le rodearon.

El peluquero levantó la toalla del suelo y empezó a doblarla cuidadosamente.

—Vamos, muchachos, no hagan eso. Will Mayes no hizo nada. Estoy seguro.

—Vamos —dijo McLendon dándose vuelta. En el bolsillo posterior sobresalía el mango de una voluminosa pistola. Salieron. La puerta sonó secamente detrás de ellos, vibrante en el aire muerto.

El barbero limpió su navaja rápida y delicadamente, la guardó, corrió al fondo y descolgó el sombrero de la pared.

—Volveré en cuanto pueda —dijo a los otros barberos—. No puedo dejar... —Desapareció corriendo. Los otros dos barberos le siguieron hasta la puerta, sosteniéndola cuando iba a rebotar, asomándose y mirando la calle, buscándolo. El aire estaba quieto y muerto. Dejaba un sabor metálico en la base de la lengua.

—No puede hacer nada —dijo el primero.

El segundo repetía entre dientes, sin abrir la boca:

—Jesús, Jesús...

—Will Mayes o Hawkshaw cuentan igual si McLendon está enojado.

—Jesús, Jesús... —murmuraba el otro.

—¿Cree que realmente haya hecho eso? —preguntó el primero.

II

Tenía treinta y ocho o treinta y nueve años. Vivía en una casa pequeña con una madre inválida y una tía flaca, persistente, cetrina. Todas las mañanas, entre diez y once, aparecía en el pórtico, llevando una cofia de lazos y balanceándose en la mecedora hasta mediodía. Después de la comida de la tarde descansaba un rato, esperando que empezara a refrescar. Luego, con uno de los tres o cuatro vestidos de muselina que se hacía cada verano, iba al pueblo y pasaba el fin de la tarde recorriendo tiendas con otras señoras que manoseaban mercaderías y discutían precios con voces frías, rápidas, sin ninguna intención de comprar.

Pertenecía a la clase acomodada —no de la mejor sociedad de Jefferson, pero sí de gente respetable, considerada. Y era escasamente bien parecida, con un fulgor suavemente marchito en sus movimientos y en sus vestidos. En la juventud había tenido un cuerpo delgado, nervioso y de una rígida vivacidad que le permitió por cierto

tiempo ocupar un puesto elevado en la vida social de Jefferson –representada por las reuniones de la escuela secundaria y por la vida social eclesiástica– mientras sus contemporáneos fueron los suficientemente jóvenes para no percibir diferencias de clase.

Fue ella la última en comprender que iba perdiendo terreno. Aquellos entre los cuales había sido como una llama luciente y alta empezaban a aprender el placer del snobismo –los hombres– y del desquite –las mujeres–. Fue entonces cuando su mirada comenzó a adquirir esa expresión fulgurante y marchita. Siguió así yendo a reuniones, paseando su apariencia en vestíbulos sombríos, en céspedes veraniegos, como una bandera o una máscara, con aquella frustración furiosa y verdadera en los ojos. Una tarde, en una fiesta, oyó el cuchicheo de unos estudiantes, un joven y dos muchachas: jamás aceptó otra invitación.

Vio a las chicas que habían crecido con ella casarse, tener hogar, hijos; pero ningún hombre la solicitó y los hijos de sus amigas la llamaron "tía" durante largos años, mientras las madres contaban a los hijos cuán popular había sido "tiíta" Minnie de muchacha. Por entonces el pueblo empezó a verla en automóvil, las tardes de domingo, con el cajero del banco. Era éste un hombre viudo de unos cuarenta años, rubicundo, que traía siempre consigo un ligero olor a peluquería o a whisky. Era propietario del primer automóvil que conoció el pueblo, un trotamundos de color rojo. Minnie usó la primera gorra con velos –de moda para salir en auto– que conoció el pueblo. Por entonces algunas gentes empezaron a decir: "¡Pobre Minnie!". "Pero es bastante crecida para saber lo que hace", dijeron otras. Fue también por entonces que pidió a sus antiguas condiscípulas que los niños la llamaran "prima" y no "tía".

Habían pasado doce años desde que la opinión pública la acusó de inmoralidad, y ocho desde que el cajero se trasladó al banco de Memphis para no volver más que en las navidades, por un solo día, que pasaba en un club de caza junto al río. Un club de hombres solteros. A través de las cortinas los vecinos espiaban el paso de los hombres, y en las visitas de ese día de Navidad contaban a Minnie lo bien que se conservaba el cajero, lo que se decía sobre el mucho dinero que ganaba, acechando con ojos ardientes, secretos, su cara ardiente, macilenta. Por lo general, a esa hora su aliento hedía a whisky. Se lo vendía un muchacho empleado en la heladería: "¡Claro! Lo compro para la vieja. La pobre tiene derecho a divertirse un poquito".

La madre ocupaba ahora cuarto en común con ella. La escuálida tía dirigía la casa. Frente a aquellos vestidos detonantes, los días pere-

zosos y vacíos de Minnie tenían algo de furiosa irrealidad. No salía ahora más que con mujeres, sus vecinas, a las secciones vespertinas de cine. Por las tardes vestía cualquiera de sus vestidos nuevos y recorría el pueblo sola, mientras sus jóvenes "primas" vagabundeaban en los crepúsculos, con sus cabezas suaves, sedosas, sus brazos esbeltos y torpes, sus insultantes caderas. Se colgaban unas a otras, gritando y sofocando risas; o se unían a los muchachos en la heladería. En tanto, ella pasaba frente a las abigarradas vidrieras de los almacenes o junto a los zaguanes, donde hombres sentados y perezosos ya ni siquiera la seguían con la vista.

III

El peluquero recorrió rápidamente la calle en la que aislados faroles, rodeados de insectos, fulguraban en suspensión rígida y altísima sobre la atmósfera muerta. El día había fenecido en un sudario de polvo y encima de la plaza oscurecida, rica de polvo usado, el cielo era tan claro como el interior de una campana de bronce. Muy bajo, hacia el este, se divisaba el anuncio de una luna de cera.

Cuando los alcanzó, McLendon y los otros tres hombres entraban a un automóvil detenido en un callejón. McLendon bajó su cabezota, mirando por encima del grupo.

—¿Has cambiado de parecer, eh? —dijo—. ¡Has hecho bien! Porque mañana en cuanto se enteren en el pueblo de cómo hablaste hoy...

—Bueno, bueno —dijo el ex combatiente—. No hay nada en contra de Hawkshaw. ¡Arriba, Hawk, entra!

—Will Mayes no ha hecho nada, muchachos —dijo el peluquero—. No creo que nadie lo haya hecho. Ustedes saben tan bien como yo que en nuestro pueblo tenemos los mejores negros. Y ya sabemos que una mujer es capaz de imaginar cosas de los hombres cuando no hay motivo, y me parece que miss Minnie...

—Claro, naturalmente —dijo el soldado— no haremos más que charlar con él un poquito...

—¡Nada de charlas! —dijo Butch—. Cuando hayamos terminado con el...

—¡Cállese, por favor! —exclamó el soldado—. ¿Quiere usted que todo el mundo...?

—¡Diga lo que quiera! —gritó McLendon—. Gríteles a todos los hijos de p... que permiten que una mujer blanca...

—Vamos, vamos. Ahí llega el otro coche. —El segundo coche surgió entre una nube de polvo en la boca del callejón. McLendon saltó

a su automóvil y empuñó el volante. El polvo parecía niebla sobre la calle. Los faroles callejeros colgaban como rodeados de un nimbo de agua. Se dirigieron fuera del pueblo.

El surcado camino se doblaba en ángulos rectos. El polvo colgaba sobre él y sobre todo el campo. El sombrío bulto de la fábrica de hielo, donde el negro Will Mayes trabajaba de sereno, se erguía contra el cielo.

—Mejor que paremos aquí, ¿no? —preguntó el soldado. McLendon no contestó. Avanzó el coche y lo detuvo de repente: los faros delanteros brillaban sobre una pared vacía.

—Oigan, muchachos —dijo el peluquero— si lo encontramos aquí, ¿no es prueba suficiente de que no ha hecho nada? De haberlo hecho habría huido. ¿No ven que es evidente?

El segundo coche se detuvo. McLendon bajó. Butch corría a su lado.

—¡Oigan! —gritó el peluquero.

—¡Apaguen las luces! —gritó McLendon. Descendía la oscuridad sin aliento. No había más ruido que el de los pulmones de los hombres rebuscando aire entre el polvo abrasado que los envolvía desde hacía dos meses; se oyó después el susurro amortiguado de los pasos de McLendon y Butch. Algo más tarde la voz de McLendon:

—¡Will! ¡Will!

Debajo del oriente se intensificaba la pálida hemorragia de la luna. El polvo levantábase sobre las cuestas plateando el aire, de tal manera que les parecía vivir y respirar en un recipiente de plomo derretido. No había ruidos de pájaros nocturnos o insectos; se oían las respiraciones, y en los automóviles un leve latir de metal que se contrae. Cuando los cuerpos se tocaban parecían empapados en sudor seco, porque ya no se sentía humedad.

—¡Cristo! —dijo una voz—. ¡Salgamos de aquí!

Pero no se movieron hasta que ruidos vagos comenzaron a llenar la oscuridad que les enfrentaba. Entonces, inmóviles, esperaron en la oscuridad sin aire. De pronto se oyó otro ruido: un resoplido, una sibilante expulsión de aire, y los juramentos que mascullaba McLendon. Se detuvieron un momento más y luego corrieron hacia adelante. Corrieron en un grupo torpe, como huyendo de algo.

—Matemos, matemos al hijo de... —murmuró una voz—. McLendon los hizo retroceder.

—Aquí no —dijo—. Metámoslo en el coche.

—¡Matemos al negro! ¡Matemos al...! —repetía la voz—. Lo arrastraron hasta el coche. El peluquero esperaba a un lado. Se sintió

bañado en sudor; comprendió que se mareaba y que su estómago se descomponía.

—¿Qué pasa, señores? —preguntaba el negro—. Juro que no he hecho nada. Lo juro por Dios, míster John.

Alguien suministró unas esposas. Como si fuera un poste quieto, se movían atareados alrededor del negro, rápidos, asiduos, estorbándose. El negro aceptó las esposas mientras miraba prontas y repetidas veces una a una de las opacas caras.

—¿Quién hay aquí, señores? —preguntaba procurando escudriñar los rostros, acercándose tanto que los hombres pudieron sentir su aliento y el vaho de su sudor—. Pronunció un nombre o dos.

—¿Qué creen ustedes que he hecho, mister John?

McLendon abrió la puerta del coche.

—¡Entra! —dijo. El negro no se movió.

—¿Qué me van a hacer, míster John? Yo no he hecho nada. Señores: yo no hice nada. Lo juro ante Dios. —Pronunció otro nombre.

McLendon golpeó al negro. Los demás lanzaron su contenido aliento en silbidos secos y le golpearon desatinadamente. Entonces él se volvió maldiciendo y chillando y balanceó sus manos esposadas entre los rostros, pegando; e hirió al peluquero en la boca, y el peluquero le golpeó también. "¡Éntrenlo de una vez!", dijo McLendon. Todos lo empujaron. El negro cesó de luchar, subió al coche y se sentó quieto, mientras los hombres ocupaban sus puestos. Se sentó entre el peluquero y el soldado, acurrucándose para no tocarles, mientras sus ojos vagaban prontos y constantes de cara a cara. Butch se colgó al guardabarros. El coche partió. El peluquero se limpió los labios con el pañuelo.

—¿Qué te ocurre, Hawk? —preguntó el soldado.

—Nada —repuso el barbero. Tomaron el camino principal y se alejaron del pueblo. El segundo coche sobresalió del polvo. Se alejaban aumentando la velocidad: la última línea de casas quedó detrás.

—¡Diablos! ¡Este negro hiede! —exclamó el soldado.

—Ya arreglaremos eso —dijo el viajante que se sentaba frente a McLendon. Butch lanzó un juramento contra el aire caldeado que embestía el coche. El peluquero se echó delante súbitamente y tocó el brazo de McLendon.

—Déjeme bajar, John —dijo.

—Salta, ayuda-negros —contestó McLendon sin volver la cabeza.

Aumentó la velocidad. Detrás de ellos brillaba entre el polvo las luces sin origen del segundo coche. McLendon tomó un camino transversal. Era una ruta en desuso, llena de surcos, que conducía a un horno de ladrillos abandonado: unos montículos rojizos, cubiertos de

cizaña y cubos de vino desfondados. El terreno sirvió para pastar en una época, hasta que el propietario echó de menos una mula. Removió los cubos con un largo palo pero no pudo tocar fondo.

—Mister Henry...

—Salta, pues —repitió McLendon lanzando el coche entre los surcos. El negro al lado del peluquero hablo entonces:

—Mister Henry...

El barbero se sentó más adelante. El estrecho túnel del camino desapareció rápido. El movimiento era como el de un horno apagándose: más fresco, pero muerto. El coche saltaba de surco en surco.

—Mister Henry —dijo el negro.

El peluquero comenzó a tironear locamente el manubrio de la portezuela.

—¡Haga usted el favor! —dijo el soldado, pero el peluquero había abierto la portezuela de un puntapié y estaba ya en el guardabarros. El soldado se abalanzó sobre el cuerpo del negro e intentó cogerle, pero ya el peluquero había saltado. El coche no disminuyó la velocidad.

El ímpetu de la caída le tiró, aplastando los hierbajos polvorientos, hasta la zanja. Bocanadas de polvo le rodeaban. Y yació jadeante y curvado sobre unos tallos ardidos y sin savia que crepitaban insistentemente a cada uno de sus movimientos. Hasta que pasó el segundo coche desvaneciéndose. Se levantó entonces y cojeando, cepillándose la ropa con las manos, alcanzó el camino que llevaba al pueblo. La luna estaba mucho más alta, libre por fin de polvo, y después de un rato las luces del pueblo lucieron entre la tolvanera. Seguía aproximándose, renguendo. Oyó por fin los coches, y el reflejo de sus faros creció delante de él sobre el polvo, y él dejó el camino y se acurrucó otra vez entre las malezas. Hasta que pasaron. El coche de McLendon venía último ahora. Había en él cuatro personas y Butch no ocupaba el guardabarros.

Pasaron; el polvo los tragó; la luz y el sonido murieron a lo lejos. El polvo que levantaron flotó en el aire un tiempo y después el polvo eterno lo absorbió. El peluquero trepó nuevamente al camino y cojeando marchó hacia el pueblo.

IV

Mientras se vestía para la cena del sábado, experimentaba una especie de fiebre de la carne. Sus manos temblaban buscando los ojales, sus ojos tenían una expresión afiebrada, su pelo se enredaba,

crujía bajo el peine. Mientras se vestía las amigas pidieron para verla y sentadas la rodearon, en tanto ella desdoblaba su fina ropa interior, sus medias, su vestido de muselina. "¿Te encuentras fuerte para salir?" preguntaron, los ojos también brillantes, con un oscuro centelleo. "Cuando te recobres del golpe nos contarás todo lo que pasó. Todo lo que él hizo y dijo. Todo."

En la oscuridad frondosa, caminando hacia la plaza, comenzó a respirar hondamente como un nadador que prepara la zambullida, hasta que cesó de temblar. Las cuatro caminaban despacio a causa del terrible calor y en atención a ella. Pero al acercarse a la plaza ella empezó a temblar de nuevo con la cabeza en alto, las manos pegadas a los costados, rodeada por murmullo de las voces también febriles y centelleantes como los ojos.

Entraron en la plaza, ella en medio del grupo, frágil con su vestido liviano. Temblaba mucho más. Caminaba más y más lentamente entre los chicos comiendo helados, con la cabeza erguida y una provocación en el rostro macilento; pasó junto al hotel, y los hombres en mangas de camisa, sentados en sillas a lo largo de la vereda, miraron a su paso.

—Es ésa. La que va en el medio, vestida de rosa.

—¿Ésa? ¿Qué han hecho con el negro? ¿Lo han...?

—Naturalmente. Está muy bien.

—Muy bien. ¿Cómo?

—Sí... fue a hacer un viajecito.

Luego pasó por la puerta de la droguería donde holgazaneaban un grupo de jóvenes que requintaron sus sombreros y siguieron con la vista el movimiento de sus caderas y de sus piernas.

Continuaron ellas su marcha entre los saludos de los caballeros; las voces callaban deferentes, protectoras.

—¿Ves? —dijeron las amigas. Sus voces sonaron como un revoloteo prolongado, un quejido de sibilante alborozo:

—¡No hay un negro en la plaza! ¡Ni uno!

Llegaron al cine. Parecía un mundo de hadas en miniatura con su vestíbulo iluminado lleno de litografías en colores donde se representaban las pasmosas y terribles mutaciones de la vida. Sintió ella una comezón en los labios. En la oscuridad, cuando empezara la película, todo estaría bien; ella contendría la risa, así aquello no se desvanecía tan rápido, tan pronto. Y se apresuraron entre los rostros que se volvían y los murmullos sorprendidos, ocupando los sitios de costumbre frente a la tela de plata, desde donde podía ella ver las parejas de chicas y muchachos que entraban de dos en dos.

Se apagaron las luces; la pantalla se plateó y la vida empezó a

desenvolverse hermosa, apasionada, triste, mientras los jóvenes y las muchachas entraban perfumados y cuchicheantes en la media luz; veía entre las delicadas siluetas de las parejas de cuerpos esbeltos, desmañados, divinamente jóvenes, mientras más allá de ellos, inevitable, se prolongaba el sueño de plata. Empezó a reírse. Cuando intentó contener las carcajadas aumentó el ruido; las cabezas comenzaron a volverse. Siempre riéndose, las amigas la levantaron y la sacaron fuera. Y permaneció en el cordón de la vereda riendo en un tono alto, sostenido, hasta que la empujaron dentro de un taxi.

Le quitaron la muselina rosa del vestido y la clara ropa interior y las medias; la metieron en cama con trozos de hielo en las sienes y enviaron por el médico. Pero nadie lo encontró, y entonces continuaron renovando el hielo, abanicándola, murmurando palabras tranquilizadoras. Cuando el hielo era nuevo cesaba de reír y yacía quieta un tiempo, gimiendo un poco. Después, la risa surgía nuevamente y la voz se elevaba en chillidos.

"¡Shhhhhhhhhh! ¡Shhhhhhhhhhhhhh!" decían renovando la bolsa de hielo, acariciándole los cabellos, buscando en ellos canas. "¡Pobre muchacha!" Y luego, entre sí: "¿Crees que realmente haya pasado algo?" Brillaban los ojos secretos, apasionados.

"¡Shhhhhhhhhh! ¡Pobre muchacha! ¡Pobre Minnie!"

V

A media noche McLendon llegó a su casita limpia y nueva. Era acicalada, fresca como una jaula de pájaros y casi igualmente pequeña con sus pinturas blancas y verdes. Detuvo el coche, subió al pórtico y entró. Su esposa abandonó la silla junto a la lámpara de lectura. McLendon sostuvo su mirada hasta que ella agachó la cabeza.

—¡Mira la hora! —dijo él levantando el brazo, indicando el reloj. La mujer se mantuvo frente a él, con la cabeza baja y una revista entre las manos. Tenía un rostro pálido, fatigado, atribulado.

—¿No te he dicho que no me esperes para espiar a qué hora llego?

—John —dijo ella—. Dejó caer la revista. Erguido, él la miraba con sus ojos ardientes y su cara sudorosa.

—¿No te he dicho...? —El hombre se aproximó y entonces ella levantó la vista. Él la agarró de un hombro y ella, tranquila, siguió mirándolo.

—No John, no pude dormir... El calor..., algo. ¡John, por favor! ¡Me estás lastimando!

—¿No te he dicho? —La soltó arrojándola o golpeándola hacia la

silla y ella permaneció quieta y le observó rápidamente cuando dejó el cuarto.

El hombre atravesó la casa arrancándose la camisa, y en la oscuridad de las celosías del pórtico se detuvo y se refregó la cabeza y los hombros con ella; luego la tiró lejos. Sacó la pistola del bolsillo de la cadera y la colocó sobre una mesa. Después se echó sobre la cama y se quitó los zapatos. Se levantó y se bajó los pantalones. Todo su cuerpo sudaba otra vez, y buscó furiosamente la camisa. Cuando por fin la encontró, con ella enjugó su cuerpo y, oprimiéndose contra la celosía polvorienta, jadeó. No había movimiento, ni sonido, ni insectos. El sombrío mundo yacía agobiado bajo la luna fría y las desnudadas estrellas.

WILLIAM FAULKNER

SUR, Nº 84, septiembre de 1941

CIRUGÍA PSÍQUICA DE EXTIRPACIÓN

Reproducimos la nota que nos ha preparado el mismo autor para llenar el requisito biográfico:

"Nací porteño y en un año muy 1874. Todavía no, pero muy poco después empecé a ser citado por Jorge Luis Borges, con tan poca timidez de encomios que por el terrible riesgo a que se expuso con esta vehemencia comencé a ser yo el autor de lo mejor que él había producido. Fui un talento de facto, por arrollamiento, por usurpación de la obra de él. Qué injusticia, querido Jorge Luis, poeta del "Truco", de "El general Quiroga va en coche al muere", verdadero maestro de aquella hora.

"Así como la Psicología es la ciencia de todo lo que se ignora del alma, mi primer libro acerca de la Vigilia y el Ensueño (No toda es vigilia la de los ojos abiertos) *no contuvo de sabido sino cuáles y cuántas eran mis preguntas. En compensación, créome hoy en posesión de todas las respuestas. Pero esto no hará más buscado mi libro de preguntas.* Papeles de Recienvenido *fueron regalados todos, pero a juzgar por la gran aceptación que tuvieron es seguro que se pudo también venderlos. Contenían todos mis numerosos brindis que sumados así en una sola dosis ocasionaron atribuírseme un simpático plan de liberación arreglado a la inspiración de la terapéutica de las dosis "macizas", de boga hace unos años, que o matan o sanan.*

"Naturalmente, los descritos éxitos no necesitaron más que un lapso de 30 años de silencio para que renaciera el impulso de escribir otros libros: el tomo de Una novela que comienza *y, de pronto, antes que se retire el público que suele ser muy confiado en los grandes anuncios de Última función, le sobrevendrán a éste:* Continuación de la nada, *La última* novela mala (eterna y dulcepersona) *y la primer novela buena* (Adriana Buenos-Aires), *que aunque se venderán juntas y por un solo precio, clasificadas de gemelas, no serán la Doble Novela que según mi doctrina novelística constituye o contiene el único procedimiento por el cual puede realizarse plenamente con la novela la Belarte Conciencial digna de la ulteriorizada conciencia contemporánea.*

"En cambio de todo esto, puede prometer un silencio de firme ¿Pero qué vanidad de autor imagina sin horror el escape de liberación, la entera fe con que el público muestra que se atiende a ello?"

Se ve a un hombre haciendo su vida cotidiana de la mañana en un recinto cerrado. Es el herrero Cósimo Schmitz, aquél a quien en célebre sesión quirúrgica ante inmenso público le fue extirpado el sentido de futuridad, dejándosele prudencialmente, es cierto (como se hace ahora en la extirpación de las amígdalas, luego de reiteradamente observada la nocividad de la extirpación total), un resto de perceptividad del futuro para una anticipación de ocho minutos. Ocho minutos marcan el alcance máximo de previsibilidad, de su miedo o esperanza de los acontecimientos. Ocho minutos antes de que se desencadene el ciclón percibe el significado de los fenómenos de la atmósfera que lo anuncian, pues aunque posea la percepción externa e interna carece del sentido del futuro, es decir de la correlación de los hechos: siente pero no prevé.

Y contémplasele, con agrado, levantarse, lavarse, preparar el mate; luego se distrae con un diario, más tarde se sirve el desayuno, arregla una cortina, endereza una llave, escucha un momento la radio, lee unos apuntes en una libreta, altera ciertas disposiciones dentro de su habitación, escribe algo, da alimento a un pájaro, quédase un momento aparentemente adormilado en un sillón; luego arregla su cama y la tiende, llega el mediodía, ha terminado su mañana.

Sacuden fuertemente su puerta y la abren con ruido de fuertes llaves, y aparécensele tres carceleros o guardias que se apoderan violentamente de él, pero sin resistencia. (Comprenderéis que la mañana cotidiana que estaba pasando transcurre en un calabozo.) Se queda muy asombrado y sigue donde ellos lo llevan; pero al punto de entrar en un gran salón se presenta en su espíritu la representación detallada de una sala con jueces, un sacerdote, un médico y parientes, y a un costado la gran máquina de electrocución. En ese lapso de los ocho minutos de futuro previsible, recuerda y prevé que se le había notificado la sentencia de muerte el día antes y que aquella máquina lo esperaba para ajusticiarlo.

Recuerda también que un tiempo antes, cierta tarde recurrió a un famoso profesor de psicología para que le extirpara el recuerdo de ciertos actos y más que todo el pensamiento de las consecuencias previsibles de esos actos; había asesinado a su familia y quería olvidar el posible castigo. ¿Qué ganaría con huir, si el temor lo turbaba incesantemente? Y el famoso especialista no había logrado producir el olvido, pero sí reducir el futuro a un casi presente. Y Cósimo andaba por el mundo sin sentido de la esperanza, pero también sin sentido del temor.

El futuro no vive, no existe para Cósimo Schmitz, el herrero, no le

da alegría ni temor. El pasado, ausente el futuro, también palidece, porque la memoria apenas sirve, pero qué intenso, total, eterno el presente, no distraído en visiones ni imágenes de lo que ha de venir, ni en el pensamiento de que en seguida todo habrá pasado.

La vivacidad, el colorido, la fuerza, la delicia, la exaltación de cada segundo de un presente en que está excluida toda mezcla así de recuerdo como de previsión; es un presente deslumbrador cuyos minutos valen por horas. En verdad no hay humano, salvo en los primeros meses de la infancia, que tenga la noción remota de lo que es un presente sin memoria ni previsión; ni el amor ni la pasión, ni el viaje ni la maravilla asumen la intensidad del tropel sensual de la infinita simultaneidad de estados del privilegiado del presente, prototípico, sin recuerdos ni presentimientos, sin sus inhibiciones o exhortaciones. Esta compensación es lo que alegaba, en explicaciones que nos dio el famoso profesor, para superar a las desventajas que resultaban de su operación. Es así que Cósimo vivía en el embelesamiento constante, total y continuo, y se compadecía del apagado vivir y gustar lo actual de las gentes.

—Conmueve verlo en el embellecimiento de cada matiz del día o de la luna, en el deslumbre de cada instante del deseo, de la contemplación. Es el adorador, el amante del mundo. Tan todo es su instante que nada se altera, todo es eterno, y la cosa más incolora es infinita en sugestión y profundidad.

"Todo tenso y a la vez transparente, porque mira cada árbol y cada sombra con todas las luces de su alma: sin cuidados, sin distracción. La palabra se retrasa; rige la inefabilidad de lo que se agolpa y renueva irretenible."

A mí, que lo cuento, me enternece contemplar el dulce y menudo vivir la mañana del pobre Cósimo Schmitz, un automatista de la dicha sorbo a sorbo, un cenestésico. Siento que las cosas hayan sucedido así; como psicólogo psicológico, no psicofisiológico, concibo perfectamente obtener el mismo resultado, sea de desmemoria sea de desprevisión, sin necesidad de la aparatosa, biológicamente cara, extirpación quirúrgica, que, como toda intervención química, clínica, dietética, o climática en los gustos y espontaneidades con que nacemos, es una universal ruinosa ilusión. Para no prever, basta desmemoriarse, y para desmemoriarse del todo basta suspender todo pensamiento sobre lo pasado.

Así, pues, querido lector, si este cuento no te gusta, ya sabes cómo olvidarlo. ¿Quizá no lo sabías y sin saberlo no hubieras podido olvidarlo nunca?

Ya ves que éste es un cuento con mucho lector, pero también con mucho autor, pues que os facilita olvidar sus disquisiciones.

Extinguida pues su disponibilidad conciencial de previsión para ocho minutos, percibe la actualidad de que están atándolo a la máquina, pero no prevé el minuto siguiente en que será fulminado. El ritmo conciencial de las actitudes de previdencia es turnante o cíclico, no es continuo (aparte de que por el abandono deliberado del ejercicio de prever cada vez vive más en presente total, cada vez existe menos el instante que viene), y fuera de que tampoco es continuo en una conciencia que no ha sufrido la técnica de ablación conciencial hoy ya tan en uso y con tanto éxito del Doctor Desfuturante. (Seudónimo del bien conocido médico Extirpio Temporalis; que también se oculta en este seudónimo pues su verdadero nombre es Excisio Aporvenius, que tampoco es definitivo porque el verdaderamente verdadero de sus nombres es el de Juan Pérez. Denuncio, por lo demás, a pesar de lo encantador de la acción de este cirujano, que se apropia de todos los porvenires que extirpa, con lo que ocurrirá que ningún contemporáneo tendrá el gusto de asistir a sus funerales.

El cual —esto será un dato útil para el lector— tiene esperanza de perfeccionar la operatividad psicoextirpativa del gran capítulo de la nueva Cirugía Conciencial, extendiéndola a la extirpación de pasado. Cuando esto se cumpla y lo aprovechen todos los que quisieren no haber vivido jamás ciertos hechos, quizá un buen cuento —ojalá éste lo fuera; ojalá lo eligiérais— sería suficiente recreo para olvidarlo todo, a lo largo de la vida.

El lector desfuturado y también desanteriorizado viviría así a cada momento en el volver a leer mi cuento, me sería deudor del privilegio dignificante de ser persona de vivir de un solo cuento.)

Dejo la pluma al lector para que escriba para sí lo que yo no sabré describir: la locura, el espanto, el desmayo, el estrujarse por el desasimiento mientras es arrastrado, el horror de ser sentado en aquella silla y maniatado; y en ese rostro, en su semblante, la aparición de una aurora de felicidad, de paz, por haber agotado los ocho minutos de percepción de futuridad: dos minutos antes de expirar ajusticiado cesa su representación. (Como el terror vive de lo que va a suceder, agotado el turno de ocho minutos de previsión, se queda sonriente, tranquilo, sentado en la silla eléctrica, y en ese estado es fulminado. Porque como no lo hemos dicho y lo requiere urgentemente la composición inventiva de esta narrativa, la impulsión previdente de ocho minutos era seguida de una pausa de otros tantos minutos

de absoluto reino del presente; es así que la víctima de la máquina de electrocución, y nuestra víctima también, pereció con la más plácida de las sonrisas.)

¿Será el lector el Poe que yo no alcanzo a ser de este trance espantador, seguido de beatitud?

Está muerto ahora sin haber experimentado el tormento agónico, sin ninguna pena, sin ningún esfuerzo de evasión, como si fuera a comenzar una mañana cotidiana de su eternidad de presente.

Yace Cósimo Schmitz muerto, y quince días después el Tribunal hace la declaración rehabilitante siguiente:

"Un concurso de fatalidades sutilísimas que ha obnubilado la mente de este tribunal lo ha incurso en un fatal error sumamente lacerante. El infeliz Cósimo Schmitz era un espíritu inquietísimo y afanoso de probar toda novedad de la inventiva mecánica, química, terapéutica, psicológica que hay en el mundo; y así fue que un día se hizo tratar, hace quince años, por el aventurero y un tiempo celebrado sabio Jonatan Demetrius, que sin embargo de su cinismo efectivamente había hecho un gran descubrimiento en histología y fisiología cerebral y lograba realmente por una operación de su creación, cambiar el pasado de las personas que estuvieran desconformes con el propio.

"A su consultorio cayó el ávido de novedades Cósimo Schmitz, infeliz; protestó de su pasado vacío y rogó a Demetrius que le diera un pasado de filibustero de lo más audaz y siniestro, pues durante cuarenta años se había levantado todos los días a la misma hora en la misma casa, hecho todos los días lo mismo y acostándose todas las noches a igual hora, por lo que estaba enfermo de monotonía total del pasado.

"De allí salió operado con la conciencia añadida, intercalada a sus vaguedades de recuerdos, de haber sido el asesino de toda su familia, lo que lo divirtió mucho durante algunos años pero después se le tornó atormentador. Cumple al tribunal en este punto manifestar que la familia de Cósimo Schmitz existe, sana, íntegra, pero que huyó colectivamente atemorizada por ciertas señas de vesania en Schmitz, ocurriendo esto en una lejana llanura de Alaska; de allí provino a este tribunal la información de un asesinato múltiple que no existió jamás.

"Confiesa, pues, el tribunal, que si Cósimo Schmitz fue un total equivocado en sus aventuras quirúrgicas, más lo ha sido el tribunal en la investigación y sentencia del terrible e inexistente delito que él confesaba."

Pobre Cósimo Schmitz, pobre el Tribunal de Alta Caledonia.

Vivir en recuerdo lo que no se vivió nunca en emoción ni en visión; tener un pasado quien no tuvo un presente[1]. Oh, aquel día, entre pavor y delicia con qué pulso apretó el arma. ¡Toda su familia! Hasta los cuarenta años, un pasado, ahora otro, la memoria de otro ser bajo las mismas formas del cuerpo. Quizá más tarde, tampoco este presente habrá sido nunca suyo. Tendrá, con un nuevo toque en su mente ya dócil, otra fragilidad de haber sido; un héroe, un químico; moverá los brazos de cuando exploraba el Sudán o Samoa.

Demetrius, enamorado de toda felicidad, plástico de las dichas, de dar recuerdos amorosos a los que fueron presentes de lágrimas, con suave ciencia y dulce ternura se ingeniaba en la adivinación de cada alma.

—¿Qué es lo que usted desea? —Y leíale a Cósimo las páginas más terribles del filibustero Drake, de Morgan, o del amante de la Recamier.

—Yo preferiría haber sido...

—Lo será.

Pobre Cósimo Schmitz; ¿no habrá una tercera cirugía, después de dos tan siniestras, que lo resucite? Ah, no —exclama la Terapéutica— nuestro oficio es de infalibilidad, no nos incumbe disimular las fallas de los tribunales de justicia.

Como no se ha encontrado hasta ahora en las más pacientes investigaciones que hubiera algún remedio que con toda seguridad fuera más benéfico que destructor, es el caso de moralizar en este momento de este cuento acerca de la inevitable debilidad de las ingeniosidades humanas con el ejemplo de los deslumbradores procedimientos del gran científico Doctor Desfuturante, en cuya aplicación, como se ve, la conveniencia de eximirnos de todo género de temores vagos remotos y agitantes esperanzas remotas, tiene el inconveniente de la turnación de pausa de esos ocho minutos de previdencia, ante los cuales, suspensa toda previsibilidad, el paciente curado no prevé ni siquiera que el

[1] Estamos bastante descorteses en este retomar la pluma después de habérsela pasado al lector. El mundo no tiene al lector de un sólo Cuento; inmensa dignidad; pero tampoco al mágico autor de un Cuento de sólo de él vivir. Yo lejos de soñarme, y menos con la muestra de éste, investido de la dignidad máxima de autor de aquel cuento único, he aspirado modestamente sí a vivir de un sólo Cuento; quizá no lo he logrado. Desprendido ahora ante el lector de toda vanidad en este encantador aspecto, admito que por momentos he creído advertir en este escrito mío algo muy parecido a cuento dejado de contar. Pero me decide a publicarlo, no obstante, su alto valor científico. Además, no confunda, lector, cuento dejado de contar con lo que resulta de un no seguido contar.

tren que viene a diez metros de él por la vía en que camina lo matará en tres segundos [1].

Al lector le toca, ahora que yo he cumplido con todo, cumplir con su deber; debe hacer como que cree.

Para más informaciones, puede consultarse sobre la cirugía conciencial mi cuento Suicidia, en el que ya presenté la temeraria y profunda insinuación de los métodos de la Ablación Conciencial.

Murió en sonrisa; su mucho presente, su ningún futuro, su doble pasado no le quitaron en la hora desierta la alegría de haber vivido, Cósimo que fue y no fue, que fue más y menos que todos.

MACEDONIO FERNÁNDEZ

[1] Porque hay apendicectomías que propenden a graves accidentes, la extirpación de las amígdalas predispone a la poliomielitis, los auges de las dosis masivas, la insulina, el iodo engruesan las cifras de la mortalidad, y de toda la intervención quirúrgica queda pendiente por obra de los analgésicos que desoxigenan la sangre numerosas muertes repentinas por embolias. Las estadísticas inglesas demuestran que ocurren allí más muertes por la vacunación que por la viruela; tenemos también la bancarrota del suero Behring y quizá la del suero antirrábico.

Parece, lector, que a compás de la lectura nos estamos instruyendo bastante. Pero usted al agradecerlo se reservará pensar que la instrucción es buena pero la digresión es mala, lamentable, defectillo de tan nutrida información. Yo no veo por qué una digresión, aun en un cuento y aun científica, está mal después de los novelones habituales, en que se llenan capítulos con historia literaria, crítica pictórica, análisis de las sinfonías de Beethoven, salvaciones sociológicas. Más difícil es entender que un opositor a digresiones converse animadamente, mientras come, con amigos en la familia, o no pase un instante ni haga cosa alguna durante el día o la noche que no la haga acompañar con el conventilleo fonético de la radio.

Yo he dado aquí un cuento total, la juventud y muerte de un hombre. ¡Y qué juventud y qué muerte! Lo demás puede el lector considerarlo como la radio, algo intersticial a su lectura de cuento. El cuento y la radio va todo en el texto y os libráis de los avisos.

Así como en las óperas —que es lo interminable por naturaleza— hay lo más interminable de ellas que es su final y que funciona como el aplauso que la ópera se prodiga a sí misma, de modo que el aplauso del público parece un servilismo al éxito ya aplaudido —aunque la comparación es de muy coja analogía—, yo lo que quiero es seguridad, acertar con algo (pues lo que menos poseo es la seguridad de autor de ópera), sea con el cuento, sea con las digresiones. Yo no me aplaudo pero desarmo las toses del tedio.

He prolongado esta digresión para disimular que estaba tratando de encontrar dónde habíamos dejado el cuento. Reanudando, es de anotar que el pobre Cósimo, que había escapado a todos los desatinos y percances que acabo de enunciar, vino a caer al abrasamiento eléctrico sin que podamos tener el gusto de quejarnos en absoluto de la terapéutica, sino totalmente de la culpa suya.

SUR, Nº 192-194, octubre-diciembre de 1950

LA FIESTA INFANTIL

...el hilo que el amor queda tramando
EPÍSTOLA A ARIAS MONTANO

Era una noche clarísima de fines de septiembre. Buenos Aires apagaba uno a uno sus ruidos; en el centro, en los barrios, en los suburbios, las disonancias del día morían bajo la inmensa paz del cielo nocturno. Había subido ya, minutos antes, rechinando sobre sus hierros viejos, el último tranvía por la barranca de Callao. Dos hombres cruzaron lentamente la calle y se internaron en la penumbra de los plátanos que bordean la Avenida Alvear. Las pequeñas hojas nuevas brillaban en la luz de los faroles. De tanto en tanto, algún tren que entraba o salía de Retiro, ponía en el aire húmedo de la costa su grito áspero y luminoso; luego, se oía durante unos instantes el sordo rumor decreciente de las ruedas sobre los rieles. Un alto silencio cubría la ciudad.

Los dos hombres penetraron en la sombra del gomero que extiende sobre la curva de la avenida su negrura de troncos retorcidos. Se detuvieron en la esquina. Sobre ellos, la luna ponía breves chispas azules en las hojas inmóviles del árbol. Uno de los dos tenía el pelo gris y los hombros cansados; el otro era un poco más joven, más pequeño, más alerta. Acababan de pasar varias horas en la casa de un amigo común muerto esa misma tarde; se habían quedado hasta casi entrada la madrugada en la reunión mortuoria, conversando, callando, esperando no sabían qué, y los dos mostraban en el andar, en la actitud, en los ojos, ese íntimo desconcierto, esa como interrupción de la confianza física en la propia vida que pone en nosotros en el espectáculo de la muerte.

—Debe ser muy tarde —dijo el de los hombros inclinados.

—Sí.

—Pero no tengo sueño. ¿Si nos sentáramos un rato por aquí, a descansar?

—¿Descansar?

—Sí. No sé por qué la muerte de Paco me ha dejado un desasosiego adentro, una angustia. Pobre Paco.

—Sí. Pobre Paco —asintió el más joven—. Pero la muerte de Paco es la menor de las muertes. Era tan poca cosa.

Atravesaron la calle y entraron en la sombra de otros árboles. Todos los bancos del paseo estaban desiertos. Se sentaron en uno de ellos. La luna depositaba una quietud eterna en los caminos.

—Era tan poca cosa —insistió el más pequeño de los dos.

—Quizá. Era borroso, vacilante...

—Sí. Qué vida tan sin objeto. Uno se pregunta para qué habría nacido el pobre Paco.

Hablaban en voz baja, sin mirarse. Como si lo que decían fuera silencio y como si cada uno de ellos estuviera solo con esas palabras murmuradas, innecesarias, fantasmales, que iba pronunciando. El más joven prosiguió:

—No veo por qué ha de hacerse obligatoriamente el elogio de los muertos. El pobre Paco, por muerto que esté, sigue siendo el pobre Paco.

—Sí.

—Siempre estuvo como sorprendido de estar vivo, de estar ahí, siendo.

—Pobre Paco.

—A mí me gusta juzgar —continuó el más joven defensivamente—. Me gusta reconocer las cosas tal como son o tal como las veo.

—¿Juzgar? —preguntó en voz aún más baja el de los hombros cansados.

—Sí, claro. ¿Para qué se nos habrá dado el juicio sino para usarlo?

Un tren gritó su luz áspera junto al río; luego, se oyó, hacia el norte, el rumor decreciente de las ruedas sobre los rieles. El silencio de la luna volvió a instalarse —eterno— sobre los caminos.

—¿Juzgar? —repitió el más viejo de los dos—. No. No sé si se debe juzgar; pero sí reconocer en los actos ajenos, como en los propios, la presencia del mal.

Las palabras sonaron extrañamente en la calma intemporal de la noche, la amplia noche envuelta en la virgen claridad de la luna. Sin volver la cabeza, el más joven de los dos, el más pequeño, el más alerta, repitió las palabras insólitas —un poco escandalosas, un poco absurdas— que acababa de oír:

—¿La presencia del mal?

—Sí.

—A mí —te confieso— no me gusta forzar las cosas, ni forzarme. Para admitir la existencia del *Mal*, como tú dices, tengo que violentarme, tengo que contrariar mi modo natural, espontáneo, sano, de mirar, de estar en el mundo...

Animándose inesperadamente, el hombre de pelo gris y espaldas inclinadas se volvió en el banco y miró al amigo.

—¿Sabes por qué el haber pasado unas horas en casa de Paco me ha dejado esta impresión, esta ansiedad en el ánimo? Porque Paco está ligado a los recuerdos de mi primera infancia y, particularmente, a *uno* de esos recuerdos, un recuerdo que ha sido, que ha resultado ser en mi vida un hecho central.

—¿Paco? —La voz sonreía en la sombra.

—Bueno, Paco no tiene nada que ver con el hecho a que aludo. Pero Paco estaba ahí, mirando. Paco no hizo nunca sino estar ahí, con esa cara de bueno o de víctima que tenía...

—Así es.

Volvieron a callar. Pero en el más joven de los dos la curiosidad despertada por las palabras del amigo seguía su trabajo secreto.

—¿Dijiste que un recuerdo de infancia ha sido en tu vida un hecho central?

—Sí.

—Ya que es tan de noche y estamos aquí como si no estuviéramos, casi como si fuéramos sombras ¿por qué no me lo cuentas? Esta es noche para recuerdos.

Pasaron unos minutos. Los dos tenían los ojos puestos en las ramas espectrales de una araucaria enorme cuya silueta se recortaba, dramática, contra el cielo luminoso. En voz muy baja, casi respirada, el más viejo, el más lento, de los dos, dijo:

—Es un recuerdo tan lejano, tan lejano y tan pequeño, que es, para mí mismo, casi imperceptible. Es algo que me sucedió cuando yo era muy niño. ¿Qué edad podía yo tener entonces? ¿Cinco o seis años? Sin embargo, a esa edad me sucedió algo extraño, algo decisivo, cuya trascendencia no he comprendido sino con el correr del tiempo: conocí el Mal, el mal desinteresado, el mal en estado puro, antes de haberse vestido con nuestras ideas y enredado en nuestros sentimientos, el *Mal*; lo vi, lo toqué, lo *sentí*. Pero esto no es lo más importante; lo más importante es que en esa ocasión comprobé, supe, que el mal es ajeno a nosotros; nos habita, sí, habita nuestra voluntad, pero es —de un modo misterioso y sutilísimo— ajeno a ella.

Los dos seguían mirando el negro dibujo de la araucaria contra el resplandor del cielo; no se movían. Sobre ellos, sobre los techos, sobre los árboles, un alto silencio cubría la ciudad.

—Parece un cuento —prosiguió el más viejo de los hombres—; el episodio que voy a referirte tiene color y levedad y aire de cosa imaginada. Así lo veo yo. Es como un cuadro de tonos muy pálidos que alguien hubiera colgado en mi memoria. Está ahí: fijo, colgado,

tenue. Sobre él han pasado tantas cosas... tanta vida, tanta pasión, tanto dolor y, no obstante, nada lo ha tocado. Sigue ahí, imborrable, detenido, eterno. Yo no sé si podré contarlo, traducirlo, es tan leve, tan inasible...

La voz, murmurada, se confundía con el silencio; era como si la calma de la noche transparente formara las palabras, las fuera escribiendo en el aire con sus manos invisibles. El amigo se movió apenas en el banco.

—Cuenta —dijo, también en voz baja.

—Era una tarde de verano, junto al mar. Tenía yo, como te digo, cinco o seis años. Había sido hasta entonces, y seguí siéndolo durante varios años más, el niño más feliz del mundo. (O eso que llamamos así.) Como sabes, éramos cuatro hermanos. Mis padres vivían en paz y nosotros también. Habitábamos aquella vieja casa —a pocas cuadras de aquí, que acaba de ser destruida, que tú conociste, creo—, aquella vieja casa con un gran jardín al fondo. Todo propendía a rodear ese... ese sonambulismo de la primera infancia, de calma, de armonía. Casi no tengo recuerdos de esos primeros años; sólo una que otra sensación de alegría, de sorpresa dulce, de asombro ante los nuevos estupendos descubrimientos que iban abriendo y extendiendo mis horizontes apaciblemente. ¡Aquel jardín! ¡Aquel escapar, de mañana, muy tempranito, a la vigilancia de la vieja niñera inglesa y salir en el aire frío al jardín silencioso para mirar y respirar y correr! Aquella formidable aventura de todos los instantes: descubrir el mundo y tomarle el gusto, ese gusto secreto e inefable de fruta, de fruta del milagro.

"En los veranos, íbamos a Córdoba, a Ascochinga. A veces pienso que el cielo tendrá que tener, para mí, el olor de Ascochinga, aquel olor a hinojo, a cal y a humo; sí, en mi cielo tendrá que haber aquel ritmo de siesta, aquel frescor de acequias y espinillos y un lento sol en cuestas polvorientas y una sombra de berros y menta en quebradas misteriosas... Pero ese verano, el verano de mi cuento, fuimos a Mar del Plata. Vivíamos en una casita sobre el mar, en la loma, a pocos metros del Torreón. ¿Te acuerdas? ¿Te acuerdas de la rambla de madera, de las altas casillas con cortinas de cretona, del viejo Bristol inocente y pomposo, de las bombas de carnaval, del balneario-pueblito, donde todo el mundo se conocía y las playas eran desiertos de arena limpia y dorada? Parece ayer.

"Bueno; mi madre quería que fuéramos amigos de los hijos de sus amigas; a cada rato venían otras criaturas a casa y nosotros íbamos a casa de otras criaturas. '¿Cómo no van a ir a casa de Fulana?' Y allí íbamos.

"A mí no me gustaban las fiestas infantiles. Me reventaba que me vistieran de blanco y que el traje fuera de seda y que me peinaran con el agua de Colonia de mamá y no me dejaran moverme para que no me ensuciara y que mis hermanas aparecieran cubiertas de puntillas y cintas, con una cara diferente y peinadas con rulos. Me daban vergüenza cuando aparecían así. Además, los días de fiesta, Annie, la inglesa, se ponía nerviosa y nos retaba desde que abríamos los ojos.

"Frente a esa casa vivía una amiga de mamá que tenía varios hijos. A mi hermano y a mí nos invitaban a cada rato. Por ahí, un buen día, se anunció que daban una fiesta para el cumpleaños del chico mayor. El chico me comunicó en la playa que habría cincuenta invitados y guiñol y payasos y regalos. Eso ya era menos desagradable. Todo esto lo recuerdo apenas, lo adivino, lo oigo, lo veo entre sueños, como si todavía no hubiera sucedido y yo lo estuviera entreviendo, en el futuro..."

En las copas de los árboles más próximos, el aire se movió; las hojas temblaron, rozándose, como si tuvieran frío, durante unos instantes. Los dos amigos tenían los ojos puestos en las ramas negras de la araucaria que recortaba sus brazos espectrales contra el cielo luminoso.

—Desde temprano, supongo, habrá empezado el trajín en casa. Nos habrán despertado más temprano de la siesta, nos habráan bañado más cuidadosamente, nos habrán reprendido y hecho llorar veinte veces mientras nos vestían. Annie estaría nerviosísima y mamá cansada de nosotros. Al fin, habremos partido los cuatro, ostentando nuestro mejor aspecto, relucientes y perfumados, a la casa de enfrente.

"Recuerdo el color del día. Era una de esas tardes de febrero como suele haberlas en Mar del Plata, tan luminosas, tan libres y puras que son, por su misma grandeza y esplendor, un poco tristes. La casa era una villa blanca, lujosa, grande; tenía una terraza de verja transparente, sobre el mar; sólo una barranca de pasto, llena de flores, separaba el jardín de la calle —todavía de tierra— de las rocas de la costa.

"¿No te ha ocurrido nunca asistir, ya hombre, a una fiesta infantil? Si no, procura reparar la omisión. Es un espectáculo aleccionador, profundamente instructivo. Pero hay que saber mirar. Nada es más dramático, más conmovedor: todos los niños están como disfrazados de niños buenos, de niños ricos, de niños felices; están preparados para ser mirados, acariciados, elogiados. A cada uno se le ha hecho el peinado que más le favorece; a la chica lacia le han ondulado el pelo; a la de ojos celestes le han puesto un vestido celeste; a la de tez morena y pelo negro le han puesto un vestido rosado; al varoncito gordo y crespo le han cepillado el jopo para atrás; al que usa ante-

ojos lo han mandado sin ellos y lo mira todo con los ojos desnudos muy abiertos; al que ha crecido demasiado le han alargado —mediante algún procedimiento de emergencia— los pantalones; al tímido lo han retado de antemano y al travieso, también; al comilón lo han amenazado con una penitencia y con un aceite de castor, etcétera; y entonces, todos, todos están como ausentes, azorados, inhibidos, sin saber nada de nada, despojados de la pequeña rutina por la que uno iba siguiendo, confiado, su vida. De golpe, los han metido en ese circo incomprensible y pavoroso, la sociedad; y ahí están, mirándose sin verse, infinitamente cohibidos, con iguales ganas de reír que de llorar, desamparados.

"La felicidad del niño es la rutina, la repetición; por la pequeña rutina ordenada de su vida él va, cauteloso, instintivo, aprendiendo, descubriendo cómo vivir, cómo acomodarse en ese extraño lugar, el mundo, ese lugar tan diferente de... Pero tan diferente ¿de qué? Él no lo sabe —ni yo tampoco— pero sufre de que todo sea tan raro y sus actos más naturales motivo de penitencia y recriminación. No sufre más porque tiene su rutina, porque lo salva su rutina, esa calle de él, que la conoce, amiga, segura. Poco a poco, los retos y las penitencias se han puesto a formar parte de su vida y entonces ya no le duelen. ¿Has observado cómo un chico de cinco o seis años va a ponerse en el rincón, cara a la pared? Pues lo hace como si se pusiera los zapatos, con igual acatamiento —e indiferencia— a eso que es la realidad de los 'grandes'; si llora, es por costumbre o por malicia, para que no dure demasiado la interrupción de su libertad. ¡Ah, qué espectáculo terrible es un niño pequeño! Todo está ya en él, pero está sin estar, como fragmento, relámpago, posibilidad; si ríe, no ríe del todo, no sabe que ríe; ríe porque la risa, en ese instante, le hace abrir la boca y echar la cabeza atrás; ríe sorprendido de estar riendo, dócil a esa reacción, a ese movimiento que no entiende; si llora, lo hace porque sí, como se cumple una obligación, llora sin llorar, en el fondo indiferente a su propio llanto. Y continuamente, a través de risas y llantos, va siguiendo su pequeño campo, haciéndose como la hormiga un caminito de él, seguro, donde él pueda establecer su propia continuidad. Y desde esa continuidad de pequeños hechos él mira para afuera, mira hacia el mundo de los otros, tan extraño, tan absurdo, y como tiende a conocerlo todo, a extender su espacio, pregunta, pregunta sin cesar, para acercar a él, a su caminito, más y más cosas, más y más mundo. Pero aun cuando pregunta, no le importa del todo eso que pregunta; mejor dicho: le importa más la pregunta que él hace que la contestación que recibe. Porque lo que el niño quiere, más que saber, es prolongar su asombro, su juego con el mun-

do. Recuerdo que mi hermano menor, en una noche de tormenta, rehusaba dormir; la niñera iba y venía por el cuarto —recuerdo la escena perfectamente—; cuando se apagaba la luz, mi hermano volvía a llamar. Estaba nervioso, desconcertado, porque había descubierto un nuevo pedazo de la realidad: tronaba. Los truenos llenaban el cuarto. Mi hermano preguntó: '¿Qué es ese ruido?' 'Son truenos', contestó la niñera con toda tranquilidad. Él quedó igual, mirando el aire del cuarto donde los truenos seguían resonando. '¿Qué es ese ruido?' volvió a preguntar, como si no preguntara, porque sí. 'Son los truenos', volvió a decir, paciente, la niñera. Entonces él, con los ojos llenos de ávido asombro, preguntó: '¿Muerden, los truenos?' 'No', respondió la niñera, y salió del cuarto. Mi hermano siguió igual, mirando el aire con ojos brillantes. ¿Qué podía ese *no*, qué era ese *no*, frío y tonto, frente a lo que él tenía adentro? Él estaba embarcado en su nuevo asombro y en su asombro se estaría moviendo un terrible animal, grande como la noche. Su pregunta no era pregunta; era un modo de reconocer la presencia del misterio. No tenía miedo, no estaba asustado, porque estaba metido en su caminito: el cuarto, mi presencia en la otra cama, los invariables gestos de la niñera, los juguetes iguales sobre los muebles iguales; estaba tranquilo; pero acababa de incorporar a su mundo, no obstante la respuesta de la niñera, un nuevo motivo de ensueño.

"Mas volvamos a mi fiesta. Es en una fiesta como aquella donde se percibe más claramente ese estado de sonambulismo y vulnerabilidad en que viven los niños. Como los han sacado de su rutina, se hallan todos perdidos, despojados de lo único que les da seguridad y calma; están ahí, sin comprender nada; están porque los han llevado y están con otro traje, con otro peinado, con otra gente, en una casa desconocida. Su risa es menos risa que nunca; es desahogo nervioso, defensa. Generalmente, el que tiene un hermano en la fiesta no se separa de él; está tomado de su mano, agarrado a su realidad habitual, conocida. Las madres o las niñeras están en otro cuarto, distraídas, entre ellas, inalcanzables; cada uno de esos niños está solo, solo en un mundo ajeno. Todos se miran sin verse, caminan sin saber por qué caminan, preguntan sin que nadie les conteste y si alguien les contesta, no oyen, no pueden oír, porque se hallan más enajenados que nunca y están como separados de su propio ser.

"Esa tarde, no bien llegamos, nos instalaron en un inmenso salón donde iba a tener lugar la representación del guiñol. Nos sentaron en el suelo. Mi hermano estaba prendido de mi mano; mis dos hermanas estaban juntas, muy serias, sentaditas en su fila, con sus cintas celestes y sus puntillas. La más chica había comenzado a llorar cuan-

do entramos, mas la presencia junto a ella de la hermana mayor la había calmado un poco. Mi hermano y yo estábamos en la última fila porque éramos de los más grandes.

"Cuando comenzó la representación había en el salón un silencio total. Todos los chicos tenían los ojos fijos en los muñecos gesticulantes. Los muñecos hablaban con una voz siniestra y se movían con gestos de pesadilla. No se entendía lo que decían. A los pocos minutos de empezada la función varios chicos se pusieron a llorar. Otros reían, nerviosos, muy próximos al llanto, sin saber si reían o si lloraban, ausentes de sí mismos, sonámbulos. Alguno, lloroso, viendo que su compañero de fila reía, se habrá puesto a reír también a través de sus lágrimas, inquieto, desconectado de todo, con la cara sonriente toda mojada y la boca temblándole todavía. Otros miraban el espectáculo, serios, como si todo —espectáculo y fiesta— formara parte de una misma broma, de una misma peregrina invención a la que había, de un modo u otro, que resignarse.

"Cerca de mi hermano, en la fila anterior a la nuestra, hacia adelante, se hallaba una chiquita de pelo lacio que lloraba sin cesar. Estaba sola en la punta de la fila. A su lado estaban dos hermanas tomadas de la mano, que ella no conocía. Como lloraba en silencio, nadie le hacía caso. Recuerdo perfectamente su cuerpito flacucho, sus hombros frágiles, la cinta marrón que tenía en el pelo. Lloraba sin moverse, con las manos apretadas sobre el vestidito blanco.

"Yo —pero ¿qué era yo? ¿Una interrogación informulada, un asombro detenido, una inconciencia sin conciencia perdida, un pobre cuerpo separado de sí mismo, maquinalmente atento a ese ruido, a ese absurdo, a esa obligación un poco más rara que las otras, la fiesta?— pertenecía al grupo de los que miraban todo sin reír y sin llorar. Estaba ahí, sin estar, vacío de todo lo poco que yo era. Los muñecos —el de rojo, el vigilante, el otro— se golpeaban, gritaban, agitaban los brazos. Pero yo no tenía miedo: conocía la casa, mi hermano estaba conmigo, sabía los nombres de casi todos los chicos, Annie estaba en el cuarto contiguo y mamá vendría a buscarnos un poco más tarde. Todo eso formaba el hilo que me sostenía; con ese hilo en la mano yo estaba tranquilo.

"Terminada la representación, la dueña de casa, con sonrisas y gestos y voces nos hizo pasar a la terraza. Algunos se pusieron a correr sobre el piso de mármol blanco, sin saber por qué corrían. Mis hermanas habían encontrado dos amigas y hablaban, muy serias, muy duras, muy avergonzadas, con ellas. Una de esas amigas había crecido demasiado durante el verano y el vestido le quedaba chico; continuamente se tiraba el vestido para abajo y se metía el dedo en el

cuello donde una línea roja indicaba el lugar del suplicio. Yo le estaba explicando a mi hermano, con cierta superioridad, que los personajes del guiñol eran muñecos y que un hombre los movía desde atrás; mi hermano me preguntó si el hombre de atrás también era muñeco, pero yo ni le contesté porque comenzaba el reparto de los juguetes. Los chicos se aglomeraron rápidamente en torno de la señora de la casa que tenía una inmensa canasta llena de cosas en los brazos. Yo me acerqué con mi hermano y recibí mi parte primero porque tenía el brazo más largo que él: me dieron una escopeta. Me alejé con mi escopeta dejando a mi hermano librado a su suerte. Apreté el gatillo y la escopeta hizo ruido, un ruido fuerte, un verdadero estampido. Esto me produjo una gran emoción. Me retiré hacia la verja para gozar en soledad de mi nuevo haber.

"En ese instante apareció el payaso. Aunque yo estaba un poco lejos me hizo una impresión tremenda. Era una cosa toda blanca con unos ojos como pozos y una nariz enorme, roja como un farol. Movía los brazos y reía abriendo una boca terrible. No se sabía para dónde miraba porque los pozos eran muy hondos. Hubieron nuevos llantos y los juguetes que los chicos tenían en sus manos perdieron súbitamente su encanto. Yo me acerqué un poco más a la verja, alejándome del monstruo.

"Fue entonces cuando vi a la chiquita de pelo lacio, con la cinta marrón y el vestido blanco. Era la que había estado llorando, calladita, durante toda la función. Seguía llorando, desconsoladamente. Como estaba sola y no conocía a nadie se había quedado atrás, contra la verja. No tenía juguete. Nadie la veía, nadie le hacía caso. Todos estaban mirando al payaso. Me acerqué a ella. Estaba pegada a la verja, con la cabeza apoyada contra los hierros, dando las espaldas al bullicio. Lloraba sin interrupción pero sin hacer el menor ruido. Debía ser un poco menor que yo; sí, tendría unos cuatro años. Cuando yo me aproximé oprimió aún más contra la verja su cuerpito flacucho. Tenía la cara bañada en lágrimas, escondida entre los barrotes de hierro. Yo la miré sin decirle nada. De pronto, le tiré el pelo. La chiquita no se movió. Yo volví a tirarle el pelo, esta vez, con todas mis fuerzas. Tenía el pelo muy finito, lacio y tan corto que no habían podido hacerle rulos. Como yo seguía tirándole el pelo, el llanto pareció intensificarse; entonces yo le dije —sabiendo, ah, sabiendo muy bien qué sentía, por qué lloraba—: 'Tu mamá no va a venir. Te vas a quedar sola con el payaso'. Al mismo tiempo seguía tirándole el pelo para que le doliera. Estuve largo rato así, perfeccionando mi crueldad.

"Recuerdo, recuerdo, —no, no recuerdo, estoy viéndolo como si tu-

viera delante la escena— el color de la luz, el color del aire alrededor de la pequeña cabeza escondida entre los barrotes de hierro; veo el color del mar que estaba ahí, a poca distancia de nosotros, luminoso y azul, y las playas de oro pálido y los toldos recogidos y, muy cerca, una mancha de flores vivas y frescas, en la barranca; había un escándalo de risas y llantos, gritos y movimiento a nuestras espaldas; el cuerpo de la chiquita temblaba a mi lado y entonces yo, acordándome de mi escopeta, apreté el gatillo y el estampido resonó junto a la criatura sollozante.

"Pero no sólo veo la escena, veo, con una nitidez que me abisma, lo que yo sentía en ese momento: el fuerte sabor del mal, un sabor desconocido, penetrante, una delicia oscura que me llenaba la sangre y, al mismo tiempo, un poder, un extraño, vertiginoso poder que me habitaba, que me empujaba, que se había *sustituido a mí.*"

El hombre de las espaldas inclinadas calló. Su voz entró en el silencio como si el silencio la estuviera esperando, como si perteneciera a él. Otra vez, el aire, un aire más frío, se movió en las copas de los árboles. Después de unos minutos, la voz hecha de sombra, prosiguió:

—Fue entonces cuando vi a Paco. Había estado ahí, mirando, todo el tiempo, observando mi crueldad con la chiquita de blanco; tenía los ojos muy redondos, llenos de susto, y, recuerdo, la boca entreabierta, como para decir algo. Pero ni en ese instante ni después me dijo nada.

La voz volvió a callar, indecisa, luego, como con dificultad, agregó:

—Después, corriendo el tiempo, fuimos siempre muy amigos con Paco. Parecía tener mucho afecto por mí pero yo siempre sentí o imaginé que me miraba —como aquella vez— con un poco de miedo. Y para mí Paco ha sido siempre, aunque ni él ni yo hayamos aludido a ello jamás, el testigo de aquel instante, el testigo mudo, involuntario, de mi rostro infernal, ese rostro que está en uno, escondido, pero a flor de piel... Ahora junto a él, muerto, todo lo que te he contado ha vuelto a mí, en todos sus detalles, con una fuerza de presencia, de realidad permanente.

La voz volvió a callar. La luna iluminaba los árboles desde el horizonte; hacia el este, el cielo blanqueaba casi imperceptiblemente. Una calma sin fondo cubría todas las cosas. Una mano se movió apenas sobre el banco. La voz agregó:

—En cuanto a mi fiesta, poco recuerdo lo que sucedió al final. Después, después de ver a Paco ahí, mirándome, algún llamado, la posibilidad de un nuevo juguete habrá distraído mi atención; dejando mi víctima entregada a sus lágrimas y a una desesperación

que los estampidos de mi arma habrían llevado a su paroxismo, aburrido ya, volví con mi escopeta al torbellino de la fiesta. No vi más a la chiquita de blanco; la olvidé. La olvidé durante años. Nunca supe cómo se llamaba.

"Seguramente esa noche, terminada la reunión, habrá sido para mí una noche feliz: tenía un juguete nuevo, había vuelto a mi rutina, a mi casa, donde todo recomenzaba a desenvolverse normalmente; Annie estaría tranquila y mamá, contenta, porque nos habíamos portado bien esa tarde. Y antes de dormir, de rodillas en la pequeña cama blanca, con los pies descalzos y las pequeñas manos juntas, habré recitado dócilmente, siguiendo la voz de mi madre, la oración que termina: *Y líbranos del Mal.* Pero habré dicho las terribles palabras ignorante, distraído, maquinal, mirando de soslayo, con los ojos llenos de sueño y de sueños, la escopeta nueva".

La voz volvió a entrar en el silencio. Los dos seguían mirando hacia adelante. Una humedad fría bajaba de los árboles. La luna empalidecía, y el cielo y el aire y las estrellas. Pasó un largo rato. El hombre de las espaldas inclinadas no se movía. Como si nada hubiera dicho.

—Es extraño —dijo el otro, como de mala gana, como si le costara un esfuerzo reconocer la extrañeza de algo—. Pero más extraño aún que el episodio es su persistencia en tu memoria, la importancia que el tiempo le ha conferido.

—Sí.

Ya iban a levantarse. Antes de hacerlo el más viejo miró a su alrededor, como buscando la tranquilidad que le faltaba. De pronto, de entre las hojas más altas de un gomero, surgió, tímido, insinuado, dulcísimo, el canto de un zorzal. Fue como si un rayo de sol invisible, imaginario, cruzara la pálida oscuridad nocturna. Los dos hombres miraron hacia el árbol, incrédulos: el canto ascendía, ascendía resbalando hacia arriba, claro, delirante, feliz, en el silencio mortal del alba próxima. Los dos hombres, largamente, miraron el canto: había, en la voz que subía por escaleras de luna hacia el cielo remoto, abismos de pureza. En torno, como si el canto fuera su centro y su sostén, la noche se abría como una inmensa rosa blanca.

El más viejo de los dos hombres murmuró:

—Pero no es más extraño que esto, que esta noche, que ese canto. No es más extraño que el hecho de estar ahí, en una casa llena de gente, muerto, el pobre Paco.

—Pobre Paco —dijo el otro.

CARMEN GÁNDARA

SUR, Nº 162, abril de 1948

EL ARTE BITRARIO[1]

Para PIERRE HERBART

A último momento —es decir, cuando ya el equipaje de la condesa estaba guardado en los cofres secretos y encima de la berlina— el conde anunció que no se partía. Avanzó hasta la escalinata del castillo y habló con su voz autoritaria, en un tono perentorio que daba a entender, aun cuando no se hubiesen comprendido sus palabras, que tal era su voluntad y que nada le haría volver sobre ello. Y esto —notadlo bien— sin alegar motivo alguno, sin dar razón alguna de semejante cambio de opinión que tomaba a los ojos de todos los servidores, a los ojos de la condesa misma, el color y el ritmo del arte bitrario que tanto desmoraliza a los pueblos de hoy. Además, el conde no estaba vestido de viaje, según se hubiera podido suponer: como para ilustrar su propósito, llevaba la bata persa que se ponía generalmente al saltar de la cama y sus pies estaban aún calzados con pantuflas. "¡No hay viaje!" La señorita Yolanda, confidente de la condesa, posó de nuevo sobre el pedregullo del patio el pie que ya tenía apoyado en el estribo de la berlina, volvió a tomar de manos del niño sorprendido la jaula de las cotorras y la colocó un instante en el suelo para ayudar al niño a bajar; lo siguieron inmediatamente el abate X., su monitor, y por último, entre sollozos mal reprimidos, la condesa; pero, también esta vez, la única posibilidad para ella era someterse: demasiado bien sabía cuánto costaba protestar o aún tratar sencillamente de resistir a su esposo y de contrariar sus caprichos.

"No hay viaje". Hubo que dar contraórdenes: enviar con urgencia mensajeros a las postas convenidas, suspender las comidas en los mesones y las habitaciones reservadas; en el salón del castillo perigordino, en el *boudoir* y el aposento de la condesa, en el del conde, Casimiro empezó a quitar las fundas con que había cubierto los sillones.

1 En francés, naturalmente, juego de palabras entre *l'art bitraire*, "el arte bitrario", y *l'arbitraire*, "lo arbitrario".

Entre tanto, el conde había llevado a la hermosa Yolanda a su despacho.

—Hay que rendirse a la evidencia —le dijo súbitamente—: mi mujer es idiota.

—Señor, tengo la certeza de que exageráis —replicó la confidente de la condesa—. Y aunque así fuera, ni vos ni yo nada podemos hacer.

—Al contrario —replicó el conde—: es ahora el momento de hacer algo.

—Señor —dijo ella sonriendo—, estoy como siempre a vuestras órdenes.

Por su parte, la condesa hizo señas al abate de que la siguiera a su *boudoir*.

—Padre —empezó—, siempre he visto en vos a un amigo.

—Que sabrá probaros su devoción —fue la réplica.

Y prosiguió la condesa:

—Qué duda cabe, el conde está loco. Ya no soportaré por mucho tiempo sus violencias. Ah, si no estuviera mi hijo de por medio, si su porvenir mismo no estuviera en juego...

Y al quedar ella en suspenso:

—¿Qué haríais? —preguntó el abate.

—No lo sé —contestó la dama—; pero algo haría; cualquier cosa con tal de salir de este engranaje infernal. Y precisamente sobre esto espero vuestros consejos.

¿Quién quedó confuso? El abate.

Estuvo silencioso y perplejo unos instantes. Luego:

—En vuestro lugar, señora condesa, yo esperaría aún. La locura del conde no se ha declarado francamente, y en cuanto al niño...

—¡El niño, siempre el niño! Si no lo quisiera tan tiernamente, me lo haríais detestar —dijo la condesa poniéndose en pie para demostrar que no deseaba continuar la entrevista. Pero antes de llegar a la puerta volvió la cabeza, agregó:

—Esperaba de vos alguna ayuda... Por fin, ¿os resolvéis a auxiliarme? ¿Sí o no?

—No puedo, no puedo —protestó el abate—; se opone a ello mi investidura.

—¡Vuestra investidura!... Decid más bien vuestra cobardía.

—¡Oh, señora condesa! Harto veo lo mal que me conocéis.

Que no nos conocemos bastante unos a otros, es un hecho sobre el que habremos de volver. ¿Acaso fue para conocer mejor a sus cotorras que el niño, en el cuarto vecino, acababa de retorcerles el

pescuezo? Digamos, para mayor exactitud, que las había ahogado apretándolas espasmódicamente entre sus muslos desnudos. Marc-Olivier adoraba sus cotorras. Era un niño suave y apacible. Este gesto impulsivo, cumplido a su pesar, en su contra, tuvo por resultado iniciarlo en el placer. Con la mirada todavía trastornada, para justificar su conducta nada supo responder a su madre cuando ésta entró en el cuarto. Tampoco él mismo podía explicársela. Y la condesa, al contemplar a su hijo, se preguntó si verdaderamente lo quería tanto como había dicho al abate. En Marc-Olivier reconoció de pronto a su marido. Y salió del cuarto indignada, sin articular un reproche.

El abate, entre tanto, se había reunido con Yolanda.

—No hay que disimularlo, señorita. Todo esto nos coloca, a vos y a mí, en la posición más falsa. ¿Me atreveré a preguntaros qué pensáis hacer?

—Eso es precisamente —dijo Yolanda—lo que yo estaba a punto de preguntaros.

—Pregunta a la que sólo se responde con actos —contestó el abate—. Ya no hay que hablar sino actuar.

La señorita Yolanda se mordió los labios, frunció las cejas. Esperaba del abate una iniciativa que no llegó. El abate dijo, por último:

—El aborto, si me atrevo a expresarme así, de la condesa data de más de un mes, ¿verdad?

—¿Tendré yo —gimió Yolanda—, tendré yo también que pasar por lo mismo? Las consecuencias de mis relaciones con el conde no pueden ya...

El abate no la dejó terminar:

—¿Nada sospecha la condesa?

—Nada todavía. Y a veces me pregunto si no sería mejor advertírselo...

—Guardaos bien de hacerlo —exclamó el abate—. ¿Sabéis a qué extremos podría llegar en su furor?

—¡No importa! —dijo Yolanda—. Sólo veo la salvación en los extremos.

De este modo, en el castillo perigordino, crecía y maduraba el drama. El conde, la condesa, la hermosa Yolanda, el abate, ¡qué digo: el niño mismo!, cada uno se sentía capaz de todo. Quizá el presentimiento del peligro inspiró de pronto al conde una nueva resolución no menos absurda que la primera. Después de arrojar su bata en una valija que Casimiro recibió orden de cerrar, se puso su ropa de viaje, avanzó por el vestíbulo y gritó con voz estentórea:

—¡A rehacer las maletas! Salimos de viaje.

Y cuando Yolanda, azorada, abría la puerta del *boudoir,* agregó esta frase atroz que confirmaba su espíritu irónico y cruel:

—Llevaremos también la jaula de las cotorras. Compraréis otras en la primera parada; y de un sexo un poco diferente, si es posible.

Lo cual no era ni siquiera ingenioso. El conde debía aprender a su costa que diferir no es resolver.

ANDRÉ GIDE

SUR, Nº 153-156, julio-octubre de 1947

EL INOCENTE

Fue un error llevar a Lola. Me di cuenta desde el momento en que bajamos del tren en la estacioncita rural. Es más fácil recordar las cosas de la niñez en una tarde de otoño que en cualquier otra época del año, y el alegre rostro maquillado de Lola, la valijita que apenas pretendía contener nuestras cosas para la noche, no correspondían en absoluto al viejo depósito de granos en la otra orilla del pequeño canal, a las escasas luces sobre la colina, a los avisos de un antiguo film. Pero ella dijo: "Vamos al campo" y Bishop's Hendron fue, claro está, el primer nombre que me vino a la memoria. Nadie allí me conocería ahora, y no pensé que era yo el que iba a recordar.

Hasta el viejo changador hizo vibrar una cuerda. Dije: "Habrá en la estación un coche de plaza", y allí estaba, aunque al principio no me fijé, pensando al ver los dos taxis: "Esto está adelantando". Estaba muy oscuro, y la fina niebla otoñal, el olor a hojas mojadas y al agua del canal me eran profundamente familiares.

Lola dijo: "¿Pero por qué has elegido este lugar? Es triste". Inútil explicarle que no era feo para mí, que aquella arena amontonada junto al canal siempre había estado allí y que a la edad de tres años yo creía que era una playa de mar. Tomé la valija (he dicho antes que era liviana; era sólo un falso pasaporte de decencia) y dije que andaríamos. Subimos por el puentecito giboso y pasamos los asilos. Cuando yo tenía cinco años vi a un hombre de alguna edad entrar allí para suicidarse; llevaba un cuchillo y todos los vecinos lo seguían por las escaleras. Dijo Lola: "Nunca pensé que el campo fuera *así*". Eran feos hospicios, pequeñas casillas de piedra gris, pero me eran más familiares que nada en el mundo. Toda aquella caminata era como escuchar música.

Pero tenía que decirle algo a Lola. No era culpa suya ser una extraña en este lugar. Pasamos la escuela, la iglesia y llegamos a la ancha calle principal y a la sensación de mis primeros doce años. De no haber venido, no hubiera sabido jamás cuán fuerte era esa sensación, pues aquellos años no habían sido particularmente felices ni particularmente desdichados; habían sido años cualesquiera, pero

ahora, con el olor de los fuegos de leña, con el frío brotando del húmedo pavimento oscuro, creí entender lo que me embargaba. Era el olor de la inocencia.

Le dije a Lola: "Hay una buena posada. Tendremos una buena cena con vino y nos meteremos en la cama". Pero lo peor del caso era que no dejaba de pensar en que preferiría estar solo. Nunca había vuelto en todos estos años; nunca me había dado cuenta de lo bien que recordaba el lugar. Cosas completamente olvidadas, como esa arena amontonada, volvían con una impresión de patetismo y de nostalgia. Esa noche yo podría haber sido feliz de un modo melancólico y otoñal, vagando por el pueblito y recogiendo rastros de esa época de la vida en que, por desgraciados que fuéramos, teníamos esperanzas. Si volviera otra vez ya no sería lo mismo, porque se mezclaría el recuerdo de Lola, y Lola nada significaba. Nos habíamos encontrado la víspera en un café y simpatizamos. Lola era muy bien, con ninguna habría pasado la noche tan a gusto, pero no encajaba en *estos* recuerdos. Debimos haber ido a Maidenhead. Eso también es campo.

La posada no estaba exactamente en el lugar de mi recuerdo. Allí estaba el Ayuntamiento, pero habían construido un cinematógrafo nuevo con una cúpula morisca y un café, y había un garage que no existía en mi tiempo. También había olvidado que debía doblar a la izquierda una empinada cuesta bordeada de chalets.

—Creo que este camino no existía en mi tiempo —dije.

—¿Tu tiempo? —preguntó Lola.

—¿No te lo he dicho? Nací aquí.

—Estarás encantado trayéndome aquí —dijo Lola—. Apuesto que pensabas en noches como ésta cuando eras chico.

—Sí —dije, porque no era la culpa suya. Era espléndida. Me gustaba su perfume. Usaba un lindo matiz de *rouge* en los labios. Me estaba costando un dineral, un billete de cinco para Lola y todas las cuentas y pasajes y bebidas, pero en cualquier otro lugar me habría parecido un dinero bien gastado. Me iba demorando al fin de ese camino. Algo se insinuaba en mi mente, pero no creo que lo hubiera recordado, si un enjambre de chicuelos no hubiera bajado la cuesta en ese momento, junto al farol escarchado, con sus voces agudas y chillonas, con el aliento humeante al atravesar el rayo de luz. Todos llevaban bolsas de lona, algunas con iniciales bordadas. Vestían sus trajes nuevos y tenían un aire un poco afectado. Las niñitas formaban un grupo apretado, que hacía pensar en cintas en el peinado, en zapatos de charol y en el sonido juicioso de un piano. Lo vi todo: volvían de la lección de baile, a que yo solía ir, en una casita cua-

drada con una calzada de rododendros a mitad de la cuesta. Más que nunca desée que Lola no estuviera conmigo, nunca estuvo más fuera de lugar, mientras yo pensaba: "algo falta en el cuadro", y una sensación de pena se iba insinuando sordamente en el fondo de mi espíritu.

Bebimos varias copas en el bar, pero pasó una media hora antes de que se decidieran a servirnos la cena. "No tienes por qué dar vueltas por este pueblo. Pero, si no te molesta, saldré por unos diez minutos hasta un sitio que recuerdo." No le molestaba. Había un hombre, tal vez un maestro, en el bar deseando ofrecerle algo de beber: noté cómo me envidiaba, por venir con ella, así, desde la ciudad para pasar la noche.

Subí la cuesta. Las primeras casas, todas nuevas, me irritaban. Ocultaban cosas que tal vez recordaba: campos y portones. Era como un mapa que se me hubiera mojado en el bolsillo y que se hubiera pegado en parte; al abrirlo, pedazos enteros aparecían cubiertos. Pero, a medio camino, estaban las casas, la alameda; quizá la misma anciana seguía dando lecciones. En la infancia se exagera la edad. Tal vez en aquellos días la señora no tenía treinta y cinco años. Oía el piano. Seguía la misma rutina. Niños de menos de ocho años, 6-7 p.m. Niños de ocho a trece, 7-8 p.m. Abrí el portón y caminé unos pasos. Trataba de recordar.

No sé qué la evocó. Creo que fue, sencillamente, el otoño, el frío, las húmedas hojas escarchadas, más que el piano, que tocaba otras piezas en aquellos días. Recordé la niñita como uno recuerda a alguien sin una fotografía con que compararlo. Era un año mayor que yo; debía estar por cumplir ocho años. Yo estaba enamorado de ella con una intensidad que no he vuelto a sentir jamás. A lo menos no he cometido el error de reírme del amor de los niños. Es de una irreparable fatalidad porque *no puede* ser satisfecho. Claro que uno inventa historias de incendios, de guerras y de cargas desesperadas para mostrarse heroico a sus ojos, pero nunca de casamientos. Uno sabe, sin necesidad de que se lo digan, que eso no puede suceder, pero el saberlo no significa que se sufra menos. Recordé todos los juegos al gallo ciego en las fiestas de cumpleaños en que vanamente soñaba con agarrarla, para tener la excusa de tocarla y de retenerla, pero nunca lo logré; siempre se mantenía fuera de mi alcance.

Pero una vez por semana durante dos inviernos, tuve mi oportunidad: bailaba con ella. En una de las últimas lecciones de ese invierno, me dijo que en el siguiente iría a las clases superiores. Ella también me quería, yo lo sabía, pero éramos incapaces de expresarlo.

Yo iba a sus fiestas de cumpleaños y ella venía a las mías, pero nunca volvimos juntos de las clases de baile. Hubiera parecido raro; no creo que se nos ocurriera. Yo tenía que volver con mis fastidiosos y ruidosos compañeros masculinos, y ella con el asediado, confuso y escandalizado sexo chillón.

Me estremecí en la niebla y me levanté el cuello del sobretodo. El piano tocaba una pieza de baile de una antigua revista. Me parecía un viaje demasiado largo para no encontrar más que a Lola. Hay algo en la inocencia que no nos resignamos a perder. Ahora, cuando una muchacha no me hace feliz, sencillamente salgo y compro otra. Antes, lo mejor me parecía escribir una epístola apasionada y deslizarla en un hueco (era extraordinario cómo empecé a recordarlo todo) en el maderamen del portón de entrada al jardín. Una vez le había hablado de ese hueco y tarde o temprano ella metería la mano y lo encontraría. No podía imaginar el mensaje. En esa época, no era capaz de expresarme bien; pero aunque lo hiciera inadecuadamente, eso no significa que el dolor fuera más superficial que el que padecemos después. Recuerdo cómo día tras día iba a meter la mano en el hueco, y allí seguía la epístola. Después cesaron las clases de baile. Es posible que al invierno siguiente ya lo había olvidado.

Al pasar el portón, miré para ver si el hueco existía. Allí estaba. Metí un dedo, y seguro, al abrigo de años y de estaciones, allí estaba el papel. Lo saqué y lo abrí. Encendí un fósforo, pequeña chispa de calor en la niebla nocturna. Fue un sobresalto ver a la luz diminuta un cuadro de crudo realismo; allí estaban mis propias iniciales bajo un infantil e incorrecto dibujo de un hombre y de una mujer. Pero despertó menos recuerdos que el humo del aliento o los sacos de lona, o una hoja mojada, o el montón de arena. No lo reconocí, podía haberlo dibujado un desconocido precoz en la pared de un retrete. Todo lo que podía recordar de aquella pasión era la pureza, la intensidad, el dolor.

Al principio me sentí como traicionado: "Después de todo", me dije, "Lola no desentona tanto en este lugar". Pero más tarde, esa noche, cuando Lola se dio vuelta y se quedó dormida, empecé a penetrar la profunda inocencia de aquel dibujo. Yo había pensado que dibujaba algo con un sentido hermoso y singular; era sólo ahora, después de treinta años de vida, cuando ese dibujo parecía obsceno.

(Traducción de Leonor Acevedo) GRAHAM GREENE

SUR, Nº 174, abril de 1949

WAKEFIELD

Este cuento de Hawthorne pertenece a la segunda serie de *Twice-Told Tales,* publicada en Boston en 1842. Fuera de un parsimonioso elogio de Poe y de alguna ocasional interpretación de índole biográfica —Wakefield sería un símbolo de Hawthorne—, la crítica parece haber ignorado esta composición admirable. Hawthorne, en otras páginas, se apoya en un pasado romántico; en éstas, la materia es contemporánea y el interés procede de la singular psicología del protagonista. Wakefield, como fantasía de la conducta, como estudio patético de las posibilidades humanas, anticipa el Bartleby (1856) de Herman Melville y las invenciones de Kafka. — JORGE LUIS BORGES

En alguna revista o diario viejo recuerdo haber leído la presunta historia de un hombre —llamémosle Wakefield— que se ausentó durante mucho tiempo de su hogar. Presentado de una manera abstracta, este acto no es extraordinario, y a menos que hagamos una conveniente distinción de circunstancias, tampoco merece condenarse por perverso o insensato. Sin embargo, es el ejemplo más raro que conozco en los anales de la delincuencia conyugal y por añadidura el capricho más notable que pueda hallarse en toda la escala de las extravagancias humanas. La pareja vivía en Londres. El marido, con el pretexto de hacer un viaje, alquiló unos cuartos a la vuelta de su casa y allí, ignorado por su mujer y sus amigos, sin que nada motivara su voluntario destierro, habitó por más de veinte años. Durante ese período observó diariamente su casa y, a menudo, a la desvalida Mrs. Wakefield. Y después de abrir tan larga brecha en su felicidad conyugal, cuando su muerte se daba por cierta, su sucesión estaba terminada, su nombre borrado de todo recuerdo y cuando su mujer se había resignado desde hacía mucho, mucho tiempo a la viudez, una tarde entró apaciblemente en su casa, como después de un día de ausencia, y volvió a ser un tierno esposo hasta la muerte.

Esto es lo que recuerdo en líneas generales. Pero me parece que el incidente, aunque de la más pura e inaudita originalidad, provoca las simpatías del género humano. Cada uno de nosotros sabe por experiencia que no habría cometido semejante locura, pero cree

muy posible que otro pudiera cometerla. Yo, por lo menos, evoco frecuentemente la historia en el curso de mis reflexiones: siempre me sorprende, pero me da la impresión de ser cierta y hasta me permite concebir el carácter de su héroe. Cuando un asunto cualquiera se apodera fuertemente de nuestro espíritu, está bien empleado todo el tiempo que dediquemos a pensar en él. Si el lector lo desea, puede seguir el hilo de sus propias meditaciones; pero si prefiere acompañarme a través de los veinte años que duró el antojo de Wakefield, le daré la bienvenida, confiando en que la historia estará impregnada de un sentido y de una moral, aunque no podamos descubrirlos, presentarlos con nitidez y resumirlos en la última frase. El pensamiento posee siempre su eficacia y todo incidente asombroso encierra una moral.

—¿Qué clase de hombre era Wakefield? Podemos imaginar un ser a nuestro gusto y llamarlo con su nombre. Estaba en la plenitud de la vida. Su amor conyugal, que nunca fue violento, se había moderado hasta convertirse en una costumbre; parecía el más fiel de los maridos porque cierta pereza lo resguardaba de toda veleidad sentimental. Era intelectual, pero no de una manera activa. Ocupaba su mente en largas y morosas especulaciones que no perseguían ningún propósito o que no tenían el vigor suficiente para alcanzarlo; rara vez sus pensamientos eran bastante enérgicos para expresarse con palabras. La imaginación, en el sentido propio del vocablo, no era una de sus dotes. De corazón frío, pero no depravado ni versátil, e inteligencia nunca encendida por pensamientos tumultuosos ni desconcertada por ideas originales, ¿quién habría supuesto que nuestro amigo llegara a ocupar el primer sitio entre los campeones de la excentricidad? Si hubieran preguntado a sus relaciones qué hombre de Londres era menos capaz de hacer algo hoy que pudiera recordarse mañana, habrían pensado en Wakefield. Sólo su bienamada esposa hubiera vacilado. Ella, sin haber analizado el carácter de Wakefield, adivinaba en él un quieto egoísmo que había enmohecido su mente ociosa, una pecualiar vanidad —su atributo más molesto—, una predisposición al disimulo que rara vez lograba efectos más positivos que guardar secretos apenas dignos de mención, y por último lo que consideraba, en el buen hombre, "cierta extravagancia". Esta última cualidad es indefinible y acaso inexistente.

Imaginemos ahora a Wakefield despidiéndose de su mujer. Es el crepúsculo de una tarde de octubre. Wakefield lleva un sobretodo gris, un sombrero impermeable, botas altas, un paraguas en una

mano y una valija pequeña en la otra. Ha dicho a Mrs. Wakefield que se marchará al campo en la diligencia nocturna. Ella hubiera deseado de buena gana averiguar la duración, el objeto del viaje y la hora probable del regreso; pero, complaciendo su inofensivo amor al misterio, lo interroga sólo con la mirada. Él no le da seguridad de volver en la próxima diligencia y le pide que no se alarme si se demora tres o cuatro días; en todo caso, estará a comer el viernes por la noche. Podemos pensar que Wakefield mismo no sospecha lo que lo espera. Tiende las manos a su mujer; ella le da las suyas y acepta su beso de adiós con la indiferencia adquirida en diez años de matrimonio; y así se marcha el respetable Mr. Wakefield casi resuelto a dejar perpleja a su buena esposa con una semana entera de ausencia. Cuando la puerta se ha cerrado tras él, Mrs. Wakefield la ve entreabrirse un instante y percibe el rostro de su marido que le sonríe y desaparece en seguida. De momento olvida ese incidente sin concederle un pensamiento. Pero mucho después, cuando lleva más años de viuda que de esposa, esa sonrisa vuelve a su memoria e ilumina el recordado semblante de Wakefield. En sus frecuentes cavilaciones adorna esa antigua sonrisa con una multitud de fantasías que la hacen extraña y terrible; cuando, por ejemplo, imagina a su esposo en un ataúd, esa mirada de adiós está cristalizada en sus pálidos rasgos; o si se lo figura en el cielo, su espíritu bienaventurado exhibe todavía una apacible y cautelosa sonrisa. Y cuando todos lo dan por muerto, esa misma sonrisa le hace a veces dudar de que sea realmente viuda.

Pero volvamos al marido. Tenemos que seguirlo por la calle, apurando el paso, antes de que pierda su individualidad y se diluya en el mar proceloso de Londres. Sería inútil buscarlo allí. Sigámosle de cerca, pisándole los talones, hasta que después de varias superfluas idas y venidas lo hallemos cómodamente instalado junto al fuego en el reducido departamento a que ya nos referimos. Wakefield está a la vuelta de su casa, y al final de su jornada. Apenas puede creer en su buena suerte que le ha permitido llegar sin que lo vean, pues recuerda que en un momento dado la muchedumbre lo detuvo bajo un farol encendido; otra vez oyó unos pasos tras los suyos, muy distintos de las pisadas innumerables del gentío, y después una voz que gritaba a lo lejos, y creyó que pronunciaba su nombre. Sin duda, lo han espiado una docena de curiosos que habrán ido con el cuento a su mujer. ¡Pobre Wakefield! ¡Qué poco conoces tu propia insignificancia en este ancho mundo! Ningún ojo mortal fuera del mío ha seguido tus huellas. Ve tranquilamente a la cama, insensato, y

mañana, si has recobrado la cordura, vuelve a tu hogar junto a la buena Mrs. Wakefield y dile la verdad. Ni por una corta semana te apartes del lugar que ocupas en su casto pecho. Pues si por un solo momento te creyera muerto, perdido o separado de ella para siempre, tendrías la plena convicción de que un cambio definitivo se habría operado en tu fiel esposa. Es peligroso cavar un abismo en los afectos humanos, no porque se abran de par en par durante mucho tiempo, sino porque muy pronto vuelven a cerrarse.

Casi arrepentido de su travesura, o como quiera llamársela, Wakefield se acuesta temprano, y despertando bruscamente de su primer sueño, extiende los brazos dentro del amplio y desierto lecho a que no está acostumbrado. "No —piensa, arropándose en las mantas—, no volveré a dormir solo otra noche."

Por la mañana se levanta más temprano que de ordinario y se pone a considerar lo que realmente habrá de hacer. Tan inconexos e imprecisos son sus hábitos mentales que ha tomado esta singular resolución con algún objeto, sin duda, pero es incapaz de definirlo bastante para reflexionar acerca de él. La vaguedad del proyecto y el convulso esfuerzo con que se ha precipitado a ejecutarlo, son igualmente característicos de un espíritu débil. Sin embargo, examina sus ideas lo más metódicamente posible y descubre que tiene curiosidad por saber cómo marchan las cosas en su casa, cómo su ejemplar mujer soporta esa viudez de una semana y, en suma, cómo siente su brusca desaparición esa pequeña esfera de seres y circunstancias de la que él era el centro. Una vanidad morbosa, pues, es el fondo del asunto. Pero ¿cómo alcanzará Wakefield sus fines? No, desde luego, quedándose encerrado en su cómodo albergue; allí, aunque duerma y se despierte a la vuelta de su casa, está de ella tan lejos como si toda la noche hubiera rodado en diligencia. Pero si vuelve, el proyecto se derrumba. Se tortura la cabeza con este dilema insoluble; por fin se aventura a salir, resuelto a cruzar la calle y lanzar una rápida mirada a su abandonado domicilio. La costumbre —porque es un hombre de costumbres— lo toma de la mano y lo guía inconscientemente hasta su propia puerta donde, justo en el momento crítico, lo sobresalta el ruido de su pie sobre el peldaño. Wakefield ¿a dónde vas?

A partir de ese momento está predestinado. No sospechando a dónde lo conducirá un primer paso hacia atrás, se aleja apresuradamente, sofocado por una agitación no sentida hasta entonces y, al llegar a la esquina, apenas se atreve a volver la cabeza. ¿Es posible que nadie lo haya visto? Toda la casa, desde la respetable Mrs. Wakefield hasta la

elegante doncella y el sucio lacayo ¿no saldrán por las calles de Londres llamando a voz en grito a su fugitivo amo y señor? ¡De buena ha escapado! Hace un esfuerzo para detenerse y lanzar una mirada furtiva hacia su casa, y lo desconcierta el cambio operado en ese edificio familiar, sintiendo lo que nos afecta a todos cuando volvemos a ver, después de una separación de meses o años, una colina, un lago o una obra de arte que hemos conocido íntimamente. Por lo general esta impresión indescriptible está causada por la comparación y el contraste entre nuestras reminiscencias imperfectas y la realidad. Pero en el caso de Wakefield la magia de una sola noche bastó para llevar a cabo una transformación análoga, porque un gran cambio moral se ha operado en él durante tan breve período. Pero es un secreto que el mismo Wakefield ignora. Antes de irse entrevé un instante a su mujer que se asoma a la ventana del frente, mirando a lo lejos. El artificioso imbécil echa a correr temiendo que el ojo de Mrs. Wakefield lo haya descubierto entre un millar de átomos idénticos. Y con el corazón alegre, aunque presa de vértigos, se encuentra junto al fuego de carbón de su nueva morada.

Basta por lo que atañe al principio de esta larga contradanza. Después de haber concebido el proyecto, y haber agitado el perezoso temperamento de nuestro héroe para que pueda ponerlo en ejecución, el asunto entero se desarrolla según su ritmo natural. Podemos suponer que Wakefield, al cabo de largas reflexiones, se compra una nueva peluca de cabellos rojos y del saco de un ropavejero judío elige diversas prendas que difieren totalmente de su traje marrón de costumbre. El cambio se ha consumado. Es otro hombre. Ahora que se ha establecido el nuevo sistema, un movimiento de retroceso hacia el antiguo le sería casi tan difícil como el paso que lo ha colocado en esta situación sin paralelo. Además, se obstina en su resolución por una especie de acritud que lo invade de cuando en cuando y que actualmente suscita el escaso pesar que, según él, su ausencia ha motivado en Mrs. Wakefield. No volverá hasta que ella esté medio muerta de miedo. Pues bien: ella ha pasado ante sus ojos dos o tres veces, y cada vez con mayor lentitud, con las mejillas más pálidas, con el semblante más acongojado. Y en la tercera semana de su desaparición comprueba Wakefield que un mensajero funesto ha entrado en su antiguo domicilio bajo el aspecto del boticario. Al día siguiente, han ensordecido el llamador. Hacia el crepúsculo el coche del médico se detiene y deposita a su ocupante, solemne y de gran peluca, ante la puerta de donde emerge un cuarto de hora después para anunciar, quizá, un entierro próximo. ¡Querida esposa! ¿Irá a morir? A Wakefield lo sacude un

sentimiento que casi se parece a la energía; sin embargo, permanece alejado del lecho de su mujer, convenciendo a su propia conciencia de que la enferma no debe ser turbada en semejante crisis. Si otro sentimiento lo retiene, Wakefield lo ignora. Su mujer se restablece después de algunas semanas; ha pasado la crisis; su corazón está triste, acaso, pero apaciguado; y aunque Wakefield vuelva más pronto o más tarde, ese corazón no latirá ya nunca febrilmente por él. Estas ideas refulgen a través de la bruma que oscurece el cerebro de Wakefield y le anuncian vagamente que un abismo casi del todo infranqueable separa su departamento amueblado de su antiguo domicilio. Se dice a veces: "Pero ¡está a la vuelta!" ¡Imbécil! Está en otro mundo. Hasta ahora, ha diferido su regreso de un día a otro; en adelante, no fijará ya la fecha precisa. Será muy pronto, pero no mañana. Acaso la semana próxima. ¡Desdichado! Los muertos tienen casi tanta probabilidad de volver a sus domicilios terrestres como Wakefield, el desterrado voluntario.

¡Que no deba yo escribir un infolio en vez de un artículo de una docena de páginas! Quizás entonces pudiera mostrar cómo una influencia que supera nuestro dominio posa su vigorosa mano sobre cada uno de nuestros actos y urde sus consecuencias en la férrea trama de la necesidad. Wakefield está hechizado: tenemos que dejarlo durante unos diez años rondando su casa, sin pisar una sola vez el umbral, fiel a su mujer con todo el afecto de que su corazón es capaz mientras él va desvaneciéndose poco a poco en el de ella. Debemos advertir que desde hace mucho tiempo ha perdido toda noción de la singularidad de su conducta.

Y ahora una escena. En el tumulto de una calle londinense distinguimos a un hombre, próximo a la vejez, con características que no atraen la atención de los observadores indolentes, pero cuyo aspecto entero lleva el signo de un destino poco común para quienes tengan la sagacidad de discernirlo. Es delgado; su frente baja y estrecha está hondamente arrugada; sus ojos pequeños y opacos lanzan a veces miradas aprensivas a su alrededor, pero más a menudo parecen mirar dentro de sí. Inclina la cabeza y tiene un andar indescriptiblemente oblicuo como si no quisiera afrontar el mundo. Examinémoslo bastante para advertir lo que hemos descrito y me concederéis que las circunstancias —que a menudo producen hombres notables con materiales comunes— lo han transformado en un notable ejemplar. Después, dejándole escabullirse por la acera, miremos en dirección opuesta por donde una robusta matrona, considerablemente entrada en

años, se dirige con el libro de misa en la mano hacia esa iglesia lejana. Tiene el aire plácido de una resignada viudez. Sus pesares se han disipado o se han vuelto tan esenciales a su corazón que no quisiera cambiarlos por alegrías. Y en el instante en que el hombre enjuto y la mujer robusta se cruzan, hay una ligera obstrucción que los pone directamente en contacto. Sus manos se tocan; la multitud empuja el pecho de la mujer contra el brazo del hombre. Se detienen, frente a frente, mirándose a los ojos. ¡Así, después de diez años de separación, Wakefield encuentra a su mujer!

La multitud refluye y los arrastra separadamente. La viuda serena, recuperando su paso habitual, prosigue camino a la iglesia, pero al llegar al portal se detiene y lanza una perpleja mirada hacia la calle. Entra, no obstante, abriendo su libro de misa. ¡Y el hombre! Con el rostro tan hosco que hasta el Londres atareado y egoísta se detiene por instantes a mirarlo, corre a su vivienda, echa doble llave a la puerta y se arroja sobre la cama. Los sentimientos latentes que durante tantos años se han acumulado en él, estallan de pronto y dan una breve energía a su espíritu débil; toda la miserable extrañeza de su vida se le revela de golpe, y grita apasionadamente: "¡Wakefield, Wakefield! ¡Estás loco!"

Quizá lo esté. La singularidad de su situación lo ha modelado a tal punto, que comparado con los demás seres y realidades de la vida acaso no pueda decirse que goza de su sano juicio. Ha logrado o, mejor, le ha sucedido quedar separado del mundo, desaparecer, renunciar a su lugar y a sus privilegios entre los vivos sin ser admitido entre los muertos. La vida de un ermitaño no se parece en modo alguno a la suya. Wakefield continúa sumergido como antes en la baraúnda de la ciudad, pero la muchedumbre lo codea y no lo ve. En sentido figurado podríamos decir que está siempre al lado de su mujer y junto a su hogar; sin embargo, nunca podrá sentir el calor del uno ni el afecto de la otra. Su destino impar ha querido que conservara la parte que le tocó de simpatías humanas y que aún se sintiera envuelto en los humanos intereses cuando había perdido ya su recíproca influencia sobre ellos. Señalar el efecto de tales circunstancias sobre su corazón y su inteligencia, separada y conjuntamente, sería un tema muy curioso de meditación. Sin embargo, cambiado Wakefield como estaba, rara vez lo advertiría, creyéndose el mismo hombre de siempre. Quizá de tiempo en tiempo le llegasen atisbos de

verdad. Pero continuaría diciendo: "Volveré muy pronto", sin reflexionar que lo ha estado diciendo desde hace veinte años.

Concibo también que esos veinte años, vistos retrospectivamente, le parecieran apenas más largos que la semana a que limitó primeramente su ausencia. Quizá todo el asunto no fuera para él más que un intervalo en el curso normal de su vida. Cuando, pasado un tiempito más, considerara que había llegado el momento de reintegrarse a su salón, sin duda su mujer batiría palmas al contemplar de nuevo al maduro Mr. Wakefield. ¡Ay, grave error! Si el tiempo quisiera tan sólo aguardar a que terminaran nuestras locuras favoritas seríamos siempre jóvenes, todos nosotros, y hasta el día del Juicio Final.

Una tarde, al cabo de veinte años de haber desaparecido, Wakefield da su paseo de costumbre en dirección a la morada que todavía llama suya. Es una noche desapacible de otoño con frecuentes chaparrones que golpean sobre el pavimento y paran antes de que un hombre tenga tiempo de abrir el paraguas. Wakefield se detiene cerca de su casa y distingue, por las ventanas del segundo piso, la penumbra roja y el caprichoso centelleo de la chimenea. En el cielorraso se proyecta la sombra grotesca de la buena Mrs. Wakefield. La cofia, la nariz, el mentón y el ancho corpiño forman una caricatura admirable que danza al compás de las llamas casi demasiado alegremente para ser la sombra de una viuda de cierta edad. En ese instante cae un chaparrón y una ráfaga lo dirige descomedidamente a la cara y al pecho de Mr. Wakefield. Un escalofrío otoñal lo atraviesa de arriba abajo. ¿Continuará a la intemperie, empapado y temblando, cuando podría calentarse ante un buen fuego de leña encendido en su propia chimenea, mientras su propia mujer corre a buscarle la chaqueta gris y los pantalones de franela que, sin duda, ha conservado cuidadosamente en el armario de su aposento? ¡No! Wakefield no es tan bobo como todo eso. Sube los peldaños lentamente porque veinte años han endurecido sus piernas desde que los bajó. Pero no lo advierte. ¡Detente, Wakefield! ¿Quieres volver al único hogar que te queda? Entonces ¡entra en la tumba! La puerta se abre. Cuando Wakefield pasa vemos su cara por última vez y reconocemos la cautelosa sonrisa que precedió esa comedia que desde hace veinte años no ha cesado de representar a expensas de su mujer. ¡Cuán implacablemente se ha burlado de la pobre criatura! ¡Adiós, Wakefield, te deseamos buenas noches!

Este feliz suceso —en caso que lo sea— sólo puede haber ocurrido

en un momento de irreflexión. No seguiremos a nuestro amigo después que ha franqueado el umbral. Nos ha dejado muchos temas de meditación, algunos de los cuales prestarán su sabiduría a una moral. En la aparente confusión de nuestro misterioso mundo, los individuos se encuentran tan exactamente ajustados a un sistema y los sistemas adaptados unos a otros y todos al sistema general, que un hombre que se aparta por un solo instante se expone al peligro terrible de perder para siempre su lugar. Como Wakefield, puede convertirse en el paria del universo.

(Traducción de José Bianco) NATHANIEL HAWTHORNE

LAS DOS HISTORIAS

El 16 de junio, y cuando era casi de noche, un joven se sentó ante una mesita donde había útiles de escribir. Pretendía atrapar una historia y encerrarla en un cuaderno. Hacía días que pensaba en la emoción del momento en que escribiera. Se había prometido escribir la historia muy lentamente, poniendo en ella los mejores recursos de su espíritu. Ese día iba a empezar: estaba empleado en una juguetería; había estado mirando una pizarrita doble, que en una de las caras tenía alambres con cuentas azules y rojas, en vez de pizarra, cuando se le ocurrió que esa tarde empezaría a escribir la historia. También recordaba que otra tarde que pensaba en un detalle de su historia, el gerente de la casa le había echado en cara la distracción con que trabajaba. Pero su espíritu le borraba esos feos recuerdos, apenas le venían, y él seguía pensando en lo que le hacía tan feliz y en lo que tan torpe le hizo no bien salió del empleo y se consideró libre: dejó una parte muy pequeña y poco enérgica de sí mismo para que se entendiera con las cosas exteriores y le llevara a su casa. Mientras se dejaba arrastrar por la pequeña fuerza que había dispuesto que lo guiara, se entregaba a pensar en su querida historia; a veces esa misma felicidad le permitía abandonar un poco su pensamiento dichoso, observar cosas de la calle y querer encontrarlas interesantes; y en seguida volvía a la historia; y todo esto dejándose arrastrar por la pequeña fuerza que había dispuesto que lo guiara.

Cuando estuvo en su pieza le pareció que si la acomodaba un poco antes de sentarse a escribir, estaría más tranquilo; pero al mismo tiempo tuvo la impresión de que sus ojos, su frente y su nariz tropezarían con las cosas y las puertas y las paredes, y por fin decidió sentarse ante la mesita, que era baja y estaba pintada con nogalina. Después de sentarse, aún se tuvo que levantar para buscar una libretita donde tenía apuntada la fecha en que empezó la historia.

"El 16 de mayo era sábado, y serían aproximadamente las nueve de la noche cuando la conocí. Hace un momento recordaba el tipo que yo era aquella noche y cómo era mi indiferencia. También me imaginaba que si el tipo mío de ahora le dijera al tipo mío de aquella

noche, al salir de casa de ella, que apuntara esa fecha por ser la de un gran acontecimiento, aquél le diría a éste que era un decadente y que había caído en un lazo vulgar. Sin embargo, mi tipo de ahora se ríe de aquél y no se detiene a pensar si aquél tenía o no razón; aún más: trata de recordar los menores detalles de aquél para reírse más, y para ver cuándo y cómo fue que aquél empezó a ser éste; pero aún más: a éste le interesa recordar a aquél porque así la recuerda también a ella; pero —hombre— aún más: a éste le interesa escribir esta historia para tener que preocuparse concretamente de ella, y ha escrito la fecha en que la conoció como lo podía haber hecho un enamorado vulgar, porque en esto, menos que en lo demás, no se avergüenza de no ser original. Por fin, la última advertencia: la fecha de esa noche la deduje con la ayuda de un gran amigo que me acompañó, esa noche y todas las otras, hasta que los dos nos convencimos de que ella me quería a mí y no a él".

Al llegar a este párrafo se detuvo, se levantó y empezó a pasearse por la pieza. El sitio por donde paseaba era muy estrecho; hubiera podido apartar la mesita para que fuera más amplio; pero le gustaba llegar hasta la mesita y mirar el párrafo que había escrito. También hubiera podido continuar su tarea, pero sentía una secreta angustia: para escribir, al pensar en los hechos pasados, se daba cuenta de que se le deformaba el recuerdo, y él quería demasiado los hechos para permitirse deformarlos; pretendía narrarlos con toda exactitud; pero bien pronto advirtió que era imposible; y por eso lo empezó a tortu rar esa indefinida y secreta angustia.

Si tenía una secreta angustia porque se le deformaba el recuerdo, mucho más secreto, más íntimo fue el motivo por el cual al día siguiente ya no tuvo esa angustia. Ese motivo era el mismo que hacía que escribir la historia fuese para él una necesidad y un placer más intenso del que hubiera podido explicarse. Así como su espíritu le borró el feo recuerdo de que el gerente de la juguetería lo apartó bruscamente de sus más queridos pensamientos, así también su espíritu le escondió el motivo más hondo e implacable que entrañaba el deseo de realizar la historia. A pesar de él, su espíritu le ocultó ese motivo, valiéndose de las razones que nunca terminaba de exponer en el trozo que escribió. Pero él escribiría la historia porque ella no le amaba ya.

"Aquel tipo que era yo antes de conocerla, tenía la indiferencia del cansancio. Si yo la hubiera conocido mucho antes, mucho antes hubiera gastado mis energías en amarla; pero como no la encontré, esas energías las gasté en pensar: había pensado tanto que había descubierto lo vano y falso del pensamiento cuando éste cree que es él, en

primer término, quien dirige nuestro destino. Y a pesar de saber esto, seguía pensando, mis energías seguían minando el pensamiento, y sentía el más antipático cansancio. Este tipo que soy yo, ahora descansa en la inquietud de amar a su antojo; pero desde el 19 de mayo —dos días después de empezar la historia— hasta el 6 de junio —el día en que yo mismo suspendí la historia porque al día siguiente salí muy temprano de la ciudad donde ella vivía—, en esos 22 días de entre esas dos fechas, descansé además en sus grandes ojos azules: también era grande la distancia que había entre sus ojos y las cejas; de ese espacio pintado de azul tenue y de esa bóveda azul, parecía descender eso que había en sus ojos, eso que me hizo descansar de mis pensamientos y amarla con toda la amplitud de mis ganas".

Aunque su espíritu le escondía la causa de por qué escribía la historia, es posible que él haya sentido una de esas impresiones que no llegan a convertirse en pensamiento. Precisamente, era su propio espíritu el que no dejaba que la impresión de que ella no le amaba ya, se hiciera pensamiento, y entonces, además de querer tapar esa impresión con todas las razones con que explicaba la causa que tenía para escribir la historia, también se prendía de las fechas, porque sentía que en esa forma, comprometiendo las fechas, comprometía el tiempo y se aseguraba el amor de ella. Pero esa noche del 6 de junio, después que estuvo con ella, y cuando estaba conmigo en la pieza del hotel, hubo un momento en que yo vi la escondida y pequeña carga de duda que tenía en el espíritu: fue cuando hablándome de ella, y de quién sabe hasta cuándo no la volvería a ver, se fijó en el almanaque, y al ver el número 6 del día en que estábamos, dijo: "¡Pero qué 6!, parece un animal sentado... y con su cola muy enroscada". Fue cuando dijo eso que yo vi esa escondida y pequeña carga de duda, y cuando él debió de haber sentido una de esas impresiones que no llegan a convertirse en pensamiento.

Hace muchos años, y cuando empezó a torturarle el pensamiento, también había descansado en unos ojos azules. De lo que escribió en aquella época elegí lo que mejor me dio la sensación de lo que él sabía de él. Eran tres trozos: *La visita*, *La calle* y *El sueño*.

LA VISITA

Esta noche tuve forzosamente que atender a unos pensamientos. En los momentos que estaba cansado quería dejarlos aunque fuera por unos instantes; pero bien sabía yo la importancia que tenían, y no podía dejar de atenderlos. Solamente descansaba cuando alguien me

interrumpía para preguntarme algo; pero si yo pretendía hacer algo para distraerme, yo mismo me obligaba a no hacerme trampa: estaba bien que los abandonara cuando espontáneamente ocurriera algo que me obligara a interrumpirme, pero yo no debía buscar la oportunidad; por el contrario, aunque la oportunidad se me presentara y yo me quedara contento porque descansaba, debía lamentar la interrupción. Me ocurría algo parecido cuando era niño y tenía que dar una lección que no sabía: si me venía tos me quedaba contento porque daba tregua a la tortura y porque a lo mejor, mientras tosía, podía ocurrir algo importante que me librara de la lección; pero si yo tosía a propósito, el maestro se daba cuenta. En aquel tiempo me hubiera parecido mentira que ahora, al ser grande, yo mismo me obligara a hacer una cosa como si tuviera al maestro dentro de mí.

Cuando se hizo muy tarde, llegó a mi casa, junto con mis hermanas, una muchacha rubia que tenía una cara grande, alegre y clara. Esa misma noche le confesé que mirándola descansaba de unos pensamientos que me torturaban, y que no me di cuenta cuándo fue que esos pensamientos se me fueron. Ella me preguntó cómo eran esos pensamientos, y yo le dije que eran pensamientos inútiles, que mi cabeza era como un salón donde los pensamientos hacían gimnasia, y que cuando ella vino todos los pensamientos saltaron por las ventanas.

LA CALLE

Hoy me estuve acordando de una cosa que me pasó hace pocas noches. Esa noche yo había encontrado una mujer, y los dos fuimos por una calle solitaria. La calle tenía a los lados muros severos y blancos: serían de fábricas o depósitos. Las veredas parecían haber nacido del pie de los muros, y eran simpáticas; pero los focos, que también parecían haber nacido de los muros, tenían sombreritos blancos y eran ridículos. Como era una noche sin luna, ellos eran los únicos que alumbraban, y parecía que solamente alumbraban el aire y el silencio.

Nosotros caminábamos despacio. Yo le había pedido a ella que por un rato no me hablara porque quería pensar en una cosa; pero no podía pensar en eso, porque la cabeza se me entretenía en advertir que cuando ya iba a terminar la luz de un foco, nos esperaba con solicitud estúpida la luz de otro.

De pronto yo me detuve y me di vuelta para atrás porque en el fondo de la calle pasaba el ferrocarril. Ella dio unos pasos más antes

de detenerse, y yo no sé qué pensaría. A mí me había interesado siempre el espectáculo del ferrocarril al pasar, y tal vez por eso me di vuelta y aproveché para verlo una vez más; pero esa noche no tenía ganas de verlo, me había dado vuelta sin querer: parecía que en ese mismo momento hubiera tenido dentro de mí un personaje que hubiera salido al exterior sin mi consentimiento, y que había sido despertado por la violencia del ferrocarril. Pero en seguida sentí que otro personaje, que también se había desprendido de mí, había quedado mirando en la misma dirección en que antes caminaba, que quería predominar sobre el anterior y que me empujaba hacia adelante. Si estos dos personajes no tenían sentido y querían huir, era porque yo, mi personaje central, tenía el espíritu complicado y perdido. Cuando me di cuenta de esto quise espantar los personajes, llegar a la realidad y hacer algo positivo: entonces me miré las manos. Después se me ocurrió —como un nuevo medio de llegar a lo normal, a la superficie común— avanzar hasta ella, aprovechar que la calle era solitaria y besarla: entonces, después que besé su cara tan rara, me di cuenta que me había pasado lo mismo que con el ferrocarril, que no tenía ganas de besarla, que la había besado el personaje que miró para atrás. Y en seguida, cuando reaccioné y quise ser positivo de nuevo y la tomé a ella del brazo para seguir caminando, sentí que me volvía a tomar el personaje que huía hacia adelante. Después de caminar unos pasos, me paré a pensar en lo que me pasaba, saqué un cigarrillo, me lo puse en los labios, y como el esmerilado de la caja de fósforos estaba gastado y yo frotaba inútilmente, la dejé a ella en la mitad de la calle y me fui a frotar el fósforo contra el muro.

Cuando dejamos esa calle y yo seguía acordándome de lo que me pasó, pensé que la calle no había quedado como antes; que en uno de los muros había quedado la cicatriz de un fósforo, y que éste había quedado encendido en la vereda que nacía de ese muro. Después pensé, como si despertara de un sueño y entendiera lo que en él pasó, que los muros severos y blancos habían cruzado sus miradas a través del aire y el silencio que alumbraban los focos de sombreritos ridículos. Sin embargo, no puedo decir cómo eran el aire y el silencio en esa noche y en esa calle. A pesar de todo me parece que cada vez escribo mejor lo que me pasa: lástima que cada vez me vaya peor.

EL SUEÑO

En un pedazo grande de sueño, yo me encontraba en un dormitorio y era de noche. La silla en que yo estaba sentado había quedado arri-

mada a una gran cama, y en esa cama y entre las cobijas estaba sentada una joven. La joven era de edad insegura, entre niña y señorita; se movía continuamente y acomodaba y jugaba con cosas que a ella le parecería que a mí me interesaban; a mí me parecía mentira que ella, estando preocupada en cosas de niña y teniendo ese placer que tienen las niñas cuando están acomodando cosas y en continuo movimiento, también sintiera el placer casi puramente espiritual de un amor profundo como el que yo sabía que ella sentía por mí. A veces parecía que ella se daba cuenta de lo que yo pensaba y que eso lo hacía a propósito: le gustaba que yo la mirara mientras hacía eso. Pero de pronto interrumpía su juego y ponía su cara muy cerca de la mía; entonces, en su cara había un poco de tristeza, de súplica y de dolor precoz; pero de pronto me daba un beso corto y seguía jugando como antes; entonces yo pensaba que predominaba en ella el placer de su juego, de ese juego que yo no sabía bien a qué ni con qué era, y al que atendía y fingía interés como se atiende y se finge interés a los niños cuando en realidad son ellos, más que sus juegos, los que nos interesan. Entonces yo la miraba como a una niña y le perdonaba esas cosas que ella hacía como hacemos con los niños cuando no saben que molestan: ella se movía mucho, y me molestaba al inquietar durante tanto rato los rayos de luz y la sombra que salían de una lámpara portátil de pantalla verde que quedaba del lado contrario del que estaba yo. Mi manera de perdonarla tenía también cierta malicia, cierta indulgencia interesada, porque yo sabía que después que yo hubiera atendido a su juego durante un buen rato, le pediría que me besara y ella me colmaría de besos y de mimos. Sin embargo, al momento me encontré besándola, y sentía que no la amaba, que no estaba en una situación franca conmigo mismo y que hacía por encontrar agradable un compromiso complicado en que estaba metido; entonces la besaba en las mejillas, donde le corrían abundantes lágrimas, y yo hacía lo posible por esquivar esas lágrimas, porque al encontrarlas me creía en el deber de sorberlas, y el líquido era cada vez más salado y abundante.

Tan pronto me encontraba en la silla y muy arrimado a la cama, como me encontraba a una distancia imprecisa de la cama y me veía a mí mismo sentado en la silla y con un traje claro. Cuando yo estaba en la silla y ella estaba cerca de mí, yo sentía la realidad de las cosas sin darme cuenta que la sentía, y además tenía el espíritu angustiado. Tan pronto me sentía contemplándola a ella, como sentía que hacía cosas que no eran las que yo quería hacer. Otras veces ella jugaba muy lejos de mí, en todos sus movimientos no había el más leve ruido, y esos movimientos se parecían a los de las películas pasadas sin música.

Pero entonces tenía conciencia de ese silencio y de mi mutismo —yo no debía de hablar nada—, porque en vez de estar yo junto a la cama de ella, debía de estar otro que era el novio que los padres conocían y con quien le permitían hablar.

Cuando yo estaba retirado de la cama y me veía a mí mismo sentado en la silla y con el traje claro, me sentía menos angustiado, y ella y el "yo" que yo veía a esa distancia imprecisa eran una cosa más íntimamente conciliada.

En una de las veces que yo estaba cerca, ella tenía el cuerpecito de un niño de meses y su cabeza era muy grande; jugaba con un papel y tan pronto se lo ponía sobre los hombros o se lo ceñía al cuerpecito; el papel crujía fuertemente; los padres, que estaban en la habitación próxima, se inclinaron sobre los pies de la cama de ellos, y desde allí nos veían —porque la puerta que comunicaba las dos habitaciones estaba abierta—. De pronto, en la habitación de nosotros apareció la madre, en camisa, y me dijo: "No esperaba este triunfo de usted". ¡Cuánto sufrí por eso!... Sentí mi traición, y el dolor de la persona traicionada al concederme el triunfo... Mi sombrero estaba tan pronto en un sitio como en otro; yo no lo podía tomar ni salir; pero en seguida dije: —Escuche, señora —y se me ocurrió esta mentira—. Estoy muy enamorado de una amiga de su hija; y al pasar por aquí, pensé que su hija me diría cosas de la mujer que amo; entonces, como vi luz, me atreví a llamar y ella me hizo pasar. Cuando terminé de decir esto, ella lloraba desconsoladamente, y lo que yo había dicho se iba haciendo verdad...

Al despertarme me ocurrió lo de muchas veces: empezaba a darme cuenta de por qué habían ocurrido algunas cosas, y esas soluciones me caían como fichas: los padres se habían despertado por el ruido que hacía el papel al crujir; ella lloraba porque sabía que yo amaba a otra, etc. Pero lo que más me asombró al despertarme fue comprobar que la madre de ella era mi propia madre.

También recordé lo que me sucedió antes de dormir y al terminar el sueño: pensaba en las leyes físicas y humanas y veía pasar mis deseos por mí, como nubes por un cielo cuadriculado. Al ir pasando al sueño, esa red se rompía; pero yo seguía pensando y sintiendo como si estuviera entera: los pedazos rotos estaban como enteros; y había un cuadro tan bien escondido debajo de otro, que la madre de ella era la mía..."

El joven no quiere ir describiendo los hechos en el mismo orden que ocurrieron; tampoco quiere hablar de los personajes que tuvieron que ver con la mujer que amaba: ni siquiera los de su familia. Pero

se le ha antojado describir la nariz de ella, aunque le resultara ridículo.

"En muchos de los instantes que viví cerca de ella, concentré toda mi atención y toda mi adoración en su nariz. También me parecía que muchos extraños pensamientos que vagaban por el aire se metían por mi cabeza y me salían por los ojos para ir a detenerse en su nariz. Entonces creía que su manera de sentarse, erguida; su manera de levantar la cabeza, adelantando la barbilla, y todo lo físico y espiritualmente bello que había en su persona, era un ardid de su naturaleza para preparar y llevar al espíritu a adorar su nariz.

La nariz de ella sobresalía de su cara, como un deseo apasionado; pero ese deseo estaba insinuado disimuladamente, y hasta un poco recogido después de haber sido insinuado; y este recogimiento parecía hecho con un poco de perfidia. Cuando la miraba de frente y sus grandes ojos azules estaban entornados, su nariz parecía haber sido muy sensible a las lágrimas que salieron de aquellos ojos y que se habían secado en ella; también las lágrimas parecían haber dejado rastros en dos pequeñísimos bultitos pálidos que brillaban en la misma punta de su nariz.

En los momentos que era yo quien le insinuaba mis deseos apasionados —pero por medio de palabras, y palabras que salían a ser oídas como saldrían a bailar por primera vez hombres grotescos y tímidos—, su nariz parecía que oía, y como sus ojos estaban casi cerrados, también parecía que era la nariz la que veía; y cuando asomaba la cabeza a la ventana para ver lo que ocurría en la calle, parecía que la nariz esperaba a que llegaran lentamente a posarse sobre ella unos impertinentes."

"No puedo dedicarme a pensar, por qué necesito explicar cómo anduvo hoy vagando en mí un terrible pensamiento. Pero lo cierto es que ahora quiero desparramarlo en esta página.

Primero me senté en mi cama y miré la mesita pintada con nogalina; después miré muchas cosas de mi cuarto... —Me doy cuenta que tengo deseos de decir cómo son todas las cosas que hay en mi cuarto, para tardar en recordar exactamente cómo llegó hasta mí ese pensamiento; pero no me torturaré tanto, porque es la primera vez que tengo que recordar esto—. De pronto sentí en el alma un espacio claro, donde vagaba una especie de avión. Voy a suponer que mis ojos miraran para adentro en la misma forma que para afuera; entonces, al ser esféricos y moverse para mirar hacia dentro también se movían mirando hacia fuera, y por eso yo miraba los objetos que había en

mi cuarto, sin atención: yo atendía al avión que andaba adentro y en el espacio claro.

Después resultó que la parte de los ojos que miraba para afuera y sin atender, miró —como hubiera podido mirar un enamorado vulgar— una fotografía de ella que estaba en la mesita pintada con nogalina; entonces, en vez de atender al avión de adentro, atendí a la foto de afuera. Después quise volver a ver el avión, pero éste se había perdido en el espacio claro; entonces yo dije para mí: "ya volverá, y si tarda es porque debe de estar cargando algo". Cuando volvió, no sólo me pareció que traía carga, sino que no era el mismo. También sentí que se dirigía a mí, a mi estúpida persona de aquel momento; y lo único que atiné fue a sacarme un trapo de otro lugar del alma, y a hacerle señas de que siguiera... pero le debo de haber hecho señas de que se detuviera, porque llegó hasta mí, y me rompió la cabeza y todos los escondidos lugares de mi estúpida persona".

Creo que me durará mucho tiempo el asombro de lo que me pasó hoy: he visto al joven de la historia y me ha dicho que no tiene más ganas de seguir escribiéndola y que tal vez nunca más intente seguirla.

Yo siento mucho; porque después de haber conseguido esos datos que me parecen interesantes, no los podré aprovechar para esta historia. Sin embargo guardaré muy bien estos apuntes; en ellos encontraré siempre otra historia: la que se formó en la realidad, cuando un joven intentó atrapar la suya.

FELISBERTO HERNÁNDEZ

SUR, Nº 256, enero-febrero de 1959

EL DISFRAZ

El domingo pasado, al mirar por un postigo entreabierto del balcón, vi detenerse un coche de alquiler enfrente del hotel Los Paraísos. Una mujer bajó del coche: llevaba un vestido celeste y una valija de cuero en la mano. Cuando la reconocí, por poco me desmayo de alegría. ¡Era la Delfina, mi querida Delfina!

Habían transcurrido dos años desde que la ingrata se fue con esa compañía de revistas de mala fama que por entonces daba funciones en un teatro del centro de la ciudad. La Delfina, lo recuerdo, andaba ensoberbecida, todo porque salió elegida Reina del Sindicato de Costureras, aquel maldito baile de carnaval. A decir verdad, estaba preciosa con su disfraz de Noche. Yo misma le ayudé a pegar las lentejuelas, las estrellas de papel plateado, la media luna del sombrero. Era mi amiga, la única de la Sucursal que no tenía vergüenza de salir conmigo a la calle. Por eso me regocijé cuando la coronaron. Imaginaba la rabia que tendrían las demás empleadas, sobre todo la Claudia, esa italiana falsa que se cree una belleza (ella fue quien me tocó y me puso en evidencia: la aborrezco) . La Delfina será morocha, delgada; tendrá los dientes separados, pero ni punto de comparación con la Claudia, que siempre me pareció el colmo de la ordinariez. Yo, por supuesto, no fui al baile de carnaval y me quedé sentada en el balcón hasta muy tarde. Mi padre, cuando vivía, tuvo la feliz ocurrencia de hacerme esta silla desde la cual puedo mirar la calle sin fatigarme demasiado. Me hubiera pasado la vida en el balcón, pero mi padre murió y debí resignarme a trabajar en la Sucursal. Con todo fue una suerte que la Delfina ocupara un cuarto en el hotel Los Paraísos, justo en la esquina de mi casa. Por la mañana pasaba a buscarme. Tomábamos el tranvía 26.

Recuerdo esas mañanas como las más felices de mi vida. La Delfina me cedía el asiento de la ventanilla, me hablaba de su novio, de las actrices de cine que admiraba, de la novela que leía por las noches. Yo le prestaba libros y revistas. Aunque nunca fui a la escuela, tengo instrucción. Yo sola, por mis propios medios, aprendí a leer. Mi padre me regaló una Biblia; sé de memoria algunos proverbios. Pero mis

dones de clarividencia y de sabiduría no provienen de esa fuente. Mi raza, en otras épocas, disfrutó del apoyo de los poderosos; fuimos favoritos de príncipes; la corte celebraba y temía nuestra lengua brillante y venenosa: lo leí en un tomo de la Enciclopedia Ilustrada que compré con el último aguinaldo. La Delfina, a pesar de su cabeza de pajarito, adivinó mi superioridad, me hizo su confidente. Quería que viviéramos juntas. Yo me negué. Después de la muerte de mi padre decidí aislarme del mundo y de los ultrajes que necesariamente debo soportar cuando salgo a la calle. Pensé que iba a recibir una pensión del Estado, pero, según las leyes, no me corresponde. Mi singularidad física me permite trabajar. Tuve, por lo tanto, que aceptar el empleo en la Sucursal. Al principio sufría; las empleadas no me quitaban los ojos de encima, pero en general creo que mi aspecto las volvía serias, las desconcertaba. Sólo la Claudia, esa italiana odiosa, se atrevió a tocarme. Dijo que le traería suerte. Me puse roja de vergüenza. La hubiera matado.

No podía soportar que nadie viviese a mi lado. Soy de carácter irritable, he nacido bajo el signo de Saturno. A veces, cuando vuelvo del trabajo, me siento en la hamaca del patio y digo malas palabras hasta calmarme. El loro que perteneció a mi padre las escucha y aprende a repetirlas. Antes solía entonar *La cumparsita*; también silbaba los primeros compases del Himno Nacional. Ahora insulta, maldice. Eso me divierte.

Debo confesar que nunca sentí cariño por mi padre. A mi madre no la conocí. Murió al darme a luz. Supongo que tendría los ojos sombreados y un poco saltones, como los míos. Mi padre, al enviudar, trajo a una mulata del Litoral para que se ocupara de las tareas de la casa. La Mercedes, así se llamaba, acostumbraba a frotarme con ungüentos preparados por una curandera comprovinciana suya y medio bruja; la misma que fabricó el amuleto que habría de convertirme en una persona común. Supersticiones de ignorantes. No quiero cambiar; pertenezco a un linaje muy antiguo, lo repito, cuya inteligencia y astucia han llegado a ser proverbiales. Si bien es cierto que en estos tiempos desprovistos de imaginación sufrimos postergados en circos y parques de diversiones, yo tengo el orgullo de ser una excepción. Gracias a mi puntualidad, a mi discreción, a mis hábiles y refinadas sumisiones, pronto seré nombrada Jefa de la Sección Ojales. Entonces tomaré medidas contra la Claudia.

Una noche (mi padre estaba muerto) descubrí que la Mercedes tenía relaciones con un hombre en el cuarto del fondo, detrás de la cocina. Espié por los visillos de mi dormitorio: vi al hombre que cruzaba el patio en dirección a la puerta de calle. Odié a la Mercedes

con toda mi alma. Al otro día le dije que no me alcanzaba el dinero, que debía arreglármelas sin ella. La despedí. Fue una suerte que se marchara, ahorro dinero, casi no como; me basta un puñado de arroz hervido y un pedazo de pan para vivir. Compro libros que me interesan, miro por el balcón. Ayer, casualmente, volví a ver al amante de la Mercedes. Es moreno y rizado; parece un turco. Pasó en su carro de bebidas gaseosas.

La única persona que ocupaba mi recuerdo, mi nostalgia, era la Delfina. Por eso, el domingo, cuando bajó del coche de alquiler y entró al hotel Los Paraísos, mi primer impulso fue correr a su encuentro y abrazarla. Pero reflexioné: es ella quien debe venir a visitarme, se portó mal conmigo, no me escribió a pesar del dinero que le presté antes que se marchara a Buenos Aires.

La verdad es que la Delfina fue un poco falsa en aquella oportunidad. Me ocultó en un principio el vergonzoso carácter de su compañía de revistas. ¿Mintió porque no quería escandalizarme? Dijo que Androcles, el empresario, trataba de formar un conjunto de bailes regionales y que a ella la contrataban por su tipo de criolla. Yo, que estaba enterada de todo, me enfurecí. Le dije, llorando, que corría hacia su perdición, que se arrepentiría de abandonarme. La Delfina, emocionada, me tomó entre sus brazos, me secó las lágrimas con su pañuelo. Entonces me contó sus verdaderas intenciones: lo de Beldades de Medianoche no era de su agrado pero, a falta de algo mejor, aprovechaba esa oportunidad para salir de la provincia. No iba a pasarse la vida encerrada en la Sucursal. Triunfaría. La Claudia, dijo, quedaría retorcida de envidia. Estas últimas palabras me convencieron. Sin vacilar le presté mis ahorros. Jamás olvidaré que la Claudia me tocó la espalda, que me puso en ridículo. Deseo verla muerta.

Recuerdo que acompañé a la Delfina a la estación la mañana de su partida. En el andén conocí a Androcles, un hombrecito autoritario, pálido, que fumaba innumerables cigarrillos negros. Las otras chicas de la compañía me parecieron unas descaradas. La Delfina, que prometió escribirme, me dejó de recuerdo la maravillosa capa de su disfraz de Noche. Yo sentía que, al irse ella, quedaba a merced del odio de las demás empleadas de la Sucursal. Durante los dos años que duró su ausencia, sólo recibí una fotografía que guardo en mi mesa de luz. La Delfina, más bonita que nunca, caracterizada de beldad oriental o de Cleopatra, lleva una curiosa diadema de serpientes enlazadas en forma de corazones. Sus pechos desnudos y pequeños asoman entre los collares de perlas; a través de la muselina se adivina el vientre, la clásica penumbra del ombligo. Al pie del retrato la firma, sin ninguna dedicatoria: *Delfina Coronel*, y la fecha.

Sufrí mucho por esa muestra de frialdad. Pudo haber agregado algo cariñoso. Después de todo, fui su única confidente, le preste dinero.

No puedo ocultar la decepción que me produjo el encuentro con la Delfina. Yo terminaba de lavarme la cabeza; tenía el pelo húmedo y suelto, me cubría la espalda. (Sé que mi cabellera es espléndida; una vez por semana la enjuago con raíces de caña tacuara; eso la fortalece. También mis piernas, aunque delgadas, son perfectas; las he mirado largamente, hasta el arrobamiento.) Cuando abrí la puerta de calle simulé una gran indiferencia. La Delfina me abrazó, dijo que me había escrito: "Te lo juro, querida —se disculpó—, el correo debió extraviar las cartas". Me acompañó al dormitorio donde acabé de secarme el pelo. La ingrata, recostada en mi cama, encendió un cigarrillo. Miré por el espejo su hermoso cuerpo esbelto y me ruboricé al recordar los entusiasmos que me asaltan por las noches mientras contemplo su fotografía. Traté de parecer natural, de sonreír. Temía que la Delfina descubriera mi secreto, que lo leyera en mi cara. Le pregunté si había venido por mucho tiempo. "Una semana apenas —me contestó—: vine a buscar una cocinera para el negocio de mi marido." Sentí que el suelo cedía bajo mis pies, empalidecí. La Delfina, que advirtió mi turbación, dijo: "¿No sabías que estoy casada? Al poco tiempo de llegar a Buenos Aires, Androcles me propuso matrimonio. Acepté con la condición de que abandonara para siempre la compañía de revistas. Deseo un hogar decente. Androcles, que había ganado dinero en las carreras, compró la llave de un restaurante, y como quiere especializarse en comidas del norte, me encargó que le buscara una buena cocinera". "Pero yo recibí una fotografía —murmuré con voz atribulada—; llevabas, creo, collares de perlas, un disfraz oriental." La Delfina sonrió con malicia: "Recuerdo esa fotografía —dijo—. La sacó Androcles en un cuarto del hotel donde vivíamos. Tiene la manía de los desnudos artísticos. A veces le sirvo de modelo para su colección. A pesar del antifaz me hubieras reconocido. No me atreví a enviarte uno de esos retratos. No hagas ese gesto, querida. El *hobby* de Androcles es bastante inocente". Después la Delfina me preguntó si continuaba trabajando en la Sucursal. Le dije que a fin de mes iban a nombrarme Jefa de la Sección Ojales. Pero la Delfina no prestaba atención a mis palabras: era feliz con su Androcles, con el departamento recién comprado en un suburbio de la capital. Ésas habían sido, en el fondo, sus verdaderas intenciones; para eso me pidió dinero, la farsante. Súbitamente, me sentí herida, traicionada. Hice un esfuerzo para no arrojarme sobre ella y golpearle la cara. Le hubiera gritado: ¡Canalla, haciendo porquerías con Androcles y con otros! ¡Porque hay otros, muchos otros! ¿Quiénes son?

¿Quiénes? Sólo atiné a decirle: "Me duele la cabeza. Me siento afiebrada. Mañana o pasado hablaremos. Perdóname".

Cuando la Delfina se fue rompí la fotografía y arrojé los pedazos a la basura. Después, encerrada en mi dormitorio, escupí sobre el espejo del ropero, me rasguñé la cara, lloré amargamente. La idea de que la Delfina posaba desnuda para satisfacer los impúdicos gustos de su marido lastimaba mi delicadeza. Preparé tilo, ensayé distraerme con la lectura de la Enciclopedia Ilustrada, pero la misma idea volvía a atormentarme. Cerré los ojos: una imagen insoportable me cortó la respiración: la Delfina estaba acostada en mi propia cama, con el vendedor de bebidas gaseosas (aquel que descubrí saliendo del cuarto de la Mercedes y que parece turco). Sentí que la imagen de esos dos cuerpos no me abandonaría nunca; que estaba condenada a no conocer el amor sino a través de uno de ellos: yo era el vendedor de bebidas gaseosas y tenía en mis brazos a la Delfina; o bien, yo era la Delfina y estaba en brazos del vendedor. Abrí los ojos, aterrorizada. Los dedos de mis manos empezaron a torcerse, echaba espuma por la boca. Grité.

Si yo fuera una persona vulgar me habría suicidado. El sábado, la Delfina tomó el tren de la tarde, volvió junto a Androcles, su marido. Antes de marcharse a la estación pasó por mi casa y me devolvió el dinero que le había prestado (lo dejó en un sobre que deslizó por debajo de la puerta de calle). Golpeó el llamador, golpeó la persiana del balcón: no tuve coraje para abrirle la puerta. Permanecí en mi cuarto, llorando, hasta que se marchó.

Ayer, para colmo de mis desgracias, me enteré de que la Claudia se casa con un telegrafista y abandona la Sucursal. Durante años soñé con el momento de ser ascendida a Jefa y vengarme de esa infeliz que me tocó la espalda. Las demás empleadas simularon (estaban muertas de envidia) alegría; le hicieron bromas, propusieron una colecta para el regalo de casamiento, discutieron el regalo; al fin se pusieron de acuerdo: le regalarían un ventilador. Yo permanecí absorta en mi trabajo, tratando de no escuchar, pero las manos, heladas, me temblaban de furia. Pedí permiso para retirarme una hora antes (es la primera vez que lo hago en cuatro años de trabajo). Volví a mi casa, compré nafta en el almacén de la esquina. Quería incendiarme, morir. La Delfina, pensaba, estará en este momento con su marido que la fotografía desnuda. Y yo, que consigo el ascenso a Jefa de la Sección Ojales, no podré vengarme de la Claudia. Mi vida no tiene objeto: me consumen el insomnio y la pena. Me paso las noches devorada por visiones repugnantes, alucinada entre el deleite y el horror. Esto

no puede continuar. Pero algo en mí se aferra a la vida tenazmente como una cucaracha que trepa por la pared con la mitad del cuerpo reventado. Mientras miraba por el balcón, vi al vendedor de bebidas gaseosas que bajaba como un mono gigante de su carro, llevando sobre los hombros un cajón de botellas de naranjada. Una idea me iluminó. Olvidé al instante mis pensamientos sombríos y lo llamé con un chistido. El hombre se acercó al balcón. Tiene la barba tupida y algunas cicatrices de viruela en las mejillas. Los ojos oblicuos, retintos; el cuerpo es ágil, vigoroso. Me bastó una mirada para saber que es una persona inofensiva, de mentalidad simple, y que no me será difícil hacerlo representar su papel de acuerdo con mis planes. Le dije que tenía un mensaje de la Mercedes, que si podía, una vez terminado el reparto, pasar un momento por mi casa. El hombre no pareció sorprenderse; mostró sus dientes manchados de nicotina y me dijo: "Bueno, mañana daré una vuelta por aquí, a la siesta, a eso de las tres".

Estoy sentada en mi cuarto esperando al vendedor de bebidas gaseosas. He cerrado las puertas que dan al patio; la casa está a oscuras; hace calor. Los jazmines del florero exhalan un perfume parecido al vértigo: aunque marchitos, huelen de una manera intensa y melancólica; sugieren la noche, el deseo ofrecido al olvido, a la desdicha. No estoy acostumbrada al alcohol; el vino me ha mareado. Sé que ésta es la única oportunidad que tengo para conjurar la visión que me persigue desde la última vez que vi a la Delfina. A fuerza de irrealidad conseguiré saciarme. Tendré el sueño, la paz. Por momentos la idea de un fracaso me estremece: supongamos que la alucinación me rechace, ¿tendré que soportar la violencia de un cuerpo que detesto mientras la Delfina escapa de mí para siempre? Necesito ser astuta y asegurarme el triunfo. He sacado del ropero la capa del disfraz de Noche que me regaló la Delfina y que guardaba como un tesoro. Aún recuerdo cuando la coronaron Reina en aquel baile de carnaval, hace dos años. Yo le ayudé a pegar las estrellas y las lentejuelas del vestido. Me pongo la capa brillante, suelto mi cabellera que me cae más abajo de la cintura; me contemplo en el espejo. La imagen me sobresalta de admiración. Parezco un insecto suntuoso de ojos saltones y piernas delicadas. Pero abandono el espejo y ensayo repetirme en voz baja: "Me llamo Delfina, Delfina Coronel". Súbitamente cruza por mi imaginación la idea de que el vendedor de bebidas gaseosas pueda negarse a participar del juego. Quizá mi aspecto le desagrade, quizá eche a correr. Vuelvo a mirarme y me tranquilizo: estoy hermosa; la capa y los cabellos revueltos disimulan mi

espalda. Si el hombre se resiste le ofreceré dinero, le diré que soy virgen para excitarlo. Después de todo, la Mercedes era casi una vieja y no tenía piernas tan bonitas como las mías. El alcohol me marea, tengo hipo. El perfume de los jazmines me exalta y me llena la boca de palabras obscenas. Soy los jazmines, soy la noche. ¡Brillo, camino, arrastro por el cuarto una cola de seducciones, de dulces inmundicias! Han llamado a la puerta de calle. Mientras cruzo el zaguán me repito incansable: "Soy la Delfina. Soy Delfina Coronel".

JUAN JOSÉ HERNÁNDEZ

SUR, Nº 170, diciembre de 1948

EL CORTAPLUMAS PERDIDO

Ayer perdí un cortaplumas y a causa de ello comprobé sobre cuán débiles bases se asientan mi filosofía y mi disposición para aceptar el destino: una pérdida tan pequeña me ha conmovido más allá de toda medida, y aún hoy sigo pensando en aquel cortaplumas, no sin reírme de mi propio sentimentalismo.

Mal signo, que su pérdida pueda afligirme tanto. Entre las peculiaridades que yo mismo me censuro y combato, sin lograr vencer, está el aferrarme con gran cariño a las cosas que he poseído. Siempre es para mí una molestia, cuando no un pequeño dolor, separarme de un traje, de un sombrero, de un bastón que he usado mucho tiempo —qué decir de una casa en la que he vivido durante años—, sin hablar de adioses y alejamientos más tristes. Y aquel cortaplumas era de los pocos objetos que habían sobrevivido a las peripecias de mi vida, acompañándome a través de todas las mudanzas.

Aún conservo, a decir verdad, algunas baratijas consagradas por el pasado lejano: un anillo de mi madre, un reloj de mi padre, un par de fotografías y recuerdos de mi niñez. Pero son objetos de museo: yacen en un cajón y salen a la luz en muy raras ocasiones. El cortaplumas, en cambio, era un objeto de uso cotidiano; cuántas veces lo guardé en el bolsillo, lo saqué del bolsillo, lo usé para el trabajo o el juego, lo afilé en la piedra. A veces, también, lo perdí para volverlo a encontrar. Sentía cariño por ese cortaplumas, y bien merece una elegía.

No era un cortaplumas ordinario (de esos he tenido muchos en mi vida). Era un cuchillo de jardín, con una sola hoja muy fuerte, curvada en forma de media luna y terminada en un sólido mango de madera pulida; no era un objeto de lujo o de ocio; era un arma seria, un instrumento genuino, de diseño antiquísimo, garantizado por el uso. Estos diseños provienen de la experiencia ancestral de nuestros padres y a menudo resisten largo tiempo el empuje de la industria, que ambiciona reemplazarlos por otros no probados, nuevos, fútiles, sin sentido. ¿Acaso la industria no basa su existencia en

las veleidades del hombre moderno, en el cansancio que le inspiran los objetos con los cuales trabaja o se divierte, en su afición a cambiarlos sin nostalgia y con frecuencia? Si cada hombre, como en los viejos tiempos, comprara una sola vez en su vida un cuchillo fuerte y noble, y lo conservara con esmero, ¿a dónde irían a parar las fábricas de cuchillo? No; hoy cambiamos, a cada momento, cuchillo, tenedor, gemelos, sombrero, bastón, paraguas; la industria ha conseguido someter a la moda todas estas cosas, y de las formas diseñadas para una temporada no puede esperarse que posean la belleza, la vida y la legitimidad de las formas viejas, auténticas, justificadas por el uso.

Recuerdo muy bien la mañana en que entré en posesión de mi hermoso cuchillo de jardín en forma de hoz. Por entonces yo me sentía en mi apogeo desde todo punto de vista. Me había casado hacía poco, estaba libre de la ciudad y del encierro de un oficio necesario, acababa de establecerme, dependiendo exclusivamente de mí mismo, en una hermosa aldea junto al lago Constanza; mis libros tenían éxito —yo los encontraba buenos—, un bote de remos se mecía sobre el lago, mi mujer esperaba a su primer niño; agregaré que yo estaba a punto de iniciar una gran empresa cuya importancia me llenaba de gozo: la construcción de mi propia casa y el diseño de mi propio jardín. Había comprado el terreno, tomado las medidas; y cuando recorría el lugar, sentía como algo solemne la belleza y la dignidad de aquella acción; me parecía que allí colocaba, para siempre, una piedra fundamental; que allí establecía, para siempre, un hogar y un refugio. Los planos de la casa estaban listos y el jardín, poco a poco, tomaba forma en mis sueños: imaginaba la espaciosa avenida central, la fuente, el prado, la sombra de los castaños.

Una mañana —yo andaría por los treinta años— el vapor me trajo un pesado cajón que ayudé a subir desde el muelle; venía de un comercio de jardinería y sólo contenía instrumentos de jardín: pala, palas de puntear, pico, rastrillo, escardillos (había uno, con cuello de cisne, que me encantaba sobremanera) y otras cosas de la misma especie. Y entre ellas, envueltos cuidadosamente, algunos objetos más pequeños y delicados que descubrí y examiné con alegría; allí estaba el cuchillo corvo; en seguida lo probé: saltó el tenso resorte, y ante mis ojos relampagueó el acero flamante y brillaron las guarniciones niqueladas del mango. En aquel tiempo, el cuchillo era un detalle más, un suplemento ínfimo de mis pertenencias; estaba lejos de pensar que alguna vez sería, de toda mi hermosa y nueva posesión, de casa y jardín, patria y familia, el único pedacito que aún fuera mío y permaneciera a mi lado.

No pasaron muchos días antes de que estuviera a punto de cerce-

narme un dedo con el nuevo cuchillo; aún hoy conservo la cicatriz. Entre tanto, el jardín estaba dispuesto y plantado; la casa, construida; año tras año, el cuchillo fue mi compañero; con él podé los frutales e hice ramos de dalias y girasoles; con él corté látigos para mis hijos y arcos para sus flechas; por entonces, yo viajaba poco; salvo en raras ocasiones, pues, pasaba diariamente algunas horas en el jardín, que yo mismo cuidaba, ocupado en cavar, plantar, sembrar, regar, abonar, cosechar; durante las estaciones frescas, mantuve siempre una fogata en un rincón del jardín; en ella ardían —transformándose en cenizas— malezas, raigones y desechos de toda clase. Mis hijos se divertían hundiendo varas y juncos, asando patatas y castañas en el fuego; y en el fuego, una vez, se me cayó el cuchillo; desde entonces apareció en su mango una marquita por la cual yo le hubiera reconocido entre todos los cuchillos del mundo.

Llegó un tiempo en que viajé mucho; ya no me sentía tan feliz en la risueña casita del lago de Constanza. Abandoné mi jardín para correr mundo, como si en alguna parte hubiese olvidado lo esencial; llegué hasta el extremo sureste de Sumatra y vi las grandes mariposas verdes brillar en la jungla. Y a mi regreso, mi mujer se puso de acuerdo conmigo en que deseábamos abandonar la casita y la aldea. Nuestros hijos, ya crecidos, necesitaban instrucción; hablamos mucho de todo ello. Pero de una cosa no hablé con nadie. A nadie confesé que mi permanencia en aquel pueblo había perdido su sentido, y que mi sueño de felicidad y desahogo en aquella casa había sido un sueño falso, que debía desechar.

En la magnificencia de un viejo jardín, con árboles añosos e imponentes, cerca de una gran ciudad suiza, ante solemnes montañas cubiertas de nieve, volví a encender mis fuegos acostumbrados de otoño y primavera. También en este nuevo lugar llegó a dolerme la vida; contrariedades, desasosiegos. Buscaba yo, aquí y allá, la culpa de todo ello; a menudo, la buscaba en el propio corazón; y al mirar mi fuerte cortaplumas acudían a mi memoria las espléndidas instrucciones de Goethe para uso de suicidas reflexivos: no anhelar una muerte demasiado fácil sino merecerla heroicamente y clavarse, por lo menos con la propia mano, el cuchillo en el corazón. Lo cual me resultaba tan imposible como a Goethe.

Llegó la guerra del catorce. A poco advertí que ya no necesitaba buscar los motivos de mi descontento y melancolía. Todo era inevitable: lo comprendía claramente. Sin embargo, vivir en el infierno de esta época era una buena cura contra el egoísmo de la propia tristeza

y decepción. Apenas podía usar mi cuchillo; tenía demasiado que hacer. Y todo, poco a poco, se fue deslizando hacia la ruina; antes que nada, el Imperio Alemán y su guerra. Contemplarlo desde afuera era una amargura inconcebible. Y cuando terminó la guerra, también en mi vida habían cambiado muchas cosas; ya no poseía casa ni jardín; tuve que separarme de mi familia; conocí la soledad y el recogimiento; a menudo, en los largos, largos inviernos del destierro, permanecía sentado en una fría habitación junto a la pequeña chimenea, quemando cartas y diarios, haciendo con el cortaplumas, al azar, incisiones en los leños, antes de echarlos al fuego; veía quemarse en las llamas, para purificarse en cenizas, mi ambición y mi ciencia y todo mi ser. Y aunque el yo, los anhelos, la vanidad y la turbia magia de la vida volvieran a enmarañarme una y otra vez, había encontrado un refugio; había aprendido una verdad: la patria que nunca pude fundar y poseer en vida, empezó a crecer en mi propio corazón.

Llorar la pérdida del cortaplumas que me acompañó por este largo camino, no es una actitud heroica, ni prudente. Pero hoy no quiero ser heroico ni prudente. Para serlo, ya habrá tiempo mañana.

HERMANN HESSE

Primero

SUMERSIÓN

A ANGÉLICA OCAMPO

Aquella ciudad no ofrecía destinos blandos, aquella ciudad marcaba. Su gran sequedad era un aviso; su clima, su luz, su cielo azul mentían. Una riqueza fabulosa ocultaba el hierro rojo. Sin embargo era el país del hierro rojo, animales y hombres lo soportaban en el campo y en la ciudad. Ésta tenía un aspecto amable y engañoso; engañaban sus calles rectas y limpias, tan hospitalarias que hasta su seno entraban, venidos de ultramar, las chimeneas y los mástiles para mezclarse con los árboles del país, en sus plazas; engañaban las luces, al anochecer, del gigantesco estuario que esperaba a los viajeros como un horizonte suntuoso, iluminado; engañaban sus hombres, engañaban sus mujeres —bellos ojos ásperos y malignos, carne dorada, mujeres de una rara especie animal y secreta. Pero estos últimos engañaban sin conciencia como si la atmósfera les impusiera insidiosamente una conducta.

Sin embargo, aquella ciudad y sus fuertes mujeres se parecían. Gravitaba sobre su corazón, sobre su seno, la misma ley instintiva y odiosa: ambas encontraban para el extraño un profundo rigor, una honda veta negra. ¡Cómo dejaban acercar al extraño sólo con mostrar el brillo de su piel saludable —acercar el beso, acercar las proas cargadas de racimos humanos— para mostrar después el hierro rojo y asentarlo con delectación!

Contra esta ominosa delectación clamaban sin suerte las carnes desholladas, esos racimos de gente con ojos de bestia dócil que se quedaban rezagados junto a los mármoles de los Bancos, de los Grandes Almacenes, de las estatuas. Poseídos de una sed de inmediata conquista siete mil inmigrantes llegaban por semana. Todos tenían que atravesar por un barrio antes de llegar al seno de la ciudad. En esta región se habituaban, para no sufrirlos de golpe, a la edificación poderosa, al clima de la actividad poderosa. También en esta región comenzaba para los miserables el sometimiento a la ley de la tierra

prometida. Muchos soportaban la marca roja con ojos dolientes y firmes, como en el interior del país los mansos ganados; muchos pagaban su derecho sangriento sobre el futuro; pero, en esta región —vaga tierra de nadie de la ciudad—, otros, débiles, se retorcían, gritaban sordamente ante el olor de su carne señalada. Este acre y pobre olor humano no lo conocían los hombres y las mujeres de la urbe, demasiado atentos a la pequeña ingeniería de su alma y a la inmensa ingeniería de su ciudad. De este sacrificio nadie tenía noticia, nadie sabía, más que sus héroes oscuros.

Los más fuertes entraban después en la ciudad, pero los débiles permanecían enquistados en ese barrio, gente que no entraría nunca en el laberinto, pálidos menospreciados de Ariadna.

Taciturnos, habían construido sus defensas provisorias, improvisado los falsos goces de su fracaso, y así estaba el barrio lleno de recursos contra la opresión invasora, de diminutos cinematógrafos, de hosterías con nombres cándidos, de barracas con "novedades" y pasatiempos, de vastos bares que trascendían una música internacional. Y este barrio, a la luz de los reverberos y tugurios, tenía sus mujeres —circulantes mujeres de alma ingenua y dientes podridos que se maravillaban ante los llamativos colgajos de las tiendas—, señoritas capaces de reemplazar con grandes gestos los gestos de la amada, demasiado rojas, pintadas y fragantes, comparables a esos modelos que las casas de belleza movilizan como un último recurso ante la ruina.

¡Felices los que de ese limbo oscuro subían a una nave de vuelta! Acodados en la borda, al anochecer, rostros de extrema blandura, ojos azules, veían desaparecer sin odio, más acá de la ciudad, lo único que conquistaron de ese populoso desierto, esa franja de tierra miserable, isla negra surcada de estrellas.

I

Avesquín, llegado al puente, se detuvo. El puerto abría su boca monstruosa, la noche viajaba, las bellas aguas nocturnas oscilaban brillando. Una queja de animal poderoso vibraba; trepidantes, usinas y sirenas rompían la garganta del estuario, conmovían los mástiles, los castillos esqueléticos, todo lo que vela, por la noche, el sueño de las naves. Avesquín contempló absorto ese abismo. Apretó las manos en el parapeto mientras lo invadía una alucinación angustiosa. Un lejano reflector resbalaba de pronto, escrutaba, descubría en la cubierta de los barcos, en medio del gran foco negro de maderas podridas, tripulantes dormidos; por un instante ponía en aquellas caras

amarillas o negras el mismo relieve luminoso; después desaparecía, dejaba que la noche les diera una muerte lívida y transitoria. Los inmensos muelles rectangulares oprimían.

Lo iba llenando una alucinación sombría y al mismo tiempo una placidez, un bienestar, semejante a ese alivio que se siente al entregarse del todo, después de la crisis, a un lento dolor. Ese ruido portentoso comunicaba su espíritu, su profunda soledad, con el universo; sólo el poder de esta otra enorme soledad, trepidante, llevaba a su espíritu palabras activas, una voz. Era la voz del hierro, de las proas martilladas, de los silbatos guardianes, pero detrás de todo eso imaginaba hombres, grandes cansancios, tragedias respiradas con el carbón, gemidos, ojos huidos de la labor hacia ignotas regiones. Hombre errante, él estaba acosado, pero no sabría decir por qué, por qué mal, en medio de un mundo nuevo y poderoso. En la urbe, ante la grandiosidad helada, la suntuosidad vertical de una sorda Babilonia, las mil diagonales de cemento blanco, extrañaba su tierra, el Café de los Intelectuales, el teatro Cómico, la señorita Iva, las iglesias barrocas del suburbio, los muelles de madera de su río nativo, descompuestos y hediondos. En medio del mutismo de la ciudad nueva, cuyas fiestas o penas no conocería nunca, extrañaba sus antiguas charlas con todo el mundo en los viejos parques europeos, sus discusiones con cada cliente a la luz de un opulento chopp, al atardecer, en los cafés cuyas paredes decoraba sin prisa, ocioso e ilusionado.

Ese mutismo brutal lo llenaba de asombro. Le traía, anochecido, a buscar la inmensidad abierta —donde aun las risas, los gritos, en los navíos cercanos, que no eran para él, veníanle ofrecidos por un eco servicial—, el rumor de la noche libre y el eco de una terrible laboriosidad recogida y naturalizada por el agua. Hasta medianoche la vida del puerto era intensa.

Con su camisa negra y su traje oscuro, pobre, Avesquín se confundía con la noche en aquel puente tenebroso, y sus manos, su rostro, aculotados por una vida sedentaria, le parecían ahora demasiado blancos y débiles, con esa cicatriz que le cruzaba la sien; tenían para esa atmósfera la misma luz humilde y silenciosa de la luna. Sus ojos seguían sin fatigarse el cuadro turbio del puerto. Pero, pensó, no era, realmente, piel curtida lo que este mundo nuevo imponía con su clima a los hombres, sino una condición particular del gesto: un fondo de impavidez sobre el que la risa o el llanto ya no pueden tener nunca derecho de ciudad. Dio unos pasos en el puente, esforzándose por ver en el canal distante, a su izquierda, las maniobras de un pequeño remolcador cargado de frutas. Estaba demasiado

lejos y permaneció un rato, inclinado sobre el murallón; la luna le daba en la espalda. Su cuerpo era proporcionado y hermoso, con un viril acento en los hombros; al volverse, absorto, cualquiera hubiera visto el poco carácter de sus facciones, sus rasgos blandos, sus labios pálidos encima de un mentón huyente. Sólo los ojos sometían esas facciones a una profundidad; eran lentos y justos, se desplomaban sobre las cosas: tenían ese tenso brillo, ese brillo doloroso que presta a la mirada de los viajeros el cierzo helado.

Todavía por un instante sorbió —él, que no hallaba en su soledad otro objetivo que su soledad— la inútil lección de esa gran masa negra y circundante. Toda la ingeniería del universo establecía allí su concurso; mientras la precisión de un pequeño sistema cósmico mantenía aislada su austera escuadra, los docks, abajo, se atenían a ese mismo espíritu, rectos, sólidos, concluidos. Un perfecto destino a cada rato recomenzaba y concluía en estas cosas inertes. De pronto un barco pasó lentamente, quebró ese ritmo dirigiéndose al canal, con un dibujo obsceno pintado en la chimenea gris.

Avesquín volvió la espalda al parapeto, abandonó sombrío aquel abismo. Sus pasos golpearon duramente la piedra y en este resonar seco se fue transformando el estrépito que pesaba sobre las aguas. Se detuvo; no sabía si volver, si sentir un rato más en los oídos aquella orquestación inquietante o venir al mutismo y al páramo, a la ciudad. Pero vio las luces de la calle cercana, fragmentadas por grandes arcos, enturbiadas por los árboles de una plazoleta, y se sintió atraído. Material y débilmente atraído; no tenía voluntad y caminaba a la deriva.

Fluctuaba, pensó, fluctuaba como un leño, en el foso circundante de la metrópoli, sin penetrarla, como un leño seco e inerte. No tenía comunión con nada. Se desayunaba todos los días con un café amargo, y sus pasos eran amargos a lo largo de las vidrieras brillantes, a lo largo de esas áridas calles cuyas emanaciones secas tragaba. Con sol, con agua, con un vigoroso contacto humano, ¿no se hubiera sentido revivir? Ah, en aquella ciudad el agua moraba en napas remotas, grandes moles de piedra hueca interceptaban el sol, los hombres tenían entre sí contactos inconfesables. Estos hombres se ocultaban para vivir y uno los sorprendía, amantes crudos, huyendo de los hoteles amueblados con una mano en la cara, huyendo de los parques donde su breve presencia era también subrepticia. Estos hombres olvidaban el destino de sus manos, las tornaban incapaces de asir, de acariciar a la ventura, naturalmente, como la carne desarrolla y satisface su hambre.

Al atravesar el puesto de los guardacostas uno de ellos lo detuvo,

pero como contestara dócilmente lo dejaron pasar sin revisarlo. Avesquín evocó sus dos semanas en la capital. Dos semanas, dos semanas errando, levantándose y acostándose entre días y noches espantosamente desolados y extensos; ¡qué turbio transcurso por esos días cuyo paso de ida era claro ante las ventanas del hotel y su vuelta, su declinación, cargada de humos! Y todo esto debido a una tonta ilusión, a sus años, ya pasados los treinta por algunos más. En su urbe europea —al lado de un río espeso, oscuro, según la leyenda atroz teñido por sangres invasoras—, ¿qué le quedaba, sin embargo, por hacer, desaparecida la mujer que le acompañaba, sombra demacrada y ansiosa, tierna sombra? Su vida había dado un vuelco; ya no pintaba los muros ilusionado, absorbido u ocioso, y aquel paisaje de la Acrópolis que era su obra maestra para decorar los bares de lujo, los hoteles recién inaugurados en su pared más visible, adolecía para los propietarios de un verdadero aire sombrío. Sabía de memoria las charlas del Café de los Intelectuales y la señorita Iva le llevaba el café, al amanecer, con un gesto cada día más absorto, pensando sin duda en los nuevos aspirantes a su pequeña mano y su mal genio. Una tarde entró en el comedor un marino rengo y piafante. Habló de su nave ya cargada de enormes bobinas de papel, habló de lo divino y de lo humano y, entre lo humano, entusiasta, de la meta de su viaje, esa ciudad lejana, ignorada, con sus mujeres estupendas, el bar más grande del mundo, su parque, sus carreras de caballos. El paisaje de la Acrópolis le gustó, recién concluido en el comedor, para el salón de su barco; casi puede decirse que suscitó su emoción, viejo marino piafante. Avesquín aceptó, aceptó la invitación, viajar, emprender esta aventura, conocer el mundo por dentro, las bellas fiestas con que los hombres se obsequian en todas las latitudes, ahora que su juventud comenzaba velozmente a consumirse por la sien izquierda.

¡Qué navegación, cambiando de camarotes húmedos, oyendo en la bodega las canciones de Logart, con su buena voz, sus gestos brutales, su alma despótica, fuente contaminada! Aquella voz que estremecía a medianoche en pleno océano, como la dulzura de los reptiles.

Desembarcó en la ciudad sin aprensión, alegremente, confiado y voraz como ante una granada de pulpa blanca. Los suburbios, la plaza, las instituciones, todo lo respiraba con el aire, aquella mañana de otoño, los ojos lentos y dilatados, los labios húmedos. Sentía una gratitud profunda hacia los hombres que pasaban sin fijarse en él, sin notar su condición, su áspero aire extranjero; hacia su propia salud, generosa; hacia las mujeres bellas y veloces como el pez abisal. Con gesto nervioso, sorprendido, se detenía ante los escaparates, ad-

miraba la copiosa floración de los castaños en octubre –cuando debía pasar por contraste en su tierra el frío primero y los puentes debían contraerse como hombres–, reía alborozado al ver que su pésimo español rudamente aprendido de su mujer, judía de Salónica, mejor deletreado a bordo, le servía para hallar un cuarto claro en cierto albergue del pintoresco suburbio, abierto a dos plazas, cerca del río. "Amsterdam Hotel", un hotel con nada de Amsterdam. Un poco de francés, un poco de español; poseedor de este raro brebaje, ¿qué secreto podía guardarle la ciudad? Alegre, caminaba, recién llegado, por las calles, repitiendo en voz baja el nombre del país, de sus regiones; entraba en algún bar, ofrecía, con un aire de ministro diplomático, sus servicios artísticos. Pero aquella fotografía grisácea, el paisaje de la Acrópolis, dejaba indiferente a un mundo abstraído y presuroso.

Al tercer día, en medio de la niebla despidió al capitán y a sus amigos, y también a ese enorme paisaje de la Acrópolis que lo dejaba solo, que retornaba. Logart, jovial, cantó en su honor una canción inmunda. Pero esto no lo hizo reír. Nada le hacía reíar esa mañana, profundamente afectado por la despedida. El barco se alejó como un amigo, pesado, lento, grandioso. Volvió solo a la ciudad, caminó toda la mañana –¿para qué quedarse?, se preguntaba; pero la ciudad respondía llena de mármoles, sus hombres vestían con lujo, se respiraba en ella un oro líquido.

Caminar, caminar, devorar caminos; y en cada reposo no oír sino el eco constante de los pasos, el eco constante de los pasos.

Al día siguiente su alegría se detuvo, se detuvo bruscamente, como ante el paso de un cortejo siniestro. La noche anterior no había dormido y una vez levantado, mientras se calentaba el café, se acercó a la ventana contra cuyos vidrios estaba cernida una niebla compacta. Abajo, en la calle, la actividad se iniciaba; pasó un cartero cargado, después una mujer; al rato el desfile negruzco, premioso, constante. "Extraña gente –exclamó; estaba serio, absorto–, extraña gente." En cada rostro se marcaba un gesto abstraído, una concentración indecible, como si toda la ciudad encaminara una fría peregrinación hacia metas cercanas. Cada hombre caminaba solo, agitándose –no, no agitándose, ¿quién se agitaba?, todo el mundo llegaba a tiempo a su destino con las facciones compuestas, la sonrisa lista, ese gran frío que esta gente trascendía–, marchando como esos competidores de la Maratón que calculan sus metros tenazmente. Se alejó de la ventana, sorbió en pequeños tragos el café, acuoso, comprobó su sordera ante este mundo. Sordo, sordo, aislado en una atmósfera espesa en medio del aire veloz. Esta certidumbre lo obsesionó; quiso

adelantarse, adelantarse a sí mismo, se aplicó a improvisar palabras para su propia convicción, palabras con las que se obsequiaba cortésmente en los bulevares ásperos, iluminados, donde las multitudes giraban desintegradas. Pero este era un juego falso. ¿A quién hubiera engañado el verdadero proceso que lo consumía? Empezaba a invadirlo el silencio, grandes grumos de silencio. Al salir del hotel, una mañana, la propietaria se quedó mirándolo, aterrada al ver unos ojos de fijeza mortal en aquella juvenil corpulencia. Salía y caminaba; no tenía ya delante una granada blanca; una fruta sí, vistosa, pero seca. Las avenidas no acababan nunca, a todo lo largo exhibían casas y casas, ni un solo refugio, ni un solo núcleo de humana diversión —sino cafés con hombres, donde se apostaba a la luz de una claridad de escenario y se discutían concursos de supremacía sexual. ¿Pero cómo habrían de mezclarse las gentes, de comunicar? Hubieran olvidado el cálculo del alza y baja de los valores, hubieran mostrado, tal vez, el hilo de su genuina naturaleza, descubriendo ocultas ignorancias, o vagas condescendencias hacia el prójimo.

Concibió un odio indecible por ese desierto populoso y edificado. Pasaba por las puertas de la Ópera veía entrar figuras opulentas, fracs y habanos en una interminable sucesión. Se acercaba a los templos, él que no tenía fe, ignorante de toda jaculatoria. Bajo las cúpulas permanecía de pie, mudo, contemplando transportado los exvotos, las imágenes de porcelana. Todo esto, con dolor, le evocaba su infancia su afición ingenua por las iglesias, con su recinto resonante y su Cristo, allá al final, como un blanco recién abatido por las injurias. Le gustaba ir temprano, meterse, al amanecer, en San Estéfano, aquella catedral vieja de mil años, de naves enormes secas, profundas. Se quedaba acurrucado junto a las columnas, solo, soportando el silencio, el misterio, como un espectáculo pavoroso y terrible. Contemplaba el Cristo crucificado y, viendo esos párpados, creía que iba a hablar, a lanzar quién sabe qué ingenuas palabras; le entraban deseos de blasfemar contra las gentes que venían, luego, a injuriar el cuerpo doloroso con su hipocresía y su falsa beatitud, aprovechando su condición indefensa. Odiaba a aquella gente que dejaba flotando en el templo un olor a sudor impuro y linimento. Su cólera infantil era tan grande que se alejaba lleno de rencor, huido con palabras injuriosas.

Ahora no se alejaba con rencor, sino con ese gran silencio que lo tenía invadido. Chocaba después con la rectitud violenta de los muros, con las cuadras regulares y áridas, con unos rostros sonrientes pero impenetrables, ásperos, inatentos, y sufría. Sufría una tortura mortal no ya por este infinito aislamiento, sino por su lejanía de las

fuentes frescas, de la tierra, de todo aquel piso donde los huesos no son estériles. El asfalto le infundía una sorda desesperación, como al preso el espesor del hierro circundante; toda la impotencia de su carne se resentía. Entre la multitud, rozándose con facciones apremiadas, rojas, veloces, le parecía caminar hacia atrás. Evidentemente el suyo era un retroceso, un retroceso. Descubría, en esas gentes ignorantes de toda fatiga una voracidad, una proyección que los sostenía como el pasto atado a la cabeza que el caballo persigue, una serie de objetivos concretos y constantes que iban a desembocar, sin transición, en la muerte.

Poseído de angustia, se apresuraba en esas calles, olvidaba el signo inerte de los escaparates, de las mesas de café, pugnaba por correr. Pero esta ilusión grotesca desaparecía. Detrás de qué podría correr él, magro alimento del ocio. Detenido junto a los reverberos, dejaba pasar esa corriente humana en las avenidas. Veía el trato rápido entre la dama equívoca y el hombre; los veía desaparecer; ella, pronto, regresaba. Veía, en los altos edificios, en el sexto, séptimo, octavo, noveno décimo piso de los edificios una actividad operosa. Comprobaba, cada vez más desalentado, y él mismo se sentía jadear secretamente, que no podía llegarle una palabra, una comunicación. ¿Quién se detenía, allí, en medio de un creciente, productivo, previsto destino? Cada uno tenía su ruta; en esta ciudad las rutas eran paralelas, como sus calles. Viejas vías estrechas, focos peligrosos de contacto, de conversación o retardo, eran abatidos a diario. Se encaraba el progreso, el Progreso. Un enorme silencio humano gravitaba sobre la ciudad.

Exhausto, volvía a su hotel, situado en el único barrio donde la miseria ponía en contacto las vetas de inquietos y oscuros espíritus. Su imaginación conocía, en el trayecto, una tregua. Soñaba con las provincias y los campos de este país, con la pampa, las viñas y los Andes, que había visto en vagas oleografías. Su nariz reseca por los vientos y las tierras antiguas reclamaba esos olores intensos y sustanciosos, mojados como la uva reciente en las acequias. Soñaba, a través de lecturas imprecisas, con el relámpago en los campos infinitos y llovidos, con la planicie, de río a río, de población en población, donde el grito humano perdura largamente; donde la sensualidad del hombre obedece al sol, cesa con la hora del ruego, al atardecer, hora de cansancio y de tregua, hora en que el horizonte abandona su presa, devora las leguas planas, se acerca, se confunde con la noche y rodea a cada ser con la mansedumbre del aire circundante.

"Barro, barro", gritaba su espíritu, ávido, mientras se libraba de la opresión de la urbe. La piedra protestaba bajo sus pies. Al llegar

a la proximidad de las luces del barrio sórdido sonreía, respiraba. Ya sabía él lo que era esta metrópoli, el capitán se lo había susurrado, sentencioso, casi con un aire sibilino, al llegar, frente al caserío monstruoso. Tierra de alucinación, de falsos símbolos. Tierra húmeda, nueva y maravillosa, vencida por el oro del sacrificio ganadero; vencida por el capital de un cúmulo de miserables generaciones arribadas de regiones extrañas a la comodidad y a la ambición, a la adulteración de lo honorable.

II

Volvió del puerto, descendió a esa calle donde una serpiente de luz corría bajo arcadas.

La vibración del ruido en el abismo nocturno perduraba en su espíritu; pensó que iba a volver en seguida a la aridez y al silencio. Sobre los grandes arcos observó las terrazas, aquella especie de jardín colgante y veneciano con doble plano como un fondo de primitivo, los frentes desemejantes, pintados en colores increíbles. Y debajo la gran galería iluminada, con sus tendejones, sus orquestas femeninas, los vestíbulos con atracciones y anuncios, prometiendo sensacionales espectáculos: los pequeños hermanos siameses, por una suma módica, podían visitarse en su barraca; por una suma módica el panorama de la guerra europea, vistas galantes, la mujer menos mujer del mundo... Avesquín se unió, bajo las arcadas, a una enfilada corriente de hombres en traje azul, en trajes de pana, ebrios, lentos, todos con una tez vieja y extranjera y un andar lamentable. Las guirnaldas de rama verde a la entrada de las cervecerías de nombre alemán —*Bürgerliche Küche*—, detenían un instante a los más rubios. Cancerberos fornidos —caras estigmatizadas— los invitaban a entrar, a alternar con damas de charla fácil y práctica. Pero estas gentes ingenuas sonreían, continuaban su camino, ante una invitación que tenía el aire del sarcasmo. Al abrirse el batiente de alguna puerta, salían a la calle bocanadas de luz amarillenta y humosa, risas, gritos. Mujeres de paso rápido caminaban de bar en bar. Ante los ojos de Avesquín caminó un hombre tambaleante, con un timón dorado en la manga, vomitó su alcohol en el cordón de la acera, volvió apresurado al bar, a llenarse. Tal vez al día siguiente sus manos iban a dominar, seguras, las válvulas de un inmenso navío. En las tinieblas de la calle adyacente circulaban parejas; los hombres regateaban, uno podía verlos indecisos. Y al lado de estas negociaciones miserables, de esta sordidez, de estos caracteres siniestros, Avesquín, absorto, vió cómo se

respiraba en la atmósfera un candor. En esta feria de espectáculos escatológicos, dominaba a los curiosos un candor: los hermanos siameses –feto peludo– adoptaban un aire mágico ante su vista. Un grandioso, activo candor: naturaleza profunda de esas gentes extranjeras demasiado débiles llamadas a deformarse en una constante reacción defensiva.

Los music-halls se sucedían con nombres extraños e impronunciables.

El Avón Bar quedaba en el extremo sur de la calle, frente al edificio del Correo, y lucía ante su escaparate –donde campeaban algunas botellas y un caballo de yeso blanco– dos reverberos irisados. Avesquín, con esa cara de visionario impuesta por la soledad y el silencio, entró. El salón, estrecho, estaba lleno de una niebla humosa y parecía un escenario de raras decoraciones: grandes tapices azules, en efecto, cubrían las paredes señaladas de trecho en trecho por falsos balcones de madera labrada. Sobraban trapos, cortinas, como en esas habitaciones que se alquilan por horas, donde flota un olor a humedad y polvos de arroz. Aquí todo olía a cigarro, a narciso negro; de las lámparas pendían papeles de color y esto cernía sobre la sala una lluvia pintoresca.

Avesquín sintió sobre sí las miradas de las mujeres. Un rápido juicio sobre sus bienes posibles cundió por la sala, al aparecer en el rectángulo de la puerta sus fuertes hombros, su palidez, su camisa negra. Caminó lentamente hasta una mesa próxima y un mozo escuálido se le acercó con indolencia. Como sus ojos tenían sólo un poder pasivo y su aire era modesto, ninguna curiosidad se detuvo en él más de lo necesario. Algunos hombres cantaban, acompañando a la orquesta que estaba en lo alto, en un ángulo; la formaban señoritas, quince señoritas de piernas espectaculares, pero sus instrumentos estaban mudos. Sólo les correspondía el misterioso destino musical de las sirenas. De esa orquesta no sonaba más que un piano, escondido a retaguardia y librado a la tenacidad de un señor de anteojos. Esa tenacidad conseguía un gran ruido y a la sombra de ese ruido las señoritas enviaban hacia abajo, al salón, rápidas ojeadas de rabillo, gestos incitantes.

Una mujer enana, agitada y colérica, mandaba a los mozos detrás del mostrador, se acercaba a los clientes, atendía el teléfono, blasfemaba, reía, batía las manos, se desesperaba por mantener una animación estrepitosa.

Avesquín la conocía; dos noches antes se le había acercado para hablarle, en el mismo bar. "Mi nombre es Madame Cier –le había

dicho—, pero puede llamarme Elsa." Después lo convidó con un vaso descomunal de whisky, porque "eso entibia e ilumina".

Sin entusiasmo, recorrió con la vista todas esas mesas. Sabía que toda su ansiedad era inútil por descubrir un alma inquieta, una herida comunicante, en medio de este tumulto de risas y voces; se desalentaba. Buscaba una cicatriz cuya historia hubiera valido un relato, ojos que revelaran un vida de pulso violento o acelerado, gestos de humildad fecunda, humana tierra en fin a la cual ir con sed y hambre y cansancio, porque necesitaba hablar, hablar. Pero —incluso el hombre de la barba en punta, callado en un rincón, y aquel núcleo ruidoso que brindaba y bebía— esta mesa de desechos le parecía asquerosa. Iba llenándolo de una sensación de repugnancia que él, rápidamente, se esforzaba por combatir, evitando un malestar físico. Se llevó el vaso a la boca, los ojos entornados, tratando de establecer su propio diálogo, ahí en la pequeña mesa, de distraerse; evocó recuerdos y proyectos. Pero, como por imposición de una conciencia más profunda, de una urgencia premiosa, volvió a mirar a su alrededor, a volcarse hacia afuera; había perdido los resortes enérgicos, toda vuelta a sí mismo le era angustiosa, insoportable, y seguía acumulándose en su espíritu una corriente insidiosa, sombría. Deletreó un gran letrero, colgado en la pared opuesta, hasta formar el título "Ordenanza Municipal"; repitió lentamente esas palabras mientras se acariciaba la barba mal afeitada, inatento a la pierna que balanceaba a su lado, insistente y sonriente, la compañera de un inglés dormido.

La música aumentaba su tedio, música propia del país, quejumbrosa y pausada. En la puerta apareció un hombre. "Grand", gritaron de varias mesas, y del grupo que bebía y cantaba en un rincón golpeando los vasos partió un saludo estruendoso: "¡Viva el poeta eslavo Evaristo Grand!" Un individuo pequeño, ventrudo y desmelenado alzaba de pie su medio litro, en actitud de saludo. El grupo repitió en coro tres veces aquel nombre, echando adelante sus jarras espumosas. El hombre saludó ceremoniosamente, caminó con gravedad, saludó a las señoritas de la orquesta, luego, al incorporarse al grupo, lanzó una carcajada, estrechó todas las manos. Alguien retiró una silla de la mesa de Avesquín para cedérsela al poeta, después de empujar violentamente a una dama que insinuaba palabras en el oído del héroe. El héroe apuraba tragos de todos los vasos ajenos, sin duda apresurado por confortarse. Otro de los componentes del grupo, envuelto en un sobretodo que no dejaba libre sino su cabeza desgreñada y un rostro pálido, golpeó la mesa con el puño, se alzó, tomó a una mujer próxima del brazo y la acercó al recién llegado:

"Fruto sacro, fruto opimo", reía, ofreciéndola, mientras ella se abalanzaba sobre el poeta con un gran abrazo y los ojos cerrados de risa.

Avesquín veía aquello con sorpresa, con infinita sorpresa, y al cabo se asombraba de esta sorpresa. ¡Cómo tenía esa gente la vida fácil! ¿En qué consistía? Solamente en volcarse unos en otros; pero constituían un mundo, un mundo tan cerrado como todo lo que vivía entre muros en la ciudad, páramo hermético. Bebió el último sorbo de coñac y ese ardor que le prendió en la garganta no era más quemante que el extraño huésped cuyo dominio cada vez ocupaba en su atención más amplia zona.

El mozo volvió a servirle con obsequiosidad. Mientras permanecía abstraído contemplando el grupo, una mano le golpeó la espalda. Se volvió rápidamente: Madame Cier le sonreía.

Con grandes gestos, ella desenfundó algunos datos íntimos. Era francesa, había pasado los cincuenta años, su nerviosidad no era engañosa porque se despedía con ardor de una juventud sin brillo, se marchitaba, no concebía la oración, habitaba una casa de pisos con ventanas a un patio de luz que según ella se parecía a las sórdidas gargantas de la rue Saint-Honoré. Veía las mismas goteras, las mismas cortinas sucias, los mismos gatos arqueados. ¿Su vehemencia —pensaba Avesquín— no habría podido confundirse con "lo evangélico", con la de esas señoras del Ejército de Salvación? Pero ella no paraba de hablar. "¿No sabe usted lo que es la muerte? Yo la he visto, una vez. Era en París, en los altos de una sombrerería de la Magdalena, una noche siniestra. ¡Cómo era de sombrío aquel comercio! Usted viera. Tenía un zaguán, siempre en tinieblas; yo vivía en la casa de al lado, pero por ese zaguán veía entrar todos los días al hijo del sombrerero. El sombrerero estaba en un país lejano; el hijo habitaba solo el comercio, tenía su dormitorio en los altos. Conocí esa habitación después de su muerte; verá; era curiosa, sobre una pared había fijado un diablo tan enorme que la ocupaba hasta el techo. El hijo del sombrerero era amigo mío. Un hombre desgarbado, grande y lánguido. Todas las noches, a la hora en que mi marido —Albert-Nathaniel— pasaba ebrio frente al escaparate de su negocio, él me mandaba flores. Cosa extraña, las flores eran siempre viejas; no flores de sepulcro, pero lo parecían: no tenían ningún aroma. A veces alhelíes, otras veces rosas. Aunque me festejaba —algo intolerable— éramos muy amigos. Mi marido se reía de él a carcajadas, le hacían gracia sus zapatos porque afirmaba que eran justamente del color y las proporciones que convenían a su calva, a la calva del hijo del sombrerero. ¿Usted se explica esto? Mi marido bebía entonces ajenjo y esto le ha hecho siempre un daño enorme. Un día el hijo del sombrerero

se enfermó. Al fin se sintió tan grave que las quejas se oían desde mi cuarto. En un principio no le hice caso, traté de no oír; después los lamentos aumentaron de un modo espantoso; mi marido no los aguantaba, desaparecía. Aumentó su dosis alcohólica y se calló. Por fin, fui. Entonces me di cuenta de que, realmente, lo estimaba y de que su ropa, sus pañuelos, abandonados sobre las sillas, me producían un dolor. Desde luego yo no estaba sola con él mientras permanecía tendido en la cama, con los ojos abiertos, inmóviles, yerto —¿comprende? Había dos mujeres más y un chico. Ellas parecían hermanas, vestían igual y ocultaban sus rostros mitad en los pañuelos, mitad debajo de los grandes sombreros; el chico metía un ruido infernal arrastrando por la pieza un vaso, un cepillo y dos caracoles de adorno que había atado como si fueran un carro. Nadie me preguntó nada, entré, me senté. Me senté. Ninguna de las mujeres me dijo nada, se limitaron a mirarme, siguieron sollozando, tenía un aspecto espantoso, deplorable. ¡Qué silenciosa tragedia, en aquella pieza! El chico de repente lanzaba un grito de gozo, de pronto se callaba; tenía una frente precoz: Era espantoso, créame, espantoso. El hijo del sombrerero, entretanto, parecía contar en el techo una cuenta interminable. Transpiraba y dejaba caer una mano. De repente se incorporó, me miró —un rato largo— de un modo tan intenso, tan desolado, que me sobrecogí... Me sobrecogí, temblaba; estuvo un rato así, incorporado. Las mujeres no lo veían; el chico se divertía enormemente, riéndose; al fin aplaudió. Tuve tentaciones de matarlo, fijé la vista en una percha, con la cruz de hierro. ¿Usted se da cuenta de lo que era aquello, con la criatura aplaudiendo y saltando como un loco, lleno de gozo, el hombre incorporado con unos ojos fijos, las mujeres entregadas a un llanto sin convulsiones interminable? ¡No, no se da cuenta!... Súbitamente el chico se llevó las manos a la cabeza, profirió un grito desgarrador. Las mujeres gritaron, sin destaparse los ojos, que había muerto. El hijo del sombrero estaba muerto; seguía en la misma actitud, ¡advierta!, pero muerto. Me sentía llena, de pronto, de sentimientos extraños, curiosos, muchas ideas me invadían en tropel. No se las puedo contar, pero eran atroces; sabe, atroces... Diferentes ideas y confusas, otras nítidas, algunas hasta pornográficas —una mujer en actitud forzada—, otras suaves, deliciosas ideas; al mismo tiempo me llegaban con suma violencia sentimientos contradictorios, temblores de miedo, ansias de correr, de huir, junto a la amable sensación de estar hamacándome, meciéndome en un parque donde algunos niños reían. ¡Ah, señor!, aquella confusión era terrible, un desvanecimiento despierta; no sé cuánto duró, tal vez minutos; tal vez horas, porque nunca supe tam-

poco el momento exacto en que había muerto. Después de esa locura, la claridad fue violenta. Miré a una de las mujeres: ya no lloraba; no lloraba. Tenía en cambio en el rostro una expresión dulcísima, transportada, mientras el chico corría por el cuarto metiendo un ruido infernal con el lío que arrastraba... Entonces supe lo que es la muerte. Tal vez lo sepan también los que, en un día final, estén a mi lado, aunque tampoco puedo abrigar esa esperanza porque Albert-Nathaniel no tendrá para esa época un solo minuto lúcido, el alcohol lo habrá anegado por completo. Pero, fíjese bien: la muerte de aquellos con quienes estamos en contacto, unidos por una alianza misteriosa o por amistad, es algo que nos llena, de pronto, con un transporte de vida extraña, nueva, una corriente que nos entrega la misma vida que acaba de retirar minuciosamente al muerto, algo que nos infunde sus sueños, sus últimos pensamientos, sus recuerdos finales. La víctima queda exangüe entre nosotros y hasta su propia muerte —¡créame!— la abandona para servirnos."

Después, como si Avesquín estuviera interesado —él sorbía su licor sin hablar, lleno de estupefacción—, terminó con un gran suspiro, levantando las manos: "Ah, mi Albert-Nathaniel no se corrige. Lo he ayudado —¡a cada uno se nos exige un heroísmo!— pero inútilmente: como todos los que están por ahogarse, Albert-Nathaniel nada hacia abajo..."

Cuando ella terminó, Avesquín tenía los ojos absortos en la puerta. Una figura miserable y grotesca, sin sombrero, con gestos pesados, llevaba el compás de la música, describiendo apenas en el aire un signo de la cruz. En la atmósfera amarillenta, densa, caía desde la calle esa grotesca bendición. Madame Cier se subió a la tarima de la orquesta e incitó a las damas a la animación y la risa. Avesquín se levantó, salió. Un tropel de marineros ruidosos le llevaron por delante y él los rechazó con debilidad. Caminaba lentamente y sólo apuró el paso al doblar la esquina, al dejar las últimas banderolas del Avón Bar, por donde trascendía la voz aguardentosa de la diminuta francesa, cantando con un aire cínico aquellas palabras que resonaban, se apagaban, desaparecían en la atmósfera nocturna:

"Voici les compagnons d'Ulysse,
prenez garde pauvres sirènes:
ils rapportent des mers lointaines,
des tristesses, des syphilis."

Como una fuerza poderosa y activa el silencio ocupaba la ciudad. Era una ocupación, la de este gas deletéreo, hasta media altura de los edificios. Avesquín se levantó el cuello del saco —soplaba del río un

aire seco, penetrante– y ascendió las callejuelas bordeadas de árboles desollados. Escuchaba el silencio y el eco del silencio y esta acumulación pasiva lo ensordecía. Por momentos, un espasmo de rabia amenazaba ahogarlo. Todos los esfuerzos no le alcanzaban para imponer una violencia física a su protesta, a esa rebeldía repentina que ansiaba armar, fortificar, contra el desierto opresor. Todo sucedía en él bajo la superficie. Con esta fuerza, con estos brazos, cómo resignarse a errar sin hallar una mano cuya amistad pudiera ponerse a prueba, un obstáculo con el que medirse. Y no le parecía marchar hacia la vacía inmensidad, sino que la inmensidad viniera hacia él, amenazándolo como esas masas descomunales que angustian las pesadillas de los niños. Sentía sus ojos abiertos ante esa amenaza y sufría, se tenía lástima; caminaba rebelándose y apagándose, un instante exaltado y otro presa de un infinito desaliento y sus pasos cambiaban así, por metros, de ritmo.

Pero pensó que su vida no podía comunicar en el fondo sino con este desierto y tal idea melancólica lo llenó de emoción. Pensó que vivir es desarrollar energías, proyectar emociones, pasiones, en una sucesión progresiva, y en él todo estaba de regreso, todo su caudal humano volvía de la acción, fatigado. Fatigadas las piernas y el alma, con esa fatiga trabajosa que se parece a un rale. Fijó los ojos en aquello que lo rodeaba, a la izquierda y a la derecha, hacia adelante, bajo la hermosa bóveda nocturna: muros y muros, estupendos falansterios rectangulares; contra todo esto había rebotado, y volvía, traído por el violento rechazo.

Llegó a su hotel. Los escalones de madera apenas se distinguían y subió con dificultad, encendiendo fósforos. En la puerta cancel dos leones dorados, pintados sobre los vidrios, convergían en una sola lengua rojiza, se atacaban condenados fatalmente a la unión por ese órgano único. A tientas, Avesquín llegó a su cuarto. Todo el hotel dormía; el reloj, en medio del corredor alto, anunciaba las dos. Se sentó en la cama sin desnudarse, sin encender la luz; después dejó caer la cabeza en la almohada.

Un tropel de palabras inútiles, como un asqueroso vómito, se le agolpó en la cabeza, vagas palabras oídas durante el día. Volvían a la superficies desahuciadas, como debían volver, cada día, nocivas, en cada hombre.

Rumor renovado, constante, sentía aquellas frases como un pulso enfermo en su propio cerebro. "Viva el poeta eslavo Evaristo Grand", voces femeninas: "Querido, lindos ojos, querido"... luego, atropelladas, las otras palabras –ah, estúpidas–, ese desperdicio, ese lastre de palabras que en él no prendían, erradas en su destino, repugnan-

tes... "El hijo del sombrero estaba muerto, en la misma actitud, advierta, pero muerto."

¡Ah, carga recogida a diario, venenos diluidos que nos atraviesan! Palabras, frases, conversaciones interminables a las que es necesario escuchar, asentir, responder. Avesquín se apretó la frente, trató de apaciguar aquel fluir veloz de confusas palabras. Durante un rato estuvo quieto, en silencio; de la ventana venía una luz lechosa y pobre.

De pronto se alzó, corrió, poseído, abrió la puerta de su cuarto, golpeó el tabique que lo separaba del contiguo y escuchó. Escuchó. Nadie respondía y una gran calma pesaba, continuaba. Salió al corredor; un anciano de barba blanca, vestido con un largo camisón, de galera, con una palmatoria, apareció al cabo en una puerta. Trémulo, Avesquín corrió hacia él, pero ante aquellos ojos sorprendidos, expectantes, tranquilos, se detuvo. Mientras el viejo le dirigía una pregunta en cierto idioma ignorado, no pudo contestar, balbuceó una excusa, volvió a su pieza. Desalentado, se acostó, despacio, como si fuera a dar comodidad a su cansancio. Clavó los ojos en el techo; por su alma tensa desfilaron rostros familiares, paternales, gestos y tierras queridas, la mujer muerta meses antes, con su pasión, sus ojos claros, su ternura.

Y una mañana más, una tarde pasaron, y ningún muro se ofrecía en la urbe para el panorama de la Acrópolis. Llovía. Avesquín, que se había levantado con gestos nerviosos, defendió su habilidad, rogó, derrochó palabras extremas. Almorzó, la patrona le preguntó en el hotel por su salud; después volvió a caminar por las enormes avenidas centrales, cuyo asfalto irradiaba soportando la cortina lluviosa.

Al anochecer la metrópoli adoptó de nuevo su aire cocotesco, su profusión de cornisas iluminadas. A todo ilustre viajero se le recibía con guirnaldas luminosas. Algunos tomaban esto como la expresión de un regocijo; en el fondo no había más que frialdad, como en el rostro que la mueca ilumina.

Avesquín volvió al Avón después de haber peregrinado rondando el corazón de la villa como un malhechor sin suerte. Su ropa, que tuvo en días anteriores un aliño modesto, aparecía ahora descuidada, resuelta a seguir el desorden de aquel ánimo. El bar estaba desierto, la plataforma de la orquesta mostraba los instrumentos enfundados, un mozo limpiaba sin entusiasmo la máquina niquelada del café. No estaba Madame Cier y en realidad toda la sala tenía un aire de negro esqueleto, vestido con tapices y adornos. Pronto estuvo sentado ante un brebaje turbio; con un gesto que revelaba su agotamiento

sacó de un bolsillo papeles, prospectos, cartas grises, una magra cartera. ¿Bastaban estos gestos para llenar un transcurso de horas, para llenar ese vacío motivado por el debilitamiento de las sensaciones, por una disminución profunda en el tono de vida? Los cabellos caídos sobre la frente, los ojos inquietos, la creciente demacración, toda su nerviosidad indominable revelaban en él un apuro. Ordenó los papeles y los volvió a guardar, mientras preguntaba al mozo la hora. Estaba ansioso por irse; abandonó unas monedas y salió.

Comprobó su ansiedad, su apresuramiento como algo fatal, en medio de aquella actividad de fiebre que hacía girar a un mundo en su torno. Tal vez esa prisa fuera capaz de originar en él objetivos, puesto que toda actividad, aun ciega, lleva ya en su curso un intenso destino. Perseguido por esa idea, él se rebelaba, a cada instante, contra esa pasividad a la que era naturalmente propenso, temperamento contemplativo y afinado. Se rebelaba; echó a andar, siempre por el barrio paralelo al río, y vio, próximo, en la plazoleta, el brillo de los árboles mojados. Un pequeño cinematógrafo, cuyo vestíbulo parecía la boca de un horno tenebroso, llamaba al público con su timbre constante. Grandes letreros anunciaban a Selma Simpkins en *El beso*, "no apta para menores".

El cinematógrafo tenía una sala muy estrecha, miserable desfiladero de sombras. El propietario la había llenado con viejos bancos de iglesia de los que, a lo ancho, sólo cabía uno. Durante la función parecía de este modo un aula o una capilla sórdida, en tinieblas, con un piano por altar. Flotaba un olor a serrín húmedo y a grasa, y por las cortinas entraba frío.

Al sentarse, en la punta de uno de esos bancos, Avesquín tocó a su lado una mano pequeña, helada, que se retiró velozmente. No alcanzaba a ver nada más que la forma de los asientos y la imagen, borrosa y gastada, en el telón. (El galán echaba llave a la puerta, se volvía hacia el público, en primer plano, con unos ojos siniestros y sensuales.) Avesquín advirtió cómo se iba destacando, formando, a su lado, en la sombra, una cara de infinita blancura, una garganta femenina. Su corazón saltó, con ese celo inquieto que la ansiedad compone, se contrajo. Cuidando de no ser notado, volvió apenas la vista: una cabeza joven, de cabellos cortos, de labios entreabiertos, expectantes, permanecía atenta al film. Seguro de su impunidad, la miró detenidamente. La muchacha vestía de negro, tenía el cuello un poco abultado en su base, curva mórbida, allí donde descansaba el collar de minúsculas perlas. Sus ojos, atentos, habitaban cuencas profundas; esto prestaba a su rostro un aire de magrura doliente, de

abstracción. Avesquín volvió los ojos a la escena, pero ciegos; esa sola vecindad —palpitante, femenina, viviente— le infundió un bienestar, su aislamiento cedía como si aquel cuerpo delicado y joven trascendiera un contraveneno inmediato. La sintió sonreír, sonrió; el pianista rompía en fugas maltratadas, pero todo le parecía ahora maravilloso.

Se encendieron las luces, ella se volvió hacia él y él, apenas, libró su rostro como si este movimiento limpiara con dificultad unos goznes secos. Pero en seguida volvieron las tinieblas y la escena, el drama.

De pronto, la muchacha se rió a carcajadas y, como obedeciendo a un gesto inconsciente: "Mire, mire", exclamó. Avesquín sintió crecer en su rostro la turbación, sin respirar esperó que ella reaccionara. Pero seguía inclinada hacia adelante, en éxtasis, la mirada animada, los brazos apretando el asiento. Entonces él dijo: "¡Qué barbaridad!", comentando; nada más que eso, nada más que esa cosa estúpida, y se quedó trémulo, contento. Y poco a poco fue organizando su coraje y cuando se encendieron definitivamente las luces, terminada la función, la miró insistentemente. Salió a su lado, mientras ella bajaba la vista y se cubría con la piel pelada. La muchacha se detuvo en el vestíbulo, ante un retrato del actor; Avesquín hizo lo propio, su rostro estaba radiante, tenía ganas de aplaudir allí, ante ella, al héroe. "Trabaja endiabladamente bien", balbuceó en su mal español. "Muy bien —contestó la muchacha con seriedad—, mejor que el príncipe Divani en *El cetro real.*"

Después de lo cual él se animó a invitarla, comieron juntos. Ella lo miraba de un modo profundo, circunspecto, desde el fondo de sus cuencias ruinosas, con esos ojos de una intensidad y un alejamiento como Avesquín no había visto en otro país. Ojos que mordían sin retirarse, desde una remota región del alma. Ojos que había visto en las calles del centro, en esas mujeres que miraban con rencor, con soberbia. Comieron en un restaurante de paredes blancas como un laboratorio; ella bebió sobriamente y comió apenas, mientras el hombre permanecía suspenso, dejando que los platos se enfriaran sin probarlos. La muchacha contó que formaba parte de una orquesta. Él dijo alguna broma respecto al film; ella lo escuchaba sin sonreír; era muy seria, apenas pronunciaba algunas sílabas. ¿Pero necesitaban acaso hablar? "Tierra, tierra que da estos ojos, este color de carne —pensaba, exaltado, Avesquín—, fruta de labios tibios."

A él le costaba hablar, pero hablaba; por momentos, sofocado. La muchacha no se reía de sus errores, se los corregía de un modo cortés y grave, con la mirada inmóvil.

¿Qué hacer, una vez que comieron? El extranjero no se hubiera animado a nada. Ella esperaba, silenciosa, en la calle. Había dejado de llover. Nubes cargadas y bajas pasaban con rapidez. Los faroles de los vehículos iban abriendo en el suelo bituminoso un rastro amarillo. Avesquín comenzaba a sentir una incomodidad ante aquella mirada seria, cargada de preocupaciones lejanas y enigmáticas. "¿Quiere visitar mi palacio?", preguntó con ese humor de los que pertenecen a una raza cándida, afectos a una naturalidad antigua y nativa. Ella provenía de otras fuentes, más refinadas y complejas. "Vamos", dijo, y esa sequedad a él lo dejó confuso.

El aspecto del cuarto era frío y duro: desmantelado; sobre la cama sin mantas, mostraba una frazada color crema de extremos rojos; desproporcionada, la ventana estaba más próxima del techo que del suelo y, también alto, brillaba un espejo, pobre, cuyo marco debió ser alguna vez dorado; la habitación no tenía cortinas y el papel exhibía un color indeciso. Alguien había fijado hacia un rincón, sobre la cómoda, el recorte de un cisne negro.

La muchacha se paró debajo de la lámpara, se quitó la piel paseando sus ojos sin curiosidad por la estrecha habitación. Sus gestos eran tranquilos; cruzó los brazos sobre la falda. "¿Le gusta estar acá? —preguntó él—; el cuarto es frío y feo pero podemos conversar." "Cómo no —respondió ella, sin convicción—; podemos conversar." Avesquín levantó una mano escuálida, decidida a acariciar los cabellos recién descubiertos de la muchacha, negros, la mejilla sombría; pero, detenido de pronto, dejó caer el brazo y permaneció inmóvil y serio, como ella. ¿Qué cosa podía animar aquellos ojos anclados? "Está preocupada, sin duda..." dijo él. "No, no estoy preocupada, ¿por qué?" Ella respondía, ahora, con cierta violencia, como si la pasividad del hombre la fastidiara. Avesquín apoyó su espalda en el muro. La muchacha fijó sus ojos en el hilo negro de la luz eléctrica que bordeaba el techo y desaparecía por el dintel de la puerta.

Una pausa fue creciendo entre ellos, desarrollándose tanto que sus dos respiraciones, como una defensa, se hicieron sensibles en la atmósfera; el, obsesionado, mantenía los ojos en aquel comienzo blanco de la garganta, sujeto a una lenta palpitación. De instante en instante subía algún ruido de la calle, algún grito, luego una de esas calmas que se organizan como un intenso rumor. A la muchacha no parecía preocuparla este estado; inquieto, Avesquín, acariciando el paño de la mesa, sus dibujos, no hallaba una puerta para el diálogo, hasta que al fin, cuando ella dejó de mirarlo con inexpresiva tenacidad para clavar sus ojos en la ventana, él comenzó a contar, un poco vacilante, su vida; y empezó por la infancia enfermiza y llegó

al capítulo de las fiestas universitarias, en diciembre. La muchacha buscó en su cartera un pequeño espejo, se miró; luego siguió escuchando, con una atención tal que advertía dirigida a otros puntos ausentes, distantes de aquel relato y de aquella habitación. Él advirtió este ajenamiento y, levantándose, alejándose repentinamente de la mesa, enfrentó el rostro severo y dulce de la muchacha, con un gran anhelo de llamarla a su presencia, de atraer para sí ese hilo patético que los negros ojos proyectaban hacia un mundo remoto. Apresurado, vehemente; con las manos desesperándose por ayudar las palabras, fervoroso y mal abogado, se dio a describir los modos de aquella generala que acechaba con equívocas pretensiones, en un palacete venido a menos de su pueblo, a los universitarios; aquel monstruo de insinuantes gestos. Imitó, dando a su boca un esguince violento, el despecho de la generala, hija de un loco vienés de barba roja. Esto, que él creía pintoresco, no lo advirtió ella: fijaba unos ojos ahora presentes pero estupefactos en sus ademanes, exagerados por la vehemencia. Entonces volvieron al silencio y ella siguió librada a una grande y densa preocupación.

—Lunes —dijo al fin la muchacha, contando con los dedos de uña roja—, somos lunes; martes, miércoles, jueves, viernes; cuatro días más antes del viernes. ¡Qué día espantoso va a ser el viernes para mí, qué día terrible, terrible!

Pero no contó más.

—¿Qué sucederá el viernes? —preguntó él.

—¡Viernes! —repitió ella.

—¿Qué sucederá el viernes?

—No sucederá nada. No quiero decir nada.

—¿Por qué? —preguntó él.

—No. ¿Qué puedo ganar con decirle? ¿Qué puede significar lo que le diga?

—Tal vez que nos acerquemos más —le dijo él, expresándose con dificultad.

—No —dijo ella.

—Dígame —dijo él.

Ella contestó con violencia.

—¡No! ¿Qué es lo que le interesa en ello? Ni siquiera a mí me *importa*. Es un episodio. Reanudar una relación asquerosa.

—¡Ah! —dijo él.

Hubo otra pausa. Luego dijo él:

—¿Quiere que tomemos algo? ¿Coñac...?

—No —dijo ella—, gracias.

Avesquín caviló. ¡Infinito destiempo que preside los encuentros

humanos! Imaginó un universo dramático de horarios confundidos, lleno de gentes que chocaban extraviadas. Abajo, en la calle, qué tiempos coincidirían para ese desfile oscuro y tumultuoso? Toda una grey arrojada en corrientes que ya no se corregirían en su desorden hasta una hora final, hasta un extremo minuto. Tomó la mano de la muchacha.

Sin duda aproximó demasiado su cabeza.

—Acarícieme —le dijo ella con severidad—, si quiere, pero no me bese.

Sorprendido, él retrocedió. La muchacha permaneció impasible, se llevó la mano a la cara, sacudió sus cabellos hacia atrás. Avesquín tuvo la certidumbre de que sus ojos estaban ausentes, su ánimo ausente, y que sólo aquella carne mate se le entregaba.

Pero era una carne hermosa y nueva, desconocida; áspera y cerrada como la vida de su ciudad, carne llena de silencio, fuerte, madurada en la húmeda sombra, en esa humedad que ya ha perdido la tierra europea, árida y agrietada. Se abalanzó sobre aquel cuerpo, y la muchacha, apenas con un gesto, lo apartó, comenzó a desnudarse. No lo miraba. Parecía prepararse a cumplir una labor grave y triste, trascendental, y tenía la frente dominada, sin duda, por esa preocupación que exteriorizaba aplicándose lentamente a doblar su pollera negra, su blusa, tan pobre como pretenciosa, sus medias.

Avesquín, de nuevo, se adelantó, puso la mano sobre aquel pecho en el que aún crecía una fuerte juventud. Ella lo dejaba hacer, dócil. Temblando él acariciaba el seno con suma dulzura, poseído de una ternura voraz y tímida.

Pero como tocado por un grito interno, espantoso, detuvo de golpe su mano. Inmóvil, abría unos ojos desmesurados. En toda su infinita hondura abarcaba —mirando la dulce piel femenina, los labios entreabiertos, la mansa y repugnante espera— el abismo que separaba su angustia de ese objeto de goce.

Los pasos de los dos resonaron en la escalera, trastabillantes, como un cuerpo que cae.

La noche estaba húmeda, helada, y él apretó el paso sin saber todavía qué dirección tomar. En la calle ya sólo algún reverbero alternaba su luz con el aliento último de los bares, exhalando en las aceras como un espectro lechoso; pero nada de eso veía, sus ojos estaban absortos en una visión remota y cruel. Así pasó por delante del Hotel Municipal para emigrados, de la adyacente plaza que era un pozo sombrío, de la estación suntuosa, abierta como una gran boca

hospitalaria. Iba con la cabeza tendida hacia adelante, como si esta tensión satisficiera su apuro. Un rumor martillaba su oído: "¡Huir!, ¡huir!" y su impotencia ante este grito que se mezclaba con obsesionantes imágenes del pasado se convirtió en una sorda exasperación, en una desesperanza infinita. Se paró, atento al silencio circundante, y desde esa esquina vio en la plaza, dormidos, en los bancos, a unos cuantos hombres, encogidos, helados, sucios de esa costra que los aísla en un mundo ya ilusorio y sin pena. Miró las calles desiertas que se bifurcaban allí; de un lado el río, del otro las grandes moles silenciosas, con sus ventanales herméticos, blancos. Un hombre como él, solitario, apenas visible en la noche, limpiaba la esfera de un alto reloj. Avesquín movió los labios sin hablar, sintió la mezquindad de su cuerpo en medio de aquel mundo preciso, seco, grandioso; el frío y la soledad lo agitaron en un estremecimiento. No tenía por qué permanecer ahí parado, por qué estar más adelante o en otro sitio, la ciudad lo desconocía, su volumen humano sobraba en esa feria de carne velozmente dirigida hacia éxitos concretos. Exhaló un gruñido ronco, volvió la espalda a la región edificada, y se apresuró en dirección al río. Huir, huir — el martilleo seguía, su conciencia retenía ideas siniestras que iban tomando forma. Pensó en la única salvación, ofrecerse en un cargo, embarcarse, partir. Su corazón palpitaba; temió de pronto, ante esa próxima claridad, desvanecerse, caer; dió unos pasos más y, presa de un miedo vago, corrió, como si quisiera dejar atrás la masa cruenta de tinieblas. Corrió, sólo su palidez iluminaba, atravesándola, la noche. Tuvo que cruzar las vías del ferrocarril; al fin vio los navíos; un bello halo agigantaba sus luces. Una profunda angustia acumulada lo hacía jadear, y, al tropezar con un alambrado, cayó. Había quedado en una postura grotesca, extendido como un sapo, y se incorporó, despacio, sin pararse. Podía esperar el alba así, inmóvil: las embarcaciones estaban cerca. Las miró con alivio y esperó, antes de volver los ojos hacia esa elevación ya distante, donde comenzaba la ciudad, sus edificios, el páramo inmenso: Buenos Aires.

EDUARDO MALLEA

LOS AMIGOS DE LOS AMIGOS

Encuentro, como usted profetizara, mucho que es interesante, pero poco que contribuya a dilucidar el delicado problema: la posibilidad de publicación. Sus diarios son menos sistemáticos de lo que yo esperaba; poseía solamente el bendito hábito de observar y narrar. Resumía, guardaba; en verdad son raras las veces en que parece haber dejado pasar una buena anécdota sin cazarla al vuelo. Aludo, por supuesto, no tanto a cosas que oyó como a cosas que vio y sintió. A veces escribe de sí misma, a veces de otros, a veces de la combinación. Es bajo esta rúbrica cuando suele ser más vívida. Pero usted comprenderá que no siempre lo más vívido de ella es lo más publicable. A decir verdad, es terriblemente indiscreta, o posee al menos todo el material para hacer que lo sea yo. Tome como ejemplo el fragmento que le envío dividido para su comodidad en varios pequeños capítulos. Es el contenido de una libreta que he hecho copiar y tiene el mérito de ser poco menos que algo acabado, un todo inteligible. Estas páginas datan evidentemente de hace años. He leído con vivísima admiración el circunstanciado relato que contienen y he hecho lo posible por aceptar el prodigio que dejan a inferirse. Estas cosas serían sorprendentes, ¿verdad?, para cualquier lector. ¿Pero puede usted imaginar en algún momento que yo coloque semejante documento ante el mundo, por más que, como si ella misma hubiese deseado que el mundo lo aprovechara, no ha dado nombre ni iniciales a sus amigos? ¿Tiene usted alguna clave sobre la identidad de éstos? Cedo a ella la palabra.

I

Sé perfectamente, por supuesto, que yo misma tuve la culpa; pero ello no mejora en nada las cosas. Yo fui la primera en hablarle de ella; él jamás la había oído mentar siquiera. Aunque yo no lo hubiese hablado algún otro habría compensado la falta; más tarde traté de hallar consuelo en esta reflexión. Pero el consuelo de las reflexiones es flaco: el único consuelo que vale en la vida es no haber sido una

tonta. He ahí una beatitud de la cual sin duda nunca podré gozar.

—Pues, tendría que conocerla, hablar de aquello —es lo que al punto le dije—. Dios los cría y ellos se juntan.

Le dije quién era, y que los dos se parecían, pues si él había tenido en su juventud una extraña aventura, ella había pasado por otra semejante más o menos en la misma época. Sus amigos conocían muy bien el incidente y constantemente le pedían que lo describiera. Era encantadora, inteligente, bonita, desdichada; pero no obstante al incidente aquel debió originalmente su reputación.

Estando a los dieciocho años en el extranjero, con una tía, se le había presentado una visión de uno de sus padres en el momento de morir. El padre se encontraba en Inglaterra, a cientos de millas de distancia, y, que ella supiera, ni agonizante ni muerto. Ocurrió de día, en el museo de una gran ciudad extranjera. Había entrado sola, antes que sus compañeros, a una salita que contenía una famosa obra de arte y que se hallaba ocupada en ese momento por otras dos personas. Una de éstas era un viejo guardián; el segundo, antes de observarlo, le pareció un turista extranjero. Sabía meramente que estaba sentado en un banco, sin sombrero. No obstante, apenas sus ojos se posaron en él contempló con asombro a su padre, quien, como si estuviera esperándola desde hacía mucho tiempo, la miraba con singular angustia e impaciencia análoga al reproche. Corrió hacia él y exclamó, azorada:

—Papá, *¿qué ocurre?*

Pero esto fue seguido de una exhibición de emoción más viva aún cuando vio que su padre se desvanecía, simplemente, y quedaban sólo el guardián y sus parientes, que entonces ya estaban a su lado y la rodeaban, afligidos. Estas personas, el funcionario, la tía, los primos, fueron pues en cierto modo testigos del hecho... a lo menos del hecho de la impresión que produjo en ella; además podía añadirse el testimonio de un médico que asistía a otro del grupo, y a quien se comunicó inmediatamente lo acaecido. Le dio un remedio para la histeria, pero la tía le dijo, reservadamente:

—Espere y vea si en realidad no ha pasado nada.

Algo *había* pasado: el pobre padre murió aquella misma mañana de un ataque repentino y violento. La tía, hermana de la madre, recibió antes de la noche un telegrama en que le anunciaban el suceso y le pedían que prepararan a su sobrina para el caso. Su sobrina ya estaba preparada, y por supuesto que la impresión recibida por la joven permaneció indeleble. A todos, como amigos de ella, nos ha sido transmitida, y nosotros la hemos transmitido también rastreramente unos a otros. Doce años habían transcurrido, y como mujer

desgraciada en su matrimonio y que vivía separada de su marido se había vuelto interesante por otras razones; pero como el apellido que usaba ahora era un apellido frecuentemente usado, y como además su separación judicial, al paso que iban las cosas, difícilmente serviría para distinguirla, se acostumbraba calificarla como "aquella, usted sabe, que vio el fantasma de su padre".

En cuanto a él, hombre querido, había visto el de su madre. ¡Ahí está el punto! Nunca lo había sabido hasta esta ocasión en que un conocimiento más íntimo, más grato, lo movió, en algún giro del tema de nuestra charla, a mencionarlo, y a inspirar en mí al hacerlo el impulso de hacerle saber que tenía un rival en el campo, una persona con la cual podría comparar notas. Con el tiempo su historia se convirtió también para él, tal vez a causa de mis indebidas repeticiones, en rótulo mundano conveniente; pero no había sido ésa la razón de que me lo presentaran, un año antes. Tenía otros méritos, así como ella, pobrecita, también tenía otros. Con sinceridad puedo decir que los percibí perfectamente desde el principio, que los descubrí antes de que él descubriera los míos. Recuerdo cómo me sorprendió, aún entonces, que su percepción de los míos fuese avivada por mi capacidad de corresponder, aunque no por cierto directamente de mi propia experiencia, a su curiosa anécdota. Databa esta anécdota, como la de ella, de una docena de años atrás; año en el cual, en Oxford, había prolongado sus vacaciones por ciertas razones personales. Había pasado la tarde de agosto en el río. Al volver a su habitación, con luz natural abundante todavía, encontró allí a su madre, con los ojos como fijos en la puerta. Aquella mañana había recibido carta de ella de Gales, donde se hospedaba con su padre. Al verlo le sonrió con extraordinario esplendor y le tendió los brazos; pero cuando él saltó hacia adelante y abrió alegremente los suyos ella se desvaneció. Le escribió aquella misma noche, contándole lo que había pasado; la carta se ha conservado escrupulosamente. A la mañana siguiente se enteró de su muerte. En este azar de nuestra conversación lo sorprendió notablemente el pequeño prodigio que pude presentarle. Jamás había encontrado otro caso. Sin duda mi amiga y él debían conocerse; sin duda tendrían algo en común. Yo podría arreglarlo, ¿verdad?... si *ella* no tenía inconvenientes; pues él por su parte no los tenía en absoluto. Le prometí hablar con ella del asunto lo antes posible, y en el transcurso de la semana pude hacerlo. Tenía tantos "inconvenientes" como él; estaba perfectamente dispuesta a verlo. Y sin embargo no iba a ocurrir encuentro alguno... según lo que suele entenderse por encuentros.

II

Ahí está la mitad de mi relato: lo extraordinario de los obstáculos que impidieron el encuentro. Fue culpa de una serie de accidentes; pero los accidentes, con su persistencia de años, se convirtieron, para mí y para otros, en tema de chanza con ambas partes. Al principio eran muy chistosos, después llegaron a hacerse pesados. Lo más extraño era que ambas partes se prestaban dócilmente; no se trataba de un caso en que ambos fueran indiferentes, mucho menos de que no estuvieran dispuestos. Era uno de los caprichos de la suerte, auxiliada, supongo, por la oposición bastante determinada de sus intereses y costumbres. Los de él se concentraban en su empleo, su eterna inspección, que le dejaba pocas horas libres, que lo hacía ausentarse constantemente y lo obligaba a romper compromisos. Gustaba de la sociedad, pero la encontraba en todas partes y la tomaba a la carrera. Nunca pude saber en un momento dado dónde se hallaba, y hubo veces en que no lo vi durante varios meses. Ella, por su parte, era prácticamente suburbana: vivía en Richmond y no "salía" nunca. Era una mujer distinguida pero no de alta sociedad, y conocía, como decía la gente, su posición. Decididamente altiva y más bien singular, vivía su vida tal como había planeado. Había cosas que una podía hacer con ella, pero nunca conseguir que viniera a las reuniones. Por cierto que una iba algo más de lo perfectamente correcto a las de ella, que consistían de su prima, una taza de té y el paisaje. El té era bueno; pero el paisaje era familiar, aunque quizá no como la prima —desagradable solterona que había sido del grupo en el museo y con la cual vivía ahora—, que lo era de modo tan chocante. Esta relación con un pariente inferior, sustentada parcialmente en razones económicas —proclamaba administradora de maravilla a su compañera—, era una de las pequeñas perversidades que teníamos que perdonarle. Otra era su concepto de los cánones creados por la ruptura con su marido, rigurosísimo... tanto que muchos llegaron a llamarlo mórbido. No progresaba absolutamente nada; cultivaba escrúpulos; sospechaba, o tal vez debería decir que recordaba, el menor desaire: era una de las pocas mujeres que he conocido que en ese particular predicamento se han vuelto antes modestas que osadas. ¡Querida mía, era delicadísima! Especialmente marcados estaban los límites que había fijado a posibles atenciones masculinas: siempre pensaba que su marido sólo esperaba la ocasión para darle el zarpazo. Desalentaba, cuando no prohibía, las visitas de hombres que no fuesen seniles; decía que jamás podría adoptar demasiadas precauciones.

Cuando le mencioné por vez primera que tenía un amigo a quien el destino había distinguido de la misma misteriosa manera que a ella, la dejé en entera libertad de decir "¡Oh, tráigalo algún día!" Probablemente yo hubiese podido traerlo, con lo cual se habría creado una situación perfectamente inocente o de todos modos relativamente sencilla. Pero no lo dijo.

—Debo verlo, sin duda —expresó, en cambio—. ¡Sí, tendré que buscarlo!

Ello causó la primera demora, y entretanto ocurrieron varias cosas. Una fue que con el transcurso del tiempo ella se hizo cada vez de más amigos, pues era en verdad encantadora, y que regularmente acontecía que estos amigos eran también lo suficiente amigos de él como para traerlo a colación en sus conversaciones. Extraño era que sin pertenecer, por así decirlo, al mismo mundo, o, de acuerdo con el horrible término, a la misma categoría, mi desbaratada pareja hubiera de encontrarse en tantos casos con la misma gente y hacerlo unirse al festivo coro. Ella tenía amigos que no se conocían entre sí, pero que inevitable y puntualmente acababan por recomendarle *a él*. Poseía ella también la suerte de originalidad, el interés intrínseco que inducía a cada uno de nosotros a conservarla como recurso privado, cultivando celosamente, más o menos en secreto, como persona imposible de encontrar en sociedad, a quien no todos —no los vulgares— podían acercarse, y la relación con la cual era por lo tanto particularmente difícil y particularmente preciosa. La veíamos separadamente, con citas y condiciones, y en general convenía no contarlo, en bien de la armonía común. Alguien tenía siempre una nota de ella posterior a la recibida por algún otro. Hubo una tonta mujer que durante largo tiempo, entre los no privilegiados, debió a tres simples visitas a Richmond la reputación de ser amiga íntima de "mucha gente inaccesible y sumamente inteligente".

Todos poseen amigos que ha parecido feliz idea reunir, y todos recuerdan que sus ideas más felices no han sido sus éxito más eminentes; pero dudo de que alguna vez se haya visto un caso en que el fracaso estuviera en proporción tan directa con la cantidad de influencia puesta en movimiento. Realmente es tal vez aquí donde la cantidad de influencia fue más notable. Mi dama y mi caballero se pronunciaron, para mí y para otros, como sujeto muy adecuado para una espléndida comedia. La razón aducida la primera vez desapareció con el tiempo y cincuenta mejores florecieron encima. Eran parecidísimos: tenían las mismas ideas y hábitos y gustos, los mismos prejuicios y supersticiones y herejías; decían las mismas cosas y a veces las hacían, gustaban y no gustaban de las mismas personas y lugares, de

los mismos libros, autores y estilos; había rasgos de semejanza hasta en sus apariencias y sus facciones. Se estableció como propiedad que ambos eran según el lenguaje común igualmente "simpáticos" y casi igualmente bien parecidos. Pero la gran igualdad, para la admiración y el comentario, estaba en su rara perversidad con respecto a que los retrataran. Eran las únicas personas de quienes se sabía que nunca habían sido "sacadas" y que se oponían apasionadamente a permitirlo. Simplemente *no querían*; no, por más que una dijera. Yo me había quejado de ello en voz alta; en particular a él había deseado tan vanamente poder exhibirlo sobre la chimenea de mi sala en un marco de Bond Street. Ello era de cualquier modo la más viva de todas las razones porque debían conocerse, pues todas las vivas razones se habían reducido a nada por la extraña ley que les había hecho cerrar tantas puertas en las narices del otro, que los había hecho como los baldes en el pozo, como los dos extremos del sube y baja, como los dos partidos del Estado, de tal modo que cuando uno estaba arriba el otro estaba abajo, cuando uno estaba fuera el otro estaba dentro, y no cabía la posibilidad de que entraran en una casa hasta que el otro no se hubiese ido, o que salieran de improviso hasta que el otro no se hallara cerca. Sólo llegaban cuando habían perdido toda esperanza, y era también entonces precisamente cuando partían. Eran, en fin, alternativos e incompatibles: no acertaban a encontrarse con una constancia inveterada que sólo podía explicarse considerándola concertada de antemano. Sin embargo, la realidad estaba tan lejos de ello que había acabado —literalmente tras varios años— por desilusionar y fastidiar a ambos. No creo que su curiosidad se excitara hasta confirmarse como enteramente vana. Claro está que se hizo muchísimo por ayudarlos, pero fue meramente como tender alambres para que viajaran por ellos. Para dar ejemplos tendría que haber tomado apuntes; pero recuerdo que ninguno de ellos pudo jamás dar un convite en la ocasión adecuada. La ocasión adecuada para uno era la ocasión que resultaba inconveniente para el otro. En lo inconveniente eran puntualísimos, y no hubieron más que inconvenientes. Hasta los elementos conspiraban, y la constitución del hombre los reforzaba. Infaliblemente intervenía una jaqueca, un resfrío, un duelo, una tormenta, una niebla, un terremoto, un cataclismo. Todo el asunto pasaba ya de broma.

Y sin embargo debía aceptarse aún como broma, aunque una no pudiese menos que sentir que la broma había agravado la situación, había producido en ambas partes una conciencia, un embarazo, un positivo temor del último accidente de todos, el único que aún conservaba cierta lozanía, el accidente que los *reuniría*. El efecto final

de sus predecesores había sido enardecer este instinto. Ambos estaban muy avergonzados... tal vez un poco del otro. Tanto preparativo, tanto contratiempo. ¿Qué podría ser en verdad lo bastante bueno como para llegar a través de todo aquello? Un mero encuentro sería mera insulsez. ¿Los veré al cabo de tantos años, se preguntaban a menudo, uno frente al otro, estúpidamente, nada más? Si la broma los fastidiaba, tal vez peor fastidio les causaría algo más. Hacían idénticas reflexiones, y en cierto modo ambos podían tener la certeza de llegar a enterarse de las reflexiones del otro. Realmente pienso que fue esta peculiar diferencia la que acabó por dominar la situación. Quiero decir que si habían fracasado el primer año, o los dos primeros, porque verdaderamente no podían evitarlo, conservaron luego la costumbre porque —¿cómo llamarlo?— se habían puesto nerviosos. Por cierto que se necesitaba una voluntad acechadora para explicar algo tan uniforme y tan ridículo al mismo tiempo.

III

Cuando para coronar nuestra prolongada relación acepté su reiterado ofrecimiento de matrimonio se dijo jocosamente, lo sé, que yo había puesto como condición el obsequio de su retrato. Tan cierto era que yo me había negado a darle el mío sin él. De todos modos lo tuve al fin, en su alta distinción, sobre la chimenea, adonde el día en que ella me visitó para felicitarme se acercó más que nunca a verlo. Al retratarse le había puesto un ejemplo que la invité a seguir; él había sacrificado su perversidad, ¿no sacrificaría ella la suya? Ella también debía regalarme algo por mi compromiso, ¿no querría darme el compañero de aquella fotografía? Se rió y meneó la cabeza; tenía cabezadas cuyo impulso parecía venir de tan lejos como la brisa que agita una flor. El compañero del retrato de mi futuro marido era el retrato de su futura mujer. Había tomado su actitud y podía separarse de ella tan poco como podía explicarla. Era un prejuicio, un *entêtement*, un voto: viviría y moriría sin dejarse retratar. Además ahora estaba sola en tal condición, y esto le gustaba, pues la hacía mucho más original. Se regocijó por la caída de su último compañero y contempló largamente su retrato, sobre el cual no hizo observación memorable, aunque hasta lo dio vuelta para ver el dorso. Con respecto a nuestro compromiso estuvo encantadora, llena de cordialidad y simpatía.

—Usted lo conoce hace más tiempo que el que yo llevo *sin* conocerlo —me dijo—, lo cual parece muchísimo.

Comprendió que juntos habíamos recorrido muchos altibajos, y cuán inevitable era que ahora descansáramos juntos. Soy precisa en todo esto pues lo que siguió es tan extraño que me resulta una especie de alivio señalar el punto hasta el cual nuestras relaciones fueron tan naturales como siempre. Fui yo misma quien en un súbito momento de locura las alteré y las destruí. Ahora comprendo que ella no me dio pretexto alguno y que yo encontré uno tan sólo en su manera de mirar el bello semblante en el marco de Bond Street. ¿Cómo hacer que lo viera de otro modo? Lo que había deseado desde el primer momento era que ella gustara de él. Bien, pues lo seguía deseando... hasta el momento en que ella me prometió que en esta ocasión realmente me ayudaría a romper el tonto hechizo que los había mantenido separados. Ya había arreglado con él que haría su papel si ella hacía tan triunfalmente el suyo. Ahora me encontraba en situación diferente: estaba en condiciones de responder por él. Podía asegurar sin lugar a dudas que a las cinco del sábado siguiente él estaría allí. Se encontraba fuera de la ciudad por urgentes razones de negocios, pero, empeñado en cumplir su promesa al pie de la letra, volvería expresamente y con abundancia de tiempo.

—¿Está perfectamente segura? —recuerdo que me preguntó, con aire grave y pensativo.

Me pareció que había empalidecido un poco. Estaba cansada, indispuesta; era una lástima que al cabo él tuviera que verla en tan pobre momento. ¡Si al menos *pudiera* haberla visto cinco años atrás! Sin embargo, repuse que esta vez estaba segura y que el éxito dependería por lo tanto nada más que de ella. A las cinco en punto del sábado lo vería en un sillón particular que señalé, donde solía sentarse, en el cual —aunque no mencioné este detalle— estaba sentado la semana anterior cuando me expuso la cuestión de nuestro futuro de la manera en que logró vencerme. Lo miró en silencio, tal como había mirado el retrato, en tanto que yo repetía por vigésima vez que era demasiado ridículo que no se pudiera llegar de algún modo a presentar la amiga más querida al segundo yo de una.

—¿*Soy* yo su amiga más querida? —me preguntó, con una sonrisa que por un momento le restituyó su belleza. Le contesté apretándola contra mi pecho; tras lo cual dijo—: Bien, vendré. Siento un temor extraordinario, pero puede contar conmigo.

Cuando se hubo ido empecé a preguntarme a qué podría temer, pues lo había dicho como si realmente lo sintiera. El día siguiente, en las últimas horas de la tarde, recibí tres líneas de ella: al llegar a su casa se había encontrado con el anuncio de la muerte de su marido. No lo veía desde hacía siete años, pero quería que yo lo

supiera de este modo antes de que me enterase de otro. Sin embargo, por extraño y triste que resulte decirlo, ello importaba tan poco en su vida que mantendría escrupulosamente la cita. Me alegré por ella: supuse que al menos importaría en que iba a acrecer su fortuna; pero aun en esta desviación, lejos de olvidar el temor, a medida que pasaba la tarde, se volvía contagioso, y el contagio asumió la forma de pánico en mi pecho. No eran celos, era simplemente miedo de los celos. Me dije tonta por no haber callado hasta que fuésemos marido y mujer, después de lo cual tendría que sentirme segura de algún modo. Era cuestión de esperar otro mes, nada más; sin duda una bagatela para quienes habían esperado tanto tiempo. Había sido suficientemente manifiesto que ella estaba nerviosa, y ahora que era libre su nerviosidad no sería menor. ¿Qué había sido, pues, sino un sutil presentimiento? Hasta entonces fue víctima de la ingerencia, pero era muy posible que en adelante fuera la fuente de ésta. En tal caso la víctima sería mi simple persona. ¿Qué había sido la ingerencia, sino el dedo del Destino que señalaba un peligro? El peligro, por supuesto, era para mi pobre *yo*. Lo habían mantenido a raya una serie de accidentes de frecuencia inigualada; pero el reino del accidente llegaba visiblemente a su fin. Yo tenía la convicción de que ambas partes acudirían a la cita. Cada vez se iba haciendo más honda en mí la impresión de que se acercaban, convergían. Eran como los buscadores del objeto oculto en el juego del escondite; ya tenían uno, y el otro empezaba a "quemarse". Habíamos de romper el hechizo; bien, se rompería, y eficazmente... a menos que tomara otra forma y se excediera en sus encuentros como se había excedido en sus zafadas. He aquí algo que no podía pensar tranquila; me mantenía despierta, y a medianoche me llenaba de desasosiego. Al cabo comprendí que había una sola manera de apaciguar al fantasma. Si el reino del accidente había concluido yo debía recoger simplemente la sucesión. Me senté y escribí un billete urgente que él encontraría a su regreso, y como los criados se habían acostado tuve que salir en cabeza a la calle desierta y azotada por la borrasca para echarlo en el buzón más cercano. En él le decía que yo no podría estar en casa por la tarde, como había esperado, y que debía diferir su visita hasta la hora de la cena. Lo cual también implicaba que me encontraría sola.

IV

Cuando en efecto ella se presentó a las cinco yo me sentí naturalmente falsa y ruin. Mi acción había sido fruto de una locura momen-

tánea, pero por lo menos ahora tenía que comportarme de conformidad, como dicen. Se quedó una hora; él, por supuesto, no vino; y yo no pude hacer otra cosa que persistir en mi perfidia. Había pensado que lo mejor era dejar que ella viniera; por singular que ahora me parezca, entendía que ello disminuía mi culpa. No obstante, al verla sentada allí, tan manifiestamente pálida y cansada, agobiada por la impresión de todo lo que la muerte de su marido había descubierto, sentí un tormento realmente penetrante de lástima y remordimiento. Si no le conté al punto lo que había hecho fue porque sentí demasiada vergüenza. Fingí asombro, lo fingí hasta el final; protesté que si alguna vez había tenido confianza la había tenido aquel día. Me ruborizo al contarlo: lo acepto como mi penitencia. Todo lo que dije de él lo dije indignada; inventé suposiciones, atenuaciones; admití estupefacta, con el correr de las agujas del reloj, que su suerte no había cambiado. Ella sonrió ante esta fantasía de la "suerte" de ambos, pero me pareció ansiosa, insólita; lo único que me mantuvo firme fue el hecho extraño de que vistiera de luto: no grandes espesuras de crespón, sino negro sencillo y escrupuloso. Tenía tres plumitas negras en su sombrero. Llevaba un manguito de astrakán. Esto, mediante la ayuda de una reflexión sutil, me dio parte de razón. Me había escrito que el repentino suceso no tenía importancia para ella, pero aparentemente importaba hasta tal punto. Si era propensa a guardar las formas usuales, ¿por qué no observaba la de no salir los dos primeros días? Porque había alguien a quien deseaba ver tan ávidamente que no podía esperar a que su marido estuviese enterrado. Tamaña traición de su anhelo me hizo lo bastante dura y cruel como para poner en práctica mi odioso engaño, aunque al mismo tiempo, a medida que la hora avanzaba y menguaba, sospeché en ella algo más hondo aún que la desilusión, y en cierto modo menos triunfalmente encubierto. Me refiero a un extraño alivio interior, a la emisión suave y lenta del resuello que sucede al paso de un peligro. Lo que acaeció mientras ella pasaba su estéril hora conmigo fue que al fin renunció a él. Lo dejó ir para siempre. Al respecto hizo la broma más graciosa que he visto hacer jamás sobre cualquier cosa... aunque a pesar de todo, aquella era una gran fecha en su vida. Con su dulce jovialidad habló de todas las otras ocasiones, vanas todas, el largo juego del escondite, la rareza sin precedentes de aquella relación... Porque *era*, o había sido, una relación, ¿no era así, no había sido así? Y ahí estaba la parte absurda de ello. Cuando se levantó para irse le dije que era más relación que nunca, pero que luego de lo que había ocurrido no tenía el descaro necesario para proponerle otra oportunidad en el presente. Era manifiesto que la única oportunidad válida

sería la consumación de mi matrimonio. ¿Por supuesto que estaría en mi boda? Aún había que esperar que *él* estuviere.

—¡Si estoy *yo*, él no va a estar!

Recuerdo el fino gorjeo y la noticia falsa de su risa. Admití que algo de cierto podría haber en ello. Entonces lo importante era que primero estuviéramos casados, fuera de peligro.

—Eso no va a ayudarnos. ¡Nada podrá ayudarnos! —dijo, al darme el beso de despedida—. ¡Nunca, nunca lo veré!

Y con estas palabras se fue.

Yo pude soportar su desilusión, como la he llamado; pero cuando un par de horas más tarde recibí a mi futuro marido para cenar descubrí que no podía soportar la de él. No había tenido particularmente presente de qué manera podría haberlo afectado mi maniobra; pero su resultado fue la primera palabra de reproche que jamás saliera hasta entonces de él. Digo "reproche" porque este vocablo no es demasiado fuerte para los términos en que me dio a entender su sorpresa de que bajo las extraordinarias circunstancias no hubiese hallado yo algún medio de no privarlo de semejante ocasión. Realmente podría haber dispuesto las cosas para no verme obligada a salir, o bien para dejar que el encuentro de ellos tuviera lugar de todos modos. Probablemente se las hubiesen arreglado bastante bien sin mí, en mi sala. Ante lo cual me sentí completamente abatida: confesé mi iniquidad y el miserable motivo que la causara. No había impedido que ella viniera, ni había salido: estuvo allí, y tras esperarlo una hora, partió en la creencia de que él había estado ausente por propia culpa.

—¡Bonita bestia ha de creerme! —exclamó—. ¿No dijo de mí —y recuerdo la suspensión del aliento apenas perceptible en su pausa— lo que tenía derecho a decir?

—Te aseguro que no dijo nada que mostrara el mínimo resentimiento. Miró tu retrato, hasta lo dio vuelta para leer en el dorso, donde están escritas tus señas. Sin embargo, no provocó en ella demostración alguna. No le importa tanto.

—¿Entonces por qué la temes?

—No era a ella a quien temía. Era a ti.

—¿Pensaste que me enamoraría de ella sin remedio? Nunca habías aludido a semejante posibilidad —prosiguió, mientras yo permanecía callada—. Admirable como me la pronunciabas, no era ésa la luz en que me la mostrabas.

—¿Quieres decir que si así *hubiera* sido te las habrías compuesto ya para verla alguna vez? Entonces no temías las cosas —añadí—. No tenía la misma razón.

En aquel momento me besó, y cuando recordé que ella había hecho lo mismo una o dos horas antes sentí por un instante como si él estuviera tomando de mis labios la presión de los de ella. A pesar de los besos el incidente había vertido cierto frío, y sufrí horriblemente al pensar que él me había sabido culpable de un fraude. Se había enterado sólo a través de mi franca confesión, pero me sentía tan desgraciada como si tuviera que borrar una mancha. No podía olvidar la expresión de sus ojos mientras le refería la aparente indiferencia de ella ante su falta a la cita. Por primera vez desde que lo conocía parecía haber expresado una duda de mi palabra. Antes de separarnos le prometí que iría a desengañarla; lo primero que haría por la mañana sería ir a Richmond y enterarla de que él no había tenido la culpa. Ante lo cual volvió a besarme. Expiaría mi pecado, le dije: me humillaría en el polvo; confesaría y pediría perdón. Me besó una vez más.

V

En el tren, al día siguiente, me sorprendió que él hubiera consentido hasta tal punto; pero mi propósito era lo bastante firme como para impedir que me desviara. Subí la extensa colina, hasta donde empieza el paisaje, y luego llamé a su puerta. Me desconcertó un poco el hecho de que sus persianas aún estuvieran bajas, y pensé que acaso la compulsión de mis escrúpulos me había hecho venir demasiado temprano, pero realmente había dado tiempo a la gente para levantarse.

—¿En casa, señora? Ha dejado la casa para siempre.

Me sorprendió extraordinariamente este anuncio de la doncella.

—¿Se ha ido?

—Está muerta, señora, por favor. —Luego, cuando yo contuve la respiración ante la horrible palabra—. Murió anoche.

El fuerte grito que escapó de mis labios sonó hasta en mis propios oídos como áspera violación del momento. En aquel instante sentí como si yo la hubiese matado; me sentí desfallecer y vi vagamente que la mujer tendía los brazos hacia mí. No recuerdo lo que pasó después, ni otra cosa que la pobre y estúpida prima de mi amiga, en una habitación en la penumbra, tras un intervalo que supongo muy breve, sollozándome de una manera ahogada, acusatoria. No puede decir cuánto tiempo me llevó comprender, creer y después sofocar con inmenso esfuerzo la angustia de responsabilidad que, supersticiosa, locamente, había sido al principio casi lo único de que tuve

conciencia. El médico había sido superlativamente sensato y claro al respecto: estaba convencido de que existía una debilidad cardíaca latente durante mucho tiempo, originada probablemente años atrás en las agitaciones y terrores a que la había introducido su casamiento. En aquellos días había tenido escenas crueles con su marido, había sentido temor por su vida. Después de lo cual debía rechazarse rigurosamente toda emoción, cualquier cosa que implicara ansiedad y duda, condición que ella evidentemente conocía muy bien, como lo probaba su notable ejercicio de una vida tranquila. ¿Pero quién podía sostener que alguien, especialmente "una verdadera dama", estuviese en condiciones de protegerse con éxito de *todo* tropiezo, por minúsculo que fuere? Uno o dos días antes había tenido uno con la noticia de la muerte de su marido, pues conmociones las hay de toda índole, no sólo de dolor y sorpresa. En tal sentido ella jamás había soñado con liberación tan cercana: le había parecido extraordinaria, como si él fuese a vivir tanto como ella. Después, por la tarde, en la ciudad, evidentemente había sufrido alguna desgracia, algo que sería imperioso dilucidar. Había regresado muy tarde; eran más de las once, y cuando su prima, que la esperaba con gran ansiedad, la encontró en el vestíbulo, admitió que se hallaba fatigada y que debía descansar un momento antes de subir la escalera. Habían pasado juntas al comedor, y su compañera le propuso una copa de vino y se dirigió al aparador para servírselo. Esto llevó apenas un momento, y cuando mi informante se volvió nuestra pobre amiga no había tenido tiempo de sentarse. Repentinamente, con un leve quejido apenas perceptible, cayó sobre el sofá. Estaba muerta. ¿Qué "minúsculo tropiezo" desconocido había asestado el golpe? ¿Qué sacudida, en nombre del enigma, la aguardaba en la ciudad? Mencioné inmediatamente la única causa de perturbación conjeturable: el no haber podido ver en mi casa, a la cual viniera a las cinco en punto por invitación con tal objeto, al caballero con quien yo iba a casarme, que no había podido venir y con el cual ella no tenía relación ni conocimiento alguno. Evidentemente esto tenía poca importancia; pero no era difícil que le hubiese sucedido otra cosa: en las calles de Londres no había nada más posible que un accidente, en particular un accidente en aquellos terribles cabriolés. ¿Qué había hecho, adónde había ido al salir de mi casa? Yo había estado segura de que iría directamente a la suya. Poco después ambas recordamos que en sus excursiones a la ciudad pasaba a veces una o dos horas, por conveniencia, por solaz, en el *"Gentlewomen"*, el tranquilo club para damas, y prometí que mi primer cuidado sería hacer un formal llamamiento a aquella institución. Después entramos a la oscura y triste cámara donde yacía encerrada la muerta

y donde, tras pedir al instante que me dejaran sola con ella, permanecí media hora. La muerte la había puesto, la había guardado hermosa; pero sobre todo sentí, al arrodillarme junto a su lecho, que la había puesto, la había guardado silenciosa. Había echado llave a algo que me atañía saber.

Al regresar de Richmond, y luego de cumplir con otro deber, me dirigí al departamento de él. Era la primera vez, pero a menudo había sentido deseos de conocerlo. En la escalera, que, como la casa contenía veinte departamentos, era perfectamente pública, me encontré con su criado, que volvió conmigo y me anunció. Al oírme entrar, él apareció en la puerta de otra habitación, y no bien estuvimos solos le presenté mis nuevas:

—¡Ella ha muerto!

—¿Muerto?

Lo impresionó tremendamente, y advertí que no le era menester preguntar a quién me refería con tal precipitación.

—Murió anoche... poco después de dejarme.

Él se quedó mirándome fijamente, con expresión extrañísima, y sus ojos exploraron los míos como buscando una trampa.

—¿Anoche... después de dejarte?

Repitió mis palabras con estupefacción. Después se puso de manifiesto y así fue como con estupefacción le oí decir:

—¡Imposible! Si yo la vi.

—¿La "viste"?

—Allí mismo donde estás tú.

Esto me recordó al cabo de un instante, como para ayudarme a comprender, el gran prodigio del anuncio de su juventud.

—En la hora de su muerte. Entiendo: como viste a tu madre.

—¡Ah, *no* como vi a mi madre... no de esa manera, no de esa manera!

Mis noticias lo habían conmovido hondamente; mucho más, era indiscutible, de lo que habrían hecho el día anterior, lo cual me hizo sentir vivamente que, como ya me dijera a mí misma, había en realidad una relación entre ambos y que sin duda él había estado cara a cara con ella. Semejante idea, a través de la reafirmación de su extraordinario privilegio, lo había presentado de pronto como dolorosamente anormal de no haber él insistido vehemente en la diferencia.

—La vi viva. La vi para hablarle. La vi como ahora te veo a ti.

Es notable que por un momento, aunque sólo por un momento, yo haya encontrado alivio en el más personal, por así decirlo, pero también el más natural de los dos extraños hechos. Luego, mientras

abrazaba esta imagen de ella viniendo a visitarlo y de lo que explicaba justamente la distribución de su tiempo, pregunté, con un matiz de aspereza del cual tuve plena conciencia:

—¿Y a qué diablos vino?

Él calló entonces un minuto para reflexionar, para reponerse y juzgar de posibles efectos, de tal modo que si habló con mirada excitada aún, mostró también un sonrojo consciente e intentó en vano aliviar con una sonrisa la gravedad de sus palabras.

—Vino a verme, nada más. Vino, tras lo que había pasado en tu casa, a fin de que a pesar de todo *pudiésemos* encontrarnos al fin. El impulso me pareció exquisito, y así lo tomé.

Miré la habitación donde ella había estado; donde *ella* había estado, y yo nunca, hasta entonces.

—¿Y ella lo expresó como tú lo tomaste?

—Ella solamente lo expresó estando aquí y dejándome mirarla. ¡Fue suficiente! —exclamó, con una risa insólita.

Yo me asombraba cada vez más.

—¿Quieres decir que no te habló?

—No dijo nada. Sólo me miró mientras yo la miraba.

—¿Y tú tampoco hablaste?

Volvió a mostrarme su penosa sonrisa.

—Pensé en *ti*. La situación era delicada en todo sentido. Usé el tacto más fino posible. Pero ella vio que me había agradado.

Repitió su risa disonante.

—¡Evidentemente te "agradó"! —Después medité un momento—. ¿Cuánto tiempo se quedó?

—¿Cómo puedo saberlo? Parecieron veinte minutos, pero probablemente fue mucho menos.

—¡Veinte minutos de silencio! —Empecé a afianzar mi concepto definido, y a aferrarme a él—. ¿Sabes que me estás diciendo algo decididamente monstruoso?

Él había permanecido de pie, de espaldas al fuego; luego de lo que yo dije se acercó a mí, con mirada suplicante.

—Te imploro, amor mío, que lo tomes bondadosamente.

Yo podía tomarlo bondadosamente, y hasta pretendí hacerlo; pero cuando él abrió torpemente sus brazos no pude dejar que me abrazara. Y así cayó entre nosotros durante un lapso apreciable la desazón de un profundo silencio.

VI

Poco después lo quebró, diciéndome:

—¿No existe absolutamente ninguna duda de su muerte?

—Por desgracia, ninguna. Acabo de estar arrodillada junto al lecho donde la han amortajado.

Él clavó duramente sus ojos en el piso; después los alzó hacia los míos.

—¿Cómo está su semblante?

—Está... en paz.

Él se volvió otra vez mientras yo lo observaba; pero al cabo de un momento empezó:

—¿A qué hora entonces...?

—Tiene que haber sido cerca de la medianoche. Cayó al llegar a su casa; de una afección cardíaca que ella conocía y que su médico sabía que padecía, pero de la cual, paciente, valientemente, jamás me había hablado.

Me escuchó con atención y durante un minuto no pudo hablar. Al fin lo hizo con acento cuya confianza casi adolescente, cuya sencillez realmente sublime, resuena de nuevo en mis oídos mientras escribo.

—¡Era *maravillosa*!

Aun en aquel momento pude entender debidamente sus palabras, como para responder que yo siempre se lo había dicho; pero al minuto, como si luego de hablar hubiese advertido lo que podría haberme hecho sentir prosiguió rápidamente:

—Comprenderás muy bien que si ella no llegó a su casa hasta la medianoche...

Lo interrumpí de inmediato.

—¿Había tiempo de sobra para que tú la vieras? ¿Y cómo —le pregunté—, si permaneciste en mi casa hasta tarde? No recuerdo el momento preciso, pues estaba preocupada. Pero tú sabes que aunque dijiste que tenías muchísimo que hacer te quedaste un rato largo después de la cena. Ella, por su parte, pasó toda la tarde en el *"Gentlewomen"*. Acabo de venir de allí: lo he determinado. Tomó el té allí, y se quedó mucho tiempo.

—¿Y qué hizo todo ese largo tiempo?

Lo vi ansioso por disputar paso a paso mi relación del asunto; y a medida que más lo manifestaba más me sentía yo movida a insistir en la versión, a preferir con aparente perversidad una explicación que sólo ahondaba la maravilla y el misterio, pero que mis celos avivados encontraban más fácil de aceptar de los dos prodigios entre

los cuales tenía que escoger. Ahí estaba, rogándome con un candor que ahora me parece hermoso que le reconociera el privilegio de haber conocido a la mujer viva a pesar de la suprema derrota; en tanto que yo con una pasión que hoy me sorprende, aunque en cierto modo aún arde en rescoldo entre sus cenizas, sólo pude replicar que, mediante un don extraño compartido por ella y por la madre de él, asimismo hereditario en mi amiga, el milagro de su juventud se había renovado para él, el milagro de la juventud de ella para ella. Había ido a verlo; sí, y por un impulso todo lo encantador que quisiera. ¡Pero no había estado en cuerpo! Era un simple problema de evidencia. Sostuve que había obtenido una exposición precisa y puntual de lo que ella había hecho, casi todo el tiempo, en el pequeño club. El salón estaba casi vacío, pero la servidumbre advirtió su presencia. Se había quedado sentada, inmóvil, en un profundo sillón, junto a la chimenea encendida; había reclinado hacia atrás la cabeza, había cerrado los ojos, parecía dormir calladamente.

—Sí, sí. ¿Pero hasta qué hora, exactamente?

—En ese punto la servidumbre me falla un poco —me vi obligada a responder—. La portera en particular es por desgracia una tonta, aunque se supone que ella también sea una dama del club. En ese período de la tarde, sin substituta y contra lo que indica el reglamento, evidentemente se ausentó un instante de la jaula cuyas entradas y salidas debe vigilar. Está confundida y miente a ojos vistas; de modo que no puedo darte una hora exacta, de acuerdo con su observación. Pero alrededor de las diez y media notaron que nuestra pobre amiga no estaba más en el club.

Ello le cuadró a pedir de boca.

—Vino directamente aquí, y de aquí fue directamente al tren.

—Ella no hubiese corrido con el tiempo tan justo —afirmé—. Era algo que jamás hacía.

—No tenía necesidad de correr con el tiempo justo, querida; le sobraba tiempo. Tu memoria se equivoca al suponer que yo salí tarde de tu casa: ocurre que salí inusitadamente temprano. Lamento que mi estancia te pareciera larga, pues estuve de vuelta aquí a las diez, aproximadamente.

—Para meterte en tus pantuflas y quedarte dormido en tu sillón —repliqué—. Dormiste hasta la mañana, ¡la viste en un sueño!

Me miró en silencio, sombríamente, lo cual indicaba que tenía que reprimir cierta irritación. Luego proseguí:

—Recibiste, a hora extraordinaria, la visita de una dama. *Soit*: no hay cosa más probable en el mundo. Pero hay damas y damas. Dime, por favor: si no te fue anunciada, y permaneció muda, y para colmo

nunca habías visto ni un retrato de ella, ¿cómo pudiste identificar a la persona de quien estamos hablando?

—¿Acaso no me la han descrito hasta la saciedad? Te la describiré en sus menores detalles.

—¡No! —exclamé con presteza que lo hizo reír una vez más. Me ruboricé, pero seguí—: ¿La introdujo tu criado?

—No estaba aquí; nunca está cuando se lo necesita. Una de las características de esta enorme casa es que desde la puerta de calle los diferentes pisos son accesibles prácticamente sin que nadie pregunte quién vive. Mi criado enamora a una joven empleada en el departamento del piso inmediatamente superior a éste, y anoche sostuvo un prolongado encuentro con ella. Cuando sale en semejante misión deja la puerta exterior de mi aposento, que da sobre la escalera, lo bastante entreabierta como para que le permita deslizarse de vuelta sin el menor ruido. Así la puerta sólo requiere un empujón. Ella la empujó, lo cual exige simplemente un poco de coraje.

—¿Un poco? ¡Toneladas! Y toda suerte de cálculos imposibles.

—Bien, entonces las tenía, y lo hizo. ¡Fíjate que no niego ni por un instante —añadió—, que fue muy, pero muy maravilloso!

Algo que percibí en el tono de su voz me guardó durante un rato de hablar, pues no me tuve confianza. Al fin le dije:

—¿Cómo llegó a saber adónde vives?

—Recordando la dirección del rótulo que el tendero felizmente dejó pegado al marco que había hecho hacer para mi fotografía.

—¿Y cómo estaba vestida?

—De luto, querida mía. No grandes espesuras de crespón, sino negro sencillo y escrupuloso. Con tres plumitas negras en su sombrero. Llevaba un manguito de astrakán. Tiene cerca del ojo izquierdo —prosiguió— una diminuta cicatriz vertical.

Lo detuve bruscamente.

—La marca de una caricia de su marido. —Y añadí—: ¡Qué cerca de ella debes de haber estado! —No me contestó nada, y me pareció que se ruborizaba, al observar lo cual me despedí inmediatamente—. Bien, adiós.

—¿No vas a quedarte un poco? —Volvió a acercárseme tiernamente, y esta vez lo toleré—. Su visita tenía su belleza —murmuró, abrazándome—, pero la tuya tiene más.

Dejé que me besara pero recordé, como había recordado el día antes, que el último beso que ella había dado, según yo supongo, en este mundo, había sido en los labios que él tocaba.

—Yo soy vida, ya ves —repuse—. Lo que viste anoche era muerte.

—¡Era vida... era vida!

Hablaba con suave obstinación; me solté de su abrazo. Nos quedamos mirándonos fijamente, duramente.

—Describes la escena, si es que la describes en absoluto, en términos incomprensibles. ¿Ella estaba en la habitación antes de que tú te dieras cuenta?

—Alcé la vista de la carta que estaba escribiendo; había estado completamente absorto en ella, en esa mesa, bajo la lámpara, y cuando alcé los ojos la vi de pie ante mí.

—¿Qué hiciste entonces?

—Salté con una exclamación, y ella, con una sonrisa, se llevó el dedo a los labios, en advertencia, es verdad, pero también con delicada dignidad. Comprendí que significaba silencio, pero lo extraño fue que ello pareció inmediatamente explicarla y justificarla. De todos modos permanecimos cara a cara durante un tiempo que, como ya te he dicho, no puedo calcular. Estábamos como tú y yo ahora, nada más.

—¿Mirándose, simplemente?

Meneó la cabeza con impaciencia.

—¡Ah! ¡*Nosotros no estamos* mirándonos!

—Sí, pero hablamos.

—Bien, *nosotros* también... hasta cierto punto. —Se perdió en el recuerdo—. Era tan amable como esto.

Estuve a punto de preguntarle si no era decir mucho en su favor, pero en cambio decidí que evidentemente lo que habían hecho era contemplarse en mutua admiración. Luego le pregunté si la había reconocido en seguida.

—No —repuso—, pues no la esperaba, naturalmente; pero mucho antes de que partiera se me ocurrió quién era: la única que podía ser.

Medité un poco.

—¿Y cómo se retiró, al final?

—Como llegó. La puerta estaba abierta tras ella y se fue.

—¿Se movía con rapidez... o lentamente?

—Más bien rápido. Pero —sonrió al añadir—, la miré y la dejé irse, pues sabía perfectamente que debía aceptar lo que ella deseara.

Tuve conciencia de que exhalaba un largo y tenue suspiro.

—Bien, ahora debes aceptar lo que *yo* deseo: debes dejar que me vaya.

Pero él volvió a acercarse, me detuvo y quiso persuadirme, afirmando con toda la galantería debida que yo era algo muy diferente. Habría dado cualquier cosa por preguntarle si la había tocado, pero las palabras se negaron a formarse: yo sabía hasta la minúscula décima de tono qué horribles y vulgares sonarían. Dije otra cosa, no

recuerdo exactamente qué; era algo delicadamente tortuoso, con la intención, bastante vil, de hacer que me lo dijera sin que yo se lo preguntara directamente. Pero no me lo dijo; sólo repitió, como vislumbrando su propiedad de ablandarme y consolarme, el sentido de su declaración de algunos minutos antes: la seguridad de que ella era exquisita, por cierto, como yo siempre había insistido, pero que yo era su "verdadera" amiga, la que él más amaba, siempre. Ello me llevó a afirmar nuevamente, con el mismo espíritu de mi réplica anterior, que yo tenía por lo menos el mérito de estar viva; lo cual a su vez volvió a extraer de él la destellante contradicción que yo temía.

—¡Oh, *ella* estaba viva! ¡Estaba, estaba!

—¡Estaba muerta, estaba muerta!

Lo aseveré con una energía, una determinación de que debía *ser* así, que ahora me parece casi grotesca. Pero el sonido de la palabra me llenó súbitamente de horror, y toda la emoción natural que su significado podría haber evocado en otras condiciones se juntó y rompió en diluvio. Me inundó la comprensión de que aquí había un gran afecto muerto, y cuánto la había amado y había confiado en ella. Al mismo tiempo tuve una visión de la belleza solitaria de su fin.

—¡Se nos ha ido... la hemos perdido para siempre! —exclamé, y rompí en sollozos.

—Es precisamente lo que yo siento —dijo él, con extrema dulzura, abrazándome a modo de consuelo—. Se nos ha ido; la hemos perdido para siempre. ¿Qué importa ahora, pues?

Se inclinó sobre mí, y cuando su rostro tocó el mío no pude saber si estaba húmedo con mis lágrimas o con las suyas.

VII

Era mi teoría, mi convicción, y llegó a ser mi actitud, por decirlo así que ellos nunca habían llegado a "encontrarse"; y por esta precisa razón me pareció generoso pedirle que estuviera conmigo junto a la tumba de ella. Lo hizo con gran modestia, tiernamente, y yo supuse, aunque a él mismo no le importaba en absoluto el peligro, que la solemnidad de la ocasión, a la cual asistieron principalmente personas que habían conocido a ambos y que estaban enteradas de la prolongada broma, impediría suficientemente que su presencia sugiriese cualquier pensamiento liviano. Sobre lo que había sucedido la tarde de su muerte poco más pasó entre nosotros. Me había po-

seído un horror del elemento de prueba, que en ambas hipótesis era grosero e impertinente. Él carecía de corroboración presentable; de todo, es decir, salvo de una declaración del portero de su casa, que él mismo admitía que era personaje sumamente casual e intermitente, quien afirmaba que entre las diez y las doce de la noche habían entrado y salido de la casa no menos de tres damas de luto riguroso, lo cual probaba demasiado, pues ninguno de nosotros necesitábamos tres. Él comprendió por su parte que yo consideraba haber explicado puntualmente toda fracción del tiempo de nuestra difunta amiga, y abandonada la cuestión como decidida, nos abstuvimos de seguir discutiéndola. Lo que *yo* sabía, no obstante, era que él se abstenía más para complacerme que porque cediera a mis razones. No había cedido; era indulgente, nada más, y se aferraba a su interpretación porque la prefería. La prefería, pensaba yo, porque decía más a su vanidad. Ello, en posición semejante, no habría sido su efecto sobre mí, aunque indudablemente yo tenía tanta como él; pero éstas son cosas del humor individual y acerca de las cuales nadie puede juzgar por otro. Yo habría supuesto que sería más agradable como tema de uno de los casos inexplicables registrados en libros espeluznantes y discutidos en reuniones eruditas; no podía concebir, por parte de un ser sencillamente engolfado en lo infinito y sin embargo vibrante de emoción humana, nada más fino y puro, más elevado y augusto que semejante impulso de reparación, de amonestación, o hasta la curiosidad. *Aquello* era hermoso, si se quería, y en su lugar yo habría pensado mejor de mí por ser tan distinguida y tan singular. Era público que él ya lo había sido, que figuraba desde hacía mucho tiempo en aquella posición, ¿y qué significaba el hecho en sí, sino por menos que una prueba? Cada una de las extrañas visitas contribuía a establecer la otra. Él pensaba diferentemente; pero también sentía, me apresuro a añadir, un deseo inequívoco de no oponerse, o, como suele decirse, de no armar alboroto por ello. Yo podría creer lo que quisiera; más aún dado que todo era en cierto modo un misterio de mi propia cosecha. Era acontecimiento de mi historia, arduo problema de mi conciencia, no de la suya; por lo cual él adoptaría al respecto el tono que a mí me pareciera conveniente. De todos modos ambos teníamos otro negocio entre manos; nos urgían los preparativos de nuestra boda.

Los míos eran urgentes, sin duda, pero con el correr de los días descubrí que creer lo que "quisiera" era creer en algo de lo cual me convencía cada vez más íntimamente. También advertí que creerlo no me resultaba tan agradable como podría parecer, o que el placer, de todos modos, estaba lejos de ser el origen de mi convicción. Mi

obsesión, como realmente puedo llamarla y como empecé entonces a percibir, se negaba a que mi sentido de deberes supremo la quitara del camino, según la esperanza que yo abrigaba. Si bien tenía muchísimo que hacer, también tenía mucho en qué pensar, y llegó el momento en que mis pensamientos amenazaron seriamente a mis ocupaciones. Ahora mismo lo veo, lo siento, vuelvo a vivirlo. Está terriblemente desprovisto de goce, está lleno de amargura, hasta el colmo por cierto; y sin embargo debo ser sincera conmigo misma: no podría haber sido diferente de lo que fue. Las mismas extrañas impresiones, de tener que encararlas nuevamente, producirían la misma profunda angustia, las mismas dudas penetrantes, las mismas certezas más penetrantes todavía. ¡Oh!, todo ello es más fácil de recordar que de escribir, pero aunque yo pudiera seguir hora a hora el proceso, de poder hallar términos para lo inexpresable, la fiereza y el dolor detendrían rápidamente mi mano. Anotaré muy sencilla y brevemente que una semana antes del día fijado para nuestra boda, tres semanas después de su muerte, todas las fibras de mi cuerpo comprendieron que tenía que hacer frente a algo muy grave, y que si me decidía a hacer el esfuerzo debía hacerlo al punto y antes de que transcurriera una hora más. Mis celos inextinguidos: tal era la máscara de Medusa. No había muerto con su muerte, había sobrevivido lívidamente y era nutrida por sospechas atroces, indecibles. Hoy mismo *serían* indecibles, esto es, si yo no hubiera sentido la aguda necesidad de expresarlas oportunamente. Esta necesidad se posesionó de mí... para librarme, parecía, de mi destino. Una vez que lo hubo hecho fue cuando vi —en la urgencia del caso las horas menguaban y el intervalo se reducía— sólo un problema, el de la cabal rapidez y franqueza. Al menos podría no causarle el perjuicio de demorar otro día; al menos podría considerar demasiado fina a mi dificultad como para eludirla con un subterfugio. Por ello, con suma serenidad, pero no menos abrupta y horriblemente, cierta tarde le expresé que debíamos reconsiderar nuestra situación y admitir que había cambiado por completo. Él me miró valientemente a los ojos.

—¿Cambiado en qué sentido?

—Otra persona se ha interpuesto entre nosotros.

Pensó apenas un instante.

—No pretenderé ignorar a quién te refieres. —Se sonrió piadosamente de mi error, pero quería ser benévolo—. ¡Una mujer muerta y sepultada!

—Está sepultada, pero no muerta. Está muerta para el mundo... está muerta para mí. Pero no está muerta para ti.

—¿Vuelves al asunto de la diferente interpretación que damos a su aparición de aquella noche?

—No —repuse—, no vuelvo a nada. No hace falta. Me sobra con lo que tengo delante.

—¿Me puedes decir por favor, querida, qué puede ser?

—Estás enteramente cambiado.

—¿Por aquel absurdo? —se rió.

—No tanto por aquél como por otros absurdos que han seguido.

—¿Y qué pueden haber sido éstos?

Nos habíamos enfrentado honestamente, con ojos que no vacilaban; pero los suyos tenían una luz extraña, sombría, y mi certidumbre triunfaba en su perceptible palidez.

—¿Realmente pretendes no saber qué son? —le pregunté.

—Querida niña —repuso él—, ¡lo describes demasiado esquemáticamente!

Reflexioné un momento.

—¡Bien puede una sentirse turbada como para no acabar la descripción! Pero desde ese punto de vista, y desde el principio, ¿qué fue jamás más turbador que tu idiosincrasia?

Él invocó a su vaguedad, cosa que siempre hacía bellamente.

—¿Mi idiosincrasia?

—Tu notoria, tu peculiar facultad.

Se alzó de hombros, con manifiesta impaciencia, y emitió un gemido de desdén exagerado.

—¡Oh, mi peculiar facultad!

—Tu accesibilidad a la formas de la vida —continué fríamente—, tu dominio de impresiones, apariciones y contactos negados, para bien o para mal, al resto de nosotros. Ello fue en un principio parte del profundo interés que me inspiraste; una de las razones es que me divertía, y que me hacía sentir realmente orgullosa de conocerte. Era una distinción magnífica; sigue siendo una distinción magnífica. Pero claro está que entonces no preveía cómo iba a actuar ahora; y aun de haberlo previsto no habría tenido la menor idea de la extraordinaria manera en que su acción me afectaría.

—¿A qué cosa fantástica estás aludiendo, en nombre de Dios? —me preguntó, suplicante. Y luego, como yo permaneciera silenciosa, juntando energías para hacer mi acusación, prosiguió—: ¿Cómo diablos actúa, *realmente* y cómo te afecta?

—Ella no pudo verse contigo durante cinco años —dije—, pero ahora no deja de estar a tu lado. ¡Tú estás resarciendo la pérdida!

—¿Resarciendo la pérdida?

De blanco que estaba había empezado a ponerse rojo.

—Tú la ves... tú la ves. ¡La ves todas las noches!

Lanzó una exclamación de mofa, pero advertí que sonaba falsa.

—Viene a ti como vino aquella tarde —afirmé—. ¡Al probarlo encontró que le gustaba!

Yo podía, con la ayuda de Dios, hablar sin pasión ciega ni violencia vulgar; pero aquellas eran las palabras exactas que dije, ¡y qué poco "esquemáticas" me parecieron! Él había apagado su risa, y aplaudió mi desatino, pero al instante volvió a hacerme frente con un cambio de expresión en su semblante que no pudo menos que asombrarme.

—¿Te atreves a negar —le pregunté entonces— que acostumbras verte con ella?

Había tomado el camino de la indulgencia, de hacerme concesiones, de complacerme benévolamente. Sea lo que fuere, de pronto me dijo, para mi propia sorpresa:

—Pues bien, querida, ¿y si lo hago?

—Es tu derecho natural: pertenece a tu constitución y a tu prodigiosa si no muy envidiable fortuna. Pero te será fácil comprender que ello nos separa. Te dejo en libertad, incondicionalmente.

—¿Me dejas en libertad?

—Debes elegir entre yo o ella.

Me miró con dureza.

—Entiendo.

Después se alejó un poco, como si advirtiera lo que yo había dicho e intentara hallar la mejor solución. Al cabo se volvió de nuevo hacia mí.

—¿Y cómo sabes algo tan terriblemente privado?

—¿Quieres decir que cómo lo sé cuando has tratado con tanto ahinco de ocultarlo? *Es* terriblemente privado, y puedes creer que nunca te traicionaré. Has hecho todo lo posible, has representado tu papel, te has portado, ¡pobre querido mío!, leal y admirablemente. Por ello yo también te he observado en silencio, yo también he representado mi papel; he advertido los matices en tu voz, la ausencia en tu mirada, cada esfuerzo de tu mano indiferente; he esperado hasta estar perfectamente segura y miserablemente desdichada. ¿Cómo *puedes* ocultarlo cuando estás abyectamente enamorado de ella, cuando te excita casi hasta la muerte el goce de lo que ella te da? —Detuve su rápida protesta con un ademán más rápido—. La amas como *jamás* has amado, y pasión por pasión, ¡ella te la devuelve sin merma! ¡Ella te gobierna, ella te retiene, ella te posee entero! Una mujer en situación como la mía, adivina y siente y ve; no es una tonta a quien hay que "informar como para que crea". Vienes a

mí maquinalmente, compungido, con la escoria de tu ternura y las sobras de tu vida. Puedo renunciar a ti, pero no compartirte. ¡Lo mejor de ti es suyo, lo sé, y te entrego a ella sin reserva, para siempre!

Él presentó cortés combate, pero aquello no admitía remiendo; repitió su negativa, se retractó de su admisión, ridiculizó mi cargo, en cuya indefendible extravagancia convine asimismo espontáneamente. No pretendí por un momento que habláramos de cosas comunes; no prentendí por un momento que él y ella fuesen personas comunes. Decidme, por favor, ¿cómo me habría yo interesado por ellos si lo *hubiesen* sido? Habían gozado de una rara extensión del ser y me habían arrastrado en su ímpetu ascendente; sólo que yo no podía respirar en aquel aire y prestamente pedí que me dejaran abajo. En los hechos todo era monstruoso, y más que nada mi lúcida percepción de los mismos; lo único relacionado con la naturaleza y la verdad era que yo hubiese tenido que obrar según aquella percepción. Después de hablar así, sentí que mi convicción era completa; para ello no había faltado más que ver el efecto que producía sobre él, efecto que disfrazó a la verdad en una nube de burla, desviación que le daba tiempo y cubría su retirada. Instó a mi sinceridad, a mi cordura, casi a mi humanidad, lo cual, por supuesto, ensanchó nuestra disensión y confirmó nuestra ruptura. En resumen, hizo todo lo posible, salvo convencerme de que yo estaba equivocada o de que él era desdichado. Nos separamos, y lo abandoné a su inconcebible comunión.

No se casó nunca, y yo tampoco. Cuando, seis años después, en la soledad y el silencio, me enteré de su muerte, la saludé como contribución directa a mi teoría. Fue repentina, nunca pudo explicarse debidamente, estuvo rodeada de circunstancias en las cuales —pues, ¡ay!, las desmenucé punto por punto— leí claramente una intención, la marca de su propia mano oculta. Era el resultado de una prolongada necesidad, de un deseo inextinguible. Para decir exactamente a qué me refiero, era la respuesta a un llamado irresistible.

(Traducción de B. R. Hopenhaym) HENRY JAMES

SUR, Nº 249, noviembre-diciembre de 1957

EL LUNAR

Anoche soñé con aquel lunar.

Con sólo escribir esta palabra ya tú sabes a qué me refiero. ¡Cuántas veces me has reprendido por causa de aquel lunar!

Está en mi hombro derecho, o mejor dicho en la espalda, arriba.

"Ya es más grande que un garbanzo. Sigue jugando con él y uno de estos días echará brotes".

Solías tomarme el pelo a propósito del lunar. Pero, como tú decías, era muy grande para ser lunar; grande y extraordinariamente redondo e hinchado.

Cuando niña solía quedarme en cama jugando con el lunar. ¡Qué vergüenza sentí la primera vez que lo notaste! Y recuerdo muy bien tu sorpresa. ¡Hasta lloré!

"¡Basta, Sayoko, basta! Cuanto más lo toques tanto más grande se hará". También mi madre me retaba; yo todavía era una niña —creo que no tenía ni trece años— y a partir de entonces conservé aquella costumbre en secreto. Y persistió cuando me olvidé por completo de los retos.

Cuando lo notaste por primera vez, todavía era yo una niña, más que una esposa. Me pregunto si tú, hombre, puedes imaginarte mi vergüenza. Pero fue más que vergüenza. "¡Esto es espantoso!" pensaba yo. El matrimonio me parecía en aquel momento algo terrible.

Sentí como si todos mis secretos hubiesen sido descubiertos, como si los hubiese desnudado, uno tras otro, aun aquellos de los que yo misma no tenía conciencia; como si no me hubiese quedado un recoveco que fuese mío.

Entonces te volvías a dormir. Me sentía a veces aliviada y un tanto sola y a veces me contenía sobresaltada en el preciso momento en que mi mano iba de nuevo hacia el lunar.

"Ahora ya no puedo ni siquiera tocarme el lunar", pensé en escribirle a mi madre; pero en el mismo momento de pensarlo sentí que mi cara se ponía roja como fuego.

"Pero qué tontería preocuparse por un lunar", dijiste una vez; me

alegré y asentí con la cabeza; pero, ahora que lo pienso, me pregunto si no hubiera sido mejor que a ti te hubiese hecho gracia aquella detestable costumbre.

La verdad es que antes, el lunar no me había preocupado tanto. No creo que la gente ande mirando el pescuezo de las mujeres para descubrir lunares. A veces la expresión "intacta como un cuarto cerrado" se usa para referirse a una chica deforme. Pero un lunar, de cualquier tamaño que sea, apenas puede considerarse deformidad.

"¿Por qué crees tú que adquirí la costumbre de toquetear aquel lunar?"

"¿Y por qué la costumbre te molestó tanto?"

"¡Basta!" me decías. "¡Basta!" Y no sé cuántos cientos de veces me rezongaste.

"¿Por qué usas la mano izquierda?" me preguntaste una vez fastidiado.

"¿La izquierda?" La pregunta me tomó de sorpresa.

Era verdad. No lo había notado antes, pero siempre usaba la mano izquierda.

"Está en tu hombro derecho: la mano derecha sería más cómodo".

"¿Qué?" Levanté la mano derecha. "¡Pero resulta raro!"

"No tiene nada de raro".

"Es más natural con la mano izquierda".

"La derecha está más cerca".

"Con la derecha hay que ir hacia atrás".

"¿Hacia atrás?"

"Sí. No queda sino poner el brazo delante del cuello, o pasarlo por la espalda, así". Ya no estaba tan humildemente de acuerdo con todo lo que decías. Y sin embargo, en el preciso instante en que te contestaba, se me ocurrió que al cruzar el brazo izquierdo sobre mi pecho te estaba alejando, como si me abrazase a mí misma. He sido cruel con él, pensaba.

Te pregunté tranquilamente: "¿Qué tiene de malo usar la mano izquierda?"

"Con la izquierda o con la derecha, es una mala costumbre".

"Lo sé".

"¿No te he dicho muchas veces que vayas a un médico para que te lo saque?"

"¡Pero no podría! ¡Tendría vergüenza!"

"Sería una cosa muy sencilla".

"¿Quién iría a un médico para que le saquen un lunar?"

"Pues mucha gente lo hace".

"Para lunares en la cara, puede ser. Pero no creo que nadie vaya

a que le quiten un lunar del cuello. El médico se reiría. Y se daría cuenta de que voy porque mi marido se ha quejado".

"Le podrías decir que es porque tienes la manía de toquetearlo".

"¡Qué!... ¡Algo tan insignificante como un lunar, en un sitio en donde apenas puedes verlo! ¡Me parece que podrías soportarlo un poco!"

"No me importaría el lunar si no te lo estuviese toqueteando".

"No lo hago adrede".

"Pero eres porfiada. Digo yo lo que diga, no tratas de cambiar".

"Sí, trato. Y hasta he tratado de usar un camisón con cuello alto, para no poder tocarlo".

"No fue por mucho tiempo".

"¿Pero está tan mal que lo toque?" Parecía que te estaba haciendo frente.

"No que sea tan mal, sino que te pido que no lo hagas porque no me gusta".

"Pero ¿por qué te disgusta tanto?"

"No hay necesidad de dar razones. No necesitas estar jugando con ese lunar y es una mala costumbre y me gustaría que dejases de hacerlo".

"Nunca dije que no dejaría de hacerlo".

"Y además, cuando te lo tocas, siempre tienes esa expresión extraña, como absorta. Eso es precisamente lo que detesto".

Probablemente estabas en lo cierto; algo hizo que tu observación me llegase al alma. Asentí con la cabeza.

"La próxima vez que me veas haciéndolo, me pegas en la mano o me das una bofetada".

"¿Pero no te da vergüenza de que, a pesar de haber tratado por dos o tres años, todavía no has podido curarte sola de esa tonta manía?"

No contesté. Me quedé pensando en tus palabras: "Eso es precisamente lo que detesto".

Aquella posición, con mi brazo izquierdo cruzado sobre el cuello, debió parecer algo así como melancólica, como desamparada. No me atrevo a usar grandes palabras, pero diría como "solitaria". Algo ruin, algo inferior; era la actitud de una mujer a la que sólo le importa proteger su propia insignificancia.

Y la expresión de mi cara debió de ser tal cual la describiste: "extraña, como absorta".

¿No parecía acaso una prueba de que no me había entregado enteramente a ti, como si mediase una distancia entre nosotros? ¿No eran quizás mis verdaderos sentimientos los que aparecían en mi cara cuan-

do me tocaba el lunar y me perdía en ensueños, tal como lo había hecho desde niña?

Pero debió haber sido porque ya no estabas satisfecho de mí que diste tanta importancia a aquella pequeña manía. Si hubieses estado contento conmigo hubieras sonreído y no habrías pensado más en ello.

Era un pensamiento espantoso, y temblé cuando se me ocurrió, de repente, que bien podría haber hombres a quienes les pareciera encantadora mi manía.

Y fue tu amor por mí lo que te la hizo notar por primera vez. De eso no tengo duda, ni aún ahora. Pero son precisamente estos pequeños disgustos los que, a medida que van creciendo y deformándose, echan sus raíces en un matrimonio. En los verdaderos matrimonios, las excentricidades personales dejan de importar, pero creo que, en cambio, hay maridos y mujeres que se encuentran con que están de punta por cualquier cosa. No quiero decir que los que se acomodan el uno al otro tengan necesariamente que amarse el uno al otro, ni que los que discuten constantemente se odien. Sin embargo pienso —y no puedo dejar de pensarlo— que habría sido mejor que hicieras la vista gorda ante mi costumbre de jugar con el lunar.

Lo que hiciste fue pegarme y hasta patearme. Yo lloraba y te preguntaba por qué no tratabas de ser menos violento, por qué tenía yo que sufrir tanto por el simple hecho de tocarme el lunar. Y esto era sólo la superficie. "¿Cómo podremos curarte?" —decías con la voz temblorosa; comprendí tu estado de ánimo y no pude ofenderme por lo que hiciste. Si le hubiese contado esto a alguien, no me cabe duda de que le hubieras parecido un esposo violento. Pero como habíamos llegado a un punto en que la cosa más trivial aumentaba la tensión entre nosotros, tus palizas me daban una repentina sensación de alivio.

"¡Nunca lograré vencerme, nunca! ¡Átame las manos!" Junté las manos y te las puse al pecho, como si me estuviese entregando toda entera a ti.

Pareciste turbado, tu furia pareció dejarte flojo y purgado de toda emoción. Tomaste el cordón de mi ceñidor y me ataste las manos.

Me sentí feliz cuando sorprendí tu mirada contemplando cómo trataba de alisarme el pelo con las manos atadas. Esta vez la vieja costumbre podría curarse, pensé.

Como quiera que fuese, aun entonces era peligroso para cualquiera luchar contra el lunar.

¿Y fue porque, más tarde, reincidí en mi manía que tu afecto por mí murió completamente? ¿Quisiste darme a entender que te dabas

por vencido y que ya podía hacer lo que me diara la gana? Cuando jugaba con el lunar fingías que no lo veías y nada decías.

Después sucedió una cosa curiosa. El caso es que aquella costumbre que ni las represiones ni los golpes pudieron curar, desapareció de repente. Los remedios extremos no habían dado resultado. Pero se fue por su propia voluntad.

"¿A qué no sabes una cosa? Ya no me toco más el lunar". Lo dije como si acabara de darme cuenta del hecho. Refunfuñaste algo y luego hiciste como si no te importara.

Si tan poco significaba para ti, por qué entonces me reprendías tanto, hubiera querido preguntarte; y supongo que, por tu parte, hubieses querido preguntar por qué, si la manía era tan fácil de curar, no había podido curarme antes. Pero ni siquiera me hablaste.

Una costumbre que nada importa, que ni es medicina ni veneno, vamos, dale rienda suelta durante todo el día, si tanto te gusta. Esto es lo que parecía decir la expresión de tu cara. Quedé acongojada. Sólo por fastidiarte pensé en tocarme al lunar ahí mismo, ante tus narices, pero, cosa rara, mi mano se negó a moverse.

Me sentí sola. Y me sentí furiosa.

Pensé también en tocarlo cuando no estuvieses cerca. Pero luego me pareció algo vergonzoso, repulsivo, y mi mano se negó a obedecerme.

Miré al piso y me mordí los labios.

"¿Qué le pasa a tu lunar?" esperé que dijeras, pero a partir de aquello, la palabra "lunar" desapareció de nuestra conversación.

Y quizás muchas otras cosas desaparecieron con ella.

¿Por qué no pude hacer nada en la época en que tanto me retabas? ¡Soy una mujer despreciable!

Volví a mi casa, y tomé un baño con mi madre.

"No estás tan bonita como eras, Sayoko", dijo ella. "Supongo que no podrás luchar con la edad".

La miré sobresaltada. Ella estaba como siempre, rolliza y fresca de carnes.

"Y aquel lunar solía ser bastante atractivo".

Yo había sufrido mucho por causa de aquel lunar, pero no podía decírselo a mi madre. Lo que dije fue: "Dicen que es fácil para un médico quitar un lunar".

"Para un médico... pero quedaría una cicatriz". ¡Qué tranquila, qué serena es mi madre! "Cómo solíamos reírnos de eso. Nos decíamos que Sayoko probablemente estaría jugando con su lunar, aún ahora que estaba casada".

"Y estaba jugando".

"Es lo que pensábamos".

"Era una mala costumbre. ¿Cuándo empecé?"

"Me pregunto cuándo empiezan los niños a tener lunares, porque una no los nota en los recién nacidos".

"Mis hijos no los tienen".

"¿No? Pero empiezan a salirles a medida que crecen y nunca se les van. No es frecuente ver uno de este tamaño. Lo debiste tener desde muy niña". Mi madre me miró el hombro y sonrió.

Recuerdo cómo, cuando era todavía muy jovencita, mi madre y mis hermanas solían palparme el lunar, que entonces era apenas una deliciosa manchita. ¿No fué precisamente aquello, el origen de mi costumbre de juguetear con él?

Me estoy en la cama, palpando el lunar con el dedo y tratando de recordar cómo era cuando yo era una niña y una adolescente.

Hace mucho tiempo desde que jugué con él por última vez. Me pregunto cuántos años hará.

De vuelta en la casa donde he nacido, lejos de ti, pude jugar todo lo que quisiera. Nadie iría a decirme basta.

Pero de nada sirvió.

Apenas mi dedo tocó el lunar, lágrimas heladas brotaron de mis ojos.

Pretendí pensar en cosas de hacía muchos años, cuando era jovencita, pero apenas toqué el lunar en lo único que pude pensar fue en ti.

He sido repudiada como mala esposa y tal vez tendré que divorciarme; pero no se me habría ocurrido pensar que aquí, en la cama, de vuelta en mi propia casa, sólo tendría pensamientos para ti.

Volví del otro lado la almohada húmeda, y torné a soñar con el lunar.

Cuando desperté no podía decir dónde estaba mi cuarto, pero tú estabas allí, y con nosotros parecía haber otra mujer. Yo había estado bebiendo. En verdad, estaba borracha. Seguí alegando contigo, sobre algo.

Otra vez renació mi mala costumbre. Deslicé la mano izquierda, con el brazo abrazando el pecho, como siempre. Y he aquí que el lunar se desprendió, entre mis dedos. Salió sin dolor, como si fuese la cosa más natural del mundo. Sentía entre los dedos exactamente como la piel de un frijol asado.

Como una niña mimada te pedí que lo pusieras en el hueco de aquel lunar, junto a tu nariz.

Te lo alcancé. Grité y clamé, te tiré de la manga y me colgué de tu cuello, sobre tu pecho.

Cuando desperté, la almohada estaba todavía húmeda. Y yo todavía sollozaba.

Me sentí rendida, de la cabeza a los pies. Y al mismo tiempo me sentía aligerada, como si me hubiese liberado de un estorbo.

Así me quedé un rato, sonriendo, preguntándome si el lunar habría realmente desaparecido. Me importunaba la idea de tener que tocarlo.

Ésa es toda la historia de mi lunar.

Todavía puedo palparlo, como una arveja negra entre mis dedos.

Nunca me preocupé demasiado de ese pequeño lunar que tienes al lado de la nariz, y jamás he hablado de ello, pero aún así creo que siempre lo he tenido muy presente.

¡Qué lindo cuento de hadas sería que tu lunar verdaderamente se hinchase al agregarle el mío!

¡Y qué feliz me sentiría yo, si pensase que tú, a tu vez, habías soñado con mi lunar!

Pero he olvidado una cosa.

"Eso es lo que detesto", dijiste, y tan bien te comprendí, que hasta pensé que aquella observación era señal de tu cariño por mí. Creía que todo lo más indigno que había en mí se manifestaba cuando me acariciaba el lunar.

"Supongo que tú me retabas cuando jugaba con el lunar, hace mucho tiempo", le dije a mi madre.

"Te reté, pero no hace tanto tiempo."

"¿Y por qué me retabas?"

"¿Por qué? Sencillamente, porque es una fea costumbre."

"¿Pero qué sentías, cuando me veías toquetear el lunar?"

"Pues..." Mi madre irguió la cabeza, ladeándola. "Que no estaba bien."

"Eso es verdad. Pero ¿qué te parecía? ¿Me compadecías o me considerabas obscena y detestable?"

"La verdad es que no me preocupó demasiado. Pero me parecía que también podrías dejar de hacerlo, con aquella cara de dormida."

"¿Me consideraste una fastidiosa?"

"Me molestó un poco."

"Pero tú y las otras ¿solían tocarme el lunar, para tomarme el pelo?"

"Creo que sí."

Si esto es verdad, lo que yo hacía al tocarme el lunar con aquella expresión absorta, ¿no era simplemente para recordar el cariño que mi madre y mis hermanas tuvieron por mí cuando niña?

¿No lo hacía quizá para recordar a los que amaba?

Esto es lo que tengo que decirte.

¿No te has equivocado en todo momento, acerca de mi lunar?

¿No podía pensar en nadie más, cuando estaba contigo?

Pienso una y otra vez si aquel gesto que tanto te disgustaba, no pudo haber sido una confesión de amor que no supe traducir en palabras.

Mi manía de jugar con el lunar es bien poca cosa, y no tengo intención de pedir disculpas por ella, ¿pero no pudieron haber comenzado de la misma manera todas las demás cosas que me convirtieron en una mala esposa? ¿No pudieron haber sido, en un comienzo, expresiones de mi amor por ti, convertido en algo impropio de una esposa sólo por tu incapacidad de ver lo que realmente eran?

Mientras escribo me pregunto si no sonará todo como el alegato de una mala esposa que trata de parecer agraviada. Pero aún así tenía que decírtelo.

(Traducción de Miguel Alfredo Olivera) YASUNARI KAWABATA

SUR, Nº 255, noviembre-diciembre de 1958

EL ÍDOLO

Llegó, cansado, hasta la luz y miró con los ojos entornados hacia el despacho de bebidas. A través del vidrio dudoso y del humo vio a Lucio tirar una carta, luego otra, el cigarrillo pegado a los labios, la mirada recelosa, como si, más que advertir, adivinara la presencia de sus compañeros. Remo esperó el aplauso, la grita, el manoseo de los otros. Siempre había un aplauso —admitió— en los actos, en la vida de Lucio. Allí estaba con su cuerpo magro, percha rígida de un traje negro y ajustado. Allí estaba con su pañuelo de seda, la cabeza ausente, tan ausente como la expresión que parecía sostenerlo, inspirarle no se sabe qué desafío, qué ley inconmovible de las cosas.

No entraría, no sufriría la vergüenza de la otra vez. Lucio, de costumbre tan justo, había estado cruel. "Vos sos el silencioso", le había dicho. Porque no hablaba casi. Y los otros habían reído sin piedad, como si no hubiesen esperado nada más que el juicio de Lucio para arrojarlo de ellos mismos, de una vez. Pero ellos no le importaban. Le importaba Lucio y Lucio no era más su amigo. Se había vuelto cumplido, cortés. Era como si hubiera decidido que de ahora en adelante anduviese solo, por su cuenta. Quizá tuviera razón. Quizá la decisión de Lucio había sido el desprecio con que aquella tarde fatal —un día como éste, crudo y sin estrellas— le había echado en cara, sorprendido, su falta de coraje. "¿Y no entraste?", le había dicho, afirmando la pregunta. "Sos más cobarde que una mujer". Todavía le parecía amistoso el tono de esas palabras despiadadas, que escondían la decepción del maestro.

Siguió andando. Chorroarín estaba oscura, solitaria. El viento golpeaba contra los carteles de latón, ponía un quejido en las débiles lámparas que, como jalones de tristeza, dividían con sus puntuales manchas de luz la calle fría. Esa calle había sido la escuela, las discusiones y los monólogos vanos, sus primeras correrías y tantas cosas más. Había sido su adolescencia. Hasta Lucio. Después fue el asalto, Nina y, de un tiempo a esta parte, las dudas, los dolores y los reproches que ahora lo atormentaban. Había sido Lucio.

Metió las manos en los bolsillos viejos. Era cierto que la tricota

sola no aguantaba. Saltó un poco, pensando en Matilde y en su consejo de llevar el sobretodo. Como si le importara, de veras, su salud. ¿A quién le importaba, ahora? Miró a su izquierda, a unos andurriales, los mismos en donde un día no muy lejano, aunque repetido hasta el cansancio en su memoria, había dado su primer atraco. Iba solo, según el consejo de Lucio. Solo y con el cortaplumas. El hombre, un hombre pequeño, se había asustado, le había dado un reloj y una cartera mugrienta con diez pesos. Lucio lo felicitaría. Le parecía correr todavía bajo la mirada perpleja del hombre, avergonzado y a la vez ufano. Lo uno y lo otro. Lucio y Matilde, el amigo y la madre, luchando en su cerebro dolorido. Pero ya Lucio lo era todo y ya era inútil que lo acusaran de falta de carácter.

Hizo un esfuerzo para no llorar. No tendría más amigos. Para tenerlos en el barrio había que ser amigo de Lucio. Lucio los tenía regimentados. Sin embargo, nadie le había sido tan fiel, nadie lo comprendía, como él, hasta el fondo del alma. Sólo con él había cambiado Lucio ciertos silencios, ciertas miradas, ciertas reflexiones. Le hubiera gustado romper por algo. Una discusión, un lío de mujeres, cualquier cosa. Gimió como un niño. No había nada, absolutamente nada. Le habían llevado un cuento. Eso era todo. ¿Qué le importaban a Lucio las fiestas en que no tomaba parte? ¿Que tenía que ver él con sus repugnancias? Era un pretexto, un soberano pretexto.

Miró sin ganas hacia el fondo de la calle y vio como en un sueño el ir y venir de los coches por la Avenida San Martín. Hacía tiempo que no podía concentrar su atención en nada fijo, estable. Todo lo contemplaba como de reojo y como si no lo sintiera. Nina, ella también, vivía para él de ese modo esquivo que comenzaba a desesperarlo y que parecía robarle poco a poco la entraña de las cosas para convertirlas en espectros. Había sido su novia en los momentos felices en que, dirigidos por Lucio, hacían el primer aprendizaje con el maniquí. "Miren que la gente no es de palo y que en el tranvía la cosa es brava", aconsejaba. Lucio era punguista. Los habían agarrado juntos. Después, a la salida, había ocupado la pieza de Espinosa y rendido culto a los simulacros del amor. También aquí, en el cuarto desmantelado, gobernaba la ley de Lucio. Lucio los había juntado. "Para hacerte hombre", le había dicho. Ahora ni eso, ni los simulacros. Nina lo despedía pronto, como los otros amigos de Lucio. Y al hacerlo le ponía en el alma esa cosa extraña en que todo, hasta el aire, se volvía lejano, ajeno a sus otros días, paralizado en una presencia sin vida. Las casas, las calles, hasta las personas parecían remedar la figura de un cementerio. Era la muerte.

Le germinaba en el pecho una rabia honda, como si ese nudo de furia fuese la sola realidad que su espíritu deshecho pudiese admitir. Y esa fuerza lo obligó a girar sobre sí mismo, volver a Donato Alvarez y esperar a Lucio solo. Lucio caminando por Donato Alvarez, las manos finas escondidas en el sobretodo impecable, el paso firme y apresurado. Lo miraría con frialdad, con un desprecio tranquilo y estudiado. "¿Qué hacés por acá, lejos de tu madre?", le diría. Oía la frase solapada. Entonces...

Apuró la marcha y tanteó el cuchillo. Era lo mejor. "No hay que aguantarse mucho —decía Lucio—: eso es de cobardes". El cielo cerrado, las nubes rápidas, enrojecidas por las luces, hasta la ráfaga mansa, predecían jubilosamente el crimen. Por primera vez, después de una tensión de meses, Marco se sentía liberado, casi feliz. La luz roja del paso a nivel le parecía la felicidad, mientras que al fondo, por arriba de los techos, un cielo bajo, iluminado por la ciudad, le prometía un mundo hermoso, tranquilo, otra tierra, con su vida posible, perfecta.

Ya no odiaba, ni Lucio se mezclaba a su odio. Al contrario, desde ese instante Lucio pertenecía de nuevo a su felicidad. No había estado nunca ausente de ella, no podía estarlo. Y él, Remo, era su ley. Allí, en la muerte, estaba el pacto de amistad que en los otros días Lucio no le concedería jamás. Tal vez fuera ésa la voluntad de Lucio: que el fin fuese él, Remo, y no otro. Tal vez le asignaba, silenciosamente, esa misión, la única para la que lo adivinaba hábil.

El silbato de un Lacroze lo volvió al frío, a la marcha espasmódica que lo empujaba a Donato Alvarez. Le reveló el aire, el contorno oscuro, los límites, el crimen. Enderezó, al fin, por Donato Alvarez. Marchaban juntos, él y Lucio. Aunque separados, marchaban juntos. Sin saberlo, Lucio convergía al mismo punto, y de algún modo se acordaba con él. Sonrió. "El uno para el otro", se dijo. Irónicamente, una lágrima cayó sobre su boca, sesgándola en una mueca resignada. Eso era todo lo que Lucio podía darle ahora. Su cuello frágil, irritable, su cuello orgulloso, abierto por el puñal, como en una última ofrenda.

Remo se detuvo en la esquina, detrás del buzón. La hora alta, el frío, la absoluta soledad de la calle, le daban ánimos. Pero sobre todo la noche inefable, la noche que, por no sabía qué milagro, era él, Remo. No habría otra noche igual, una noche que le perteneciera de aquel modo, como un regalo que le recordara lo mejor de su vida. Porque había un lujo en la noche, un lujo que era, quizá, su propio origen, un cumpleaños singular que nacía de la tierra. Quizá todo ese maravilloso espejismo fuese Lucio. Él, no Matilde, le había enseñado

a ser hombre. Él, no Matilde, le había mostrado el mundo, el mundo que era también esa noche. "Voy a poner tus manos en esta lira, una lira difícil, que pocos tocan". Y le había enseñado a reconocer la noche. "La única hora en que yo y tú podemos vivir". Recordaba el día, la hora, el instante preciso. Era en el centro y la luna iluminaba la prefectura. Descendían, juntos.

Ahora era el barrio y Lucio una sombra oscura que venía hacia él. Lo dejó pasar. Luego se agarró al puñal como a la vida y el tiempo le resultó corto para arrastrarlo hasta la sombra, hundir el rostro en su sangre y, en un instante que le pareció su última gloria, comenzar a acunarlo como a un niño.

MARIO A. LANCELOTTI

SUR, Nº 169, noviembre de 1948

FRAGMENTO DE LOS ANALES SECRETOS

Grandes vientos de inquietud azotaban sin indulgencia el planeta: cundían las guerras y el desconcierto y las criaturas humanas huían en vano de nación en nación. Muchos dirigían ya la mirada de desesperación y rapiña hacia otros planetas. Pero tampoco en los otros planetas parecía haber sosiego. Se había comenzado a vislumbrar en los cielos signos temibles: misteriosos objetos sobrevolaban las poblaciones a velocidades meteóricas, como avanzadas; en las noches habían sido observados, entre las nubes, cuerpos desconocidos y sobrecogedores que se dejaban ver un instante, iluminados y silenciosos, para luego desaparecer; y la raza humana tenía el presentimiento de que estaba siendo espiado como una presa.

Entretanto, sobre el orbe de la tierra las ciudades crecían y se multiplicaban como enormes megaterios de piedra y acero. Faltos los hombres cada vez más de dioses, hostigados, débiles, la caravana en éxodo hacia esos refugios, creciente siglo tras siglo, aumentaba ahora con una intensidad cuyo agigantamiento podía ya advertirse cada año. Y así surgían uno tras otro, amontonándose y ocultándose, edificios siempre más grandes. Quedaban constantemente vestigios del paso de los anteriores pobladores, y en las ciudades más antiguas había ruinas de piedra y vetustas construcciones de madera junto a moles de cemento y metal y a miserables habitáculos de argamasa.

Los estilos en que las viviendas estaban realizadas eran más numerosos que las infinitas lenguas que en ellas se hablaban: había techos franceses de pizarra con innumerables lunetos; fachadas de mármol con frontones y columnas de carácter greco romano; balcones con herrajes trabajados a la alemana; edificios ingleses de ladrillos desnudos; exteriores cargados de complicadas tracerías moriscas: incontables conjuntos cuya creación había sido presidida por la pobreza y una invención arbitraria y de gusto bajo, y, predominando, prorrumpían los ingentes bloques cúbicos de estilo norteamericano, con los muros perforados casi totalmente por los vanos en fila de las ventanas, blancos y temibles como columbarios.

Desde las más altas construcciones podía apreciarse un panorama

nuevo y sorprendente: cada ciudad, con las techumbres negras, verdes y rojas subiendo y bajando, los sombríos cimborrios, las cúpulas de forma caprichosa, los netos y desafiantes planos de granito, los muros manchados, chorreados, la selva de herrajes, cupulines, pararrayos, maderámenes, chimeneas, todo apiñado recortándose contra el horizonte, parecía el cadáver de un formidable monstruo, sorprendido y rematado allí por un gigante, con sus vértebras, sus huesos astillados, su sangre coagulada y su carne vieja, las mandíbulas clavadas en tierra, bajo el sol.

Ante esta visión se sentía en seguida la seguridad de que el que penetrase allí se extraviaría sin remedio. Pero abajo los edificios estaban alineados; había a través de esta maraña granítica una red de caminos, avenidas, diagonales, calles y callejuelas, y la confusión, aparentemente, era menor. Y allí, dentro de ese laberinto los hombres trotaban en círculo arrastrando una existencia ya sólo aniquiladora.

En los últimos siglos los esclavos de todos los órdenes habían sustentado la ilusión de estar desembarazándose de todas las esclavitudes. Pero las nuevas libertades habían traído consigo esclavitudes más terribles que las antiguas esclavitudes. Desgraciado ejemplo de ello era el hecho de que muchos de los que antes habían sido alimentados por sus señores eran ahora siervos de la oprimente sombra del hambre. Pero tampoco los poderosos, los supuestos amos, lograban escapar al duro destino. Todos eran esclavos de sus refugios, de sus ciudades.

El movimiento automático, sin fin, de los que trabajaban provocaba una tensión de la que era imposible librarse. Dentro de las incontables y lóbregas cavidades de los monstruos se hallaban todos, esclavos y amos, encadenados por ese lazo, por esa tensión que, como una nube mefítica, tanto envolvía a los que se agitaban, como acompañaba a los encumbrados a los escondrijos de la lujuria y la perversión, e iba a buscar a los pozos de la soledad y el hastío a los que pretendían alejarse. Estos miasmas que se levantaban desde las ciudades, que las inundaban y se extendían después sobre el mundo íntegro, eran en verdad los olores del sudor de la esclavitud. Con mayor precisión: los olores que se desprendían de una turba de esclavos cuyos cuerpos hubieran sido desgarrados cruelmente por el castigo, y que, insensibles al dolor, habituados a esas heridas que han acabado por convertirse en alimento de los morbos, corrieran por las calles entregados al trabajo, expandiendo el contagio como masas vivas de putrefacción.

Tal era la vida en las ciudades. Una costumbre de muerte. Ese veneno impalpable se filtraba por todas las grietas de los seres; en-

traba por la boca con el aire que se respiraba, destilaba a través de la epidermis sobre el sexo y el cerebro, y se colaba por todas las fisuras por donde salen los vahos de la existencia: la alegría, el odio, la esperanza, el miedo, el amor y el dolor. Era como estar sometido a una luz o a un sonido atroz hasta la muerte, y por eso surgían nuevas enfermedades, sutiles y tremendas, que no alteraban los cuerpos pero que comían despiadadamente, y por eso durante las noches se incubaban en las ergástulas muchos sueños de destrucción, en apariencia injustificados. A veces, cuando sobre una ciudad se precipitaba una de esas tormentas que, como un castigo de la naturaleza, lo interrumpe todo, desde sus refugios los habitantes contemplaban las cúpulas y los pináculos mudos, y, al verlos impasibles bajo lo terrible, recogían la sensación, quizás sin tener conciencia de ella, de que la eternidad de lo opresor y lo brutal era uno de los atributos del monstruo. Pese a ello, el olor de las ciudades que, atenuado, llegaba a los campos y flotaba sobre los villorrios y las aldeas, resultaba para los aún libres y fuertes más seductor que el sueño o la embriaguez. Y así veía el sol en su revolución anual a millares de campesinos que marchaban a arrodillarse ante los nuevos dioses, a arrojarse en sus bocas indiferentes, insaciables. Y así los enormes megaterios de piedra seguían creciendo, devorando.

Desde hacía un par de siglos se difundía por el planeta una alegoría que encerraba un vaticinio siniestro: "El hombre creó a Máquino, y una noche Máquino devoró al hombre". Todos conocían esta alegoría, y en su acorralamiento habían concebido que la fuerza era la único capaz de vencer a Máquino. Y los más sagaces directores contribuían tenazmente a que la sangre y los músculos poderosos fueran tomados como camino de salvación, el único por el que podía escaparse al destino presagiado por la alegoría. Y por ello se pensaba cada vez con mayor esperanza en el desatamiento físico, en el vigor restallante levantándose de las hondonadas.

Pero Máquino, ay, ese Máquino que no era más que una nueva aparición del fantasma de muerte que el hombre lleva en sí, acosaba, y la confusión era grande y ya no había tiempo ni posibilidades para que cada uno pudiese conquistar su supuesta redención. Y así acontecía que todos se exaltaban cuando en los días festivos se celebraba en las ciudades el simulacro de lo perdido. Impulsados por un sino funesto a destruir a sus dioses para conquistar una libertad engañosa, esclavizados y castigados en lo hondo por Máquino, su orgullosa creación. Iban allí, como a un teatro en el que se puede contemplar el pasado, a ver de nuevo a los poderosos y libres en la lucha regida por dioses simulados. Iban a ver todo lo que habían destruido.

En las ciudades, en la zona miserable de los suburbios y también en lugares centrales, se hallaban enclavados enormes estadios, capaces de contener decenas de millares de espectadores. Los había de dos tipos: de liza circular y de liza rectangular. En los primeros tenían lugar los certámenes de la velocidad, las carreras con caballos. Allí, estos seres que durante los días de trabajo intentaban depojarse entre sí, ocultamente, llenos de temor a las penalidades por ellos mismos establecidas, en los días de descanso, apoyándose en el cálculo de las virtudes de los caballos y de los jinetes y en el conocimiento de las maquinaciones que se urdían, hacían apuestas y, gracias a pequeñas superioridades en la apreciación, se quitaban pequeñas sumas de dinero. ¿Qué importaba que el cerebro, lo que calcula, maldijera siempre por la pérdida o por lo ínfimo del aprovechamiento, si, entre las nubes de arena que de la pista levantaban los caballos al pasar humeantes por el sudor, el cuerpo de esos seres pálidos hacía el gesto con que sólo se expresa la sangre, ese gesto que la sangre había hecho ya muchas veces en los siglos, ese gesto del poder libre con que se toma el botín, hecho quizá en un navío enemigo o en un campamento conquistado, ese gesto que era lo único capaz de calmar la destructora nostalgia provocada por su recuerdo?

Pero los estadios de liza rectangular eran los que recibían las olas más altas y agitadas de esa turba libre un día cada seis, porque en ellos se realizaban las disputas de la destreza, las luchas de hombres contra hombres, que arrastraban con mayor facilidad a las imaginaciones duras.

Como durante la semana trabajaban encerrados, alumbrándose con luces artificiales y midiendo el tiempo con complicados aparatos, eran otros seres, distintos de los demás días a causa de una leve locura producida por la luz del sol, los que llenaban las galerías de los anfiteatros con sus cuerpos pataleantes, su olor áspero y su acre grita.

A poco de transponer el sol el cénit aparecían en la cuenca cubierta de césped los dos bandos de once atletas cada uno. Vestimentas de colores diferentes distinguían a los rivales entre sí. Junto con ellos salía también un hombre con indumentaria blanca. Era el juez que regía la lucha, el árbitro cuya palabra debía ser respetada. A un gesto suyo los equipos se distribuían sobre el césped, uno frente a otro, en formación de combate. Y luego, liberados por el sonido de un silbato, esos cuerpos que a veces resultaban monstruosos por su desarrollo excesivo, esos crecimientos de músculos rigurosamente enseñados, comenzaban a disputarse una pelota de cuero con el objeto de introducirla en una zona del campo enemigo. Entonces se iniciaban los prodigiosos juegos de las piernas, la fiebre del movimiento del pe-

queño objeto esférico, el bello e inquietante sincronismo entre el atleta que arrojaba la pelota y el que la recibía con diestra precisión, en medio de lo cual a veces se oía, en un casual momento de silencio absoluto, el seco ruido de un hueso al quebrarse. Y entonces desde las graderías rompían a rodar las pasiones crispadas, las imaginaciones de fuerza de los insultos, los frustrados deseos semanales, y la multitud de los partidarios sugería pronto la imagen de un viejo decrépito que se exaspera en sus vanos esfuerzos por poseer a una adolescente.

La Argentina, enorme país postrado en el sur del mundo, se había hecho famosa por sus torneos en la liza rectangular. Sus equipos de atletas habían asombrado a la época, y ello no era producto de un milagro, sino de tenaces esfuerzos, de una honda dedicación, de un extendido apoyo popular. El total de sus millones de habitantes participaba de las vicisitudes del concurso anual mayor en que se trababan los quince conjuntos de jugadores más destacados y de las de los incontables de categoría menor que se organizaban. Esta actividad era de suma importancia. Pesaba mucho en la política, y los gobernantes, astutamente, se preocupaban por fomentarla; dividía a las multitudes en enconadas facciones, y en la capital, que era donde se celebraban las competiciones más valoradas, convertida en murmullos, en alaridos y en riñas sangrientas, cubría durante todo el tiempo a todos.

La capital se hallaba esclavizada por el comercio junto a un ancho río. Y ese río, parecido, como la llanura inmensa que tenía atrás, a una eternidad cruel para la vida, día tras día y año tras año le infligía su silencio y su quietud como una lección de espanto, como el horrible magnetismo de lo incomunicable: era como la presencia de una esfinge que nada hace pero que todo lo modifica. Y la ciudad no quería pagar y se arrastraba pegada a la tierra, pugnando por huir. Pero era en vano; achatándose más y más hacia los cuatro puntos cardinales acababa por sucumbir en la fuga, acababa por disolverse, por transformarse en suciedad, en miseria, en latas retorcidas semiocultas entre hierbas comidas por el hollín, en quejidos de trenes y de sirenas de barcos. Sólo los enormes estadios, con conmovedor simbolismo, lograban escapar y levantar más allá, cerca de las indeseables barracas, sus armaduras imponentes.

En medio de las elevadas paredes de cemento de uno de ellos se libraba aquella tarde la lucha entre los dos equipos que ocupaban los puestos más codiciados en el certamen, cuyo fin se vería decidido por esa jornada.

Cien mil espectadores se apiñaban en las graderías, más excitados

que nunca a causa del particular sentido del combate. Habían comenzado a acudir desde temprano, y como al mediodía por prudencia se había considerado conveniente cerrar las puertas de acceso, éstas habían sido destrozadas por una multitud exacerbada que no había vacilado en golpear y pisotear a todos los policías que había hallado a su paso. Era el día de vida y conquistaban por cualquier medio sus libertades. Y allí estaban ahora los partidarios de ambos bandos, dispuestos en semicírculo, frente a frente. Sobre las gradas más altas se levantaban largos mástiles de los que pendían, a la derecha, las banderas azules de uno de los competidores y, a la izquierda, las rojas del otro. Y abajo los millares de partidarios se ondulaban amenazadoramente, fundidos en dos masas únicas de vociferación. Olvidados del sexo, del dinero y del orgullo, se mezclaban y hablaban entre sí trabajadores de aliento alcohólico, mujeres que estiraban los dedos crispados hacia la cuenca, obesos hombres de riqueza, seres de aspecto indiscriptible que parecían haber nacido espontánea y violentamente de la miseria que rodeaba el estadio, macilentos oficinistas cuyas figuras se veían desmentidas por los insultos que lanzaban, vehementes italianos, españoles enconados, turcos velludos y semitas olvidados de su raza. Todos hablaban el dialecto del país, que la indolencia y la confusión habían creado, deformando un noble idioma, pero la ira y el entusiasmo hacían que con frecuencia se oyeran frases en idiomas extranjeros.

El primer período de lucha había trascurrido y hacía ya diez minutos que se desarrollaba el segundo. Los rojos habían sido vencidos dos veces, y el ambiente de violencia era mayor que nunca. El juego había evolucionado con brusquedad y ritmo inusitadamente veloz, y a causa de ello tres atletas habían resultado lesionados. Asimismo, debido a la excesiva rapidez con que se sucedían las acciones, en dos oportunidades se habían producido enconadas reyertas entre los integrantes de ambos equipos, que se acusaban recíprocamente de haber violado las leyes del juego. Ello había enardecido aún más a los espectadores, y durante el intervalo, en la zona de las alambradas que separaban a las dos facciones, numerosos heridos habían requerido la atención de los servicios de auxilio. Se gritaban unos a otros, y por sobre las cabezas se agitaban los puños, palos y botellas. En las caras congestionadas había unos ojos nuevos que recibirían con regocijado brillo el espectáculo de la mutilación o la muerte.

El juez había comprendido. El era el dios creado para presidir las disputas, el que con la ley conjuraba el caos y la injusticia al borde de la liza. Y había comprendido que tendría que ser más estricto que nunca. Sentía que nada le sería perdonado. Varias veces, sin ninguna

razón, había oído destrozarse a sus espaldas botellas arrojadas desde las tribunas; sus vestiduras estaban manchadas por los frutos que se habían convertido en papilla al chocar contra él; a la menor demora en aplicar una sanción se sentía acribillado por la quemante rechifla de los perjudicados.

Los rojos habían vuelto del descanso con el vigor que infunde la visión de la derrota. Pero los azules habían decidido limitarse a la defensa, y casi se negaban a la lucha en su resolución de evitar riesgos.

En las tribunas azules no había gritos: sólo circulaba por ellas el rumor de la temerosa expectativa. En cambio, la facción perdedora oscilaba entre un concentrado silencio, roto por los insultos hirientes con que algunos intentaban sacar a los jugadores rivales de su posición, y el clamor que cualquier vislumbre de triunfo arrancaba al entusiasmo demasiado fácil.

No obstante, las embestidas continuadas comenzaban a debilitar las defensas de los azules. Y en todo el estadio la atención había reemplazado a la gritería.

> "Otra vez delantera roja pelota entre sí ya frente valla remata pero saca arquero azul y hasta línea media pero nuevo avance rojo azul detiene pelota afuera saca rojo amontonamiento peligro valla azul..."

Y la tribuna roja estalla en un solo alarido de triunfo. Se abrazan entre sí. Saltan. Gritan. Arrojan objetos a la cuenca. Se golpean.

El juego se reanuda y los atletas rojos inmediatamente inician acometidas cada vez más ardorosas. Atacan en orden, atacan sin perder coherencia, atacan estimulados por la poderosa corriente que desciende de las graderías, atacan, atacan, atacan.

En el equipo azul se observa un creciente desconcierto. La mayoría se mantiene en la defensiva, pero algunos, perdiendo el control, intentan pasar al ataque. Y en las líneas se producen peligrosos claros.

> "Saca rojo pero azules despojan y avanzan valla roja azul cae y rojo toma atraviesa brecha pasa bien situado acuden patea..."

Y nuevamente explota el júbilo inhumano en las tribunas rojas. Algunos, en el paroxismo de la alegría, tiran sus sombreros y chaquetas al suelo y saltan sobre ellos. En esto, en las tribunas rojas comienzan a corear el nombre de su equipo y, adelantándose, le agregan el título de campeón del torneo. La facción azul, enfurecida, responde con persistentes silbidos y gritos. En las gradas más elevadas, destacados contra el cielo, se ven algunos que se pegan con violencia con el

antebrazo derecho sobre el brazo izquierdo, a la altura del codo, de manera tal que el antebrazo izquierdo se levante súbitamente, y con ira repiten el gesto obsceno hacia las tribunas rojas.

El sol, muy cerca ya del horizonte, es una bola siniestra, de un púrpura estriado con negro, que parece estar colgada del cielo chato y próximo como un opresor techo de plomo. La luz disminuye y el juez a veces tiene que correr para no perder ninguna alternativa.

Los azules han cambiado de táctica pasando al ataque, y los rojos oponen cada vez mayor violencia y arrojo a la violencia y el arrojo de sus adversarios. Todos son presa del balanceo de la incertidumbre. Parece por momentos que el triunfo ya no tiene ninguna relación con los esfuerzos. Y cada jugada arranca de las tribunas, alternadamente, quejas compactas, murmullos concertados y ascendentes, muy similares a las plegarias, y gritos de júbilo efímero que se elevan estallando como cohetes para apagarse rápidamente.

Faltan escasos minutos para que el juego finalice. Los azules llevan a cabo una embestida y consiguen penetrar profundamente en el campo contrario. La situación está llena de peligro para los rojos. Varios atletas del equipo rojo se aproximan hacia el jugador azul que avanza con la pelota. Se produce un violento amontonamiento de jugadores. Un rojo cae a los pies del que tiene la pelota. El azul es despojado. Un rojo es dueño ahora de la esfera de cuero y con un violento puntapié la envía fuera del campo. El juez hace sonar el silbato. Los jugadores azules corren hacia él gritando y levantando los brazos. La tribuna azul tiembla a causa del pataleo y de los gritos de protesta. El jugador rojo se ha valido de las manos para despojar de la pelota al azul, y ello tiene una pena muy grave que los dañados exigen que se cumpla. Por su parte los rojos niegan que haya ocurrido tal cosa. Y responden al tumulto de los adversarios con gritos y amenazas aun más violentos. El juez vacila un instante. Pero en seguida ordena que se cumpla la pena. Los rojos intentan resistirse. En su tribuna la facción roja se lanza con tremendo ímpetu contra las alambradas, y apenas puede ser contenida por los policías que arrojan los caballos contra ella. En esto todos se detienen porque la pena va a ser ejecutada. Apenas acaba de hacerse silencio cuando se oye el seco sonido de la pelota al ser golpeada, y sobre este ruido cae el alarido de victoria y alivio de las graderías azules. El juez hace sonar el silbato dos veces: la disputa ha concluido y los azules son los vencedores.

Pero en la tribuna roja comienzan a sucederse las avalanchas cada vez más poderosas contra las alambradas. Los atletas rojos abandonan

la cuenca introduciéndose en el túnel. Las alambradas caen. Se oyen los chasquidos de las butacas de madera que son reducidas a astillas. Bajo una lluvia de proyectiles los azules se escurren hasta la boca del subterráneo. Queda el juez en la liza. Y él es la víctima que buscan.

Por un instante la turba es contenida por la policía que precipita sobre ella los caballos espantados, estremecidos, dispara las armas de fuego y descarga sablazos mortales. Pero de pronto es una fuerza prehistórica la que irrumpe, y todo se ve arrastrado. Una multitud de seres sin nombre, cubiertos de guiñapos, penetran en la cuenca armados con hierros y palos. Los policías desaparecen bajo los pies. Los que están a caballo caen desmontados. Las bestias relinchan, levantan las patas delanteras por sobre el mar de caras monstruosas, y después, arrastradas ellas también, siguen la dirección de la corriente.

El juez, detenido en el centro de la liza, los mira. Tuerce la cabeza hacia la entrada del túnel para calcular la distancia que lo separa de ella, y comprende que ya no podrá llegar. Duda un instante, sin saber qué actitud adoptar. Los primeros ya se echan a correr hacia él. Entonces huye. Hacia cualquier parte, como un ciervo cogido en la trampa del bosque, despavorido, como un cristiano ante los leones. Entre los muros de cemento, bajo la aciaga luz de un sol sangriento, no sabe quiénes son esos seres surgidos de la lejana noche de los tiempos que lo persiguen. Y va de una parte a otra hasta que se decide a trepar la alambrada del sector de los azules. Éstos tampoco habían abandonado el anfiteatro porque el espectáculo de la caza los atraía. Pero no están dispuestos a ayudarlo. Ante la ola temible, desconocida, se retiran velozmente. Alguien lo toma por un pie antes que acabe de pasar al otro lado. Pero logra zafarse, y se echa a correr por las gradas. Al llegar a la última ya está cercado. Una botella se estrella contra su cabeza, y de la cara empieza a manarle sangre. Después todos se precitan contra él y desaparece. Golpes con los pies, que hacen lanzar exclamaciones de esfuerzo a los que los propinan, garrotes que bajan y suben manchados de sangre, brillar de objetos metálicos. Cuando lo alzan, su piel casi totalmente roja es una bolsa en la que bailotean los huesos rotos. Pero aún respira.

—Te vamos a colgar para que aprendas.

Y la misma boca le escupe. La cuerda, el lazo, ya están preparados. Pero, de mano en mano, tarda en llegar. Y al fin las manos temblorosas por la furia y el miedo le ponen el lazo en la garganta. Lo suben a un cajón. Pasan la cuerda por el travesaño de una viga que se levanta sobre la pared de cemento y la atan. Patean el cajón. Le arrancan los pantalones, le escupen, le golpean. Huyen. Huyen. Ah,

y el dios creado por ellos es una masa roja que se balancea con la larga lengua negra pendiendo.

Yo fui testigo de esas escenas junto a la ciudad. Y ellos huyeron hacia el laberinto de piedra para reanudar al otro día el trote circular, al parecer perpetuo, irredimible.

H. A. MURENA

SUR, Nº 70, julio de 1940

SREDNI VASHTAR

Conradín tenía diez años y, según la opinión del médico, no podría vivir cinco años más. El médico era suave, ineficaz, y no se lo tomaba en cuenta, pero su opinión estaba respaldada por la señora de Ropp, a quien debía tomarse en cuenta. La señora de Ropp, prima de Conradín, era su tutora, y representaba para él esos tres quintos del mundo que son necesarios, desagradables y reales; los otros dos quintos, en perpetuo antagonismo con los anteriores, estaban concentrados en su imaginación. Conradín suponía que de un día para otro iba a sucumbir a la dominante presión de las cosas necesarias: la enfermedad, las interdicciones propias de los mimos y el interminable aburrimiento. Su imaginación, estimulada por la soledad, le impedía sucumbir.

La señora de Ropp, ni en los momentos de mayor franqueza, se habría confesado que no quería a Conradín, aunque hubiera podido darse cuenta de que al contrariarlo "por su bien" cumplía con un deber que no le resultaba particularmente penoso. Conradín la odiaba con una desesperada sinceridad, que podía disimular perfectamente. Las pocas diversiones que inventaba acrecían con la perspectiva de molestar a su tutora. La señora de Ropp estaba excluida del dominio de su imaginación, como un objeto sucio, que no podía tener entrada.

En el triste jardín, vigilado por tantas ventanas listas a entreabrirse para recordarle la obligación de tomar una medicina o para decirle que no hiciera esto o aquello, encontraba poco encanto. Los escasos árboles frutales le estaban celosamente vedados; sin embargo, hubiera sido difícil descubrir un comprador de frutas que ofreciese diez chelines por su producción de todo el año. En un rincón, casi completamente escondida por un arbusto, había una casilla de herramientas abandonada; bajo su techo, Conradín halló un refugio, algo que participaba de los variados aspectos de un cuarto de juguetes y de una catedral. La había poblado de fantasmas familiares, algunos sacados de la historia, otros de su propia imaginación; pero la casilla ostèntaba también dos huéspedes de carne y hueso. En un rincón vivía una

gallina del Houdan, de áspero plumaje, a la cual el chico consagraba un cariño que casi no tenía otra salida. Más atrás, en la penumbra, había un cajón. Estaba dividido en dos compartimientos, uno de ellos con travesaños de hierro en el frente. Era la morada de un gran hurón de los pantanos; el muchacho de la carnicería se lo había dado de contrabando, con jaula y todo, por unas pocas monedas de plata. Conradín tenía mucho miedo de ese animal flexible y de garras afiladas; pero era su más preciado tesoro. Su presencia en la casilla era para Conradín una secreta y terrible felicidad; debía mantenerlo escondido de La Mujer (así denominaba a su prima). Un día, quién sabe cómo, urdió para la bestia un nombre maravilloso, y desde ese momento el hurón de los pantanos fue un dios y una religión.

A la religión condescendía La Mujer una vez por semana, en una iglesia de los alrededores; lo llevaba a Conradín. Pero todos los jueves, en el musgoso y oscuro silencio de la casilla de herramientas, Conradín oficiaba con místico y elaborado ceremonial ante el cajón de madera, santuario de Sredni Vashtar, el Gran Hurón. Adornaba su altar con flores coloradas y frutas escarlatas, pues era un dios que favorecía el impaciente lado feroz de las cosas (la religión de La Mujer, según Conradín, estaba dirigida en sentido opuesto). En las grandes fiestas, echaba ante el cajón nuez moscada en polvo. Necesitaba robar la nuez moscada: eso daba mayor valor a su ofrenda. Las fiestas eran variables y tenían por objeto celebrar algún acontecimiento pasajero. En ocasión de un agudo dolor de muelas que por tres días padeció la señora de Ropp, Conradín prolongó los festivales durante todo ese tiempo y casi llegó a persuadirse de que Sredni Vashtar era personalmente responsable del dolor. Si el dolor hubiera durado un día más, la provisión de nuez moscada se habría agotado.

La gallina del Houdan jamás intervino en el culto de Sredni Vashtar. Conradín había decidido que era Anabaptista. No pretendía tener el más remoto conocimiento de lo que era un Anabaptista, pero tenía una íntima esperanza de que fuese algo audaz y no muy respetable. Para Conradín, la señora de Ropp encarnaba la odiosa imagen de toda respetabilidad.

Después de un tiempo, las permanencias de Conradín en la casilla empezaron a llamar la atención de su tutora. "No puede ser bueno para él pasarse el día allí, cuando hace frío", decidió prontamente, y una mañana, a la hora del desayuno, anunció que la gallina del Houdan había sido vendida la noche anterior. Con sus ojos miopes escrutó a Conradín, esperando un ataque de rabia y de tristeza que estaba lista a reprimir con la fuerza de excelentes preceptos. Pero Conradín no dijo nada; no había nada que decir. Algo, en esa cara

blanca e impávida, la tranquilizó. Esa tarde, a la hora del té, hubo tostadas: atención generalmente excluida con el pretexto de que "eran malas para Conradín", y también porque hacerlas daba trabajo (mortal ofensa para una mujer de la clase media).

—Creía que te gustaban las tostadas —exclamó con resentimiento la señora de Ropp, al observar que no las comía.

—A veces —dijo Conradín.

Esa tarde, en la casilla de las herramientas, hubo un cambio en el culto al dios del cajón. Hasta entonces, Conradín no había hecho más que cantar sus oraciones: ahora pidió un favor.

—Hazme un favor, Sredni Vashtar.

El favor no estaba especificado. Sredni Vashtar, como era un dios, no podía ignorarlo. Conradín miró hacia el otro rincón vacío y, conteniendo un sollozo, regresó al mundo que detestaba.

Y todas las noches, en la bien venida oscuridad de su dormitorio, y todas las tardes, en la penumbra de la casilla, proseguía la amarga letanía de Conradín:

—Hazme un favor, Sredni Vashtar.

La señora de Ropp advirtió que no cesaban las visitas a la casilla; una tarde llevó a cabo una inspección más completa.

—¿Qué guardas en ese cajón cerrado con llave? —le preguntó—. Han de ser conejitos de la India. Los haré llevar.

Conradín apretó los labios, pero La Mujer registró su dormitorio hasta descubrir la llave escondida, y en seguida bajó a la casilla a coronar su descubrimiento. Era una tarde lluviosa, y a Conradín le habían prohibido salir al jardín. Desde la última ventana del comedor se podía ver la casilla; en esa ventana se instaló Conradín. Vio entrar a La Mujer y la imaginó abriendo la puerta del cajón sagrado y examinando con ojos miopes la espesa cama de paja donde estaba oculto su Dios. Tal vez, con impaciencia torpe, estuviera tanteando la paja con el paraguas. Fervorosamente, Conradín articuló su última plegaria. Pero al rezar sentía la incredulidad. Sabía que La Mujer iba a aparecer de un momento a otro, con la sonrisa fruncida que él tanto detestaba; dentro de una o dos horas, el jardinero se llevaría a su prodigioso dios, no ya un dios sino un simple hurón de color pardo, en un cajón.

Y sabía que La Mujer triunfaría siempre, como había triunfado hasta ahora, y que sus persecuciones y su tiranía irían debilitándolo poco a poco hasta que a él ya nada le importara; hasta que aconteciera lo previsto por el doctor. Y como un desafío, en el despecho de la derrota, empezó a gritar el himno a su ídolo amenazado:

Sredni Vastar acometió.
Sus pensamientos eran pensamientos rojos,
sus dientes eran blancos.
Sus enemigos pidieron paz,
pero Él les trajo muerte.
Sredni Vashtar, el hermoso.

De golpe cesó de cantar y se acercó a la ventana. La puerta de la casilla seguía abierta. Los minutos pasaban. Los minutos eran largos, pero pasaban. Miraba los gorriones que volaban y corrían por el césped. Los contó y los volvió a contar, sin perder de vista la puerta. Una criada de expresión agria entró en la pieza y puso la mesa para el té. Y Conradín seguía esperando, vigilando. Gradualmente, la esperanza se deslizaba en su corazón; el triunfo empezó a brillar en sus ojos, hasta ahora sólo conocedores de la melancólica paciencia de la derrota. Con una exultación furtiva, volvió a gritar el pean de victoria y devastación. Sus ojos fueron recompensados. Por la puerta salió una larga bestia amarilla y parda, baja, con ojos deslubrados por la luz del atardecer y oscuras manchas mojadas en la piel de las mandíbulas y del cuello. Conradín cayó de rodillas. El Gran Hurón de los Pantanos se dirigió a una de las acequias del jardín, bebió, atravesó un puente de tablas y se perdió entre los arbustos. Ése fue el tránsito de Sredni Vashtar.

—Está servido el té —dijo la criada de expresión agria—. ¿A dónde fue la señora?

—A la casilla —dijo Conradín.

Y mientras la criada salió a buscar a la señora, Conradín sacó de un cajón del aparador el tenedor de las tostadas y se puso a tostar el pan.

Y mientras lo tostaba y le ponía mucha manteca y lo saboreaba con lentitud, escuchaba los ruidos y silencios que caían en rápidos espasmos del otro lado de la puerta del comedor. Los chillidos tontos de la criada, el correspondiente coro de las cocinas, los correteos, las urgentes embajadas para pedir auxilio y, después de una pausa, los sagrados sollozos y el deslizado andar de quienes llevan una carga pesada.

—¿Quién se lo dirá al pobre chico? Yo no me atrevo —dijo una voz chillona.

Y mientras discutían el asunto entre ellas, Conradín se preparó otra tostada.

(Traducción de A. Bioy Casares) HÉCTOR HUGH MUNRO

SUR, Nº 271, julio-agosto de 1961

ESCENAS DE LA VIDA DE UN MONSTRUO DOBLE

Hace algunos años el doctor Fricke nos preguntó a Lloyd y a mí algo que ahora intentaré contestar. Con una pensativa sonrisa de deleite científico acarició la carnosa banda cartilaginosa que nos une (*omphalopagus diaphragmo-xiphodidymus,* como tradujo Pancoast un caso similar) e inquirió si podíamos recordar la primera vez que uno de nosotros, o ambos, tuvimos conciencia de la peculiaridad de nuestra condición y destino. Todo lo que Lloyd pudo recordar fue cómo nuestro Abuelo Ibrahim (o Ahim o Ahem: fastidiosas masas de sonidos muertos para el oído de hoy...) solía tocar lo que el doctor estaba tocándo y lo llamaba un puente de oro. Yo no dije nada.

Pasamos nuestra infancia en una fértil colina, junto al Mar Negro, en la granja de nuestro abuelo, cerca de Karaz. Su hija más joven, la rosa del Oriente, la perla del gris Ahem (si tal hubiese sido, el viejo pillo pudo haberla cuidado más), había sido violada por un anónimo procreador en un huerto al borde de un camino y poco después, tras habernos dado a luz había muerto —imagino que de puro horror y pena. Ciertos rumores mencionaban un mercachifle húngaro; otros favorecían a un coleccionista de pájaros alemán, o a algún miembro de su expedición: el taxidermista, con más seguridad. Tenebrosas tías cargadas de collares, cuyas voluminosas vestimentas olían a aceite de rosa y a carnero, proveyeron como diestros vampiros a las necesidades de nuestra monstruosa infancia.

Los villorios cercanos pronto se enteraron de la asombrosa noticia y empezaron a enviar a nuestra granja inquisitivos delegados. En los días de fiesta podía vérselos subir laboriosamente las laderas de nuestra colina, como peregrinos en estampas de colores brillantes. Había un pastor de más de dos metros de altura, y un hombrecito calvo con anteojos, y soldados, y las sombras crecientes de los cipreses. También los niños acudían a cada momento y eran alejados a puntapiés por nuestras celosas niñeras; pero casi todos los días

algún jovenzuelo de ojos negros y pelo corto, vestido con pantalones de azul desteñido con remiendos oscuros, lograba abrirse camino como un gusano a través del cornejo y la madreselva y de los torcidos árboles de Judas hasta llegar al patio de guijarros con la vieja fuente reumática donde los pequeños Lloyd y Floyd (entonces teníamos otros nombres, llenos de incisivas letras aspiradas, pero no importa) masticaban tranquilamente damascos secos al pie de una pared encalada. Entonces, súbitamente, la hache parecía un ojo, el dos romano un uno, las tijeras un cuchillo.

No puede haber, desde luego, comparación alguna entre este impacto del conocimiento, por inquietante que haya sido, y la conmoción emotiva que recibió mi madre. (De paso: ¡qué serena alegría en este uso deliberado del posesivo singular!) Debe de haberse dado cuenta de que paría mellizos; pero cuando se enteró —como no pudo dejar de enterarse— de que los mellizos estaban unidos... ¿Qué sintió? Con la gente apasionadamente comunicativa, ignorante e irreprimida que nos rodeaba, la familia sumamente locuaz que cercaba los límites de su lecho desordenado seguramente le dijo de inmediato que algo terrible había sucedido; y se puede tener la certeza de que sus hermanas, en un frenesí de miedo y compasión, le mostraron el bebé doble. No digo que una madre no pueda amar semejante objeto doble, y olvidar en ese amor el oscuro rocío de su origen profano; creo simplemente que la mezcla de asco, piedad y amor maternal fue demasiado para ella. Los dos componentes de la pareja que enfrentaban sus ojos absortos eran hermosos y sanos, con una pelusa rubia y sedosa en sus cráneos lilas, y piernas y brazos bien formados, como de caucho, que se agitaban como las muchas extremidades de algún maravilloso animal marino. Cada uno era eminentemente normal, pero juntos formaban un monstruo. Es extraño, realmente, pensar que la presencia de una mera banda de tejidos, un faldón de carne poco más largo que el hígado de un cordero sea capaz de transformar la alegría, el orgullo, la ternura, la adoración y la gratitud a Dios en horror y desesperación.

En cuanto a nosotros, la cosa era mucho más sencilla. Los adultos eran demasiado diferentes de nosotros en todo sentido como para permitir cualquier analogía, pero nuestro primer visitante contemporáneo fue para mí una revelación moderada. Mientras Lloyd contemplaba plácidamente al atónito niño de siete u ocho años que nos observaba a la sombra de una higuera encorvada y también observante, recuerdo haber apreciado totalmente la diferencia esencial entre el recién llegado y yo. Él proyectaba una sombra corta y azul en el suelo; yo también, pero además de esa compañía inestable, plana

y sumaria que él y yo debíamos al sol y que se desvanecía con el mal tiempo, yo poseía otra sombra, un reflejo palpable de mi persona corpórea que siempre estaba a mi lado, a mi izquierda, mientras mi visitante había logrado de algún modo perder al suyo, o se lo había desprendido y lo había dejado en su casa. Lloyd y Floyd, unidos, eran completos y normales; él no era una cosa ni la otra.

Pero quizá para dilucidar estas cuestiones tan minuciosamente como lo merecen, debería decir algo de recuerdos aún anteriores. A menos que las emociones adultas manchen las pasadas creo que puedo atestiguar el recuerdo de cierto disgusto leve. Por virtud de nuestra duplicidad anterior, yacíamos originalmente frente a frente, unidos por nuestro ombligo común, y en aquellos primeros años de existencia, mi cara era frotada constantemente por la dura nariz y los labios húmedos de mi mellizo. Una tendencia a echar la cabeza hacia atrás y a separar nuestras caras lo más posible fue la reacción natural ante esos incómodos contactos. La gran flexibilidad de nuestra banda de unión nos permitía tomar recíprocamente una posición más o menos lateral, y cuando aprendimos a caminar nos meneábamos en esa actitud "lado a lado" que debe de haber parecido más forzada de lo que realmente era, haciéndonos semejantes —supongo— a un par de enanos ebrios que se sostenían el uno al otro. Durante mucho tiempo volvíamos durante el sueño a nuestra posición fetal; pero apenas nos despertaba la incomodidad que ella provocaba, apartábamos de nuevo las caras con un sacudón, con enfrentada repugnancia, con un doble chillido.

Insisto en que a los tres o cuatro años nuestros cuerpos rechazaban oscuramente su torpe conjunción mientras nuestras mentes no discutían su normalidad. Luego, antes que pudiésemos tener conciencia de sus desventajas, la intuición física descubrió un medio de atemperarlas; y desde entonces apenas pensamos en ellas. Todos nuestros movimientos se convirtieron en un juicioso compromiso entre lo común y lo particular. El diseño de los actos suscitados por este o aquel impulso mutuo formaba una especie de fondo generalizado, gris y parejo, contra el cual el impulso discreto (de él o mío) seguía un curso más brillante y acentuado, pero (guiado como estaba por la urdimbre del diseño de fondo) nunca se desviaba de la trama común o del capricho del otro mellizo.

Me refiero ahora sólo a nuestra infancia, cuando la naturaleza aún no podía permitirse socavar mediante un conflicto entre nosotros nuestra vitalidad tan duramente ganada. En años posteriores tuve ocasión de lamentar que no hayamos perecido o que no hayamos sido separados mediante la cirugía, antes de abandonar esa etapa

inicial en que un ritmo omnipresente, como cierto distante tom-tom que latiese en la selva de nuestro sistema nervioso, era el único responsable de la regulación de nuestros movimientos. Por ejemplo, cuando uno de nosotros iba a inclinarse para apropiarse de una hermosa margarita y el otro, exactamente en el mismo momento, estaba a punto de estirar un brazo para arrancar un higo maduro, el éxito individual dependía del modo en que el movimiento de cada uno sabía adaptarse a la pulsación actual de nuestro ritmo común y continuo, tras lo cual, con un brevísimo movimiento espasmódico, el ademán interrumpido de un mellizo era absorbido y disuelto en la onda enriquecida de la acción completada por el otro. Digo "enriquecida" pues el fantasma de la flor no arrancada, de algún modo parecía estar también allí, latiendo entre los dedos que se cerraban sobre la fruta.

Podía haber un período de semanas o aun meses en que el ritmo conductor estuviese mucho más a menudo del lado de Lloyd que del mío, y luego podía sobrevenir un período en el cual yo estuviese en la cresta de la ola; pero no puedo recordar ningún momento de nuestra infancia en que la frustración o el éxito en estas cuestiones provocase en alguno de nosotros resentimiento u orgullo.

En alguna parte dentro de mí, sin embargo, debe de haber habido alguna célula sensible que se extrañase ante algo tan curioso como esa fuerza que de pronto me arrancaba del objeto de algún deseo fortuito para llevarme a otras cosas no deseadas, arrojadas en la esfera de mi voluntad en vez de ser alcanzadas conscientemente y envueltas en sus tentáculos. De ese modo, mientras yo observaba a algún niño que casualmente nos observase a Lloyd y a mí, recuerdo haber reflexionado sobre los dos aspectos del problema: primero, si quizá un estado corpóreo individual tenía más ventajas que el nuestro; segundo, si *todos* los niños eran individuales. Se me ocurre ahora que muy a menudo los problemas que me inquietaban tenían dos aspectos; quizá una gotera de la cerebración de Lloyd penetraba mi mente y uno de los dos problemas elaborados era suyo.

Cuando el codicioso Abuelo Ahem decidió exhibirnos a las visitas por dinero, siempre hubo entre las manadas que acudieron algún bribón ansioso por oírnos hablar entre nosotros. Como sucede con las mentes primitivas, exigía a sus oídos que corroboraran lo que sus ojos veían. Nuestra gente nos amenazó para que complaciésemos esos deseos y no entendía qué tenían de lamentable. Pudimos haber invocado nuestra timidez, pero la verdad era que en realidad nunca nos *hablábamos* aunque estuviésemos solos, pues los breves y quebrados gruñidos de reconvención esporádica que a veces intercam-

biábamos (por ejemplo cuando uno se había herido un pie y lo tenía vendado, y el otro quería ir a chapotear en el arroyo) apenas podían considerarse diálogo. Realizábamos sin palabras la comunicación de sensaciones sencillas y esenciales: hojas derramadas en el torrente de nuestra sangre compartida. Los pensamientos inconsistentes lograban deslizarse y viajar entre nosotros. Los más ricos los guardaba cada uno para sí, pero aun entonces ocurrían extraños fenómenos. Sospecho por esto que Lloyd, a pesar de su carácter más calmo, luchaba con las mismas realidades nuevas que me desconcertaban. Cuando creció olvidó muchas cosas. Yo no he olvidado nada.

Nuestro público no sólo esperaba oírnos hablar; también quería que jugásemos juntos. ¡Imbéciles! Obtenían una diversión considerable viéndonos desplegar ingenio en el juego de damas o en el *muzla*. Presumo que si hubiésemos sido mellizos de sexo opuesto nos habrían hecho cometer incesto en su presencia. Pero como los juegos mutuos no eran para nosotros más habituales que la conversación, sufríamos suplicios sutiles cuando éramos obligados a ejecutar los entumecidos movimientos de pasarnos el uno al otro una pelota en algún lugar entre los esternones, o de fingir que nos disputábamos un palillo. Provocábamos aplausos frenéticos corriendo por el patio con los brazos de uno alrededor de los hombros del otro. Sabíamos saltar y dar vueltas.

Un vendedor ambulante de específicos, un individuo pequeño y calvo con una blusa rusa blanca y sucia, sabía un poco de turco y de inglés, nos enseñó frases en estos idiomas y después tuvimos que demostrar nuestra habilidad a un público fascinado. Todavía sus rostros inflamados me persiguen en las pesadillas, pues vienen cada vez que mi fabricante de sueños necesita algún número de excepción. Vuelvo a ver al gigante pastor con rostro de bronce y harapos multicolores, a los soldados de Karaz, al sastre armenio tuerto y jorobado (un monstruo por derecho propio), niñas rientes, ancianas suspirantes, niños, gente joven con ropas occidentales: ojos ardientes, dientes blancos, negras bocas abiertas; y, desde luego, al Abuelo Ahem con su nariz de marfil amarillo y su barba de lana gris, mientras dirige las operaciones o cuenta los billetes sucios o humedece su enorme pulgar. El lingüista, el de blusa bordada y cabeza calva, cortejaba a una de mis tías pero observaba constantemente a Ahem con envidia a través de sus anteojos con montura de acero.

Hacia los nueve años supe con suficiente claridad que Lloyd y yo constituíamos un fenómeno de los más insólitos. Este conocimiento no provocó en mí ningún júbilo especial, ninguna vergüenza especial. Pero una vez, una cocinera histérica y bigotuda que se había

encariñado mucho con nosotros y compadecía nuestra desgracia declaró con una maldición atroz que en ese misma instante iba a separarnos por medio de un resplandeciente cuchillo que blandió súbitamente. (En el acto fue dominada por nuestro abuelo y por uno de nuestros tíos recién adquiridos.) Tras ese incidente, a menudo jugueteé con una inocente ensoñación, imaginándome de algún modo separado del pobre Lloyd, quien de algún modo conservaba su monstruosidad...

El incidente del cuchillo no me preocupó y de todos modos la forma de separación permaneció muy vaga; pero imaginé muy nítidamente la súbita disolución de mis cadenas y la sensación de liviandad y desnudez que sobrevendría. Me imaginé pasando por encima del cerco —un cerco cuyas estacas estaban coronadas por cráneos descoloridos de animales de la granja— y bajando hacia la playa. Me vi saltando de piedra en piedra e internándome en el mar deslumbrante, y volviendo en cuatro patas a la orilla y correteando por la arena con otros niños desnudos. Soñaba todo esto por las noches: me veía huir del abuelo, llevándome un juguete, un gatito o un pequeño cangrejo apretados contra mi lado izquierdo; me veía encontrándome con el pobre Lloyd, quien en el sueño se me aparecía cojeando, atado desesperadamente a un mellizo también cojo, mientras yo podía bailar alrededor de ellos y palmearlos en sus humildes espaldas.

Me pregunto si Lloyd tenía visiones parecidas. Algunos médicos han opinado que a veces nuestras mentes se entremezclaban al soñar. Una mañana gris azulada, Lloyd tomó una ramita y dibujó en el polvo un barco con tres mástiles. Yo me había visto dibujar ese barco en la penumbra de un sueño que había soñado la noche anterior.

Una amplia capa negra de pastor cubría nuestros hombros, y cuando estábamos en cuclillas, todo salvo nuestras cabezas y la mano de Lloyd quedaba oculto en sus pliegues. El sol había salido poco antes y el cortante aire de marzo era una capa sobre otra de hielo semitrasparente a través del cual el torcido árbol de Judas florecía toscamente con manchas borroneadas de rosado purpúreo. La casa blanca, larga y baja que estaba detrás de nosotros, llena de mujeres gordas con sus maridos malolientes, dormía profundamente. No dijimos nada; ni siquiera nos miramos; pero, arrojando lejos su ramita, Lloyd puso su brazo derecho sobre mi hombro, como hacía siempre que deseaba que camináse mos rápido; y arrastrando el borde de nuestra prenda común sobre las malezas secas, mientras los guijarros se

deslizaban bajo nuestros pies, nos dirigimos hacia la avenida de cipreses que conducía a la playa.

Era nuestro primer intento de visitar el mar que desde la cumbre de nuestra colina veíamos brillar suavemente a lo lejos, rompiendo pausada y silenciosamente sobre las rocas lustrosas. No necesito esforzar mi memoria aquí para ubicar esa huida accidentada en un lugar decisivo de nuestro destino. Pocas semanas antes, en nuestro duodécimo cumpleaños, el abuelo Ibrahim había empezado a acariciar la idea de enviarnos en compañía de nuestro tío más reciente en una gira de seis meses por el país. Regateaban constantemente por las condiciones, habían disputado y hasta llegaron a pelearse; Ahem llevó la mejor parte.

Temíamos a nuestro abuelo y detestábamos al tío Novus. Sentíamos, presumiblemente, de algún modo monótono y desdichado (sin conocer nada de la vida, pero oscuramente conscientes de que el tío Novus se empeñaba en engañar al abuelo), que debíamos intentar hacer algo para impedir que un empresario nos hiciese rodar en una prisión circulante, como monos o águilas. O quizá fuimos impulsados sólo por la idea de que esa era nuestra última oportunidad de gozar a solas nuestra pequeña libertad y hacer lo que nos estaba absolutamente prohibido: ir más allá de cierto cerco, abrir cierto portón.

Nos fue fácil abrir el desvencijado portón, pero no logramos hacerlo volver a su posición inicial. Un cordero blanco y sucio, con ojos ambarinos y una marca carmesí pintada sobre su frente dura y chata, nos siguió durante un rato antes de perderse entre los robles. Un poco más abajo, pero todavía muy por encima del valle, tuvimos que cruzar el camino que rodeaba la colina y unía nuestra granja con la carretera paralela a la costa. Un golpeteo de cascos y un raspar de ruedas se precipitaron sobre nosotros; con capa y todo nos arrojamos tras unos matorrales. Cuando el estruendo hubo cedido, cruzamos el camino y proseguimos junto a un declive cubierto de malezas. El mar plateado se ocultaba gradualmente detrás de cipreses y restos de viejos muros de piedra. Nuestra capa negra empezó a pesarnos y dar calor, pero perseveramos bajo su protección, temiendo que de otro modo algún transeúnte pudiese advertir nuestro achaque.

Aparecimos en la carretera, a pocos metros del audible mar, y allí, esperándonos bajo un ciprés, estaba un vehículo que conocíamos, parecido a un carro con ruedas altas, con el tío Novus que se bajaba del pescante... ¡Hombrecillo siniestro, taimado, ambicioso y sin principios! Pocos minutos antes, nos había divisado desde una de las galerías de la casa del abuelo y no había podido resistir a la tentación de aprovechar una escapada que milagrosamente le per-

mitía apoderarse de nosotros sin forcejeos ni alborotos. Maldiciendo a los timoratos caballos, nos hizo subir rudamente al carro, nos hizo bajar las cabezas con un empujón y amenazó castigarnos si intentábamos espiar bajo nuestra capa. El brazo de Lloyd aún rodeaba mi hombro, pero un sacudón del carro lo separó. Las ruedas ya crujían y rodaban. Pasó algún tiempo antes que nos diésemos cuenta de que el conductor no nos llevaba a casa.

Veinte años han pasado desde aquella mañana gris de primavera, pero en mi mente está mucho mejor conservada que muchos sucesos posteriores. Una y otra vez la paso frente a mis ojos como un trozo de película cinematográfica, como he visto hacer a grandes malabaristas cuando repasan sus números. Así repaso todas las etapas y circunstancias y detalles incidentales de nuestra huida abortiva: el temblor inicial, el portón, el cordero, la ladera resbaladiza bajo nuestros pies torpes. Los tordos que espantamos deben de habernos visto como algo extraordinario: cubiertos con esa capa negra de la que sólo asomaban nuestras cabezas rapadas sobre delgados cogotes. Las cabezas giraban a uno y otro lado, cautamente, hasta alcanzar finalmente la carretera paralela a la costa. Si en ese momento algún aventurado desconocido hubiese desembarcado en la playa tras dejar su barco en la bahía, habría experimentado seguramente una emoción de antiguo encantamiento al enfrentarse con un dócil monstruo mitológico en un paisaje de cipreses y piedras blancas. Lo habría venerado, habría derramado dulces lágrimas. Pero, desgraciadamente, allí no había nadie para recibirnos excepto ese delincuente preocupado, nuestro nervioso secuestrador, un hombrecillo con cara de muñeca y anteojos baratos, uno de cuyos vidrios había sido remendado con un parche.

(Traducción de Edgardo Cozarinsky) VLADIMIR NABOKOV

SUR, Nº 49, octubre de 1938

LA INAUGURACIÓN DEL MONUMENTO

Debía de ser en el mes de octubre, pues el sol, las moscas y las estrellas federales tapizaban el pedestal de escalones grises, cerca del pasto donde nacen las sombras benefactoras de la plaza. El monumento estaba vendado como un herido o como un altar en semana santa.

Una pequeña banda de música acompasaba los movimientos lentos del público. La música contenía sonidos ásperos y oxidados; frecuentes partículas de arena se infiltraban entre las notas; era una música recia; quedó interrumpida antes de que empezaran los discursos, y las damas de beneficencia se abanicaron ceremoniosamente con abanicos negros de papel atados con cintas de crespón. Los pañuelos de las damas revoloteaban de los ojos al pecho, y del pecho a los ojos, como pequeñas banderitas. Luego se descorrieron los lienzos y apareció el general Drangulsus, de mármol pentélico, sentado frente a un escritorio con una mano en la sien y la otra ligeramente levantada.

—¿Por qué no habrán hecho una estatua ecuestre?

—Es más adecuado para un general —comentaba el público.

—Es admirable como está concebido.

—¿Por qué no aprovechan de estos mastodontes para construir un espacioso pabellón interior? Por ejemplo, esta enorme piedra contra la que se apoya la estatua. ¿Para qué sirve? Tan sólo para quitar el aire y la vista —decía un hombre que buscaba un mingitorio. Su compañero le contestaba accionando ampliamente:

—Con esta estatua va a suceder lo mismo que con la de Mitys en Argos. ¿Lo recuerda? La estatua de Mitys mató al hombre que lo había asesinado.

—Y en este caso ¿quién es el asesino? —preguntó el otro, mirando melancólicamente los árboles.

—Me extraña su falta de perspicacia —le contestaron. Y el que así hablaba hizo una apreciación malévola sobre el escultor.

—Aquí van a poner una fuente —dijo el guarda por centésima vez, indicando un hueco entre las piedras.

—El general Drangulsus tenía miedo a los caballos. Dirigía las

batallas desde su escritorio. Dejaba morir a sus soldados y permanecía sentado en un cómodo sillón de cuero. Ese escritorio daba sobre una terraza circular, desde donde se dominaba la ciudad. En su primera campaña en las sierras, cuando tuvo que ir a caballo como un simple soldado, no tardó en morirse de miedo —dijo la voz de Domingo Alopex. Estaba en el banco de la plaza. Nadie lo oyó, él mismo no prestaba gran atención a sus palabras, parecía recitarlas de memoria. Una niña de cinco años jugaba un poco más lejos.

Se acordaba de esa última batalla y del general Drangulsus, con sus bigotes negros. Se acordaba del reloj de oro y de las manos cuadradas con las palmas cortas y rojas. El general Drangulsus tenía un telescopio y varios anteojos de larga vista que repartía como un aperitivo entre sus oficiales de estado mayor. Anticipaba las batallas en grandes trazos rojos, sobre los planos innumerables de la ciudad. Veía desplegarse bandadas de aeroplanos, regimientos de infantería, artillería, caballería; vistos desde esa terraza, los soldados eran chicos y resistentes como soldados de plomo.

Domingo Alopex cruzó las piernas y apoyó un brazo atentamente contra el respaldo del banco. Era el atardecer y la gente se iba de la plaza.

La chica de cinco años se le acercó corriendo, y súbitamente extasiada, gritó, golpeando las dos manos: "¡Mire, mire qué lindo!" El júbilo crecía. "¡Mire, mire!", sus exclamaciones iban acompañadas de saltos. Esa niña pequeñísima y delirante era su hija; le golpeaba los hombros, le tironeaba el traje. Domingo Alopex no veía nada de extraordinario, pero después de un rato alzó los ojos y vio la luna. Su hija acababa de descubrirla. No era una luna enorme, sino modesta y pálida. La chica abandonó su asombro y siguió jugando.

Domingo Alopex se acordó de otro asombro y de otra infancia. Surgió en su recuerdo, nítida, limpia, la panadería de los padres de José Drangulsus, "La Media Luna".

Él y Drangulsus (que entonces se llamaba Drangolino) eran del mismo pueblo. Un pueblo de campo, con calles anchas y desnudas.

Un día, Domingo Alopex esperaba solo frente al mostrador de la panadería. Se acordaba de aquel día con precisión. Su madre lo había mandado a comprar cinco centavos de pan. Tenía cinco años y un delantal blanco con grandes bolsillos. La panadería estaba sola. Domingo respiraba el olor a pan moviendo lentamente los labios. Imitándola a su madre, golpeó las dos manos y dijo: "Ave María". (Creía que la mujer del panadero se llamaba "Ave María" y le encontraba cierto parecido con las aves de su casa.) Nadie contestó. Miraba

las canastas de pan, los chocolatines y las medias lunas apiladas en los estantes como en un altar, y, un poco más lejos, en un rincón, los privilegiados pancitos de salud cubiertos con un tul de mosquitero blanco. Súbitamente se dio cuenta de que había alguien en el cuarto. Un chico de su misma edad salió. de atrás del mostrador, sonriendo. Tenía un sombrerito de paja y un látigo en la mano. A Dominguito le pareció reconocer esa cara. No sabía en dónde vivía el chico, pero lo había visto muchas veces de lejos en la calle, rondando siempre frente a la panadería; debía de tener su misma afición al pan y a las medias lunas. Inexplicablemente, Domingo empezó a tocar las medias lunas, a palmotearlas y comerse las puntas; ya no le interesaban, sólo quería deslumbrar a ese compañero desconocido. Domingo iba guardando las medias lunas en el bolsillo. Se llenó los bolsillos de chocolatines. Levantó el tul y tomó dos pancitos de salud. El chico desconocido asentía con un movimiento de cabeza. Se había entablado una conversación entre ellos, una conversación muda y asombrosa que aumentaba entre el zumbido de las moscas y el olor a pan. Domingo se enardeció en el juego hasta que tuvo los bolsillos llenos. El chico desapareció por la puerta entreabierta. Simultáneamente entró una señora gorda, navegando entre los pliegues de su vestido, con un plumerito en la mano. Majestuosa, se acercó al mostrador y le vendió cinco centavos de pan, pasando dos o tres veces el plumero por los panes, antes de envolverlos. En ese instante Domingo sintió la gravedad de las circunstancias. La presencia del "Ave María" lo conmovió. Sus bolsillos le dolían, con dolor de barriga hinchada. Había algo mágico en el movimiento de ese plumero, algo religioso en la manera en que las dos manos blancas del "Ave María" envolvían los panes. Domingo estiró sus brazos para alcanzar el paquete. Retrocedió al ver un hombre grandote y rubio en el marco de la puerta; sin duda era el dueño de la panadería y junto con él apareció de nuevo el chico del sombrerito de paja. El hombre se acercó y lo miró detenidamente y luego, dirigiéndose al chico, gritó: "¿Es éste? ¡Me extraña! ¡Un hijo de Luis Alopex, robando!" El chico del sombrerito de paja lo apuntó con el dedo: "Es él, papá. Es él", y acercándose sacudió los bolsillos de Domingo haciendo caer el contenido. El dueño de la panadería tosió fuertemente y miró a su mujer. "Vamos a tener que apuntar todo esto en la cuenta de la señora de Alopex". Le revisaron uno por uno los bolsillos, los del delantal blanco, los del saquito gris que llevaba debajo del delantal y los del pantalón. Minuciosamente hicieron la cuenta: 20 chocolatines, $ 1.00; 2 medias lunas, $ 0.05; 2 pancitos de salud, $ 0.10. "¡Qué bolsillos!", no cesaba de repetir la mujer del panadero. "¡Qué bolsillos de prestidigitador!

Empieza temprano el niño. No lo dejaremos ser amigo de Josesito."

Domingo Alopex salió corriendo de la panadería. Corrió tres cuadras, corrió cinco cuadras y entró a la estación del pueblo. Se escondió en la sala de espera y allí, entre un amontonamiento de papeles y escupidas, comió el último chocolatín que había quedado dentro de su gorra; estaba caliente y derretido y tenía gusto a tierra. Desde aquel día no volvió a la panadería "La Media Luna".

Tenía ya diez años; fue entonces que José Drangulsus empezó a repartir el pan. Dos veces por semana la jardinera pintada de rojo, atada a un caballo tordillo con cascabel, pasaba frente a la casa de Domingo Alopex, y José, tapiado entre las lonas del carrito, gritaba: "¡Ladrón! ¡Ladrón!" modulando la voz como en un canto. El canto tenía escasas variaciones. "¡Ladrón de medias lunas! ¡Ladrón de chocolatines!" Domingo esperaba este suplicio todas las mañana. Sabía que si no lo esperaba, sabía que si se alejaba de la puerta y se distraía, la voz iba a crecer hasta alcanzarlo detrás de la casa, en el excusado, en el terreno baldío, en casa de su tía a dos cuadras, en cualquier parte que estuviese y a cualquier distancia.

Domingo se asomó una mañana aureolado de esperanza. En el terreno vecino, un aviso de remate se había caído y se agitaba con el viento, como un enorme pájaro rojo. Sin dificultad pudo arrancarlo y luego, acurrucado contra la pared, quedó esperando con el trapo plegado entre los brazos. El carrito tardaba más que de costumbre. El trapo estaba ya húmedo de sudor en las extremidades, donde las manos de Domingo Alopex se contraían. Se le hundían las uñas en las palmas. Cuando iba acercándose el carrito, antes de verlo, ya se oía el canto monótono: "¡Ladrón de chocolatines! ¡Ladrón de medias lunas!" Domingo se abalanzó agitando el trapo rojo encima de la cabeza del caballo. La jardinera voló por el pueblo a una gran velocidad, dio mil vueltas alrededor de la manzana hasta que volcó en una zanja. Los panes y el chico saltaron sobre el barro. Algunas personas se asomaron a las puertas de sus casas, riéndose al ver al hijo del panadero transformado en un negro, rodeado de panes negros, pero al acercarse vieron que le sangraba la nariz. El hijo del panadero lloraba, tenía la nariz rota y una contusión en la pierna izquierda.

Desde aquel día no volvió a pasar en la jardinera. Su padre probablemente no le permitió repartir el pan, juzgándolo inapto para el manejo de vehículos. Fue puesto pupilo en un colegio. Luego se comentó en el pueblo que un señor rico lo protegía y que gracias a él había entrado en el colegio militar. La panadería "La Media Luna" se clausuró: los dueños se habían ido a otro pueblo.

Después de muchos años, ya instalado en la ciudad, Domingo Alo-

pex se acordaba todavía del repartidor de pan cuando comía medias lunas con su novia en una panadería. El recuerdo de aquel pueblito de campo no lo atormentaba de nostalgias. Había conseguido un empleo en la Aduana. Vivía feliz entre calles oscuras. Su novia era exactamente como él la había soñado: robusta y rosada, con los pechos abultados como dos almohadones. Una vez casados iban a vivir en casa de la novia, en dos pequeñas habitaciones con cocina y comedor, en los fondos de la casa. Faltaba un mes para el casamiento. Había que empapelar las piezas. Se usaban entonces los papeles con grandes flores rojas y violetas. La familia de la novia llamó a un empapelador. Tardó una semana en empapelar las habitaciones. La novia, queriendo prepararle una sorpresa, le tenía vedada esa parte de la casa. Deseaba mostrarle las habitaciones ya listas, con el hermoso papel que ella había elegido.

Al fin de esa memorable semana, Domingo, sin pedir permiso, aprovechó que la familia hubiera salido a pasear y entró en las habitaciones del fondo. Él también tenía una sorpresa reservada: un mueble para el comedor, un aparador de cedro lustrado, con incrustaciones de imitación ébano. Durante una semana entera Domingo Alopex se había enloquecido recorriendo mueblerías, deseando todas las camas para su noche de bodas, deseando todos los roperos para la ropa de su novia, todos los sillones para recibir visitas, todos los aparadores para el comedor. Los muebles del dormitorio iban a ser regalo exclusivo de los tíos de la novia. Faltaban los muebles del comedor. Había que tomar las medidas de la pieza para saber de qué tamaño tenían que ser. Buscó un centímetro en el costurero de su novia, cruzó el patio en puntas de pie, abrió una puerta despacio. Primeramente vio las dalias grandotas de papel (eran sin duda hermosas y frescas), luego un enorme pincel en el suelo, los barrotes dorados de la cama. Vio las cosas con la precisión con que se ven en medio de una gran desgracia. Vio una media arrugada y vio un hombre y una mujer abrazados. Quedó inmóvil. Como en los sueños quiso correr y no pudo. El hombre se incorporó. Era el empapelador, tenía que ser empapelador. Sin embargo no llevaba ninguno de los distintivos, ni gorrito de papel ni resfrío. Había una gran intimidad entre él y las flores atroces que lo rodeaban. Era el poseedor de aquel jardín exuberante. Se incorporó lentamente y, cuando estuvo de pie, Domingo vio crecer en ese hombre una imagen conocida. El ceño de la frente, la boca sin labios, la nariz ligeramente aplastada en un rostro monstruoso de niño; todos esos rasgos fueron creciendo y acomodándose en un rostro de adulto. Lo miró fijamente. Drangulsus no podía ser más idéntico a sí mismo. Pero su novia era irreconocible. Nunca

la había visto despeinada, con la blusa desabotonada, con las medias arrugadas. Parecía una prolongación exuberante, infernal de las dalias, el rostro de su novia rodeado de cabellos ascendentes como pétalos abiertos. Domingo no se movió; una enorme vergüenza se apoderó de él frente a esa novia inesperada; tropezó contra la escalera que se vino abajo. Drangulsus se creyó agredido y se le echó encima amenazándolo con una silla. Los dos hombres lucharon a puñetazos contra las dalias. En la casa de al lado no faltó quien se asomara al balcón respondiendo a los gritos con otros más agudos. Los vecinos hicieron intervenir a la policía. Al día siguiente el nombre de Domingo Alopex apareció en los diarios. La policía le atribuyó una ataque de demencia. Domingo Alopex, mucho tiempo después, dudó si había o no soñado la escena. Pensó volver a casa de la novia; se la imaginaba sentada pacientemente en el patio, con el cabello muy bien alisado, la blusa cuidadosamente abotonada sobre los pechos; pero las dalias rojas intervenían con las cabelleras despeinadas y lo invadía un gran malestar. No había vuelto a verla. La nitidez de su recuerdo crecía. No sabía en dónde empezaban las invenciones que el tiempo había agregado a su recuerdo.

"Flores amontonadas como éstas", pensó Domingo Alopex alejándose del monumento por los caminos solitarios y anochecidos del nuevo rosedal. No comprendía todavía la diferencia que había entre una dalia y una rosa. En los arcos tejidos de alfajías verde veronés, trepaban los rosales de apariencia artificial. Las rosas rojas y rosas solferino florecían con la misma abundancia que las dalias del papel floreado. Había dos regiones, dos climas en esa plaza. En el centro, todos los colores aglomerados en torno al monumento; en los bordes, un país inexplorado, con lagos profundos de basura. Domingo Alopex se acordó de la guerra; de las basuras que dejaba el ejército en los lugares donde acampaba.

Hacía sólo diez meses que se había casado con una maestra de piano y tuvo que dejarla para enrolarse. Cuando estalló la guerra, Drangulsus había sido ascendido incansablemente en pocos meses. Su fotografía aparecía en todos los diarios. ¿Cómo había llegado a ser general? Domingo Alopex no podía comprenderlo y menos pudo comprenderlo cuando cayó bajo su mando, en el regimiento 16 de caballería.

Entonces volvió a verlo de cerca, cubierto de galones, medallas y condecoraciones atadas con cintas de color turquesa. Había ganado numerosas batallas; era el ídolo del pueblo. Miedoso como siempre, sentía con fervor su vocación de estatua.

Llegó un día en que el general Drangulsus tuvo que recorrer con su regimiento, antes de llegar a la zona de combate, un camino entre despeñaderos. Tenían que recorrerlo a caballo, subiendo y bajando en los senderos estrechísimos de las montañas. No había sino dos caminos: uno muy largo, con infinitas curvas rodeando las montañas, que siguió el regimiento de artillería una semana antes, y otro más corto, que siguió Drangulsus con su ejército. No había ningún lugar de aterrizaje para los aviones.

Fue en aquellos días que empezaron a escasear los caballos. Había una peste y muchos se morían misteriosamente entristecidos. El general Drangulsus tenía dos caballos especialmente mansos y fuertes que iban salvándose.

Domingo Alopex resolvió rápidamente perder los caballos del general Drangulsus. Deseaba volver a ver los ojos desorbitados de miedo en la cara de ese hombre. Las coincidencias no faltan; Domingo Alopex estaba en la sección de las caballerizas. Curaba los caballos enfermos, los bañaba cuando era posible, y les daba de comer. La empresa, en un principio, parecía difícil. Los centinelas hubieran sospechado, al verlo alejarse con los dos caballos. No había manera de perderlos, ni de matarlos directamente, pero Domingo Alopex encontró el modo más fácil para que se enfermaran: darles raciones excesivas de maíz. Los caballos estaban acostumbrados a pequeñas raciones de maíz mezcladas con avena. La noche que acamparon en una meseta extraña, rodeada de montañas distantes, verdes y violetas, los caballos ya estaban enfermos.

Era una noche tibia con corrientes frescas, como se encuentran, a veces, en las aguas de un río. Era una noche con varios cielos de todos tamaños. Alopex, tendido sobre el pasto, no participaba de las conversaciones de los soldados reunidos en cuclillas alrededor del asado. En la oscuridad surgían los árboles como dalias gigantescas, con cabelleras de fuego, y el rostro de su novia estaba prendido en el centro de cada una de esas dalias. Millones de rostros se dibujaban nítidamente contra el follaje ascendente de las cabelleras, nítidamente ¡oh! cuánto más nítidamente de lo que Domingo Alopex había visto a su novia cuando estaba cerca de ella.

A la mañana siguiente hubo que buscar otros caballos para el general Drangulsus. Se habían encargado tropillas al este, al norte, al suroeste, pero la mayor parte se morían en el camino. Quedaban potros imposibles de montar; se hubiera necesitado por lo menos un mes para amansarlos. Alopex ofreció el zaino suyo, diciendo que era muy manso. Realmente, era extremadamente manso; sólo tenía un defecto en un ojo. Alopex guardaba el secreto: para poder mon-

tarlo sin riesgo, había que vendarle el ojo. Cuando sus compañeros le preguntaban por qué el zaino llevaba un ojo vendado, Domingo Alopex invariablemente les contestaba que su caballo tenía una herida que las moscas verdes apetecían; tenía miedo que la herida se agusanara. A veces, para hacer caer los gusanos, ataba el cráneo de un perro alrededor del pescuezo del caballo. Él era el único en conocer el precioso secreto encerrado en el ojo del zaino. Con el ojo descubierto, los precipicios lo enloquecían; inmediatamente que veía un precipicio, una rabia sorda se apoderaba del animal, parecía querer medirse con las montañas. Parado sobre las patas de atrás, embestía contra las piedras, con la boca entreabierta, entre nubes de espuma. Jadeante y con las crines despeinadas, un mapa de venas se le abría en la panza.

Ya hechos todos los preparativos, el general apareció montado en el zaino. El animal no llevaba el ojo vendado. Empezaron a desfilar las tropas por el despeñadero. El zaino anduvo un trecho largo sin tropiezos, hasta que llegó a un sendero angostísimo, costeando un cerro; cuando vio el precipio se quedó quieto, abriendo el ojo desmesuradamente y mirando fijo, con la cabeza gacha, luego se ladeó y volvió a mirar el mismo punto con el ojo ensangrentado. No tardó en pararse sobre las patas de atrás; quiso trepar las piedras laterales. Varias veces repitió los mismos movimientos y el general, con los ojos desorbitados, sintió miedo y vergüenza, miedo y vergüenza, luego miedo, únicamente miedo.

—Sujete las riendas. Sujete las riendas. No lo castigue —resonaba la voz de un teniente; luego se unieron otras voces en coro. "No le tire las riendas. No le tire las riendas." El caballo bajaba y subía las orejas; sus decisiones estaban encerradas en ellas. Luego, en un instante que pareció breve a Domingo Alopex, y eterno al general Drangulsus, caballo y jinete rodaron uno sobre el otro hasta que se estrellaron contra las piedras en el fondo del abismo.

Y ahora, después de dos años, ya terminada y ganada la guerra, Alopex volvía a encontrarse con Drangulsus. Esa plaza era la más próxima a su casa. Desde hacía dos meses, cuando salía para la oficina y volvía, pasaba frente a la plaza donde estaba el monumento vendado. No se detenía nunca debajo de los árboles. Siempre estaba apurado, pero ese día había tenido que llevar a pasear a su hija. Su mujer estaba enferma. Un dolor de cabeza bastaba para estirarla como una muerta sobre la cama. Esa mujer no era opulenta y mágica como su primera novia; era la sombra de una mujer delgada y arrugada, con el cabello ya blanco en las sienes. Solamente esa hija los rejuvenecía, esa hija de cinco años.

Domingo Alopex alzó los ojos y se sentó de nuevo en el banco. Un extraño ruido parecía vibrar dentro del monumento. Era como el terco zumbido que encierra una colmena en verano.

La hija corría, alejándose de él. Su mujer le había dicho: "No la dejes jugar lejos de ti, come piedritas y es capaz de correr hasta la calle donde pasan los automóviles", y al despedirlo en el umbral de la puerta todavía le había gritado: "cuidado con las piedritas, cuidado con los automóviles".

Su hija se agachó y recogió un puñado de piedras, las guardó en el hueco de su mano, eligió una, cuidadosamente, y se la puso en la boca; Domingo la veía moverse, desde lejos, como si fuese a través de un vidrio; comió una piedra, dos, tres. No las escupía. Se veía el difícil movimiento que hacía para tragarlas. Alopex se levantó del banco y llamó a su hija que iba corriendo en dirección a la calle. La hija volvió súbitamente. Golpeó las dos manos gritando: "¡Mire! ¡Mire qué lindo!" Alopex ya conocía la causa del júbilo. Alzó los ojos, y miró la luna. Pero el índice de su hija apuntaba más abajo, apuntaba a la horrible estatua del general Drangulsus. Alopex no tuvo tiempo de verlo: el monumento se le vino encima y lo mató sin gritos.

Asombrosamente la chica llegó sola, esa noche, a su casa.

SILVINA OCAMPO

SUR, Nº 262, enero-febrero de 1960

LA CALLE MATE DE LUNA

Llegó septiembre con sus flores de naranjo y fue el momento del agua sobre los pisos, no ya helada y taciturna como la del invierno sino deseable. Volvieron las baldosas a tener su verdadero prestigio a los ojos de los niños, su suave helazón a deslizárseles bajo los cuerpos incandescentes de siesta e infancia.

Fue en ese momento cuando aparecieron los forasteros. Es decir, llegó primero uno, y desde el preciso minuto en que se presentó a ver la casa desocupada de la calle Mate de Luna, los vecinos se sintieron desconcertados. No estaba vestido como ellos, tenía automóvil y belleza. No les gustó. No explicaban bien por qué no les gustaba. Decían palabras cercanas a indecente, alguna otra que significaba pretencioso, pero no eran exactos.

La vieja del dieciséis —sólo por enterarse de algo más— se corrió hasta el número cincuenta, donde vivía la familia japonesa, y se denominó visita. En calidad de visita la señora japonesa la hizo pasar al comedor, que daba sobre la calle, llamó a la familia y abrió el balcón para que entrara el airecito caliente de septiembre. La vieja se sentó de cara a la calle y empezó una despaciosa conversación que la japonesa salpicaba con risitas. Estaba también el japonés, sentado en un borde de silla como el resto de la familia. El silencio era un poco de todos, pero más que de ninguno de las japonesitas, las hijas, que no abrían la boca y miraban suaves y desesperadas hacia todos lados tratando de enganchar su aburrimiento a un tenuísimo motivo de distracción. A los grandes no los afligían los silencios: se sabía que las visitas eran así. La vieja dejó de fumar su chala y preguntó, señalando a la más chica de las japonesitas:

—¿Cuántos años tiene ésta?

La madre dijo que ocho.

—¿Y la otra?

La otra tenía doce.

La vieja dijo que había resultado medio perezosa la señora. El japonés y la japonesa se rieron. La hija grande, por indicación de la

madre, fue a buscar un licor al trinchante y unas copitas en el aparador. En ese momento la puerta del cincuenta y uno se abrió y salió el porteño con una mujer. El balcón de la japonesa servía de perfecto recuadro, en primer plano, a un árbol de naranjo pesado de flores, y a la puerta del cincuenta y uno con el porteño y la mujer en una perspectiva más lejana. Se los veía nítidos —una fotografía parecían—: él con los ojos musgosos, que se distinguían bien sombríos, bien peludos, aun desde el balcón de la vereda de enfrente, ella, con un vestido ajado y como desteñido, una cierta edad y una cara para no recordar. Finalmente el porteño subió al automóvil y ella se fue caminando.

La vieja se tomó su licor y dijo que por lo que se veía iba a tener fiesta. El japonés hizo retirar a las hijas y aseguró sin vehemencia que no sería así. La vieja se volvió a su casa saludada en la puerta por toda la familia con la promesa de que la visita sería devuelta una no lejana tarde.

Los días siguieron adentrándose en el calor y llegó octubre. El agua al retirarse de las baldosas les dejaba su brillo, y el dibujo romboidal de los mosaicos parecía seda extendida. Un vestido blanco y negro de arlequín. Encima el agua, acariciando. La gente sentía sed cuando la veía porque empezaba el calor y porque ese calor nuevo, ese olor a flores, trasformaban en sed ansias más vagas.

La vieja contó que el porteño se encerraba con mujeres y toda la calle lo repitió. Acechaban su llegada y con un grito llamaban a los que habían quedado en el interior de las casas para que participaran del escándalo. Los niños de doce años intervenían ya en la vigilancia y en los comentarios. Menos, quizá, las japonesitas; el japonés todavía guardaba las usanzas de su país. Y tampoco los niños más chicos que seguían complaciéndose sólo con las baldosas. Primero era el agua, los mosaicos blancos y negros; después venía el toldo color vino, extendido sobre el patio. Entonces los mosaicos se volvían de un rojo maravilloso y el toldo se convertía en un cielo inhabitual. Había llegado el momento de sentarse en el suelo fresco, de sacar unas piedritas blancas que el nuevo cielo coloreaba de rosa nube, y de ponerse en círculo a jugar juegos silenciosos. Así hasta el mediodía, cuando el calor apretaba afuera, los hombres volvían secándose el sudor y las calles se llenaban de maestras.

Hacia fines de octubre se empezó a hablar de las extrañas orgías en el número cincuenta y uno. Pero como se hacían de noche y la oscuridad era intensa —un farol mortecino a cada extremo de la calle apenas si alumbraba la primera casa de cada lado— nadie decía con exactitud en qué consistían.

Por Kika Palumbo se supo que el porteño era novio de una maestra de escuela. Las muchachas jovencitas quisieron saber cómo era la maestra. ¿Regia de bonita, Kika? No, una negrita insignificante, un poco bizca. Entonces no sería cierto, lo habría inventado la maestra. No, no lo había inventado, era cierto, porque él la iba a buscar a la salida de la escuela y ella se lo había presentado a Kika como su novio. Se llamaba Mario Capristi. La que no quería convencerse de que fuera cierto era la nieta de la vieja. Decía que seguramente él se hacía pasar por novio para sacar otra cosa. Pero Kika juró que la maestra compañera de ella era sumamente seria. ¿Seria? ¿Y cómo se hacía buscar a la salida de la escuela en auto? Entonces Kika la reprendió: ¿quién le había dicho que se iban en auto? A puro pie se iban. Pero la nieta jovencita de la vieja no se convencía, había algo extraño en esa relación.

En noviembre el olor de los azahares había pasado ya pero, en cambio, las damas de la noche y las diamelas cuando se ponían a perfumar mezclaban las ansias vagas en un revoltijo turbulento. Los habitantes de la calle Mate de Luna y de las otras calles sentían que ya no bastaba con la única actividad de despertarse por las mañanas y salir a mirar si las cumbres del Aconquija seguían nevadas. El perfume de las diamelas, el revoltijo turbulento, parecían decirles que puesto que estaban vivos hicieran algo por demostrarlo. Que lo demostraran antes de que el tiempo les demostrara a su vez que no era tan largo como para ser tomado con tanta pausa.

En ese momento llegaron los otros habitantes del número cincuenta y uno. Eran tres hombres, todos de ojos peludos con consistencia de gruta, y una mujer. La mujer tenía los brazos muy blancos, que salían del vestido de luto, y la cara joven. Cuando se sacaba las medias negras, la blancura de sus piernas era obscena. Ni las mujeres podían mirarla sin que se les ocurrieran delirantes imágenes. Aunque en realidad no tuvieron muchas ocasiones para azuzar esas imágenes: la mujer blanca se dejaba ver raramente.

Cuando acabaron de llegar todos los habitantes del cincuenta y uno, las conjeturas de la calle Mate de Luna se desataron con un ímpetu borrascoso. Ya no espiaban a los forasteros; lo que sabían iba mucho más allá de lo que hubieran podido ver. Y lo que sabían rozaba lo inenarrable. Sin embargo, encontraban modo de contarlo. ¿Qué habían visto? ¿Qué elementos tenían para sus conjeturas? ¿Quién podía saber lo que ocurría en el patio de la mujer blanca? Sólo de dos casas era posible divisar algo. En una habitaba un viejo guitarrero, que apenas si tenía fuerzas para salir a la puerta a la caída del sol, y su hermana, tan vieja como él y casi cegada por una catarata. No eran

ellos, seguro, los que iban a encontrar coraje para treparse a una tapia y espiar lo que hacía la mujer blanca, qué residuos manejaba en el patio del fondo, por qué removía la tierra al pie de un árbol. Del otro lado del cincuenta y uno había un conventillo de paredes altísimas. Sólo algún chico que se subiera al techo por una saliente peligrosa de ladrillos podía haber visto algo, pero ¿se daría cuenta de lo que veía? La calle, de todos modos, encontró medio de hablar de la mujer blanca como de la única entre cuatro hombres.

Terminadas las clases, la bandada de maestras se refugió en sus casas, como si un viento ardido las hubiera arrastrado, igual que a tergiversadas golondrinas, hasta las regiones de la frescura y la sombra. Eso era de día. Al caer la tarde salían de nuevo a la calle, ahora sin el guardapolvo blanco de todo el año, y se paseaban del brazo de una esquina a la otra, de una esquina a la otra de la calle, siempre con el mismo ritmo. Kika Palumbo paseaba con la nieta jovencita de la vieja y sus hermanas, pero sobre todo con la nieta jovencita porque se entendían mejor. No paseaba por la vereda del número cincuenta y uno, no era la suya, no hubiera sido bien visto. Kika empezó a hablar a menudo del porteño más alto, el que tenía la cara redonda. La nieta de la vieja hubiera querido saber cómo se llamaba el bajito, el único bajito de los cuatro, pero Kika la miraba con recelo y entonces ella bajaba la cabeza. Temía que le preguntara si le gustaba, porque ella era incapaz de decir la verdad. Y, por otra parte, inventar la cansaba. De rato en rato suspendían las idas y venidas y se acercaban a la vieja que, sentada a la puerta de calle, fumaba sus chalas sin parar. En una de esas, la vieja les enseñó con la mano, que era un reguero de venas, a otra de sus nietas, una chiquilina como de cinco años.

—Ésa —dijo— es igual a la japonesita chica. Vive con la mano en los calzones.

La madre de la chiquilina, que también tenía su silla en la vereda, la reprendió. ¿No podía dejar alguna vez de ser grosera? La vieja la acalló con unas palabrotas y la otra se quedó rezongando. Dentro de la casa, donde el zaguán se abría en un espacio cubierto que precedía al patio y que la gente llamaba galería, los niños, sentados en el suelo, habían roto la rueda y jugaban cada uno por su lado. La chiquilina de la discusión disponía en dos filas una serie de bolitas de colores que parecían inventados y les conversaba. La nieta joven entró a tomar agua, observó las bolitas y las envidió. Cosas con ese color era para metérselas en la boca y tenerlas allí, en un extraño deleite. Otro de los niños sostenía un gran lápiz rojo, estuche a su vez de lápices, con una tapa que se sacaba y se ponía. La nieta joven

comprendió que ella hubiera querido incorporar a su persona todos los juguetes que veía en manos de los niños, y, cuando lo comprendió, la sed que la había hecho entrar en la casa se volvió vehemente.

Los porteños no salían al atardecer a sentarse a la puerta. Los hombres iban y venían en su automóvil hasta la noche y la mujer tardaba días en hacer una fugaz aparición. Ni siquiera la sirvienta se dejaba ver con frecuencia, parecía que no tuviera compras que hacer. Un día, sin embargo, la vieja la vio pasar cerca y reconoció a la mujer del traje ajado que ya había visto con el porteño una vez desde el balcón de la japonesa. Pero no se lo contó a nadie. Todo perdía filo si se ponía a decir que la primera vez que espió no era la orgía sino la limpieza de una casa deshabitada lo que había visto.

A principios de diciembre la mujer blanca empezó a sacar una silla al balcón y a sentarse cuando caía la tarde. Eso provocó despecho en la calle. Ellos también tenían balcón, pero cuando estaban en familia se sentaban a la puerta. ¿Por qué no podía la porteña sentarse a la puerta? ¿En qué era distinta de ellos? La porteña salía al balcón sólo cuando la sombra empezaba a volver luminoso el blanco de los ojos de las mujeres que pasaban por la vereda de enfrente para espiarla. Por la vereda de enfrente, porque en su propia vereda no se hubieran atrevido a mirarla con tanto descaro.

Un día llegó un piano al número cincuenta y uno. Era la hora en que se baldeaban las veredas —las veredas del lado de la sombra; las del otro lado se baldeaban sólo cuando el sol se recostaba sobre la montaña, un poco cansado de tanto despliegue pero todavía vertiendo esplendor—, y las escobas quedaron abandonadas mientras se hacía una carrera loca al interior de las casas para gritar que vinieran a ver. Entonces las casas adquirieron un acelerado y caótico impulso. Los niños dejaron de jugar y corrieron de todos lados hacia la calle chocando en la confluencia de piezas y patios con otras personas que salían. En la calle recuperaron el silencio. Miraban, con apenas pausados comentarios, cómo el piano entraba en la casa situada en la mitad de la vereda del sol. La vereda de la sombra estaba llena de gente. De la otra, un encantamiento parecía haber descuajado hombres y animales. Pero alguien, detrás de un visillo de la vereda del sol, vio la asamblea silenciosa y salió a la calle con un frenesí de burlado.

Desde esa tarde el piano se puso a sonar en el cincuenta y uno y los compases arrastrados de los tangos a pasar a través del balcón abierto donde se sentaba la mujer blanca. Una recién casada dijo que ella prefería la música dulce, el vals *Clyde*, por ejemplo, o *El Amor no muere*. El vecino de la japonesa, que era empleado público, dejó

entender que los tangos eran para gente sin cultura y habló del *Danubio azul* y *La viuda alegre*. Pero Kika opinaba que los tangos eran regios y la nieta jovencita de la vieja, que no se llevaba bien con ninguna música, se puso de su parte porque la casada era regordeta y el empleado tenía los dientes cariados.

Haciendo el balance, con el asunto del piano los del cincuenta y uno no ganaron a los ojos de la calle, y menos todavía cuando la estación de radio local informó "al piano Julio Capristi" después de un tango tocado por una de las tantas orquestas que se formaban de un día para otro. Músico de orquesta no era oficio de gente decente.

Cuando el calor se hizo intolerable y los niños fueron obligados a guardar el silencio de las siestas, estándose inmóviles y calladísimos, la vida de la calle empezó a las seis de la tarde. Antes, las muchachas jovencitas se metían bajo las sábanas, quizá de a dos en una cama, con la jaula de humo del mosquitero alrededor, y leían hasta que amenguaba el sol, una en la cabecera de la cama, otra a los pies. Hacía cuarenta y dos grados a la sombra. A los vehículos públicos destartalados se les reventaban las gomas por la calle, y la ciudad ponía a achicharrar sus inmundicias bajo la demencia del sol. Daba placer pensar en las carroñas que largaban su humedad y se deshacían. Era lo único que se podía ser con placer, una carroña En las camas las muchachas leían y se tocaban con los pies sin dejar de leer, como si ellas no fueran responsables de lo que sus pies hacían. Y después, jamás hablaban de lo que había pasado. Pero hablaban cada vez más frecuentemente de los porteños del cincuenta y uno. A las seis de la tarde, cuando el agua volvía a correr a baldadas por los patios, ellas sentían la necesidad de ser la mujer blanca. Eso y sed.

En los días de mayor calor, quién sabe en qué forma, los habitantes de la calle se sintieron ofendidos de nuevo. Hubo otra marejada de murmullos, intolerables esta vez. Pesadilla de sangre y de náusea, evocadas siempre con una tonada lenta y una voz acolchada. Para Carnaval los porteños subían y bajaban en una marejada de murmullos. Por eso, cuando la muchacha jovencita insinuó que los porteños hubieran podido entrar en los juegos con agua del Carnaval, la madre le prometió el reformatorio.

La muchacha tuvo que contentarse con espiar desde el balcón, en las siestas tórridas, cómo los porteños arrojaban y recibían baldazos de agua de alguna de las mujeres del conventillo y de Kika. A Kika se le pegaba el vestido al cuerpo y chorreaba agua. La muchacha, detrás de los visillos, temblaba de entusiasmo con cada baldazo sobre el cuerpo de la otra, como si fuera ella la que lo recibiese. Veía a los porteños acechando escondidos la aparición de Kika y se le escapaba

el grito para advertirla. Finalmente, al límite de su tentación, abrió y gritó. Al verla, toda seca, los porteños se le abalanzaron, pero ella, con una risa de placer, cerró el balcón de un golpe y les hizo una mueca a través de los visillos. El cuerpo de Kika humeaba bajo el agua. Los porteños, vistos de cerca, eran jovencísimos; el que tocaba en la orquesta, sobre todo, parecía que acababa de ponerse los pantalones largos. Dichosa Kika que no tenía madre.

Cuando pasó el Carnaval y la muchacha obtuvo de nuevo permiso para salir a la calle, le preguntó a Kika cómo hacía para tener tanto coraje, si sus tíos estaban enterados de lo que había hecho, y si no le importaba crearse mal nombre. Kika se sorprendió. ¿Qué había hecho? ¿Jugar con agua? Todo el mundo podía jugar con agua, para eso hacía calor. Sí, ¡pero con los porteños! ¿Qué tenían de malo los porteños? Eran cuatro muchachos que vivían con la madre viuda y trabajaban. ¿Era un pecado eso? ¿Madre viuda? Sí, señora, madre viuda, se lo había dicho la maestra de su escuela hacía tres días cuando tuvo que ir a la Casa de Gobierno por los trámites del sueldo. Ah, la maestra de su escuela. Sí, la maestra de su escuela, que era más sincera que muchas otras.

Kika y la muchacha jovencita dejaron de pasearse juntas por la vereda. Pero la muchacha jovencita, sentada por las tardes entre su madre y su abuela, veía cómo Kika saludaba a la mujer blanca. La madre y la abuela habían dejado de hablar mal de los porteños, parecía que se hubieran calmado, pero se notaba que no los querían, que los querían menos todavía que antes, cuando libremente los cubrían de inmundicia.

Kika no era la única que saludaba a los porteños. También se vio a la japonesa saludarlos. Entonces el resto de la calle fue presa de un sordo despecho. Empezaron a buscar motivos para hablar mal de la japonesa pero no pudieron ir muy lejos.

Así hasta la noche del ciclón. Esa noche, aunque se cerraron todas las puertas con loco apresuramiento, y aunque no fue demasiado fuerte, algún techo levantó, algunas tejas mandó por el aire. Se llevó, por ejemplo, el techo del cuarto donde dormían los nietos más chicos de la vieja, a uno lo hirió una teja en la cabeza. Los gritos de la madre llenaron la calle cuando el viento se atenuó. Después, sin saber cómo, madre e hijo se encontraron dentro del automóvil de los porteños camino al hospital. La mujer blanca, por su parte, fue esa misma noche a ofrecer su ayuda en las casas dañadas. Dijo que sus hijos se podían meter todos en una misma pieza, que ella tenía piezas libres si alguien quería ir. Nadie fue. Pero al día siguiente la saludaron. Con circunspección.

Los habitantes de la calle Mate de Luna jamás encontraron la oportunidad de comunicar a los de las calles vecinas que eran mentiras las marejadas de basura arrojadas sobre la mujer. No aclararon que era la madre recientemente viuda de cuatro muchachones. A lo sumo, sorprendieron a los de las otras calles saludándola, pero pasó mucho tiempo antes de que el error se deshiciera en las calles vecinas, el tiempo que empleaba en formarse en barrios alejados. Y las ondas de la calumnia fueron haciéndose cada vez más amplias a medida que se apartaban de su centro. Quizá en esto encontrara la calle Mate de Luna la razón para no perder jamás del todo su desconfianza a los forasteros del número cincuenta y uno.

ELVIRA ORPHÉE

SUR, Nº 222, mayo-junio de 1953

LOS CUERPOS PLATÓNICOS

A FRANCIS PONGE

Ferréol Buq se había desvestido completamente —la playa quedaba a trasmano y era demasiado áspera para encontrar en ella curiosos durante un día de trabajo— y descansaba a pleno sol, frente al mar, sobre un lecho de pequeños guijarros o de arena muy gruesa; había elegido para echarse esa zona en que muere progresivamente la vegetación terrestre (o, si la observamos desde el punto de vista contrario, en que nace a medida que se va suavizando el suelo). Cuando el hombre desnudo extendía el brazo, su mano tocaba las espigas rosadas de una planta que hubiera podido ser clasificada entre los euforbios; algo más cerca estaba un cardo gris azulado, de la especie de los panizos marítimos, y a menos de dos metros había cistineos, romeros y lentiscos, enlazados por lianas y zarzas, toda la flora del matorral, como un muro espinoso con zumbido de moscas y crepitar de langostas. Tres metros más abajo, las olas, alrededor de las piedras, removían delicadamente el musgo marítimo con frágiles algas verdes. Ferréol pensaba en las dos fronteras que separan el mar de la tierra, la primera, evidente, allí donde lo sólido desaparece sumergido bajo una franja de espuma, y la segunda, mucho menos fácil de percibir, en la que el suelo está de modo tal impregnado de sal que no puede desarrollar vegetación alguna. Y sonrió (cosa bastante ridícula, o encantadora, en el rostro de un solitario) ante la idea de que él, desnudo como al nacer, estaba acostado sobre un lugar intermedio entre un mundo y otro y que participaba de los dos. Más que en lo impuro y en lo indefinido, se complacía en lo doble, o, mejor, en lo híbrido, en lo anfibio, en lo intermedio; le entusiasmaban expresiones como *ni carne ni pescado, entre perro y lobo*; hace poco había estudiado apasionadamente la vieja herejía maniquea; soñaba con un estado que estuviera entre la vida y la muerte, tal como estaba entre lo terrestre y lo marino esa franja litoral en la que él parecía desempeñar el papel de un ahogado arrojado por el oleaje.

Luego volvió nuevamente su atención a los tallos de euforbio, iluminados por el sol con un resplandor casi inaguantable, por en-

cima de la blanquísima arena en la que habían clavado sus profundas raíces. Los tallos de la planta observada eran cinco (aunque esto no fuera forzoso, y otros pies, no tan avanzados sobre la orilla, estuvieran mejor dotados, con un follaje más vigoroso); cada uno terminaba en una flor que fue considerada hermafrodita por ciertos botánicos en razón de que tiene (ahora específicamente) cinco haces de inflorescencia masculina abiertos, lejos y alrededor del único femenino, todo pasando por el naranja, del rosa al verde, con gradaciones a tal punto insensibles en el color y en la forma que parecía —un poco como en la múltiple florescencia de la Santa Rita— que la flor, el follaje y el tallo fueran un solo órgano, apenas variado, como por capricho o enfermedad, de las partes viejas a las más jóvenes o más asoleadas. También habría que describir —pensó— las menudas escamas que, a lo largo de cada tallo, no son sino las cicatrices de las hojas caídas, y también, si uno hiriera la planta, esa especie de leche que gotearía, blanca al principio y amarilleando después al ser endurecida por el calor.

No lograba explicarse por qué observaba con tanta pasión ese objeto, esa planta curiosa; le hubiera gustado hacerse de ella una imagen tan precisa que no le faltara ningún detalle y que quedara inscripta en su memoria, fichada, poseída, consumida, digerida definitivamente. Sin embargo, a medida que se esforzaba por conseguir de ella una representación exacta, su fracaso se acentuaba, y Buq sentía aumentar su impotencia para captar lo que deseaba.

El euforbio, bajo su mirada demasiado atenta, como el corte de una pulga bajo la lente del microscopio, había crecido misteriosamente: en ese momento era una fortaleza pentagonal, erigida ante él a una altura prodigiosa, en un desierto de peñascos blancos, y las flechas rosadas de las cinco torres que coronaban el castillo, colocado como avanzada de la flora sobre la región árida, parecían inaccesibles.

La flora, ¿no era acaso *vida*?; ¿y la región árida, sometida a la sal, terreno de *muerte*?

Transportado a su pensamiento anterior, por desalojar el inoportuno y dejar de ver el insultante castillo (tal como el Duque de Saboya —pues el mundo grande vive en el pequeño— el mundo de Ginebra cuando amaneció, después del asalto fracasado), se volvió. Las barbas del cardo marítimo, que había rozado su brazo, lo arañaron. De nuevo cambió de posición, a pesar de que los guijarros quemaban como sacados de un horno, y se puso de espaldas, cara al cielo. Cuando se atenuó la quemazón cerró los ojos; sin embargo, no se durmió. El turbio placer que produce estar completamente

desnudo al sol, en pleno verano, sobre una playa del Mediterráneo, hubiera bastado para mantenerlo despierto; sentíase además como afiebrado y tenía la impresión de que su cabeza hervía. Voluntariamente, entonces, empezó a recordar.

"Había salido de Siena —pensó— algo tarde, después del almuerzo; anduvo bastante, hacia el sur, a través de un país abrupto, aunque todo de tierras cuyo color uniforme entre rojo y castaño y cuya estructura desmenuzada sugerían una epidermis con pústulas, granos, picaduras, llagas abiertas y cicatrizadas, como si yo —se dijo— me hubiera encontrado, minúsculo, en trance de recorrer el vientre de una mujer gigantesca, vencida por el sueño, y que la mujer gigantesca hubiera sido leprosa en último grado y que se la hubiera azotado rudamente con espinas. Hacía mucho calor. Mi pequeño automóvil chirriaba tan ruidosamente que me asaltaba el temor de que, como siempre pronostican los mecánicos, se le rompiera algún órgano esencial. Nada es tan fastidioso —pistones, sopapas, bujías— como el funcionamiento bueno o malo de un motor a explosión, y no he de ocuparme de él ahora más que entonces. Pero me gustaría representarme aquella serpiente tan grande y de un verde admirable, cuyo cuerpo, aplastado sobre el camino, me indujo a detener el automóvil (porque marchaba pendiente abajo, claro) para mirarla mejor. Culebra, sin duda. Sin embargo, no había ningún ojo de agua por allí y creo que, viva, hubiera espantado a más de un valiente.

"Después del encuentro con la culebra, y habiendo dejado atrás una colina no muy elevada, llegué ante un gran lago volcánico, rodeado de montañas cubiertas por bosques sombríos. Allí, como el automóvil apenas marchaba, a pesar de la caída de la tarde, horas en que, según dicen, mejora la carburación, me detuve en una aldea de pescadores y reservé una habitación por varios días en una casa en la que recibían pensionistas.

"De mi huésped y su mujer no debería recordar nada, si, como pretendo, mi memoria (que al fin y al cabo, imaginario o real, es el único lugar donde realmente me complazco) funcionara según mi gusto exclusivo y de ella hubiera barrido, como si fueran muebles desagradables, los recuerdos tediosos. Un hombre viejo y una mujer vieja, casi mudos, además, que con la mayor rapidez prepararon mi pieza y mi cena, tanto les apuraba meterse bajo las mantas. Sus nietos pululaban y alborotaban, en ausencia de sus padres, retenidos en la montaña por no sé qué tareas de la estación. El hijo menor, del cual me mostraron una fotografía retocada, casado desde hacía menos de seis semanas, acababa de ser incorporado al servicio

militar. Su joven mujer es de todo el conjunto mi recuerdo preferido, como una gallarda ménsula en la cual detenemos los ojos. Fue ella quien —dieciocho años y taimada— me sirvió la comida.

"Comí glotonamente, y aún ahora, con el estómago quemado por el sol, un flujo de saliva llena mi boca cuando recuerdo los *vermicelli* mezclados con hierbas aromáticas y lentejas, las anguilas cocidas al horno bajo un exceso de hojas de laurel (sin que su sabor fuera por eso menos delicioso), un queso fuerte que mojé con moscato y tarteletas ensombrecidas por una confitura malva.

"Sin lugar a dudas, lo mejor fue el plato de anguilas.

"—¿Vienen del lago? —le pregunté a la que me las ofrecía—. Y tú, ¿cómo te llamas?

"—Flavia, *signor*.

"Luego, luchando en vano con sus ganas de reír:

"—No hay anguilas en el lago.

"Acosada a preguntas, porque es agradable hacer reír con bromas a una muchacha alegre, acabó por confesarme que las llamadas anguilas venían de la montaña; pero nada quiso agregar a ello y se fue, dejándome con una sensación de malestar delante del queso y las tarteletas al recordar los nombres de *anguilas de las cercas* y *anguilas de las matas* con que designan a las culebras en la jerga de San Juan del Desierto: me molestaba un poco la idea de la serpiente esmeralda que había encontrado, muerta, atravesada en el camino.

"Cuando Flavia volvió del piso alto, después de haber encerrado, me dijo, a todas las criaturas en un dormitorio común, y luego que hubo levantado la mesa, le propuse, frente a una botella de licor, que me acompañara a la terraza que domina el lago. Bebimos algunos vasos, y la invité a quedarse conmigo, porque tenía una manera de gustar el licor con la punta de la lengua que no podía dejar impasible a un hombre decente. Para defenderse, quiso hablarme de su marido, prisionero en un cuartel de caballería ligera. ¡Venía muy al caso! Le conté que yo tenía una novia, la dulce Clarita, mucho más guapa que las muchachas que aparecen en las cubiertas de las revistas ilustradas o en la pantalla de los cines, pero mi mayor placer era traicionarla y mi mayor diversión exaltarla y luego decepcionarla, sin jamás romper decididamente con ella. Era justamente el lenguaje que necesitaba tan fiel esposa. En cuanto lo oyó, brillaron sus ojos, tomó dos vasos más, y ya no ofreció, para acompañarme a mi cuarto, más resistencia que ese mínimo que oponen las mujeres, no demasiado acostumbradas al oficio de criadas, cuando están de acuerdo con nosotros.

"A pesar de su nombre de leona, era crespa y sombría como una oveja negra, de las que un poco tenía el olor.

"Algunas noches, cuando he caminado mucho por las calles de una de las viejas ciudades en donde hay estatuas con gestos memorables y en las que el mármol sabe a miel rancia y a piel ácida, al volver a casa me asaltan recuerdos que no son sino piel, vello y relentes de sudor. Ahora, como estoy completamente desnudo sobre un suelo de guijarros y sal, bajo el sol más devorador, lo puro me domina; aunque lo quisiera (estoy tan lejos de semejante deseo como de conocer las islas Sanguinarias o el vientre de mi novia), sería incapaz de recordar lo que le hice a la pequeña boba, entre tules rosados que hubieran debido protegerme de los mosquitos. ¡Oh!, nada fuera de lo común, probablemente. Y me parece que la volví a mandar poco después a su cuarto, si es que allí tenía su jergón, en la promiscuidad de sus sobrinos y sobrinas.

"No me levanté muy temprano a la mañana siguiente, pero en seguida fui al garaje en el que había dejado mi viejo coche, tan viejo, que posiblemente un anticuario lo hubiera pagado a buen precio. Dos hombres de azul, que ya lo habían desarmado horriblemente, prometieron entregármelo antes del fin de la semana, fresco, según dijeron, como un pimpollo de jazmín. Aceptando el augurio, bajé a pasearme al borde del lago. No tenía otra cosa que hacer.

"El agua de la superficie era tersa y negra, con un aspecto de terrible desnudez que yo nunca había observado en los ríos ni en el mar. Sobre su negrura arrastraba polvaredas de oro —polen caído de la orilla— y que me hizo pensar, lo recuerdo, en el aguardiente hanseático cuando desborda de la copa. Su olor era menos a podrido que, turbador, al de las acacias o de los castaños florecidos. Al tacto me la imaginaba grasienta, como la superficie de un estercolero. En verdad me pregunto por qué las reminiscencias se me presentan con tal precisión en cuanto trato de ver nuevamente ese paisaje lacustre. ¿Será por contraste con el marítimo, frente al cual estoy ahora echado? Es muy posible, aunque sería una explicación fácil, y el hecho tenga, acaso, otros orígenes que yo no sería capaz de descubrir.

"Unas barcas a vela se movían a poca distancia, y sobre la arena unos hombres tiraban de las cuerdas de una red. Cantaban una lenta melopea, y cuando callaban les respondían los de las barcas. La canción celebraba, recuerdo vagamente, los amores, los crímenes y la caída de la reina Amalasonte. Me acerqué a los pescadores, atraído, creo, por el deseo de oír mejor las estrofas legendarias. Cuando la red llegó a la orilla, estuvo a punto de romperse por los

golpes de algunos peces enormes que tenían el brillo sombrío del bronce de guerra y que habían caído en la trampa al perseguir un banco de esa morralla temblorosa, bastante insípida, a la que a veces se ha ennoblecido con el nombre de *sardinas de lago*. Los pescadores, a quienes había preguntado sobre el origen de su canción, me mostraron una isla, no muy alejada, y me dijeron que en ella podían verse las ruinas del palacio en que había muerto la reina de los Ostrogodos, estrangulada en su baño por orden de su esposo y sobrino, el príncipe Teodato. Sin embargo, una segunda isla, más pequeña, más oscura y apartada, sobre la que había caído como una ducha fría la banal evocación de las atrocidades góticas, reavivó mi curiosidad; les pedí a los pescadores de las barcas que me llevaran a ella, después que terminaran su faena del día, pero rehusaron muy decididamente, con un aire incómodo, si no hostil, que me pareció extraño. No insistí más, los saludé de buen modo, y volví a la aldea.

"En la sala donde había comido, entre paredes tan gruesas que la sombra y el fresco impresionaban casi desagradablemente al entrar, Flavia me esperaba sola. En cuanto me vio, corrió hacia mí, alegre y franca, como si la aventura de la noche hubiera decidido toda su vida. No rechacé sus caricias. Luego:

"—¿No tienes una barca? —le pregunté cuando se hubo calmado. E, interrumpiéndola, cuando ya proponía lo que yo esperaba:

"—No; no me interesa ver el baño en que murió la reina Amalasonte. Quiero que me lleves a la isla negra, que queda en el otro extremo del lago.

"'—¡La isla del monstruo! No quiero ir allí. Nadie va. Hasta se dice que acercarse a ella trae desgracia.

"Vi que al hablar abría el índice y el meñique de la mano izquierda, teniendo los otros dedos doblados, directamente, en el ademán conjuratorio que, como se sabe, es común a casi todos los pueblos del Mediterráneo.

"A mí la palabra *monstruo* no me producía miedo. Durante mucho tiempo he sido cliente de los circos y de ciertas salas de antropología comparada. Pensé que los pescadores habrían relegado en la isla a algún ser mitad hombre, mitad bestia, tal como los que a veces nacen en las campiñas perdidas, y que no siempre mueren al venir al mundo, a menos que el médico restablezca el orden natural, estrangulándolos o asestándoles un buen golpe en la cabeza. Recordé los sutiles distingos del teólogo Cangiamila, que goza de autoridad en el problema de saber cuándo debe administrarse o rehusarse el bautismo a las criaturas que no son humanas sino en parte. Con un

poco de suerte, tal vez llegara a ver sentado al borde del agua al maravilloso pez-obispo que describe el libro de Aldrovandus. Italia es un país de tantos recursos, que no sabe uno jamás ante qué, o quién, va a encontrarse, al abrir una puerta, al tomar un coche al dar una vuelta en barca. Insistí pues con rudeza, y amenacé a mi palomita con abandonar el pueblo para no volver nunca, salvo que me jurara llevarme donde yo quería, inmediatamente después del almuerzo.

"La amenaza era imprudente, pero yo tenía a Flavia en mi poder como un escarabajo en la mano. Ella ignoraba que los mecánicos habían despedazado mi automóvil en un sinnúmero de piezas. Después que me lo prometió, me senté a la mesa. Me sirvió cuidadosamente, con delicadeza y pegajosa atención; comí con el mejor de los apetitos.

"Unos *macaroni* sazonados con almejas del lago (de especie perlífera, por lo que estuve a punto de romperme un diente con una bolita gris), un sollo que reventaba, por haber sido rellenado demasiado copiosamente con picadillo de hígado de cerdo al hinojo, es todo lo que recuerdo. Cierta base fangosa, en los platos muy sazonados, bastó para elevarme por los aires como a una mujer ebria. ¡Pero al diablo con los recuerdos de las comidas, en los que siempre me pierdo! Volvamos más bien a Flavia, alimentada de lo poco que yo no comía, y que, sin haberme pedido siquiera que durmiéramos la siesta juntos, cumplió su promesa en las primeras horas de la tarde.

"Para protegerme la vista, voy a colocar piedritas chatas sobre mis párpados, porque el sol es tan fuerte que con los ojos cerrados veo manchas negras bordeadas de azul, y después de malva, sobre fondo rojo, lo cual podría no ser inofensivo. Vuelvo a encontrar la imagen de aquélla en quien pienso y me parece que todo pasó ayer. Fue hará diez o doce días.

"Flavia, delante de mí, remaba de espaldas a la proa, y me agradaba mirarla cuando el movimiento de su busto, en sentido inverso del de sus manos me presentaba a cada golpe de los remos un busto cuya masa y prominencia rompieron en seguida el frágil corpiño; me agradaba, además, porque una de las cosas dulces de este mundo es sentarse en un bote, no hacer nada, y avanzar por la fuerza de los brazos de una persona joven un poco bovina, que suda en nuestro honor. Su falda de cutí claro, levantada, dejaba al desnudo sus rodillas de muchacho, y sus gruesas piernas (en relación con sus brazos) no se separaban. Las alpargatas, de suelas deshilachadas, me proponían, con el hermoso nombre de *lagopedes,* la furtiva amistad que he sentido a veces, por los pies peludos de los gatos persas o de los gallos de montaña.

"No había en el agua otra barca que la nuestra; el sol caía a plomo sobre nuestras cabezas, la orilla estaba desierta, sin otra señal de vida que unas cabras agrupadas debajo de un gran árbol que las protegía con su sombra. Creo que si mi paciente amiga había aceptado tan fácilmente salir en barca a la hora de más calor era porque todos descansaban detrás de los postigos cerrados, de modo que no se arriesgaba a que la espiaran; si hubieran sabido que se atrevía a ir sola con un extranjero a la isla prohibida, le habrían dado, quizá, un concierto de cacerolas, o la habrían embadurnado, de la cabeza a los pies, con alquitrán.

"Los pescadores o los paisanos son bastante severos en lo tocante al honor en esa región en que mi accidente me había aventurado; sus mujeres reciben el lúbrico ungüento a la primera sospecha grave, y al cómplice, si no es del país, se lo suprime a golpes de horquilla antes de echar su cuerpo en un foso. El comercio con las mujeres fáciles es un placer de padre de familia, según las costumbres rústicas.

"¿Cuánto tiempo habremos estado en el lago? No sabría decirlo. Mis recuerdos sólo alcanzan los reflejos que temblaban sobre el agua tranquila, cuyas luces tenían tal vez el poder hipnótico que se atribuye a las llamas de las bujías cuando se las mira fijamente a través de un espejo, porque al cabo de un rato cedí a un estupor perezoso que era un casi sueño (del que también podría acusar al sollo relleno que mi estómago pugnaba por digerir). La travesía sin embargo debió de ser larga, a juzgar por la distancia franqueada. Flavia remaba en silencio, observándome, y cuando con una frase humilde me hizo volver en mí, faltaba ya muy poco para llegar. A pocos metros de la barca estaba el islote que les había mostrado a los pescadores (por cuya majadería me había encaprichado en ir): sobre una orilla defendida más bien por la maleza que por su mediocre barranca, se veía lo que parecía ser un bosque de cipreses: tan espesos, tan altos y tan negros como no he visto, ni siquiera soñado, en toda mi vida.

"Con los remos al aire la barca avanzó enfilando hacia una bahía minúscula en la que el matorral era menos espinoso y menos cerrado. Unas raíces, a las que se ató la amarra, formaban como montantes de escala, por los que trepé sin esperar a mi botera. Entré por un sendero, especie de huella limitada por ortigas y zarzas que demostraban que la isla no estaba siempre desierta como se pretendía, y que algunos seguían viniendo, secretamente, vaya a saber para qué. Después de la orilla que franqueé con precaución, sobre guijarros que rodaban bajo el tapiz vegetal, y temiendo las trampas disimu-

ladas, el camino se hizo fácil; luego de pasado lo que no resultó ser más que una cortina de cipreses comunes, aunque de un tamaño y de una exuberancia casi sobrenaturales, como abonados por el fondo lacustre del que extraían su savia, me encontré en un gran espacio de hierbas secas, en donde se alzaban unas construcciones tan singulares que me dejaron atónito.

"Cuando pude dar crédito a mis ojos y recuperé mis facultades, distinguí las figuras grandiosas de los cinco poliedros regulares (platónicos): el tetraedro, el cubo, el octaedro, el dodecaedro y el icosaedro. Estos curiosos monumentos, que reposaban sobre bloques que asomaban sobre la hierba formaban los cinco vértices de un pentágono, en cuyo centro se hallaba la gigantesca estatua de un durmiente acostado boca abajo. La estatua reproducía con mucha fidelidad, aunque en escala colosal, lo que se conoce del hermafrodita Borghese; sin embargo, cosa todavía más inverosímil que su *presencia* en ese lugar, parecía más antigua que el mármol de Roma. Examinándola con más atención, comprendí que la erosión sufrida por el material (un calcáreo entre rosado y amarillo) y la rudeza de los alrededores llevaban a sobrestimar la antigüedad del coloso que, así como las figuras geométricas que lo rodeaban, dataría de cinco o seis siglos como máximo.

"A pesar de las hierbas secas, casi tan duras como cañas y tan altas que hubieran podido esconder un cordero, di la vuelta al hermafrodita y advertí que la estatua era hueca, ya que en su torso se abrían varias ventanas disimuladas como fisuras. Una escalera de madera, más reciente y sin embargo demasiado vieja para ser bien sólida, me condujo a la puerta de entrada; no podría decir, honestamente, dónde estaba situada esta puerta si alguna vez, lo que por otra parte es improbable, quisiera contar mi exploración. Luego de haber cruzado el innoble hueco, penetré en una sala a la que llamaría la gran cavidad abdominal y que, amplia, oscura, húmeda, hubiera hecho sentirse como Jonás en el vientre de la ballena a cualquier devoto de la Biblia. De la bóveda pendían filamentos carbónicos que golpearon mi cara, mientras mis pasos despertaban a toda una población de murciélagos, cuyas deyecciones, con las de sus antepasados, habían tapizado el suelo desde tiempo incalculable. Un boquete bajo en el muro y un peldaño gastado daban acceso a la sala que llamaría torácica, que, al revés de la precedente, recibía la luz a raudales por múltiples desgarrones intercostales, los mismos que había visto desde afuera. Las paredes y el techo, revocados con un material rojizo, se descascaraban: veinticinco columnas pentagonales ocupaban el centro, agrupadas formando un pequeño bosque

de plantación simétrica. Sobre la piedra de los troncos de estas columnas había pinturas que representaban suplicios y asesinatos por la espada, la pica, el hacha o el puñal; de modo que la sangre vertida por las heridas de los occisos de todos los cuadros, reunida en arroyos oscuros, se escurría hacia las aristas de las columnas y, formando ríos, descendía a lo largo de ellas para volcarse al fin, como en un mar purpúreo, sobre un pavimento de pórfiro.

"Después de haber considerado las crueles pinturas con un interés minucioso, seguí un corredor que remontaba el interior del cuello, por el que llegué a la sala hemisférica de la cabeza. La luz, que caía de una gran abertura practicada en el techo, iluminaba unos frescos bastante deteriorados (tal vez por la lluvia, aunque el clima de la región es seco), no obstante lo cual se reconocía fácilmente que su tema era el *triunfo del delirio*: procesiones de locos y locas de todas las especies convergían hacia su dios, figurado por un ser bestial y desnudo, que el pintor había representado de una belleza intrigante. Contra la pared se elevaba una rampa, en espiral cada vez más contraída, que culminaba en un balcón ubicado en lo alto del cráneo, alrededor de esa especie de trepanación o de tonsura profunda que iluminaba los cortejos de la demencia.

"Desde allí arriba, cuando me incliné sobre la balaustrada colocada como una corona sobre los bucles de la cabellera, vi a Flavia que se había quedado tímidamente entre los árboles. La llamé y le expliqué el camino que debía seguir a través de las entrañas del coloso para juntarse conmigo en el balcón occipital, pero no quiso escucharme; ni siquiera logré que se acercara a los cuerpos geométricos. Parecía indignada, y me pedía que volviera, gritando que la isla estaba maldita, que ya era tarde y que correría el peligro de ser sorprendida si yo me demoraba un minuto más. Al fin cedí a sus ruegos; en el fondo, porque había visto ya lo que me interesaba.

"Nos embarcamos tan rápidamente como pudimos y ella tuvo la precaución de depositarme en una orilla bastante lejos de la aldea, para dar la impresión de que había salido, sola, a pasearse por el lago.

"No quisiera recordar ningún momento del período que siguió. Acariciaba a Flavia, con un desgano cada vez mayor, y creo que Flavia también se entristecía, pues todas las tardes me hablaba de su marido o del tiempo de su noviazgo. Ni promesas ni amenazas valieron ya cuando le propuse que volviéramos a la isla. Las comidas, casi siempre las mismas, me habían cansado por su monotonía y ya no encontraba nada picante en su gusto a pantano. Me entregaron el automóvil. Sin embargo, no me decidía a partir.

"Algunos días más tarde hubo luna llena, y yo sabía ya dónde buscar la barca.

"Con el propósito de engañar a mi joven hotelera y de quedar solo, simulé encontrar detestable la comida, a pesar de que se trataba de arroz con azafrán y con diversas carnes, y mucho menos insípido que la colación de la mañana o las de la víspera. Flavia, sin sentirse incomodada en lo más mínimo, me siguió cuando me levanté de la mesa, dispuesta a todo para hacerse perdonar. Me fue necesario recibirla. La acaricié más distraídamente que de costumbre y luego pretendí sentir gran necesidad de reposo, para que ella volviera lo más pronto posible al dormitorio común.

"Poco después, cuando estuve seguro de que todos dormían, volví a bajar suavemente al comedor y me apoderé de las llaves que colgaban, con atados de tomillo y de salchichones, bajo la campana de la chimena. Luego de abierta y cerrada la puerta sin un chirrido, me encontré afuera. Los pescadores y los paisanos se acuestan temprano, en esa estación en que desde el alba deben dedicarse a sus tareas. Todo estaba cerrado; ningún perro aulló; a nadie encontré mientras caminaba por la calle principal hasta los resguardos de las barcas, construidos con cañas y arcilla, sobre pies de pilotes perpendiculares al talud.

"Cuando nos lanzamos con Flavia a la aventura, me había fijado bien en las ataduras, y las cadenas (había una, la más gruesa, que retenía la barca dentro del abrigo) fueron conmigo tan obedientes como la mujer del soldado. Sin forzar mi memoria, siento aún el chasquido, como de una lengua enorme (pienso ahora en la lengua de la gran estatua) que resonó cuando la barca entraba en el agua. Y remé como un ladrón durante los primeros metros, porque me parecía imposible que no me hubieran oído. Después, en vista de que todo permanecía impasible, dejé los remos para escuchar, una voz tras la otra, el renaciente concierto de las ranas a las que mi partida había espantado.

"Había una ligera brisa a ras de agua, que venía de la colina situada detrás de la aldea, y tan fresca que hube de levantar el cuello de mi chaqueta; pero no me disgustaba, porque soplaba en la buena dirección, es decir hacia el otro extremo del lago, hacia la isla de los monumentos singulares.

"La luna comenzaba a subir; su luz era tan fuerte que no se veía ninguna estrella, o casi ninguna, a pesar de que no había nubes, y sus reflejos bailaban sobre el agua negra con mucho más fuego que los del sol durante la tarde de mi primera travesía. La costa estaba iluminada como una decoración mágica y glacial, sin otro actor ni

espectador que yo en el gran teatro de la noche de verano. A medida que remaba, mis ojos recorrían la línea de las cumbres, destacadas sobre lo oscuro con colores de pasta de vidrio. Rara vez he tenido la suerte de contemplar un espectáculo tan bello y sin embargo no lo gozaba enteramente, por que pensaba demasiado en el objeto de mi escapada; y ahora, para borrar este recuerdo en el que no quiero detenerme, abro los párpados (¡tanto peor para las piedritas protectoras!) y libro por un instante mis ojos al terrible sol que arroja sobre mi retina un doble pulpo escarlata, el mismo que he visto enroscado al vientre de las vasijas de Creta y de Micenas, en las vitrinas polvorientas de los museos del Archipiélago. Inmediatamente, cerrando los ojos (vueltos a colocar los guijarros), suprimo el presente. Las bestias con tentáculos, después de una llama verde de cromo, se extinguen. Recuperado el pasado, esto es lo que más quiero recordar de aquella noche: el momento en que, después de haber desembarcado, me encontré de nuevo, pero solo, ante la estatua acostada entre los cipreses de la isla.

"Formaban un conjunto demasiado macizo para que el viento pudiera soplar directamente sobre la zona de hierba, pero sus cabezas se plegaban bajo los golpes; a cada ráfaga un poco fuerte, surgía del hermafrodita un ruido que podría comparar con el vagido de un párvulo (si fuera posible) de tres o cuatro toneladas, ruido éste que me llenó de espanto las primeras veces que lo oí. Después comprendí que el viento, al pasar sobre el estrecho círculo de los cipreses, producía una violenta aspiración en la cavidad abierta en la tonsura; pensé también que las veinticinco columnas, cuya distribución en el interior de la caja torácica me había extrañado, formaban en realidad una especie de arpa eólica, y que eran los sonidos de este instrumento los que resonaban, como la pena de un joven titán, en el silencio de la medianoche solitaria.

"El miedo dio paso a una nueva curiosidad. Penetré en las altas hierbas entre el cubo y el octaedro; aproximándome al coloso mugiente, subí la frágil escalera y atravesé la entrada. Después de haber ambulado a ciegas por las profundidades del abdomen, llegué a la segunda sala en la que una tenue claridad que se filtraba a través de las heridas del tórax me permitió ver que no me había equivocado en nada. Las columnas, en efecto, bajo sus pinturas de carnicería y de sangre, vibraban con las fuertes corrientes de aire como estalactitas huecas y, de lo grave a lo agudo, emitían a coro sonidos extrañamente quejumbrosos, mucho más potentes, en este sitio de excelente acústica, que todo lo que había oído afuera.

"Satisfecho por hacer acertado, preferí rehacer el recorrido de mi

primera exploración antes de volverme atrás y subí hasta la última sala (a la que podría muy bien llamar capital), en que las representaciones de la locura habían tomado, con los rayos verticales de la luna, tonalidades de verde y de amarillo que daban a los cuerpos desnudos de los adoradores una irrisión siniestra y esmaltadas podredumbres. Cuando llegué, a riesgo de desnucarme, al balcón circular, creí volverme loco ante el asombroso cuadro que se presentaba a mis ojos.

"A distancia estrictamente igual de mi observatorio se elevaban, en el abra, los cinco cuerpos platónicos; pero se habían vuelto transparentes. Las aristas de las caras posteriores que habían debido, de acuerdo a lo normal, estar ocultas, y que de hecho durante el día habían resultado invisibles, atravesaban ahora la masa de cada poliedro como si hubiera tenido delante de mí bloques de vidrio (o de cualquier otro material traslúcido), dorados al fuego del satélite. Los cipreces, a su alrededor, elevaban un muro perfectamente redondo, soberanamente negro y de un aspecto extremadamente duro, que aislaba de modo absoluto del resto del mundo el lugar en que yo estaba. Y mientras contemplaba, en ese recinto tan parecido al cráter de un volcán o a la boca de un cañón prodigioso, destellar los hermosos cuerpos cristalinos, y escuchaba los gemidos modulados por la gran estatua, me sorprendió el contraste existente entre la *divina armonía* de tal escena y las imágenes de sangre y delirio por las cuales, como por pruebas de iniciación, me había sido necesario pasar para llegar al punto de vista superior. Se imponía así, no sé por qué, pero de un modo bien neto, una idea de *florecimiento* (con todo lo que esta palabra comporta de transitorio): me parecía como si el hermafrodita fuera el pistilo dilatado de una vasta flor de agua; los cinco sólidos, los estambres agrupados en corte de amor en torno a él. Esta idea no podía dejar de sugerir gérmenes de fecundidad y de muerte, que actuaban ya para arruinarla bajo la visión maravillosa. Me perdí, imaginando un orgasmo mineral, una caída de tensión, el coloso afónico, y que la isla habría de hundirse en el fondo del lago. Por primera vez en la noche, y no de miedo, me sentí helado. Y aún ahora, sólo por el hecho de rememorar esas divagaciones, se instala un frío en mí, por más que siento que el sol quema y que apenas puedo soportarlo.

"Más tarde, al reflexionar en las *causas* del fenómeno, no logré llegar a otra conclusión (de haber alguna) que la siguiente: sobre la piedra con que se construyeron los monumentos geométricos, habían sido pintadas las aristas posteriores en el lugar exacto en que habría debido vérselas desde lo alto de la tonsura y que esas (falsas) aris-

tas, invisibles a la luz del sol por la naturaleza propia del estuco, se volvían visibles de noche bajo los rayos de la luna en su apogeo. Una especie de engañifa teatral intermitente. Pero el problema está lejos de quedar resuelto; debido a la erosión, que no deja de limar el calcáreo, había que suponer que ciertos hombres (¿Quiénes? ¿Y fieles a qué ritos? ¿Y con qué fines inconcebibles?), en un pasado reciente, hubieran reconstruido al pincel las líneas de las aristas.

"¿Alguien, si yo contara esta historia, sería capaz de dar con una explicación mejor? Lo dudo. Pero si fuera posible, y si tal hombre, curioso como lo fui yo, quisiera verificar mis recuerdos, le indicaría complacido la situación del lago y el nombre del pueblo, y le daría una carta de presentación para Flavia. De él solo dependería que ella lo hiciera tan feliz como a mí; a menos que su marido hubiera vuelto del cuartel, lo que perjudicaría, posiblemente, las ocasiones de navegar en barca.

"Nunca vi el baño de la reina Amalasonte; nunca lo veré. Volví a la casa aquella noche, sin más ruido que el que había producido al escurrirme afuera, y partí al mediodía siguiente, luego de una despedida llena de amabilidad. A la tarde estaba en Roma. Pude entregarme allí a diversos placeres, aunque el carnaval hubiera pasado. Después vine a esta costa y he conseguido alojarme en una vieja torre de atalaya, desde la que puede escupirse en el mar."

Un embotamiento, como los que preceden a las insolaciones, adormeció el pensamiento de Ferréol, y los cuerpos platónicos, con su acompañamiento, fueron arrojados en esas profundidades de las conciencia en las que ya habían desaparecido la sencilla Flavia, las comidas de gusto fangoso, el cadáver de la serpiente esmeralda, los tallos de euforbio, el pie de cardo marítimo. Sólo quedó lo vago. Ferréol Buq, cediendo al embotamiento, durmió algunos minutos. Pero antes de que el sol lo maltratara demasiado, se despertó, bostezó largamente, se estiró, saltó al agua que le pareció helada y nadó, completamente desnudo, mar adentro.

(Traducción de José Quirno) ANDRÉ PIEYRE DE MANDIARGUES

SUR, Nº 251, marzo-abril de 1958

LA GRAN ESCALERA DEL PALACIO LEGISLATIVO

El libro que leo se me cae de las manos, la música que escucho parece materia pegajosa y densa que obturara mis oídos; hablo con mi madre y siento que las palabras se me congelan en el borde de los labios, escribo una carta a M. —tengo mucho que contarle— pero a las dos líneas interrumpo la escritura. Me detengo a la puerta del cine: no saco la entrada, tampoco asisto al viernes de la seductora Eva ni al té de la frívola Elena. Sobre mi mesa de trabajo han dejado ellas, con sus propias manos, la invitación. Se pasmarán de asombro cuando sepan que no asistiré. ¡Cómo! No asistir yo, el ornato de sus salones, la sal y la pimienta de sus veladas; yo, que disipo la tristeza, que electrizo a la concurrencia, que ahuyento las sombras de las caras y que dilato los pechos oprimidos... Y ni siquiera siento, ni siquiera me apena esta inasistencia. Como un criado al que le falta tiempo para llegar rendido hasta su cama, voy cerrando, una tras otra, las puertas del mundo.

¿Será que voy a morir muy pronto? Pero si me siento lleno de salud, nada me duele, mi pulso es normal, no tengo fiebre; por lo demás, no soy un anciano: apenas tengo treinta años. Sin embargo, todo se me cae de las manos, lo poco que hago es automático, maquinal, falto de vida y calor. Me miro con indiferencia, me aburre mi propio ser, quisiera verlo muy lejos de mí. De mañana, es atroz el espectáculo: saco una pierna de entre las sábanas y su vista me produce el efecto de un animal de presa. Llego al colmo del horror cuando al hacer mis abluciones matinales veo reflejarse mi cabeza en el espejo. Esa cabeza... en otro tiempo admiración de mis ojos, orgullo de mis sentidos.

Conozco al causante de mi extraña libertad. Es —no quiero demorar más esta confesión— la gran escalera del Palacio Legislativo. El jueves pasado tuve que ir al Palacio. Estaba bien atrasado en el pago de unos impuestos. Las oficinas de dichos impuestos se ubican en el tercer piso. Empecé a subir la gran escalera. De pronto me quedé

clavado en su quinto escalón. Sentí que me absorbía y que al absorberme me libraba del resto. Era ella, pues, lo único que me interesaba. Subirla y bajarla. Descendí los pocos escalones subidos y una vez en el arranque de la escalera me puse a contemplarla largamente. Hice el sensacional descubrimiento de que un escalón se compone de una losa acostada y de una losa parada. Entonces se me reveló con perfecta claridad que si subimos veremos primero la losa parada y, en seguida, la losa acostada; y que, del mismo modo, si bajamos veremos primero la losa acostada y después la losa parada. Otra revelación: como a cada escalón corresponde un paso de nuestras piernas, ocurre que acabamos por no saber si son nuestros pasos los que suben por los escalones o si los escalones suben por nuestros pasos. Algo más y de máxima importancia: los rellanos. En ellos no se mira la vida desde lo alto, no lanzamos miradas de desprecio a los viles mortales; estos rellanos no son una meta y opuestamente no vamos a detenernos en los mismos a conmovernos con nuestras penas. No, sería bien infantil, bien miserable encarar el rellano desde el punto de vista de nuestros sufrimientos. Por el contrario, debemos encararlos como puros rellanos que son. ¿Y qué se mira desde ellos? Pues sólo escalones... que bajan si la vista se despeña en rumorosas cascadas desde lo alto del rellano hacia la base de la escalera; que suben si los ojos, armados de zapatos herrados y de gruesas cuerdas, emprenden la fatigosa ascensión en pos del próximo rellano. Y hablando de ellos: son doce los de esta gran escalera de mármol rosa del Palacio Legislativo, sombrío edificio cuya construcción es muy anterior al descubrimiento del ascensor.

Ahora bien, si como he dicho el primero y el segundo de tales rellanos nos permite contemplar, de acuerdo con el capricho del ojo, el juego ya ascendente ya descendente de los peldaños, no ocurrirá igual cosa si nos encontramos situados en el tercer rellano de cada piso. El arquitecto que diseñó esta escalera los situó en un abrupto recodo, de ángulo tan agudo, que no permite ver, ni por asomo, tramo alguno de la escalera. Efecto desconcertante y diría que hasta desmoralizador del ánimo. Cuando por vez primera llegué a ese rellano caprichoso en el primer piso, como no viera las escaleras que había dejado a mis espaldas así como las que me llevarían al segundo piso del Palacio, sentí que mis piernas se encabritaban como caballos plantados ante el abismo. Desazón, angustia, inestabilidad se apoderaron de mí, en tanto que los ojos, faltos de un punto de referencia, giraban locamente en sus órbitas como vanas ardillas en su rueda. Pero no podía volverme atrás: aún me faltaban dos pisos. Hice un enorme esfuerzo de voluntad y seguí adelante. Brutalmente, como el

zarpazo de un tigre se me presentó de nuevo la escalera en toda su grandiosa majestad. ¡Ay, cuán vana alegría! Al instante volví a caer en el mismo abatimiento y desesperanza: habiendo subido unos pocos escalones se me ocurrió mirar lo que dejaba a mis espaldas. Ni rastro de rellano pudieron descubrir mis ojos.

. . . . . .

Como es de suponer no pagué el impuesto. En cambio, tres veces seguidas subí y bajé la gran escalera. La hora me era propicia, había mucho público, yo era uno más que pisaba aquellos sublimes escalones y nadie se detendría a señalarme con dedo acusador. Además, ¿qué sabía yo si parte de ese público estaba allí por mis mismas razones? Pero esto me tiene sin cuidado. La escalera es monumental, su gran anchura permite que suban y bajen por ella cómodamente hasta diez personas, las cuales, dicho sea de paso, no me dan ni frío ni calor. Ahora recuerdo que un suicida se despeñó por ella hará cosa de un año. No voy a enjuiciarlo ni mucho menos voy a maldecirlo por haber manchado con su sangre los hermosos escalones. Igualmente no voy a reírme del triste loco al que se le antojó defecar sobre sus mármoles. Para uno y otro la escalera tenía un sentido muy preciso. Esto tiene de singular la escalera: es siempre ella misma y al propio tiempo es también la libertad de quien la elija.

¡Mi libertad! He alquilado una casa frente al Palacio. Desde mi ventana la atisbo como un amante y, en silencio, agradezco la friega que por las noches le da un empleado. ¿Acaso ha elegido, él también, su libertad? Una contrariedad, pero fácilmente salvable: sábados y domingos el Palacio está cerrado. Recurro entonces a la escalera del Liceo; más modesta, cuatro rellanos simples y mármoles grises, pero, con todo, calma mi ansia de libertad y mantiene elásticas mis piernas para las grandes jornadas del Palacio Legislativo.

En cuanto a la seductora Eva y a la frívola Elena, en cuanto al amigo, a la música, al libro, la ida al cine, los encuentros eróticos, las vacaciones en la playa, los granos en la cara, los pésames, los catarros crónicos, el tranvía... olvidados. Sólo me interesa la gran escalera del Palacio Legislativo. Mi libertad depende de ella. ¿Que pueden echar abajo el Palacio y con él esta hermosa libertad? ¡Qué más da! —diría. La Ciudad tiene otros palacios y otras escaleras. Por ejemplo, las del Palacio de Justicia: monumentales, con mármoles jaspeados, con sesenta rellanos y recodos laberínticos. Creo que ganaría con el cambio. ¿No les parece?

VIRGILIO PIÑERA

SUR, Nº 3, invierno de 1931

LOS DOS AUGURES

(ARRANQUE DE NOVELA)

Tenía razón el difunto Henry James y la tendrán cuantos sigan novelando el dilema: el solo hecho de que exista una América distinta de Europa, separadas por un ancho mar y varios siglos de cultura, es, en sí, una fuente de inquietud. Ahora se entiende por la buena y a veces se entiende por la mala, pero Juan Antonio Rosales y Domingo Carmona no eran lo bastante jóvenes para felicitarse de ser americanos. Quiero decir que hasta sus cincuenta años cumplidos sólo llegaban muy apagados los ecos de las nuevas campañas y la nuevas profecías sobre el alto porvenir de América. Y como eran gentes sin sensibilidad heroica ni gusto especial por los juegos desinteresados del espíritu, hay que conformarse con que tampoco sean precursores. No: representantes medios de la generación en que viven metidos como una pintura en su marco: aquélla de los que buscaban en la comodidad y los caminos ya abiertos el modo de acabar sus días en paz. La conversación entre dos sujetos semejantes puede enseñar algo a los jóvenes y devolverles, con el sabor algo enmohecido de una tradición cuya utilidad no perciben al pronto, la punta del hilo que han de seguir desenredando durante unos cuantos lustros, para dejarlo después en manos más frescas y valientes. Ya nadie cree ahora en muchas cosas; ya nadie se preocupa tanto por las teorías de la herencia, del mestizaje y qué sé yo. Una firme voluntad de existir se abre paso, "cortando como cuchillo por pan" para usar la frase del *Conde Olinos*. En el orden humano, la intención parece una energía natural tan eficaz como las otras, y acaso por la intención se purga el oro de la ganga y se inventa un nuevo tipo de hombre. Y queremos lo que queremos, y nuestros hijos lo van a querer con más seguridad todavía.

Así pues, no en nombre de lo paternal, sino en nombre de lo filial que hay en nosotros, entrad sin ruido y con ánimo conciliador y paciente hasta la salita con ventanas sobre el Luxemburgo donde los dos ausentes de México cambian sílabas y espirales de tabaco.

Sean las cuatro de la tarde, hora ya madura y melificada; sea la primavera en París, gozosa de gorriones. Y deseemos que la mujer y la hija de Juan Antonio vuelvan pronto de sus compras por la ciudad, para divertinos con el cambio de fisonomía, de ademanes y de palabras, de alma casi, que acontecerá al instante, por una reacción de timidez, en la persona del solterón Domingo.

—El barco que nos trajo, mi querido don Juan Antonio, era como el Arca de Noé con sus animales por parejas. Pero se coló entre todas, para venir a dar que hacer en París, un cierto pájaro solitario. Y ése, que soy yo, falto de nido, siempre anda buscando el calor de los hogares ajenos. No hay nada más triste que la soledad en el destierro; y sin embargo, no la cambiaría yo por las alegrías del retorno. O estamos hechos de sustancias contradictorias (y así tiene que pasar, en la química impecable de Dios, para no ser mezclas explosivas) o yo paso ahora por aquel trance de incoherencia que los Doctores anuncian a los viejos como un aviso del destino. Esta niebla, tan diferente de mi sol, a la vez me turba de melancolía y parece que me arropa y conforta. Este mortecino sol, mojado y tibión, tan diferente de mi fuego natal, como que me hace de bálsamo para heridas cuya misma existencia yo ni siquiera sospechaba. ¡Conciérteme usted estas medidas!

—Señor Licenciado, Vd. es un romántico, y más vale que se deje vivir sin analizarse mucho. Ya nuestra edad no está para sorpresas, pero lo cierto es que Vd. y yo, al salir por primera vez de nuestra tierra, las hemos tenido. Yo, don Domingo, me convenzo de que eso de la patria es, conforme a la cuerda doctrina liberal, un mero accidente geográfico. Por lo menos, para nosotros, los hombres evolucionados. Los indios viven pegados a la tierra, y mueren si Vd. los saca de su paisaje natural, del clima de su alma. Pero los blancos de México somos, a pesar nuestro, colonos, mexicanos provisionales, europeos por ímpetu y dirección hereditaria. No estamos identificados con aquel suelo, por mucho que en él hayamos nacido. Mi padre era ya mexicano, pero mi abuelo era español. ¿Voy yo a corregir en cincuenta años una inclinación que data de siglos? Yo no sé si razono bien, pero lo que sé es que en estos pueblos viejos mi biología, mi organismo todo, se reconcilian con la vida. Lo que siento es haber perdido tantos años...

—Perdido no, mi querido don Juan Antonio, porque en ellos ha labrado Vd. su fortuna que, aunque desmedrada con las revoluciones y calamidades de estos últimos tiempos, le permite ahora vivir tranquilo cuando, en México todo se viene abajo. En el juego de la oca, Vd. ha cogido la vereda del éxito, la que lleva de una a otra casa

del tablero saltando los números aciagos, los que hacen retroceder, los que obligan a comenzar otra vez o a detenerse y perder jugadas.

—No, señor Licenciado, Vd. olvida que yo me formé en la dura escuela de la catástrofe. En pocos años vi crearse y deshacerse, en la ruleta de las Leyes de Reforma y desamortización de bienes eclesiásticos, la fortuna de mi familia. Y yo mismo tuve que rehacerla después pedazo a pedazo. Verá Vd.: mi abuelo entraba en las cosas con ímpetu de jugador. Trepado en las olas de la aventura, se hizo rico, y se enamoró de su riqueza al punto de volverla a perder en su afán de aumentarla, y por comprometerla toda en nuevos empeños que salieron fallidos. Mi padre se consagró a sus libros y no se cuidaba de nada. Encerrado en su biblioteca, paciente hormiguita de la historia, juntaba todos los días noticias sobre la cultura mexicana durante la Era Colonial, decidido a demostrar la grandeza de la obra de España en América. Cada uno tiene sus ideas. Yo, que sentía más bien las curiosidades de la acción, me formé junto a mi abuelo. La tradición de la familia salta de mi abuelo hasta mí, y deja a mi padre oculto como en una depresión del terreno. Yo soy hijo de mi abuelo. Con él aprendí a trabajar, a pensar en el porvenir de la familia, mientras mi padre dormía su sueño de erudito; al lado de mi abuelo sufrí, no sin cierto gozo interior, cuando la fortuna se puso adversa; de él heredé la resolución de hacerme rico a toda costa, y él me contagió su escepticismo —un escepticismo benévolo, tolerante— sobre el valor moral de los hombres. Dueño de las reglas de la partida, aproveché otro cambio del viento y saqué la barca. Esa es toda mi historia.

—He oído hablar con mucha estimación del padre de Vd. a algunos jóvenes escritores. Naturalmente que lo discuten, porque los jóvenes dejarían de serlo si estuvieran siempre de acuerdo con sus mayores. Pero me aseguraban que sin la obra de don Francisco Rosales sería imposible reconstruir el pasado espiritual de México, y que mucho hay que retocar en punto al escaso valor que conceden las enseñanzas oficiales al gobierno de la Colonia y a la labor de los Virreinatos de Indias.

—...Mi abuelo, como le decía yo, se metió por el intersticio de la Iglesia y el Estado, dio un golpe de remo a cada banda y salió adelante. Y volvió a repetir la suerte en dos, en tres ocasiones. Hasta que al cerrarse con cautela aquellos dos continentes del interés nacional, lo estrellaron en el choque y lo deshicieron. Dirá Vd. que había algo de locura en esta maniobra, y yo le contestaré a Vd. que en esta maniobra —y, más tarde, en las dádivas y negociaciones para amigos que fueron características de la administración González— está el origen de no pocas fortunas de México; del México, digo, anterior a la revolución.

Y también creo yo que en el arranque de las mayores empresas hay algo de locura. Esto mismo le decía yo un día a Limantour delante de Don Porfirio: "Si llega Vd. a ser Ministro en lugar del General Pacheco, a estas horas no habría ferrocarriles en México".

—¿Y qué le contestó a Vd. don José Ives?

—Me contestó: "Tiene Vd. razón, porque yo no estoy loco, y Pacheco acertaba a lo loco".

Una sonrisa ancha, espaciosa, callada, reservada, cortés, profunda, hondamente saboreada —mexicana en suma— nació a un tiempo de las dos caras y floreció en medio de la estancia. Cincuenta años contemplaron a cincuenta años gemelos. Se midieron con la mirada, se gustaron mutuamente, se envolvieron en humo, y casi dejaron de existir en una sensación momentánea de plenitud. Todo se llenó con las dos conciencias; el espacio se cuajó entre los dos. No podrían moverse sin chocar, como las figuras del Enterramiento del Greco. Cada uno sentado frente al otro, era como si estuvieran juntos y abrazados. De unos ojos a otros pareció correr la misma idea:

—¡Qué bien nos entendemos los dos!

Así se dan amistades de éstas, instantáneas y henchidas, a reserva de disiparse unos segundos después. Pero no sabían ellos mismos que aquel regusto, aquel agrado de frotar sus escamas uno con otro, era un resultado vicioso de su mismo descastamiento. Arrojados a un rincón por el torbellino oxigenado y tempestuoso de un pueblo cuyos resortes ignoraban, cuyas reacciones les aturdían dejándoles fuerzas solamente para apreciar dos o tres resultados groseros y de superficie, creían entenderse porque eran los únicos que hablaban la lengua de su tierra, que citaban los mismos nombres con los mismos sobreentendidos. Y este solo caso de avenimiento —tan triste, tan estéril— daba al traste, por otro lado, con las vaguedades sociológicas de Rosales sobre la pretendida "memoria europea" que él creía traer inscrita hasta en las más secretas fibras de su organismo.

Poco a poco, en aquella tibieza ambiente creada por un silencio lleno casi de complicidades, entró una corriente de aire frío: una idea enhiesta, acusatoria, fue insinuándose en la mente de Juan Antonio. Juan Antonio estaba ya acostumbrado a estas traiciones de su naturaleza. No podía sentirse contento, no podía confesarse alegre, sin que un mecanismo atávico disparara, desde su cerebro hasta su corazón, como una flecha, esta idea fija, maniática: "¿Qué pensará Dios de todo esto?" Y se encogía entonces —pequeño Caín infraganti bajo el Ojo de la Providencia— apretando contra el seno la poca fruición que podía robar a la vida. ¡Oh, Juan Antonio, Juan Antonio! De los que oyen esta vocecita temerosa, esta interrogación recóndita, nacen

—según que sepan o no contestarla valientemente— los santos y los miserables. ¿A cuál de las dos castas pertenece nuestro financiero? No lo condenemos sin oírlo, sin conocerlo mejor. O más bien, oigámoslo simplemente, aunque después nos olvidemos de condenarlo. Yo creo que su abuelo no era responsable de este atavismo místico, pero sí de ciertos hábitos supersticiosos en que Juan Antonio envolvía la práctica de la religión. Era curioso, por ejemplo, y hasta inesperado en hombre tan desaprensivo, sorprender en torno a su cuello —cuando, con esa punta de exhibicionismo propia de la clase acomodada, se dejaba ver en paños menores o en pijama de alguna visita mañanera— la cadenita de algún escapulario o reliquia santa de que no se separaba nunca. Porque Juan Antonio —después de tener un padre descreído, y que murió bajo la ilusión de haber sido ateo—, volvía otra vez, hijo de su abuelo, a ser creyente y devoto practicante. En torno a las fortunas creadas por la Reforma y la Desamortización ronda siempre la Iglesia; y al cabo de una o dos generaciones recobra, por lo menos, la administración moral de la familia que se enriqueció a costa suya. En cuanto al abuelo Rosales, no me preguntéis cómo era creyente y, sin embargo, negociaba, si podía, contra la Iglesia misma. Estamos ante un hecho histórico, cierto y sabido, comprobado cien veces. Nada es más sinuoso que los compromisos entre el creyente y su creador. ¿Qué pensará Dios de todo esto? Por las dudas, Juan Antonio huye la respuesta, apartando contra el pecho el gozo robado. A sus ojos, Dios no es el creador sino el gendarme del universo: allá él. Detesto esta filosofía mezquina, y sólo un deber de narrador me decide, a pesar de mi repugnancia, a continuar el relato. Lector: contar una historia es transigir constantemente. La realidad latente en nosotros quiere ser íntegramente descrita ¡y nosotros quisiéramos borrar del cuadro —pero no nos dejan las normas— todo lo que no amamos! Procuremos, al menos, no falsear los retratos y seamos fieles a la verdad del sueño.

Juan Antonio era blanco y gordo, y se permitía en el vestir algunos lujos de claroscuro que sientan muy bien a los hombres de "cierta edad". En los hombres de cierta edad, un chaleco de fantasía tiene siempre aplomo. El prejuicio en favor de la experiencia hace tolerable en ellos lo que en la juventud parece un alarde excesivo. Y es que la juventud tiene que pagar impuesto por su ventura. Pero si la edad ha dejado aún a Juan Antonio, al lado de su posición y su riqueza, un poco de fuego para contemplar sin envidia las parejas que se ven a esta hora por la Fuente Médicis, entonces le perdonaremos su egoísmo, su conformidad con no sufrir demasiado; y hasta puede ser todavía que, entonces, nos conmueva que se acuerde de Dios.

Porque al cabo ¿puede algo embriagar más a los hombres que un poco de felicidad? ¿Y por qué no hemos de consentir al gozo los extravíos que toleramos siempre al dolor? ¿Qué envidia es ésta, oculta en el fondo de la vida? Comenzamos a tocar con menos asco al ente Juan Antonio, hombre al fin como la mayoría de los hombres.

Entre tanto, he aquí que él y su amigo se han enfrascado en una discusión de bolsa que no tiene para nosotros ningún interés. Podemos aprovechar el instante para seguir divagando. Podemos observarlos a gusto. No perdemos nada con esperar. Antes de media hora saldremos de aquí, y todavía disfrutaremos de la última luz de París, al cruzar el río.

Si Juan Antonio era un tanto cínico, su cinismo era la mejor flecha de su aljaba. Lo que tenía de inteligente era lo que tenía de cínico. Cuanto había de inesperado o de fantástico en su trato y en su conversación —que de otra suerte hubieran sido pesados como un sueño turbio— le venían de su cinismo. Su cara, casi siempre oficial y constantemente inflada como por un difícil impulso vegetativo, soltaba relámpagos de simpatía: el viento purificador del cinismo la animaba de tiempo en tiempo. Acaso su cinismo nos hace descubrir en él ese bajo fondo de vísceras y entrañas, siempre repugnante de ver aunque sea la relojería secreta de la sensibilidad en los hombres demasiados pegados al cuerpo; pero, como quiera, ese cinismo significa un claro don de sondear las aguas de su propio yo —lo cual contentará a los filósofos: y significa, además, un claro don de expresar cosas no frecuentemente expresadas—, lo cual entusiasmará a los poetas. Por eso advertimos en Juan Antonio cierta facultad de aumentar nuestro vocabulario moral y político. Así, nos ha regalado ya con la fórmula del "mexicanismo provisional", verdadera clave para juzgar y entender a los de su pléyade; no porque esa fórmula sea exacta, yo nunca lo he creído, sino por el reflejo que produce en la propia conciencia el haber dado con ella. No se puede tomar al pie de la letra ni siquiera a los cínicos; hay que interpretarlos como se interpretan hoy las pesadillas. Continuemos, pues, al acecho de sus palabras, si es que ha de seguir hablando, que lo dudo.

Domingo Carmona, hijo de otras experiencias, merecería, por el contrario, ser llamado hipócrita, si su disimulo ocultara aviesas intenciones. Pero su disimulo era más bien una forma de la cortesía, y hasta una forma puede decirse, valerosa. A este freno tenaz sometía él todas sus palabras y sus acciones. Tal coerción no llegaba a ser en él una segunda naturaleza, sino que todavía se notaba que era una coerción, una violencia contra los primeros impulsos. Casi merecería ser llamada, no un ideal, sino un método del ideal: un procedimiento

o camino para llegar a la conquista, a la educación de una humanidad que se desea menos zoológica. Domingo era todo un mexicano cortés: discreto, paciente, señorial, disimulado, lleno de reservas que casi se oyen sonar como armas ocultas a cada paso que da el hombre. Si no fuera bueno, la mejor materia para tallar en ella la estatua de un traidor; pero era bueno. Esta familia mexicana procede, simbólicamente, de don Juan Ruiz de Alarcón, el poeta de la cortesía y las buenas maneras, que osó llevar su vocecita correcta y afinada hasta los corrales atronados de la Comedia Española. Desde el siglo XVI, un día después de la conquista, hay testimonios literarios de la pugna satírica que se establece entre el peninsular —agresivo, rudo y abierto— y el criollo mexicano, pulido y amanerado ya, hecho amo de esclavos, y domesticado otra vez todos los días por una Iglesia que era verdaderamente militante. Madama Calderón de la Barca, va corriendo el siglo XIX, se encontró todavía con algunos hijos de esta familia reverente. Y quien ha visitado la provincia mexicana, en las ciudades del interior sobre todo —porque siempre costa y frontera son orillas— ha podido conversar con los últimos mantenedores de la causa buena y silenciosa: tal vez en la casa del boticario, que siempre nos pintan bostezando junto al ajedrez; tal vez en el billar de la esquina, angustioso refugio para el ocio de los días feriados; tal vez en el paseíto diario hasta la primer señal del camino. Domingo Carmona sí que era de su terruño, su provincia de los buenos dulces y la rica repostería. (Porque es ley del arte culinaria —claro está con excepciones— que los Estados dominan en los azúcares y la Capital en las sales.) Y, además, para aleiar toda veleidad posible y toda coquetería con el europeo puro de Gobineau—, era moreno. Moreno y un poco lampiño, tirando al tipo de un Ignacio Ramírez que se afeitara la piocha. En un rato de abandono se le podía tomar por un andaluz del tipo sobrio—, porque hay el andaluz que grita y el que calla, hay la catarata y el lago. Pero Carmona sabía muy bien a qué atenerse, y él mismo lo estaba explicando ahora en una metáfora aventurera:

—Mi cráneo, amigo don Juan Antonio, es el cráneo del indio; pero el contenido de sustancia gris es europeo. Soy la contradicción en los términos...

—El anfibio del mestizaje —interrumpe Juan Antonio, encantado de hacer una definición algo cruda y creyendo de buena fe que acaba de inventarla. Esto, cuando menos, le proporcionaba dos placeres: el literario de encontrar la expresión precisa, y el moral de sentirse vagamente superior frente a la víctima de sus epigramas.

—Eso es, el anfibio del mestizaje. Menos mal si esto fuera agradable

y permitiera gozar de dos ambientes. Desgraciadamente no es así, sino aquello del fabulista: "Ni nadas como el bagre. Ni corres como el gamo", porque engaña con las apariencias de una facilidad general y no da cumplimiento en nada. Sin duda que todos los pueblos se han mezclado mil veces, pero cuando los ingredientes son díscolos y todavía poco acostumbrados a la compañía, los resultados para el individuo son fatales.

—El mestizo anda en dos caballos.

—Y cada uno tira por su lado.

—Cada uno, a su pesebre.

—¿Usted sabe lo que es sufrir cuando revienta la muela del juicio?

—Ni sabría que las tengo, si no me lo hubiera dicho la gente.

—Pero yo, como los indios, indio yo mismo por mitad, tengo un maxilar sin capacidad suficiente, sin sitio para la muela del juicio. Porque los indios, don Juan Antonio, no tienen muelas del juicio. En cambio, por lo que me toca de Hijo del Sol, de español, era fuerza echar las dichosas muelas. Y más de un año padecí para aprender, a costa de constantes dolores y contra toda geometría en el espacio, que el contenido puede ser mayor que el continente. Las pobres muelas europeas se abrieron sitio como pudieron, y creo que pudieron mal. Y las pobres nociones europeas rechinan y truenan asimismo dentro de mi cráneo.

Rosales era lo bastante cabal en armas para apreciar una superioridad de su interlocutor. Saboreó de buena gana la explicación del mestizaje. Y, por una pendiente natural en todo coleccionista, quiso al instante poner a prueba la nueva fórmula, aplicándola a los individuos que tenía más cerca. Su mujer, anfibio de ama casera y de soñadora perezosa ¿sería un caso de esta mezcla difícil? Cuando la conoció era una criatura preciosa e indolente, morena y desocupada, aunque con unos prontos de cocinera y de costurera que asombraban a su misma madre. Estos prontos habían dado el clima medio de los primeros años de matrimonio, y Juan Antonio creía haber cambiado la naturaleza de su esposa con el ejemplo de su actividad serena y continua. Pero uno a uno se fueron acumulando los años sobre María Mercedes, y se acumularon, como suelen, en progresión geométrica. Engordó como buena mujer de entonces. Las mujeres no hacían ejercicio, a riesgo de pasar por marimachos, y el que las tocara el aire libre parecía, a la vez, un peligro físico y moral. La obesidad abogó por la pereza, y de aquella esporádica agitación de ardilla sólo le quedó la nerviosidad, la irritabilidad: cierto grito desesperado porque el techo se nos puede caer encima, mientras nos sentimos sin fuerzas para abandonar el sillón. Y luego ¿de dónde podía venirle a ella —se

preguntaba Rosales— aquella adivinación del placer que, hace muchos años, había llegado a desconcertarlo un poco? Y ahondando más en sus crueldades de introspección, Rosales se confesaba que el primer aliciente de María Mercedes había sido, para él, puramente sensual: unas ojeras expresivas que hicieron arder por varios días su sangre de señorito hacendado y regalón. El señorito no había sido defraudado en sus esperanzas. Pero hoy por hoy, si el esposo vivía tranquilo sobre el suelo firme de las evidencias (la familia, la educación, la religión, las circunstancias normales y favorables de su vida conyugal, y hasta el respeto social que pronto había venido a resguardarlo desde afuera) el padre, en cambio, notaba con vaga aprensión que las ojeras de la madre —nubes imprecisas todavía— se habían definido en los ojos de la hija como pinceladas de provocación y de promesa. ¿Traía María Mercedes, rodando en los ríos de la sangre, alguna espuma de locura? ¿Y hasta dónde el germen dormido puede reservarse de una en otra generación?

Carmona advirtió que su huésped se ponía pensativo, y se dio por entendido al punto.

—Me voy —dijo levantándose—. Hubiera querido presentar mis respetos a doña María Mercedes y admirar a ese capullito. Pero el tiempo vuela, y tengo que atravesar todo París para ir a vestirme. Ceno con unos recién venidos. Ya sabe usted, yo siempre haciendo de Agencia Cook. He ofrecido a unos amigos sacarlos de la Pensión Galilée e instalarlos antes de ocho días en un pisito cómodo y bien amueblado. Cosa nada fácil en estos tiempos. Aunque usted, criatura amada de la fortuna, encontró esta espléndida instalación en menos de tres horas.

—No la llame usted espléndida. Yo quisiera vivir en un barrio elegante. Siempre tengo que añadir excusas y explicaciones cuando doy mi dirección a la gente de mi sociedad.

—¡Pero si vive usted en uno de los sitios más hermosos!

—Pero yo no tengo ojos para ciertas bellezas. No soy artista. Me importa aceptar los valores admitidos, y yo vivo en un barrio bohemio, de estudiantes, en vez de vivir en la Estrella o en el Parque Monceau. ¿Le parece a usted que obedezco demasiado a las convenciones? Es cierto: las convenciones tienen su razón de ser: nos ahorran esfuerzos y nos dan soluciones hechas en todo aquello que no nos importa investigar por nuestra cuenta.

Y, ya en la puerta, la charla se fue alargando por unos minutos en virtud de esa ley de inercia que hace a los mexicanos tan lentos para despedirse. Se diría que Carmona tuviera miedo de aparecer demasiado ansioso por alejarse de su amigo. Pase en Carmona, tan meticu-

loso en su cortesía. Pero ¿y Rosales, que se jactaba de ser tan europeo, aunque sin la menor idea del matiz, o el abismo, que separa a América de Europa?

Carmona se echó a andar hacia la próxima parada del ómnibus, y desapareció poco a poco en la masa cada vez más compacta de hombres y mujeres, para salir otra vez a flote en una escalera de la calle Moscou, barrio de Montmartre. Su vivienda tenía el capricho habitual de los que pretenden —sin poseerlos— demostrar gustos personales: unos calzones de danzarina armenia ostentaban sobre el piano sus colorines y encajes; una camisa de charro salmantino decoraba el respaldo del sofá; una bacía de bronce hacía de cenicero sobre la mesita redonda, un cazo de cobre servía de florero. Y el toque estaba en sacar todos los objetos de su uso natural. A esto llamaba él su educación artística— la flor cordial que le había brotado en París sobre un subsuelo de alma reacio, granítico, amasado en Códigos de Procedimientos Civiles, Mercantiles y Penales. Y no será el primer ejemplo de hombre inteligente que, tras de impresionarnos agradablemente en las demás cosas, nos deja otra vez a pie en cuanto quiere entender de arte o de literatura, obligándonos casi a abominar de su trato. Carmona había sido, en sus días de gloria, uno de los consejeros jurídicos preferidos por la alta finanza. Con todo, sus amos siempre lo recibían en calidad de familia pobre y, con un seguro instinto de las categorías clásicas, no lo habían dejado enriquecerse demasiado. Contaba, sí, con alguna propiedad en México y vivía de su renta, pero cuidando siempre de llevar sus cuentas muy claras y prevaliéndose de su calidad de soltero para alternar en las fiestas de los americanos ricos sin ofrecer nada en correspondencia. Hombre de buena compañía, su inefable aroma provinciano lo hacía grato a los mexicanos ausentes de la patria, y su conocimiento preciso y sobrio de las cosas de nuestra tierra lo convertía en indispensable para los americanistas profesionales que deseaban documentarse sobre México. Era, además, mesurado en sus juicios e incapaz de dejar sentir sus parcialidades políticas a los ojos de los extranjeros. Lo mismo que sirvió al antiguo régimen —que él, latinizante, se complacía en llamar, entre zumbón y solemne, "el Porfiriato"— hubiera podido servir al nuevo régimen. Pero sucedió que, por un mero acaso de la cronología, él comenzó a trabajar muy joven, y la revolución vino a interceptar su vida cuando ya estaba demasiado metido en los negocios y muy trabado con los intereses reinantes. Fue, pues, necesario, que él también cayera. Lo que no pasa de un decir, pues sólo había cambiado su antigua situación de soldado activo por una jubilación decorosa sobrevenida antes de tiempo. Y como era hombre delicado y

sensible, le pareció que estaba comprometido con la derrota y que de ese lado había de quedarse. Su colaboración, se dijo a sí mismo, no era tan indispensable en los destinos públicos que justificara el sacrificio honesto de sus inclinaciones personales, o el calculado despego de un Talleyrand, dispuesto siempre a servir al país (o al éxito) por encima de su corazón—, ese andrajo. Resultado: que, como se decía en 1911 por alusión al barco "Ipiranga" en que Porfirio Díaz salió al destierro, Carmona resolvió ipiranguearse. Y vivía sus meses y sus años sin sobresaltos ni esperanzas, aunque pasaba su noches entre insomnios. Porque en su conciencia, al amparo de la sombra nocturna como en una renovada Noche Triste, otra vez se daban batalla, cada doce horas, los indios y los españoles, llorando los dos igual derrota.

A bordo del "Vauban", junio de 1927

ALFONSO REYES

SUR, Nº 54-55, marzo-abril de 1939

EL APOSENTO

I

Madame Darbérdat tenía un rahat-lukum entre los dedos. Lo aproximó a sus labios con precaución y retuvo el aliento por temor de que un soplo hiciera volar el fino polvo de azúcar con que estaba espolvoreado: "Es de rosa" se dijo. Mordió bruscamente esa carne vitrosa y un perfume corrompido le llenó la boca. "Es curioso cómo la enfermedad afina las sensaciones". Púsose a pensar en mezquitas, en orientales obsequiosos (había estado en Argel, en viaje de bodas) y sus labios pálidos bosquejaron una sonrisa: el rahat-lukum también era obsequioso.

Tuvo que pasar varias veces la palma de la mano por las páginas de su libro, porque, a pesar de sus precauciones, se habían cubierto de una delgada capa de polvo blanco. Sus manos hacían deslizarse, rodar, crujir los granitos de azúcar sobre el papel liso: "Me recuerda a Arcachon, cuando leía en la playa". Había pasado el verano de 1907 a orillas del mar. Llevaba entonces un gran sombrero de paja con una cinta verde; se instalaba muy cerca del espigón, con una novela de Gyp o de Colette Yver. El viento hacía llover sobre sus faldas torbellinos de arena y, de vez en cuando, sacudía su libro, sosteniéndolo por una punta. Era, efectivamente, la misma sensación, sólo que los granos de arena estaban completamente secos, mientras que este diminuto pedregullo de azúcar se pegaba un poco a la punta de los dedos. Recordó una banda de cielo gris perla encima de un mar negro. "Eva no había nacido aún". Se sentía grávida de recuerdos y preciosa como un cofrecillo de sándalo. El título de la novela que leía entonces volvió, de golpe, a su memoria: se llamaba *Petite Madame* y no era aburrido. Pero desde que un mal misterioso la mantenía prisionera en su aposento, Madame Dabérdat prefería las Memorias y las obras históricas. Deseaba que el sufrimiento, lecturas graves, una atención vigilante y dirigida hacia sus recuerdos, hacia sus sensaciones más exquisitas, la madurasen como una hermosa fruta de invernadero.

Pensó, con cierta nerviosidad, que su marido pronto golpearía a la puerta. Los otros días de la semana venía solamente al anochecer, la besaba en la frente en silencio y leía *Le Temps* frente a ella, en el sillón. Pero el jueves era el "día" del señor Dabérdat; iba a pasar una hora en la casa de su hija, en general de las tres a las cuatro. Antes de salir, entraba en la pieza de su mujer y ambos hablaban acerca de su yerno, con amargura. Esas conversaciones del jueves, previsibles hasta en sus menores detalles, agotaban a Madame Dabérdat. El señor Dabérdat llenaba con su presencia la habitación tranquila. No se sentaba, caminaba de arriba abajo, giraba sobre sí mismo. Cada una de sus explosiones hería a Madame Dabérdat como un casco de vidrio. Ese jueves, era peor que de costumbre: al pensar que luego tendría que repetir a su esposo las confidencias de Eva y ver a ese gran cuerpo terrorífico saltar de furor, Madame Dabérdat sentía sudores fríos. Sacó un lukum del plato, lo consideró unos instantes con vacilación y luego volvió a dejarlo tristemente: no le agradaba que su marido la viera comiendo lukums.

Se sobresaltó al oír golpear.

—Entra —dijo con voz débil.

El señor Dabérdat entró en puntas de pie.

—Voy a ver a Eva —dijo—, como todos los jueves.

Madame Dabérdat le sonrió.

—La abrazarás por mí.

El señor Dabérdat no contestó y frunció el ceño con aire pensativo: todos los jueves a la misma hora, una irritación sorda se mezclaba en él a las pesadeces de la digestión.

—Iré a ver a Franchot al salir de la casa de Eva; quisiera que le hable seriamente y trate de convencerla.

Hacía frecuentes visitas al doctor Franchot. Pero en vano. Madame Dabérdat arqueó las cejas. Antes, cuando estaba sana, se encogía de hombros a menudo. Pero desde que la enfermedad había trabado sus movimientos, reemplazaba los ademanes que la habrían fatigado demasiado por juegos de fisonomía: decía que sí con los ojos, que no con las comisuras de los labios; arqueaba las cejas en vez de encogerse de hombros.

—Habría que quitárselo por la fuerza.

—Ya te he dicho que es imposible. Además, las leyes están muy mal hechas. Franchot me decía el otro día que tiene dificultades inimaginables con las familias: gente que no se decide, que quiere guardar a los enfermos en casa; los médicos tienen las manos atadas; pueden aconsejar, y punto final. Sería preciso que él provocara un escándalo público, o si no que ella reclame su internación.

—Y eso —dijo Madame Dabérdat— será cosa larga.

—Sí.

Se volvió hacia el espejo y hundiendo los dedos en la barba, empezó a peinársela. Madame Dabérnat miraba sin cariño la nuca roja y poderosa de su marido.

—Si esto sigue —dijo el señor Dabérdat— se volverá más loca que él. Es horriblemente malsano. No le deja un instante. Nunca sale, si no es para venir a verte. No recibe a nadie. La atmósfera de su pieza es sencillamente irrespirable. Nunca abre la ventana, porque Pedro no quiere. Como si hubiera que consultar a un enfermo. Queman perfumes, creo, una porquería en una cacerola; parece que uno estuviera en la iglesia. Te juro que me pregunto a veces... Eva tiene una mirada rara, ¿sabes?

—No lo he notado —dijo Madame Dabérdat—. La encuentro normal. Tiene cara triste, desde luego.

—Tiene muy mal semblante. ¿Duerme? ¿Come? No se puede interrogarla al respecto. Pero con un mozo como Pedro a su lado, no debe de cerrar los ojos por la noche.

Se encogió de hombros y añadió:

—Lo fantástico es que nosotros, sus padres, no tengamos el derecho de protegerla contra sí misma. Ten en cuenta que Pedro estaría mejor atendido en el sanatorio de Franchot. Hay un gran parque. Además, creo (agregó sonriendo un poco) que se entendería mejor con gente de su índole. Esos seres son como niños, hay que dejarlos solos: forman una especie de masonería. Hubieran debido internarlo desde el primer día, y digo: por su propio bien. Era su interés bien entendido.

Al cabo de un instante prosiguió:

—Te confieso que no me gusta que esté sola con Pedro, sobre todo de noche. Imagínate que ocurriera algo. Pedro parece terriblemente solapado.

—No sé —repuso Madame Dabérdat— si hay motivo de inquietarse mucho por eso, pues siempre tuvo ese aire socarrón. Daba la impresión de burlarse de todo el mundo. Pobre muchacho —añadió con un suspiro— haber tenido tanto orgullo e ir a parar en eso. Se creía más inteligente que todos nosotros. Tenía un modo de decir: "Tiene usted razón", para poner fin a las discusiones... Es una bendición para él que no pueda advertir su estado.

Recordaba con disgusto ese largo rostro irónico, siempre algo ladeado. Durante los primeros tiempos del casamiento de Eva, Madame Dabérdat no hubiera deseado nada mejor que un poco de intimidad con su yerno. Pero había desalentado sus esfuerzos: casi no hablaba, y aprobaba siempre con precipitación, pero como ausente.

El señor Dabérdat seguía el hilo de sus ideas:

—Franchot me hizo visitar su instalación —dijo—. Es soberbia. Los enfermos tienen habitaciones particulares, con sillones de cuero, nada menos, y diván-cama. Hay un tennis, ¿sabes? y van a construir una pileta de natación.

Se había plantado frente a la ventana y miraba a través del vidrio, balanceándose un poco sobre sus piernas arqueadas. De pronto, giró sobre sus tacones, con los hombros deprimidos y las manos en los bolsillos, flexiblemente. Madame Dabérdat sintió que iba a empezar a transpirar: cada vez ocurría lo mismo; ahora iba a caminar de arriba abajo como un oso enjaulado, y a cada paso crujirían sus zapatos.

—Querido mío —dijo ella —te suplico que te sientes; me fatigas. Y agregó, vacilante:

—Tengo que comunicarte una cosa grave.

El señor Dabérdat se sentó en el sillón y apoyó las manos en las rodillas; un estremecimiento recorrió la espalda de Madame Dabérdat; había llegado el momento, era preciso hablar.

—¿Sabes? —dijo con una tos embarazada—. La vi a Eva el martes.

—Sí.

—Charlamos de muchas cosas, estaba muy cariñosa, hace mucho que no la veía en tanta intimidad. Entonces la interrogué, la hice hablar de Pedro. Pues bien, me enteré —añadió, nuevamente confusa— que le quiere *muchísimo*.

—Caramba, harto lo sé —contestó el señor Dabérdat.

Fastidiaba un poco a Madame Dabérdat: siempre había que explicarle minuciosamente las cosas, poniendo los puntos sobre las íes. Madame Dabérdat soñaba con vivir en contacto con personas finas y sensibles que siempre comprendiesen a medias palabras.

—Pero lo que quiero decir es que le quiere de un modo *muy distinto* del que imaginábamos.

El señor Dabérdat la miró con ojos furiosos e inquietos, como cada vez que no entendía bien el sentido de una alusión o una noticia.

—¿Qué quieres decir?

—Carlos —prosiguió Madame Dabérdat— no me fatigues. Deberías comprender que a una madre le es penoso decir ciertas cosas.

—No comprendo una bendita palabra de lo que me cuentas —declaró el señor Dabérdat con irritación—. No querrás darme a entender que...

—Pues sí —dijo ella.

—Tienen todavía... ¿todavía en este momento?

—¡Sí! ¡Sí! ¡Sí! —exclamó Madame Dabérdat, fastidiada, en tres golpecitos secos.

El señor Dabérdat abrió los brazos, inclinó la cabeza y calló.

—Carlos —murmuró su mujer, inquieta— no debería habértelo dicho. Pero no podía callar.

—¡Nuestra hija! —dijo él lentamente—. ¡Con ese loco! Ni siquiera la reconoce, y la llama Ágata. Eva ha perdido la noción de su dignidad.

Alzó la cabeza y miró a su esposa con severidad.

—¿Estás segura de haber entendido bien?

—No cabe la menor duda. Me pasa lo mismo que a ti —añadió vivamente— no podía creerle y, además, no la comprendo. Yo, nada más que pensar que me tocase ese pobre desgraciado... En fin —suspiró— supongo que la tiene atada de ese modo.

—¡Qué barbaridad! —dijo el señor Dabérdat—. ¿Recuerdas lo que te dije cuando vino a pedirnos su mano? Te dije: "Creo que le gusta *demasiado* a Eva", y no quisiste creerme.

De pronto golpeó la mesa y se ruborizó violentamente:

—¡Qué perversidad! ¡La toma en sus brazos y la besa llamándola Ágata, diciéndole todos sus disparates sobre las estatuas que vuelan y no sé cuántas cosas más! ¡Y ella le deja! Pero ¿qué les pasa a los dos? Que le compadezca con todo su corazón, que le instale en un sanatorio en que pueda verle todos los días, enhorabuena. Pero nunca imaginé... La consideraba como viuda. Escucha, Juanita —añadió con voz grave —te lo digo con franqueza: ¡pues bien, si su temperamento lo exige, preferiría que tuviese un amante!

—¡Carlos! ¡Cállate! —gritó Madame Dabérdat.

El señor Dabérdat, con aire de cansancio, tomó el sombrero y el bastón que había depositado sobre una mesita, al entrar.

—Después de lo que acabas de decirme —concluyó— no me queda mucha esperanza. En fin, le hablaré de todos modos, porque es mi deber.

Madame Dabérdat tenía prisa por que se fuera.

—Mira: —declaró para alentarle— creo que, a pesar de todo, hay en Eva más empecinamiento que... otra cosa. Sabe que es incurable, pero se obstina: quiere tener razón.

El señor Dabérdat se acariciaba pensativamente la barba.

—¿Empecinamiento? Sí, puede ser. Pues bien, si estás en lo cierto, acabará por cansarse. Pedro no es agradable todos los días, y, además, su conversación no es amena. Cuando le doy los buenos días, me tiende una mano blanda y no habla. En cuanto están solos, supongo que vuelve a sus ideas fijas. Me dice Eva que suele gritar como si lo degollaran, porque padece alucinaciones. ¡Estatuas! Lo asustan

porque zumban. Dice que vuelan en torno de él y le miran con ojos enormes.

Se estaba poniendo los guantes.

—Se cansará —agregó—. Pero ¿si se enferma antes? Quisiera que salga un poco, que vea gente: podría encontrarse con algún buen muchacho... un sujeto como Schröder, por ejemplo, que es ingeniero en la casa Simpson; un mozo de porvenir. Volvería a verle aquí y allá y se acostumbraría poco a poco a la idea de rehacer su vida.

Madame Dabérdat no contestó, por temor de prolongar la conversación. Su marido se inclinó hacia ella.

—Bueno —dijo— tengo que irme.

—Hasta luego, papá —repuso Madame Dabérdat, tendiéndole la frente—. Abrázala y dile de mi parte que es una infeliz criatura querida.

Cuando se fue su marido, Madame Dabérdat se arrellanó en el fondo de su sillón y cerró los ojos, agotada.

—¡Qué vitalidad! —pensó, con reproche.

En cuanto recobró algunas fuerzas, alargó lentamente la pálida mano y asió un lukum del plato, a tientas, sin abrir los ojos.

Eva vivía con su marido en el quinto piso de un edificio antiguo de la Rue du Bac. El señor Dabérdat trepó ágilmente los ciento doce escalones. Cuando apretó el timbre, ni siquiera estaba agitado. Recordó con satisfacción las palabras de Mlle. Dormoy: "Para la edad que tiene, Carlos, es usted sencillamente maravilloso". Jamás se sentía más fuerte y sano que el jueves, sobre todo con esas alertas ascenciones.

Eva le abrió la puerta. "Cierto: no tiene criada. Las muchachas *no pueden* durar en su casa: las comprendo". La besó:

—Buenos días, pobrecita querida.

Eva le saludó con cierta frialdad.

—Estás paliducha —le dijo el señor Dabérdat, acariciándole la mejilla—. Tienes que hacer un poco de ejercicio.

Se produjo un silencio.

—¿Mamá está bien? —inquirió Eva.

—Así no más. ¿La viste el martes? Pues bien, está como siempre. Tu tía Luisa fue a visitarla anoche. Le causó placer. Le gusta mucho recibir visitas, pero no deben quedarse mucho. Tu tía Luisa vino a París con los niños por ese asunto de la hipoteca. Creo que te hablé de eso; es un caso curioso. Pasó por mi despacho para pedirme consejo. Le dije que no hay que vacilar: tiene que vender. Encontró

comprador, por otra parte: es Bretonnel. ¿Te acuerdas de Bretonnel? Ya no trabaja más.

Calló de pronto. Eva le escuchaba apenas. Pensó con tristeza que ya no le interesaba nada. "Los libros tampoco. Antes, había que arrancárselos. Ahora, ni siquiera lee".

—¿Cómo está Pedro?

—Bien —contestó Eva—. ¿Quieres verle?

—Pero naturalmente —dijo el señor Dabérdat con alegría—. Voy a hacerle una pequeña visita.

Sentía gran compasión por el desventurado mozo, pero no podía verle sin repugnancia. "Me horrorizan los seres malsanos." Evidentemente, no era culpable Pedro: tenía una carga hereditaria terrible. El señor Dabérdat suspiró: "Por muchas precauciones que se tomen, esas cosas se saben siempre demasiado tarde". No, Pedro no tenía la culpa. Pero, de todos modos, siempre había llevado en sí esa tara: formaba el fondo de su carácter; no era como el cáncer o la tuberculosis, enfermedades de las cuales se puede hacer abstracción cuando quiere uno juzgar al hombre tal cual es. Esa gracia nerviosa y esa sutileza que tanto gustaron a Eva cuando la cortejaba, eran flores de la demencia. "Ya estaba loco cuando se casó con ella; sólo que no se notaba. Hay que preguntarse —pensó el señor Dabérdat— dónde empieza la responsabilidad o, más bien, dónde termina. En todo caso, se analizaba demasiado; estaba constantemente concentrado en sí mismo. Pero ¿es ésa la causa o el efecto de su mal?" Siguió a su hija por el pasillo sombrío.

—Este departamento es demasiado grande para ustedes —dijo—. Debieran mudarse.

—Me dices lo mismo cada vez que vienes, papá —contestó Eva—. Pero ya te dije que Pedro no quiere abandonar su aposento.

Eva era sorprendente: era para preguntarse si se daba cuenta cabal del estado de su marido. Estaba loco de atar, y respetaba sus decisiones y sus pareceres como si conservara el sentido común.

—Lo digo por ti —prosiguió el señor Dabérdat, algo fastidiado—. Me parece que si yo fuera mujer tendría miedo en estas piezas mal iluminadas. Me gustaría para ti un departamento lleno de luz, como los que construyen últimamente del lado de Auteuil: tres piezas bien ventiladas. Han rebajado los alquileres porque no encuentran inquilinos; sería momento oportuno.

Eva hizo girar suavemente el picaporte y entraron en el aposento. Un espeso olor de incienso llegó a la garganta del señor Dabérdat. Distinguió en la penumbra una nuca delgada, que sobresalía del respaldo de un sillón: Pedro le daba la espalda. Comía.

—Buenas tardes, Pedro —dijo el señor Dabérdat, alzando la voz—. ¿Cómo estamos hoy?

El señor Dabérdat se acercó. El enfermo estaba sentado ante una mesita. Tenía una expresión solapada.

—Hemos comido huevos pasados por agua —observó el señor Dabérdat, subiendo más de tono—. ¡Qué ricos! ¿Verdad?

—No estoy sordo —dijo Pedro con voz suave.

El señor Dabérdat, irritado, volvió la mirada hacia Eva, para tomarla por testigo. Pero Eva le devolvió una mirada dura y calló. El señor Dabérdat comprendió que la había zaherido. "Pues peor para ella." Era imposible encontrar el tono justo con este desventurado mozo: tenía menos razón que un niño de cuatro años, y Eva pretendía que se le tratase como un hombre. El señor Dabérdat no podía dejar de esperar con impaciencia el momento en que todas esas consideraciones ridículas dejasen de ser necesarias. Los enfermos siempre le fastidiaban un poco —y en particular los locos, porque erraban. El pobre Pedro, por ejemplo, erraba en toda la línea; no podía pronunciar una palabra sin desvariar; sin embargo, no se le podía pedir la menor humildad, ni siquiera el reconocimiento pasajero de sus errores.

Eva retiró las cáscaras y la huevera. Colocó frente a Pedro un plato, un tenedor y un cuchillo.

—¿Qué comerá ahora? —preguntó jovialmente el señor Dabérdat.

—Un biftec.

Pedro había asido el tenedor y lo sostenía en la punta de sus dedos pálidos. Lo examinó minuciosamente y luego, con risa ligera, murmuró:

—Por esta vez no será —depositándolo nuevamente—. Estaba prevenido.

Eva se acercó y miró el tenedor con apasionado interés.

—Ágata —le dijo Pedro— dame otro.

Eva obedeció y Pedro se puso a comer. Ella se había apoderado del tenedor sospechoso y lo apretaba en la mano sin quitarle los ojos de encima. Parecía hacer un violento esfuerzo.

"Qué turbios son todos sus gestos y todas sus reacciones" pensó el señor Dabérdat.

Se sentía incómodo.

—¡Cuidado! —advirtió Pedro—. Tómala por el medio de la espalda, a causa de las pinzas.

Eva suspiró y volvió a dejar el tenedor en la mesa de trinchar. El señor Dabérdat se encolerizó. No le parecía bien ceder a todas las fantasías de ese infeliz. Aun desde el punto de vista de Pedro, era pernicioso. Franchot lo había dicho: "Nunca hay que entrar en el

—Y entonces ¿qué?

—Tú...

—Le amo tal cual es —dijo Eva rápidamente y con aire de fastidio.

—No es cierto —declaró el señor Dabérdat con fuerza—. No es cierto. No le quieres. No puedes quererle. Tales sentimientos sólo se abrigan hacia un ser sano y normal. Por Pedro sientes compasión, no lo dudo, y probablemente también conservas el recuerdo de los tres años de felicidad que le debes. Pero no me digas que le amas, porque no te creeré.

Eva tenía la mirada fija en la alfombra y estaba como ausente.

—Podrías contestarme —dijo fríamente el señor Dabérdat—. No creas que esta conversación me es menos penosa que a ti.

—Ya que no me has de creer.

—Pues si le amas —exclamó, exasperado— es una gran desgracia para ti, para mí y para tu pobre madre, porque voy a decirte algo que habría preferido ocultar: antes de tres años, Pedro se habrá sumergido en la demencia más completa; será como una bestia.

Miró a su hija con dureza: estaba enojado porque, por su empecinamiento, Eva le había obligado a hacer esa penosa revelación.

Eva no se inmutó. Ni siquiera alzó los ojos.

—Lo sabía.

—¿Quién te lo dijo? —preguntó el señor Dabérdat, estupefacto.

—Franchot. Hace seis meses que estoy enterada.

—¡Y yo que le había pedido consideración! —dijo el señor Dabérdat con amargura—. En fin, quizá sea mejor así. Pero en estas condiciones comprenderás que sería imperdonable conservar a Pedro aquí. La lucha que has emprendido está destinada al fracaso; su enfermedad no perdona. Si se pudiera hacer algo, si fuera posible salvarle a fuerza de cuidados, no digo que no. Pero mira: eras bonita, inteligente y alegre; te destruyes por puro gusto y sin beneficio. Pues bien, estamos de acuerdo, te has portado admirablemente; pero se acabó. Has cumplido tu deber, más que tu deber. Ahora sería inmoral insistir. También tiene uno deberes consigo mismo, hija mía. Además, no piensas en nosotros. *Es preciso* —recalcó las palabras— que envíes a Pedro a la clínica de Franchot. Dejarás este departamento en que sólo has tenido desgracias y volverás a casa. Si deseas ser útil y aliviar sufrimientos ajenos, puedes atender a tu madre. La pobre es cuidada por enfermeras. Bastante necesitaría sentirse un poco rodeada de afecto. Y *ella* —agregó— ella podrá apreciar lo que hagas para aliviarla y estar agradecida.

Hubo un largo silencio. El señor Dabérdat oyó que Pedro cantaba en la pieza vecina. Era, por otra parte, apenas un canto: más bien

una especie de recitativo agudo y precipitado. El señor Dabérdat miró a su hija:

—Entonces ¿no quieres?

—Pedro permanecerá conmigo —dijo ella, despacio—. Me entiendo bien con él.

—Diciendo pavadas todo el día.

Eva sonrió y dirigió a su padre una extraña mirada burlona y casi alegre. "Cierto —pensó el señor Dabérdat, furioso—, no es lo único que hacen; se acuestan juntos."

—Estás completamente loca —dijo, poniéndose de pie.

Eva sonrió tristemente y murmuró, como para sí:

—No lo suficiente.

—¿No lo suficiente? Sólo puedo decirte una cosa, hija mía, y es que me asustas.

La besó apresuradamente y salió. "Habría que enviarle —pensó al bajar la escalera— dos robustos individuos que se llevarían a la fuerza a ese desecho humano y lo pondrían bajo la ducha sin preguntarle su parecer."

Era un hermoso día de otoño, sereno y sin misterio; el sol doraba los rostros de los transeúntes. Impresionó al señor Dabérdat la sencillez de esas caras: unas eran bronceadas, las otras claras, pero reflejaban todas felicidades y preocupaciones con las cuales estaba familiarizado.

"Sé muy bien lo que reprocho a Eva —díjose al entrar en el bulevar Saint-Germain—. Le reprocho vivir fuera de lo humano. Pedro ya no es un ser humano. Todos los cuidados, todo el amor que le da a él, los niega en cierto modo a toda esa gente. No hay derecho a negarse a los hombres. ¡Qué diablos, vivimos en sociedad!

Miraba a los transeúntes con simpatía; le agradaban sus miradas graves y transparentes. En esas calles asoleadas, entre los hombres, se sentía uno seguro, como en medio de una gran familia.

Una mujer sin sombrero se había detenido ante un escaparate al aire libre. Llevaba a una chiquilla de la mano.

—¿Qué es? —preguntó la criatura, mostrando un aparato de radio.

—No toques —le dijo su madre—. Es una máquina de hacer música.

Permanecieron un instante sin hablar, en éxtasis. El señor Dabérdat, enternecido, se inclinó hacia la niña y le sonrió.

Abrió la puerta y entró en el aposento.

El espeso olor de incienso le llenó la nariz y la boca, mientras abría desmesuradamente los ojos y extendía las manos —el perfume y la penumbra, desde tiempo atrás formaban para ella un solo elemento, acre y mullido, tan simple, tan familiar como el agua, el aire o el fuego— y se adelantó prudentemente hacia una mancha pálida que parecía flotar en la bruma. Era la cara de Pedro: la ropa de Pedro (desde que estaba enfermo vestía de negro) se había confundido con la oscuridad. Pedro había echado la cabeza hacia atrás y cerrado los ojos. Era hermoso. Eva miró largamente sus largas pestañas arqueadas; luego sentóse a su lado, en una silla baja.

"Parece sufrir" pensó. Sus ojos se acostumbraban poco a poco a la penumbra. El escritorio surgió primero, luego la cama, luego los objetos personales de Pedro, las tijeras, el tarro de goma, los libros, el herbario, que estaban sobre la alfombra, al lado del sillón.

—¿Ágata?

Pedro abrió los ojos y la miró sonriendo.

—El tenedor ¿sabes? —dijo—. Lo hice para asustar al tipo. No tenía *casi* nada.

Las aprensiones de Eva se desvanecieron y se rió levemente.

—Lo lograste muy bien —dijo—. Estaba completamente espantado.

Pedro sonrió.

—¿Viste? Lo toqueteó durante un buen rato. Lo agarraba con todas sus fuerzas. Lo que pasa —añadió— es que no saben asir las cosas: las empuñan.

—Es cierto —dijo Eva.

Pedro se golpeó ligeramente la palma de la mano izquierda con el índice de la diestra.

—Agarran con esto. Acercan los dedos y, cuando han pescado el objeto aplastan encima la palma para atontarlo de un golpe.

Hablaba rápidamente y casi sin mover los labios: parecía perplejo.

—Me pregunto lo que se proponen —dijo por fin—. Ese tipo ha venido antes. ¿Por qué me lo han enviado? Si quieren saber lo que hago, que lo lean en la pantalla; ni siquiera necesitan salir de su casa. Cometen faltas. Tienen el poder, pero cometen faltas. Yo no; nunca; es mi triunfo. Hoffka —agregó—, hoffka.

Agitaba las largas manos delante de su frente:

—¡Ramera! Hoffka paffka suffka. ¿Quieres más?

—¿Es la campana? —preguntó Eva.

—Sí. Se fue. —Y añadió con severidad—: Ese tipo es un subalterno. Le conoces. Fuiste con él a la sala.

Eva no contestó.

—¿Qué quería? —inquirió Pedro—. Debe de habértelo dicho.

Vaciló un instante, y luego le contestó brutalmente:

—Quería que te encierren.

Cuando se decía suavemente la verdad a Pedro, desconfiaba. Era preciso asestársela con violencia, para entorpecer y paralizar sus sospechas. Eva prefería tratarlo con brutalidad a mentirle: cuando mentía y él parecía creerla, no podía dejar de sentir una leve impresión de superioridad que le causaba horror de sí misma.

—¡Encerrarme! —exclamó Pedro con ironía—. Están locos. ¡Qué me importan las paredes! Creen acaso que eso me va a detener. Me pregunto a veces si no hay dos bandas. La verdadera, la del negro. Y luego una banda de entrometidos que trata de meter la nariz y que hace tontería tras tontería.

Hizo saltar la mano sobre el brazo del sillón y la consideró con satisfacción.

—Las paredes —añadió— se atraviesan. ¿Qué le contestaste? —preguntó volviéndose hacia Eva con curiosidad.

—Que no te encerrarán.

Se encogió de hombros.

—No era lo que debías decir. Tú también has cometido una falta, a menos que lo hayas hecho a propósito. Hay que dejarles mostrar su juego.

Calló. Eva bajó tristemente la cabeza. "¡Las empuñan!" Con qué tono de desprecio había dicho esas palabras —y qué exactas eran—. "Empuño yo también los objetos. Por mucho que me observe, creo que la mayoría de mis ademanes le fastidian. Pero nada dice." Se sintió de pronto desgraciada, como cuando tenía catorce años y Madame Dabérdat, viva y ligera, le decía: "Parece que no supieras qué hacer con tus manos". No se atrevía a moverse y, precisamente en ese momento, tuvo irresistibles deseos de cambiar de postura.

Rozando apenas la alfombra, retiró lentamente los pies hasta colocarlos bajo su silla. Miraba la lámpara puesta en la mesa, la lámpara cuyo pie había pintado Pedro de negro, y el juego de ajedrez. En el tablero, Pedro sólo había dejado a los peones negros. A veces se levantaba, iba hasta la mesa y asía a los peones uno tras otro. Les hablaba, los llamaba Robots, y parecían animarse con sorda vida entre sus dedos. Cuando los dejaba, Eva iba a tocarlos a su vez (tenía la impresión de ser un poco ridícula): habían vuelto a ser trocitos de madera muerta, pero quedaba en ellos algo vago e inasible, algo así como un sentido. "Son *sus* objetos" pensó. "No hay nada mío en el aposento." Antes poseía algunos muebles. El espejo y la pequeña "coiffeuse" ataraceada que heredara de su abuela y que Pedro, por

dice que las ve, y las describe." Recordó el rostro coloradote del doctor Franchot: "Pero, estimada señora, todos los alienados son mentirosos; perdería usted el tiempo si quisiera distinguir lo que sienten realmente de lo que pretenden sentir". Se sobresaltó: "¿Qué tiene que ver Franchot en esto? ¡No voy a lanzarme a pensar como él!"

Pero se levantó y fue a arrojar el "zintro" en el canasto de papeles. "Como *tú* quisiera pensar" murmuró Eva. Caminaba él con pasos cortos, en puntillas, apretando los codos contra las caderas, para ocupar el menor espacio posible. Volvió a sentarse y miró a Eva con ojos impenetrables.

—Habrá que colocar cortinas negras —dijo—. No hay bastante negro en esta pieza.

Se apelotonó en el sillón. Eva miró tristemente ese cuerpo avaro, siempre dispuesto a retirarse, a encogerse: sus brazos, sus piernas, su cabeza parecían órganos retráctiles. Sonaron las seis en el reloj de pared. El piano había callado. Eva suspiró: las estatuas no vendrían inmediatamente; habría que esperarlas.

—¿Quieres que encienda la luz?

Prefería no esperarlas en la oscuridad.

—Haz lo que quieras —repuso Pedro.

Eva encendió la lamparilla del escritorio y una neblina roja invadió el aposento. Pedro también esperaba.

No hablaba, pero sus labios se agitaban; formaban dos manchas sombrías en la neblina roja. Le gustaban a Eva los labios de Pedro. Otrora habían sido conmovedores y sensuales; pero habían perdido su sensualidad. Se apartaban uno de otro, con ligero estremecimiento, y volvían a juntarse sin cesar, aplastándose, para separarse de nuevo. Tan sólo ellos vivían en ese rostro emparedado; parecían dos animales atemorizados. Pedro solía mascullar así, durante horas sin que ningún sonido saliera de su boca y, a menudo, Eva se dejaba fascinar por ese leve y obstinado movimiento. "Me gusta su boca." Pedro ya no la besaba nunca; tenía horror de los contactos: manos de hombres, duras y secas, lo tocaban por la noche, le pellizcaban todo el cuerpo; manos de mujer, de uñas muy largas, le acariciaban suciamente. A menudo se acostaba vestido, pero las manos se deslizaban bajo sus ropas y tiraban de su camisa. Un día había oído reír, y labios espesos se posaron sobre los suyos. Desde esa noche no besó más a Eva.

—Ágata —dijo Pedro—, no me mires la boca.

Eva bajó los ojos.

—No ignoro que se puede aprender a leer en los labios —añadió con insolencia.

Sus manos temblaban en el brazo del sillón. El índice se tendió,

fue a golpear tres veces el pulgar, y los demás dedos se crisparon: era un conjuro. "Ya va a empezar" pensó Eva. Tenía deseos de abrazarlo.

Él se puso a conversar en voz muy alta, con soltura mundana.

—¿Te acuerdas de San Pauli?

No contestar. Quizá fuera una trampa.

—Allá te conocí —añadió con aire satisfecho—. Te robé a un marinero danés. Estuvimos a punto de pelear, pero pagué la copa y me dejó llevarte. No era más que una comedia.

"Miente, no cree una palabra de lo que dice. Sabe que no me llamo Ágata. Le odio cuando miente." Pero vio su mirada fija y su cólera se deshizo. "No miente —pensó—, está agotado. Siente que se acercan; habla para no oír." Pedro se aferraba con ambas manos a los brazos del sillón. Su rostro estaba lívido; sonreía.

—Tales encuentros son a menudo extraños —dijo— pero no creo en la casualidad. No te pregunto quién te mandó, sé que no me contestarías. En todo caso, fuiste bastante hábil para envolverme.

Hablaba con dificultad, con voz aguda y presurosa. No podía pronunciar ciertas palabras, que salían de sus labios como una substancia blanda e informe.

—Me arrastraste, en medio de la fiesta, por los tíos vivos de automóviles negros. Pero detrás de los coches había un ejército de ojos rojos que lucían en cuanto yo volvía la espalda. Me parece que les hacías señas, mientras ibas colgada de mi brazo. Pero yo nada veía. Estaba demasiado absorto en las grandes ceremonias de la Coronación.

Miraba hacia adelante, con los ojos muy abiertos. Se pasó la mano por la frente, rápidamente, con un ademán cohibido, y sin dejar de hablar. No quería dejar de hablar.

—Era la Coronación de la República —prosiguió con voz estridente—, un espectáculo impresionante en su género, a causa de los animales de toda clase que las colonias enviaron para la ceremonia. Temías extraviarte entre los monos. Dije "entre los monos" —insistió con aire arrogante, mirando en torno de él—. *¡Podría decir entre los negros!* Los engendros que se deslizan por debajo de las mesas y creen pasar inadvertidos son descubiertos y clavados instantáneamente por mi Mirada. ¡La consigna es callar! —exclamó—. Callar. Cada cual en su sitio y ¡firmes! para la entrada de las estatuas; tal es la orden. ¡Tralalá! —rugía, formando una corneta con las manos, delante de su boca— ¡tralalá, tralalá!

Calló, y Eva supo que las estatuas acababan de entrar en el aposento. Pedro estaba tieso, pálido y despectivo. Eva se estiró también, y ambos esperaron en silencio. Alguien pasaba por el corredor: era María, la encargada de la limpieza; sin duda acababa de llegar. Eva

adelante con asombro, como si viera la palabra y no la reconociese: su boca se había abierto, blanda; algo parecía haberse roto en él. "Se le trabó la lengua. Es la primera vez que le ocurre eso: lo advirtió, por otra parte. Dijo que no tenía las ideas claras." Pedro emitió un quejido voluptuoso, y su mano hizo un gesto leve. Eva le miró con dureza: "¿Cómo despertaría?" Esa incertidumbre la carcomía. En cuanto se dormía Pedro, tenía que pensar en ello, y no podía evitarlo. Temía que despertara con los ojos turbios y se pusiera a farfullar. "Soy una tonta. Eso no ocurrirá antes de un año: me lo dijo Franchot." Pero la angustia no la abandonaba. Un año: un invierno, una primavera, un verano, el comienzo de otro otoño. Un día, esos rasgos se volverán borrosos, dejará colgar la mandíbula, entreabrirá ojos lagrimeantes. Eva se inclinó sobre la mano de Pedro y posó los labios en ella: "Antes te mataré".

JEAN-PAUL SARTRE

SUR, Nº 39, diciembre de 1937

UN POTENTADO DE ESTE MUNDO

Wardanavoul era un hombre muy poderoso. Gran industrial del vino en un país que no poseía una sola cepa, vivía por encima de las leyes. Dominador lo fue desde la cuna. Pues a los dieciocho meses, cuando todavía mamaba, ¿no quiso obligar a su nodriza a que siempre dejara los pechos fuera de vaina para no tener que esperar cuando tuviera hambre? Disponía de tan implacable magnetismo que ante su mirada el más inocente bajaba la cabeza como un culpable. Y si se recobraba al entrar a casa y volvía para tomar represalias, Wardanavoul le dominaba de nuevo y el descontento no tenía más remedio que agachar la cabeza una vez más.

Wardanavoul tenía como socio un tal Hinibiliphli, muy rico y tímido. Su única virtud conocida era la de proporcionar capitales. De puro nervioso, siempre buscaba el pañuelo mientras Wardanavoul le dirigía la palabra, y si lo encontraba, lo cambiaba de bolsillo en seguida para poder seguir buscándolo.

Cierta vez que olvidó el pañuelo, no sabiendo a qué asirse echó mano de su valor e hizo frente al Potentado de este mundo.

—Yo no soy parte despreciable —exclamó—. Le prohíbo que me trate como a un chiquillo.

—¡Conque usted me lo prohíbe! —dijo el otro, cuyo rostro reflejó de improviso todos los colores de un feroz arco iris. Entretanto, su mirada se aferraba a la pupila de su socio y la taladraba tan resueltamente que Hinibiliphli exhaló un grito atroz y después de algunas penosísimas contorsiones, se metamorfoseó en un chiquillo de veras.

A la salida, el portero entregaba al niño un capuchón. "Hasta luego, *be a good boy*, le dijo con aire de estar enterado. No vayas a tomar frío. Mamá se enojará. Toma, te olvidas tu cartapacio."

Hinibiliphli entró en su casa.

—¡Ah!, ¡veo que te han pegado una vez más! —dijo su mujer.

—Es el infame Wardanavoul...

—Y ahora ¿qué quieres que haga contigo? Es mil veces peor que si fuera viuda.

—¡No tienes vergüenza de pensar en ti en este momento!

¡Oh!, ¡qué molesto estaba el mocito mientras le lavaban el ojo con agua boricada! ¡Pero qué molesto estaba! Con las pantorrillas al aire, el cuello marinero, el traje de confección. ¡Cómo le endurecía los rasgos la rabia sin añadirle ¡ay!, ni un solo día! ¡Oh infancia, creíamos haber acabado con tus mil pequeñas humillaciones, y hénos aquí de nuevo!

Entretanto, para no perder la esperanza, Hinibiliphli pasaba revista todos los días a sus trajes de hombre, su frac, su smoking, sus largos sobretodos, con el ansia de tentar fortuna de volver a hallar su edad adulta. En la escuela, durante el recreo —¿pero cómo recrearse?—, se quedaba solo en un rincón del patio, royéndose las uñas de chico nervioso.

—Es un soñador, un distraído, decían los profesores.

Es esto, es aquello. Calificativos ni buenas razones no faltaban. De eso están llenos los diccionarios.

Y él no decía nada. Además, ¿qué crédito se habría dado a las palabras de un niño?

¡Ah! cómo hubiéramos querido decirle:

—No te aflijas así, hombrecito. Cuando una mujer nos ama, para todo hay esperanza.

La mujer de Wardanavoul era la que le amaba, precisamente por su timidez y por esa dulce debilidad que echaba muy de menos en su marido.

El mismo día de la famosa entrevista-metamorfosis le había esperado en la sombra de una puerta cochera, sólo para verle pasar. "¡Rehacer su vida, sí, rehacer su vida!" repetía en el preciso instante en que pasaba bajo sus ojos una extraña y minúscula criatura completamente embozada en su capuchón y eso que no había lluvia, viento, ni frío sino un alegre sol de mayo.

Por la noche, en la mesa, Wardanavoul no dijo nada a su mujer de su nuevo abuso de poder. Sólo al día siguiente se enteró por los diarios de la desaparición del pobre Hinibiliphli. No pudo más; fue a ver a la mujer y la encontró en el momento de tomarle las lecciones al pequeño.

—¡Que encanto de chico! —dijo— deseosa de arreglar la situación.

—Fuera de aquí —contestó su amiga—. No te avergüenzas de aprobar la pérfida acción de tu marido.

—Detesto a mi marido.

—Mira lo que ha hecho del mío.

—Idos al diablo las dos —saltó el niño, poniendo de patitas en la calle a las dos mujeres.

—¿Debía la esposa de Wardanavoul volver a ver a Hinibiliphli? —preguntábase ella.

Rondaba el colegio donde concurría el nuevo muchachito. (No le mandaban para instruirle precisamente —retenía todos sus conocimientos de adulto—, sino porque no sabía cómo matar el tiempo.)

A ella le resultaba difícil reconocerle en su nueva edad: empezó por ofrecer pasteles a un chico que no tenía nada que ver con el hóroe de este relato. Al fin le descubrió a la salida del colegio, por su aire de desconfianza.

—Señora, siga su camino —dijo el niño—. No la conozco.

—Entremos en esta pastelería —fue la respuesta de la obstinada.

¿Acaso un niño puede luchar contra la voluntad de una persona mayor?

Al principio tuvo buen cuidado de no hablarle de su amor; se contentaba con hacerle comer pasteles. El chiquillo, encarnado de furor, comía todo lo que se le indicaba, para tratar de reprimir sus verdaderos sentimientos.

—Y si comiese tus pasteles, ¿qué pensarías? —dijo la mujer que, sin reparar en la elección de los medios, se hacía la niña lo más que podía.

O bien intentaba besarle las manecitas llenas de tinta y de confitura.

—Puedo decirte, amiguito querido, desde el fondo de mi mundo de pobre mujer de treinta años (tenía cuarenta): te amo y quisiera unirme contigo. ¡Ah! tener una pollerita, una cuerda de saltar, ir de nuevo a la escuela los dos juntitos, con la experiencia que tenemos: ¡qué maravilla!

Y el niño no decía palabra pero pensaba: "Por Dios, ¿quién me quitará de encima esta mujer que me mira demasiado de cerca?"

Cuando volvió a su casa, la mujer de Wardanavoul encontró a su marido tomando un vaso de Oporto, y so pretexto de enderezarle la corbata, se acercó para acariciarle y mirarle a los ojos.

Pero él, escalando a grandes zancadas la más alta cumbre de su cólera, exclamó bruscamente: "Pícara, te veo venir. Amas a Hinibiliphli y cuentas conmigo para que te ayude a conquistar la felicidad. Bien. Tú lo habrás querido". Y el cruel clavó su mirada en la pulpa de los ojos de su mujer.

Ella creyó desmayarse, tanto le crujían los huesos; luego se lanzó hacia el botellón: durante la metamorfosis le había venido hipo.

Pero ¿qué significaban esas manos ajadas que no reconocía, mien-

tras llenaba el vaso? Llevaba puesto un vestido del tiempo antiguo y se había convertido en una vieja.

Un amigo de la familia, de vuelta de un viaje, va a visitar a Wardanavoul.

—¿Cómo está usted? ¿Y la señora Wardanavoul?

—¡Oh! mi pobre mujer ha envejecido mucho en estos tiempos. Los médicos dicen que es el hígado o el estómago o la edad crítica.

—¿Cómo, ya?

—Qué quiere usted, nos ponemos viejos sin decir agua va.

—¿Y Hinibiliphli?

—Ése es asunto aparte. Volvió a la infancia. Entre nosotros, era un gran juerguista.

—Pues no diga. Yo no sabía nada.

París, diciembre de 1937 JULES SUPERVIELLE

SUR, Nº 270, mayo-junio de 1961

EL AMAESTRAMIENTO DEL LORO

Había una vez un pajarillo. Era ignorante. Cantaba bien, pero nunca declamaba las escrituras. Saltaba con bastante frecuencia, pero carecía de buenos modales.

El Rajá se dijo en su fuero interno: "La ignorancia es costosa a la larga. Porque los necios consumen tanto alimento como sus superiores y sin embargo no dan nada en cambio".

Convocó a sus sobrinos y les dijo que el pajarillo tenía que recibir una educación sólida.

Se citó a los *pundits* [1] y en seguida se examinó la raíz del asunto. Decidieron que la ignorancia de los pajarillos procedía de su inveterada costumbre de vivir en pobres nidos. Por consiguiente, de acuerdo con los *pundits,* la primera cosa necesaria para la educación del pajarillo era su traslado a una jaula adecuada.

Los *pundits* recibieron su recompensa y se volvieron felices a sus casas.

Se construyó una jaula de oro suntuosamente decorada. Muchedumbres vinieron a mirarla de todas partes del mundo.

"¡La cultura, apresada y enjaulada!" exclamaban algunos, en un trance extático, y se echaban a llorar.

Otros observaban: "Inclusive si se pasa por alto la cultura, la jaula quedará hasta el final: hecho substancial. ¡Qué suerte para el pajarillo!"

El orfebre se llenó el bolsillo de dinero y no perdió tiempo para embarcarse de regreso a su casa.

El *pundit* se instaló para educar al pajarillo. Con la debida deliberación tomó su dosis de rapé, y dijo: "Los libros de texto nunca pueden ser demasiado para nuestro propósito".

Los sobrinos reunieron a una muchedumbre de escribas. Copiaron libros y copiaron copias de libros hasta que la pila de manuscritos llegó a una altura inalcanzable.

1 *Pundit*: pedante.

Las gentes murmuraban, asombradas: "¡Ah! la torre de la cultura, ¡qué altura egregia! ¡La cima se pierde en las nubes!"

Los escribas, alegremente, volvieron de prisa a sus casas con los bolsillos bien llenos.

Los sobrinos se atareaban frenéticamente para acicalar la jaula.

Mientras seguía su continuo fregar y lustrar las gentes decían con satisfacción: "¡Esto sí que es progreso!"

Se empleaba gran número de hombres y un número aún mayor de supervisores. Éstos, con sus primos de diferentes grados de parentesco, se construyeron un palacio y vivieron felices allí por los siglos de los siglos.

Sean cuales fueran sus otras deficiencias, en el mundo nunca faltan quienes encuentran "peros". Y por ahí se andaba diciendo que todas las personas relacionadas con la jaula, por lejana que fuera la relación, medraban de manera indescriptible, con excepción del pajarillo.

Cuando esta noticia llegó a oídos del Rajá, convocó a sus sobrinos y les dijo: "Queridos sobrinos ¿qué es esto que se anda diciendo?"

Los sobrinos contestaron: "Señor, si habéis de saber la verdad, escuchad el testimonio de los orfebres y de los *pundits*, de los escribas y de los supervisores. Los que encuentran "peros" están mal alimentados, por eso se les afila la lengua".

La explicación era tan luminosamente satisfactoria que el Rajá condecoró a cada uno de sus sobrinos con sus propias preciosas joyas.

Por fin el Rajá, deseoso de ver con sus propios ojos cómo se ocupaba del pajarillo su Departamento de Educación, se presentó un día en la gran sala de la Erudición.

Desde la puerta se oyó el sonido de los caracoles marinos y de los gongs, cuernos, trompetas, cornetas, címbalos, tambores, tomtoms, tímbalos, flautas, pífanos, organillos y gaitas. Con sus voces más agudas, los *pundits* empezaron a cantar *mantras* [1], mientras que los orfebres, escribas, supervisores y sus innumerables primos de diferentes grados de parentesco vitoreaban ruidosamente.

Los sobrinos sonrieron y dijeron: "¿Qué piensa su señoría de todo esto?"

El Rajá dijo: "¡Se parece de manera tremenda a un sólido principio de Educación!"

[1] *Mantras*: Texto sagrado de las antiguas escrituras hindúes que a menudo se encuentran en la forma abreviada de versos.

Extraordinariamente complacido, el Rajá iba a montar en su elefante cuando el que encuentra "peros" gritó, desde el escondrijo de unos arbustos: "Maharajá, ¿habéis visto al pajarillo?"

"¡Por cierto que no!", exclamó el Rajá. "Lo había olvidado por completo."

Volviendo sobre sus pasos, les preguntó a los *pundits* qué método seguían para la instrucción del pajarillo.

Se lo mostraron. Y el Rajá quedó inmensamente impresionado. El método era tan estupendo que el pajarillo resultaba ridículamente insignificante en comparación. El Rajá quedó enterado de que no había fallado la combinación. En cuanto a cualquier queja del mismo pajarillo, esto ni siquiera podía concebirse. Estaba a tal punto atragantado con las hojas de los libros que no podía silbar ni susurrar. Uno se estremecía de ver aquello.

Esta vez, mientras volvía a montar en su elefante, el Rajá ordenó al Encargado Gubernamental de Tirones-de-Orejas, que le dieran unos buenos tirones al que encontraba "peros".

El pajarillo siguió así, arrastrándose, puntual y decorosamente, hasta el borde más seguro de la insubstancialidad. Por cierto, sus progresos eran extremadamente satisfactorios. Sin embargo, la naturaleza triunfaba ocasionalmente sobre el amaestramiento y, cuando la luz matinal se asomaba a la jaula, a veces el pajarillo aleteaba de manera reprensible. Y, aunque cueste creerlo, picoteaba lastimosamente los barrotes con su débil pico.

"¡Qué impertinencia" —gruñó el *kotwal* [1].

El herrero, con su fragua y su martillo ocupó su lugar en el Departamento de Educación del Rajá. ¡Ah! ¡Qué golpes sonoros! La cadena de hierro estuvo terminada pronto, y las alas del pajarillo cortadas.

Los cuñados del Rajá, sombríos, sacudían la cabeza y decían: "¡Estos pajarillos no sólo carecen de buen sentido, sino también de gratitud!"

Con el libro de texto en una mano y la vara en la otra, los *pundits* le dieron al pobre pajarillo lo que puede llamarse adecuadamente lecciones.

Al *kotwal* por su vigilancia y al herrero por su destreza para forjar cadenas, se les otorgaron sendos honores.

El pajarillo murió.

Nadie tenía la menor noción de cuándo había muerto. El que encontraba "peros" fue el primero que hizo correr la noticia.

[1] *Kotwal*: Jefe de policía.

El Rajá llamó a sus sobrinos y les preguntó: "Mis sobrinos, ¿qué es esto que se anda diciendo?"

Los sobrinos dijeron: "Señor, la educación del pajarillo está completa".

"¿Salta?" —inquirió el Rajá.

"Nunca" —dijeron los sobrinos.

"¿Vuela?"

"No."

"Tráiganme al pajarillo" —dijo el Rajá.

Le trajeron al pajarillo, escoltado por el *kotwal* y los *sepoys*[1] y los *sowars*. El Rajá empujó el cuerpo con su dedo. Sólo el relleno de hojas de libros crujió.

Del otro lado de la ventana, el murmullo de la brisa primaveral entre los brotes nuevos de hojas de *asoka* daba algo de anhelante a la mañana de abril.

(Traducción de Victoria Ocampo) RABINDRANATH TAGORE

[1] *Sepoy*: Soldado indio nativo adiestrado según métodos europeos.

SUR, Nº 113-114, marzo-abril de 1944

FÁBULAS PARA NUESTRO TIEMPO

LA MOSCA MEDIO INTELIGENTE

Una gran araña que vivía en una casa vieja tejió una hermosa tela para atrapar moscas. Cada vez que una mosca se posaba y se enredaba en la tela, la araña corría a devorarla, para que las demás al pasar creyesen que aquél era un lugar seguro y tranquilo para descansar. Pero un día una mosca medio inteligente estuvo zumbando tanto tiempo alrededor de la tela, sin posarse, que la araña se presentó y le dijo: "Baja y pósate". Pero la mosca era demasiado inteligente para eso y le respondió: "Nunca me poso donde no veo otras moscas, y no veo ninguna en tu casa". Y se alejó de allí y voló hasta un lugar donde había muchas moscas. Cuando iba a posarse, una abeja zumbó diciéndole: "Ten cuidado, estúpida, que es papel de moscas, y ésas están todas presas". "No seas tonta", le dijo la mosca, "están bailando". Entonces se posó y quedó pegada en el papel con las demás.

MORALEJA: *No hay garantía en el número, ni en ninguna otra cosa.*

LA GALLINA Y LOS CIELOS

Había una vez una gallinita roja que estaba engullendo piedrecitas y gusanitos y granos en el corral cuando le cayó algo en la cabeza. "¡Se están cayendo los cielos!", gritó; y echó a correr, gritando siempre: "¡Se están cayendo los cielos!" Todas las gallinas con quienes se encontraba, y los gallos, y los pavos y los patos, se reían de ella, con aire protector, como se ríen los que no están asustados y ven el miedo ajeno. "¿Qué dices?", cacareaban y graznaban burlonamente. "¡Se están cayendo los cielos!", gritaba la gallinita roja. Al fin un gran gallo presuntuoso le dijo: "No seas tonta, querida: fue que te cayó una haba en la cabeza". Y se echó a reír, y todos se rieron, menos la gallinita roja. De pronto, con estrépito terrible, empezaron a caer grandes pedazos de nube cristalizada y enormes bloques de cielo azul

congelado, y todo el mundo pereció, el gran gallo presuntuoso, y la gallinita roja, y todas las aves del corral, porque en realidad se estaban cayendo los cielos.

MORALEJA: *No me sorprendería nada que se cayeran los cielos.*

LOS CONEJOS QUE TENÍAN LA CULPA DE TODO

En una época que hasta los niños pueden recordar había una familia de conejos que vivía cerca de una manada de lobos. Los lobos declararon que no les gustaba la manera de vivir de los conejos (porque los lobos estaban encantados con su propia manera de vivir y creían que sólo ésa era la buena). Una noche murieron unos cuantos lobos en un terremoto, y se les echó la culpa a los conejos, porque es bien sabido que los conejos golpean el suelo con las patas de atrás y producen los terremotos. Otra noche, un rayo mató a un lobo, y de eso también se les echó la culpa a los conejos, porque es bien sabido que esos comelechugas producen el rayo. Los lobos amenazaron con civilizar a los conejos si no se conducían mejor, y los conejos decidieron huir a una isla desierta. Pero los demás animales, que vivían lejos, los avergonzaron diciéndoles: "Debéis quedaros donde estáis y ser valientes. Este mundo no es para los que huyen. Si los lobos os atacan, nosotros probablemente os defenderemos". Así es que los conejos se quedaron viviendo cerca de los lobos. Un día hubo una terrible inundación, y se ahogaron muchos lobos. De esto también se les echó la culpa a los conejos, porque es bien sabido que estos roezanahorias de orejas largas producen las inundaciones. Los lobos se echaron sobre los conejos, y para protegerlos los encerraron en una cueva oscura.

Nada se supo de los conejos durante semanas, y los demás animales preguntaron qué sería de ellos. Los lobos replicaron que habían devorado a los conejos y que por lo tanto el asunto era puramente interno. Pero los demás animales les advirtieron que podrían unirse contra ellos si no se les daba alguna razón que justificara la destrucción de los conejos. Entonces los lobos respondieron: "Trataban de huir, y, como sabéis, este mundo no es para los que huyen".

MORALEJA: *Hay que ir corriendo, no andando, a la isla desierta más próxima.*

EL LEÓN QUE QUERÍA PLANEAR

Había una vez un león que quería tener alas de águila. Le mandó decir al águila que viniera a visitarlo, y cuando llegó le dijo: "Te doy mi melena a cambio de tus alas". "Qué disparate", dijo el águila, "sin mis alas no puedo volar". – "¿Y eso qué?", dijo el león. "Yo no vuelo ahora, y sin embargo soy el rey de los animales. Lo soy por mi magnífica melena". – "Bueno", dijo el águila, "pues dame primero tu melena". – "Acércate", dijo el león, "para que te la entregue". El águila se acercó, y el león, de un manotazo, la tiró al suelo. "¡Entrega esas alas!" rugió. Y le quitó las alas, pero no le entregó la melena.

El águila se quedó triste un rato, pero al fin tuvo una idea. "Apuesto a que no eres capaz de volar desde aquella roca grande que está allá arriba", le dijo al león. "¿Quién, yo?", dijo el león, y subió hasta la roca y se lanzó al aire. Como pesaba demasiado para las alas del águila y además no sabía volar, porque nunca lo había ensayado, cayó al suelo y se incendió. El águila corrió hacia él, le quitó sus alas, le arrancó la melena y se la puso. Entonces decidió volar hasta su nido de rocas para divertirse con su hembra. Al llegar, metió en el nido la cabeza cubierta con la melena del león y rugió con voz profunda y espantosa: *Hrrruuu*. La hembra, que era muy nerviosa, echó mano a una pistola y mató a su marido, creyendo que era un león.

MORALEJA: *No hay que dejar que las hembras nerviosas tengan pistolas a mano, sea lo que fuere lo que uno lleve puesto.*

(Traducción de Pedro Henríquez Ureña) JAMES THURBER

PICHULA CUÉLLAR

Al año siguiente, cuando Chingolo y Mañuco estaban ya en Primero de Ingeniería, Lalo en Pre-Médicas y Choto comenzaba a trabajar en la "Casa Wiese" y Chabuca ya no era enamorada de Lalo sino de Chingolo y la China ya no de Chingolo sino de Lalo, llegó a Miraflores Teresita Arrarte: Cuéllar la vio y, por un tiempo al menos, cambió. De la noche a la mañana dejó de hacer locuras y de andar en mangas de camisa, el pantalón chorreado y la peluca revuelta. Empezó a ponerse corbata y saco, a peinarse con montaña a lo Elvis Presley y a lustrarse los zapatos: qué te pasa, Pichulita, estás que no se te reconoce, tranquilo chino. Y él nada, de buen humor, no me pasa nada, había que cuidar un poco la pinta ¿no?, soplándose, sobándose las uñas, parecía el de antes. Qué alegrón, hermano, le decíamos, qué revolución verte así, ¿no será qué?, y él, como una melcocha, a lo mejor, ¿Teresita?, de repente pues, ¿le gustaba?, puede que sí, como un chicle, puede que sí.

De nuevo se volvió sociable, casi tanto como de chiquito. Los domingos aparecía en la misa de doce (a veces lo veíamos comulgar) y a la salida se acercaba a las muchachas del barrio ¿cómo están?, qué hay Teresita, ¿íbamos al Parque?, que nos sentáramos en esa banca que había sombrita. En las tardes, al oscurecer, bajaba a la Pista de Patinaje y se caía y se levantaba, chistoso y conversador, ven ven Teresita, él le iba a enseñar, ¿y si se caía?, no qué va, él le daría la mano, ven ven una vueltecita no más y ella bueno coloradita y coqueta, una sola pero despacito, rubiecita, potoncita y con sus dientes de ratón, vamos pues. Le dio también por frecuentar el "Regatas", papá, que se hiciera socio, todos sus amigos iban y su viejo okey, compraré una acción, ¿iba a ser boga, muchacho? sí, y el Bowling de la Diagonal. Incluso se daba sus vueltas los domingos en la tarde por el Parque Salazar y se mostraba siempre risueño, Teresita ¿sabía en qué se parecía un elefante a Jesús?, servicial, ten mis anteojos, Teresita, hay mucho sol, hablador, ¿qué novedades, Teresita, por tu

casa todos bien? y convidador ¿un hot-dog Teresita, un sandwichito, un milk-shake?

Ya está, decía Fina, le llegó su hora, se enamoró. Y Chabuca qué templado estaba, la miraba a Teresita y se le caía la baba, y ellos en las noches alrededor de la mesa de billar, mientras lo esperábamos ¿le caerá?, Choto ¿se atreverá?, y Chingolo ¿Tere sabrá? Pero nadie se lo preguntaba de frente y él no se daba por enterado con las indirectas, ¿viste a Teresita?, sí, ¿fueron al cine?, a la de Ava Gardner, a la matinée, ¿y qué tal?, buena, que fuéramos, no se la pierdan. Se quitaba la chaqueta, se arremangaba la camisa, cogía el taco, pedía cerveza para los cinco, jugaban y una noche, luego de una carambola real, a media voz, sin mirarnos: ya está, lo iban a curar. Marcó sus puntos, lo iban a operar, y ellos ¿qué decía, Pichulita?, ¿era de veras?, y él como quien no quiere la cosa ¿qué bien, no? Se podía, sí, no aquí sino en Nueva York, su viejo lo iba a llevar, y nosotros qué magnífico, y él pronto, dentro de un mes, a Nueva York, y ellos que se riera, canta, chilla, ponte feliz, hermanito, qué alegrón. Sólo que no era seguro todavía, había que esperar una respuesta del doctor, mi viejo ya le escribió, no un doctor sino un sabio, un cráneo de esos que tienen allá y él, papá ¿ya llegó?, no, y al día siguiente ¿hubo correo, mamá?, no corazón, cálmate, ya llegará, no había que ser impaciente y por fin llegó y su viejo lo agarró del hombro: no, no se podía, muchacho, ten valor. Hombre, qué lástima, le decían ellos, él pero puede que en otras partes sí, en Alemania por ejemplo, en París, en Londres, su viejo iba a averiguar, a escribir mil cartas, se gastaría lo que no tenía, muchacho, y viajaría, lo operarían y se curaría, y nosotros claro, hermanito, claro que sí, y cuando se iba, pobrecito, daban ganas de llorar. Choto: en qué maldita hora vino Teresita al barrio, y Chingolo él se había conformado y ahora está desesperado y Mañuco pero a lo mejor más tarde, la ciencia adelantaba tanto ¿no es cierto?, descubrirían algo y Lalo no, su tío el médico le había dicho no, no hay forma, no tiene remedio y Cuéllar ¿ya papá?, todavía, ¿de París, mamá?, ¿y si de repente en Roma?, ¿de Alemania, ya?

Y entre tanto comenzó de nuevo a ir a fiestas y, como para borrar la mala fama que se ganó con sus locuras de rocanrolero y comprarse a las familias, se comportaba en los cumpleaños y salchicha-parties como un muchacho modelo: llegaba puntual y sin tragos, un regalito en la mano, Chabuquita, para ti, feliz cumplete, y estas flores para tu mamá, dime ¿vino Teresita? Bailaba muy tieso, muy correcto, pareces un viejo, no apretaba a su pareja, a las chicas que planchaban ven gordita vamos a bailar, y conversaba con las mamás, los papás,

y atendía sírvase señora a las tías, ¿le paso un juguito?, a los tíos ¿un traguito?, galante, qué bonito su collar; cómo brillaba su anillo, locuaz ¿fue a las carreras, señor, cuándo se saca el pollón? y piropeador, es usted una criolla de rompe y raja, que le enseñara a quebrar así, no sabe qué daría por bailar como él, don Joaquín.

Cuando estábamos conversando, sentados en una banca del Parque, y llegaba Teresita Arrarte, en una mesa del "Cream Rica", Cuéllar cambiaba, o en el barrio, de conversación: quiere asombrarla, decían, hacerse pasar por un cráneo, la trabaja por la admiración. Hablaba de cosas raras y difíciles: la religión (¿Dios que era todopoderoso podía acaso matarse siendo inmortal?, a ver, quién de nosotros resolvía el truco), la política (Hitler no fue tan loco como contaban, en unos añitos hizo de Alemania un país que se le emparó a todo el mundo ¿no?, qué pensaban ellos), el espiritismo (no era cosa de superstición sino ciencia, en Francia había mediums en la Universidad y no sólo llaman a las almas, también las fotografían, él había visto un libro, Teresita, si quería se lo conseguía y prestaba). Anunció que iba a estudiar: el año próximo entraría a la Católica y ella disforzada qué bien, aplaudía ¿qué carrera iba a seguir? y le metía por los ojos sus manitas blancas, seguiría abogacía, sus deditos gordos y sus uñas largas, ¿abogacía? ¡uy, qué feo!, pintada, color natural, entristeciéndose y él pero no para ser picapleitos sino para entrar a Torre Tagle y ser diplomático, alegrándose, manitas, ojos, pestañas, y el sí, el Ministro era amigo de su viejo, ya le había hablado, ¿diplomático?, boquita, ¡uy, qué lindo! y él, derritiéndose, por supuesto, se viajaba tanto, y ella también eso y además uno se pasaba la vida en fiestas: ojitos.

El amor hace milagros, decía Pusy, qué formalito se ha puesto, qué caballerito. Y la China: pero era un amor de lo más raro, ¿si estaba tan templado de Tere por qué no le caía de una vez?, y Chabuca eso mismo ¿qué esperaba?, ya hacía más de dos meses que la perseguía y hasta ahora mucho ruido y pocas nueces, qué tal plan. Ellos, entre ellos, ¿sabrán o se harán?, pero frente a ellas lo defendíamos disimulando: despacito se iba lejos, muchachas. Es cosa de orgullo, decía Chingolo, no querrá arriesgarse hasta estar seguro que lo va a aceptar. Pero claro que lo iba a aceptar, decía Fina, ¿no le hacía ojitos, mira a Lalo y la China qué acarameladitos, y le lanzaba indirectas, qué bien patinas, qué rica tu chompa, qué abrigadita y hasta se le declaraba jugando, mi pareja serás tú? Precisamente, por eso desconfía, decía Mañuco, con las coquetas como Tere nunca se sabía, parecía y después no. Pero Fina y Pusy no, mentira, ellas le habían preguntado ¿lo aceptarás? y ella dio a entender que

sí, y Chabuca ¿acaso no salía tanto con él, en las fiestas no bailaba sólo con él, en el cine con quién se sentaba sino con él? Más claro no cantaba un gallo: se muere por él. Y la China más bien tanto esperar que le cayera se iba a cansar, aconséjenle que de una vez y si quería una oportunidad se la daríamos, una fiestecita por ejemplo el sábado, bailarían un ratito, en mi casa o en la de Chabuca o donde Fina, nos saldríamos al jardín y los dejarían solos a los dos, qué más podía pedir. Y en el billar: no sabían, qué inocentes o qué hipócritas, sí sabían y se hacían.

Las cosas no pueden seguir así, dijo Lalo un día, lo tenía como a un perro, Pichulita iba a reventar, se podía hasta matar de amor, hagamos algo, ellos sí pero qué, y Mañuco averiguar si de veras Tere se muere por él o era cosa de coquetería. Fueron a su casa, le preguntamos, pero ella sabía las de Quico y Caco, nos come a los cuatro juntos, decían. ¿Cuéllar?, sentadita en el balcón de su casa, pero ustedes no le dicen Cuéllar sino una palabrota fea, balanceándose para que la luz del poste le diera en las piernas, ¿se muere por mí?, no estaban mal, ¿cómo sabíamos? Y Choto no te hagas, lo sabía y ellos también y las chicas y por todo Miraflores lo decían y ella, ojos, boca, naricita, ¿de veras?, como si viera a un marciano: primera noticia. Y Mañuco anda Teresita, que fuera franca, a calzón quitado, ¿no se daba cuenta cómo la miraba? Y ella ay, ay, ay, palmoteando, manitas, dientes, zapatitos, que miráramos, ¡una mariposa!, que corriéramos, la cogiéramos y se la trajéramos. La miraría, sí, pero como un amigo y, además, qué bonito, tocándole las alitas, deditos, uñas, vocecita, la mataron, pobrecita, nunca le decía nada. Y ellos qué cuento, qué mentira, algo le diría, por lo menos la piropearía y ella no, palabra, en su jardín le haría un huequito y la enterraría, un rulito, el cuello, las orejitas, nunca, nos juraba. Y Chingolo ¿no se daba cuenta acaso cómo la seguía?, y Teresita la seguiría pero como amigo, ay, ay, ay, zapateando, puñitos, ojazos, no estaba muerta la bandida ¡se voló!, cintura y tetitas, pues, si no, siquiera le habría agarrado la mano ¿no? o mejor dicho intentado ¿no?, ahí está, ahí, que corriéramos, o se le habría declarado ¿no?, y de nuevo la cogiéramos: es que es tímido, decía Lalo, tenla pero, cuidado, te vas a manchar, y no sabe si lo aceptarás, Teresita, ¿lo iba a aceptar? y ella aj, aj, arruguitas, frentecita, la mataron y la apachurraron, un hoyito en los cachetes, pestañitas, cejas, ¿a quién? y nosotros cómo a quién y ella mejor la botaba, así como estaba, toda apachurrada, para qué la iba a enterrar: hombritos. ¿Cuéllar?, y Mañuco sí, ¿le daba bola?, no sabía todavía y Choto entonces sí le gustaba, Teresita, sí le daba bola, y ella no había dicho eso, sólo que no sabía, que ya vería si se

presentaba la ocasión pero seguro que no se presentaría y ellos a que sí. Y Lalo, ¿le parecía pintón?, y ella, ¿Cuellar?, codos, rodillas, sí, era un poquito pintón ¿no? y nosotros ¿ves, ves cómo le gustaba? y ella no había dicho eso, no, que no le hiciéramos trampas, miren, la mariposita brillaba entre los geranios del jardín ¿o era otro bichito?, la punta del dedito, el pie, un taconcito blanco. Pero por qué tenía ese apodo tan feo, éramos muy malcriados, por qué no le pusieron algo bonito como al Pollo, a Boby, a Supermán o al Conejo Villarán, y nosotros sí le daba, sí le daba ¿veía?, lo compadecía por su apodo, entonces sí lo quería, Teresita, y ella ¿quería?, un poquito, ojos, carcajadita, sólo como amigo, claro.

Se hace la que no, decíamos, pero no hay duda que sí: que Pichulita le caiga y se acabó, hablémosle. Pero era difícil y no se atrevían.

Y Cuéllar, por su parte, tampoco se decidía: seguía noche y día detrás de Teresita Arrarte, contemplándola, haciéndole gracias, mimos y en Miraflores los que no sabían se burlaban de él, calentador, le decían, pura pinta, perrito faldero y las chicas le cantaban "Hasta cuándo, hasta cuándo" para avergonzarlo y animarlo. Entonces, una noche lo llevamos al "Cine Barranco" y, al salir, hermano, vámonos a "La Herradura" en tu poderoso Ford y él okey, se tomarían unas cervezas y jugarían futbolín, regio. Fuimos en su poderoso Ford, roncando, patinando en las esquinas y en el Malecón de Chorrillos un cachaco los paró, íbamos a más de cien, señor, cholito, no seas así, no había que ser malito, y nos pidió brevete y tuvieron que darle una libra, ¿señor?, tómate unos piscos a nuestra salud, cholito, no hay que ser malito, adiós, y en "La Herradura" bajaron y se sentaron en una mesa de "El Nacional": qué cholada, hermano, pero esa huachafita no estaba mal y cómo bailan, era más chistoso que el circo. Nos tomamos dos "Cristales" y no se atrevían, cuatro y nada, seis y Lalo comenzó Soy tu amigo, Pichulita, y él se rió ¿borracho ya? y Mañuco te queremos mucho, hermano, y él ¿ya?, riéndose, ¿borrachera cariñosa tú también? y Chingolo: querían hablarle, hermano, y también aconsejarlo. Cuéllar cambió, palideció, brindó, qué graciosa esa pareja ¿no?, él un renacuajo y ella una mona ¿no?, y Lalo para qué disimular, patita, ¿te mueres por Tere, no? y él tosió, estornudó, y Mañuco, Pichulita, dinos la verdad ¿sí o no? y él se rió, tristón y temblón, casi no se le oyó: me muero, sí. Pedimos dos "Cristales" más y Cuéllar no sabía qué iba a hacer, Choto, ¿qué podía hacer? y él caerle y él no puede ser, Chingolito, cómo le voy a caer y él cayéndole, patita, declarándole su amor, pues, te va a decir sí. Y él no era por eso, Mañuco, le podía decir sí pero ¿y después?, tomaba su cerveza y se le iba la voz y Lalo después sería después,

ahora cáele y ya está, a lo mejor dentro de un tiempo se iba a curar y él, Chotito, ¿y si Teresa sabía, si alguien se lo decía?, y ellos no sabía, nosotros ya la confesamos, se muere por ti y a él le volvía la voz ¿se muere por mí? y nosotros sí, y él claro que tal vez dentro de un tiempo me puedo curar ¿nos parecía que sí? y ellos sí, sí, Pichulita, y en todo caso no puedes seguir así, amargándose, enflaqueciéndote, chupándose: que le cayera de una vez. Y Lalo ¿cómo podía dudar? Le caería, tendría enamorada y él ¿qué haría? y Choto tiraría plan, y Mañuco le agarraría la mano y Chingolo la besaría y Lalo la paletearía su poquito y él ¿y después? y se le iba la voz y ellos ¿después?, y él después, cuando crecieran y tú te casaras, y él y tú y Lalo: qué absurdo, cómo ibas a pensar en eso desde ahora, y además es lo de menos. Un día la largaría, le buscaría pleito con cualquier pretexto y pelearía y así todo se arreglaría y él, queriendo y no queriendo hablar: justamente era eso lo que no quería, porque, porque la quería. Pero un ratito después —diez "Cristales" ya— hermanos, teníamos razón, era lo mejor: le caeré, estaré un tiempo con ella y la largaré.

Pero las semanas corrían y nosotros cuándo, Pichulita, y él mañana, no se decidía, le caería mañana, palabra, sufriendo como nunca lo vieron antes ni después, y las chicas "estás perdiendo el tiempo, pensando, pensando" cantándole el bolero de Oswaldo Farrés "Quizás, quizás, quizás". Entonces le comenzaron las crisis: de repente tiraba el taco al suelo en el Billar, ¡cáele, hermano!, y se ponía a requintar a las botellas o a los puchos, y le buscaba lío a cualquiera o se le saltaban las lágrimas, mañana, esta vez era verdad, por su madre que sí: me le declaro o me mato. "Y así pasan los días, y tú desesperado..." y él se salía de la vermuth y se ponía a caminar, a trotar por la Avenida Larco, déjenme, como un caballo loco, y ellos detrás, váyanse, quería estar solo, y nosotros cáele, Pichulita, no sufras, cáele, cáele, "quizás, quizás, quizás". O se metía en "El Chasqui" y tomaba, qué odio sentía, Lalo, hasta emborracharse, qué terrible pena, Chotito, y ellos lo acompañaban, ¡tengo ganas de matar, hermano!, y lo llevábamos medio cargado hasta la puerta de su casa. Pichulita, decídete de una vez, cáele, y ellas mañana y tarde "por lo que tú más quieras, hasta cuándo, hasta cuándo". Le hacen la vida imposible, decíamos, acabará alcohólico, locumbeta.

Así terminó el invierno, comenzó otro verano y con el sol y el calor llegó a Miraflores un muchacho de San Isidro que estudiaba arquitectura, tenía un Pontiac, y era nadador: Cachito Arnilla. Se arrimó al grupo y al principio ellos le poníamos mala cara y las chicas qué haces tú aquí, quién te invitó, pero Teresita déjenlo, blusita blanca,

no lo fundan, Cachito siéntate a mi lado, gorrita de marinero, blue jeans, yo lo invité. Y ellos, hermano, ¿no veía?, y él sí, la está siriando, bobo, te la va a quitar, adelántate o vas muerto, y él y qué tanto que se la quitara y nosotros ¿ya no le importaba? y él qqqué le ibbba a importar y ellos ¿ya no la quería?, qqqué la ibbba a qqquerrer.

Cachito le cayó a Teresita a fines de enero y ella que sí: pobre Pichulita, decíamos, qué amargada y de Tere qué coqueta, qué desgraciada, qué perrada le hizo. Pero las chicas ahora la defendían; bien hecho, de quién iba a ser la culpa sino de él, y Chabuca ¿hasta cuándo iba a esperar la pobre Tere que se decidiera?, y la China qué iba a ser una perrada, al contrario, la perrada se la hizo él, la tuvo perdiendo su tiempo tanto tiempo y Pusy además Cachito era muy bueno, Fina y simpático y pintón y Chabuca y Cuéllar un tímido y la China un maricón.

MARIO VARGAS LLOSA

SUR, Nº 153-156, julio-octubre de 1947

EL HOMBRE QUE ADMIRABA A DICKENS

Aunque el señor McMaster había vivido en el Amazonas durante cerca de sesenta años, nadie, salvo unas pocas familias de indios *shirianas,* conocía su existencia. Su casa se levantaba en una pequeña sabana de unas tres millas de diámetro, completamente rodeada por la selva; era una de las pocas fracciones arenosas cubiertas de maleza que había en la región.

La corriente de agua que la regaba no se encuentra en ningún mapa; formaba algunos rápidos, siempre peligrosos, e infranqueables durante casi todas las estaciones del año, y corría a desembocar en el curso superior del río Uraricuera. El curso de este río está claramente trazado en todos los atlas escolares, pero más bien de acuerdo con conjeturas que con realidades. Ningún habitante del distrito, excepto el señor McMaster, había oído jamás hablar de las repúblicas de Colombia, Venezuela, Brasil ni Bolivia; cada una de éstas, en diversas épocas, había alegado derechos sobre esa región.

La casa del señor McMaster era mayor que las de sus vecinos, pero semejante a ellas: techo de hojas de palmas, paredes levantadas a la altura del pecho y formadas de barro y cañas, y el piso de tierra. Poseía una docena, más o menos, de ganado flaco que pacía en la sabana, una plantación de mandioca, algunos árboles de banana y de mango, un perro y (cosa única en el vecindario) una escopeta de un solo caño que se cargaba por la culata. Los pocos objetos útiles que recibía del mundo exterior le llegaban por medio de una larga sucesión de mercaderes, después de haber pasado de mano en mano, a través de trueques concertados en una docena de idiomas, en la extremidad de uno de los más largos hilos de la red que el comercio extiende desde Manaos hasta los remotos rincones de la selva.

Un día, mientras McMaster se ocupaba en llenar unos cartuchos, un indio *shiriana* le trajo la noticia de que un hombre blanco, solo y al parecer muy enfermo, venía del bosque y se acercaba al lugar. McMaster cerró el cartucho, cargó con él la escopeta, guardó en el

bolsillo los cartuchos preparados y partió en la dirección indicada por el indio.

El hombre blanco ya salía de la selva cuando McMaster se acercó a él. Se había sentado en el suelo; era evidente que se sentía mal; estaba descalzo, sin sombrero, con las ropas tan desgarradas que solamente la humedad de su cuerpo las mantenía adheridas a la piel; sus pies estaban lastimados y muy hinchados. Cada parte visible de su piel había sido atacada por insectos y murciélagos; la fiebre hacía arder sus ojos. Estaba delirando, pero dejó de hablar cuando McMaster se le aproximó y le habló en inglés.

—Estoy cansado; no puedo seguir andando. Me llamo Henty, y estoy cansado. Anderson murió. Hace de eso mucho tiempo. Supongo que usted me encontrará muy raro.

—Creo que usted está enfermo, amigo mío.

—Cansado solamente. Debe hacer ya varios meses que no he comido.

McMaster le ayudó a ponerse de pie, y sosteniéndolo por los brazos, lo condujo por entre las matas de pasto en dirección a la granja.

—Estamos cerca. Cuando lleguemos, le daré algo que le hará sentirse mejor.

—Es usted muy bueno. Veo que habla inglés; yo también soy inglés. Me llamo Henty —dijo el enfermo.

—Y bien, señor Henty, no se preocupe más. Usted está enfermo y ha recorrido un áspero camino. Yo lo cuidaré.

Marchaban con lentitud, pero finalmente llegaron a casa.

—Tiéndase allí, en la hamaca; voy a buscar algo que darle.

McMaster se retiró al cuarto del fondo de la casa y sacó una cajita de latón de debajo de un montón de pieles; estaba llena de hojas secas y pedazos de cortezas mezcladas; tomó un puñado de esta mezcla y salió en dirección al lugar donde ardía fuego. Cuando volvió, levantó con una mano la cabeza de Henty y con la otra le acercó a los labios una calabaza que contenía la tisana. El enfermo sorbía tembloroso el amargo líquido. Cuando acabó de beber, McMaster arrojó al suelo el resto. Henty se recostó en la hamaca, sollozando suavemente, pero no tardó en quedarse profundamente dormido.

"Desgraciada" fue el epíteto que la prensa aplicó a la expedición que Anderson emprendió hacia Parima y la región del alto Uraricuera, en el Brasil. La desgracia persiguió a la empresa en cada una de sus etapas, desde los arreglos preliminares iniciados en Londres hasta que se disolvió, en el Amazonas. Fue debido a uno de los primeros contrastes que Pablo Henty llegó a formar parte de ella.

No tenía espíritu de explorador; era un joven bien parecido, de

carácter tranquilo, de gustos refinados y posición económica envidiable, nada intelectual, pero eximio juez de la buena arquitectura, de los ballets; no era un conocedor, pero sí coleccionista, y había recorrido las partes más accesibles del mundo; era muy apreciado por las damas que daban recepciones, y casi reverenciado por sus tías. Estaba casado con una joven encantadora y de excepcional belleza; ella trastornó el excelente orden de su vida al confesarle su afecto por otro hombre: esto ocurría por segunda vez en ocho años de matrimonio. La primera vez, había sido un fugaz entusiasmo por un profesional de tennis; la segunda pasión se la había inspirado un capitán de los Goldstream Guards, y era cosa más seria.

El primer pensamiento de Henty al recibir el choque de esta revelación, fue salir a comer solo. Era miembro de cuatro clubs, pero en tres de ellos podía suceder que se encontrara con el amante de su mujer. Entonces, eligió uno al que iba con escasa frecuencia; era éste un club semiintelectual, al que acudían publicistas, abogados y universitarios que esperaban ser elegidos en el Ateneo.

Allí, después de comer, conversó con el profesor Anderson y por primera vez oyó hablar de la proyectada expedición al Brasil. La dificultad especial que retardaba los arreglos era causada por el desfalco de dos terceras partes del capital de la expedición, cometido por el secretario. Los principales expedicionarios estaban prontos; eran el profesor Anderson, el antropólogo doctor Simmons, el señor Necker, biólogo, y el señor Brough, inspector, operador inalámbrico y mecánico. Todos los aparatos científicos y de deportes estaban embalados, prontos para ser embarcados, si las facilidades necesarias hubieran sido selladas y firmadas por las autoridades del ramo; pero toda la empresa quedaría abandonada si no se conseguían mil doscientas libras esterlinas.

Ya se ha dicho que Henty era hombre de buena posición económica; la expedición duraría de nueve meses a un año. Podía cerrar su casa de campo; pensó que su mujer querría permanecer en Londres, cerca de su enamorado. Henty podía cubrir con exceso la suma necesaria. El viaje presentaba cierto aspecto brillante que quizás despertaría las simpatías de su mujer, según esperaba él. Allí mismo, ante el fuego de la chimenea del Club, se decidió a acompañar al profesor Anderson.

Esa noche, al regresar a su casa, comunicó a su mujer la decisión.

—¿Sí, querido?

—¿Estás segura de que has dejado de amarme?

—*Querido, tú sabes que te adoro.*

—Pero ¿estás segura de que prefieres al capitán Tony No-Sé-Cuántos?

—¡Oh, sí! Lo amo mucho más. Pero es algo completamente diferente.

—Muy bien. Te propongo que no inicies el divorcio de aquí a un año. Así tendrás tiempo de reflexionar. La semana próxima, yo partiré en viaje al Uraricuera.

—¡Cielos! ¿Dónde es eso?

—No lo sé con certeza, pero es en alguna parte del Brasil, según creo. Es una región inexplorada. Estaré ausente durante un año.

—¡Pero, querido! ¡Qué poco original! ¿Es algo como los hombres de que hablan los libros; quiero decir, los que se ocupan de caza mayor, y... todo eso?

—Es evidente que ya has descubierto que soy muy poco original.

—Vamos, vamos, no te pongas desagradable. ¡Oh, el teléfono! Será Tony, probablemente. Si es él, ¿te molestaría mucho que le hablase a solas durante un momento?

Durante los diez días siguientes de preparativos, ella le demostró gran cariño; por dos veces no recibió a su capitán para acompañar a Henty a las tiendas y elegir su equipo; insistió en que comprara polainas de lana. La última noche que él pasaría en Londres, ella le dio una cena en el Hotel Embassy, permitiéndole que invitara a todos los amigos que quisiera; a él no se le ocurrió invitar a nadie más que al profesor Anderson, quien se presentó vestido de modo muy raro, bailó infatigablemente y dejó una impresión general desagradable. Al día siguiente, la señora acompañó a su marido hasta el tren que lo conduciría al punto de embarque, y le regaló una frazada muy suave, de color celeste, dentro de una bolsa de piel de Suecia, del mismo color, con su monograma y con cierre relámpago. Besó a Henty al despedirse y le encareció que "Se cuidara bien en ese sitio desconocido".

Si hubiera ido hasta Southampton, la señora hubiera presenciado dos escenas dramáticas. El señor Brough, al cruzar la planchada, fue arrestado por una deuda de treinta y dos libras esterlinas; esta detención fue causada por la gran publicidad que se dio a los peligros de la expedición. Henty arregló la cuenta.

La segunda dificultad no fue tan fácil de allanar; la madre del señor Necker llegó a bordo antes que los expedicionarios; llevaba un diario editado por algunos misioneros en el que acababa de leer la descripción de las selvas del Brasil. Nada pudo inducirla a permitir que su hijo partiera, y afirmó que permanecería a bordo hasta que él desembarcara con ella. En caso necesario, ella iría con él,

pero jamás le permitiría ir solo a esas selvas. Todos los argumentos fracasaron ante la tenaz anciana que finalmente, cinco minutos antes del momento de la partida, se llevó en triunfo a su hijo, dejando sin biólogo a la compañía.

Tampoco el señor Brough permaneció durante largo tiempo en su puesto. El barco en que viajaban tomaba pasajeros para un viaje de ida y vuelta. Brough no había estado a bordo ocho días todavía y apenas se había acostumbrado al movimiento del barco, cuando contrajo compromiso de matrimonio. Estaba todavía comprometido, pero con otra dama, cuando el barco llegó a Manaos. Rechazó todas las exhortaciones para que siguiera adelante. Entonces Henty le prestó el importe del viaje de regreso, y al llegar a Southampton, renovó su compromiso con su primera novia, y se casaron inmediatamente.

Los otros llegaron al Brasil y hallaron que todos los funcionarios a quienes estaban dirigidas sus cartas credenciales habían sido reemplazados. Mientras Henty y el profesor Anderson negociaban con los nuevos administradores, el doctor Simmons remontó el río hasta Boa Vista, donde estableció un campamento que serviría de base para las futuras operaciones, y allí depositó la mayor parte del aprovisionamiento; éste fue inmediatamente requisado por la guarnición de los revolucionarios; el doctor fue encarcelado por algunos días y sometido a tantas humillaciones diversas que, cuando fue puesto en libertad, muy irritado, se dirigió a la costa sin perder tiempo. En Manaos no se detuvo sino durante los días necesarios para comunicar a sus colegas que insistía en presentar personalmente su caso ante las autoridades centrales de Río.

Hacía apenas un mes que habían iniciado sus tareas; Henty y Anderson se encontraron solos, despojados de casi todas sus provisiones. No se podía pensar en la ignominia de regresar inmediatamente a Londres. Durante un breve tiempo pensaron que sería conveniente ocultarse unos seis meses en Madeira o Tenerife, pero lo probable era que, aun allí, se descubriría la farsa a causa de las numerosas fotografías publicadas en los diarios ilustrados de Londres. Muy deprimidos, los dos exploradores partieron solos en dirección a Uraricuera, con pocas esperanzas de realizar algo que fuera útil para alguien.

Durante siete semanas, remaron debajo de los verdes y húmedos túneles de la selva. Sacaron algunas instantáneas de indios desnudos y misántropos, y embotellaron algunas víboras; pero todo esto se perdió cuando el bote en que navegaban zozobró en los rápidos; se indigestaron muchas veces ingiriendo nauseabundas bebidas en algunas fiestas de indígenas; un buscador de oro, venido de las Guaya-

nas, les robó lo poco que les quedaba de azúcar. Por último, Anderson cayó enfermo de malaria; tendido en su hamaca, murmuraba débilmente, y al cabo de algunos días cayó en estado comatoso y murió, dejando a Henty solo, con una docena de remeros *maku*, ninguno de los cuales hablaba en alguno de los idiomas conocidos por el explorador. Volvieron la proa hacia la corriente del río y navegaron llevando un mínimo de provisiones y sin ninguna confianza mutua.

Una semana después de la muerte de Anderson, Henty se despertó un día y descubrió que su bote y sus remeros habían desaparecido durante la noche. A él no le quedaban sino su hamaca y su pijama, y se encontraba a dos o trescientas millas de la habitación brasileña más próxima. Su impulso natural le impedía permanecer donde estaba, pero no sabía adónde ir. Echó a andar, siguiendo el curso del río; al principio tuvo la esperanza de encontrar alguna canoa. Pero no tardó la selva en presentarle apariciones fantásticas, sin ningún motivo razonable. Siguió adelante, vadeando arroyos o atravesando penosamente la selva.

Había creído siempre, aunque de modo vago, que en las selvas había muchas cosas comestibles; que en ellas se corría peligro a causa de las víboras, de los salvajes y de las fieras, pero no del hambre. Ahora veía que no era así. La selva se componía exclusivamente de inmensos troncos de árboles, enclavados en una maraña de zarzas espinosas, y de lianas; nada de esto era nutritivo. El primer día sufrió horriblemente. Después se sintió como anestesiado; lo desconcertaba especialmente la conducta de los indígenes, que salían a su encuentro vestidos con libreas de lacavos, le traían la comida; después desaparecían de modo inexplicable o levantaban las tapas de las fuentes y descubrían tortugas vivas. Muchas personas que lo conocieron en Londres, ahora corrían en torno suyo, burlándose de él y le hacían preguntas a las que no sabía contestar. También apareció su mujer, y él se alegró de verla, entendiendo que se había cansado de su capitán y había venido a buscarlo; pero también ella desapareció como todos los otros.

Entonces se acordó de que era absolutamente necesario que llegara a Manaos. Redobló su energía y siguió adelante, tropezando con grandes piedras en el lecho del río y enredándose en las lianas. "No debo malgastar mi energía" pensó. Después se olvidó de eso y de todo; no se dio cuenta de nada más hasta que se encontró tendido en una hamaca, en la casa de McMaster. Su convalecencia fue lenta. Al principio, sus días de lucidez alternaban con los de delirio; después le bajó la temperatura y recobró el conocimiento, aunque

seguía muy enfermo. Los días de fiebre fueron menos frecuentes, y por último se presentaron según el sistema que es normal en los trópicos, es decir, entre largos períodos de salud relativa. McMaster le daba con regularidad sus tisanas de hierbas.

—Es muy desagradable, pero hace bien —decía a Henty.

—En la selva hay remedios para todo —afirmaba McMaster—; los hay para curar y para enfermar. Mi madre era india y me enseñó a conocer muchos de ellos. He llegado a conocer otros, por medio de mis diferentes mujeres. Hay plantas para curar y para dar fiebre, para matar y para enloquecer, para alejar a las víboras, para anestesiar a los peces de manera que puedan tomarse del agua como las frutas de un árbol. Hay muchas medicinas que yo no conozco. Dicen que es posible devolver la vida a un muerto, aun después que ha comenzado a descomponerse, pero eso no lo he visto.

—¿Es usted inglés?

—Mi padre era inglés, de las Barbadas; vino como misionero a la Guayana Inglesa. Estaba casado con una mujer blanca pero la dejó en la Guayana para ir a buscar oro. Entonces tomó a mi madre. Las mujeres *shirianas* son feas, pero muy fieles. Yo he tenido muchas. La mayoría de los hombres y mujeres que viven en esta sabana son hijos míos. Es por eso que me obedecen, por eso y por la escopeta. Mi padre vivió hasta una edad avanzada. No hace veinte años que murió. Era un hombre educado. ¿Usted sabe leer?

—Sí, naturalmente.

—No todos son tan afortunados. Yo no sé.

Henty se rió.

—Me parece que aquí no hay muchas oportunidades para leer.

—¡Oh, sí! Precisamente, aquí tengo muchos libros. Le mostraré algunos cuando usted esté mejor. Hasta hace unos cinco años había aquí un inglés, un negro que se había educado en Georgetown. Murió. Acostumbraba leerme todos los días hasta que murió. Usted me leerá cuando se encuentre mejor.

—Tendré mucho gusto en hacerlo.

—Sí, usted me leerá —repitió McMaster haciendo inclinaciones de cabeza y con la calabaza en la mano.

Durante los primeros días de su convalecencia, Henty conversó poco con el dueño de casa; permanecía tendido en la hamaca mirando hacia el techo de palmas y pensando en su mujer; se repetía una y otra vez diversos incidentes de su vida conyugal, incluyendo sus amoríos con el profesional de tenis y con el militar. Los días, de doce horas exactas cada uno, transcurrían sin ninguna diversidad. McMaster se retiraba a dormir al ponerse el sol, y dejaba una pe-

queña lámpara encendida, que era una mecha tejida a mano y sumergida en un recipiente de grasa, para alejar a los murciélagos vampiros.

La primera vez que Henty salió de la casa, lo llevó a dar un corto paseo en torno de la granja.

—Le mostraré la tumba del negro —dijo conduciéndolo a un montículo que había entre los árboles de mangos—. Fue muy bueno conmigo. Todas las tardes, hasta que murió, solía leerme durante dos horas. Creo que voy a poner una cruz para conmemorar su muerte y la llegada de usted; es una linda idea. ¿Cree usted en Dios?

—Nunca he pensado mucho en eso.

—Usted tiene mucha razón. Yo he pensado mucho en ello, y todavía no sé... Dickens lo sabía.

—Supongo.

—¡Oh, sí! Es evidente en todos sus libros. Usted lo verá.

Esa tarde, McMaster comenzó la construcción que colocaría a la cabecera de la tumba del negro. Trabajaba con una gran herramienta, en una madera tan dura que raspaba y resonaba como si fuera metal.

Por último, cuando Henty hubo pasado seis o siete días consecutivos sin fiebre, McMaster le dijo:

—Creo que ahora usted está lo bastante bien para leer los libros.

En un extremo de la choza había una especie de sobrado formado por una tosca plataforma apoyada en los aleros del techo. McMaster apoyó en él una escalera de mano y subió. Henty lo siguió, vacilante todavía, después de su enfermedad. McMaster se sentó en el borde de la plataforma y Henty quedó en lo alto de la escalera de mano mirando en torno suyo. En el sobrado había una cantidad de pequeños envoltorios atados con trapos, hojas de palmera y cueros sin curtir.

—Ha sido difícil alejar a los gusanos y a las hormigas. Dos están casi destruidos, pero hay un aceite muy útil que los indios saben preparar.

Desenvolvió el atado más próximo y dio a Henty un libro encuadernado en cuero de becerro. Era una antigua edición americana de *Bleak House*.

—No importa con cuál empezaremos.

—¿Le gusta Dickens?

—Sí, naturalmente. Algo más que gustarme, mucho más. Vea usted, son los únicos libros que he oído leer. Mi padre solía leerlos, y después el hombre negro... y ahora usted. Los he oído leer varias veces, pero nunca me canso; siempre hay algo más que aprender y que notar, tantos caracteres, tantos cambios de escena, tantas palabras... Tengo todos los libros de Dickens, menos los que las hormigas

devoraron. Se tarda mucho tiempo en leerlos todos, más de dos años.

—Y bien —dijo Henty alegremente—, durarán tanto como mi visita.

—¡Oh, espero que no! Encanta comenzar de nuevo. Cada vez yo encuentro algo más que admirar.

Bajaron el primer volumen de *Bleak House* y esa tarde Henty comenzó su lectura.

Siempre le había gustado leer en voz alta, y durante el primer año de su casamiento, había compartido varios libros leyéndolos con su esposa, hasta que un día, en uno de sus pocos momentos confidenciales, ella le dijo que para ella era una tortura. Algunas veces, después de eso, él había pensado que debía ser agradable tener hijos a quienes leer. Pero McMaster era un auditorio especial, único. El anciano se sentaba a caballo sobre su hamaca, enfrente de Henty, fijando en él los ojos y siguiendo en silencio las palabras, con sus labios. A menudo, cuando se presentaba un nuevo personaje, él decía: "repita el nombre, lo he olvidado", o también: "sí, sí, lo recuerdo bien... La pobre mujer se muere". Frecuentemente interrumpía haciendo preguntas; no las que Henty hubiera creído referentes a las circunstancias de la historia, tales como los procedimientos del Tribunal del Lord Chancellor, o las convenciones sociales de la época, aunque debían haber sido ininteligibles para él, amén de que no le interesaban, pero siempre referentes a los personajes.

—Veamos ¿por qué dice eso ella? ¿Lo cree así realmente? ¿Se sentía desvanecer a causa del calor del fuego o de algo que se decía en ese papel?

Celebraba las bromas con grandes risas, hasta en algunos pasajes que a Henty no le parecían humorísticos, y le pedía que se los repitiera dos o tres veces; después, al oír la descripción de los sufrimientos de los abandonados en "Tom-all-alone" le corrían las lágrimas por las mejillas y se perdían entre su barba. Sus comentarios sobre la narración eran generalmente sencillos: "Creo que ese Deadlock es un hombre muy orgulloso", o si no: "La señora Jellibv no cuida bastante de sus hijos". Henty disfrutaba tanto de aquellas lecturas como McMaster.

Al final del primer día, el anciano dijo:

—Usted lee espléndidamente, con mucho mejor acento que el negro. Y usted explica mejor. Es casi como si mi padre estuviera aquí otra vez.

Y siempre, al terminar una sesión, le agradecía cortésmente a su huésped.

—Me ha gustado mucho eso; fue un capítulo muy angustioso. Pero si es que recuerdo bien, todo terminará de modo satisfactorio.

Cuando comenzaron la lectura del segundo volumen, la novedad y el encanto del viejo habían empezado a disminuir, y Henty se sentía ya bastante fuerte como para inquietarse. Más de una vez abordó el tema de su partida, inquiriendo acerca de las canoas, las lluvias y la posibilidad de encontrar guías. Pero McMaster parecía no comprender y no prestaba la menor atención al tema.

Un día, recorriendo con el pulgar las páginas de *Beak House* que les faltaba leer, Henty dijo:

—Nos falta mucho todavía para terminar. Espero poder terminar el libro antes de mi partida.

—¡Oh, sí! —dijo McMaster—. No se preocupe por eso, amigo mío. Tendrá tiempo para eso.

Por primera vez, Henty notó cierto tono amenazante en la voz de su protector. Esa noche, a la hora de la cena, que consistió en un plato de fariña y carne seca, servido antes de la puesta del sol, Henty renovó el tema.

—Usted ve, señor McMaster, que ha llegado el momento en que debo pensar en volver a la vida civilizada. He abusado ya de su hospitalidad.

McMaster se inclinó sobre su plato ingiriendo grandes bocados de fariña, pero guardó silencio.

—¿Cuándo cree usted que podré conseguir un bote?... Digo que ¿cuándo cree usted que podré conseguir un bote? Yo aprecio más de lo que puedo expresar todas las bondades que usted ha tenido para mí, pero...

—Amigo mío, cualquier cosa que yo haya hecho por usted está ampliamente recompensada con su lectura de Dickens. No volvamos a mencionar el tema.

—Me alegro que usted haya disfrutado. Yo también. Pero debo pensar en mi regreso...

—El negro decía lo mismo. Pensaba en eso mismo todo el tiempo. Pero murió aquí...

Al día siguiente, Henty abordó el tema por dos veces, pero el viejo se mostró evasivo. Por último le dijo:

—Discúlpeme, señor McMaster, pero debo insistir sobre el punto. ¿Cuándo podré contar con un bote?

—No hay botes.

—Pero los indios pueden construir uno.

—Hay que esperar las lluvias. No hay bastante agua en el río ahora.

—¿Cuánto hay que esperar?

—Un mes... dos meses...

Habían terminado *Bleak House* y estaban cerca del final de *Dombey and Son,* cuando empezaron las lluvias.

—Ahora es el momento de hacer preparativos para mi partida.

—¡Oh, imposible! Los indios no harán ningún bote durante la estación de las lluvias; es una de sus supersticiones.

—Usted debió habérmelo dicho.

—¿Y no se lo dije? Me habré olvidado.

A la mañana siguiente, mientras McMaster se hallaba ocupado, Henty salió solo, y aparentando estar despreocupado, se dirigió a la sabana, hacia el grupo de cabañas. En la puerta de una de ellas se hallaban sentados cuatro o cinco indios *shamanas.* Estos no lo miraron cuando Henty se aproximó; él les habló empleando las pocas palabras de la lengua maku que había aprendido durante su viaje, pero ellos no dieron señales de haber comprendido. Entonces dibujó la silueta de un bote en la arena y les indicó algunos movimientos de carpintería, señalando de ellos a él, y luego insinuó el gesto de darles fusiles, sombreros y algunos otros artículos de comercio. Una de las mujeres se rio, pero nadie demostró haber comprendido y él se retiró descontento.

Durante el almuerzo, McMaster le dijo:

—Señor Henty, los indios me han dicho que usted intentó hablarles. Es mejor que usted se entienda conmigo para lo que desee, porque ellos no harán nada sin mi autorización. Ellos se consideran hijos míos, y en su mayoría tienen razón.

—Es cierto. Fui a preguntarles por una canoa.

—Eso es lo que me dieron a entender. Y ahora, si usted ha terminado su comida, podemos empezar otro capítulo. Estoy completamente absorbido por ese libro.

Terminaron *Dombey and Son;* había pasado casi un año desde que Henty saliera de Inglaterra, y la terrible perspectiva de su exilio definitivo empezaba a torturarlo cuando, entre las páginas de *Martin Chuzzlewit,* encontró un papel escrito con lápiz en caracteres irregulares:

"Año 1919.—Yo, James McMaster, de Brasil, hago jurar a Barnabas Washington de Georgetown, que si termina este libro titulado *Martin Chuzzlewit,* lo dejaré irse tan pronto como termine".

Seguía una gruesa X hecha con lápiz y luego: "McMaster hizo esta señal; firmado Barnabas Washington".

—Señor McMaster —dijo Henty—, quiero hablarle francamente. Usted me salvó la vida y estoy dispuesto ha recompensarlo del mejor modo posible cuando vuelva a la civilización. Le daré a usted todo

lo que sea razonable. Pero ahora usted me está reteniendo aquí contra mi voluntad. Pido que se me deje en libertad.

—Pero amigo, ¿qué es lo que lo retiene? Usted es libre. Puede irse cuando quiera.

—Bien sabe usted que no puedo irme sin su ayuda.

—En ese caso, usted tiene que conquistar a un viejo. Léame otro capítulo.

—Señor McMaster, juro por lo que usted quiera que cuando yo llegue a Manaos le enviaré una persona que tome mi lugar. Pagaré a un hombre para que le lea durante todo el día.

—Pero es que yo no necesito otro hombre. ¡Lee usted tan bien!

—He leído por última vez.

—Espero que no —repuso McMaster cortésmente.

Esa noche se trajo para la cena un solo plato de carne seca y fariña y McMaster comió solo. Henty permaneció silencioso, mirando al techo de palmas.

Al día siguiente, a la hora del almuerzo, se puso un solo plato delante de McMaster, quien tenía el fusil cargado sobre las rodillas mientras comía. Henty reanudó la lectura de *Martin Chuzzlewit* donde la había interrumpido.

Las semanas pasaban sin esperanza. Leyeron *Nicolas Nickleby* y *Little Dorrit* y *Oliver Twist*. Entonces llegó a la sabana un extraño mestizo buscador de oro, uno de esos solitarios que vagan por los bosques durante toda su vida, siguiendo los arroyos, y tamizando las arenas y llenando gramo a gramo su bolsita de cuero con polvos de oro, y que a menudo mueren por la intemperie y el hambre, con su carga de oro por valor de quinientos dólares colgada del cuello.

McMaster se sintió contrariado a su llegada, le dio fariña y *passo* y lo hizo reanudar su marcha al cabo de una hora; pero en esa hora Henty tuvo tiempo de garabatear su nombre en una tira de papel y ponerla en la mano del hombre.

Ahora había una esperanza. Los días continuaron con su invariable rutina; café al amanecer, una mañana de inacción mientras McMaster se ocupaba en los asuntos de la granja, fariña y *passo* al mediodía, Dickens por la tarde, fariña y *passo* y, algunas veces, fruta al caer la noche, silencio desde la puesta del sol hasta el alba con el pequeño pabilo ardiendo en grasa y el techo de palmas apenas discernible sobre la cabeza; pero Henty vivía confiado y esperaba.

Alguna vez el buscador de oro llegaría a alguna aldea brasileña con la noticia de su descubrimiento. El desastre de la expedición de Anderson no podía haber pasado inadvertido. Henty se imaginaba los títulos con que la noticia habría aparecido en los diarios; posiblemente

había gente que los estaba buscando y recorría la región que ellos habían atravesado; cualquier día podrían oírse voces hablando en inglés en la sabana y un grupo de aventureros amistosos se precipitarían a través de la selva. Cuando estaba leyendo, aunque sus labios seguían maquinalmente las páginas impresas, su pensamiento vagaba lejos de su oyente, que lo escuchaba anhelante. Comenzaba a imaginar los incidentes de su vuelta al hogar, los encuentros graduales con la civilización; se afeitaría y vestiría con ropas nuevas en Manaos, telegrafiaría pidiendo dinero, recibiría telegramas de felicitación; disfrutaría del viaje por la lenta corriente del río hasta Belem; el gran transatlántico que lo llevaría a Europa; saboreaba ya el buen clarete y la carne fresca y las verduras primaverales; se sentía tímido ante su esposa e indeciso acerca de lo que iba a decirle...

—Querido, has tardado mucho más de lo que dijiste. Yo te creía perdido...

De pronto McMaster interrumpió:

—¿Puedo molestarle para que me lea ese pasaje otra vez? Me agrada especialmente.

Pasaron varias semanas; no había señales de rescate, pero Henty soportaba cada día con la esperanza de que podía suceder mañana; hasta llegó a sentir cierta cordialidad hacia su carcelero y se sintió muy bien dispuesto a seguirlo cuando una tarde, después de un conciliábulo con un indio vecino, McMaster propuso celebrar una fiesta.

—Es una fiesta local —explicó— y han estado haciendo *piwari*. Tal vez a usted no le guste, pero tiene que probarlo. Iremos a casa de ese hombre esta noche.

Después de la comida, se reunieron esa noche con un grupo de indios que estaban alrededor del fuego en una de las cabañas al otro lado de la sabana. Cantaban de modo apático y monótono, pasando de uno a otro una gran calabaza de líquido que iba de boca en boca. A Henty y McMaster se les dio una calabaza a cada uno y hamacas para sentarse.

—Hay que beberlo de una vez sin dejar el recipiente. Ésa es la etiqueta.

Henty probó el líquido oscuro, procurando no paladearlo. Pero no lo halló desagradable; era áspero y denso al paladar, como la mayor parte de las bebidas que había probado en el Brasil, pero tenía gusto a miel y a pan moreno. Se echó atrás en la hamaca sintiéndose insólitamente contento. Tal vez en esos momentos sus salvadores estaban a escasa distancia de allí. Mientras tanto, él se sentía reconfortado y soñoliento. La cadencia del canto se elevaba y descendía, interminable, litúrgica. Le ofrecieron otra calabaza de *piwari* y él la devolvió

vacía. Yacía extendido, mirando el juego de luces y sombras en el techo de palmas, cuando los *shirianas* comenzaron la danza. Cerró los ojos pensando en Inglaterra y su esposa y se quedó dormido.

Se despertó en la cabaña india con la sensación de haber dormido más de lo acostumbrado. Por la posición del sol, vio que era la tarde. No había nadie allí. Iba a ver la hora y vio con sorpresa que su reloj no estaba en su muñeca. Pensó que tal vez lo habría dejado en la casa, antes de venir a la fiesta.

—Debo haberme embriagado anoche —pensó—. ¡Bebida traidora!

Sentía dolor de cabeza y temía que le volviera la fiebre. Cuando puso los pies en el suelo, halló dificultad en pararse; su andar era inseguro y se sentía mareado, como en los días de su convalecencia. En su camino a través de la sabana, se vio obligado a detenerse más de una vez, cerrando los ojos y aspirando el aire a todo pulmón. Cuando llegó a la casa, encontró a McMaster, esperándolo.

—Amigo mío, se le ha hecho tarde para la lectura de hoy. Apenas queda media hora de luz. ¿Cómo se siente?

—Mal. Esa bebida no me conviene.

—Le daré algo que lo mejore. En el bosque hay remedios para todo, para despertarlo y para hacerlo dormir.

—¿Ha visto mi reloj en alguna parte?

—¿Lo ha perdido?

—Sí. Creí haberlo llevado puesto. Nunca he dormido tanto.

—Seguro que no, desde que era niño. ¿Sabe cuánto tiempo durmió? Dos días.

—No... no puede ser.

—Sí, así es. Es mucho tiempo. Es una lástima porque perdió una visita.

—¿Visitas?

—Sí. He estado muy entretenido mientras usted dormía. Eran tres hombres extranjeros, ingleses. Es una lástima que usted no los haya visto. Y una lástima para ellos también, porque deseaban verlo. Pero ¿qué podía yo hacer? ¡Usted estaba tan profundamente dormido! Vinieron a buscarlo, y como usted no pudo recibirlos, les di su reloj, pensando que a usted no le importaría eso, para que se llevaran ese pequeño recuerdo. Ellos deseaban algo suyo que llevarle a su esposa, que había ofrecido una recompensa a quien le diera noticias suyas. Se mostraron muy satisfechos con el reloj. Tomaron fotografías de la cruz que yo levanté conmemorando su llegada. Les agradó mucho también. Se contentaron muy fácilmente. Pero creo que no nos volverán a visitar; nuestra vida aquí es tan retirada... no hay más placer

que la lectura... Supongo que no han de volver. Le daré alguna medicina para que se sienta mejor. Le duele la cabeza, ¿no es cierto?... Hoy no leeremos Dickens... pero sí mañana, y pasado mañana y todos los días. Empecemos otra vez con *Little Dorrit*. Hay pasajes en ese libro que nunca puedo oír sin sentir ganas de llorar.

(Traducción de Celia B. de Velazco Blanco) EVELYN WAUGH

EL CAOS

"La tendencia natural de las cosas es el desorden."
ERWIN SCHROEDINGER

Desde muy chico me atrajo la filosofía. Debo confesar que padezco de algunos impedimentos físicos —por ejemplo en una mano tengo tres dedos y en la otra, por desgracia la derecha, solamente dos, lo que entre otras cosas me impidió aprender el piano, como hubiera sido mi deseo— y que esta circunstancia, si bien por un lado contribuyó a que mi infancia y mi adolescencia fueran algo menos movidas que las de la mayoría de los jóvenes, lo que por suerte me permitía disponer de más tiempo para el estudio, por otro lado era una seria traba para mi perfeccionamiento espiritual, ya que estos impedimentos míos me dejaban por así decir a la merced del mundo exterior.

A pesar de todo, mis investigaciones filosóficas se caracterizaban en esa época por una asiduidad y una seriedad poco comunes. Mi verdadera pasión ha sido siempre la metafísica. Último descendiente de una familia que otrora fue la más ilustre del país, el árido y sobre todo tortuoso sendero de esta ciencia era en efecto el camino que mi natural aristocracia había elegido para reafirmar con nuevas conquistas espirituales el predominio de nuestra estirpe, jamás discutido hasta ahora en los demás campos.

Aunque no basta decir que me ocupaba de metafísica para definir el carácter de mis preocupaciones, ya que la metafísica abarca demasiadas ramas de estudio, demasiados problemas, demasiadas posibilidades. En realidad, a partir de cierta edad podría decirse que sólo un problema me interesó, y a él decidí dedicar toda mi actividad filosófica. Me refiero al viejo problema teleológico: ¿cuál es el verdadero sentido y cuál la finalidad del universo?

Hubiera podido, es cierto, conformarme provisoriamente con algunas de las tantas hipótesis que sobre este problema y sobre otros con él relacionados han formulado los filósofos, sin duda numerosos, que de ellos se han ocupado; pero las teorías que yo conocía no me satisfacían, y hurgar en los libros buscando otras teorías no me resultaba

tarea fácil, por una serie de circunstancias que sería largo enumerar; basta recordar, para no abundar en detalles, que soy extremadamente bizco de nacimiento, lo que me obliga a leer de costado, es decir, con el libro al nivel de las sienes, y en esa posición —como cualquiera puede comprobarlo haciendo la prueba— el puente de la nariz constituye un obstáculo a menudo insalvable para la lectura. Las cosas habrían sido muy diferentes para mí, tal vez mi vida habría seguido muy distinto curso, si en vez de ser bizco para adentro lo hubiera sido para afuera.

Por otra parte, debo aclarar que este molesto defecto físico, el estrabismo, no es en mí tan marcado como podría suponerse, ya que afecta uno solo de mis ojos, el derecho. El izquierdo lo perdí cuando niño, mientras jugaba al histórico juego de Guillermo Tell y la manzana con el príncipe mi padre, que según dicen descendía del famoso guerrillero suizo. Una pérdida de todos modos sin importancia, si consideramos que el ojo en cuestión no se encontraba, perdonando la expresión, donde Dios manda, sino mucho más abajo, y además casi pegado a la nariz, lo que lo privaba en gran parte de su utilidad.

En el hueco que me quedó preferí hacerme colocar un hermoso ojo falso, de moderno material plástico (celeste, porque el verdadero, que es negro, no me ha gustado nunca mucho), cuya pupila ciega, siempre fija en el vacío, me permite mirar en cualquier dirección (con el otro ojo) sin que nadie lo advierta; ventaja de la cual habría podido sacar partido como correspondía en mis años mozos, cuando todavía hervía en mi sangre el calor de la adolescencia, si no hubiera sido por mi natural discreto y retirado —especialmente en esos años— que me mantenía constantemente apartado de lo que yo entonces llamaba frivolidades del mundo material. Sin contar que desde la edad de nueve años he perdido casi completamente el uso del oído, lo que también contribuía a mi aislamiento.

Sería una vana concesión al placer de la memoria entrar en una explicación detallada de mis estudios metafísicos. Me reduciré a decir que, después de mucho vacilar, durante años, sobre las más contradictorias hipótesis (o por lo menos sobre lo que de ellas había podido entrever, lateralmente, en el curso de mis trabajosas lecturas), me vi obligado no diré a aceptar pero sí a examinar hasta qué punto eran válidas ciertas teorías modernas, en el sentido de que la investigación solitaria no puede revelarnos el enigma del universo, y que sólo a través de la comunicación con nuestros semejantes nos será permitido entender lo poco que nos es dado entender del mundo que nos rodea.

Ahora bien, nadie podría negar que, por una serie de circunstancias, algunas ya mencionadas y otras que sería demasiado largo referir, mi

contacto con la gente había sido hasta el momento mínimo. Basta decir que sufro de frecuentes ataques de epilepsia (durante los cuales los ojos se me ponen en blanco, la lengua se me sale de la boca, todo el cuerpo se me cubre de manchas violáceas, y hasta en algunos casos se me quedan las manos, durante días y días, torcidas para adentro); y que este pequeño inconveniente, por otra parte nada excepcional, no solamente me ha impedido asistir a los grandes bailes que una vez al mes organizaban mis primas las duquesas, lo que en sí no revestía mucha importancia, sino que además me ha obligado a mantenerme siempre alejado de la universidad y otras academias donde los jóvenes suelen encontrarse con jóvenes de su edad.

Pero una vez decidido a derribar esta barrera de aislamiento que me protegía, lo mejor que podía hacer era lanzarme en medio de la muchedumbre y de ese modo comprobar, de la manera más violenta pero también más eficaz posible, si era cierto o no que sólo por medio de la comunicación con mis semejantes me sería dado llegar a alguna especie de verdad. Y para ello elegí una noche de carnaval.

No se trataba, debo aclarar, del Carnaval descolorido y desanimado de nuestros días, sino de uno de aquellos carnavales frenéticos, licenciosos y avasalladores de antes, cuando la tradición no se había todavía replegado sobre sí misma para refugiarse en los míseros clubes de barrio, o peor todavía en los cinematógrafos populares trasformados en pista de baile. Las avalanchas de provincianos que para la ocasión se volcaban sobre la capital, convertían las calles en un verdadero caldero en ebullición, un vertiginoso remolino donde todas las edades y las clases sociales se confundían. Estruendo de petardos, guirnaldas de serpentinas, bandas de máscaras, hoy todo eso ha desaparecido; hasta los fuegos artificiales que inundaban de color el cielo de la noche han desaparecido, y lo más curioso de todo es que han desaparecido por culpa mía.

Impulsado como he dicho por esa impaciencia intelectual, que es después de todo mi más simpática característica, me hice trasportar una noche en mi literita a la ciudad vieja, un laberinto de callejuelas que la gente de mi clase muy pocas veces visitaba, pero que en ocasión de los carnavales se trasformaba en el centro mismo de la animación popular. Llegar a la plaza de la Catedral no fue tarea fácil; mis lacayos debían abrirse paso entre las máscaras enloquecidas, tropezaban con los cuerpos de los borrachos tendidos sin recato y a menudo sin conocimiento en las alcantarillas de las estrechas callejas medievales, y a duras penas conseguían deshacerse de los impúdicos abrazos de las criaditas disfrazadas de mariposa o de odalisca. El estruendo debía de ser tan ensordecedor que yo casi lo oía; por lo menos una

especie de zumbido me oprimía las sienes, como una vez que por un capricho se me había ocurrido sentarme debajo de la Catarata del Arcoiris, en el hueco que la naturaleza ha formado entre la roca y la lámina de agua de la cascada.

Por fin llegamos: pero una vez en la plaza era tal la confusión que no bien hubieron depositado los lacayos mi sillita en un nicho de la fachada de la Catedral, para que desde allí gozara como pudiera del colorido espectáculo, empecé a preguntarme si después de todo no habría sido mejor quedarse en el palacio, tranquilamente sentado en un balcón, mirando las pocas máscaras que por casualidad pasaban por los alrededores. En efecto, la tumultuosa visión de toda esa gentuza que a la luz de innúmeras linternas y antorchas se entregaba al desenfreno, dando rienda suelta a los instintos contenidos durante todo un año, no era en verdad tan placentera como mis amigas me habían asegurado; aunque tal vez contribuyera a mi malestar el hecho de no oír absolutamente nada de sus cantos ni sus músicas los cuales como ya he dicho, se convertían en la delicada caja de resonancia de mi cráneo en un indistinto zumbido. Lo cierto es que después de unos minutos de trabajosa contemplación, me decidí a dar a mis lacayos la orden de volver a casa.

En ese momento advertí con horror que mis lacayos habían desaparecido: tal vez arrastrados por el incontenible empuje de la multitud, tal vez por su propia y desconsiderada voluntad, el hecho es que me habían dejado solo, sentado en mi sillita estilo Imperio, expuesto en un nicho de la Catedral a las miradas curiosas, y tal vez a los comentarios insolentes de la plebe enloquecida. No es fácil para mí, como ya he explicado, mirar en más de una dirección a la vez, y así como los lacayos se habían alejado de mi angosto campo visual sin que yo lo advirtiera, así podían volver en cualquier momento; quizá estaban a dos pasos de mí, quizá se habían refugiado en uno de los pórticos de la iglesia. Lo mejor que podía hacer, por el momento, era llamarlos, y así lo hice: "¡Felpino! ¡Toscok! ¡Felpino! ¡Toscok!"; un poco avergonzado sin embargo de tener que gritar delante de toda esa gente nombres tan ridículos.

Ni Felpino ni Toscok acudieron a mi llamado; mientras tanto, se iba formando a mi alrededor un grupito de curiosos, que después de un rato de muda contemplación empezaron a aclamarme, o tal vez a gritarme improperios; no era fácil, en realidad, deducir de sus viles expresiones qué diablos estaban gritando. En pocos minutos el grupo se convirtió en una multitud; los que estaban más cerca de la iglesia, tomándose por las manos, se pusieron de pronto a cantar, con horribles manifestaciones de alegría, una canción probablemente alusiva.

Sin duda esta canción les gustaba sobremanera, ya que poco después toda la multitud se balanceaba rítmicamente, hombres y mujeres, todos abriendo la boca de par en par y al mismo tiempo. La escena me recordaba un extraño relato que una vez me había leído el profesor de inglés, acerca de un hombre que desciende al fondo del mar en un batiscafo, y allí se queda prisionero, suspendido sobre las ruinas de una antigua ciudad sumergida, poblada de inmundos seres verdosos que lo observaban balanceándose rítmicamente como las algas de las profundidades.

No recuerdo qué le ocurre después al hombre del batiscafo, pero recuerdo perfectamente lo que me ocurrió a mí. Por más que me esforzaba en mirar en otra dirección, haciéndome el distraído, la gente de la plaza seguía agolpándose en semicírculo a mi alrededor. Quizá lo hacían sencillamente impelidos por la curiosidad, quizá no habían visto nunca tan de cerca una persona de mi rango; de todos modos, ya empezaba a sentirme nervioso, cuando un joven disfrazado de limpiachimeneas se trepó al friso de piedra que me circundaba, y con una especie de plumero todo sucio de hollín me refregó la cara; el público naturalmente se echó a reír a carcajadas.

Más esfuerzos hacía yo, impedido como estaba de descender del nicho, por limpiarme la nariz con el pañuelo de seda, más se reían los espectadores, o en todo caso más grande abrían la boca, mostrando unos dientes cariados y negros, tan distintos de los míos que por lo menos son falsos. En ese momento, y por primera vez en mi vida, agradecí al destino que me costara tanto trabajo verlos.

Apenas había bajado del nicho el limpiachimeneas, cuando ya se había trepado otro individuo, vestido de jugador de fútbol, para colocarme en la cabeza un gorro adornado con cascabeles, y sobre los hombros un manto de tela ordinaria, a rombos rojos y verdes, con lo cual sin duda creían conferirme un gran honor. Resignado a aceptar el grosero homenaje de esos patanes irrespetuosos, ya me disponía a rogarles que trataran de encontrar a mis lacayos Felpino y Toscok, cuando un joven más atrevido que los anteriores se subió al nicho para volcarme sobre la cabeza el contenido de un tarro de miel, y a continuación todas las plumas de un almohadón. Quién sabe dónde o cómo se lo había procurado; recuerdo que me llamó bastante la atención la idea de que alguien saliera a pasear por la plaza de la Catedral con un almohadón de plumas. Pero era Carnaval, y todas las locuras estaban permitidas.

En cambio no recuerdo tan bien lo que ocurrió después. Sé que me golpearon, tal vez sin querer; sé que me hicieron bajar del nicho y que al ver que no podía caminar, dos muchachos se apoderaron del

cómico manto que me habían atado al cuello, cada uno de una punta, y así tirando me arrastraron por toda la plaza, con grandes muestras de hilaridad; sé que a continuación me echaron en la pileta de la fuente del Reloj, y allí seguramente perdí el sentido, porque cuando volví en mí me encontré en un lugar completamente desconocido, suspendido a medio metro del suelo en una posición tan ridícula como nueva para mí, aunque conjeturo que para un joven de baja condición social la cosa habría sido hasta cierto punto admisible y aun divertida.

Me rodeaba una multitud en cierto modo distinta de la que pocos minutos antes me había aclamado en la plaza: los hombres eran más torvos, las mujeres de ojos más aviesos y fríos. El lugar era una especie de parque polvoriento, de canteros pisoteados y altos árboles sucios, con ese aire de jardín de nadie que a veces presentan las fondas al aire libre, con sus senderos barrosos cubiertos de papeles grasientos y sus mesas de tablas manchadas de vino. En el centro de este jardín miserable habían instalado una especie de asador, de esos que se hacen girar a mano con una rueda o manivela, para asar pollos y lechones; y allí estaba yo, rigurosamente atado con alambres al hierro trasversal del aparato. Para colmo, completamente desnudo, como un lechón cualquiera. Por suerte no se les había ocurrido atravesarme con el asador, como suelen hacer con los pollos, y además las brasas del fogoncito abierto despedían un agradable calor, que hacía más tolerable mi total desnudez, tan inadecuada en realidad a la estación. Un hombre de anchas barbas negras, vestido como un gitano, hacía girar en esos momentos la manivela del asador, con un lento movimiento circular que me permitía observar más cómodamente todo lo que ocurría en torno.

En realidad debían de ser todos gitanos; las mujeres ostentaban gruesas trenzas negras, y los hombres unos bigotes exagerados que se prolongaban hasta las patillas, formando una especie de barboquejo negro a través de la cara fascinerosa. "¿Estarán por comerme?", me preguntaba yo, con más curiosidad que temor, habiéndome enseñado la experiencia que el destino ama demasiado los golpes bajos e inesperados; basta estar por lo tanto moderadamente atento para que se desinterese por completo de nosotros: basta prever una desgracia para que la desgracia no ocurra. De todos modos, no me habrían comido crudo, y por ahora el fuego parecía más propenso a apagarse que a cocerme.

El hecho de no entender nada de lo que decían, si bien por una parte me evitaba oír quién sabe qué tonterías y groserías, por otra parte era un inconveniente: ante todo, porque me resultaba imposible

descubrir, por más que escrutara las hoscas facciones de los gitanos, si se habían propuesto rendirme alguna especie de exótico homenaje, o sencillamente asarme para devorarme, siguiendo un rito bastante difundido entre ciertas tribus salvajes, que una vez al año se comen a su rey para fortificarse y purificarse mágicamente incorporando a sus viles organismos las preciosas entrañas, testículos y demás adminículos del soberano. Verdad que yo no era el rey de nadie, todavía; pero mi clarísimo linaje muy bien podía haberles inspirado esta peregrina idea: así como el populacho me había elegido Rey del Carnaval, así ellos, habiéndome rescatado de las aguas de la fuente —en circunstancias para mí todavía oscuras, ya que en el momento del rescate me encontraba, por así decir, en las nubes—, me habían probablemente nombrado Rey de los Gitanos.

De todos modos la idea no me gustaba nada, y les grité que me desataran y me devolvieran mis ropas; inexplicablemente, en vez de obedecerme, apareció un jovencito apenas vestido con un taparrabos de piel de leopardo, que sin decir esta boca es mía se puso a echar carbón y hojas secas en el fuego. Las llamas crepitaron, y ya estaban por alcanzarme, con las consecuencias que fácilmente son de imaginar, cuando una verdadera horda de cerdos salvajes, que impelidos quizá por qué misterioso instinto habían aprovechado justamente ese momento para bajar de la montaña, atravesó el parque del restaurante, dispersando a los gitanos y derribando todo lo que encontraban a su paso, asador incluido. Por suerte fui a caer adentro de la canasta del carbón, que el adolescente del taparrabos había dejado al lado del fuego, lo que me salvó de ser pisoteado por los salvajes animales.

No terminó allí la cosa. El carbón era sucio y lleno de puntas cortantes, para peor entremezclado con astillas de leña que a cada movimiento que yo hacía me pinchaban las carnes desnudas. Atado como estaba todavía a la varilla del asador, salir de la canasta con la ayuda solamente de mis brazos, musculosos pero cortos, habría sido tan inútil como trabajoso; por otra parte, dormir así desnudo bajo los altos árboles no era una idea que atrajera, aun suponiendo que con filosófica paciencia me decidiera a extraer del canasto, con la mano que en la caída se me había por suerte liberado de los alambres, los trozos de carbón y la madera que tanto me fastidiaban. En este dilema estaba, cuando empezó a llover, primero despacio y después con tanta fuerza que en cierto momento hasta cayó granizo, unos pedazos de hielo gordos como huevos de paloma que amenazaban llenar el canasto y cubrirme totalmente; pero por suerte el granizo duró poco, y con el calor del cuerpo los trozos de hielo terminaron por fundirse. Al rato empecé a estornudar; por más que lo intentara, no conseguía

distraerme pensando en mis problemas filosóficos favoritos. A ratos me asomaba al borde de la canasta, pero no se veía un alma: el restaurante había apagado todas las luces, y de los gitanos y los jabalíes no quedaban más rastros que una gran confusión de mesas derribadas y papeles mojados.

Así pasé la noche, maldiciendo la estúpida idea que había tenido de salir de casa para ver si el contacto con mis semejantes me revelaba el sentido del universo. Cuando vinieron a buscarme los emisarios de mis tías, angustiadas por mi prolongada ausencia y sobre todo por la noticia de que un mayordomo había hallado a los lacayos Felpino y Toscok completamente borrachos en los aledaños de la plaza de la Catedral, era ya de día. Una semana me duró el resfrío, para no hablar de los arañazos y contusiones sufridos durante esa noche de perros; y no una sino mil veces, mientras yacía en mi camita adornada con plumas de avestruz y de faisán, juré no volver a intentar el más mínimo contacto con el populacho. Y debo confesar que por muchos años no me costó ningún esfuerzo mantener el juramento.

Discutidores no faltan en este mundo, personas que no sólo no se contentan con la opinión de sus interlocutores, sino que además pretenden, en cualquier ocasión que se les presente, imponer la suya propia, como si por el solo hecho de ser suya fuera más valiosa o más fundada; no me asombraría por lo tanto que, llegado aquí, alguien alzara la voz para objetarme que los hechos materiales, incidentes u ocurrencias personales del filósofo poco pueden influir en su visión del mundo, cuando ésta es un producto imparcial de la especulación introspectiva sobre la realidad que nos rodea. A esos disidentes me apresuro sin embargo a responder que en ningún caso dicha especulación es imparcial, y que nuestras ideas son desdichadamente una consecuencia directa de nuestra educación, de nuestro ambiente, de nuestras circunstancias. Demasiado se ha visto que la frustración, ya sea ésta de origen económico o simplemente sexual, conduce al marxismo; que el odio a los valores sociales o la afirmación de estos valores depende casi siempre de los sentimientos que en nuestro subconsciente infantil han sabido suscitar nuestros padres o nuestros familiares; que los hombres de baja estatura son en general más violentos; que las mujeres sin hijos escriben versos; que las personas de edad manifiestan una cierta propensión a creer en la inmortalidad del alma; y así sucesivamente.

No es raro por lo tanto que el recuerdo de mis aventuras carnavalescas me indujera a rechazar de plano la hipótesis de que sólo a través de la comunicación con nuestros semejantes nos será dado comprender el enigma del universo. Para esa época había empezado

sin embargo a llamarme la atención una hipótesis más atrayente. En pocas palabras, se trataba de la posibilidad de llegar al sentido recóndito de las cosas por medio del éxtasis místico; si la divinidad era, como decían mis tías las princesas, la única fuente de verdad, pues entonces lo mejor que podía hacer era tratar de comulgar con la divinidad.

Así fue cómo, después de haber leído y estudiado con detención las obras de los místicos más famosos de los siglos XVI y XVII, en parte por consejo de mis tías, y en parte por mi propia inclinación, ya manifestada durante la primera infancia, para no hablar de los años decisivos de la adolescencia, decidí un día renunciar francamente no sólo a los placeres del mundo material, como hasta ahora había hecho, sino también a los placeres del pensamiento sistemático, para sumergirme en los calmos y abiertos lagos de la pura contemplación. Con este propósito —no había pasado un año todavía del episodio más arriba mentado— me trasladé a un monasterio de la costa, un tranquilo asilo suspendido en la ladera boscosa de unos montes que descienden casi a pico hasta el mar, eternamente agitado por los vientos contrarios característicos de la región.

Desdeñando sin embargo el consejo de los monjes, todas las tardes me hacía trasportar en mi sillita de ruedas hasta un promontorio que sobresalía a gran altura sobre los acantilados de la costa; allí me dejaban solo, bien envuelto en mi bufanda blanca, sumido en la pura contemplación del crepúsculo y de la inmensidad de la naturaleza en general. En realidad, tanto los monjes como los textos místicos, que en esa época constituían mi única lectura, me recomendaban insistentemente la conveniencia de entregarme a la contemplación, siempre que me fuera posible, encerrado entre las cuatro paredes de mi diminuta celda; pero hasta el momento este forzoso encierro no me había dado ningún resultado digno de mención: abandonado a mí mismo, entre esas cuatro paredes blancas y sin adorno, si se exceptúa una horrible cruz de madera comida por la polilla, me aburría espantosamente, y en vez de ser visitado por las prometidas iluminaciones, después de una o dos horas de mirar la cruz terminaba durmiéndome, masturbándome o leyendo algún místico divertido, especialmente los españoles que describen la unión con la divinidad en términos francamente eróticos y a menudo excitantes.

En cambio frente al mar —si bien no me fuese dada en ningún momento la prometida trasfiguración, el éxtasis que por fin me permitiría contemplar la realidad frente a frente, y no como en un espejo oscuro— el mero espectáculo de las nubes, de las sombras que éstas proyectaban sobre las olas, y de las mismas olas, bastaba para entre-

tenerme durante horas. Nervioso y difícil de carácter como soy por naturaleza, no puedo decir que el magnífico espectáculo de ese mundo virgen me concediera inmediatamente la posibilidad de comulgar con su infinita calma, la calma grandiosa de todo lo que se mueve sin obedecer ni a directivas ni a finalidades; pero de todos modos debo confesar que en ninguna parte me había sentido más cerca del anhelado éxtasis contemplativo que en ese promontorio sólo habitado por las águilas marinas.

Allí estaba pues un día, admirando un sol pálido que se sumergía no exactamente en las aguas sino en una faja azulada de nubes, que como una zona vaporosa ceñía el horizonte, cuando de pronto, con un estremecimiento avieso cuyo recuerdo todavía me hiela la sangre, todo el promontorio sobre el cual me encontraba se desprendió del flanco de la montaña y se precipitó a pico en el mar. En realidad, el desastre no me habría tomado tan de sorpresa (ya que hacía por lo menos media hora que mis oídos, aunque sordos, percibían la interna vibración de unos desgarramientos o crujidos premonitorios, a menudo acompañados de un rodar de piedras y escombros desprendidos de la pared de roca), si no hubiera sido justamente por ese estado singular de alejamiento de las cosas terrenas en el cual el esfuerzo de contemplación me había sumido. Es más: extasiado en la serena intemporalidad de ese crepúsculo inmóvil, una especie de presentimiento, incapaz sin embargo de expresarse en palabras, parecía anunciarme que por fin estaba por producirse en mí la soñada trasfiguración, la revelación de la Verdad. La sangre empezaba a hervir en mis arterias, el pulso se me aceleraba, el vaivén de las olas se hacía cada vez más lejano e indistinto; y no me habría asombrado si me hubieran dicho que en vez de estar sentado en mi sillita con ruedas en realidad estaba flotando sobre una nube. ¿Qué podían importarme en ese momento, por lo tanto, esas vibraciones y esos guijarros que se soltaban de las grietas para hundirse sin ruido en la vorágine inaudible del oleaje espumoso? ¡Ah, quién se hubiera imaginado que en el instante mismo en que yo creía por fin desprenderme de la tierra, era la tierra la que se desprendía de mí!

No había casi terminado de percibir el desgarramiento definitivo, cuando ya me encontraba cincuenta metros más abajo, al nivel del mar. Cómo fue en realidad mi caída, cómo se produjo el derrumbe, no sabría explicarlo, dado que no se encontraba en las cercanías testigo alguno que supiera más tarde describirme lo sucedido, y yo, por mi parte, sentado como estaba en la punta del promontorio, mal podía ver lo que ocurría debajo. Sólo sé que al final de la rápida caída, durante la cual la única sensación que pude experimentar fue

la de un acelerado traslado en ascensor, mi sillita con ruedas se detuvo de improviso, con un golpe tremendo y seco; tuve la impresión de haber llegado al fondo del mundo, sentí que todos mis miembros se dispersaban por los aires, como si una bomba hubiera explotado en el centro mismo de mi cuerpo, y me desmayé.

Cuando volví en mí, el sol ya se había ocultado por completo detrás del horizonte velado, pero una vaga luz muriente subsistía todavía en las capas superiores de la atmósfera. Mi sillita se había deshecho, yo estaba sentado en el suelo sobre mi hermoso almohadón de cuero —que por suerte había amortiguado el golpe— con la cabeza caída entre las rodillas, y a mi alrededor saltaban las olas como perros alegres que saludan el arribo del amo; ni qué decir que ya me habían empapado todo de espuma. Detrás de mí se erguía el oscuro acantilado, del cual me separaba ahora un ancho brazo de mar, para colmo rabiosamente agitado. Y los negros escollos puntiagudos, en cuyo centro por un feliz milagro mi frágil persona acababa de desplomarse, aparecían enteramente cubiertos de horribles alimañas, también ellas negras, que se movían con fascinadora lentitud, como deseosas de acercarse al recién llegado, a la presa deliciosa y nutritiva que bien podía decirse caída del cielo: eran cangrejos, unos inmundos cangrejos negros que se trepaban los unos sobre los otros, a medida que iban emergiendo de los siniestros agujeros en cuyo interior al parecer vivían.

Si no enloquecí en esos momentos de absoluta desesperación, se lo debo sin duda a los horribles cangrejos que tan amenazadoramente me rodeaban. En efecto, ocupado como estaba en espantarlos con uno de los barrotes niquelados de la silla rota, mal podía detenerme a reflexionar en lo incómodo de mi posición: solo, con todo el cuerpo magullado por la caída, con mis dos piernas inútiles tendidas frente a mí como la cola hendida de una sirena, empapado de agua de mar en la oscuridad creciente de la noche que ya se descorría por el cielo como un telón de terciopelo. Y lo que es aún peor, incapacitado de oír el grito reconfortante de los monjes, que sin duda ya habrían venido a buscarme al promontorio, o mejor dicho al lugar donde poco antes se erguía el promontorio.

Sin duda el cataclismo había turbado profundamente, y tal vez enfurecido, a los cangrejos, porque de costumbre —por lo menos así me ha enseñado mi profesor de ciencias naturales— estos animales rehuyen el contacto con el hombre; en cambio los míos parecían más bien decididos a atacarme, y hasta diría a devorarme. Por suerte, cuando ya estaba cansado de aplastar cangrejos con mi barrita de hierro, apareció en el cielo una bandada excepcionalmente numerosa

de águilas marinas, que se puso a revolotear sobre mi cabeza en candenciosas evoluciones. Tal vez advertidos por el instinto, los cangrejos se apresuraron a esconderse en sus agujeros, o a lanzarse de costado al mar, dejándome en pocos segundos completamente solo en el escollo, bajo la amenaza sin embargo de las águilas marinas.

Estas aves son, como es sabido, negras y fuertes; moran en las anfractuosidades de la costa, y aunque a veces llegan a robar ovejas y cabras, especialmente cuando el hambre las apremia, en general viven de la pesca, sobre todo de atunes que salen a jugar en la superficie del mar. Seguramente me habían confundido con uno de esos peces, porque apenas me vieron allí abandonado, en el centro del escollo negro, se lanzaron sobre mí para aferrarme. Yo me defendía como podía, blandiendo en todas direcciones mi barrita niquelada con la izquierda, que es la mano donde tengo más dedos. Pero justamente cuando me encontraba más empeñado en la lucha con dos enormes águilas marinas a la vez, una tercera, más grande todavía que las anteriores, me atacó a traición y aferrándome por el cinturón me levantó por los aires.

Evidentemente, aunque soy más bien pequeño de proporciones, yo pesaba demasiado para el ave, porque de cuando en cuando descendíamos hasta rozar las olas; pero con un supremo esfuerzo de sus anchas alas el águila negra conseguía recuperar la altura perdida. De este modo me salvé varias veces de caer al mar, lo que me colocaba en la curiosa situación de tener que rezar porque a la infame bestia no le faltaran las fuerzas antes de tiempo. Por suerte llegamos en seguida a la gruta donde vivía el ave marina.

Era una ancha cavidad, a unos ocho metros sobre el nivel del mar, y en ella el águila se había instalado un cómodo y abrigado nidito de ramas y algas, en cuyo interior brillaban, a la luz de la luna que ya empezaba a alzarse sobre el horizonte, tres grandes huevos blancos. Seguramente me había llevado allí para que, apenas nacieran sus polluelos, yo les sirviera de alimento; destino que al fin de cuentas no debía sorprenderme, ya que mis antepasados habían tomado parte en muchas aventuras y combates con águilas, y algunos de ellos hasta habían adoptado los orgullosos apodos de "Águila" y de "Hijo de Águila"; y un águila también campeaba victoriosa en el escudo de mi familia. Sólo que hasta ahora siempre se había tratado de las otras águilas, las de tierra, pájaros de más respetable tradición; en cambio en el nido de ésta (y seguramente lo mismo debía ocurrir con los nidos de todas sus compañeras) reinaba un olor tan fuerte a pescado podrido que en un primer momento creí desmayarme.

Pronto me acostumbré sin embargo al mal olor de la gruta. El águi-

la me había dejado a un costado, como quien deja una bolsa de patatas al regresar del mercado, y a continuación se había acostado tranquilamente sobre los huevos. Desde allí me miraba, con una expresión pensativa de gallina burguesa, que en otras circunstancias menos patéticas me habría sin duda divertido sobremanera; se trataba, al fin de cuentas, de una pobre ave campesina que cumplía sus deberes familiares: incubar los huevos, ir a buscar la comida para los hijos. No había en ella, evidentemente, ninguna malignidad, y por eso mismo me prometí, suponiendo que consiguiera salvarme de mi difícil situación, no olvidarme de hacerle mandar alguna cosita, por ejemplo un cabrito o un atún recién pescado, como una especie de recompensa, ya que después de todo me había salvado de los cangrejos, y también para que sus aguiluchos no vinieran al mundo completamente desprovistos de alimento.

De todos modos, lo importante por el momento era escapar de la gruta. ¿Las aves, cuando empollan, estarán siempre despiertas?, me preguntaba yo, con curiosidad no solamente académica. Y suponiendo que el horrible bicho se quedara de pronto dormido, ¿cómo podía aprovechar su desatención? Debajo de la gruta rugía el mar enfurecido; encima y a los costados, solamente se divisaba la pared desnuda del acantilado. Teniendo en cuenta que no dispongo de tanta libertad de movimientos como las personas a quienes la suerte ha concedido la prerrogativa de poder trasladarse de un lugar a otro con la ayuda de las piernas; teniendo en cuenta que en última instancia no soy más que un ser humano como los demás: débil, impedido, sordo y casi ciego, abandonado a la merced de las circunstancias, una voluntad insegura plantada en un cuerpo inadecuado, una ilusión de orden y de existencia en medio de un caos de desorden y de inexistencia, un suspiro de la naturaleza, y para peor un suspiro incompleto, ¿qué probabilidades tenía de salvarme? Prácticamente ninguna; hoy o mañana o dentro de diez años, esta irregularidad del cosmos que es mi persona estaba destinada a borrarse, a desaparecer bajo las siempre renovadas avalanchas de fenómenos y manifestaciones que componen la majestuosa, inconmovible indiferencia del universo.

Mejor entonces desaparecer así, comido por las águilas, lejos de todo testigo humano, frente al mar, frente a la luna tormentosa, ignorado como una ola que forma y se extingue y cuyo paso nadie registra, porque al fin de cuentas no es más que un ordenamiento casual y momentáneo de materia insensible; lejos sobre todo de inmerecidos afectos y de erróneos respetos, lejos de cualquier sentimiento; lejos en fin de la falsa vida que me habían inventado los hombres.

Y en ese momento, delante del mar de mercurio que la luna y la

espuma adornaban con superior indiferencia, vigilado por un águila, suspendido entre el cielo y los escollos en una gruta que hedía desesperadamente a pescado podrido, me pareció entrever una especie de verdad, un vislumbre de verdad, un pliegue por así decir de la túnica inconsútil de la Verdad que hasta entonces me había eludido. Y esa verdad era el absoluto imperio del caos, la omnipresencia de la nada, la suprema inexistencia de nuestra existencia. Ante esa inmensidad de la nada, ni siquiera el águila marina era importante, ni siquiera el mar, ni siquiera la roca, ni siquiera la luna. Eran, éramos todos caprichos, insensatas curiosidades, momentos del caos, relámpagos fugitivos de una conciencia igualmente fugitiva, cómicamente ilógica.

Pero esto duró sólo un instante, porque algo acababa de aparecer sobre las olas, frente a la gruta: era una barca de pescadores, con varios monjes a bordo, que escrutaban ansiosamente los escollos al pie del acantilado, para ver si descubrían algún rastro de mi presencia. En cuanto los vi, me asomé al borde da la cavidad y les hice señas con la bufanda blanca. Los monjes me divisaron en seguida, y rápidamente, con ese sentido de las cosas prácticas que sólo poseen los hombres de vida sencilla, ingeniaron un plan de rescate. No los vi alejarse, porque apenas había conseguido hacerles notar mi presencia, cuando ya el águila se había levantado del nido y tirándome del cinturón con el pico me arrastraba nuevamente hacia el interior de la gruta.

La espera sin embargo no fue larga. Ya me disponía a acurrucarme en un rincón, para protegerme por lo menos del viento que traspasaba mis ropas empapadas, cuando frente a la entrada, recortándose sobre el cielo iluminado por la luna, apareció un joven pescador, suspendido de una soga. Sin decir una palabra, el hombre entró en la cavidad, me tomó en sus brazos poderosos, y se volvió por donde había venido; curiosamente, el águila marina no hizo nada por retenerme: se quedó donde estaba, empollando sus tres huevos, con la misma expresión de siempre, una expresión de gallina seria que a veces vuelvo a encontrar en la cara de las jóvenes esposas encinta, próximas al parto, y que indefectiblemente me recuerda la facilidad con que esas jóvenes madres me ofrecerían de alimento a sus hijos, si les presentara la oportunidad, y si los recién nacidos comieran carne humana.

Mi reacción, una vez repuesto del susto y del frío de esa noche fue, como siempre, característica: me compré una hermosa peluca rubia, con una aureola de sedosos y dorados bucles, y decidí dar una gran fiesta en el palacio, decisión que sorprendió grandemente a mis tías.

Y más aún se sorprendieron cuando les expliqué que me parecía llegado el momento de cambiar de vida: no era posible dejar que la incuria y el olvido siguieran herrumbrando el escudo de mis mayores; ya que la suerte y la prudencia en las inversiones habían hecho de mi familia una de las más ricas del país, era sin duda injusto que el fasto de nuestra casa se mantuviera tan por debajo de nuestros medios. Por lo tanto, ordené que todas las noches una profusión de luminarias alumbrara la fachada del palacio, y que todos los días, a mediodía, mis lacayos sirvieran una escudilla de sopa y un plato de guiso o de asado a los pobres del barrio.

Lo poco que de la realidad del universo me había sido dado entrever en la cueva del águila, me había impresionado como una revelación total. Ha dicho un poeta que nadie puede soportar demasiada realidad; con un atisbo solamente, todo mi mundo metafísico se había subvertido. ¡Qué absurdo seguir preguntándome, como lo había hecho hasta entonces, si el único camino a la verdad era el sadismo, o el amor a la humanidad, o la pasión, o el escepticismo, o la ciencia objetiva, o la actividad febril, o el poder, o la perfecta obediencia, o el placer de los sentidos! Todos los caminos eran buenos, puesto que la sola realidad era el caos o su equivalente, la nada, y a la nada, tarde o temprano, llegaremos todos.

Lo mismo daba entonces llegar cantando y bailando. Cierto que yo bailar no podía, pero podía hacer bailar a mis invitados. Y así empezó la larga serie de fiestas que habría de ser por muchos años el comentario obligado de todos, jóvenes y viejos, ricos y pobres. Porque también los pobres participaban en estas ocasiones de regocijo, a veces desde afuera, y a veces también desde adentro. Poco a poco, mi nueva vida de lujos y diversiones fue revelando en mi carácter inclinaciones y capacidades hasta ese momento insospechadas; y en especial el gusto de la mistificación.

Tanto es así que la historia de mis mistificaciones se confunden, en el curso de los últimos quince años, con la historia de mi país. Todo empezó de la manera más infantil. En una fiesta, cada cuatro bailables la orquesta repetía (naturalmente, por orden mía) un viejo vals que nadie podía soportar: poco antes de medianoche todos los invitados se habían ido, alegando dolores de cabeza u otros pretextos, pero en realidad casi enloquecidos por las repeticiones del odiado vals. En otra ocasión, los refrigerios eran un poco más salados que de costumbre, y los refrescos y bebidas contenían una fuerte proporción de alcohol, de modo que unas dos horas después de iniciada la reunión todos los invitados estaban ebrios, y el duque R. orinó en el centro del gran salón. Otra vez hice tender un alambre finísimo a través del arco de

entrada al gran salón, a unos treinta centímetros del piso: uno tras otro, a medida que iban llegando, mis encopetados huéspedes terminaban en el suelo. Esta broma fue muy festejada, pero a mí en cambio me pareció demasiado pueril, y cuando la vieja marquesa de L. se rompió un brazo, ordené inmediatamente que retiraran el alambre.

En realidad estos inocentes e imprecisos intentos no eran más que una preparación; ni siquiera yo sabía en el fondo cuál era la verdadera intención que me llevaba a obrar así. Porque muchas veces procedemos obedeciendo a impulsos no formulados, y sólo cuando nos detenemos a pensar en los motivos de ciertos actos nuestros, al parecer inexplicables, logramos –aunque no siempre– vislumbrar la secreta finalidad que nos induce a cometerlos. Hasta que un día comprendí: mi profunda fe teológica, desde aquella noche en que me había sido revelada la verdad, se había convertido en una especie de religión del Caos, del cual yo ahora, con el poder de mis riquezas y el prestigio de mi casa, me sentía algo así como supremo sacerdote. Administrar el azar, introducirlo, imponerlo, implantarlo, difundir como un misionario el respeto y la devoción que merecía, sería a partir de ese momento mi vocación y mi destino.

Fue entonces cuando me decidí a organizar mi primera fiesta realmente caótica. Ante todo, los lacayos tenían orden de no conducir a los invitados directamente al gran salón, sino a las diversas dependencias del palacio, cada uno a un lugar distinto: al cuarto de las lámparas, a la cocina, al dormitorio de una mucama en el último piso, a la capilla, al gallinero. Allí los dejaban, que se arreglaran como pudieran. Para los que a pesar de todo lograban llegar al gran salón, donde ni yo ni nadie de la familia los esperaba, la orquesta debía tocar piezas de baile que empezaban normalmente, para volverse cada cada vez más lentas, hasta un punto en que el baile se hacía imposible. Los criados ofrecían atrayentes refrigerios, en las tradicionales bandejas de plata, que luego resultaban ser –pero no siempre, porque entonces no habrían causado tanto efecto– sándwiches de gusanos, albóndigas de aserrín, o bocadillos de tajadas de víbora. Además circulaban por los salones labradores y mozos de mercados, con sus ropas de trabajo, y una multitud de obreros que efectuaban reparaciones en las puertas, los techos y los muebles de las habitaciones, sin preocuparse por la presencia de la flor y nata de nuestra aristocracia. En los jardines hice instalar además una cantidad de trampas: pozos disimulados con hojas, lazos atados a las puntas de los árboles, jaulas como cenadores que se cerraban apenas entraba en ellas la pareja adúltera deseosa de aislamiento.

La fiesta en cuestión fue un gran éxito; superado el primer mo-

mento de desconcierto, los invitados se entregaron a la exploración del caos con renovadas energías y –exceptuando, claro está, a los más ancianos y a los hipócritas, que se retiraron en seguida– tanto se divirtieron que era ya de día cuando hubo que echarlos con mangueras y regaderas, porque no querían irse. Pero yo, en cambio, no estaba plenamente satisfecho del resultado: me parecía que al fin de cuentas era una fiesta un poco más movida que las anteriores, y nada más. Nada, en verdad, que pudiera compararse con un verdadero caos. Debía refinar mis métodos, aplicar en mayor escala mi ingenio; debía, sobre todo, convertir a los infieles: no era admisible que los huéspedes se volvieran a sus casas, a proseguir la existencia ordenada de todos los días. Debía introducir el azar hasta el fondo mismo de sus vidas.

Una empresa imposible; es decir, imposible para cualquiera que no contara con mis infinitos recursos y mis casi infinitas energías. Creo, aunque más no fuera porque lo he demostrado, que con suficiente dinero y suficiente voluntad son pocas las cosas que no se pueden obtener en este mundo. Y con paciencia; porque no fue a la primera fiesta, ni a la segunda, que di con el verdadero método que me permitiría llevar adelante mi plan de confusión, sino mucho después, como resultado, por un lado, de la observación y, por otro, de la práctica. Pero una vez hallado el método, lo demás era fácil.

Mi método consistía, ni más ni menos, en una imitación, sólo que mucho más confusa, de la vida: si la única realidad de la vida era el azar, la intrascendencia, la confusión y la continua disolución de las formas en la nada para dar origen a nuevas formas igualmente destinadas a la disolución, no hacía falta exprimirse el cerebro inventando artificios: bastaba ofrecer a mis huéspedes una imagen tolerable de la vida que nos rodea, un poco más desordenada que de costumbre, para sumirlos en el caos.

Alguien podría objetarme que ya la fiesta en sí era una imagen desordenada de la vida, y que por lo tanto bastaba dejarlos que hicieran lo que quisieran para que ellos mismos, sin ayuda de nadie, se encargaran de crear el caos, de difundirlo y de mantenerlo. Hasta cierto punto la objeción es válida: sólo que parecería pasar por alto un detalle importante: el hecho de que mis invitados, una vez en mi casa, no hacían nunca lo que querían, se comportaban de acuerdo a normas que no habían inventado ellos, normas impuestas por la tradición, siempre conservadora; es decir, opuesta al azar. Y en consecuencia, apenas se hallaban en mi presencia, o mejor dicho en presencia de los demás, cesaban, por así decir, de vivir, se convertían

en muñecos, en prototipos, en abstracciones. Había ante todo que hacerlos vivir.

Fue así como mis huéspedes empezaron a encontrarse con toda clase de sorpresas, algunas agradables y otras en un primer momento desagradables. En un rincón del gran salón se exhibía una multitud de jóvenes desnudas que se ofrecían graciosamente a los caballeros, y también a las damas; en otro rincón, los más fuertes y hermosos mocetones de la ciudad vestidos con ropas deportivas, e igualmente promiscuos y accesibles, competían en atracción con las mencionadas jóvenes. A continuación surgía una especie de capilla, donde los concurrentes podían recibir los consuelos de varias religiones al mismo tiempo, y sin solución de continuidad seguía un comedor espléndidamente provisto de manjares y licores; un mercado de objetos usados, donde los huéspedes podían entregarse libremente al dulce vicio de comprar y vender ropas y adornos; un pequeño banco, donde depositar el producto de las trasacciones, y una sala de juegos de azar, donde disiparlo; rompecabezas y ajedreces para los más reposados, aparatos de gimnasia y mesas de ping-pong para los más inquietos; teléfonos y altoparlantes para los habladores, niñitos recién nacidos en sus cunas para las mujeres de instintos maternales. Y todo esto mezclado, superpuesto, confundido; había para todos, y si alguien pedía alguna cosa, mis criados tenían orden de procurársela inmediatamente.

Uno de los primeros resultados de esta primera liberalidad fue que, por lo menos mientras se encontraba en mi casa, nadie era lo que había sido hasta el momento de entrar: los más eminentes políticos se volvían peluqueros de señoras, los actores de teatro salían al jardín a jugar a la pelota con los cocineros, las libertinas famosas resolvían problemas de ajedrez. Naturalmente, esta trasformación no tenía lugar en seguida: porque si bien es cierto que nadie es lo que quisiera ser, también es cierto que son muy pocos los que saben lo que realmente quisieran ser. Poco a poco, a medida que asistían a mis fiestas, y a medida también que éstas se hacían más complejas, más totales, las personas iban aproximándose a su verdadero ideal.

Y esto, aunque en un principio no se contaba entre mis intenciones, me los volvía cada vez más esclavos, más sumisos, más supeditados a mi voluntad. Es así que cuando, satisfaciendo uno de los tantos anhelos tácitos que yo me entretenía en descubrir en los ojos de mis invitados, me decidí a incorporar a las ya múltiples actividades del salón una "salita de conspiradores", éstos terminaron por derribar al gobierno constituido para instaurar otro, cuyos componentes eran todos asiduos concurrentes a mis fiestas, lo que en poco tiempo

me convirtió en virtual dictador del país. Privilegio que en realidad yo no había buscado, ya que soy el primero en reconocer que el poder es un vano espejismo, una ilusión organizada; pero que de todos modos me servía para dar un carácter más oficial a las fiestas. Las cuales fueron así adquiriendo proporciones nunca soñadas.

En mi primera época, o sea el período de las bromas inocentes, muchos personajes de la aristocracia y de las clases gubernativas, ofendidos por alguna trivialidad de mi invención (por ejemplo: porque al salir se habían encontrado un monito en el sombrero, o sencillamente cuatro terrones de azúcar en el bolsillo de la capa), preferían mantenerse alejados de mis fiestas, y algunos ni siquiera se excusaban de no poder venir. Pero con el correr del tiempo la curiosidad fue más fuerte que el orgullo. No en vano he hablado de una religión, la religión del caos; porque, en efecto, sólo podría dar una imagen adecuada de lo que ocurría recordando la curiosa observación de una de mis viejas tías: que, tarde o temprano, todos se convertían a mis fiestas.

Sin excluir, por supuesto, al pueblo. Al principio me conformaba con dejar entrar a algunos grupos de vecinos, escogidos entre los centenares de curiosos que al anuncio de una fiesta indefectiblemente se agolpaban frente a las verjas del palacio: costureras, pequeños comerciantes, repartidores de pan, soldados, o sencillamente obreros de alguna fábrica cercana. Estos intrusos se diseminaban, al principio con respeto y desconfianza, luego con creciente aplomo, entre los más refinados exponentes de nuestra aristocracia, que empeñados cada uno en su peculiar diversión ni siquiera se daban cuenta de esta contaminación social, de esta nueva confusión que en otras circunstancias les habría parecido intolerable. Gradualmente fui aumentando el número de estas personas que no habían sido invitadas oficialmente; por suerte el palacio era grande, y en caso necesario podía extender la fiesta a las casas y las calles contiguas.

Mientras tanto, en una sillita de manos criselefantina, mandada hacer especialmente para estas ocasiones, yo me paseaba entre mis huéspedes, con mi peluca rubia y mi severo smoking de seda negra, los cinco dedos de las manos cubiertos de piedras preciosas, y un dictáfono portátil a mi lado, con el cual grababa las conversaciones y los comentarios, para después oírlos amplificados por medio de un aparato especial que se aplicaba directamente sobre la caja craneana. Por suerte, y en esto me parecía advertir la mano de la Providencia, desde la noche terrible en que había tenido la visión del caos universal en la gruta del águila marina, mis ataques epilépticos habían

cesado completamente, y ya no era tan fácilmente presa de resfríos como antes. Gozaba, a decir verdad, de una salud de hierro; de modo que en ninguna ocasión me encontré impedido de asistir personalmente a las fiestas que con tanta asiduidad organizaba.

Las cuales me ofrecían, como es de imaginar, motivos continuos y siempre renovados de satisfacción; sobre todo cuando se me ocurrió la idea de soltar entre los invitados no solamente personajes reclutados entre las clases más bajas de la sociedad, sino también animales: perros, gatos gallinas, patos y pavos; ovejas, cabras y lechones; papagayos, palomas, perdices, y uno que otro caballo. Con el agregado, más tarde, de algunas bestias salvajes moderadamente peligrosas, que hice traer del jardín zoológico nacional.

Provistos de escopetas, que mis mismos lacayos les ofrecían, los apasionados de la caza se pusieron naturalmente a cazar en el interior del palacio, lo que provocó de inmediato numerosos heridos, y me permitió agregar al ya complicado servicio de las fiestas un puesto de primeros auxilios que, a causa sobre todo de las mordeduras de las bestias, pronto adquirió proporciones de hospital. Pero una vez instalado el hospital, nada me impedía organizar modestos accidentes, pequeños asaltos de bandidos, y hasta algún incendio en las casas de los alrededores (ya que para esta época las fiestas abarcaban todo el barrio). Recuerdo que me sorprendió la extraordinaria cantidad de financieros que se presentaban como voluntarios para desempeñar el cargo de bomberos, al parecer no solamente llevados por la secreta ambición de vestir el llamativo uniforme rojo con galones verdes.

En una antigua iglesia de esta ciudad puede verse un fresco medieval llamado "La danza de la Muerte"; en él, el anónimo pintor, movido por quién sabe qué impulso profético, parecería haber querido representar una de mis fiestas. Sólo que en el fresco en cuestión quien conduce la danza es la Muerte, y en mi palacio era yo quien la conducía. Por lo demás, los personajes son los mismos, fijados para la eternidad en las mismas actitudes: la vieja apergaminada que se abraza al jovenzuelo inexperto, el invertido que se depila las cejas frente al espejo, el avaro que cuenta sus monedas y el ebrio que rueda bajo la mesa, la beata que se planta el cilicio en las carnes y la Venus que se acuesta con el mono.

Fue justamente delante de este famoso fresco, mientras reflexionaba una mañana en la extraordinaria semejanza entre la danza imaginada por el pintor y la fiesta permanente que pocos días antes un decreto mío acababa de extender —respondiendo a los innumerables pedidos de los pobladores— a todo el perímetro metropolitano, cuando surgió en mi mente la duda. Hasta ese día había creído ser yo

el que conducía la danza, pero ¿quién me aseguraba que no fuera en realidad una presencia invisible, como tal vez lo era la Muerte en el fresco medieval? ¿Acaso no era yo también una figura del fresco? ¿Quién, si no yo, era ese rey sentado en un trono al borde del abismo, a punto de precipitarse en el vacío, empujado por la misma multitud de sus cortesanos enloquecidos?

Y esa fiesta permanente de ficción y extravío que algunos días antes tan generosamente yo había decretado, ¿qué sentido podía tener sino el de un retorno a la vieja vida, rutinaria y al fin de cuentas ordenada, de antes? ¿Qué importaba si ahora los verduleros eran ex marqueses y los bomberos ex financieros?; ¿qué importaba si el verdugo había sido obispo y los ministros basureros? El caos era siempre el mismo; el viejo orden sólo se había llamado orden porque al hombre le encanta usar esa palabra, pero con un poco de buena voluntad también podía haberse llamado el viejo caos. El fresco que tenía delante de los ojos me demostraba que no bastaban cinco o seis siglos para cambiar la fisonomía del hombre; probablemente cuarenta siglos antes Venus ya se acostaba con el chimpancé, y la humanidad danzaba al borde del abismo, y alguien se hacía la ilusión de dirigir la danza.

Nadie, en efecto, advirtió cuándo el estado de fiesta permanente se convirtió en estado de normalidad. Los más habían perdido la memoria, o preferían creer que la habían perdido, ya que lo que ahora hacían todos los días estaba más de acuerdo con sus verdaderas inclinaciones. Ninguna condesa vino a verme para quejarse de su obligada reclusión en un lupanar; ningún escritor abandonó la pocilga que le había sido confiada en calidad de porquerizo; los almaceneros no eran menos atentos que sus predecesores en sus nuevas obligaciones de sacerdotes, y en la función de la Ópera los jockeys no cantaban con menos bríos que los pretenciosos tenores y barítonos de antes. Y yo, por mi parte, no encontré mayor dificultad, con el correr de los años y el acumularse de la experiencia, en resignarme a desempeñar el papel de gobernante justo, laborioso y progresista.

JUAN RODOLFO WILCOCK

ÍNDICE

En el muelle, por Jorge Amado 1
Baile de máscaras, por Francisco Ayala 5
La verdad sobre el pavoroso caso del "Mary Bonfield", por Ricardo Bacchelli 11
Homenaje a Francisco Almeyra, por Adolfo Bioy Casares 23
El muerto, por Jorge Luis Borges 37
La mujer adúltera, por Albert Camus 41
Fueron testigos, por Rosa Chacel 56
Las abejas de bronce, por Marco Denevi 62
Paseo, por José Donoso 70
Relato secreto, por Pierre Drieu la Rochelle 88
El ejemplo, por Gisela Elsner 99
Septiembre ardido, por William Faulkner 105
Cirugía psíquica de extirpación, por Macedonio Fernández 117
La fiesta infantil, por Carmen Gándara 124
El arte bitrario, por André Gide 135
El inocente, por Graham Greene 139
Wakefield, por Nathaniel Hawthorne 143
Las dos historias, por Felisberto Hernández 152
El disfraz, por Juan José Hernández 161
El cortaplumas perdido, por Hermann Hesse 168
Sumersión, por Eduardo Mallea 172
Los amigos de los amigos, por Henry James 194
El lunar, por Yasunari Kawabata 219
El ídolo, por Mario A. Lancelotti 227
Fragmento de los anales secretos, por H. A. Murena 231
Sredni Vashtar, por Héctor Hugh Munro 241
Escenas de la vida de un monstruo doble, por Vladimir Nabokov 245
La inauguración del monumento, por Silvina Ocampo 253
La calle Mate de Luna, por Elvira Orphée 262
Los cuerpos platónicos, por André Pieyre de Mandiargues 270
La gran escalera del palacio legislativo, por Virgilio Piñera 284
Los dos augures, por Alfonso Reyes 287
El aposento, por Jean-Paul Sartre 298
Un potentado de este mundo, por Jules Supervielle 321
El amaestramiento del loro, por Rabindranath Tagore 325
Fábulas para nuestro tiempo, por James Thurber 329
Pichula Cuéllar, por Mario Vargas Llosa 332
El hombre que admiraba a Dickens, por Evelyn Waugh 339
El caos, por Juan Rodolfo Wilcock 354

Galerías de Arte

GALERIA BONINO

PINTURA ARGENTINA Y EXTRANJERA

Marcelo T. de Alvear 636

JORACI

GALERIA DE ARTE

Primer centro gráfico de difusión internacional de arte argentino

BERNI - FORTE
SCHURJIN - CASTAGNINO
DUCMELIC - GAMBARTES
SOLDI - BRUZZONE

Originales de pintores argentinos

FLORIDA 683 - VIAMONTE 640

IMAGEN

GALERIA DE ARTE

Pintura argentina Contemporánea

Paraguay 867

Rodrigo Carmona

GALERIA DE ARTE

EXPOSICIONES Y RESERVA ARTISTAS ARGENTINOS

Lavalle 375

T. E. 31-2127 - 31-2105

GALERIA VAN RIEL

FLORIDA 659

T. E. 31-1282

Nadie que esté en su sano juicio puede propugnar a esta altura de la vida histórica un realismo que signifique copiar la realidad en forma mecánica. Cabe sí profundizar un realismo sin deformaciones subjetivas, que refleje lo múltiple en su unidad y lo exponga en el esplendor de su verdad y de su compleja dialéctica.

Miguel Alascio Cortázar

ERGON

Centro de Arte

TUCUMAN 653 - Tel. 392-3157

Librerías Recomendadas

LIBRERIA

Nueva Visión

especializada en artes visuales y ciencias sociales.

Libros de procedencia nacional y extranjeros.
(en todos los idiomas)

Viamonte 500 esq. S. Martín

LIBRERIA - PAPELERIA

SARMIENTO

Novedades literarias
Artículos de Papelería
Impresiones - Fotocopias

Libertad 1214/20
T. E. 41-4792 - 9500

Literatura - Historia argentina e hispanoamericana - Política nacional e hispanoamericana Economía - Derecho, etc.

Importación - Exportación

LIBRERIA HUEMUL

Santa Fe 2237 - Tel. 83-1666

LIBRERIA

RODRIGUEZ s. a.

Las últimas novedades en
Libros en Español y en Inglés
Textos - Diccionarios
Revistas Extranjeras y de Modas
Suscripciones
Papelería Comercial y Escolar
CREDITOS
London Card - City Card - Diners

SARMIENTO 835
T. E. 35-8125/6/7
No tenemos sucursales

ORLEANS

Librería

Ilustrados

Americanos

Europeos

ARENALES 1233
Tel. 41-6149 - Buenos Aires

Librería KIER

Miles de títulos seleccionados entre lo mejor de la literatura universal:

CIENCIA - ARTE - TECNICA - LITERATURA - HISTORIA - FILOSOFIA - PSICOLOGIA - RELIGION CLASICOS - IDIOMAS - VIAJES MUSICA - FICCION - ETC.

Av. SANTA FE 1260
T. E. 41-0507 - 8243
Buenos Aires

Se terminó de imprimir
el día 20 de enero de 1973
en la Imprenta de los Buenos Ayres S. A.
Rondeau 3274, Buenos Aires, Argentina

Librerías Recomendadas

Servicios regulares de

ELMA
NUESTRA FLOTA

Cargas: general, frigorífica y líquida • servicio de "containers"
transporte de pasajeros

LINEA PACIFICO Y BRASIL. Escalas regulares en los principales puertos de Chile-Perú-Ecuador-Colombia.
Centroamérica México-EE. UU. y Canadá hasta Vancouver.
Servicios regulares de buques frigoríficos a la costa de Brasil.

LINEA GOLFO DE MEXICO. Escalas regulares en puertos de Brasil-Venezuela-Colombia - Centroamérica-México y EE. UU.

LINEA COSTA ESTE Y CANADA. Escalas regulares en puertos de Brasil-Pto. Rico-Costa Este de EE. UU.-Canadá incluyendo Terranova.

LINEA NORTE DE EUROPA-REINO UNIDO Y ESCANDINAVIA. Escalas regulares en puertos de Uruguay-Brasil-Francia-Bélgica-Holanda-Alemania-Inglaterra-Suecia-Noruega-Finlandia.

LINEA MEDITERRANEO. Escalas regulares en puertos de Uruguay-Brasil-España-Francia-Italia.

LINEA JAPON Y ASIA. Escalas regulares en Brasil-Sud Africa-Malasia-Hong Kong y Japón.

En todas las líneas se atienden pedidos a puertos de influencia dentro de las áreas respectivas con escalas directas o con transbordos.
Utilice nuestro moderno y eficiente servicio de estibaje.

Télam

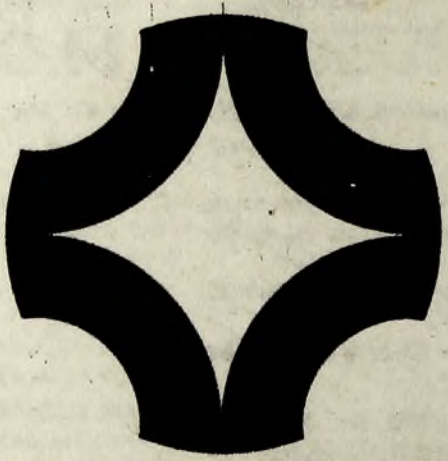


PROXIMAS SALIDAS Y RESERVA DE BODEGA:

EXPORTACION
Carga frigoríficas - Tel. 31-5816/1396
Carga a granel - Tel. 31-8972-32-9280
Carga general - Tel. 31-2365/1353/0270
ESTIBAJE
Tel. 32-9370/6270/5428/4998/4665
IMPORTACION
Tel. 31-7189 - 32-6684
PASAJES
Tel. 31-3181 - 32-7809
INFORMES
Corrientes 389 - Tel. 32-8111/4861

MINISTERIO DE OBRAS Y SERVICIOS PUBLICOS
SUBSECRETARIA DE MARINA MERCANTE
LINEAS MARITIMAS ARGENTINAS

ELMA
NUESTRA FLOTA



ACINDAR

INDUSTRIA ARGENTINA DE ACEROS S. A.

Una empresa privada argentina al servicio del país

La mayor fabricante de productos de acero para la construcción y el agro

PASEO COLON 357 - BUENOS AIRES

H0008118

S1CJ.15.1.2

PRECI